ganz1912

RICARDO PIGLIA

Cuentos completos

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

ganz1912

Índice

Portada
La invasión (1967)
Prólogo (a la edición de 2006)
I
El joyero
II
Tarde de amor
La pared
Las actas del juicio
Mata-Hari 55
La invasión
Una luz que se iba
Mi amigo
La honda
En el terraplén
Tierna es la noche
Desagravio
El nadador
El pianista
III
Un pez en el hielo
Nombre falso (1975)
Nota preliminar
El fin del viaje
El Laucha Benítez cantaba boleros
La caja de vidrio
La loca y el relato del crimen
El precio del amor
Nombre falso
Homenaje a Roberto Arlt

Apéndice: «Luba»
Prisión perpetua (1988)
Prisión perpetua
En otro país I
II
III
El fluir de la vida
Encuentro en Saint-Nazaire
Encuentro en Saint-Nazaire
Diario de un loco
Nota
Cuentos morales (1993)
El gaucho invisible
La nena
La grabación
La isla de Finnegan
Una visita
En el bar El Rayo
Primer amor
Hotel Almagro
La moneda griega
Los casos del comisario Croce (2007)
Liminar, por Karl Marx (1857)
1. La música
2. La película
3. El Astrólogo
4. El jugador
5. La excepción
6. El impenetrable
7. La Señora X
8. La promesa
9. La conferencia

10. El Tigre
11. La resolución
12. El método
Nota del autor
Historias personales (2015-2017)
En el umbral
Diario de un cuento (1961)
Canto rodado
Un día en la vida
Nota del autor
Sobre este manuscrito
Notas
Créditos

La invasión (1967)

A mi hermano Carlos

ganz1912

A nosotros nos ha tocado la misión de asistir al crepúsculo de la piedad.

ROBERTO ARLT

ganz1912

PRÓLOGO
(a la edición de 2006)

La primera edición de La invasión es de 1967 y no he vuelto a publicarlo desde entonces. Varias veces estuve por reeditarlo y siempre me distrajeron otros proyectos. En un sentido me gustaría imaginarlo como un manuscrito perdido y vuelto a encontrar; una obra olvidada en un cajón.

Cuarenta años es un buen plazo para saber si un libro resiste el paso del tiempo. No necesariamente es este el caso, ni tampoco la supervivencia es una virtud en sí misma (muchos libros pésimos han sobrevivido y libros excelentes han sido negados), pero de todos modos si me decido a publicarlo es porque no le veo demasiadas diferencias con los libros que he escrito desde entonces. No me parece que un escritor escriba mejor a medida que avanza o que mejore con los años (a menudo es más bien al revés). A la larga pensamos que escribimos distinto y siempre escribimos del mismo modo, con los mismos errores y los mismos –escasos y siempre sorpresivos– aciertos.

He releído y revisado varias veces los diez cuentos de la edición original y he realizado varias modificaciones y algunos ajustes. En general se trató sobre todo de cortes y de supresiones. Ya sabemos que –como decía Hemingway– todo lo que podamos sacar de un cuento lo va a mejorar. El único relato que reescribí por completo fue «Tarde de amor». No me convencía la primera versión y poco tiempo después de publicar el libro volví a escribirlo manteniendo la situación inicial pero cambiando los personajes. Por supuesto la misma historia con otros protagonistas es otra historia (y sin embargo en un sentido es también la misma).

«Las actas del juicio», escrito en 1964, es –si ese parecer tuviera algún sentido– mi mejor cuento. Narra hechos históricos y es una conjetura sobre las razones del asesinato del general Urquiza, el caudillo entrerriano que participó en las guerras civiles, derrotó a Rosas en 1852 y se enfrentó durante más de diez años con Buenos Aires, liderando una Confederación de provincias del interior (que los porteños llamaban despectivamente los trece ranchos). Sus propios hombres lo mataron en su residencia del palacio San José, en Entre Ríos, el 11 de abril de 1870. «Mata-Hari 55» (1966) también es, en un sentido, un relato histórico y se refiere a las acciones clandestinas de los «comandos civiles» que conspiraban contra Perón en las vísperas de la llamada revolución libertadora que lo derrocó en septiembre de 1955. «Tierna es la noche» (1967) es otro de mis relatos favoritos, en especial por sus imperfecciones, que –eso sí lo aprendemos con los años– son esenciales para la eficacia de un cuento; su título es un testimonio de mi admiración por Scott Fitzgerald aunque, para decir la verdad, el tono deriva de The Subterraneans de Jack Kerouac y sobre todo de la última frase del libro: «And I go home having lost her love. And write this book.»

He agregado cinco relatos a la serie inicial. «Desagravio» (1963), «El nadador» (1965) y «El pianista» (1968) se publicaron inicialmente en revistas literarias de Buenos Aires en esos años. Los revisé y reescribí tratando de ser fiel a la idea original y los incluyo ahora en la sección que reproduce los cuentos de La invasión porque forman parte de la misma serie. «Desagravio» remite a un hecho trágico (sería mejor decir criminal) en la historia argentina. El 16 de junio de 1955 aviones de la marina de guerra –con el pretexto de matar a Perón– bombardearon el centro de la ciudad de Buenos Aires

asesinando a cientos de ciudadanos indefensos. «El nadador» tiene como referencia el naufragio del barco griego Navarchos que se hundió en Mar del Plata, frente a Playa Grande, el 20 de octubre de 1964. Por su parte «El pianista» alude secretamente al Mono Villegas, un extraordinario pianista de jazz (que fue además un gran narrador oral), y recuerda también un chiste sobre monos y pianistas que solía contar –de un modo más procaz, hay que reconocerlo– el compositor Gerardo Gandini (otro músico que narra muy bien). Ese cuento fue publicado hace unos años en un volumen independiente por la editorial Eloísa Cartonera.

Los dos relatos más extensos –que abren y cierran el volumen– son inéditos. «El joyero» fue escrito en 1969 y «Un pez en el hielo» a principios de 1970. Los dos textos pasaron por diversas versiones y múltiples reescrituras. Me pareció pertinente incluirlos en el libro porque fueron escritos con la misma concepción de la literatura que el resto de los relatos.

Reescribir viejas historias tratando de que sigan iguales a lo que fueron es una benévola utopía literaria, más benévola en todo caso que la esperanza de inventar siempre algo nuevo. Una ilusión suplementaria podría hacernos pensar que al reescribir los relatos que concebimos en el pasado volvemos a ser los que fuimos en el momento de escribirlos.

R. P.

I

EL JOYERO

1

Su hija Mimi se había trepado a la ventana que daba a la calle y el Chino le sonrió para que no se asustara. La nena se tenía del postigo y miraba el vacío.

–Mimi –le habló despacio el Chino–. Vení con papá.

–Papi se fue –dijo la nena, y se dejó caer.

Entonces lo despertó la claridad de la mañana. Había soñado que Mimi se hundía en un pozo blanco y ahora vio el mismo brillo sucio reflejado en el aire del cuarto. Vivía solo y estaba obsesionado con su hija. Tenía prohibido verla. Su exmujer, Blanca, se había apoyado en los antecedentes penales del Chino y lo había acusado de irresponsabilidad moral.

A los veinte años, en la milicia, mientras estaba de guardia, durante unas maniobras con armas de guerra el Chino había sufrido un accidente (una mujer había sufrido un accidente por culpa del Chino); le formaron una corte marcial y pasó cinco años encerrado en una prisión militar cerca de Batán. Era un pobre conscripto, pero lo trataron como a un asesino y lo convirtieron en un paria.

El juez miró su expediente y resolvió el juicio en diez minutos. Tenía derecho a llamar por teléfono a la casa de su exmujer cada dos días y hablar con Mimi durante quince minutos. Su exmujer lo trataba como si estuviera desequilibrado. (Y estaba desequilibrado.) Blanca pensaba que el Chino quería secuestrar a su hija.

El sueño lo perturbó, y al levantarse de la cama quiso saber de su hija. Tengo que llamarla, pensó. Era supersticioso y veía señales en todos lados. Sabía que el azar puede cambiar la vida

en un instante. Ese sueño quería decir que su hija estaba en peligro.

El Chino se acercó medio dormido al botiquín y buscó una anfetamina. Abrió el frasco, hizo correr la píldora hacia la palma de la mano y la tomó en seco. En dos minutos, cuando la droga empezara a actuar, sería otro, más lúcido, más rápido. Se le borrarían los malos augurios, los pensamientos mismos se borrarían. Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir y al fin andar sin pensamiento. Andar sin pensamiento. Imposible. La frase de ese tango le sonó como una ilusión inútil.

Fue hasta la ventana y la abrió. Su pieza daba a la curva del pasaje de la Piedad y desde ahí veía el costado de la iglesia sobre la calle Bartolomé Mitre. Pasaba días y días sin salir, como un convaleciente, recuperando la confianza. Tenía treinta años y era flaco y duro, con aire de boxeador. Difícil esconder esa cara; la piel oscura, el pelo lacio y negro. A los dos años le habían empezado a decir el Chino; cuando se reía los ojitos se le volvían dos ranuras invisibles.

Vivía y trabajaba en un cuarto dividido con una cortina, donde estaba la cama, una cocina y el banco de trabajo. Todo estaba en su lugar, y era muy cuidadoso en mantener la pieza limpia y arreglada. Cuanto más chico es el lugar donde uno vive, más tiempo lleva mantenerlo ordenado.

Se sentó frente al tablero apoyado contra la pared, en un costado de la pieza, y la pastilla lo ayudó a concentrarse. Trabajaba en un anillo de doble engarce, con una montura en ocho, una pieza rarísima que se había dejado de fabricar hacía años. Se lo habían encargado en el taller de Sosa por recomendación de Pura, que desde la cárcel seguía manejando el negocio de las piezas únicas de la calle Libertad. Hacían anillos antiguos que se vendían en Norteamérica y en

Venezuela. Era imposible tallar esos modelos con las máquinas actuales, era preciso usar tornos y esmeriles primitivos porque la piel de la pieza era tan fina que se rompía con solo mirarla.

El Chino había laminado el metal hasta convertirlo en una hoja transparente, luego tejió un tul para sostener el engarce y empezó a facetar el diamante. Trabajaba la piedra sobre una tulipa de acero con un esmeril de dos milímetros. Se ajustó el cono de porcelana de la lupa en el ojo izquierdo y prendió la luz fija. Un rayo blanco iluminaba un punto preciso de la piedra sin provocar reflejos. Parecía un minero trabajando en la galería subterránea de un universo en miniatura. Tallar es algo que se hace casi sin ver, guiándose por el instinto, buscando la rosa microscópica en el borde de la piedra, el pulso liviano y suave. De vez en cuando levantaba la cara y miraba el diagrama del anillo dibujado con compás sobre un papel canson. Después bajaba la vista y volvía a tallar el diamante dejando que el filo helado de la sierra recorriera los bordes invisibles. Con la alcucita pico de loro humedecía el surco con una llovizna de aceite de oliva mezclado con polvo de diamante.

El trabajo lo absorbía pero una parte de sus pensamientos andaban por otro lado. Esa era su maldición. No podía dejar de pensar. Por eso le gustaba ir a pescar. Pescar y pensar eran lo mismo para él. Se quedaba horas en la escollera, de cara al mar, sintiendo el sedal tenso en la yema de los dedos, inmóvil, afirmado en el piso, con la caña apoyada en la axila, mientras la cabeza era un torbellino de imágenes y de voces. «Pongo la televisión en el canal chino», decía el Chino cuando estaba de buen humor. Eran siluetas sueltas, palabras que volvían como si fueran recuerdos. Ahora pensaba que estaba pensando mientras pescaba y se veía de perfil al final de la escollera larga, en las rías de la laguna de Mar Chiquita, con el reel

quieto y la boya roja flotando en el agua. Veía lo que veía adentro de su cabeza, mientras pescaba, una tarde de verano, ¿de qué año?, en su tele personal, el canal chino, las imágenes brutales, las voces que se reían de él, pero a la vez estaba concentrado en el brillo azul del esmeril que entraba como un fuego en la luz transparente del diamante.

Veía el taller que había abierto en los altos de su casa en Mar del Plata al salir de la cárcel y a Blanca que entraba para cebarle mate, con un batón floreado y descalza, embarazada de Mimi. Sería el verano del 62. Ella ya estaba enojada con él y la nena todavía no había nacido. El Chino trabajaba todo el tiempo y se pasaba el fin de semana pescando en el refugio de la laguna de Mar Chiquita y Blanca se empezó a quejar de que estaba siempre sola. La llevó dos veces con él a pescar pero fue un desastre porque Blanca se aburría o se ponía a escuchar la radio y mataba el silencio que era lo que el Chino iba a buscar a la orilla de la laguna. Incluso un día vinieron unos pescadores a quejarse porque Blanca estaba escuchando tangos y tuvieron una discusión. Blanca se fue a la ruta en medio de la noche y el Chino tuvo que juntar las cosas, apagar el farol y seguirla. Se quedaron en el refugio de la ruta como dos horas hasta que pasó el primer Marplatense de la mañana y pudieron volver. Fue la última vez que intentó compartir con ella la paz de salir a pescar y quedarse tranquilo pensando cerca del agua.

El resto del tiempo lo pasaba solo trabajando en el taller que había instalado en una pieza en la parte de arriba de la casa. Era un cuarto de material de dos por dos que estaba sobre la terraza y el Chino se sentía feliz trabajando ahí solo toda la noche. Al principio le daban a fundir las joyas que los desesperados salen a vender en los negocios de la Rambla para seguir jugando en el casino, pero de a poco lo fueron conociendo y empezó a tener trabajo fino. Hizo varias piezas

que se vendieron en la joyería del Hotel Hermitage y una vez hizo un anillo con una aguamarina que se había exhibido en la casa Tiffany de Nueva York.

En la cárcel el Chino había conocido al flaco Pura y ahí aprendió el oficio de joyero. Pura llevaba siete años preso porque había matado a un capitán, una noche, en el casino de oficiales de un destacamento de montaña, en Cobunco, dos días antes de salir de baja, a fines de marzo del 56. Nunca nadie supo por qué lo había matado y Pura jamás se lo explicó. Fue una suerte, en medio de la desgracia, que al Chino le tocara compartir la celda con el flaco Pura, que era uno de los mejores joyeros de la Argentina y que a los dieciocho años había sido primer oficial en el taller de Ricciardi. En seis meses el Chino aprendió todo lo que había que aprender en el oficio y al año trabajaban los dos a la par. Tenían el banco de trabajo en un galpón al fondo del pabellón especial y nadie los molestaba. Hacían cintillos para las amantes de los coroneles y solitarios para las hijas que festejaban el cumpleaños de quince. Según Pura, ellos dos sostenían la economía de todos los oficiales de artillería de la provincia de Buenos Aires. (Manejaban miles de pesos en oro y brillantes; no hay lugar más seguro que una cárcel militar.) Trabajaban de noche cuando los otros presos dormían. Al Chino le gustaba el aislamiento, el silencio, la llama blanca de la soldadora de acetileno como un punto de luz sobre la piedra pulida. A las seis de la mañana tomaban el mate cocido y se iban a dormir cuando los otros se levantaban. Ahora, al recordar aquellos años de encierro y soledad, trabajando en medio del silencio junto al cuerpo enjuto de Pura, el Chino se sentía perdido y pensaba que solo entonces había podido vivir en paz.

Otra cosa que le trajo problemas con Blanca fue que el Chino iba a visitar al flaco Pura al penal de Dolores todos los domingos. Iba solo, y le llevaba dos pollos al espiedo y dos tarros de duraznos en almíbar y dos cartones de cigarrillos importados. Salía a la mañana temprano y volvía tarde en la noche. Tanto lo peleó Blanca que empezó a saltearse un domingo por medio y al final iba una vez por mes. Al fin Pura le dijo que no volviera, que se quedara tranquilo, que tratara de salvar su matrimonio. Le dijo: Tenés que tratar de salvarte, y el Chino pensó que le estaba hablando en broma o que lo había entendido mal. Pura para ese entonces estaba muy enfermo, ya no se podía levantar de la cama y lo dejaron entrar a verlo a la enfermería de la cárcel como excepción, porque el Chino había sido «un interno», como le dijo el guardia que lo dejó pasar. Fue la última vez que lo vio. Esa era una imagen que le volvía cuando estaba solo. Pura, desnudo en el catre del hospital, flaco como un faquir, fumando, la yerba que tiraba cuando limpiaba el mate amontonada sobre un diario abajo de la cama. Eran las dos de la tarde de un día de verano y el Chino venía encandilado por el sol de la calle y le costó acostumbrarse a la penumbra de la pieza alumbrada con una bombita de cuarenta watts que colgaba del techo. Dejó el paquete sobre una silla y se sentó en el borde de la cama.

Y ahí fue donde Pura le regaló las joyas de la Virgen y le dijo que tenía que largar todo e irse a Buenos Aires. Como si Pura fuera su padre, que siempre le estaba dando consejos que él no entendía, como si Pura le leyera el pensamiento o pudiera ver las imágenes que se le cruzaban por la cabeza cuando estaba asustado. Blanca ya lo engañaba o el Chino pensaba que Blanca ya lo engañaba y estaban a punto de separarse.

Pura tenía una bolsita de cuero con la limadura de platino y de oro que había juntado en todos esos años, escondida en una

figura hueca de la Virgen de Luján. La había puesto en una repisa de madera, con una rama de aromo. La Virgen pesaba más de dos kilos pero jamás se la revisaron en las requisas. Pura le había enseñado a recoger la ganga de platino y de oro que quedaba al final del trabajo del día. Eran invisibles, aire blanco, minúsculas partículas doradas que se barrían con una escobita y se recogían en el hueco de una cuchara de té. Todos los días, durante años, con la ilusión de poder pagarse una fuga, el flaco Pura había guardado el oro y el platino en la figura de yeso de la Virgen de Luján. Pero al final le regaló la Virgencita, como le decía, cuando el Chino lo fue a visitar ese domingo a la enfermería.

El Chino no supo qué decirle y metió la Virgen en una bolsa de cartón. No se despidieron pero estaba claro para los dos que ya no se iban a ver más. Pura pensaba que el Chino se había quedado en Mar del Plata para poder visitarlo en la cárcel.

–Yo estoy hecho, Chino –le dijo Pura–. Tratá de irte a Buenos Aires y ponerte por tu cuenta.

Con lo que sacó vendiendo las limaduras, pudo dejar todo e irse de Mar del Plata cuando se separó de Blanca. En Buenos Aires el oficio era muy diferente, se valoraba el trabajo personal y el Chino enseguida empezó a hacer piezas finas. Un anillo bien hecho podía llevarle meses. En el fondo nunca estaban terminados. Se podía seguir laminando la piedra y puliendo el engarce hasta que el metal y el diamante parecieran formar un solo cuerpo invisible. Desde mayo estaba trabajando en un solitario de platino que le ocupaba todo el tiempo. Era una pieza única, un diamante sudafricano de cuatro puntas montado en un engarce móvil. Cada una de las laderas de la piedra debía ser labrada de acuerdo con una forma específica y por lo tanto tenía que seguir en cada punto microscópico del material un tiempo y un orden determinados para poder llegar

sin riesgo a las grietas y a los cierres. Aunque parezca increíble, algunas facetas de la piedra hay que trabajarlas en sentido inverso y con la mano izquierda como si se las tallara en un espejo, y las otras, en cambio, de afuera hacia dentro tratando de que el esmeril siga la veta del diamante. Hacía falta tanta concentración y un pulso tan firme, que el Chino solo podía trabajar en ritmos de dos o tres minutos y luego tenía que detenerse y respirar con calma para recuperar el pulso. A pesar de que trabajaba con la mente en blanco, todo el cuerpo suspendido en el punto frágil donde la piedra podía quebrarse y estallar, el Chino no había podido pasar nunca una hora de su vida sin pensar en Blanca. No se la podía sacar de la cabeza. Pensaba en ella todo el tiempo mientras sus ojos tallaban el cristal y también mientras dormía. En ella o en Mimi, como si fueran dos partes de una sola persona. Su hija era su mujer antes de que el Chino la conociera. Pensaba que si Mimi se quedaba con Blanca terminaría por convertirse en Blanca, pero sin rencor, sin que él hiciera lo que había hecho para decepcionarla y perderla. (Esos eran los pensamientos confusos que le aparecían como si una voz le estuviera dictando.) El mensaje del sueño era a la vez desesperado y nítido y parecía querer decirle que su mujer estaba en peligro. No es Mimi, pensó, ella está en peligro.

Se levantó y fue hasta el teléfono. Tenía el número de su casa anotado con lápiz en la pared: 34933. Marcó el cero y esperó, cuando apareció la voz de la telefonista de larga distancia, le dio el número de memoria. Después de un momento lo oyó sonar, del otro lado del mundo, y vio el cuarto blanco lleno de luz, con las cortinas transparentes y la mesa de vidrio donde sonaba el teléfono, y se imaginó a Blanca que avanzaba por el pasillo hacia él.

–Hola, Blanca –dijo.

–Sí, quién es... Hola.

Se quedó mudo un momento, sorprendido. Colgó sin contestar. Lo había atendido un hombre. Increíble. Blanca podía tener un tipo o varios. Pero no podía concebir que lo hiciera vivir en la casa. Llamó otra vez. Lo atendió el tipo. Así que lo insultó con voz fingida y colgó. Volvió a llamar y entonces atendió Blanca. Estaba enfurecida.

–¿Qué te pasa? ¿Estás loco? –le dijo antes de que él pudiera hablar.

–Nada, quiero ver a la nena. Quiero que pase una semana conmigo.

Hubo una pausa.

–¿De dónde me hablás?

Por primera vez notó que su mujer estaba asustada. Piensa que estoy en Mar del Plata, pensó. Que me le voy a aparecer de golpe y la voy a matar. Ahora él hizo una pausa.

–¿Quién es el tipo que me atendió?

Ella se rió, divertida, nerviosa. Él pensó por un momento que habían recuperado la complicidad que los había unido durante años.

–Hablá con tu abogado –dijo ella. Y le colgó.

La vio regresar desnuda a la cama y apoyar la rodilla en el colchón mientras el tipo la miraba, tirado boca arriba, fumando. (El tipo tirado boca arriba en la cama no tenía cara.) El recuerdo de una tarde que habían pasado en un hotel cerca del Faro y la imagen de Blanca desnuda, que se acercaba sonriendo, insistía como una alucinación.

Volvió al banco y trabajó media hora hasta dejar el engarce del anillo casi listo. Se sentía tranquilo y relajado y a la vez volvía a oír la voz del tipo en el teléfono, una voz irónica, satisfecha, que lo alteraba. Le costaba cada vez más someter a su mente. Cada vez necesitaba medidas más radicales antes de

poder moverse y animarse a salir. Limpió con mucho cuidado los restos del metal sobre el banco y luego envolvió el anillo en papel de seda y lo escondió en un bolsillo secreto de la campera. Metió un poco de ropa en un bolso y buscó una llave escondida en una bolsita de lona en el fondo de un cajón. En el techo del ropero, tenía un revólver envuelto en un trapo. Iba a llevarlo, podía hacerle falta. Eran las dos de la tarde. Si todo iba bien podría ver a su hija a la mañana siguiente al salir de la escuela.

Los talleres de joyería estaban en la calle Libertad. Eran pequeños negocios de compra y venta de oro, que al fondo tenían siempre varios bancos de trabajo. El Chino trabajaba con Sosa, un viejo que había sido amigo de Pura en la época en que los dos trabajaban en Ricciardi. Había un sistema de jerarquías en las casas y todos se conocían y sabían cuáles eran los joyeros de calidad. Como las mejores piezas las vendían afuera, la ilusión del Chino era emigrar. Irse con Blanca y con la nena a vivir a Nueva York, donde Sosa tenía contacto con la colonia de colombianos que manejaban el negocio. Incluso tenía la dirección de un argentino que había puesto una joyería en Brooklyn. El Chino se acordaba de memoria de la dirección del argentino: Jefferson Avenue 756a. El local se llamaba El Potosí y el Chino había visto una foto. La joyería estaba en el Barrio y tal vez Sosa pudiera escribir una carta y recomendarlo. Tendría que vender la casa de Mar del Plata para pagar los pasajes y por supuesto arreglar sus problemas con Blanca.

La joyería de Sosa ocupaba la esquina de Libertad y Cangallo y el local era amplio y bien iluminado, con anillos y pulseras en la vidriera. Para entrar, el Chino tuvo que tocar un timbre y hacerse ver por el empleado que controlaba la seguridad. La puerta se abrió con un chillido mecánico y el

Chino pasó del otro lado del mostrador. Al fondo estaba la escalera que llevaba al sótano y al taller.

Sosa trabajaba en un costado, con un aprendiz que le sostenía el metal mientras lo laminaba. Era un viejo de cara flaca y aire distraído. Había sufrido un ataque y había estado a punto de morir. Le temblaban un poco las manos y ahora se encargaba de dirigir el trabajo que hacía el Gorrión, su aprendiz. En un sentido el Gorrión era las manos de Sosa.

–Traje esto, don Sosa –dijo el Chino, y dejó el anillo sobre la mesa–. No está terminado.

Sosa observó el anillo con aprobación.

–Sin soldar –afirmó.

El Chino pensó que era una pregunta.

–No, lo tallé con sierras de dos milímetros.

Sosa miró al Gorrión y el chico levantó el anillo y lo puso bajo la luz. Aprobó admirado y miró al viejo. Los dos se entendían como si se leyeran el pensamiento.

–Cuántas usaste –dijo Sosa.

–Dos cajas.

Las sierras eran más finas que un pelo y se partían con solo mirarlas; les echaba aceite con la alcucita para que no se mellara el platino.

–Ves, Gorrión –dijo Sosa–. Acá está el engarce.

No se veía porque lo había disimulado en la piedra y todo el anillo parecía de una sola pieza.

–Vea, don Sosa –dijo el Chino–. Necesito plata y el lunes le entrego el trabajo.

Se estaba hundiendo. El viejo Sosa lo miró. No le gustaban los que pedían adelanto, en realidad no le gustaban los oficiales a los que no les alcanzaba el sueldo. En el oficio había muchas historias de talladores que se habían dejado tentar. Se manejan miles y miles de pesos en joyas y muchos dicen haber conocido

el caso de uno que se levantó todos los brillantes que tenía en el taller y cambió de vida.

–¿Pasa algo, Chino?

–Tengo que hacerle un regalo a mi mujer porque es el cumpleaños. –Hubo una larga pausa–. Estoy tratando de volver con ella.

–Nunca llegues a creer ni en lágrimas de mujer ni en la renguera del perro –dijo Sosa, y el ayudante sonrió.

Para cada ocasión tenía una sentencia. Era un hombre que odiaba a las mujeres. Trabajaba para ellas, hacía joyas para las manos y las gargantas de las mujeres, pero eso era todo lo que podía ofrecerles. Las conocía bien, sabía lo que podía gustarles. Estaba acostumbrado a recibirlas en el local y ayudarlas a decidir cómo tenía que ser el cintillo que iban a lucir. Pero ese era todo el trato. Vivía solo en una casa por Villa Crespo, no tenía hijos, no se le conocían parientes ni amigos. A veces, los sábados, iba a un boliche del bajo (al New Texas, al First and Last) y a la madrugada salía con alguna de las coperas y pasaba la noche con ella en un hotel de Leandro Alem. Nunca con la misma, porque no quería encariñarse ni conocerlas. Algo le había pasado hacía años y se tejían muchas historias. Una mujer lo había engañado con el hermano más chico de Sosa. Los encontró en la cama. Eso contaban.

–¿Cuánto hace que te separaste?

–Seis meses –dijo el Chino.

Sosa sostenía el anillo en la palma de la mano. Había un leve temblor que le bajaba desde la cabeza. Varias veces el Chino tuvo ganas de sincerarse con él, pero no se animó. ¿Qué le iba a decir? ¿Mi mujer no me deja ver a mi hija porque piensa que estoy loco?

–¿Y para qué querés volver si estás bien como estás? ¿O no estás bien como estás?

–No me deja ver a mi hija –dijo el Chino.

–Uno conoce a una mujer recién cuando se separa de ella –dijo Sosa–. Te doy quinientos. El lunes a primera hora me entregás el anillo. ¿Qué le falta?

–Pulir el engarce –dijo el Chino.

–Vos sos peor que yo.

–Me gusta el trabajo bien hecho –dijo el Chino. Sosa le hizo un vale y en la caja le adelantaron el dinero.

2

La Terminal de Ómnibus de Mar del Plata estaba vacía porque era fines de noviembre, pero las bombitas de luz de los negocios seguían prendidas como invitando a los clientes a entrar. El Chino anduvo por el hall y vio los viejos locales arruinados donde se ofrecían pulóveres y recuerdos del verano. Enfrente, sobre la recova, había una serie de negocios que estaban abiertos toda la noche. Boliches de compra y venta de oro y relojes y de cachivaches que la gente que había ganado a la ruleta le compraba de regalo a los hijos. Vendió el anillo.

Se paró frente a la vidriera de una juguetería. La muchacha que atendía el local miraba una revista y lo espiaba por encima de los ojos, sin levantar la cabeza. Parecía contenta y era joven y linda. El Chino se desprendió de la imagen de la chica y de su propia imagen reflejada en el cristal de la vidriera y entró en el negocio.

Había una muñeca de porcelana en un costado, una bailarina en puntas de pie con un vestido de seda plisado y los brazos en arco sobre la cabeza. La levantó y se acercó al mostrador. Nunca sabía bien qué regalo comprarle a su hija.

–Francamente, ¿le parece que está bien para una nena de cinco años?

–Claro, es una caja de música.

No se había dado cuenta. La chica le activó una llave y la bailarina empezó a girar y se escuchó una musiquita.

–La llevo –dijo el Chino.

–Se la envuelvo para regalo –afirmó la chica.

Le hizo un paquete con papel de seda y se lo guardó en una bolsa de cartón que decía «Mar del Plata. La ciudad feliz».

El Chino salió de la Terminal y alquiló una pieza en el primer hotel que encontró del otro lado de la calle. Lo atendió una mujer alta y muy maquillada y casi sin pensarlo el Chino le dio un nombre falso y le dictó su número de documento con la última cifra cambiada. Dijo que se llamaba Arturo Sosa y que vivía en la calle Libertad 456 en Buenos Aires. Iba a quedarse por lo menos todo el fin de semana. El cuarto era amplio, con una ventana que daba sobre los andenes y los micros estacionados.

Dejó la muñeca en la mesa de luz y se tiró en la cama. Era raro estar otra vez en Mar del Plata, donde siempre había vivido. Tenía varios amigos y muchos conocidos pero pensaba cruzar en secreto y ver a Mimi, regalarle la muñeca y después irse. Blanca se iba a dar cuenta de que no podía impedirle ver a su hija. Había conservado la llave de la cocina de la casa y pensó que podía entrar furtivamente por atrás, estar un rato con Mimi y después irse sin que nadie lo notara. Le dieron muchísimas ganas de verla y de oírla hablar. Tenía unas manitas muy chiquitas y le gustaba ponerlas contra la palma de la mano del padre. La mano de la nena entraba como cinco veces en la mano del Chino y eso a Mimi le encantaba. En invierno se sacaba los guantes de lana y ponía la palma tibia en la mano rugosa del Chino. Abrió el bolso y sacó el revólver que había guardado entre la ropa y lo escondió en la bolsa con la muñeca. Se miró en el espejo; con la bolsa en la mano, parecía

un hombre pacífico. Tenía que hacer tiempo. Mimi se iba a dormir temprano, pero Blanca nunca se acostaba antes de las dos de la mañana.

El Chino salió a la calle y caminó algunas cuadras hacia el Torreón. Le gustaba el aire que venía del mar, le secaba la boca, y sentía la sal en la piel. Se paró a mirar las piedras, abajo, y el remolino de las olas. Lo peor de vivir en Buenos Aires era que no podía ir al mar a pescar. No había comparación entre tirar la línea en el río o pararse en la punta de la escollera y quedarse toda la noche sintiendo el chicotazo del mar. Una vez sacó un tiburón de metro y medio casi al borde de la playa, ahí nomás en la Bristol. La gente jugaba a la ruleta en el casino y el tiburón andaba por ahí husmeando en la profundidad con la aleta negra rayando el agua. En el río los peces estaban llenos de barro y en el mar todo es limpio y frío y blanco como si fuera vidrio salado.

Cerca del casino vio a los tipos que cruzaban por el Boulevard Marítimo como fantasmas. Todavía era temporada de invierno, se podía jugar hasta las dos de la mañana. Tocó el revólver y pensó lo que siempre pensaba. Qué hubiera sido de su vida si esa tarde, cuando estaba de guardia, no hubiera dejado pasar a la muchacha o si ella hubiera cruzado antes de que empezaran a tirar o si ese día no lo hubieran mandado a hacer guardia en el camino que bordeaba la costa. Su vida sería otra, no estaría ahora parado ahí, como un ladrón, esperando la madrugada para entrar en silencio a su casa y saludar a su hija.

Vio el cartel de Celusal, al fondo, en la rambla de pescadores sobre la playa. Brillaba en la noche el cartel, con la luz de las ventanitas de los departamentos al fondo, para el lado de Camet. Él vivía en la calle Rioja, cerca de la avenida Independencia, en La Perla. Vivía, es un decir, había vivido, había comprado esa casa con mucho sacrificio y cuando se la

imaginaba, la veía nítidamente, con los cuadros en las paredes y los muebles y los pisos encerados, y sentía un vacío porque estaba todo menos él. La ausencia era eso. Un lugar que uno conoce y recuerda de memoria, como si fuera una foto, donde uno falta. Sentía que había una relación secreta entre la debilidad de carácter que lo había hecho dejar cruzar a la mujer del Fiat 600 por el camino de la costa y el modo en el que Blanca se había convertido en el centro de su vida. Ella empezó a acusarlo de estar loco, de estar obsesionado y enfermo de celos. En realidad primero hubo un escándalo, porque la vio (o creyó verla) con otro hombre en el hall de un edificio por Playa Grande. Él cruzaba en colectivo por Alberdi y la vio a Blanca que lo besaba y sonreía. El tipo era un viejo, vestido con un sobretodo amarillo. Tal vez veía visiones. Imágenes en el canal chino. Cuando la sorprendió, Blanca se estaba riendo, con esa risa que el Chino le conocía bien. La risa con la que ella se ríe, pensó, cuando está alzada.

Tenía que hacer tiempo por lo menos hasta las dos de la mañana. Cruzó la recova frente a la pileta cubierta y subió otra vez hacia la rambla, y después de pasar el casino entró en el Montecarlo. El bar era amplio y no cerraba nunca y estaba en la frontera de la ciudad al borde de la plaza Colón. Era un lugar de paso, con clientes que venían del centro y viajantes que seguían hacia el sur. El barman era un chileno que lo conocía bien, pero cuando entró el tipo lo miró desde la caja como si fuera invisible. Lo mismo el mozo, un flaco con un defecto en la pierna. Había jugado al fútbol, en la primera de Kimberley, y le partieron la tibia y el peroné y quedó rengo.

Pensaba en el bar cuando estaba en Buenos Aires, y se veía con Blanca después de salir del cine, tomando café con ginebra y hablando con el mozo que tenía la pierna chueca, pero ahora que estaba aquí nadie lo conocía. También el bar era un lugar

vacío, como si solo existiera en la memoria. El mundo exterior existe si podemos recordarlo, pensó de golpe sin entender muy bien lo que quería decir. Las evidencias son la única verdad. Había tratado de explicar que la mujer del Fiat 600 le había sonreído y le había pedido por favor que la dejara cruzar porque si no iba a tener que desviarse como cien kilómetros y que él jamás pensó que justo en ese momento iban a empezar a tirar. Hacía tres horas que estaba de guardia ahí sin que pasara nada. Se distrajo, se dejó convencer, la culpa no era suya. Pero la evidencia era otra, la evidencia era el coche con el motor en marcha detenido contra el terraplén y la muchacha con un tiro en la cara. El pasado no se puede cambiar. Era imposible volver atrás y decirle a la mujer que no cruzara, a pesar de que la escena se le repetía y volvía a verla llegar con el auto, en medio del calor de la siesta, por el camino de tierra.

El barman leía Crónica y el Chino se le acercó. El tipo lo miró extrañado durante un momento.

–Soy Onega –dijo el Chino.

–Chino –dijo el barman, sorprendido–. ¿Está de vuelta?

–¿Y los muchachos? –dijo el Chino.

–Está el doctor –dijo el barman, y señaló a un hombre que leía el diario, al fondo, contra los ventanales–. Luisito viajó a La Plata y Ernesto debe estar al caer. –Sonrió, tranquilo. Le miró la bolsa de papel–. ¿Está de vuelta?

–Vine a buscar a mi hija –dijo el Chino.

–¿Ah, tiene una hija? –El barman le sonrió–. Hoy esto va a ser un desierto. ¿Una ginebra?

El Chino afirmó y lo vio agacharse y abrir la puerta de la heladera para buscar el hielo. Era una coartada como cualquier otra. Ser conocido por el barman, ir a la misma hora a la que iba antes, como si todo siguiera igual.

Una extraña historia ocupaba la primera plana de los diarios: la sirvienta de un empresario uruguayo se había ganado la lotería. Pero el billete se lo había robado la señora de la casa. Una amiga de la chica había hecho la denuncia y ahora se había quedado paralítica después de un accidente de tránsito.

–Le serrucharon la barra de dirección –dijo el barman–. La mafia uruguaya. Hay un tal Planes o Blanes que maneja los casinos de Montevideo. Esta chica es un grupí.

–Anoche soñé que ganaba un dineral en el casino... –dijo de pronto un gordo que estaba parado en la barra junto al Chino.

–Entonces no vaya –dijo el barman–. Es yeta ganar plata en un sueño. Juegue a la quiniela.

–Jugué al doce y salió el once –dijo el gordo–. Le pegué en el poste.

–El casino es el doble cero –dijo el barman–. Los huevos fritos.

Miró al Chino sonriendo, divertido con el chiste. Y se alejó al otro lado del mostrador. El Chino levantó el vaso de ginebra y miró el salón buscando una mesa. Al fondo, en el ventanal que daba a la playa, vio al médico que venía siempre al bar y pasaba las noches tomando whisky. Cada vez se iba más tarde, vivía en El Paraíso, un hotel sobre la avenida Luro. Lo había visitado varias veces y siempre lo había asombrado la elegancia del tipo, que tenía la pieza llena de discos de música clásica y de libros en francés. Cuando el Chino salió de la cárcel le habían dado el dato del doctor Montes, un médico que ya no ejercía pero podía firmar las recetas para comprar anfetaminas. Necesitaba esas pastillas como el aire. Pero podía dejarlas cuando quisiera, solo tendría que aguantar el bajón de las primeras cuarenta y ocho horas. Se vio tirado en la cama, sin voluntad, pensando en Mimi y en Blanca y en la escena del accidente, e hizo un esfuerzo para moverse. Se dio vuelta hacia

el médico y lo saludó con el vaso. Un médico que se emborracha a comienzos de la noche, pensó, mientras el resto de los muertos se arrastran por la calle.

Cuando el Chino se le acercó, el doctor Montes se levantó para saludarlo y le sonrió. Montes era capaz de mantener la alegría, un impulso de euforia que llegaba a los demás como una gracia, aunque estuviera desesperado.

–Vino un yirito, recién, tendría..., ¿qué le puedo decir?, catorce años, quince. Se me acerca... –Hizo una pausa–. Se paró ahí, con la sonrisa que le copian a las chicas de las revistas mexicanas. Tendría que haberla visto. Esa piel de las nenas de ahora, brillan como vírgenes, con las minis y las blusas de satén y las tetitas sueltas. Tenía los certificados al día y yo hubiera pagado por estar con ella, me la hubiera llevado a pasar la noche al hotel. Pero ella solo quería que yo la atendiera, casi me dice Nono, tenía miedo de estar infectada.

–¿Y qué tenía?... –El Chino sintió el gusto metálico y helado de la ginebra que le quemaba la garganta.

–Alucinaba. Es incapaz de saber qué va a pasar con su vida más allá de los cinco minutos siguientes. Tiene una capacidad de concentración de cuatro segundos. Quería que yo la revisara porque no podía dormir.

El doctor había sido jefe de la sección psiquiátrica del Durán, pero en un confuso episodio se enredó con una mujer internada y perdió el trabajo. Ahora vendía recetas de drogas y atendía a los desesperados de la ciudad sentado toda la noche en una mesa del Montecarlo.

–¿Sigue acá?

–Alguno se tiene que quedar para escribir los epitafios... En una de esas me voy a Las Flores... Tengo una hermana que arrendó un campito y a lo mejor me instalo en el pueblo.

–Vea, doctor –dijo el Chino–. Estoy de paso en la ciudad. Vine a Mar del Plata a visitar a mi hija. –Se sorprendió al ver lo que había dicho–. Y voy a necesitar cierta dosis de reserva, tres o cuatro vidrios, cinco a lo más. ¿Cuánta plata hace falta?

El doctor se tiró atrás en la silla y lo miró con una expresión amistosa. Para el doctor Montes, el Chino era otro desesperado, un tipo que había perdido a su mujer y a su hija y que se arrastraba empujado por la benzedrina.

–¿Y adónde piensa irse?

–Me vuelvo a Buenos Aires. Quiero llevarme a mi hija a vivir un tiempo conmigo.

De golpe le había dicho la verdad y se sintió aliviado porque él mismo descubrió lo que pensaba.

–Todo se puede arreglar –dijo el médico.

–Mi mujer tiene el amparo del juez y no me deja verla. Usted sabe que yo estuve preso. –El médico lo miró con interés–. No fue culpa mía. Fue un accidente.

–Ya sé, ya me contó...

–Estaba haciendo la colimba, aquí en Camet, y me mandaron a cuidar un camino de tierra donde nunca pasa nada, me dejaron plantado ahí. Usted sabe cómo son esas cosas. Y de golpe aparece una mujer en un Fiat 600. Me pide paso. Me dice que son doscientos metros, que si no tiene que volver a la ruta, que esto y lo otro. Quise hacerle un favor. Tendría que haberme negado, pero pensé que iba a pasar sin problemas, las maniobras tardan días en ponerse en movimiento, estaban dando vueltas desde la mañana y no habían empezado a tirar. Cómo me iba a imaginar yo que justo en ese momento...

–Mala suerte –dijo el médico–. Y le tiraron el muerto encima.

–Claro. Me acusaron de «dolo eventual». No tuve ninguna intención de matarla, pero ella murió por mi culpa. Para peor,

un cabo dijo que había visto cómo yo la hacía pasar. Eso me arruinó la vida. El tipo no había visto nada, no había ningún zumbo ahí, si yo estaba solo en medio del campo... A veces pienso que estoy ahí de vuelta y le digo a la mujer que no pase.

–Mejor no piense en eso.

–No, ya sé... Cuando estaba con mi hija me había olvidado por completo del accidente, pero ahora que vivo solo me vuelve, a veces, como si lo estuviera viviendo otra vez...

–Me perdona un momento, tengo que hacer un llamado.

–No se olvide la receta –dijo el Chino.

El médico le escribió la receta y se alejó hacia el teléfono. Y si llama y me denuncia..., pensó el Chino. Esas eran las cosas que se le ocurrían últimamente.

Buscó al mozo y pagó la cuenta. Antes de salir del bar saludó al médico, que siguió hablando en la cabina de teléfono como si no lo hubiera visto. La noche estaba fresca y estrellada y se oía el mar, al fondo, leve y sombrío. Subió por el Boulevard Marítimo hacia el Asilo Unzué, donde la ciudad mantenía el mismo aspecto ruinoso del pasado. Conocía ese trayecto de memoria. Durante cinco años lo había hecho todos los días. Un tiempo igual al tiempo que había pasado en la cárcel. Ahora comenzaba otro período de cinco años en los que ya no iba a estar solo. Tengo treinta años, pensó. Dentro de cinco años voy a ser un viejo.

La noche estaba clara y limpia, el murmullo del mar borraba los rumores de la ciudad. Frente a la Perla bajó por Libertad hacia la plaza y llegó al barrio donde había vivido siempre. Un lugar tranquilo, con jardines al frente y casas de piedra. Todo estaba quieto y callado, algunas luces brillaban entre los árboles. La esquina era un terreno baldío y al costado, del otro lado del tejido, estaba su casa. Uno de esos chalets de piedra, con dos ventanas con rejas bajas y techo de tejas.

Se detuvo y se arrimó a un árbol, la calle estaba desierta y él rondaba como un ladrón frente a su propia casa. Había una luz encendida en el jardín y vio el triciclo de Mimi entre los jazmines. Iba a tener que saltar el cerco de ligustro, había un soporte de ladrillo en un costado y lo podía usar para apoyarse y cruzar por el tejido. Al caer en el jardín, pisó mal y tropezó. La bolsa con la muñeca y el revólver se le soltó de la mano y al caer rebotó contra un cantero y se abrió. Cuando levantó el paquete empezó a sonar la musiquita y vio que se le había despegado la cabeza a la muñeca. El revólver había caído entre las plantas. El Chino se sentó un momento bajo el limonero que él mismo había plantado hacía años y tuvo ganas de llorar. A lo lejos ladró un perro. Nada se movía, las luces de la casa estaban apagadas, salvo la débil luz amarilla de un farol encendido en el porche.

El Chino se deslizó por la parte oscura hacia los fondos. Se movía por el jardín y por el patio de atrás de la casa, sigiloso en medio de la noche, cada lugar estaba fijo en su recuerdo con la claridad de una obsesión. Tenía que dar vueltas por el lavadero y entrar por la cocina. Había ropa colgada en la soga y un montón de leña amontonada contra la pared del baño. Buscó la llave de la puerta de la cocina y abrió despacio. Una leve claridad bajaba por la ventana e iluminaba con un aura tenue la blancura de la cocina. El Chino se detuvo y miró el hule de la mesa, con la tostadora y la pava con el mate. El pasado estaba cristalizado ahí. Sintió una sensación de alegría, como si todo hubiera sido un sueño, y ahora estaba otra vez donde debía estar. Se quedó un rato inmóvil y por fin se sentó en una silla y se quitó los zapatos. Los guardó en la bolsa con la muñeca y el revólver. Después cruzó la puerta, en medias, hacia la sala. En la cárcel había aprendido a moverse en silencio, casi sin respirar.

Eran casi las tres de la mañana. Blanca no se iba a despertar. El dormitorio estaba a la izquierda, cerca del baño. La puerta estaba abierta. Se asomó y la vio. Estaba desnuda, tendida sobre las sábanas, durmiendo con un hombre. El tipo estaba de espaldas, en calzoncillos. Ella le pasaba el brazo sobre el cuerpo. Se quedó un momento inmóvil, la pieza estaba igual, incluso vio su radio-reloj en la mesa de luz. El corazón le latía tan fuerte que pensó que iban a oírlo. Se acercó a la cama y sintió (o imaginó que sentía) el perfume del cuerpo de Blanca. Estuvo un rato ahí, inmóvil. Se obligó a salir del cuarto y volvió al living.

Se sentó en un sillón cerca de la ventana que daba a la calle. Iba a esperar hasta las seis para despertar a Mimi. De vez en cuando el faro de un auto iluminaba el jardín. Abrió la bolsa de papel, que crujió en el silencio de la noche, y empuñó el revólver. «Tal vez ella me vio y sabe que yo estoy aquí y vendrá a buscarme.» Veía imágenes confusas de cuerpos ensangrentados y oía débilmente una voz que le hablaba en una jerga incomprensible. Prendió un cigarrillo y fumó en la oscuridad. Todo lo que había vivido estaba frente a él, proyectándose en su cabeza, como en una pantalla. Trataba de no pensar, pero las ideas volvían en un torbellino. Pasaba y repasaba los acontecimientos de su vida, los hechos de los que se avergonzaba y que no podía remediar. Estuvo mucho tiempo en una especie de estupor hasta que se obligó a moverse, pero antes se guardó el revólver en la cintura.

Enfrente estaba la pieza de la hija. Entró y se detuvo, una luz suave llegaba desde el velador cubierto por un pañuelo azul. Mimi dormía y no se movió. La contempló durante un largo rato. Dormía con la cabeza casi afuera de la cama, boca arriba, con una expresión tranquila. Se acercó a la cama. Mimi había

acomodado la ropa sobre una silla. Miró los dibujos y las fotos en las paredes. En ese momento la nena se despertó.

–Mimi –dijo el Chino–. Vení con papá.

La nena se sentó en la cama y lo abrazó. Como si comprendiera la situación, le habló en un susurro.

–¿Te vio alguien?

El Chino sintió una extraña emoción.

–No. Vestite –le dijo.

Había tomado la decisión casi sin pensar. La nena empezó a vestirse.

–Mamá está con el tío Enrique. Pero a mí me gusta más estar con vos.

La nena le transmitía una alegría y una intimidad que siempre lo calmaba. Ella lo hacía sentirse un hombre como nunca ninguna mujer lo había hecho sentir. Cuando estaba con Mimi se sentía seguro y actuaba con suavidad, sin perder la calma. Jamás estaba perdido estando con su hija. Con el resto del mundo, en cambio, vacilaba inseguro. Salvo cuando estaba trabajando en el taller; si había logrado concentrarse y salir de sí mismo, entonces todo iba bien. Pero con Mimi era mejor porque ella lo aliviaba instantáneamente. Comprendió que había venido para verla pero que ahora había decidido llevarla y pasar con ella dos o tres días como si fuera una visita acordada.

–Mimi –le dijo arrodillado a la altura de la nena–. Nos vamos a ir dos o tres días y después volvemos.

La nena lo miró. Pareció que iba a empezar a llorar pero se contuvo.

–¿Y el jardín? Tengo que darle la tarea a la señorita Julia. Te voy a mostrar –dijo Mimi. Fue hasta la silla donde estaba la bolsita y trajo una figura de plastilina. Parecía un hombre con un sombrero. Había empezado a pintarlo y tenía la mitad del

cuerpo color amarillo–. Es un japonés –dijo Mimi–. ¿Puedo llevarlo?

–Sí, claro –dijo el Chino, y terminó de vestirla.

Para salir tenía que volver a cruzar la sala frente al dormitorio de Blanca. El tipo se llamaba Enrique, no lo conocía, no era ninguno de sus antiguos amigos y eso lo alivió. Prefería no conocerle la cara. Abrió la puerta y salió a la penumbra de la sala. La nena se portaba muy bien, era inteligente y muy tranquila. Cuando estaba por salir a la cocina, Mimi le tiró de la mano. El Chino se agachó a la altura de la nena. Desde ahí veía la puerta entreabierta del dormitorio y la cama con los dos cuerpos desnudos contra la suave claridad de la ventana.

–Le tengo que decir una cosa a mamá –dijo Mimi muy seria.

–Sí –dijo el Chino–, le vamos a hablar por teléfono cuando se despierte.

–Tengo que avisarle que no voy a ir al jardín.

Parecía que ahora sí iba a empezar a llorar. El Chino la abrazó. Después alzó a la nena y salió con ella hacia el patio por la puerta de la cocina. Había empezado a amanecer.

Bajaron por San Luis hacia el centro; en la esquina de Independencia iban a tomar el Marplatense. De un modo casi inconsciente, el Chino pensó que iba a pasar más inadvertido si viajaban en colectivo que si tomaban un taxi. A esa hora un hombre con una nena en un taxi es algo que llama la atención, pero sentados en un asiento en medio del ómnibus daban la sensación de un padre y una hija que volvían a casa.

–Marcela Bucci tampoco va a la escuela porque está enferma. Tiene variquela.

–Será varicela –dijo el Chino.

–Está toda colorada y nadie la puede tocar. ¿Ya la podemos llamar por teléfono a mami?

–Dentro de un rato –dijo el Chino.

La claridad del alba se insinuaba en el mar. No sabía muy bien qué iba a hacer. Quería llevar a la nena a pescar. Y pensaba que al volver quizás Blanca le sonriera como le sonreía antes y las cosas se arreglaran. De un modo extraño se dio cuenta de que ya no soportaba vivir solo.

Abrió la bolsa y le dio la muñeca a Mimi. La cabeza colgaba sobre el pecho.

–Se rompió –dijo Mimi.

–Después te la arreglo –dijo el Chino–. Hay que pegarle la cabeza con cola. Pero ¿ves?, es una cajita de música.

La hizo andar y la música sonó débil en la esquina medio vacía. Mimi no le dio mucha importancia y se distrajo enseguida. El Chino volvió a guardar la muñeca rota en la bolsa de papel con el revólver.

Conocía unas casas que se alquilaban para pescar en una laguna cerca del mar por Santa Clara. La nena se había apoyado sobre el cuerpo del Chino. Él la tenía abrazada y la sentía tibia contra su cuerpo. Está conmigo, pensó, todo se va a arreglar.

–¿Sabés cuánto mido yo?

–¿Cuánto?

–Uno y treinta –dijo Mimi, abriendo y cerrando los dedos de la mano derecha como si llevara la cuenta–. En la fila soy la cuarta... ¿Vos cuánto medís?

–Uno ochenta y ocho –dijo el Chino.

Mimi se empezó a reír y lo miró. En ese momento el Chino se dio cuenta de que había salido sin traerle ropa. Tampoco sabía muy bien qué darle de comer.

–Tengo hambre –dijo la nena como si le leyera el pensamiento.

–Sí –dijo el Chino–, ahora vamos.

El colectivo apareció al fondo de la calle, contra la luz de la mañana. El Chino estaba ahí, alto y desgarbado, con la nena tomada de la mano.

II

TARDE DE AMOR

Rainer Wagner se había acomodado en la camita turca y miraba el aire, cansado de hacer lista de caballos para completar la sección Hípicas del Buenos Aires-Zeitung, un diario alemán que se editaba en La Plata desde los tiempos de la Segunda Guerra y que ahora salía, en realidad, tres veces por semana con noticias varias y una cátedra infalible en el hipódromo que, según decían, era lo único que explicaba su pervivencia. De vez en cuando en alguna carta de lector renacía una inocultable admiración por las hazañas del Tercer Reich. Wagner, único redactor y gerente del periódico, las dejaba pasar porque conservaba una vena romántica que lo hacía apiadarse de los viejos nazis arruinados que vivían con nombre falso en City Bell y se juntaban los domingos en la cervecería La Modelo, con el corazón ardiendo de eterna lealtad por el Führer.

Wagner era alto, delgado, usaba el pelo al rape y anteojos redondos y metido en ese cuartito gris lleno de muebles parecía un pájaro enjaulado. Sentado frente a él estaba el maestro Pardo que, a falta de mejor ocupación, enseñaba a tocar la guitarra según el método original Alberto Williams. Era un entrerriano que había acompañado en su juventud a Pedro Laurenz en el mítico café Jamaica de Buenos Aires, pero al que la decadencia del tango lo había obligado a refugiarse en La Plata y a dar clases de guitarra a los aspirantes a folcloristas que abundaban desde hacía años entre los estudiantes. Siempre encontraba algún desahuciado que trataba de enganchar en una peña y quería aprender a tocar la guitarra en diez lecciones. El maestro Pardo tenía cara de buda, ojos asombrados y expresión abstraída y estaba siempre vestido con un traje negro, brilloso y un poco raído pero muy elegante.

Habían vivido juntos en esa pieza de pensión durante meses sin mayores problemas hasta que en los últimos días algo empezó a pasar y ahora los dos estaban nerviosos y desalentados. En un costado de la pieza había bultos atados con sogas, valijas, un baúl blanco muy viejo, con estampillas alemanas. Iban a tener que actuar, pero no se decidían y la inquietud los rondaba mientras tomaban ginebra acodados en la baranda de hierro del balcón oyendo los rumores torvos de la ciudad en la tarde.

–Varias veces he buscado una compañía femenina –dijo el maestro Pardo–. Y sin embargo sigo igual, siempre solo como un gato.

–Olvídese de eso, mi amigo –dijo Wagner–. Las mujeres son la perdición. Mire lo que nos está pasando.

Los dos miraban la calle desierta. Estaba fresco afuera y los tilos de la diagonal 80 habían empezado a florecer.

–A veces –dijo el maestro Pardo– extraño la farra. Íbamos todas las noches al Marabú, al Tibidabo, a tomar champagne y a bailar con las paicas y las grelas. –Como todos los provincianos usaba demasiadas palabras en lunfardo en su afán de ser un auténtico hombre de tango.

Wagner fumaba asomado contra la luz de la tarde. Estaba descalzo, vestido con un pijama celeste.

–Me lo imagino –dijo–. Noches en vela. Fiestas. Pero no lo envidio, eso no es lo mío.

–Uno envejece –dijo de pronto el maestro Pardo–. No cambia, solo envejece. Eso es lo fulero. Me siguen gustando las mismas cosas pero ya no puedo conseguirlas porque nadie me toma en serio. Solo yo sigo fiel a mis berretines.

–Nuestra situación ha cambiado sustancialmente –dijo Wagner–. Y usted me preocupa, querido.

No es que Wagner tuviera especial interés en el maestro Pardo, en realidad tenía interés en muy pocas cosas, pero en los últimos días no había podido dormir más de dos o tres horas y eso le daba una particular lucidez que lo distanciaba de todo y lo hacía observar a Pardo con ojos de entomólogo. Porque la noche en vela, la sección Hípicas del Buenos Aires-Zeitung o los secretos homenajes a Hitler estaban lejos de ser la única preocupación de Rainer Wagner.

–Una cosa, maestro –dijo Wagner–. ¿Anoche dónde durmió? Lo estuve esperando. Pensé que lo habían acobardado –señaló la pieza vecina–... las vecinas.

–No, para nada, me quedé en el club Atenas. Estuve tocando la guitarra con los muchachos y, como se hizo tarde, me dejaron dormir en el gimnasio –dijo Pardo.

–Sabe que no puedo encontrar el calzador. –Se miró un pie descalzo–. ¿Qué hora es? –dijo.

–Falta todavía..., no van a venir antes de las tres, tres y media.

–Las tiene bien estudiadas, usted.

–Poder de observación. Me alcanza con dos o tres datos y construyo la vida entera de una persona.

Wagner buscó en el bolsillo del pijama y mostró una llave.

–¿La consiguió?

–Tengo mis contactos.

–Hagamos lo que hagamos no pensará hacerlo descalzo.

–¿Qué dice? –preguntó Wagner, y guardó la llave–. No se empezará a hacer el gracioso...

Pardo sonrió. Wagner se acariciaba el pie derecho desnudo con la mano izquierda mientras se sostenía de la baranda con la mano derecha. El cigarrillo le colgaba a un costado de la boca.

–Hay algo raro en esto. No es natural... –dijo Wagner al rato.

Siguieron en silencio mirando de vez en cuando la hora hasta que al fondo del pasillo, abajo, en la entrada, se oyó por fin el ruido de la puerta cancel.

–Ahí están –dijo Pardo.

Entonces se miraron, atentos, expectantes, como en suspenso, una vez más. Porque en los últimos días no habían hecho otra cosa que adivinar los pasos en el zaguán y el golpe de la cerradura, las voces y las risas sofocadas, en la otra pieza. Y ahora volvían a imaginar la luz amarillenta que bajaba de la única bombita y alumbraba las paredes manchadas de humedad, la mesa contra la ventana de cortinas como telas de araña.

Wagner hizo un gesto y los dos esperaron el silencio que venía siempre después que se habían sofocado las voces, después del último roce de las ropas contra el piso, del chicotear de los pies descalzos contra la madera.

Este silencio que, ahora, los obligaba a moverse con cautela, como si fueran ellos quienes tuvieran que cuidarse, evitar que el roce más fugaz (raspar un fósforo, abrir el diario, sentarse en la cama) se oyera del otro lado de la puerta que dividía los cuartos.

La habitación, apenas alumbrada por la luz de la ventana, flotaba en una penumbra grisácea. El silencio parecía filtrarse por las rendijas de la puerta.

Hasta que del otro lado se apagó la luz alta y se encendió el velador y las rayas amarillentas se debilitaron; entonces el maestro Pardo levantó la cabeza y encontró la mirada de Wagner. Los dos sabían que la quietud había empezado a quebrarse, muy despacio, en una especie de respiración leve, sofocada. Como si alguien respirara afanosamente, pero sin abrir la boca, apretando los dientes en un susurro ahogado.

Wagner levantó la cara y miró la puerta en medio del tabique; después se quitó los anteojos. Enfrente la cara de Pardo pareció saltar hacia atrás y se disolvió como una mancha difusa.

Los jadeos se repetían, se cortaban, se volvían un ronquido violento. La voz de una mujer pareció exigir más y cuando obtuvo lo que pedía dejó escapar un grito al que siguieron luego gemidos y susurros ávidos. Otra mujer ahora hablaba en voz baja, sin parar, un murmullo cortado por insultos y órdenes.

Wagner se acercó a la puerta. Luego se arrodilló contra la cerradura. La mirada recayó primero sobre un papel blanco, luego sobre un vaso; después vio el brillo de un anillo en la mano abierta de la mujer. Fue un instante, porque enseguida la mujer se alejó, y se vio otro cuerpo que apoyaba las manos en el piso y se tiraba hacia atrás, desnuda contra ella que la abrazaba y la obligaba a girar. Lo que veía se desintegraba en pequeños detalles; el cubrecama verde se extendía como un prado; una mano blanca descansaba sin sentido en el aire; una esclava dorada envolvía un tobillo de mujer.

El maestro Pardo se apoyó en el cuerpo de Wagner y empezó también él a mirar la escena a través del agujero. Por la cerradura vio la ventana, el respaldo de una silla y dos piernas de mujer en el vacío y un pequeño pie con las uñas pintadas que parecía de porcelana. La fascinación de los cuerpos desnudos apareció una vez más, como si hubiera metido la cabeza en el paño negro de un fotógrafo.

La posición encorvada de los cuerpos en observación hizo zumbar la sangre en sus oídos y las voces del otro lado de la puerta rumorearon y callaron. Wagner se incorporó lentamente. El maestro Pardo se enderezó también y se sintió un poco mareado.

–¿Se dio cuenta? –dijo Wagner–. Ella nos miraba.

–Si al menos fuera con un hombre.

–Le dije, ¿vio? Ella es la que alquila el cuarto.

–Pero no es un yiro.

–No. Y la otra está casada, le vi la alianza. Se da sus gustos.

–A costa nuestra. Sabe que estamos aquí...

–¿Le parece?

–Estoy seguro, conozco las minas de esa calaña.

–Calma, Pardo. Hay que reflexionar –dijo Wagner.

–Debe pensar que somos dos viejos maricas.

Wagner se levantó y se miró la boca en el espejo del ropero. La luz que se filtraba desde la otra pieza, por las rendijas de la puerta, titiló. Todo estaba en silencio. A lo lejos se escuchó el silbato de un tren. Wagner se arrodilló y miró por la cerradura.

–¿Y ahora?

–Duermen.

–Siempre es igual.

La tarde declinaba sobre la ciudad. Wagner se apoyó en la mesa y se calzó primero un zapato y luego el otro. El maestro Pardo estaba cerca de los bultos y las valijas. En la otra pieza al rato se oyeron risas y luego murmullos, quejidos, voces sofocadas.

En la luna del espejo del ropero entreabierto podía verse un árbol florecido en la vereda de enfrente. Era raro, estaba lejos y estaba ahí. Wagner se paró delante y su cuerpo se reflejó entre las ramas.

–Oigo cantar –dijo.

Se pusieron a escuchar.

–No oigo nada –dijo Pardo.

–Y sin embargo tiene buen oído, usted... –dijo Wagner.

–Bastante discreto.

–Un oído musical.

–¿Lo sigue oyendo?

–Se diría que es un coro mixto.

–Un arrullo.

–Son los pajaritos que siempre cantan antes de dormir –dijo Wagner.

–No creo –dijo Pardo.

Wagner cerró la puerta del ropero y ya no se vio el árbol en el espejo.

–Cuestión de óptica.

Wagner buscó en el bolsillo del pijama y mostró la llave. Se miraron en silencio.

–¿Vamos? –dijo Pardo

–¿Qué hora es? –dijo Wagner

–No importa –dijo Pardo–. Deme la llave.

LA PARED

Terminaron hace una semana, más o menos. Hoy a la mañana uno de los viejos hizo como un hoyo entre dos ladrillos, pero no alcanzó a ver el otro lado. Hurgueteó con el dedo y después con una rama que cortó del sauce; afuera el cemento se había secado, parece, porque estuvo media hora dale y dale, para nada.

Poder mirar la calle es una gran cosa. La gente cruza haciendo gestos y se ríe y a veces lo saludan a uno y cada tanto pasan camiones y colectivos y una vez pasó un jockey en un alazán que era un lujo. Yo vi muchos jinetes en mi vida pero ninguno como ese: con la chaquetilla de colores y la gorra, alzado en el estribo corto, apilado sobre un pura sangre que cruzó al trote, como si fuera un apronte antes de largar. No hay ningún hipódromo por aquí y en los campos de Turdera se corrían cuadreras pero hace años, aparte que un caballo así, imposible verlo en la calle, sobre el asfalto. Qué haría el jockey por esta zona nunca lo supe. Iba tranquilo, al trote, y al mirar me sonrió, como si me conociera, y me dijo algo que no entendí. No me puedo acordar si yo estaba solo y tampoco me acuerdo de dónde salió el caballo. Enseguida pasó un camión de propaganda, con altoparlantes en el techo, quizás el caballo era una manera de hacer publicidad, pero no sé. Pienso en el jockey, chiquito como un mono, en lo cambiado que estaba el camión que había sido un Ford 28, con una especie de torre con un cartel donde se anunciaba un remate. Pienso en eso y en los ojos del caballo que miraba, espantado y como perdido entre la gente.

Pero a veces se me da por pensar que el jockey nunca pasó y que yo lo soñé, como cada dos por tres sueño que vuelvo a

manejar la 239, una máquina nueva que ahora debe estar toda oxidada, enterrada en algún galpón en Escalada, vaya a saber.

Lo que quiero decir es que sentado aquí mirando pasar la gente o los camiones o el viento que levanta los papeles, el día se va rápido; cuando uno se quiere acordar ya es de noche y no queda tiempo para andar pensando en nada. Porque eso es lo mejor, digo yo, no pensar, ver lo que pasa y nada más.

Mientras estuvo el cerco de ligustro, la gente, los camiones y hasta el jockey si hubiera pasado en ese entonces, eran bultos, nada más que bultos, y uno se aburría de mirarlos, todos iguales. Para poder ver algo había que plantificarse allí, medio inclinado, mirando a través de las ramas un pedazo de calle del tamaño de una baldosa. Además, nadie aguantaba mucho tiempo parado con la cara lastimada por las ramas y el dolor en la cintura.

Hasta que llegaron los albañiles y empezaron a voltear el cerco. No lo podía creer: acá nunca hacen lo que uno necesita. Los albañiles cavaron un pozo a lo largo del tejido, una especie de zanja que rodeaba todo el Asilo. Después el cerco se vino abajo y apareció la calle: se alcanzaba a ver casi media cuadra. Desde la esquina hasta la mitad de una casa verde, de dos pisos, que tiene una especie de jardín, dos por uno cuando mucho, con un pino que parece que la casa la hubieran hecho debajo.

En esa casa vive un tipo que debe tener un trabajo raro. Sale casi de noche, a esta hora más o menos, y yo lo he visto volver a la mañana. Lo he visto, dos o tres veces, a eso de las seis cuando me levanto antes que suenen los timbres. Porque yo no aguanto la cama cuando estoy despierto; prefiero levantarme aunque falte una hora para el timbre, y el patio y los corredores estén vacíos y oscuros. Los otros se pelean por quedarse un rato más, parecen chicos. Se hacen los dormidos y

protestan cada vez que los llaman. Yo durante más de treinta años me levanté a las cuatro para llegar a Escalada antes de las seis. Y si uno se levanta todos los días a la misma hora se acostumbra y no se puede dormir, por más que dé vueltas y vueltas en la cama. Por eso, cuando me despierto me cuesta entender dónde estoy, y a veces me parece que tengo que levantarme y salir disparado para alcanzar el tren de las 4.40 y los muchachos ya están en el taller tomando mate, mientras se calientan las calderas. A veces escucho el ruido de las máquinas y una vez vino el inglés y me dijo que podía seguir trabajando; entonces yo andaba de nuevo con la 239, meta y ponga, como si no la hubiera escoñado toda, contra aquel tren carguero de porquería, en el cuarenta y dos.

Sin embargo eso me parece que lo soñé. Como lo del jockey.

Pero ahora que me acuerdo, yo estaba contando de los albañiles. Trabajaban dale y dale hasta que oscurecía. Y era como si no fueran a terminar nunca.

Yo me quedaba parado al lado de la zanja, conversando. Porque uno, a veces, siente como la necesidad de hablar y con estos viejos no se puede. Se pasan el día quietos, inmóviles, medio dormidos, buscando el sol y hablan siempre de lo mismo. Por eso me pasaba las tardes charlando con los albañiles; les explicaba cómo funciona una 239, una 442. Les contaba lo que se siente arriba de una máquina largada a todo lo que da, meta tocar pito, con la caldera echando chispas, y tan atorada de carbón que a uno le parece que los vagones se van a escapar de las vías para disparar por el medio del campo. Una tarde les conté el choque de la 239, lo del carguero y todo el lío con los ingleses, cuando empezaron a decir que yo andaba mal de la vista, que yo no había visto las señales, que esto y lo otro, y por fin me jubilaron. Los albañiles se reían como si yo les contara un chiste y seguían trabajando y les gritaban cosas a las

mujeres. Yo también les decía cosas a las chicas que cruzaban por la calle con las polleritas por las rodillas y la blusa ajustada. Yo las miraba, decía «está buena», para que me escucharan los albañiles, pero la verdad que no sentía nada.

El asunto es que al final se fueron, y me quedé sin nadie con quien hablar. Solo como una momia, mirando a los viejos que se la pasan dando vueltas al patio como si no supieran dónde ir. Pero sea como sea aquí se está mejor que en la casa de mi hijo. Aquí uno puede quedarse sentado el tiempo que quiera, de la mañana a la noche, sin que le den vueltas alrededor y cuchicheen y lo hagan mover de un lado a otro como si uno fuera un mueble. Por eso me vine. A mí las cosas no hay que mandármelas a decir, y mi hijo es un flojo y la mujer de mi hijo es una arpía. Por eso junté las cosas, guardé todo en el baúl y me vine acá, para el Asilo. Toqué el timbre. Todavía estaba el cerco de ligustro: «Mi hijo se fue de viaje, quiero estar una temporada», le empecé a explicar al que me atendió, pero el tipo parecía sordo y no hacía otra cosa que señas con la mano y adentro tuve que repetir lo mismo al encargado, que estaba tomando mate. Una temporada, no como estos que se quedan aquí hasta que se mueren. Yo quiero andar un poco mejor, que las manos me dejen de temblar, para poder agarrar algún trabajo. Qué sé yo, cualquier cosa. Sería lindo poner un quiosco. Un quiosco de chapa, en una esquina, pintado de amarillo...

Para todo eso me ayudaba mucho mirar la calle. Entre mirar una cosa y otra, entre vigilar los colectivos y mirar a la gente, cuando uno menos se lo espera pasan los pibes de la escuela haciendo bochinche y suenan las campanas de la iglesia que casi no se oyen mezcladas con el ruido de la calle. Por eso me jode lo que hicieron. Sobre todo después, a la noche, cuando estoy solo en la oscuridad y tengo la cabeza vacía porque en

todo el santo día no pasó nada. Entonces me viene el miedo de dormir. Me quedo quieto, quieto, con los ojos abiertos y escucho a los viejos que respiran y se quejan y a veces se oye un tren lejos y no quiero cerrar los ojos porque si me duermo no me voy a despertar más...

Este miedo me da ahora, sobre todo. Antes, a veces, me acordaba de la curva y del bulto negro del carguero que se venía encima, me acordaba del choque y me despertaba todo transpirado, entonces me ponía a pensar en lo que había visto durante el día, me acordaba de todas las cosas, una por una, y era como estar viéndolas en ese momento, hasta que de repente, sin darme cuenta, me quedaba dormido. Pero ahora no tengo nada en que pensar y debe ser por eso que cada tanto se me aparece la vieja toda vestida de verde, igualita al día que la conocí; me acuerdo de cada cosa que da risa: ella llevaba una cinta en el pelo que estaba medio desanudada y le colgaba en un costado, yo estuve toda la tarde por decirle: «Se te desarregló el moño», pero no me animé. Seguro que si ella viviera diría que no, que era otro día o que era un sombrero y no un moño o cualquier invento con tal de llevarme la contra. Porque para llevar la contra era como mandada a hacer. Seguro que si ella estuviera y yo le contara que empecé a acordarme de ella cada vez más, no me hubiera creído. Pero es así. Ahora, desde que los albañiles se fueron, me acuerdo cada vez más de la vieja, y de todas las cosas que hice antes. Debe ser porque aquí adentro no pasa nada y entonces uno no tiene nada que hacer. Al principio, mal que mal, si me paraba en puntas de pie, alcanzaba a ver el techo de los colectivos, el alero de las casas, pero una mañana crucé el patio, me senté aquí como todos los días y cuando los miré poner la última fila de ladrillos me pareció mentira, como si enseguida fueran a tirar todo abajo y me dijeran: «Vio viejo que era un chiste»... Pero

terminaron el revoque, limpiaron hasta la última mancha del piso, juntaron las herramientas y se fueron. Entonces se me empezó a dar por acordarme de todas las cosas, de la tarde que entré a trabajar al ferrocarril, del día que me casé y llovía como la gran puta y la vieja para saltar los charcos se levantaba la pollera con una mano y con la otra se sostenía el sombrero, un sombrero negro, con plumas, que daba risa. Y no me gusta. No me gusta porque es como si a uno ya no le quedara nada por hacer más que pensar en las cosas que hizo. No le quedara nada por hacer más que quedarse sentado aquí, en este banco, quieto como una momia, sin nada que se mueva alrededor, salvo las hojas de los árboles arriba cuando hay viento, y los viejos que dan vueltas de un lado a otro, siguiendo al sol. Pasarse los días sin hacer nada mirando la pared que ya la conozco de memoria, la zanja entre los ladrillos y todos los pocitos y esa raya que sube allí toda torcida y parece una vía vista desde muy lejos, cuando uno viene en la máquina meta y ponga y las dos vías se juntan y parecen una sola, una raya larga que sube y sube, toda torcida...

LAS ACTAS DEL JUICIO

En la ciudad del Uruguay a los diez y siete días del mes de agosto de mil ochocientos setenta y uno, el señor Sebastián J. Mendiburu, acompañado de mí el infrascripto secretario de Actas se constituyó en la Sala Central del Juzgado Municipal a tomarle declaración como testigo en esta causa al acusado Robustiano Vega, el que previo el juramento de decir la verdad de todo lo que supiere y le fuere preguntado, lo fue al tenor siguiente:

Lo que ustedes no saben es que ya estaba muerto desde antes. Por eso yo quiero contar todo desde el principio. Para que no se piense que ando arrepentido de lo que hice. Que una cosa es la tristeza y otra distinta el arrepentimiento. Y lo que hice estaba hecho y no fue más que un favor, algo que solo se hace para aliviar. Algo que no le importa a nadie. Ni al General.

Porque para nosotros estaba muerto desde antes. Eso ustedes no lo saben y ahora arman este bochinche y andan diciendo que en los Bajos de Toledo tuvimos miedo. Que lo hicimos por miedo. A nosotros decirnos que fue por miedo a pelear. A nosotros, que lo corrimos a don Juan Manuel y a Oribe y a Lavalle y al manco Paz. A nosotros, que estuvimos aquella tarde en Cepeda, cuando el General nos juntó a todos los del Quinto en una lomada y el sol le pegaba de frente, iluminándolo, y dijo que si los porteños eran mil alcanzaba con quinientos. «Porque con la mitad de mis entrerrianos los espanto», dijo el General, y el sol le achicaba los ojos.

En aquel tiempo ya teníamos casi diez años de saber qué cosa es no haber escapado nunca, qué cosa es galopar y galopar, como rebotando, y sentir la tierra abajo, que retumba, y

arremeter a los gritos, mientras los otros son una polvareda chiquita, como si uno los corriera con la parada.

En ese entonces pelear era casi una fiesta. Y cuando nos juntábamos era para una fiesta y no para morir. Se escuchaba un galope, lejos, dele agrandarse y agrandarse, hasta que cruzaba el pueblo sin parar, avisándonos. Ahí nomás las mujeres empezaban a llorisquear y a veces daba pena por las cosechas o porque los animales estaban de cría o uno se acababa de juntar y había que dejarla con ganas, porque el General decía que para pelear como es debido no hay que tener a la mujer con uno; porque llevar a la mujer a la rastra no es de hombre. Él era el único en llevar mujer, pero el General era distinto y precisaba mujer por la misma razón que nosotros no la necesitábamos.

Todo Entre Ríos se quedaba pelado cuando nos íbamos. Era una cosa de no verse nadie por ningún lado, como si fuera de noche o fuera cuando las lluvias que no se ve ni un alma, ni un caballo, nada, porque todos andábamos peleando. Hubo veces que volvimos con lo puesto y era fiero rejuntar los animales y la mujer y a veces el yuyo lo había tapado todo y era triste de mirar. Por eso mienten los porteños cuando dicen que cada uno de los soldados de la Confederación era dueño de una estancia. Mienten, y yo quiero que usted anote que ellos mienten, para que se sepa. Mienten porque nosotros somos muchos y Entre Ríos no da tierra para todos. Por lo menos tierra que sirva, porque la que está en los bañados nadie la quiere y la otra, entre la que es del General y la que el General les regaló a los oficiales, no queda tierra ni para morirse encima. Pero los porteños vienen mintiendo desde hace mucho y no tienen ni idea de lo que pasa por aquí. Ellos no conocen eso que nos daba de juntarnos casi todos los entrerrianos en dos días para preguntarle al General a quién había que espantar. Eso de ver

llegar hombres de todos los sitios, que para donde uno mira hay caballos, y el General con el poncho blanco, esperando.

Por eso los que hablan que tuvimos miedo no saben las cosas, y seguro son porteños. No conocen el orgullo que nos daba ser los mejores. No saben que todo pasó por ese mismo orgullo. Aquella alegría que nos dio la vez que hicimos las cien leguas que van de Ubajay a Pago Largo en un solo galope que duró nueve días enteros. Fue cuando Oribe, y hubo que domar potros en el camino porque la mitad se nos reventó en la galopada aquella con el sol siempre colgado encima y uno corría y corría para escaparle. Eso nos pareció, que le disparábamos al sol que se nos metía adentro de la piel, que nos llenaba la cabeza de polvo y de cansancio y seguro fue lo que nos hizo andar tan ligero. Cuando llegamos el Uruguay estaba en crecida. Debía estar lloviendo lejos porque ahí el cielo lastimaba de tan claro mientras nos amontonábamos en la orilla y el río estaba tan ancho que no se alcanzaba a ver más que la sombra de los montes, del otro lado. Estaba lleno de troncos y basura que cruzaban saltando y cuando no había troncos el agua se quedaba quieta y marrón, parecida a la tierra. Nos quedamos mirando y mirando, hasta que el sargento Reyes fue y le dijo al General lo que pensábamos todos. Se acercó y sin bajarse del caballo se lo dijo. El General galopó, de una punta a otra, y levantaba el sombrero en la mano, como agradeciendo. El agua empujaba que metía miedo y había que afirmarse despacio y era jodido nadar llevando el caballo del cabestro, y el agua estaba tibia y de golpe cortaba de tan fría y cada tanto alguno daba un grito y una voltereta y aparecían las patas del caballo y la panza y era que se lo llevaba la correntada y ese no salía más, por lo menos hasta el Salado. Cuentan que el río estaba gris porque nosotros lo cubríamos; tantos éramos que en vez de agua parecía lleno de entrerrianos.

Estuvimos cerca de una hora hasta poder afirmar los pies en el barro. Dicen que el General se fue por una hondonada y por poco se ahoga. Que manoteó feo y terminó prendido a un tronco. Eso dicen, pero algunos lo vieron del otro lado, lo más calmo y no sofocado como nosotros, que respirábamos abriendo la boca, porque el que más el que menos había sentido el gusto a aceite tibio del agua revolviéndole las tripas.

¿Quién dice que no es de esto lo que tengo que hablar? Si fue por esto que yo lo hice y por estas cosas entendió el General que no era al miedo a lo que nosotros le cuerpeamos, la noche aquella, en los Bajos. Lo supo por estas cosas, y porque él, de nosotros, lo sabía todo. Por lo menos mientras fue el de siempre, antes que lo cambiaran, y peleó a ganar y mandó a ganar. Mientras arremetió con nosotros en las cargas, y él también con lanza y al galope y gritando, igual que cualquiera. Mientras lo vimos llegarse a los festejos y entreverarse, como si le gustara. Y uno lo sentía mandando, no porque fuera el General, sino porque tenía un modo de mirar con esos ojos amarillos que ya estaba mandando sin decir nada, a pesar de que bailara con nosotros, en el ranchería. Me acuerdo la tarde que lo desafió a Dávila, que tenía un alazán invicto, y la corrieron en el arroyo seco y todos estábamos con Dávila, que entró tranquilo, y el General se reía como si fuera un desfile. Cuando la corrieron lo único que se supo fue que el General era mucho más jinete pero que contra el alazán de Dávila no se podía. Nadie se lo olvida aquella noche, tan caliente con la mujer del Payo, que era rubia y de ojos parecidos a los de él y nunca se supo de dónde la había traído. Eso preguntó el General:

–¿De dónde la sacó, Chávez?, está muy buena su mujer.

Que la quería con él.

–Es mucha mujer para vos –se oyó, y dicen que venía medio pasado de caña.

El Payo se estaba quieto y lo miraba sin levantarse, como diciendo: «Usted dice así, mi General, porque es el que manda», y entonces le preguntó si tenía algo que decir.

–¿Tiene algo que decir, Chávez? –Y la voz se quedó como colgada en el aire porque ya no había música, nada más que el silencio, cuando lo dijo, con esa voz suya acostumbrada a mandar.

Cuentan que el Payo le contestó casi en voz baja:

–Usted se le anima a mi mujer porque es el que manda, mi General.

–¿Usted cree, Chávez? –Y que se viniera con él, y movió un brazo así, como sin ganas, señalando la oscuridad, a ver cuál de los dos se equivocaba.

Se metieron entre los árboles. Nosotros nos quedamos en medio de toda la luz. No se escuchaba otra cosa que el viento moviendo las hojas y un olor a cuero sudado o a naranjas, y la mujer del Payo se retorcía las manos, y cuando el General salió, ya era viuda del Payo y mujer del General.

No. Y por eso estábamos con él. Porque siempre hizo lo que era debido y daba gusto pelear por él, que era como nosotros, que había empezado de abajo y se lo hizo todo: los animales y la tierra, hasta llegar a donde llegó solo con el coraje, desde el tiempo en que empezó a arrear caballos entre los indios, cuando recién andaba cerca de los veinte y ya no se le podían contar ni los hijos, ni las leguas.

Seguro que sí, pero distinto. Como si le hubiese quedado la envoltura, el cuero nada más, y por adentro todo revuelto. A nosotros nos daba como indignación. Hubo gente que se trenzó

para desagraviarlo cuando por allá empezaron a decirlo, especialmente después de lo de Pavón. Castro fue el primero que dejó boqueando a un correntino que había dicho que el General estaba viejo.

–Está vendido a Mitre –cuentan que dijo, y Castro, casi con desgano, lo hizo salir del boliche y el otro le decía–: Fue en joda, hermanito, fue en joda. –Con los ojos agrandados por la falta de coraje.

Cuando lo dejó tirado a todos nos vino la tranquilidad, pero era como si empezaran a decirnos lo que andábamos sabiendo: que el General estaba como muerto.

Algunos dicen que todo empezó cuando le mataron el Sauce, un tordillo que era una luz y se lo mataron por casualidad. Cuentan que se estuvo agachado, él, que no era de aflojar, dele mirarlo y le acariciaba el cogote como con asco, mientras se le moría.

Después se empezó a encorvar y de golpe lo remató con un tiro entre los ojos.

Cuando se alzó pidiendo: «Un caballo que aguante, carajo», ya era otro y están los que dicen que lloraba, pero eso no, porque no era hombre para eso, para cambiar porque le falta un caballo.

Ninguno de nosotros sabe de dónde le nacían las ganas de hacer esas cosas que no podían gustarle ni a él. Lo de quedarse con las tierras de las viudas. O querer llevarnos a pelear contra los paraguayos, que nunca nos hicieron nada, y al lado de Mitre. Y eso con los desertores, de hacer que los lanceáramos en seco, igual que a indios. Los amontonó en el corral grande y nos hizo formar sobre la avenida, como para una diversión. Los iba largando de a uno y después elegía a algunos de nosotros, con la mirada. Nos achicábamos sobre el caballo porque era feo eso de verlos correr y correr solos y al sol, en medio de la calle,

despatarrados por el miedo, cada vez más cerca, igual que si retrocedieran, hasta meterse abajo del caballo. Allí se tiraban al suelo o empezaban a retorcerse y a gritar levantando los brazos como si uno pudiera hacer otra cosa que partirlos de un lanzazo.

Estuvimos toda la tarde en esas corridas, hasta casi acostumbrarnos a los gritos. Y se fueron quedando tendidos, como trapos al sol, en una fila despareja que llegaba cerca de la laguna.

No, señor. Ninguno de nosotros sabe. Pero se notaba. Hasta que vino lo de Pavón, que fue como si buscara humillarnos. Hacernos vadear el río para escapar, medio escondidos, y dejarles a los porteños la de ganar sin ni siquiera un apronte. Irnos así, callados y con las ganas, es lo que da vergüenza. Eso de quedarnos viendo cuando el Coronel Olmos (que fue de los que aguantaron la vez de la emboscada en Corral Chico) se le acerca y le dice:

–¿Por qué la retirada, mi General?

Y él, con la cara hundida en las arrugas, lo hace meter en el cepo, nada más que por la pregunta.

Ustedes no saben lo que es andar todo el día y toda la noche, de un tirón, hasta entrar en Entre Ríos, como si nos corrieran, igual que si disparáramos de algo, aunque veníamos enteros y con eso adentro que nos daba vuelta de pensar que los porteños pudieran decir que nos corrieron y nosotros ni les vimos la cara.

Él galopaba solo y adelante y uno esperaba que se diera vuelta con esa sonrisa que le borra las arrugas, para explicarnos, de repente. Pero cuando desmontó en el San José no había dicho ni una palabra, nada más que aquello al Coronel Olmos.

De esas cosas les quiero preguntar, a ustedes que son letrados, aunque se hayan juntado aquí para que yo sea el que hable. Porque yo no puedo decir más que lo que sé y el resto lo tienen que averiguar. Lo que yo sé es que todo lo que hicimos fue para remediar lo que le sucedía y que nos tenía asombrados. Que nos mandara a vestir de gala y esperar la diligencia que viene del Rosario. Estar allá, sobre el camino, con el sol que va calentando la sangre, dele esperar. Verla aparecer al fondo, contra los montes, y después agrandarse y agrandarse. Venirnos de escolta por todo el valle para descubrir que habíamos escoltado porteños. Lo entendimos cuando bajaron en la plaza, sacudiéndose la ropa como si con eso se pudiera ahuyentar el polvo que traían pegado al sudor. Nos enteramos que venían del otro lado del Arroyo del Medio solo por eso de ver cómo estaban vestidos y no porque el General nos avisara. Después pensamos que él los iba a educar, pero los recibió como si los necesitara, con todo embanderado, y por la ventana se veía luz y la mesa cubierta de porteños y el General disimulado en el medio, vestido como ellos. Cuentan que los porteños decían las cosas, hablaban de ferrocarriles y del puerto y de la Patria, siempre con la voz del que ordena. Y el General los escuchó callado, como si anduviera con sueño.

Al otro día nos hizo desfilar delante de esos sudados que se metían el pañuelo en la boca cuando levantábamos polvareda al galopar. Y así anduvimos, de un lado a otro, festejándolos, como si no fueran los mismos «galerudos a los que vamos a empujar hasta el río y a enseñar lo que somos los entrerrianos, enseñarles qué cosa es la Patria y qué cosa es ser Federal», como nos dijo aquella vez, tan quieto en el tordillo, y antes de entrar a florearnos por Buenos Aires, todos con la cinta, punzó y al trote, despacito nomás, para que aprendieran.

Como si no fueran los mismos.

Fue por todo eso que yo lo hice. Pero ya había sucedido antes, la noche aquella en los Bajos de Toledo, mientras la lluvia no nos dejaba respirar ocupando todo el aire. Esa vez sucedió. Y no fue por divertirnos. Ni por miedo a pelear como andan diciendo, sino por coraje y porque el General ya no se mandaba ni a él. Y esa fue la vez que se lo dijimos. Lo que pasó después es como si no hubiera pasado. Esto de que todo Entre Ríos ande con voluntad de guerrear y gritando «Muera Urquiza» cuando para nosotros, los que peleamos al lado de él, ya estaba muerto desde antes. Esa noche es la que importa. Con el cielo sucio de tierra y los esteros manchados por las fogatas, me la acuerdo más que a la otra y me duele más, y ninguno de nosotros, de los que estuvimos, se la olvida, porque fue como despedirse.

Soplaba un viento lleno de tormenta que traía como una tristeza y de golpe trajo la lluvia. Una lluvia fea, medio tibia y tan fuerte que nos fue juntando a todos en la lomada, cerca del río. No nos veíamos ni las caras y se escuchaba la lluvia, el olor a sudor o a cuero mojado y los caballos sacudiéndose. Entonces, alguno dijo lo de irnos. Mejor nos volvemos a Entre Ríos, el General ya no sirve, se oyó, y como si con eso lo mandaran a llamar, apareció no él, sino esa voz suya, tan quieta, preguntando:

–Pasa que nos vamos, mi General.

–¿Y quién carajo ordenó que se vayan?

Se escuchó el río que estaba cerca y creciendo. Eso como un trueno que era el río y nada más, porque ninguno sabía contestar quién era el que mandaba volver. Nos quedamos callados, mientras la lluvia nos hacía cerrar los ojos y apretarnos en la montura, como para no estar, todo en medio de una oscuridad que aunque uno abriera bien los ojos igual no

veía más que la lluvia y era como estar solo con el alma, encima del caballo, hasta que cruzaba un relámpago, como una llamarada, y entonces se veía la loma llena de hombres, igual que si brotaran. Nunca estuve cerca del General pero le escuché la voz mezclada con el bochinche. Algunos dicen que nos hablaba pero no se entendía más que la lluvia. Hasta que al fin entramos a ladearnos, despacito, para el lado del estruendo, y nos metimos en el río que empujaba feo, como la vez de Oribe, y en medio de aquella agua que venía de todos lados, lo escuchábamos gritar y a veces, de pronto, era como verlo, con el poncho medio gris, color ceniza, parecido a un tronco arrancado de la tierra, tirado en el medio del río. Yo no me acuerdo de otra cosa que del agua y de los gritos y de una vez, en medio de la luz de un relámpago, que me pareció verlo y tuve ganas de pedirle que se viniera con nosotros, para Entre Ríos.

Después, en cuanto nos afirmamos en la tierra empezamos a galopar y lo escuchábamos atrás, como si nos quisiera arrear, los gritos llegaban medio deformados por la lluvia y el viento, igual que un aullido mezclado al galope, y era como si cada vez el General gritara más bajo y más bajo y más bajo, hasta apagarse. Hasta que no se oyó otra cosa que la lluvia, rebotando en los charcos.

Esa fue la vez que lo hicimos.

Lo demás vino porque daba lástima verlo, tan apagado. Hasta las mujeres empezaron a notarlo. Fue en ese tiempo que se le desapareció la Gringa, que era la mejor mujer de Entre Ríos y se le escapó con Olmos, sin que él hiciera más que enterarse.

Por las tardes se paseaba cerca del río, y uno lo miraba de lejos, y era como ver pasar el viento. Andaba solo y callado y daba una especie de indignación.

También por eso lo hice. Para ayudarlo.

Pero hubo otras cosas, porque si no ustedes no armarían este bochinche y yo no estaría metido aquí, parado, hablando de esto que solo me da pena. Alguna otra cosa anduvo pasando que no sabemos, algo que viene de lejos y que fue lo que modificó al General. Y de eso parece que no hay quien conozca. Ni entre ustedes.

Yo me lo malicié de entrada, aquella noche, en la estancia de don López Jordán cuando me preguntaron si me animaba. «Te animás, Vega», me preguntaron, y yo me quedé quieto y no dije nada. Pedí seis hombres y antes que clareara me apuré a hacerlo, como quien le revienta la cabeza a un potro quebrado.

Me acuerdo que entramos al galope y gritando, para darnos coraje. Los caballos refalaban en las baldosas y los gritos iban y venían por las paredes cuando entramos sin desmontar, como apurados. Él apareció de golpe, al fondo del pasillo, solo y medio desnudo, contra la luz. Nos recibió igual que si nos esperara y no se defendió. No hacía más que mirarnos con esos ojos amarillos, como si nos estuviera aprendiendo el alma. No sé por qué yo me acordé de aquella tarde, cuando bajó del tordillo después de perder con Dávila. Se estuvo parado ahí, justo bajo la luz, con esa camisa que le dejaba las piernas al aire, hasta que lo tumbamos.

Cuando Matilde, la hija de la que había sido mujer de Payo Chávez, se le tiró encima para defenderlo, yo mismo le oí decir que no llorara. Y eso fue lo único que habló esa noche y lo último que habló en su vida. «No llore m'hija, que no hay razón», le escuché mientras le buscaba el cuerpo entre los claros que me dejaba el de Matilde, y el General tenía la cara escondida por las arrugas y los ojos quietos en algo, no en mí, que estaba muy cerca, en algo más lejos, en la gente de a

caballo, o en la pared medio descolorida de tanto poner y sacar la bandera.

Y estaba así, con los ojos alzados, la cara escondida por la muerte, la Matilde acostada encima y manchándose de sangre, cuando lo maté:

–Perdone, mi General –le dije, y me apuré buscándole el medio del pecho para evitarle el sufrimiento.

MATA-HARI 55

La mayor incomodidad de esta historia es ser cierta. Se equivocan los que piensan que es más fácil contar hechos verídicos que inventar una anécdota, sus relaciones y sus leyes. La realidad, es sabido, tiene una lógica esquiva; una lógica que parece, a ratos, imposible de narrar. Frente al riesgo de violentarla con la ficción, he preferido transcribir casi sin cambios el material grabado por mí en sucesivas entrevistas. La lealtad del Grundig W2A portátil sirve como testigo de la verdad de este relato que me fue referido, por primera vez, entre el atardecer y la medianoche de un día de verano, en el Bar Ramos de Corrientes y Montevideo.

R. P.

Cinta A – lado I

Estoy seguro que él nunca le dijo: «Tenés que acostarte con Ordóñez.» Quiero decir: nunca se lo dijo así, brutalmente. Fue más bien una maniobra por control remoto que al final se le escapó de las manos. Una especie de bumerang: lo tirás como sin ganas y por casualidad para un lado, y si no te agachás te corta la cabeza.

Vos tendrías que conocerla para darte cuenta: es del tipo de las trágicas, de las apasionadas. Cuando elige un papel ya no para: si es posible de mártir o de puta o de enfermera en el Congo. Cualquier cosa, pero con heroísmo. Con ráfagas de ametralladora y heridos tirados por el suelo. O muchacha que se acuesta con peronista para salvar a la Patria mientras cae el telón y los de la banda le dan con todo a la marcha de San Lorenzo.

Cuando yo la conocí se le había dado por cambiarse el nombre. Hasta ese entonces se había llamado Laura o Julia, algo por el estilo, pero lo encontraba demasiado vulgar. Al principio estaba un poco desorientada. A los dos meses había pasado por Ligeia, por Lola y andaba en Delfina mientras leía la vida de Pancho Ramírez.

Dos años después, cuando volví a encontrarla, todavía no se había decidido.

Supongo que él le habrá tomado el tiempo a los diez minutos de conocerla. Cuando descubrió la posibilidad la fue encauzando, seduciendo de a poco: la metió en dos o tres reuniones con distribución de armas, himno nacional y nombres cifrados, y al final la embaló en el papel de Mata-Hari nacional.

Todo pasaba en julio o agosto del 55, unos días antes de la revolución. Yo no creo que ella entendiera mucho de Comandos Civiles, de Cristo Vence y esas cosas, pero le encantaba el misterio, el peligro, la furtividad con que venía empaquetado el asunto.

Al principio se reunían con ella por Palermo, sin bajarse del auto, dando vueltas al lago con la luz apagada y hablándose en voz baja hasta dejarla hecha una seda, convencida de todo.

La engatusaban con la puesta en escena, pobrecita, ella que en el fondo siempre quiso ser Eva Perón.

Seguro pensaba en la Revolución Francesa, en el desfile por Santa Fe después de la Bastilla, todos en el capó del auto, levantando las metralletas mientras de las ventanas llueven flores y el viento agita las banderas y todos cantan.

Por supuesto, cuando vino la revolución y el desfile ella no se contaba entre los asistentes, sino estudiando gramática francesa en la Alianza porque quería irse a Europa.

Eso después.

En aquel tiempo pensaba todo el día en la Liberación y ensayaba, sin darse cuenta, el tipo gorro frigio y ojos llameantes. Estaba tan llena de literatura que vos no te hacés una idea. Por eso me da bronca pensar cómo la usaron. Cuando me lo contó, estuve a punto de denunciarlos, mandarlos presos, pero no tenía sentido y además ya se olfateaba la revolución en el aire. Por otra parte eran inofensivos: chicos de la FUBA, vos te das cuenta, mareados por las crónicas de la Resistencia Francesa, los maquís peleando contra la Gestapo, cosas así.

Cinta A – lado II

Vos no me vas a creer. Parece mentira, sabés: el modo como los conocí, todo. Me hace acordar a algo, a una película, no sé. Es raro, ¿te das cuenta? Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí lo más tranquila y acordarme.

Además yo a Javier lo conocí por casualidad. Porque para mí todo empezó cuando lo conocí a Javier. Bueno, no sé si empezó justo ahí, pero él fue la causa. Yo sabía que andaba metido en política, a mí mucho no me interesaba; la verdad, lo peor era que no tuviéramos tiempo para vernos: a veces, los sábados y domingos él tenía reunión y yo me opiaba sola, en un cine o caminando por la calle.

No sé si lo quería. Me gustaba mucho, eso sí. Tenía el pelo de un color tan raro, si vieras, de un rubio tirando a ceniza, a gris, y cuando el sol le pegaba en el pelo se iluminaba todo, parecía un dios.

Salíamos una vez cada tanto, pero cada vez menos y estoy segura que se hubiera terminado todo si no fuera por aquella tarde en la Facultad cuando él me preguntó: «¿Lo conocés?» «¿A quién?», le dije yo. «A ese que saludaste.» «¿A Germán? Sí,

¿por?» «¿Sabés lo que es?» Y mirá si seré estúpida que le contesté: «Claro, es abogado.» Y no me di cuenta que era por lo del peronismo. Él me miró como si ni me hubiera escuchado. «¿Así que lo conocés?», dijo, y yo pensé que eran celos y me apreté contra él y le empecé a explicar.

Después de eso cambió. Yo me doy cuenta ahora. En aquel tiempo me encantaba que nos viéramos más seguido, que Javier empezara a hablarme de política, como buscando que yo lo comprendiera.

Yo me entusiasmo fácil, siempre me pasa. Cuando quise acordarme estaba yendo a las reuniones.

Además era tan emocionante, tan misterioso, si vieras. Me parecía mentira que en medio de Buenos Aires pudiera andar gente con armas, reuniéndose en secreto y queriendo hacer una revolución.

Yo pensaba que se nos notaba en la cara. A veces iba por la calle y sentía que todos me miraban o que me seguía algún policía disfrazado.

Nos encontrábamos en bares exóticos por Constitución o en el Bajo; íbamos a un hotel de Adrogué lleno de eucaliptus. Me daban las direcciones anotadas de un modo extraño, en papeles doblados o con algún número cambiado. Después, para entrar, había que decir frases. Un tipo me preguntaba: «¿Y los cóndores?» Y vos tenías que contestar: «Vuelan lento...»

Una vez yo estaba tan contenta que cuando el tipo me preguntó: «¿Y los cóndores?» «Bien, gracias», le contesté. Adentro me hicieron un lío porque dijeron que yo no era seria o que no me tomaba las cosas en serio, algo por el estilo. Y para colmo yo estaba tentada.

Pero miento si te digo que no me lo tomaba en serio. Yo creía en todo: que tenían razón y que a Perón había que voltearlo para salvar la Patria.

Yo quería hacer algo, cualquier cosa, pero ellos siempre me contestaban que tenían que esperar. Se la pasaban organizando grupos, comandos y esas cosas, claro que yo apenas me enteraba porque en las reuniones todo era en clave. Fui cerca de tres meses y nunca me hicieron hacer nada.

Una sola vez salí con ellos en coche y pasamos a toda velocidad por plaza Congreso tirando papeles. La verdad que no sentí nada, fue como dar un paseo.

Hasta que por fin empezaron con el «Operativo Ordóñez». Lo llamaban así: «Operativo Ordóñez», pero yo enseguida me di cuenta. No porque me dijeran nada, sino que fue la sensación.

A veces me pasa que de golpe me doy cuenta de algo y si me preguntan por qué no sé qué decir.

Al principio hubiera querido hablarlo con Javier, pero no pude. Además yo no estaba segura, quiero decir, no iba a poder explicárselo, él me iba a decir que estaba loca porque ninguno de ellos me había dicho: «Necesitamos que vos te acuestes con Ordóñez.» Por lo menos, así, directamente, pero yo me di cuenta.

Andaba todo el día con una sensación rara: viste cuando uno está en una terraza o en un lugar alto que tiene miedo y al mismo tiempo como ganas de tirarse, algo así.

Además, si te cuento te vas a reír: me acordé de una película donde Michèle Morgan se tiene que acostar con un alemán. Es el tiempo de la guerra y ella se tiene que acostar con un alemán. Qué sé yo, me acordé de eso y pensé que ellos también estaban esperando que yo lo planteara, que ellos no se animaban a pedírmelo. Por eso fue que me paré y les dije: «Ustedes saben que yo lo conozco a Ordóñez.» Me paré, ¿sabés?, sola en medio de la reunión, y trataba de no mirarlo a Javier. Si seré tonta, me daba vergüenza mirarlo y no quería que él se sintiera mal, pero mientras hablaba estaba segura que me iba a

interrumpir. Me iba a decir que me sentara. La verdad, no sé qué le hubiera contestado si él me hubiera dicho algo, pero de todos modos Javier seguía fumando sin levantar la cabeza, mirando el piso.

Entonces yo les dije que si a ellos les parecía útil. «Si a ustedes les parece útil», les dije, «yo lo llamo.»

Cinta B – lado I

Cuando llamó, me sonó raro. Parecía demasiado necesitada de verme y yo, vos sabés, desconfío por principio de los arranques pasionales. Sobre todo con ella, que se entusiasma hasta el delirio con la novela que está leyendo y si te toca la versión Temple Drake mejor esquivarla por unos días o llevarla al cine a ver una de las carmelitas descalzas, para balancear. De todos modos, como te imaginás, también yo me dejé arrastrar por el entusiasmo y nos citamos para esa misma noche.

Hacía siglos que no hablaba con ella. La había conocido en Mar del Plata, en el verano del 53. El asunto se alargó hasta mediados de julio, ya en Buenos Aires, y se desinfló dulcemente a pesar de las mutuas promesas de amor eterno.

Después nos encontramos tres o cuatro veces por el centro, sobre todo al principio, cuando a ella todavía le duraba el tostado. En general terminábamos en la cama, alegremente y sin complicaciones, deseándonos mutuamente felicidad y prontas llamadas telefónicas.

Estuve casi un año sin verla hasta una tarde –dos o tres meses antes de lo que te cuento– que la crucé casualmente en la Facultad y ella me saludó apurada, como con miedo de que yo fuera a pararme. Supuse que era porque estaba al lado de uno de esos tipos de la FUBA que sabían que yo era peronista y ella no quiso que el tipo se enterara que yo la conocía.

También por eso me extrañó que me llamara, tan expansiva y de golpe, con ganas de verme y charlar un rato.

Así que me preparé como para el Colón, con traje oscuro y lavanda Yardley, pero en el fondo bastante intrigado.

Quedamos citados en el Jockey de Florida, y yo llegué temprano y pagué el café en cuanto me lo trajeron, cosa de sacarla de allí no bien entrara, llevarla a un lugar con más clima, esquivar las formalidades caminando por la calle.

Verla entrar, pararme para salirle al paso y por poco no caerme de espaldas fue todo uno.

Mientras ella iba entrando, yo cruzaba entre las mesas y no lo podía creer. Estoy seguro que hasta me paré en medio de la confitería con todo el mundo mirando. Parecía... ¿Cómo te puedo explicar?... ¿Viste una sufragista?... ¿Te acordás de esas minas con botas de media caña y carteles que salían en La Vanguardia? Algo así, pero no exactamente porque era más patético. Estaba disfrazada, te juro. Disfrazada de hombre, qué sé yo: con un pulóver negro y el pelo pegado a la cara, sin pintarse y con un par de zapatones como para caminar sobre la nieve. Daba tristeza, ganas de comprarle ropa.

Pobrecita, carajo, ahora que pienso.

«Estás linda», le dije mientras salíamos, y me miró como para matarme y dijo: «Vos siempre con lo mismo», algo así.

Bajamos por Viamonte hacia Leandro Alem y ella caminaba rígida, como escondiendo el cuerpo, y para colmo no podíamos salir de «Y vos qué tal» y otras consideraciones igualmente espontáneas sobre el calor y la humedad de Buenos Aires.

Por fin terminamos en La Escalerita, uno a cada lado de la mesa y callados.

Cada tanto ella se pasaba la mano por el pelo, como acordándose de sus tiempos de esplendor o queriendo despeinarse y estar más fea.

Al final nos trajeron el whisky y entonces respiré más aliviado porque al menos había algo que hacer.

Al rato habíamos tomado tanto para disimular el silencio que estábamos los dos bastante alegres: yo queriendo llevármela con urgencia a la cama, a pesar del uniforme, y ella emperrada en no sé qué historia y queriendo irse. «Pero para qué me llamaste», pensaba o le decía yo, y a ella se le había dado por emocionarse y decir que me amaba o que me había amado, algo así, porque se le confundía el tiempo de verbo y para colmo se le había dado por llorar.

Cada vez que empezaba con la historia del amor, yo sentía renacer la esperanza. Bueno, ya está, pensaba, ahora nos vamos a la cama y santas pascuas. Pero no. Es tan tenaz que no te hacés una idea. Volvía a llorar, a cruzarse la mano por la nariz y a querer irse.

Yo trataba de sosegarla y entonces ella quería explicarme algo, pero supongo que yo estaba obsesivo y lo único que quería que me explicara era por qué se había vestido así, como para un pícnic. «Vos no entendés», me decía, «yo cambié mucho.» «Estoy seguro.» Yo la interrumpía para decirle que estaba seguro que había cambiado mucho y la tenía de un brazo y le juraba por Dios que iba a hacer todo lo que pudiera para que fuera otra vez la de antes y ella otra vez a decirme que yo no entendía y yo a jurarle y ella a querer explicarme y yo a decirle.

Así, cerca de una hora.

Hasta que al fin corté la ronda, la levanté de un brazo y la subí a un taxi que cruzaba por Tucumán mandado por Dios.

En el taxi ella se apretó contra mí y lloraba despacito, como no queriendo que la notara. De vez en cuando se le cruzaba uno de esos suspiros que se complican con la nariz y hacen un ruido raro, casi un grito, y entonces el chofer nos fichaba, insistente, por el espejito reglamentario. Yo le hacía un gesto con la cara

como diciendo «¿Qué le vas a hacer, pibe?» y él seguía ligero por Las Heras para arriba.

La verdad, ahora que lo pienso, vistos de afuera, desde el ángulo del chofer, por ejemplo, debíamos parecer algo exóticos: ella con su cara de exalumna de Nuestra Señora del Huerto pero vestida de boy scout y yo de oscuro, de camisa celeste y trabita de oro, con todo el tipo del cuarentón sádico.

Cuando llegamos y me agaché para pagarle el chofer me miró como diciendo: «No le da vergüenza, don.» Yo le dejé veinte pesos de propina, pero seguro que lo mismo se anotó en la cabeza el número de mi casa, por las dudas.

Cinta B – lado II

Adentro todo pasó de golpe.

O ahora me parece que pasó de golpe y fue distinto, no estoy seguro.

Me acuerdo que ni bien entramos ella se arrimó a la ventana y se quedó mirando la plaza, como esperando algo.

Yo aproveché para apagar la luz que me había dejado prendida, para traer vasos y servir whisky, para entornar la puerta del dormitorio porque siempre causa mala impresión.

Por fin me le arrimé, tratando de parecer vivamente interesado en el paisaje urbano de Palermo chico, pero cuando le puse la mano encima se echó para atrás como si yo hubiera querido tirarla por la ventana.

Cruzó todo el living y se paró en un costado, justo abajo de la única lámpara prendida. Yo la dejaba hacer y fumaba, sin sacarle los ojos de encima. Era bastante absurdo, bien mirado, una mujer metida adentro de una lámpara de pie, con luz por todos lados. Seguro tenía un calor bárbaro pero trataba de disimularlo, sonriendo.

Vos tendrías que haberle visto la sonrisa para poder contarlo. Tenía la cara seria, blanqueada por la luz, y destapaba los dientes como si, más que nada, estuviera a punto de largarse a llorar.

Al rato pareció decidirse.

–¿No me vas a servir whisky? –dijo, enfilando hacia la mesa ratona.

Levantó un vaso y se me vino. Yo estaba sentado en el sillón y ella se paró enfrente y me miraba desde arriba, el vaso a la altura de los ojos, a través del vidrio. Se hamacaba, sin moverse del lugar, como queriendo seducirme.

Daba pena, pobrecita, haciendo de mujer fatal con ese pulóver todo desteñido y los zapatones.

Te juro que en un momento estuve a punto de prender la luz, sacarle el vaso y mandarla a su casa a dormir el whisky. Pero no sé si llegué a pensarlo o se me ocurre ahora porque cuando me quise acordar ya estábamos en el dormitorio, ella colgada de mí y yo tratando de esquivar los muebles, sin soltarla y haciéndola girar, para ubicar la cama por encima de su hombro.

Cuando llegamos empecé a hablarle bajito, a dejarla que se fuera calmando mientras le sacaba el uniforme, trabajosamente, hasta dejarla desnuda, los dos tirados en la cama pero yo todavía con el traje y los zapatos puestos porque no había querido distraerme, no fuera cosa que empezara de nuevo.

Mientras me desvestía traté de seguir acariciándola, pero es muy difícil, vos viste. No hay modo de cuidar el estilo si estás todo encorvado, luchando con un par de zapatos, y en calzoncillos.

No sé cómo explicarte, ya te dije que las cosas se mezclaban, culpa del whisky, supongo, pero ahora se me da por

pensar que ahí pasó algo.

No me acuerdo muy bien, sé que yo estaba meta saltar en un pie peleando por sacarme los zapatos y que de pronto ella se reía, como antes.

–Estás bastante ridículo, parecés un elefante bailando el cancán –me dijo, y en ese momento no me causó ninguna gracia aunque ahora pienso que desnuda y riéndose con todo el cuerpo era otra, era la de siempre, la del verano del 53.

Fue todo un acontecimiento volver a encontrarla, descubrir otra vez esa curva de vientre, el gusto de la boca, recordar de nuevo el ritmo justo para verla arquearse y gemir como una gata.

De todos modos lo que importa pasó después y ahora vas a entender por qué te cuento esto y por qué quiero que vos lo contés.

Pasó al rato, los dos tirados boca arriba y fumando, yo le acariciaba los muslos, le rozaba el vientre con la mano y de golpe ella dio vuelta la cara.

–Germán... –dijo, y yo le pregunté qué quería sin mucho entusiasmo–. Nada... Nada... –me dijo mirando el aire con una sonrisa rara y como pensando en otra cosa.

Yo le seguí pasando la mano por el vientre, comprobando que todavía le duraba una especie de línea divisoria, una franja donde la piel se le aclaraba, entre el vientre y los muslos.

–Germán... –repitió, al rato.

–¿Qué?

–Vos no me vas a creer...

–¿Cómo?

–Digo que vos no me vas a creer...

Yo estaba medio dormido y apenas la escuchaba y le contesté cualquier cosa.

–Sí, querida, te voy a creer, no te preocupés, date vuelta y dormí.

Algo por el estilo, pero ella seguía, los ojos fijos en el aire.

–Parece un sueño. Una película, no sé. Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí, lo más tranquila, y acordarme. No sé si te das cuenta...

–No. No me doy cuenta –le contesté, furioso porque se me había ocurrido darme vuelta y con el codo había volcado el cenicero, así que de golpe la cama era un asco de puchos y ceniza por todos lados.

Y mientras yo me arrodillaba en el colchón, puteando, y trataba de juntar la ceniza y pasarla al cenicero, las cosas se complicaban. Especialmente porque la ceniza es muy jodida de agarrar, se mete en los recovecos del colchón y entonces casi no me daba cuenta que ella había empezado a contarme todo esto, sin importarle que yo estuviera luchando con los montoncitos de ceniza; sin importarle que yo la fuera entendiendo de a poco, dele sacudir las sábanas, mientras ella seguía hablando lo más tranquila, porque no era a mí (y esto lo pienso ahora por primera vez) a quien le estaba descubriendo las reuniones y los nombres, detalladamente, no era a mí sino a ella misma. A ella misma, ¿te das cuenta?

LA INVASIÓN

Con el golpe del cerrojo los adivinó atrás, al fondo de la celda.

Siguió inmóvil, de cara a la puerta, hasta que se apagaron los ruidos en la sala de guardia. Entonces se dio vuelta y los encontró donde lo preveía; uno de pie, sin tocar la pared, como haciendo equilibrio y a medio vestir, el otro, un morocho de anteojos, tirado en el piso.

Afuera le habían quitado el cinturón y el cordón de los borceguíes. Sentía la ropa floja y estaba inquieto, como desnudo.

Caminó hacia el medio, torpemente, arrastrando los pies, y se detuvo, indeciso. Los pantalones se le deslizaban por las caderas y los sostuvo con la mano derecha.

En el fondo de la pieza los otros dos lo miraban. El más alto se balanceaba suavemente. Tocaba la pared con el hombro y volvía a despegarse. Fumaba sin sacarse el cigarrillo de la boca.

El que había entrado sonrió.

–Me llamo Renzi –dijo.

Sosteniendo el pantalón con la izquierda caminó hacia ellos, la mano derecha extendida.

–Renzi...

El que estaba parado se apoyó en la pared y sacudió la cabeza. Más que un saludo pareció que hubiera querido afirmar algo. «Celaya», le pareció escuchar a Renzi.

El morocho, sentado en el piso, casi echado, con las piernas abiertas y la cara borrada por la sombra de la pared, no se movió.

Renzi se pasó la mano derecha por el pantalón, como limpiándose. Retrocedió hasta la otra pared y se sentó. El cuarto estaba casi a oscuras: empezaba a anochecer. La única

ventana, angosta y alargada, era una rendija, un lamparón de luz colgando cerca del techo. Se inclinó sobre un costado y apoyado en el hombro buscó algo en el bolsillo del pantalón. Sacó un cigarrillo, hizo un bollo con el paquete vacío y lo tiró. La pelota de papel rodó por el piso y se detuvo entre las piernas del morochito. Con el cigarrillo en los labios, Renzi hurgueteó en los bolsillos de la camisa buscando un fósforo.

–¿Tenés fuego? –dijo, mirando a Celaya.

Celaya siguió inmóvil. Renzi lo miraba desde abajo. Celaya parecía distraído, se estudiaba las uñas. Después apartó los ojos y prendió un fósforo raspándolo contra la suela del borceguí. Se quedó así, parado, la llama alumbrándole la mano, los dedos, la piel amarillenta y manchada de nicotina.

Vista desde el suelo la cara de Celaya se deformaba en la oscuridad. Renzi se levantó, despacio, apoyando una mano en el piso. Sintió el calor limpio de la llama mientras chupaba y el humo le raspó la garganta. Abajo el fósforo se apagaba lentamente. Renzi lo miró hasta que fue apenas una chispa rosada.

–¿Y vos? –dijo, mientras Celaya comenzaba a sentarse y el cuerpo del morocho aparecía de golpe, como brotando del piso–. Y ustedes –se rectificó– ¿por qué están?

–¿Estamos dónde? –Celaya habló lento, eligiendo las palabras.

–Aquí. –Renzi lo miraba–. Aquí, en cana...

Celaya parecía atraído por algo que estaba en la pared, encima de la cabeza de Renzi.

–¿En cana? –Se detuvo, como si le costara trabajo entender–. Por desertar...

–Ah... –empezó a decir Renzi, incómodo sin saber por qué–. ¿Y hace mucho que están? –Quizás por la sonrisa del

morochito, por su mano que iba y venía acariciándose el pecho entre los pliegues de la camisa.

Celaya se quedó un momento sin contestar, como pensando.

–Tres meses. –Se había arrimado al morocho y los dos estaban muy juntos, formando un bulto en la penumbra, un solo cuerpo deforme. Si se inclinaba, Renzi podía distinguir claramente la mitad de la cara del morocho, alumbrada por la luz que se filtraba desde la ventana; la otra mitad era una mancha oculta en el hombro de Celaya. Parecía tener la piel muy lisa. Por el sudor, pensó Renzi, que sentía la transpiración en los ojos.

–¿Tres meses...? –El humo le deformó la voz–. ¿Y cómo los agarraron?

Esperó la respuesta y el morocho también miró a Celaya, que se frotaba el tobillo, sin hablar.

–¿Y a vos por qué te encanaron? –dijo Celaya como si le contestara.

Renzi lo miró, sorprendido; después aplastó el cigarrillo en el piso.

–Un lío con el «chivo» Pelliza. Me tiene bronca porque soy estudiante y además...

–¿Por cuánto tiempo? –lo cortó Celaya, bajando la cabeza. Parecía buscar algo en el piso.

–No sé. –Le molestaba el tono prepotente de Celaya–. No sé por cuánto tiempo.

El morocho se inclinó y habló con Celaya en voz baja.

A Renzi le pareció escuchar la risa de Celaya.

Después se quedaron inmóviles, callados.

–Che, ¿y hay que dormir en el suelo? –preguntó Renzi, al rato.

–No. Ya nos van a traer los colchones.

–¿A qué hora?

–A qué hora ¿qué?

–Van a traer los colchones.

–Pronto. –Celaya parecía cansado, aburrido.

–¿Y los tres dormimos aquí? –dijo Renzi recorriendo la pieza con un gesto.

–Sí. Los tres.

–¿Y la comida? ¿También hay que...?

–Sí, también hay que comer aquí –lo interrumpió Celaya–. Hay que hacer todo aquí. –Hablaba lentamente, contenido–. Si querés cagar tenés que ir hasta esa puerta –la señaló con un cabezazo–, pedir por el oficial de guardia. Decirle: «Tengo ganas de cagar, mi teniente.»

En el piso el morochito se reía en silencio mostrando las encías.

–¿Entendés? –insistió Celaya–. ¿O necesitás que te explique algo más?

–No. –Renzi hizo un esfuerzo para mirarlo de frente–. Pero si llego a necesitar algo te aviso y vos me enseñás. –Trató de repetir el tono de Celaya–. Yo te aviso y vos me enseñás –repitió.

Celaya le buscó la cara.

–Escuchá, querido –dijo–, acá adentro no te conviene jugar al machito, ¿te das cuenta? Aquí no estás en la universidad; así que mejor sentate ahí, quedate piola y no jodás.

–Che, ¿pero vos qué te pensás? –empezó a decir Renzi, que encogió una pierna tratando de pararse. Cuando estaba medio arrodillado, Celaya lo empujó con la punta de los dedos y Renzi perdió el equilibrio.

Las piernas de Celaya, ahora, eran dos tubos grises, creciendo en el piso. Renzi echó la nuca hacia atrás, buscándole la cara, allá arriba, pero se detuvo en la franja lechosa de la piel de la cintura donde la camisa escapaba del pantalón.

–Yo te hablo en serio. No jodás. Dormí, contá vaquitas, hacete la paja. Pero no jodás.

Renzi se apretó contra la pared y estiró las piernas. Tenía la boca seca, el cuerpo flojo, como lleno de espuma. Volvió a repasar los bolsillos buscando un cigarrillo inútilmente.

Celaya se había sentado. El morocho, inclinado sobre él, le hablaba en voz baja. Se escuchó el chasquido de un fósforo y la llamarada alumbró la cara de los dos. Cada tanto parecía encenderse un círculo rojo que saltaba de un lado a otro. Fuman del mismo cigarrillo, pensó Renzi con bronca y a la vez con ganas de pedirles una pitada, sentir el calor áspero del humo entrando en los pulmones. Se contuvo, la garganta seca. Sin saber por qué, trató de no toser, como si toser fuera una debilidad frente a Celaya.

La garganta se astillaba, le ardía.

No romper el silencio pesado, lleno de ruidos sordos: voces de mando o un ladrido, lejos.

Carraspeó varias veces.

Después amontonó saliva en la boca y la hizo correr por la garganta para disminuir el ardor. Por un momento creyó que Celaya le había hablado. Era un murmullo débil, como si alguien silbara despacio.

La oscuridad ocupaba todo el calabozo. Desorientado, tanteó la pared tratando de reconstruir el cuarto mientras, afuera, alguien encendía una luz y la claridad bajaba diluida por la ventana alumbrando apenas la cara de Celaya, el pecho desnudo del morocho, un cuadrado irregular del piso grasiento.

Todo flotaba en una penumbra verdosa. Las siluetas se fueron recortando, otra vez. Renzi imaginó la luz del otro lado. La bombita sucia, los bichos revoloteando en la pared, cerca de la ventana, iluminando la entrada del baño.

Ubicó los cuerpos de Celaya y el morocho. Le pareció que se movían y los oyó murmurar. Estaban juntos, casi uno sobre otro. Era una risa, apenas. Una respiración suave, un jadeo. Se movió hacia un costado buscando distinguirlos mejor y en ese momento lo cegó la luz. Parpadeó, encandilado. Por fin adivinó, en medio de la luz que entraba por la puerta abierta, al sargento de guardia y a un soldado que arrastraba un tacho cilíndrico.

Recibió el plato de metal, la cuchara. Comió despacio, sin sentarse. El montón de papas y porotos y el agua tibia se apelotonaban, se disolvían en la boca. Tragó sin respirar y se recostó contra la pared, de cara al aire fresco.

Afuera, los soldados de guardia conversaban en voz baja. Recorrió el salón circular de la sala de guardia, el escritorio contra la pared, y –por el vidrio de la ventana– un pedazo del camino de pedregullo cortado, de golpe, por la oscuridad. Al fondo, lejos, la luz de entrada, como suspendida en el aire, alumbraba en un círculo el asfalto de la ruta.

En el calabozo Celaya y el morochito comían juntos, sentados en un rincón.

Renzi entregó el plato casi lleno.

Recibió un colchón y las mantas. Mientras se cerraba la puerta, alcanzó a ver el respaldo de una silla y un ángulo del escritorio.

Después escuchó el golpe metálico del cerrojo.

En la oscuridad le duró un rato el reflejo de la luz. Apretó los párpados y se fue acostumbrando de a poco a la penumbra.

El sudor le mojaba el cuerpo. Sentía la ropa áspera, pegada a la piel.

Al fondo, el morocho tendía los colchones.

Renzi se sacó un borceguí, el otro, y empezó a desnudarse. Se quitó el pantalón, levantó la cabeza y se encontró con el

morochito que lo miraba sin moverse.

Renzi fue el primero en desviar los ojos.

Después acomodó el colchón en un costado, preparó una almohada enrollando el pantalón en la gabardina y, al buscar la manta, tropezó con el cuerpo de Celaya.

Estaba parado, lo miraba.

–No, querido. Andate más hacia la punta. –Agitó la mano como espantando algo–. Bien, bien contra la punta. Vas a estar más tranquilo –le dijo, y a Renzi le pareció escuchar como la risa del morochito, otra vez.

Se arrimó a la pared, sin hablar.

Se acostó y se tapó con la manta, a pesar del calor.

Encorvados, muy juntos, alumbrados débilmente por la luz que bajaba de la ventana, Celaya y el morochito eran un bulto deforme. Parecían reírse o hablar, en voz baja.

El morocho se había quitado la ropa. Renzi lo veía por primera vez de cuerpo entero. Era mucho más bajo de lo que había pensado. Al lado de Celaya, alto, macizo, el cuerpo del morocho se diluía, pálido. Tenía los brazos sin vello y las manos blandas, como sin fuerza, y los dedos amarillentos en las puntas, cerca de las uñas que se enredaban en el pelo de Celaya.

Cuando Renzi lo comprendió hacía rato que el morocho acariciaba la nuca de Celaya. Las manos se deslizaban por el cuello, subían hasta el nacimiento de las orejas, bajaban por el pecho y empezaban a desprenderle el pantalón.

Desde el piso, Renzi ve el mentón del morocho, los labios jugueteando con las tetillas, en el cuello, en la boca de Celaya; los dos cuerpos se abrazaban, tirados en el colchón como si lucharan; el cuerpo del morocho es un arco, Celaya está encorvado sobre él, los gemidos y las voces se entreveran, los dos cuerpos se hamacan y los quejidos y la voz quebrada de

Celaya se mezclan, son un solo jadeo violento mientras Renzi se aplasta contra el cemento, cara a la pared, hecho un ovillo entre las mantas.

UNA LUZ QUE SE IBA

a Juan Carlos Scarpati

El zaguán sobre la calle y el cartel: Pensión con comida. La Emilia. Media vuelta a la plaza y la encontré. Dos meses pagos, pieza a compartir, desayuno aparte, almuerzo a las 12 y 30, cena a las 21, el que no está no come. Sobraban 1.500 pesos cuando me largué a recorrer el centro. Por Buenos Aires nadando en luz, siempre llena de gente, con gente en todos lados. Y yo caminaba y caminaba para acostumbrarme y conocerla. Saber ir a cualquier lado sin preguntar, seguro como todos, mirando de frente. Entrar al café, decirle al mozo: Lo de siempre y que te salude y todos te conozcan y te escuchen. Tener amigos porteños, ir con ellos a mi pueblo, a Bolívar, algún fin de semana y presentárselos a Nilda: «Mi novia. Un amigo.» A mi familia: «Un amigo de Buenos Aires.» Y yo mismo voy a ser de Buenos Aires, porteño, con una pieza cerca de Constitución. Por eso volví contento a mi cuarto, la primera noche. Cansado pero feliz de estar acostado cara al techo, pensando en la enormidad de gente que vive acá, en Buenos Aires, amontonados, y con ellos es contra quienes hay que pelear o hacer algo y entonces empezaron a golpearme la cabeza, mi cerebro era un tambor, todo era un tambor que sonaba al compás, Buenos Aires, Corrientes, Constitución, todo golpeaba, se movía, rítmicamente, un-dos, un-dos, saltaba, todo de azul, un buzo que decía POMPEYA, la toalla blanca al cuello que saltaba, blanco y azul, azul y blanco, alta en el cielo un águila guerrera. Saltaba la soga a las seis de la mañana, cuando lo conocí.

–Así que vos me compartís la pieza –gritó como si me saludara, saltando. Saltando. ¿Y qué se le puede decir a un tipo

que salta, vestido de azul, a las seis de la mañana, adentro de una pieza de pensión, como si estuviera en una plaza llena de árboles?

Seguro creí que estaba soñando mientras él hablaba a los gritos sin dejar de saltar, decía algo del entrenamiento, «porque al gimnasio no vuelvo, pero no bien gane y pase al semifondo y los muchachos se acuerden, porque los muchachos se tienen que acordar», y yo lo miraba desde la cama, sin hablar, y él seguía rebotando en el piso, de un lado a otro. Al principio pensé que era una broma, pero no paró de moverse y hacer flexiones hasta el mediodía y otra vez a la tarde y al día siguiente y todas las mañanas. A veces me escapaba. Daba vueltas por ahí o entraba en el cine. Pero tarde o temprano había que volver, sentarse en la cama o mirar el techo y oírlo respirar fuerte y tirarle trompadas al espejo. Yo quería abstraerme, ignorarlo, no existen tus soplidos, tus saltos, estoy solo, tranquilo, pero parecía que se me echaba encima, me buscaba y yo le sonreía o miraba el piso y cada vez que levantaba la cara él me estaba mirando y a veces, sin parar de dar saltos, se le daba por hablar: «¿Sabés cuánto hace que estoy en el oficio?», y yo ponía cara de distraído. «¿Cómo?» «Diecisiete años, ¿qué me decís?, a los quince ya era medio mediano y en el 56 fui subcampeón en los Guantes de Oro. Perdí la final con Ansaloni, que después fue campeón argentino. Ahora ando medio mal, pero ya van a ver. Tengo treinta y dos años, soy un pibe. Archie Moore tiene más de cuarenta, casi puedo empezar de nuevo...» «¿Ah, sí?»... ¿Qué otra cosa te podía decir? Si hablabas a través mío, si le hablabas a ese tipo de azul que se veía en el espejo, agazapado, esquivando el aire. Saltar, respirar fuerte, eso es lo único que te interesa. ¿Qué sabés de la vida vos? Por eso nunca pude encontrar el modo de hablarle para que entendiera por qué

estaba en Buenos Aires, para qué había venido. Como cuando te dije: «Yo soy de Bolívar y me vine a Buenos Aires porque quiero hacer algo y en Bolívar no hay ninguna posibilidad y si uno tiene las cosas claras no se puede baratear, por eso vine. Además si no estás en Buenos Aires no hay forma de hacer nada en este país.» Te lo dije despacito, para ver si entendías. Y lo único que se te ocurrió decir fue: «Así que sos del interior.» Y yo no soy del interior, nací en Bolívar, provincia de Buenos Aires, a 330 km. Por eso te digo que con vos no hay forma de entenderse. No hacías otra cosa que dar saltos o estar tirado en la cama, con los ojos abiertos. Entonces lo mejor era dormir, no despertar nunca, dormir y dormir todo el día hasta que por fin me llamaran de Duperial como prometió Esteban. Dormir y dormir, pero a las seis de la mañana la pieza estaba llena de golpes y saltos y el día no se terminaba nunca. Yo me quedaba en la cama, tratando de no mirarte, de no encontrarme con tu cara rígida, sudorosa; clavaba los ojos en un costado de la pieza, en el dibujo de la pared, y me quedaba las horas así, mirando cómo iba cambiando de forma y empezaba a parecerse a un avión o a un árbol.

A veces, de golpe, me ahogaba, no aguantaba más, y entonces era yo el que te miraba y te sonreía; le hablaba de cualquier cosa, aunque no me escuchara, igual le hablaba, de deportes, de boxeadores, de cualquier cosa, con tal de olvidarme de la semana en silencio, sin otra cosa que «Por favor puede alcanzarme el salero». «Para la segunda de la noche, en el medio si es posible.» «San Diego y fósforos.» Y de golpe uno necesita hablar. Aquel jueves, ¿te acordás? Tres días sin poder salir de la pieza, todo flotando en ese olor agrio y pesado, a transpiración. Por eso empecé a hablarte, de cualquier cosa. «A mí, de pibe me gustaba juntar figuritas de boxeadores. Todavía me acuerdo de algunos. César Brion. ¿Lo

conociste a César Brion?» Él estaba tirado en el piso, los muslos aplastados contra la cara, abriendo y cerrando los pies, y cada tanto me miraba desde ahí abajo, sin hablar. «Además tengo un tío que es loco por el box. Cuando Gatica fue a Bolívar quiso llevarme a verlo. Al final no pude ir porque mi padre dijo que era cosa de brutos. Pero después lo vi a Gatica por la calle. Parecía un loco. ¿Vos lo conociste a Gatica? Dicen que estaba arreglado con Perón.» Él movía las piernas, pedaleando en el aire sin contestar, y yo seguía, contento de que no me interrumpiera. «Y de Lavorante, ¿qué me decís? Seis meses sin conocimiento. Cuando pienso en esas cosas francamente no entiendo cómo la gente se puede dedicar al box. Porque la verdad, ahora que más o menos tenemos confianza, para mí, francamente, el box es una carnicería. No viste que quedan todos medio locos. ¿A vos nunca te dieron ganas de largar, dejar todo, poner un negocio y vivir en paz?» Movía las piernas, acostado en el piso, rojo y tan concentrado que, a pesar de que no me contestaba, pensé que me escuchaba convencido. Por eso seguí hablando casi sin pensar. «Ya tenés treinta y dos años. Treinta y dos me dijiste que tenías, ¿no? Yo no sé cómo no te das cuenta que tenés que largar si no querés acabar inútil o arruinado para siempre. Como esos que terminan pidiendo limosna o vendiendo porquerías, hechos unos peleles»...

De golpe dejó de mover las piernas, se quedó acostado, el cuerpo tenso, la cara torcida, mirándome: «Escuchá», dijo. La voz parecía saltar del piso, entre las patas de la mesa.

–Escuchá, cabecita negra y la puta que te parió, ¿por qué no te metés en tus cosas y me dejás tranquilo? En la pieza estaba yo primero. Estaba solo, lo más bien. Me entrenaba tranquilo, nadie me estaba mirando todo el día. Yo tengo que ganar, ¿te das cuenta? Así que no jodás, metete en tus cosas y no jodás.

–Pero, viejo...

–... No me digás viejo..., cabeza... ¿O no entendés que me tenés podrido? –Yo me había sentado en la cama y tenía una especie de frío, como un hueco en la boca del estómago, y él seguía tirado en el piso, aplastado entre las sillas y la mesa de luz. Yo le alcanzaba a ver un pedazo de cara y los pies, y la voz me llegaba rara, ronca, desde ahí abajo–. Todos ustedes nos tienen podridos. Vienen de la mugre, se meten en todos lados y encima quieren opinar y joder. El único error de Perón fue traerlos a ustedes. Ahora nosotros somos los que tenemos que aguantarlos. Yo nací en Pompeya, y no puedo estar solo en una pieza. ¿Te das cuenta lo que son ustedes?

Se había sentado en el piso y hablaba moviendo los brazos, cada vez más fuerte. De golpe se quedó callado y después pareció descubrirme otra vez y dijo que estaba harto de que lo mirara, de que siempre lo estuviera mirando y que de qué me las daba.

–¿Eh? ¿De qué te las das? –gritó mientras empezaba a pararse apoyando las manos en el piso, doblando una rodilla–. Ahora te vas, ¿está claro? Te vas y no aparecés hasta que yo termine. ¿Está claro? –Y todo se mezclaba, el calor, la humedad, el cuerpo de él contra la cama; y afuera la llovizna, el asfalto lleno de luz y la gente empujando y no hay modo de parar a nadie para explicarle lo que me pasa, explicarle que a Bolívar no puedo volver y que él está siempre metido en la pieza y entonces yo tengo que caminar, dar vueltas por ahí y sentarme en las plazas o subir a los colectivos y andar todo el recorrido, por los suburbios, por esas calles angostas, parecidas a las de Bolívar, vacías, casitas bajas, sin gente. Hasta que por fin volvía, de noche, cansado, confiando en que estuviera dormido para meterme en la cama, taparme la cabeza, quieto y callado, contento de tener toda la noche para mí, seguro en la

oscuridad como cuando llueve y paseamos en coche y todos corren y parece que flotáramos, cobijados, tibios, mirando llover por los vidrios. Esperaba el momento, siempre dispuesto a hablar, a decirle la verdad, de una vez por todas, para que te des cuenta, para que no creas una cosa por otra. ¿O te pensás que no sé que no le ganás a nadie, que te hacés el matón sin tener dónde caerte muerto? Yo te vi cuando volviste con la cara hinchada y el labio morado y la ceja partida. Te vi agarrado de los barrotes, en la cama, con la cara empapada de sudor mirando el techo. Todos los días te entrenabas. «Gano y paso otra vez a semifinalista.» Hasta perfume te pusiste para ir a pelear. «Yo no estoy terminado. Tengo treinta y dos años, soy un pibe.» Te vi, desnudo en la cama, colgado de los barrotes. «Perdí, ¿entendés? Perdí porque ese turro era zurdo. Por eso me ganó, pero ya van a ver... Si el tipo es zurdo hay que cambiar todo el plan y me faltaba aire y me dolían mucho las piernas. Pero yo no estoy terminado. ¿Y vos de qué te reís?» «Si yo no me río.» «¿De qué te reís, cabecita? ¿Eh? Contestá», y me golpeaba despacio, con la punta de los dedos, «¿Qué te creés? ¿De qué te las das?» Me empujaba apenas, los dos en medio de la pieza, «¿Eh, de qué te las das?» Yo iba retrocediendo, tanteaba el piso, despacio, hasta que de golpe sentí la pared con la espalda, él se me echaba encima, la cara llena de marcas, me agarraba los brazos, «perdí porque era zurdo y me faltaba el aire», la cara hinchada, se colgaba de mí, me decía que le faltaba el aire y empezó otra vez a moverse y a boxear y a empujarme y me fui, entonces me fui. Bajé la escalera, salí a la calle, no sé qué hora era, no tenía adónde ir, la pieza no la puedo dejar, tengo dos meses pagos, estoy casi sin plata, esperando el trabajo en Duperial, no quiero volver a Bolívar, no quiero estar aquí, contra la pared, con él encima, la cara rota, por eso me escapé, hoy a la noche, y me metí otra

vez en Buenos Aires llena de gente, siempre cubierta de extraños que no te miran y no te saludan y te pasan por encima, anduve de un lado a otro, sin saber adónde ir, perdido, extraviado, quería subirme a un árbol, esconderme en la copa y mirarlos pasar, ver cómo son sin mí dentro de ellos, acurrucado encima de un árbol en la ciudad iluminada, y de pronto estaba ahí, adelante, entre la gente, enorme, caminaba bamboleándose, lo vi, inconfundible, empecé a seguirlo, era él, lo seguí, le voy a explicar, le voy a decir, la nuca aplastada como una tabla, allá adelante, en medio de todos estos que se vienen encima y caminan en contra, empujando, y dan ganas de empezar a los gritos, deje pasar, a los codazos, porque ahora dobla por Esmeralda, lo veo, baja las escaleras del subte, empiezo a correr, no me importa que se den vuelta y se paren de perfil, mirándome, porque uno de los dos se va, se va, entendés, si no, va a pasar algo, en el andén, estaba ahí, en el andén, apoyado contra los azulejos, la cara hinchada, un ojo morado y una botella de vino en una bolsa de papel, «Vino tinto. ¡Del bueno!», me dijo, y se tomó un trago, y en eso entraba un subte, casi sin ruido, «No se puede seguir así», le dije mientras todas las puertas se abrían a la vez con un silbido suave, un calor sofocante, fue como escarbar un hormiguero, entraban y salían, lleno de gente que entraba y salía, y lo agarré de un brazo, «Hay que parar», le dije, y él murmuró algo, dijo algo, «A la lona», algo así, «A la lona», y después giró, se metió en el subte, se abrió paso, las puertas son automáticas, un silbido suave, y de pronto me quedé en el andén vacío, él estaba en el vagón, del otro lado del vidrio, en medio de una luz clara, se alejaba, cada vez más ligero, una figura pesada, la cara pálida, en medio de la luz, en ese subte, cada vez más ligero, una luz, una luz que se iba.

MI AMIGO

No. La primera vez fue en un bar de San Martín y Viamonte. Me lo presentó Lucas y cuando lo vi, flaco, vestido de marrón, sonriendo, me pareció todo un caballero.

Él estaba en Buenos Aires desde el cincuenta y dos. Vino a estudiar pero dejó. «Porque en este país la guita, viejo, hay que olfatearla en otro lado.» Yo estoy en segundo año de Arquitectura; como no me va muy bien, él me decía: «Largá, no seás gil, así lo único que hacés es perder tiempo. Si yo te digo que largués es porque en dos años nos llenamos de oro.» Yo seguía. Porque quiero recibirme, ¿sabe?

Santiago vivía en una pieza cerca de Constitución, con balcón sobre la plaza. A veces salíamos juntos, a tomar una copa, a jugar al billar o a bailar; yo al principio no me di cuenta, pero él con las mujeres estaba siempre a la defensiva. «Con las minas hay que estar en guardia. Son lo más peligroso de Buenos Aires. Uno tiene que estar bien agarrado, seguro. Porque si no, cuando te querés acordar, te dejan en la vía, en la vía...»

«Tenés que entender, pibe», me repetía siempre (porque era uno de esos que vuelven a repetir y repetir las cosas. A contar lo mismo varias veces, siempre igual. Como si se olvidaran o pensaran que tal vez se lo contaron a otro). «Tenés que entender», me decía, «que el asunto es no tener nadie arriba. Mandar. Mandar en uno, pibe. Si mandás, si hacés lo que te da la gana, si sos libre, tarde o temprano llegás donde querés. Donde querés. Este país da para todo.» Y lo repetía como una lección.

Siempre me contaba que cuando vino de Misiones era un seco. «Me vine con lo puesto y aquí estoy. Acá me tenés»,

decía, y se arreglaba la corbata o se pasaba la mano por el pelo. «¿Y qué te creés? ¿Que fue fácil?..., pero enseguida me avivé. Ustedes, los porteños, se creen muy vivos y en el fondo son otarios con suerte. Como los que se sacan la "grande": ¿los viste en el diario? Con la cara de giles sonrientes y el billete y el champán y los amigos. Después son los nuevos ricos y se llevan todo por delante mientras la gente les saca la plata. Así, ¿entendés?», me decía.

Él estaba solo en Buenos Aires. No tenía a nadie, por lo menos yo no le conocí a nadie y de la familia no hablaba nunca.

«Cuando llegué», contaba, «cuando llegué, como te digo, era un seco. Un cabecita seco. Y le tenía miedo a todo, ¿sabés?: al subte, a cruzar la Diagonal, a preguntar las calles, a todo. Pero le tomé la mano a Buenos Aires. Empecé de changador en Constitución a cinco pesos el bulto y cuando me avivé...» Y lo contaba como para enseñarme, ¿sabe? Para que aprendiera. Para que dejara la Oficina de Informaciones de la Inmobiliaria del Sur, S.A. Que dejara eso, que era de secos, y me largara de una vez, «a llenarnos de oro en dos años. Es una fija, pibe...».

La verdad que yo mucho no le puedo decir. Él me contó que cuando llegó se fue a vivir por la Boca con un santafesino que tocaba el piano. Y que cuando cayó Perón casi lo llevan preso y ahí lo conoció al Francés, «que ahora está en Europa, viviendo como un duque, como un duque, y ¿sabés por qué? Porque es un vivo y conoce el asunto. Por eso está en Europa y es un señor».

A mí, en el fondo, siempre me gustó Santiago Santos. Es uno de esos tipos que saben bien lo que quieren. Que están en algo y listo. Duro, concreto. Por eso lo que pasó ayer parece mentira. Es como un sueño. No sé cómo pasó. No sé. Él me decía: «Vos sos muy gil, pibe, creés en muchas cosas. Parece

que te mandaras la parte, con todas esas vueltas que tenés. Vueltas de pituco. ¿A quién le vas a ganar así? Acá es como el box, ¿viste el box?, cubrirse y pegar, cubrirse y pegar. Todo lo demás es ballet. Y vos, ¿sabés lo que parece un bailarín de ballet al lado de un boxeador?...»

Un bailarín de ballet al lado de un boxeador... Era como invencible, ¿sabe?, uno de esos hombres concretos, que van a ganar, siempre a ganar...

«Largá», me dijo cuando me bocharon en Análisis. «Largá, no seás gil que salió el asunto con los brasileños. Vos sabés que nos movemos con joyas. Dedicación exclusiva. En un año estamos paseando por Europa.» Dedicación exclusiva, ¿sabe? Medio país está metido. Es un asunto tan grande que uno no sabe si es legal o no, con todos los que están metidos. Usted va al banco y dice: «De parte de Gerardo» y chau, se moviliza hasta el gerente. Es lo mismo que con divisas pero más seguro... Entonces largué... Dedicación exclusiva, qué sé yo. A uno se le da vuelta todo cuando ve tanta plata junta...

Anduvimos con ese asunto, nada más. Por lo menos conmigo. Después, ayer, todo se vino abajo...

Ya le dije que a él le reventaba que yo tuviera novia. Para él era lo último que me quedaba de bailarín de ballet. «Las mujeres te terminan perdiendo, no sos libre. Además nunca podés estar tranquilo.» Pero eso es de película francesa, le decía yo, de tango. Eso pasaba con las minas fatales, con las de Discépolo. Mi novia, viejo, vive en Adrogué, el padre es médico. Estudia Psicología. No es una mina como las del tango. Estamos en mil novecientos sesenta y dos... Y para mí, Ana, mi novia, era una especie de puente, ¿sabe? Una seguridad. La seguridad de que en cualquier momento, cuando quisiera, largaba. Me ponía a estudiar de nuevo, me casaba y chau. Era

como demostrar la diferencia, era mi resto. Como si no me jugara del todo. Recién ahora me doy cuenta, ve, era como jugar con trampa, seguro de ganar. «Vos te tirás al agua atrás del bote, pibe. Nunca vas a llegar a nada así», me decía. Y yo iba a la casa de mi novia todos los domingos como si volviera al orden, como si saliera del cine, qué sé yo.

Y ayer se vino conmigo a Adrogué. Un poco de prepo, ¿sabe? Como si lo hubiera decidido de antemano: encontrarme por casualidad en Constitución, «paseaba, sabés», y «tener ganas de estirar un poco las piernas por el sur, de tomar sol, pibe».

Llegamos antes de comer, más o menos a las once y media. Mi novia vive a tres cuadras de la estación. En una de esas quintas grandes y cuadradas, con un parque y una verja de fierro. ¿Usted no conoce Adrogué?... Bueno, llegamos a las once y media y yo lo presenté a Santiago como un compañero de la Facultad. Nos sentamos a almorzar lo más bien: la madre en la punta, el padre en la otra, Ana al lado mío, Santiago enfrente. Enfrente mío estaba. Con un traje gris claro y una camisa celeste. Recién al rato de empezar a comer me di cuenta de que le pasaba algo. Que estaba distinto. Por lo menos no era el mismo. O que no era el que yo quería que fuera.

Cuando empezó a hablar y yo lo miré, me miró como si me estuviera diciendo: «No seas gil, pibe, este mundo es de los boxeadores.» Hablaba recitando, como si fuera una lección lo que venía a decir. En medio de una frase de don Ángel, empezó:

–¿Así que Miguel no les dijo por qué dejó de estudiar?

Eso fue lo primero que le oí. Lo miré, sabe, para que me guiñara un ojo o me sonriera. Para que dijera que era una broma. Pero no, siguió, sin mirarme, como si yo no existiera, y dijo que estaba «muy mal que no les hubiera dicho. Y a lo

mejor tampoco les avisó que dejó el empleo. ¿Pero cómo, Miguel?». Eso dijo, ¿se da cuenta?, «¿pero cómo, Miguel?». Tenía un poco de gomina arriba de la oreja, una especie de bolita redonda y blanca. Lo miré sonriendo, como si fuera una broma, y enseguida él iba a decir: «Lo embromo a Miguelito porque resulta que con el asunto de ahorrar para los muebles, el otro día...» Lo miré sonriendo. Estaba seguro de que era una broma. Eso le pasa a uno, ¿vio? Cuando alguien dice una de esas cosas que es imposible decir, uno piensa: «Me está cargando. Se hace el gracioso, no te dije que este tipo es un chistoso.» Cuando lo miré, sonriendo, estaba serio. Serio. Como Ana, que me miraba, como doña Luisa. Como don Ángel, que le preguntó: «¿Cómo dijo, joven?, ¿cómo dijo?», le preguntó, ¿se da cuenta? Lo único que tenía que hacer era decir: «No, bromeaba, porque el otro día en la Facultad resulta que...» O cualquier cosa. Pero no. «Preguntaba», le dijo, «si Miguel les comentó que había dejado de estudiar y que ahora anda en otra cosa.» Todos lo miraban, ¿sabe?, y él parecía que se apuraba. «Por otra parte en el negocio en que andamos no es necesario estudiar. ¿Para qué carajo sirve estudiar en este país? Dígame, francamente, ¿a usted le sirve de algo ser médico? Nosotros en tres años estamos en Europa dándonos la gran vida. Negocio de joyería, señores. Dedicación exclusiva...» Hablaba y hablaba.

«Callate, pibe», me decía, «¿qué te pasa? ¿No querés que tu novia se entere de tu vida?» «Callate, pibe», «Callate, pibe», y no sé qué me pasaba. Lo único que yo hacía era decir: «Déjeme explicarle, don Ángel, déjeme explicarle.» Eso, nada más, se da cuenta. Mientras, él hablaba y hablaba. Del asunto del chalet de Flores, del asunto de los medicamentos... Era una cosa tan rara. Rara, ¿sabe? Como si, de pronto, se pudiera decir cualquier cosa. Apretar dulcemente las manos de una mujer muy fea y decirle: «La verdad, qué difícil debe ser vivir con esa cara...»

Una cosa así, rara. Como ver una película vieja. Esos dramas mudos, de principio de siglo, llenos de gestos, en los que todos sufren y uno los ve ahora y le da risa... Es como si no me hubiera pasado a mí... Ni sé lo que dije. Lo que recuerdo es que nadie me oía y él me dominaba o qué sé yo. «Callate, pibe, dejame terminar.» Y les contaba que yo iba a Adrogué porque así los domingos tomaba sol y comía bien; que yo era «un poco miedoso, pero buen pibe, buen pibe»... De todo habló. De todo lo que se le dio la gana. También de cuando vino de Misiones y de que «los porteños son unos otarios con suerte, creamé». Y de que «el asunto es mandar, don Ángel, mandar»...

Ya casi no me acuerdo nada, todo es muy lejano, una especie de niebla. Siento el estómago revuelto y me acuerdo que sentía el estómago revuelto cada vez que miraba la fuente de ravioles que se enfriaba y se enfriaba, en esa mesa, con todos callados y él hablando. Parece un sueño. Es una cosa difícil de explicar..., como si fuera cómico. Igual que un velorio, ¿vio los velorios?, cuando de pronto a alguno se le da por contar cuentos verdes y uno empieza a sentir que va a reírse. Uno está triste, pero empieza a tener unas ganas bárbaras de reírse. Primero hace muecas y se hace el disimulado, con el pañuelo o con cualquier cosa, pero después se ríe y se ríe. Todos lo miran y uno se ríe y cada vez le da más risa y más risa...

Así. ¿Se da cuenta, comisario?

LA HONDA

No me dejo engañar por los chicos. Sé que mienten, que siempre están poniendo cara de inocentes y por atrás se ríen de todo el mundo.

Lo que pasó ese día fue que ellos no imaginaban que mi patrón y yo habíamos decidido trabajar, a pesar del domingo.

Por eso cruzamos el camino de tierra hacia el depósito del fondo.

Me acuerdo que por la calle andaba un coche de propaganda con los altoparlantes en el techo; y que yo escuché la música hasta que doblamos y el paredón apagó el ruido, de golpe.

Entonces el viento nos arrimó las voces y las risas. Cuando los descubrimos se acurrucaron, tratando de disimularse entre los fierros, pero ya era tarde. Ninguno de los cuatro pasaba de los doce años. Se metían a robar pedazos de plomo para tirarlos con la honda. Dijeron que estaban allí porque Nacho les aseguró que era amigo del patrón y que el patrón le daba permiso para juntar el plomo entre los desechos.

Mi patrón les quitó las hondas que les colgaban del cuello y las tiró al foso de cemento en el que antes, cuando el taller estaba allí y no sobre la avenida, engrasaban los coches desde abajo.

Los pibes empezaron a barrer, como les ordenó el patrón en escarmiento.

Mientras barrían les preguntó si sabían leer. Los cuatro sabían y los cuatro habían leído:

PROHIBIDA LA ENTRADA

Pero se metieron por culpa de Nacho que les dijo, repitieron, que era amigo del patrón.

Nacho, flaco y morocho, barría en silencio.

Teníamos que desarmar unas puertas de chapa para poder arreglar el techo del galpón de lavado. El más alto de los cuatro chicos me ayudaba por orden del patrón. Trabajaba concentrado y me trataba de «señor».

Ablandamos los clavos y los arrancamos con la barreta «cocodrilo». Después sacamos las chapas y las amontonamos en un costado. Cortamos los tirantes, dos largos y dos cortos, y empezamos a preparar el soporte.

Trabajamos la madera al borde del foso para poder serruchar hacia abajo sin peligro de tocar el suelo y mellar el serrucho. El pibe sostenía fuerte el tirante y me miraba de reojo.

Al rato pareció animarse y me dijo, muy serio:

–¿Señor, me deja agarrar la honda?

–Yo no tengo nada que ver. Si fuera por mí estaríamos durmiendo la siesta. Preguntale al patrón, si él te la da –le contesté.

Siguió ayudando, serio y concentrado. Daba risa con su cara de preocupación. Parecía el jefe de la barra y de vez en cuando miraba a los otros, como para tranquilizarlos.

Seguimos trabajando bajo el sol. Armamos el soporte y nos pusimos a clavar las chapas. Cada tanto levantaba la cabeza y me miraba sin hablar, serio, con la frente brillante de sudor. Me molestaba ese modo que tenía de mirarme, como si yo tuviera la culpa y él me exigiera la honda trenzada, de horqueta de palo, que veíamos abajo, en el antiguo foso de engrase.

Por fin le dije:

–Cuando tire el martillo bajás a buscarlo y agarrás la honda.

Sonrió y siguió sosteniendo el tirante sobre el que yo martillaba cansado.

El martillo golpeó contra el piso con un ruido sordo.

–Che, pibe, bajá a buscar el martillo –le grité.

Bajó corriendo la escalera manchada por el sol. Desde arriba parecía muy fuerte. Se le veían los hombros y la cabeza despeinada.

Me pareció que el patrón había dejado de trabajar.

El chico se agachó buscando la honda.

Esperé que se la guardara, apurado, entre la camisa y el pecho; entonces me di vuelta y le grité a mi patrón:

–Patrón, el chico se escondió la honda en la camisa.

EN EL TERRAPLÉN

No hacen ruido, piensa. Son muy ligeros, siempre están en el aire, no hay modo de verlos. Después eligen las casas y dejan los juguetes. Nunca entendió por qué le traían esas cosas tan bárbaras a Marcos que es un tarado, un llorón y por cualquier cosa llama a la madre, y a Gabriel, que hasta sabe andar a caballo, nunca le traen nada. ¿Qué habrá hecho Gabriel?, pensó, y tuvo miedo, de golpe; miedo por él.

–Vos, andá a buscar la pelota –le ordenó aquel día Melo, desde la canchita. Melo, con los brazos en la cintura, transpirado: el jefe de todos. Cuando los grandes jugaban a la pelota no lo dejaban ni acercarse. Pero ahora le pedían la pelota, a él. Salió corriendo y la pelota estaba allí, contra el cordón, debajo del coche. Se la devolvió y Melo no dijo nada: ni gracias, pibe, ni nada. La hizo picar y volvió al medio, sin correr, tranquilo, gritando «Tres a uno». No importa que no le dijera nada, igual era como si los grandes lo hubieran dejado jugar a la pelota con ellos. «En la canchita, te das cuenta», quiso contarle a Gabriel. Pero fue Gabriel quien le dijo: «Che, ¿qué te hiciste en el saco?» Che, en el saco, le dijo, pero no era un saco, era una campera nueva, la campera gris recién estrenada y tenía dos lamparones de grasa oscuros, negros.

Por eso tuvo miedo: miedo de levantarse y encontrar los zapatos solos, vacíos, sin los patines. Si por lo menos estuviera Marcos, se las arreglaría para que no importara, para que todos se olvidaran de la mancha de grasa en la campera gris, y de la taza del juego de porcelana que primero le golpeó el codo y después hizo un ruido rarísimo en el suelo, al lado de la pata de la mesa llena de visitas. Marcos lo ayudaba siempre. Ahora daba pena y alegría que no estuviera. Pena, porque no estaba. Y alegría de tener un hermano en la conscripción. Cuando llegaba

Marcos todos, hasta Melo, lo miraban con bronca, mientras él se paseaba con su hermano, que era un soldado de verdad, vestido de marrón, con botas y el machete de acero en la vaina de cuero.

Para colmo el día no pasaba nunca. Hubiera querido estar de repente en la mañana siguiente, en el asfalto con los patines; pero el tiempo no pasaba, no se movía ni una hoja, la siesta no terminaba nunca. Faltaba casi toda la tarde y después había que cenar y seguro que no se iba a poder aguantar toda la noche despierto para verlos entrar despacio en la pieza y dejarle los patines. Además mejor no hacerse ilusiones, pensó mientras acomodaba los soldados que siempre estaban apuntando, sin moverse, algunos cuerpo a tierra y otros tocando el clarín, duros como idiotas. Los acomodaba contra la pared, en fila, para que defendieran la ciudad de las fuerzas enemigas. Hasta que Cacique, con su corpachón amarillento, se tiró a la sombra de la pared y Emilio quiso subirse en el lomo. Pero Cacique se echaba de costado, no había forma de hacerlo levantar por más que lo tironeara del collar, se acostaba tranquilo, golpeando el piso con la cola, y no había modo de convencerlo de que fuera un elefante por un rato, para jugar. Por eso, mientras Felisa pasaba con las alfombras, Emilio se convirtió en Dick Tracy. Y tenía que seguirla porque Felisa era una asesina. La mujer-gato, la mujer-espía. Se descalzó y agazapado empezó a seguirla por toda la casa, escondiéndose detrás de las paredes, en las esquinas, aplastado contra los árboles, abajo de los muebles oscuros, en la cocina, con cuidado porque podían sorprenderlo desde el puente y se trata de cruzar el callejón desierto, apenas alumbrado por la luz que viene del bar. El callejón gris que lleva de la cocina a la escalera desde la que se puede dominar todo el puerto. Y cruzaba la cortada agazapado, en puntas de pie, llevando el revólver en la mano

derecha y los zapatos en la izquierda cuando Felisa le gritó que no fuera estúpido, que dejara de seguirla y de molestarla.

Por eso salió a la calle, al sol de la siesta que ardía en las baldosas y se mezclaba con el aire caliente. Y caminaba, zigzagueando, sin pisar las baldosas azules, pero estaba llenísimo de baldosas azules y cada tanto tenía que saltar abriendo los brazos, muy concentrado en eludir la ciénaga maligna. Mucho cuidado porque si no iba a aparecer el asunto de la campera y entonces los reyes pasarían de largo, sin dejarle nada, ni los patines ni nada. Por las dudas este año junto con el pasto les pensaba dejar agua mezclada con azúcar. En el fondo los camellos son como Cacique pero más grandes, y Cacique por azúcar hace cualquier cosa. Trébol y agua con azúcar. Siempre los dejaba contra la pared del fondo. Sentía una cosa rara en todo el cuerpo al pensar en los camellos tomando agua, la cabeza inclinada en el balde que mamá usaba para lavar la vereda, y después comiendo el pasto con esos dientazos que parece que siempre se estuvieran riendo.

La esquina estaba llena de baldosas azules. Toda azul como un lago y Gustavo venía cruzando lo más tranquilo. Estuvo a punto de gritarle: ¡Cuidado con la ciénaga!, pero mientras lo pensaba ya se habían saludado.

Después del saludo, al rato de empezar a hablar, Gustavo se lo dijo. Le dijo eso, de pronto, como si lo insultara.

–¿Y vos todavía creés? –le preguntó–. ¿Todavía creés? –Con una voz finita, aguda y la cara llena de pecas rojas. «Fideo con tuco», le gritaban siempre, y tenía el pelo colorado sobre la frente y la voz chillona:

–Si son los padres, ¿no te das cuenta? Lo de los reyes son todas macanas.

La transpiración se le amontonó en los ojos, una nube húmeda que pintaba la calle de un gris claro y la F de

Farmacia Muro estaba borroneada, le faltaba el palito del medio. «Queridos señores reyes magos», empezaba la carta. Todo el sol y el calor pegándole en la cara.

–Claro que lo sabía –gritó–. Lo sabía, entendés. Antes que vos lo sabía. –Y tuvo ganas de pegarle, agarrarlo del pelo, colorado estúpido, y patearlo, claro que lo sabía, pero ya estaba solo y el calor le trepaba por los zapatos desde el asfalto blando.

Sin darse cuenta llegó a su cueva entre las cañas. Nadie más que él y Gabriel la conocían. Una cueva llena de puertas secretas en la que vivían Sandokán, Poncho Negro, Pluma Roja y él, ahora, pensando que no saldría nunca, que se quedaría allí, toda la vida, dejando que lo buscaran, no le importaba que lo buscaran, que lo buscaran todos porque no quería ver a nadie, nunca más.

Estaba sentado en el piso de tierra y arriba el viento hacía temblar las cañas con un ruido raro y muy triste, una especie de susurro, y entonces él se acostó boca abajo, con las manos en la cabeza, pensando que a lo mejor todo era una especie de mentira y entonces mamá y papá tampoco existían: volver y que en casa no lo besaran ni nada, que apenas lo saludaran porque ya no jugaban más y le dijeran: «Y vos, nene, ¿quién sos?», y lo mandaran a uno de esos colegios que tío Joaquín le mostró, con tapias grises, enormes y oscuros, donde viven los chicos sin padres.

Hacía redondeles en la tierra; dibujaba figuras y las borraba con la palma de la mano sin entender por qué el abuelo no le había dicho nada. El abuelo rubio, tan alto, que lo llevaba en los hombros y le hablaba del lugar donde había nacido, un pueblo lleno de sol donde la tierra era roja, cubierta de montes y de caballos. Ahora su abuelo estaba de viaje, y le escribía cartas en las que le recomendaba que se portara bien e hiciera

caso. Las leía papá y no parecían del abuelo. Si él estuviera le explicaría. No estaban ni él, ni Marcos. «Y Marcos, ¿por qué me ayudó a escribir la carta si era mentira?» Cuando pensó en Marcos ya estaba afuera de la cueva, rozando con la palma de la mano las paredes tibias. La calle vacía, aplastada por el sol, se juntaba con el terraplén, allá lejos. En ese lugar al que nunca se animó a llegar, por el que cada tanto pasaban los trenes, las máquinas cubiertas de humo, todo el tren soplando arriba, por encima del pueblo, al fondo de la calle. Y caminaba despacio mirando el polvo arremolinado por el viento, asombrado de andar por esa calle tan larga, llena de árboles, llena de misterio, con terrenos baldíos y casas desconocidas. Cada tanto levantaba bolitas de eucaliptus y las tiraba contra el cielo y después se pasaba la mano por la punta de la nariz y encontraba el mismo perfume del invierno cuando mamá las ponía a hervir sobre la estufa y todo era tibio, con aquel olor suave, y él, tirado en la alfombra, jugaba a ser un barco a vela y estaban todos: mamá cosiendo y papá sentado en el sillón, todos juntos, y él, de repente, se ponía a gritar de contento; se golpeaba la boca con la palma de la mano contento de que estuvieran todos juntos y se largaba a correr de un lado a otro y mamá empezaba a los gritos pero él seguía corriendo sin parar porque se había desbocado y no había modo de frenarse a pesar de que el pasto lo hiciera resbalar, y tuviera que terminar de subir el terraplén gateando, clavando los dedos en la tierra, encorvado, teniéndose de los yuyos.

Parado en lo alto, con las manos en la cintura, de espaldas al pueblo veía todo el otro lado del mundo: los molinos de agua y los pinos y el arroyo donde los grandes iban a nadar y muy chico, como una mancha a lo lejos, el monte en el que Melo decía que se podían cazar lechuzas.

Después empezó a caminar haciendo equilibrio por las vías con los brazos abiertos y el sol en la cara. Se bamboleaba, pisándose los talones con la punta de los pies, sin tocar los durmientes, tratando de animarse a pasar del otro lado, a dar el salto, ahora, y caer resbalando por la bajada del terraplén, sentado como en un tobogán hasta zambullirse en el pasto, cerca de las cañas.

Acostado allí, boca abajo, a la sombra del terraplén, parecía que el sol se hubiese quedado en el pueblo, en su casa, del otro lado, y él estaba solo, a la sombra, tirado en el pasto, escuchando el zumbido de las avispas y el ruido del viento contra las cañas secas. Miraba las ramas de los árboles contra el cielo y sin saber por qué se acordaba de los lugares que le contaba su abuelo y hasta pensó que a lo mejor por allí andaban los caballos metidos en el monte o saltando los paragolpes de madera salpicados de yuyos.

Hundió la cara en el pasto fresco, doblando los pies sobre la espalda, contento de golpe; contento porque además podía contárselo a Gabriel. Trepar el terraplén y bajarlo corriendo para contarle a Gabriel que se había animado a cruzar al otro lado, donde estaba el monte lleno de lechuzas y el arroyo. Correr con la cabeza gacha por la calle llena de sol y árboles y olor a eucaliptus. Y llegar a la esquina, respirando agitado, con la cara sucia de tierra y sudor. Pararse frente a la puerta altísima y marrón y levantarse en puntas de pie para alcanzar el llamador de bronce.

Un golpe seco que retumba en la siesta.

–¿Cómo te va? –le preguntó Gabriel, parado en el umbral, contento de verlo.

Emilio, con las manos enlazadas en la espalda, pensó en el país que había conocido detrás del terraplén, en el agua con azúcar; pensó que Marcos era también un mentiroso y que su

abuelo era el único que decía la verdad, a pesar de las cartas que no parecían de él.

Todo eso pensó mientras le preguntaba:

–Y vos, Gabriel, ¿sabés quiénes son los reyes magos?

TIERNA ES LA NOCHE

Querer tranquilizarme contra una Lettera 22 cuando Luciana está tirada allá y es inútil. Buscar explicaciones, querer corregir no sé qué destino, cambiar los detalles, como si los detalles, decirle no seas estúpida, no te hagás la trágica, Luciana, decirle chiquilina sonsa, señora mía, cualquier cosa para no verla ir achicándose bajo la lluvia, medio torcida por el agua, con la pollera pegada a los muslos, y todo estaba decidido y yo lo más tranquilo, cobijado en el alero, mirando llover y fumando y esperando que amaine.

De todos modos no estoy seguro si hay que contarlo así. Ahora las cosas se me diluyen, lejanas, y parece lo más natural que anoche hubiera sucedido hace muchísimo tiempo; que anoche, hoy mismo, estuvieran antes que, por ejemplo, aquella tarde cuando nos paramos en medio de la plaza y nos besamos por primera vez, mientras la gente daba vuelta la cara para mirarnos y arriba un Jet flotaba en el aire y ella dijo que me quería: «Me parece que te quiero mucho», dijo ella, y yo le contesté que estaba loca. «Me parece que estás loca», algo así, en voz baja, y la luz del estúpido farol encendido a las tres de la tarde le hacía brillar todavía más el pelo colorado cuando se separó y yo pensé que iba a sentarse o algo así, pero empezó una especie de baile. «¿Yo? Yo soy loca como una gata, ¿nunca viste una gata loca?», las manos en la cara, un suave vaivén, extraños murmullos, imitando los que ella decía que eran los maullidos de las gatas cuando están locas: «Locas y calientes», dijo, y tenía los ojos grises medio veteados por el sol y la risa.

Gestos, escenas que ahora se agrandan aquí, mientras escribo en esta pieza que desemboca sobre los techos del vecino, borrando, deformando lo de anoche, la fiesta, la voz de ella por teléfono para invitarme y yo me reía sin entender la

razón. «Y de dónde sacaste que para armar una fiesta hay que tener razones», me dijo, y yo pensé: Ojo, ir sin Beatriz. Qué idiota, como si Luciana necesitara verme sin Beatriz o no la conociera mejor que yo mismo. «Para vos es una de esas piezas cómodas, ¿te das cuenta? Un cuarto de baño» (yo no la distinguía en la oscuridad, pero seguro se reía con todo el cuerpo). «Eso, un cuarto de baño.»

Claro que cuando Luciana lo dijo estaba totalmente borracha. Yo había escuchado ruidos, abajo, y enseguida los tacos en la escalera y alguien raspando un fósforo. «Beatriz», dije, buscando la luz. «No. No prendás»; hablaba alzando demasiado la voz, como perdida, y cuando encendí pareció que Luciana brotaba desde la oscuridad, con el pelo tirado en la cara, hermosa y gastada, fugaz. «Me voy. Si no apagás la luz me voy», y ya no la veía, solo la adivinaba en la oscuridad dando vueltas de un lado a otro, llevándose las cosas por delante, hasta que por fin se sentó en el borde de la cama, sin hablar.

Por eso digo que fue imbécil pensar en Beatriz, que no tiene nada que ver, y que ahora seguro duerme sin saber nada, con su aire entre ingenuo y malévolo y dulce, con esa cara que de repente se le ablanda y parece que se le desmorona, como si no le obedeciera, cuando ella busca endurecerla, porque yo, casi sin querer, hace unas cuadras que camino abstraído, dejándome llevar por el silencio hasta que siento la presencia de Beatriz, tensa, controlada, y al fin escucho su voz, medio enrarecida: «¿Se puede saber qué te pasa?» Y yo la miro, asombrado: «Nada, ¿qué querés que me pase?», y es como si se le soltara algún piolín adentro y quedara desvalida, desnuda. Parecía una muñeca aquella mañana, cuando su cara apareció y ya era tarde porque Luciana había trepado la misma escalera, borracha, y nos despertó Beatriz, entrando, y ella le habló desde la cama, con las mantas tapándole el cuerpo desnudo. «Hola, ternerita»,

le dijo, «no te enojés que ya me voy.» Y Beatriz la miraba apoyada en la pared, sin moverse, mientras Luciana se vestía, muy despacio, en medio de la pieza, se agachaba buscando las medias, y cuando se levantó le sonrió apenas. «No te enojés, que yo podría ser tu madre.»

Esa fue la última vez que vi a Luciana (hasta hoy, quiero decir), porque la noche antes habíamos decidido que todo iba a terminar, amigablemente, con la asquerosa delicadeza de esos casos.

Ya no me acuerdo de a quién de los dos se le ocurrió entrar en esa boîte, una especie de casa de té, que habíamos encontrado poco después de medianoche, hundida en el fondo de un parque, al final de la diagonal 80.

«Carajo, uno se moja los pies con este yuyo», dije yo porque lloviznaba y el pastito me embarraba la botamanga, y creo que mientras yo zapateaba en el felpudo como un imbécil, ella se acercó para besarme y yo la arrinconé contra la puerta pero ella se soltó y me acarició la cara.

–Vinimos a despedirnos, ¿verdad? –dijo–. Tengo sed y estoy empapada.

Entonces cruzamos el salón japonés, alumbrado con farolitos verdes, para secarnos en el baño, las dos puertas separadas por una mampara. «Entro con vos», dijo sonriendo, el pelo chorreando. «No hay nadie, ¿no ves que no hay nadie?», agregó, y la luz cruda del baño parecía aislar los gestos, multiplicarlos en el espejo, y ella miraba todo asombrada y divertida. «Así que ustedes usan estas cosas, pero si son como escupideritas», y se reía, girando de un lado a otro, cuando entró un tipo y la miró pensando que se había equivocado, pero me descubrió enseguida mientras ella lo saludaba, desde un costado, mientras se pintaba la boca en el espejo.

A veces uno necesita creer en señales, en avisos que no supo ver. Ahora (después que abrí la puerta de la pieza de Luciana y me tiré para atrás, como encandilado) esa madrugada en la boîte me parece un signo de todo lo que pasó esta noche. A lo mejor por eso se me mezclan, por eso no sé si fue hoy a la madrugada o aquella noche, hace más de tres meses, cuando Luciana levantó la cara como buscando la lluvia que se adivinaba en el viento, y yo le vi los ojos, ardidos y asustados, pero fue apenas un momento porque ella se movió, imperceptiblemente, como queriendo esquivar la luz filosa del amanecer y en voz muy baja, casi un susurro, me dijo que se volvía sola, que no la buscara y yo la dejé ir, la miré alejarse, perderse entre la gente, sin hacer nada, sin llamarla.

Y no la vi más, hasta la noche de la fiesta, ayer. Vivía en una casa en Villa Elisa, en las afueras, amplia, muy iluminada. Entré y al fondo, en una sala que daba al jardín, estaba ella tocando la guitarra, con gente desparramada en los sitios más inverosímiles, silenciosos, atentos. Estaba bellísima, sentada en un sofá, con Patricio al lado, que sonreía, satisfecho, mientras Luciana cantaba con su voz ronca, envuelta en el humo pálido de los cigarrillos. Cuando terminó, todos aplaudieron y ella se levantó y el vestido le destapó los muslos; usaba el pelo recogido, la cara agrisada por el humo, como de yeso.

Agitó la mano, yo sonreí. Después la miré venirse, eludiendo a los que bailaban; su figura se iba construyendo a medida que se acercaba. Me acuerdo que traté de pensar una frase para recibirla. «Te queda muy bien el pelo atado, parecés una estatua», algo en ese estilo; pero ella se paró imprevistamente en mitad del camino y yo me quedé quieto, mirándola bailar con Patricio.

Había tanta gente que se podía ignorar confiadamente a los conocidos. Recortada entre las parejas, cada tanto me

encontraba con Luciana, con su vestido color ocre. Dos o tres veces nos miramos, pero ella siguió bailando, sonriendo y como divertida.

Me dejé ir de un lado a otro, escurriéndome hacia el fondo de vez en cuando, para buscar la mesa donde se amontonaban las botellas. Al cuarto o quinto whisky las cosas mejoraron y terminé bailando algunos tangos, sin mucho fervor, con una niña que era lánguida y levemente bizca, lo cual le daba un aire entre malvado y atrevido.

Por fin me tiré en un sillón que me obligaba a hundirme en una posición realmente absurda, con los codos aplastados entre las rodillas.

–Siempre sapo de otro pozo, vos –dijo con una entonación deliberadamente criolla y un poco afectada, que le conocía bien–. Lejos de la merza.

La voz vino de atrás y para confirmar que era Luciana tuve que girar todo el cuerpo y verla apoyada contra la pared.

–Mucha merza no veo por aquí, la verdad, más bien parecen todos millonarios.

–Millonarios mendigos –dijo ella, y se rió de su propio chiste idiota.

De todos modos era muy absurdo seguir incrustado en ese sillón haciendo contorsiones para poder mirarla. Cuando conseguí sentarme con dificultad en el brazo del sillón, la miré de frente por primera vez, y fue como recordarle los ojos, ese modo único que tenía el iris de ennegrecer la pupila, como si fueran los ojos de un gato.

–Estás rara con el pelo así. Parecés una estatua –le dije mientras trataba de incorporarme.

–Sí, la estatuita de la Virgen de Luján –dijo ella mientras terminaba el whisky que tenía en el vaso–. Me disfracé una vez de Virgencita de Luján, estaba divina, me hubieras visto. –

Tenía el vaso de whisky alzado contra la boca y lo golpeó con la punta de los dedos hasta que el cubo de hielo resbaló por el borde–. Miraba el cielo, así –dijo, y alzó los ojos con aire angelical.

–Qué te parece si nos tomamos un micro y nos vamos a pasar unos días al hotelito de Punta Lara.

Me miró divertida mientras masticaba el hielo.

–Mucho barro.

–Mejor, así no salimos de la pieza.

–Aquí viene mi marido –dijo ella.

Cuando levanté la cara, Patricio ya estaba ahí.

–Emilio, ¿cómo andás? –dijo, y Luciana le agarró la muñeca, no la mano sino la muñeca, como si fuera el respaldo de una silla.

Hablamos los tres, una vez cada uno, para que los silencios no se alargaran demasiado, mientras la música y los gritos se mezclaban en un bochinche fenomenal.

–Esto es demasiado cerrado –dijo Patricio–. Hubiera sido mejor el jardín. Lástima la lluvia.

–¿Qué festejan? –pregunté mirando la cara de Patricio, el color raro, medio violáceo, de la cara de Patricio.

–Nada –me contestó Luciana–. No veo por qué hay que hacer fiestas solo para festejar cosas.

–A Luciana le da por rachas –dijo Patricio, que buscaba mi complicidad dulcemente–. Ahora las fiestas, hace un tiempo se le había dado por pintar, llenó la casa de telas y se alquiló un estudio en el centro y cuando...

–Está bien, querido, dejemos mis rachas ahora –lo cortó ella, soltándole la muñeca–. Prefiero bailar.

Patricio se movió como queriendo salir al medio y yo sentí la mano de Luciana en el brazo, mientras ella se alzaba en puntas de pie para rozar la cara de Patricio con los labios.

Adiviné la sonrisa de él, atrás, parado en un rincón, cuando en una vuelta quedamos frente a frente y me saludó levantando el vaso. Volvimos a girar, Luciana quedó de cara a Patricio y después nos internamos en medio de todos los que nos arrastraban de un lado a otro.

Luciana parecía reanimada y me miró divertida.

–¿Qué andás buscando? –le dije, al rato.

–Nada. No ando buscando nada. ¿Qué querés que ande buscando? No seas elemental.

–¿Y para qué me llamaste?

De cerca, la cara de Luciana era una máscara hermosa y manchada, con dos lamparones oscuros al lado de los ojos.

–¿Sabés lo que ando buscando? Piedritas. Juguetes que perdí. Por ejemplo que alguien se enamore de mí como antes. Como hace muchísimo tiempo aquellos muchachitos sonsos a los que yo quería como una loca. Eso ando buscando.

Sin querer me llegaba su olor a whisky mezclado con extracto francés y sudor.

–Sacarme de encima todo esto. –Le costaba modular la voz y hablaba torpemente–. Toda esta mugre.

–Si lo decís por el whisky, no se te nota.

Se quedó como clavada. Los que venían atrás nos empujaron riendo y yo la agarré de un brazo para sacarla, pero ella se soltó con un gesto brusco.

Yo seguí solo y me paré contra una mesa, cerca de la ventana. La miré acercarse, insegura, atropellada y sonriendo, hasta que aplastó el cuerpo contra la mesa y me llamó agitando la mano.

–Venga, pichón, venga que Luciana quiere decirle una cosa al oído –fue diciendo en voz baja mientras se inclinaba, y los dos hicimos un puente sobre la mesa–. Sos un pobre tipo –susurró.

Después se cruzó la mano por la cara como si estuviera espantando un bicho y yo la miré caminar, rígida, hacia Patricio.

Me quedé un rato ahí, recostado contra la ventana.

Afuera, la bruma diluía la silueta afilada de las lanzas, en la reja de fierro que encerraba la casa. La noche estaba quieta, muy calurosa. Caminé por el jardín costeando la verja hasta el fondo. Vista desde atrás, la casa parecía un cajón, alto y oscuro. La música se apagaba y crecía, arrastrada por el viento. Empezó a lloviznar otra vez. Una niebla amarillenta rodeaba los faroles encendidos. Sobre el costado, la luz de la casa se escurría entre los árboles, y cuando me topé con la escalera, de golpe se borró y todo quedó en sombras. Empecé a subir tanteando. La claridad me golpeó la cara otra vez y durante un momento los vi amontonados en medio del salón; las caras brillosas se apagaron de pronto y terminé de entrar, puteando al de la idea de jugar con la luz.

Habían formado un círculo y en el medio Luciana se movía sola, se hamacaba al compás de la música, descalza y con el pelo suelto. En la oscuridad solo se escuchaba el golpe de las manos y cuando volvía la luz la cara sudorosa de Luciana parecía brotar de repente, borrada por el pelo que le tapaba los ojos. Había empezado a desnudarse, claro, se desnudaba cada vez que podía. Estaba de espaldas, haciendo de Rita Hayworth en Gilda, hasta que, bruscamente, hubo una confusión de voces y de ruidos y Patricio y Luciana cruzaron la puerta, iluminados. Él la llevaba del brazo, casi en el aire, arrastrándola, mientras ella se tiraba el pelo para atrás con gestos duros, y la música seguía sonando y todos se miraban, las caras brillosas, como disculpándose, en silencio.

Se quedaron inmóviles un momento y después empezaron a moverse, turbados. Las voces fueron creciendo de a poco.

Siguieron bailando un rato más, desganados porque la cosa estaba lista y era inútil alargarla, mientras un mozo empezaba a juntar las botellas y todos se desbandaban en grupos furtivos hasta que quedaron tres o cuatro parejas, bailando solas en el medio de la pieza vacía.

Yo me quedé hasta lo último pero no vi a Luciana. Así que terminé la ginebra y bajé solo, despacio, siguiendo a los rezagados que cruzaban el jardín desaliñados y ojerosos.

La tormenta se olfateaba en el aire y la niebla casi no dejaba filtrar la luz blanquecina del amanecer.

Me paré a prender un cigarrillo; las luces de la casa se iban apagando de a una. Cuando seguí caminando hacia la verja, mientras empezaba la lluvia, alguien me agarró la mano.

–Esperá, pichón, no te apurés –dijo Luciana, y parecía otra, más indefensa o algo así, se había lavado la cara, supongo, porque tenía la piel cenicienta y desnuda, los ojos como dos llagas en medio de la cara.

Caminamos despacio hasta el alero y ya el agua rebotaba ruidosamente contra las chapas.

No me puedo acordar de lo que hablamos. Lo que sé es que yo no le daba importancia y que en ese momento no tenía importancia; era una de esas conversaciones entrecortadas, balbuceantes, que vienen al final de la noche, mientras aclara y uno siente el cuerpo lleno de algodón o de estopa y los ojos lastimados por la luz lechosa del amanecer.

Casi no puedo recordar otra cosa que la lluvia en el techo y la voz de Luciana mezclada con el ruido del agua. Yo sentía la cabeza vacía y lo único que esperaba era ver pasar un taxi, subirla, ir a casa, y meterme con ella en la cama. Pero no pasaba un taxi ni por broma y Luciana se paseaba de un lado a otro. Yo la tenía del codo pero ella se movía, en ese espacio insignificante, con el pelo borrándole los ojos, la cara grisácea,

se movía, parecida a una mano que se moviera con cautela, tanteando para levantar del piso un montón de vidrios quebrados.

Hasta que de repente me rozó apenas la cara con los labios y entró en la lluvia.

Caminaba tan despacio, toda torcida, flotando en esa bruma gris, que yo pensé que iba a volver. Absurdamente pensé que se había alejado, pero que iba a volver; y la miré irse, y cuando iba a salir a buscarla se detuvo, se agachó tanteando el piso y después saltó en un pie con el brazo extendido y yo le grité que volviera y quizá no me oyó por la lluvia o ya no le importaba porque siguió caminando descalza, con los zapatos en la mano, achicándose cada vez más hasta ser un punto de color ocre en medio de la calle.

Y yo me quedé ahí, sin pensar en nada, esperando que aflojara la lluvia para volver, caminando sin apuro, esquivando los charcos, mientras el sol se diluía entre las nubes, y los negocios empezaban a abrirse y Luciana andaba por algún lugar de esa llovizna, mirando ella también la cara torva de los que madrugaban asombrados de ver a esa muchacha, empapada y descalza, con el pelo pegado a la cara, escondiendo los ojos para no sentir la luz filosa del amanecer entrando por los ventanales de su pieza, subiéndose a una silla para cegarlos, cobijarse en la tierna oscuridad de la noche, olvidar afuera el día que se viene de a poco mientras ella deja que el vestido le resbale por el cuerpo mojado, desnuda cuando la encontraron, las ventanas clausuradas, la pieza oscura y Luciana con el brazo tapándole los ojos como quien trata de borrar el sol, boca arriba en la arena y cerca del mar, a mediodía.

DESAGRAVIO

a José Sazbón

Mientras los aviones pasaban en formación y vuelo rasante hacia el río, Fabricio recordó haber leído, hacía un momento, en la pizarra de La Prensa, «Hoy, 16 de junio, desagravio a la bandera». Lo asombró la coincidencia. El día de la reconciliación con su mujer se producía ese tumulto en la Plaza de Mayo.

Elisa lo había abandonado hacía dos meses, pero Fabricio estaba dispuesto a perdonar. Solo esperaba de ella un gesto de ternura y de arrepentimiento. Él también podía llamar desagravio a lo que estaba por suceder.

El cielo blanco, con los aviones al fondo, brillaba como una tela mojada. Grupos de manifestantes llegaban en camiones por las calles laterales. No había carteles, no había consignas, solo la gente que se amontonaba. Igual que ovejas, pensó Fabricio. Negras. Una manifestación de ovejas negras.

No le importaba la política, las desgracias eran siempre privadas. Si la política es el arte de lo posible, solía decir, entonces toda vida es política. Repitió esa frase, porque le daba cierto sentido personal a los sucesos de los últimos tiempos.

Una bandera argentina había aparecido quemada en el atrio de la catedral. El presidente Perón acusaba a los activistas de la Acción Católica. Había rumores múltiples de inquietud militar, la Marina estaba en estado de alerta y esos aviones Gloster Meteors podían ser de la Marina.

Fabricio tenía sus convicciones y sus propias hipótesis. Las cosas parecían graves, pero no eran graves, solo eran inconexas. Todos exhibían un horror deliberado y se esmeraban por parecer más escandalizados que los demás, como si prender

fuego a un trapo celeste y blanco fuera una catástrofe de consecuencias incalculables.

Veía todo eso extrañamente ligado a su vida. La misma lógica insensata y destructiva que llenaba las calles había llevado a su mujer a abandonarlo.

Esperaba encontrarla en el bar de la Recova, en los bajos del edificio del conservatorio donde ella daba clases de violín.

Lo que más extrañaba era el sonido del violín de Elisa. Formaba parte de su vida en común. Ella se levantaba temprano y antes de ir al conservatorio practicaba sus lecciones. La música llegaba como una bendición desde el fondo de la casa. Ahora, cuando Fabricio abría el negocio de óptica que había heredado de su padre, el silencio le parecía tan desolado y vacío como su propia vida.

A medida que avanzaba por la Avenida de Mayo veía crecer la multitud. Unos hombres abrigados con bufandas pero con el pecho desnudo bajaban una lata de querosén de un camión estacionado cerca del edificio del Cabildo. Era una especie de tambor redondo y estaba vacío y un hombre alto de pelo colorado con cara de ratón se lo ató a la cintura con una correa y empezó a golpearlo y a gritar consignas contra los curas y los vendepatrias. Usaba un guante de lana en la mano derecha y golpeaba la lata con un caño de plomo.

Fabricio cruzó entre ellos, con cara de simpatía, como si también él fuera un peronista que iba a la plaza a gritar idioteces y a golpear latas vacías.

No iban a amedrentarlo. Se sentía protegido. Desde hacía meses andaba armado. Llevaba un revólver en la cintura, calzado en el cinto. Había conseguido el permiso de un juez que era cliente de la óptica.

Muchas veces había imaginado que un hombre decidido y desesperado –un suicida, un amante abandonado– podía ser

capaz de hacer lo que otros no podían hacer. Por ejemplo matar a Perón. Si alguien piensa matarse, entonces puede hacer lo que quiera. Esa idea lo tranquilizaba.

A veces, en las noches de insomnio que sucedieron a la decisión de Elisa, se veía esperando a Perón en un zaguán. Había visto el dibujo de un atentado contra el zar en una vieja revista uruguaya. Se veía un carruaje y un hombre parado en medio de la calle con el brazo izquierdo extendido y un arma gatillada en la mano. La imagen volvía, como un recuerdo personal. Perón bajaba sonriendo de un auto y Fabricio levantaba el brazo y lo mataba de un tiro. Veía el horror en los ojos de Perón, atrás de su sonrisa simpática. No podía sacarse esa idea de la cabeza. La sangre, la muchedumbre, los gritos.

Estaba ya frente a la Plaza de Mayo. Cada vez más gente se amontonaba confusamente en las calles laterales, donde los que bajaban de los camiones se habían reunido y empezaban a gritar. Era igual a todos los días pero a la vez era distinto y era extraño, como en un sueño. Los trolebuses y los autos circulaban por las avenidas, los negocios estaban abiertos, los transeúntes cruzaban indiferentes entre los manifestantes enardecidos.

Primero la queman y después le hacen desagravios, pensó Fabricio, y buscó los aviones en el aire helado.

Tenía que llegar al Bajo, a Paseo Colón. Elisa salía del conservatorio todos los días a la misma hora y se sentaba en el barcito de la Recova a tomar un café con leche. La había vigilado semanas enteras. La conocía bien.

¿La conocía bien? Lo había dejado, de un día para otro, sin explicarle la razón, sin pedirle nada. Le dijo que había decidido vivir cada día de su vida como si fuera el último. Qué quería decir eso, Fabricio no lo entendía. Solo entendía que había chocado contra una plancha de metal desde la tarde en la que

volvió a su casa y encontró a su mujer vestida para salir. Ya tenía la valija preparada.

Los celos lo estaban volviendo loco. La veía con otros hombres, oía voces, estaba alucinado. El esfuerzo de apartar a esa mujer de su mente lo había reducido a un estado mental imposible de describir.

Desagravio, le gustaba esa palabra. Pero Elisa no sabía que ese era el día elegido. No sabía que él iba a buscarla para llevarla de vuelta a casa. Había preparado todo con tanto cuidado que no podía volver atrás ni cambiar el plan y se imaginaba los hechos con precisión, la cena con champagne, el dormitorio, la noche cuyo final era el perdón.

No había buscado un día especial. Sencillamente había decidido que ese era el día y se había encontrado con ese tumulto en la plaza. Solo temía que su mujer cambiara los hábitos ante la posibilidad de disturbios. Pero la vio salir del café de la Recova, como había imaginado que la vería, bella y elegante con el traje sastre que él le había ayudado a elegir.

Elisa estaba en la esquina. Parecía querer cruzar, alejarse de la plaza, tomar el subte. Llevaba el pelo rubio, recogido con sencillez, y se movía con elegancia y sensualidad. Fabricio se preguntó por qué se sentía tan agitado al verla, no podía respirar, le latía el corazón. Lo deprimía que la simple proximidad de Elisa destruyera de tal modo su valor. No era valor lo que precisaba, sino habilidad para convencerla.

En ese momento los aviones se acercaron otra vez a la plaza desde el fondo del río. La multitud se movió nerviosamente cuando los aviones cruzaron a media altura y giraron para acercarse desde el fondo. Hubo gritos. Corridas.

Fabricio comprendió que el azar estaba de su lado. Iba a decirle que pasaba por ahí, solo quería llevársela con él, alejarla del peligro.

Cruzó entre la gente y caminó rápidamente hacia ella. Elisa parecía mirarlo pero no lo vio, atenta a los extraños movimientos de los aviones que sobrevolaban la plaza mientras la multitud se movía en círculos.

Fabricio ya estaba junto a ella. Era más bajo, macizo y parecía feliz. Elisa tuvo un gesto de sorpresa y de contrariedad. Se dio vuelta para escapar. Él la tomó del brazo.

–Soltame, ¿qué hacés? –dijo ella.

–Te vine a buscar.

–Pero no ves el lío que hay.

–Por eso, quiero que vengas conmigo.

–Estás loco. Yo con vos no quiero saber nada.

–No mientas –dijo Fabricio–. Todo va a ser igual que antes. Yo ya te perdoné.

Ella lo miró con una sonrisa rara.

–Pero qué decís, sonsito. Ni muerta vuelvo con vos.

La vulgaridad lo sorprendió. Le habló como si él fuera un chico.

Después ella se movió para irse. Fabricio la sostuvo fuerte del brazo, por encima del codo. Sentía la tela áspera del traje de tweed. Y entonces, en ese momento, los aviones empezaron a bombardear la plaza. Caían en picada y volvían a levantar y caían otra vez hacia la ciudad, rozando la Casa de Gobierno, ametrallando las calles.

Una explosión extraña, sorda, se oyó en el borde de la Recova y el trole se quebró al recibir la bomba. La gente caía una sobre otra; se los veía por la ventanilla moverse y agitarse, lejanos, como suspendidos en el aire sucio. Los asientos vacíos arrancados. Una mujer abría y cerraba los brazos, gritaba, en silencio, del otro lado del vidrio.

Todo sucedió en un instante. Elisa retrocedió, Fabricio no la soltó. La gente corría, el ruido era intermitente. Estaban sobre

Paseo Colón, a resguardo. La arrastró hacia la Recova. El humo y los escombros ensombrecían el cielo. De golpe empezaron a sonar las sirenas de alarma. Recién en ese momento Fabricio supo lo que había venido a hacer.

–Tranquila –dijo, y sacó el arma.

Ella lo miró, sorprendida.

–No –dijo. Y se santiguó.

Se oyó un ruido seco, como el de una rama que se parte. El estruendo se perdió en los sonidos de la ciudad en llamas.

Había humo en las calles, escombros, autos incendiados. Elisa estaba tirada sobre la vereda. Tenía los ojos abiertos y en los ojos persistía una expresión de asombro y de ironía. Fabricio la empujó con el pie y se guardó el revólver en la cintura.

–El subte no debe funcionar –dijo–. Voy a tener que caminar.

Era un hombre de cara angulosa y pelo encanecido que se alejaba hacia el sur de la ciudad, murmurando y haciendo gestos, entre los cadáveres y las ruinas.

EL NADADOR

Me dicen el Polaco porque tengo los ojos azules y el pelo rubio, casi blanco; duermo en cualquier lado y vivo de lo que encuentro en el mar. Llego a la playa muy temprano y busco una zona tranquila, entre los médanos, del otro lado del espigón largo, al costado del puerto. Desde aquí vigilo toda la costa y puedo ver el barco hundido en la salida de la bahía. Está a unos tres kilómetros mar adentro, cerca de las últimas rompientes, escorado sobre un banco de arena. Cuando el viento viene del sur uno cree oír el leve crujido de las jarcias, el sonido oxidado de los hierros sacudidos por las mareas. No hay nada más misterioso que los restos de un barco hundido que se recorta en el horizonte, como una aparición.

Dicen que hay un sortilegio en el barco y quien llega hasta él descubre algo que no puede olvidar. Parece imposible pensar en eso bajo el sol y la claridad de esta mañana de primavera en la que el aire es transparente y tranquilo.

Todo está en suspenso y estoy a la espera. Primero vinieron los buzos, después van a venir los turistas y no va a quedar nada. Si alcanzo a llegar, quizá todavía encuentre algo.

A veces pienso que el barco está ahí desde tiempos remotos, que se ha hundido hace trescientos años y entonces me imagino a los antiguos pobladores que lo vieron luchar contra las olas y naufragar. Veo la soledad de la llanura que termina en el mar y alguien que se acerca de a caballo hasta la orilla y mira impasible la inmensidad del océano. Un indio pampa quizá, esmirriado, cetrino, parado sobre el lomo del caballo, que respira, como yo, el viento salado que viene del sur.

A lo lejos hay gaviotas que giran leves en el aire; hay un abismo abajo, que persiste desde antes de que la tierra existiera. Tenemos el recuerdo de esa inmensidad y por eso

somos felices en el mar y desdichados en la tierra. Al entrar en el océano perdemos el lenguaje. Solo el cuerpo existe, el ritmo de las brazadas y el resplandor del día en la superficie del agua. Al nadar no pensamos en nada, salvo en la luminosidad del sol contra la transparencia del agua.

El mar es peligroso y profundo aquí, pero no es traicionero. Hay que conocer el movimiento subterráneo de las mareas y evitar las corrientes heladas que arrastran mar adentro. Hoy parece tranquilo pero la corriente, oscura y pesada, se distingue en la claridad del agua, como si fuera un animal sumergido. Eso quiere decir que las mareas están bajas y que podré nadar esquivando los bordes fríos de la correntada y cruzar la última rompiente hasta llegar al mar calmo.

Me detengo al borde del agua; el sol está en lo alto ya y no hay sombras sobre la arena. Sin embargo, al fondo, lejos, se ve que está lloviendo sobre los restos del barco hundido. Parece que una niebla húmeda cubriera los bordes desolados de la cubierta. El barco, bajo la lluvia, parece un barco fantasma y yo entro en el mar y empiezo a nadar, decidido, hacia el centro de la tormenta. Las olas son lentas y se forman a lo lejos subiendo y subiendo hasta que rompen con violencia. Enfrento la primera rompiente, a unos cincuenta metros de la costa. Me hundo unos metros y nado bajo el agua, tranquilo en la quietud transparente, y siento las olas arriba que rompen con fuerza y me sacuden como si alguien me empujara en la espalda.

Salgo al mar abierto en cuanto dejo la protección de la escollera. La canaleta está a mi izquierda y voy bordeando su oscuridad sombría y, por momentos, cuando me acerco demasiado, siento la profundidad helada del agua. Me alejo hacia la izquierda, nadando casi en diagonal. Avanzo tranquilo, con ritmo, la cabeza en blanco.

Enfrento la segunda rompiente y las olas me empujan hacia la canaleta que reaparece al final de la línea de espuma. La corriente me arrastra mar adentro pero logro flotar sin hacer esfuerzos y sin tratar de oponerme a la marea que me arrastra con suavidad. El mar ha cambiado de color y está oscuro y templado y tira hacia el horizonte en una línea paralela a la costa. De a poco logro alejarme de la correntada, nadando de a ratos, bordeándola, hasta que vuelvo a sentir el agua cada vez más transparente y tranquila.

Estoy lejos de todo, a unos dos kilómetros mar adentro. Ya no se ve la ciudad, el brillo de los edificios altos se confunde con el resplandor del sol en la superficie del agua. Hay una luz limpia y clara, pero más lejos, frente a mí, el mar cambia de color, el cielo está oscuro y cae la lluvia, como una tela gris. Allí en medio de la tormenta, hundido en la niebla, se ve el barco que se agita y cruje movido por la marea.

Toda la popa está bajo el agua, pero la mitad de la cubierta sobresale de la superficie. Desde abajo se lo ve imponente y quieto, como un edificio encallado. Las gaviotas chillan y revolotean sobre las chimeneas pintadas de rojo.

Nado hacia la parte de atrás y subo por la cadena del ancla hasta trepar a la quilla y logro hacer pie en la cubierta. El barco está levemente empinado pero puedo andar hacia la proa. Primero el agua me tapa los pies, pero al final la cubierta está seca, con los excrementos blancos de las gaviotas diseminados sobre las chapas.

Estoy solo en esta inmensidad callada, de pie frente al horizonte, el agua hace un ruido mínimo al sacudirse contra la obra muerta. Me siento un náufrago en una isla en medio del océano. Agito la mano pero, desde luego, nadie me ve. La tormenta está ahora sobre la ciudad y desde aquí se ve una masa oscura con la lluvia como una luz líquida. Aquí en cambio

hay pleno sol y el cielo está limpio. La quietud es total. Tardo en darme cuenta de que el barco se mueve apenas.

En un costado hay una escotilla abierta, con una escalera de fierro que baja hacia la sala de máquinas y la bodega. El agua llega hasta el segundo escalón. Empiezo a bajar y me hundo, al principio mantengo la cabeza fuera del agua pero al fin me zambullo y me sumerjo en la profundidad del barco.

Buceo por un pasillo estrecho. A los costados se abren puertas que dan a los camarotes. Todo está arrasado y el agua vuelve los objetos y los muebles distantes e irreales. Una mesa flota cerca de la ventana. Me sumerjo otra vez y cruzo una de las puertas y entro en un cuarto cubierto de agua. Hay ruidos extraños, como voces o murmullos perdidos.

Me falta el aire y vuelvo hacia la escalera y trato de recuperar la respiración. Después vuelvo a zambullirme y cruzo otra vez el pasillo para entrar en el camarote central. En el piso hay objetos de metal, son tuercas y hebillas y restos de botellas rotas. Trato de abrir cajones y armarios pero es imposible porque la presión me impide moverlos. Cuando vuelvo a salir a la superficie veo que estoy sangrando por la nariz. Puedo respirar porque el agua no alcanza a cubrir todo el cuarto y hay como una capa de aire. Me mantengo de espaldas, con el techo cerca y respiro tranquilo. Hay una luz en la esquina, al costado, una bombita encendida. Tengo miedo de que haya algún cable en cortocircuito y que el agua esté electrizada. ¿Habrá un generador?, ¿un dínamo? Alucino. Pero me calmo enseguida y vuelvo a hundirme en el camarote inundado.

Atrás de una puerta abierta, en un costado, cerca del pasillo que da a la bodega, veo una sombra y me acerco despacio. Toco y no entiendo, parece un cuerpo muerto. Después que me acerco veo que es una tela, parece una bolsa o quizá una

bandera. Me falta el aire y vuelvo arriba pero tardo en encontrar la claridad que me guíe y durante un momento me asalta el pánico de quedar encerrado. Por fin logro subir y cuando me paro en la escalera veo que otra vez me sangra la nariz. Me lavo y vuelvo a respirar tranquilo. Me zambullo y nado directo hacia la puerta y luego de luchar un rato consigo que la tela se suelte.

Arriba me doy cuenta de que es una campera de tela encerada. El sol está a mi derecha, de modo que deben ser cerca de las cuatro. Me tiro a descansar en un costado de la cubierta y creo que me adormezco un rato. Después reviso la campera que está mojada y grasienta. Le falta una manga pero igual logro ponérmela. Se me pega al cuerpo, parece una piel de víbora. Tiene un bolsillo con un cierre relámpago. Encuentro un pañuelo y un mapa de Bahía Blanca que se rompe no bien lo abro. Al principio creo que no hay nada más, pero en el forro, abajo, descubro un objeto, chato, metálico, tal vez una llave rota, una piedra. Cuando al final logro sacarlo, veo que es una moneda. La tengo en la palma de la mano. Parece de plata, es griega. No sé cuánto vale, tiene una fecha que no puedo descifrar. La miro brillar al sol. Por cuántas manos habrá pasado antes de que el marinero se la guardara en el bolsillo, en Atenas o en Tebas, y luego se hundiera con ella. Una moneda griega. Puede ser que me traiga suerte. Necesito un poco de suerte. No me vendría mal.

EL PIANISTA

Hay distintas maneras de contar esta historia –dijo el pianista– porque no es cierto que una imagen valga más que mil palabras. Si el juez hubiera escuchado a la chica en vez de verla, todo se habría aclarado. No el crimen, si es que hubo un crimen, pero al menos la verdad.

Se tiró un poco atrás en el banquito en el que se sentaba frente al piano y empezó a tocar desde abajo, lejos del teclado, como si los brazos no estuvieran en su cuerpo y tocara ladeado, agitándose, mientras se largaba a improvisar, a la manera de Erroll Garner, sobre el standard de «I Found a Million Dollar Baby (in a Five and Ten Cent Store)».

–Al menos la verdad... –repitió, y se inclinó a buscar al mono que se movía, nervioso, de costado, en el piso, agitando la cola, pero no alcanzó a agarrarlo porque el mono se escapó hacia un rincón y se escondió bajo las patas de una mesa en el fondo del salón vacío.

Porque tenía un mono, el pianista, un monito de cara blanca, despierto, rápido, y lo llamaba Thelonius, aunque el mono, para decir las cosas como son, jamás le hacía caso y solo lo miraba, a veces, cuando el pianista le decía, al mono, Villegas.

El pianista tocaba todas las noches para tres o cuatro contrabandistas y dos o tres dealers de droga y algunas chicas de vida fácil y varios viajantes de comercio, en el cabaret Mogambo, ahí, en ese pueblito perdido de la frontera con Brasil, en la provincia de Misiones, en medio de la selva, al final de un camino de asfalto que todos, en el lugar, decían que era la ruta Panamericana y que si uno la seguía hacia el norte, subiendo y subiendo sin perder la línea blanca del macadam, al final llegaba a Alaska.

–Y dicen Alaska –dijo el pianista– porque Alaska es el paraíso para un pueblo como este donde siempre hace más de cuarenta grados a la sombra. Oh, la blancura de Alaska –recitó, irónico–, pienso en los grandes icebergs que flotan en el mar helado cada vez que alguien hace tintinear el hielo en un vaso de whisky.

Después repitió que él conocía la historia de la chica y el juez mejor que nadie porque se pasaba las noches escuchando aventuras y delirios y sueños de todos los desesperados que venían a morir a la frontera. Tocaba a partir de las ocho y hacía varias entradas hasta que empezaba a clarear y siempre alguno le contaba algún cuento extraordinario. El pianista pensaba que las piezas que tocaba en el piano y las historias que escuchaba en el cabaret formaban una sola melodía. Como si él las acompañara en el piano, como si la vida no pudiera ser contada sin música de fondo.

–Para empezar, la chica estuvo varios días en el pueblo (y vino a verme) antes del accidente. Si después quiso escapar ella sabrá por qué. La selva transforma a la gente y la enloquece, pero ella era más loca antes de llegar que después de haberse ido. Loca es un decir. Nunca se vio una mujer así por estos territorios. Bella como un ángel y distinguida como una princesa polaca. Clide Calveyra. Se sentaba ahí donde está usted a escucharme tocar y siempre me pedía «The Lady Is a Tramp» y yo se lo tocaba como si fuera Bill Evans y ella, si había bebido suficiente ginebra, cantaba en voz baja algunas estrofas, solo para mí, imitando el estilo sosegado de Maria Bethania.

Algunos dicen que la chica usó a Toninho como anzuelo para pescar a Míster Morrison pero si uno ha visto, una vez, los ojitos de gato de Morrison se dará cuenta de que eso es imposible. Un seductor, una especie de bebé gordo y malvado.

Dicen que ella lo mató por la plata, que fingió un accidente para sacarse de encima a Toninho, que ahora sus abogados litigan con la familia Morrison mientras Clide está descansando en un convento de monjas en Paraguay. Falso, si le alcanza con cruzar las piernas para conseguir lo que quiere. Y además falso porque ella nunca tuvo familia y por lo que se sabe terminó apelando, para protegerse, a un abogado muerto de hambre, un defensor de pobres y ausentes, un borracho desahuciado que tiene su estudio en el fondo del mundo, en un pueblo que se llama San Bartolomé.

A Charlie «Toninho» Samoná lo habíamos visto antes aquí, en la frontera, porque vive de la selva. Fue el único sobreviviente en un accidente de aviación hace un par de años y pasó un mes perdido en el monte y caminó más de una semana antes de llegar a Manaos. Se gana la vida contándole esa historia a las viudas ricas y haciendo excursiones por el río hasta el fin del Amazonas.

Parece que Toninho conoció a Míster Morrison y a la muchacha en un hotel de Buenos Aires y los entusiasmó para subir al monte. Thomas Morrison III es heredero de herederos y la fortuna de su familia cotiza en la bolsa de Tokio.

Encontraron el Land Rover de Toninho en un barranco, cincuenta kilómetros al norte de aquí, con el cadáver de los dos hombres y ningún rastro de la mujer. En el baúl había dos cintas de Super-8. Morrison los había filmado continuamente, a Clide y a Toninho, sobre todo a Clide, como si para eso hubiera hecho el viaje.

Para eso y para morir en un descampado. En la última imagen se lo ve sentado en un tronco, en el claro del bosque, con anteojos negros y desnudo, una pistola 7,65 en la mano mientras que al fondo se adivina la silueta huidiza de Toninho que extiende la mano hacia la chica que escapa. Seguro

Morrison apuntaló la cámara en un árbol y se filmó a sí mismo y la imagen captó el momento en que Toninho le dice a la chica que huya o quiere retenerla pero todo es confuso porque los dos están ya fuera de foco.

Esa imagen final y las imágenes de la última semana casi se pierden porque un campesino se robó la cámara la tarde del accidente; encontró la camioneta con los muertos y la cámara tirada en un costado y se la llevó para venderla. Lo descubrieron varias semanas después y el hombre estaba despavorido porque temía que lo acusaran del crimen.

Era un mestizo japonés, que tenía un cultivo de yuca en las afueras del San Cristóbal. No había visto nada, no sabía nada, solo dijo que los monos y los loros esa noche habían chillado hasta el alba y que él salió a ver qué pasaba y encontró el Land Rover volcado y restos de un campamento en el claro del bosque.

La cámara estaba intacta, cargada con los últimos metros de película. Claro que cuando se pudo ver lo que Morrison había filmado antes de morir ya todos en el pueblo teníamos una versión y nadie necesitaba otras pruebas ni creía en las imágenes.

Nadie, claro, salvo el juez. Pero el juez era un empecinado, un hombre abstracto, lo que yo llamo un hombre abstracto, que vive de acuerdo con sus principios y solo hace juicios críticos a priori, un kantiano, un discípulo de Kelsen, cuya concepción básica, su razón suficiente, diría, era que solo hay que creer en lo que se ve y solo en eso. Tenía ojos claros, de ese celeste desganado que los ingleses llaman gris, y porque era hijo de ingleses se sentía obligado a ser irónico, distante, indirecto, con un humor tan fino que uno tardaba una semana en darse cuenta de dónde estaba la gracia del asunto cada vez que el juez decía algo divertido.

Era un hombre detallista, muy cuidadoso, me acuerdo que llevaba una petaca de brandy, una de esas petaquitas de metal, forradas de cuero fino, que se guardan en un bolsillo secreto del chaleco, y eso lo sé porque una vez lo vi meter los dedos finos en la sisa, como si fuera un carterista de sí mismo, el juez, y sacar la petaca limpiamente y beber un trago, en medio de la calle. La levantó apoyada contra la palma de la mano izquierda, porque era zurdo, entre el pulgar y el dedo chico, mientras con la derecha abría la tapita niquelada y le dio un golpe seco, quebrando la muñeca, y después de beber le limpió el borde con un pañuelo blanco y me convidó pero yo le dije que no tomaba en la calle y él sonrió resignado y me empezó a contar que se había hecho hacer varios chalecos con un sastre de Olivos que era el único, según el juez, que todavía recordaba la costumbre de los caballeros ingleses de llevar su petaca de brandy en el bolsillo del chaleco y seguía cortando esos chalecos con bolsillo secreto aunque el juez y el dueño de una cadena de cines de Adrogué y el embajador de la India en Buenos Aires eran los últimos clientes que le quedaban al sastre, claro que, por supuesto, agregó el juez, hacerse el chaleco quería decir también hacerse el traje, así que el sastre podía sobrevivir, en su casa de Olivos, donde tenía el taller y vivía solo, entre casimires y centímetros de hule amarillo y sacos con las entretelas dibujadas con grandes tizas triangulares exhibidos sobre blancos maniquíes de madera sin cabeza.

Me dio toda esa explicación porque pensó que yo me había sorprendido, no por verlo tomar un trago en la calle y en esas circunstancias, sino por la costumbre insólita de usar chaleco en verano, en el norte de Misiones, como si me dijera que usaba el chaleco y las camisas blancas y el traje oscuro solo para llevar la petaca de brandy con él donde fuera que iba. No era un alcohólico ni nada parecido, sobre todo comparado con

la gente de por aquí, que toma alcohol marca Acevedo que compra en la farmacia y lo mezcla con cáscaras de naranja para perder la cabeza al primer sorbo, nada de eso, el juez usaba la petaquita cuando estaba desesperado o muy nervioso porque en realidad su costumbre, enseguida, fue venir aquí a tomarse su vaso de whisky al caer la tarde, a la vista de todos, cuando había terminado el trabajo del día, en el juzgado que había improvisado en el hotel.

Era un hombre decente que llegó a este lugar, en el fin del mundo, y se largó a buscar la verdad como quien rastrea, en la selva, un caballo perdido.

Trabajaba en Posadas pero era de Rosario y había vivido en Londres y le asignaron este caso porque sabía hablar inglés. Lo vimos llegar una noche a la estación y bajar del tren con una valija y un perramus y mirar el pueblo como quien acaba de desembarcar en el infierno. Y era ahí donde había desembarcado, claro; pero él lo confirmó solo al final.

Tenía una pieza reservada en el hotel de la plaza y enseguida quiso ver las filmaciones. Pasó tres días encerrado en el cuarto del hotel con las imágenes titilando contra un lienzo colgado en la pared, sentado en la penumbra bajo el ventilador de paleta, atrás del proyector, fumando y tomando notas, haciendo planos, mapas, certificando datos, rostros, recuerdos. Después instaló la oficina del juzgado y abrió el sumario y empezó a llamar a los testigos. Gente de la zona, campesinos, pescadores, que habían visto pasar a Morrison, a Clide y a Toninho, acampar, seguir, meterse cada vez más adentro en la selva. Los relatos confirmaban, desmentían, completaban lo que se veía en las imágenes filmadas.

La historia se iba construyendo en fragmentos, una historia densa, cada vez más perversa. Habían viajado hacia el norte, paralelos al curso del río, pescando y cazando y fotografiando a

los pájaros o grabando el chillido de los monos como si ese hubiera sido el sentido de la aventura. A partir de ese itinerario podían tejerse varias tramas igualmente verdaderas e igualmente siniestras.

En una, por ejemplo, Morrison usaba a Clide y a Toninho para su placer personal; en otra Toninho engañaba a Morrison; en otra se enfrentaban los dos aplastados por el tedio y el horror de estar lejos de todo, perdidos en el monte. Lo cierto es que de pronto habían tomado la decisión inesperada de regresar y se volvían y tenían el accidente en el barranco del norte. En esa trama contradictoria solo la figura de la muchacha se destacaba, nítida, siempre igual a sí misma. Como si solo la mujer hubiera existido realmente, y todo el resto, incluso los muertos, fueran ficciones, conjeturas. En ese juego de imágenes y de falsas realidades quedó capturado el juez.

Todas sus convicciones se derrumbaron cuando el campesino entregó la cámara y pudo ver la cinta que faltaba. Esas imágenes lo alucinaron, se quedó fijo ahí, fascinado por la chica y por su historia. Primero buscaba pruebas, pero después solo buscaba a la muchacha. Detenía la imagen sobre la imagen desnuda de Clide, sobre la cama donde Toninho y ella se deleitaban en la depravación, sobre la chica besando a Morrison, sobre la chica caminando sola por un claro del bosque o durmiendo en el catre, bajo el mosquitero, junto al fuego, en medio de la noche.

Pasaba cada vez más tiempo en su cuarto, detenido en el cuerpo bellísimo de Clide reproducido en la pantalla, y tomaba cerveza, porque empezó a pedir cerveza, y esa fue la primera señal de que ya se había hundido. Se sentaba en el sillón de caña en medio del cuarto, a mirar las imágenes. A veces salía al balcón, enfrente estaba el monte, atrás la luz celeste del proyector con la figura inolvidable de la muchacha.

La gente es rara, cambia de golpe, basta una ilusión y la vida se da vuelta. Empezó a tomar cerveza brasileña y a quedarse horas quieto frente a la imagen de la chica, buscando algo que se le había perdido. Y esos fueron los primeros signos de que el juez había cambiado. Tomaba cerveza en su cuarto, whisky en el cabaret y brandy en la calle. Esa sería para mí, dijo el pianista, la forma más rápida de describir su evolución.

Me acuerdo la primera vez que entró aquí. El local estaba vacío, yo tocaba «How Deep Is the Ocean» de Irving Berlin según la versión de Oscar Peterson y el juez se paró frente a la barra y pidió un whisky. La luz entraba por la claraboya y todo estaba quieto y tranquilo. De pronto Thelonius se trepó a la barra, corrió por el estaño, se detuvo frente al juez y metió los deditos en su vaso de whisky, eso duró un instante que pareció eterno, porque enseguida el mono se escapó hacia el costado y se empezó a chupar los dedos, sentado sobre el mostrador, levantando y bajando la carita, con una expresión de asombro y de tristeza en sus ojos enormes.

–Oiga –dijo el juez, y me miró, ahora con el vaso en la mano–, el mono se lavó los dedos en mi vaso de whisky.

–The monkey washed his fingers in my glass of whiskey –dije yo–. Por el título no lo conozco, pero si me lo tararea seguro lo saco.

Entonces, luego de un segundo de vacilación, el juez se largó a reír; fue una risa rara, lejana, como si se hubiera reído en inglés. Después se bajó del taburete y vino hasta aquí y se sentó a la misma mesa donde se sentaba Clide para cantar «The Lady Is a Tramp».

Estaba en otro planeta, eso supo, ese día, el juez, cuando Thelonius hizo su numerito de meter sus dedos en el vaso de whisky y chupárselos, porque también el mono (como todos nosotros) necesitaba emborracharse para soportar la vida.

Estaba en otro mundo, estaba en la frontera, en el borde de la nada.

Nos entendimos enseguida, el juez y yo, por el chiste del mono, porque ninguno de los dos era de aquí, porque los dos habíamos perdido todo salvo el prestigio incierto de lo que parecíamos ser (un juez, un pianista) y porque ninguno de los dos hubiera hecho lo que el otro hacía.

Él empezó a venir para escucharme hablar de Clide, porque yo había visto de cerca a la muchacha y se me acercó para tener una visión un poco más directa de las cosas. Era obvio que estaba obsesionado con ella, no ya con lo que podía complicarla en el crimen (si es que hubo un crimen) sino con el misterio de la chica.

Nunca antes había visto de cerca a un juez –dijo el pianista–, pero entiendo que es una profesión solitaria. Difícil ser juez, pero este además de ser juez era un alucinado, un poseído. A la madrugada, si alguno de nosotros salía a caminar por las calles vacías, veía siempre, en el piso alto del hotel, al juez, fumando, en el balcón, buscando el fresco de la madrugada con la luz mortecina del proyector iluminando apenas la ventana del cuarto.

Hablaba de Clide como si fuera un recuerdo personal, como si ella lo hubiera abandonado por otro o se hubiera marchado sin darle explicaciones. Buscaba detalles, rasgos que confirmaran lo que ya sabía. Parecía enfermo, enfurecido.

No tenía otra cosa que imágenes en un lienzo blanco, pero las convirtió en lo único que había de verdaderamente real en su vida.

Lo supe claramente una noche en la que esperó hasta que cerrara el cabaret y se vino conmigo. Salimos juntos al calor húmedo que subía del monte y caminamos hasta su hotel. Esa fue la vez que lo vi tomar de la petaca en la calle y esa fue la

vez que me contó la historia del sastre de Olivos que fabricaba los chalecos con bolsillo secreto para él, para el dueño de los cines de Adrogué y para el embajador de la India en Buenos Aires.

Esa madrugada vino como a despedirse, porque había decidido, me dijo, subir a buscarla. Dijo subir y esa fue otra prueba de que había cambiado y de que ya hablaba como nosotros, como los forasteros que terminamos hundidos en la selva.

¿Sabía yo de la hacienda Las Lobas en la frontera sur? Tenía datos, ella estaba ahí, se lo había dicho el capanga de esa plantación de café del lado del Brasil. No tenía jurisdicción pero eso no lo detuvo. Contrató un chofer y se fue esa misma mañana. Salió a buscarla, se metió en la selva, solo con la imagen de la chica y la seguridad de que si alguien la había visto alguna vez no podría olvidarla.

Llegó a la hacienda dos días después. Se entrevistó con el patrón, don Cayetano Souza, que lo recibió como a un dignatario del gobierno. La muchacha había estado ahí, se sentía perseguida, decía que era víctima de una conjura, que querían culparla de un crimen. Se había quedado dos semanas y después había seguido viaje, estaba asustada, necesitaba que la defendieran. No se fue muy lejos, le dijo Souza, se fue a San Bartolomé a buscar un abogado, un tal Quiroga.

Entonces el juez siguió esa pista, anotó los datos, cruzó el río y llegó a San Bartolomé en una lancha al anochecer y se metió en los barrios altos del poblado. La casa del abogado tenía dos pisos y tardaron en abrirle. Conducido por una mucama que parecía muda cruzó varias escaleras y pasillos hasta una pieza donde un hombre deliraba de fiebre tendido en una cama cubierta con un mosquitero. Era Quiroga. Cada tanto

el hombre sacaba un brazo fuera del tul y levantaba una botella de ginebra para tomar del pico.

A las dos horas el juez pudo entender que la muchacha le había pedido protección legal, que era inocente y que él le había aconsejado que se presentara ante el juez pero ella se había ido y había cruzado otra vez la frontera y que andaba por ahí, escondida, entre Misiones y Formosa.

Eso fue todo lo que trajo del viaje. La conversación con Souza y los papeles indecisos del descargo que le había escrito ese defensor de pobres y ausentes, el Tordo Quiroga, como lo llamaban todos en San Bartolomé, un borracho perdido, enfermo de malaria, que se ganaba la vida firmando sin leer pedidos de habeas corpus para los traficantes paraguayos que se defendían de la extradición en la zona de la triple frontera.

Eso era todo, es decir no era nada, pero le alcanzó. Con esos testimonios y esos datos que cualquiera hubiera descartado, dictó sentencia. Dijo que había sido un accidente, que la chica estaba libre de culpa y cargo y mandó el escrito a Posadas y, antes de que la justicia se hubiera enterado de su dictamen, hizo sacar en los diarios de la provincia el fallo con el nombre y la foto de Clide y la declaración donde se aseguraba, una y otra vez, que la muchacha era inocente.

Después de eso se sentó a esperar. Estaba convencido de que ella iba a venir. Pero lo que llegó no fue la chica, sino una orden del tribunal federal de Santa Fe que le exigía volver de inmediato y llevar las pruebas, las cintas, los documentos, porque su fallo había sido apelado y su conducta jurídica y su ética profesional puestas en cuestión.

El juez iba a ser juzgado.

Pagó todas sus cuentas, preparó la valija, y se fue, con el perramus que nunca había usado en el brazo derecho, la petaca

de brandy en el bolsillito del chaleco y su mirada siempre clara, siempre imperturbable.

Pidió un taxi y se hizo llevar al aeropuerto de Posadas. Cuando terminó de hacer los trámites y despachó la valija, entró en el bar y pidió una cerveza.

Y entonces sucedió algo extraordinario.

Sentada a una mesa, contra la ventana, tomando un cóctel, estaba Clide. Él estaba parado en la barra, muy cerca de ella, y la miró contra el aire limpio de la tarde y no la reconoció.

La chica estaba ahí, tranquila, con su bello rostro iluminado por la luz que entraba por el ventanal, pero fue como si él nunca la hubiera visto.

¿No es maravilloso? –dijo el pianista–. Un momento perfecto, inolvidable. Estuvieron juntos, en ese bar casi vacío, igual que en un sueño.

Se miraban tranquilos, indiferentes, nítidos en la claridad de ese lugar limpio y bien iluminado.

Hasta que por fin el juez terminó la cerveza, salió, cruzó el hall y pasó a la zona de embarque.

Clide siguió en el bar, esperando su vuelo a Buenos Aires, y sin duda lo vio por la ventana caminar por la pista, con el perramus en el brazo, y subir al avión que lo llevaba de vuelta a la realidad.

Siempre lamenté no haber estado ahí para poder acompañar la escena con el piano.

Todo podía haber cambiado en un instante y todo siguió igual. La vida es rara, dijo el pianista, sonriendo apenas.

Entonces se inclinó sobre el teclado y empezó a tocar «The Lady Is a Tramp».

El mono, desde un rincón, se agitó cuando escuchó la melodía, y miró hacia la puerta de entrada con sus grandes ojos inquietos.

III

UN PEZ EN EL HIELO

1

Emilio Renzi estaba en la terraza de un bar en la plaza Carlo Felice, frente a la estación de Turín, a la mañana temprano, cuando la vio. No podía ser. Inés estaba ahí, en una mesa cercana, con el tipo de pelo blanco. Con el canalla de pelo blanco que la había traído a Europa. Llevaba el vestido azul que Emilio le había regalado y sonreía, hermosísima, en la claridad del verano.

Ella lo descubrió a su vez, incrédula y un poco irritada, como si pensara que Emilio la estaba siguiendo. Y la estaba siguiendo, claro, con la imaginación, desde la tarde en que Inés lo dejó y se fue para siempre aunque él le había dicho quedate, casémonos.

Habían pasado varios meses y ahora Emilio estaba en Italia con una beca para estudiar la obra de Pavese. Había buscado un pretexto para escapar de Buenos Aires, para dejar de pensar en ella y poder olvidarla, y sin embargo ahora la tenía enfrente, sentada bajo la sombra de las sombrillas de colores. Lo que tememos más secretamente siempre ocurre. ¿Qué hacía ella en Turín?

Como si le leyera el pensamiento, la muchacha le hizo un gesto de pregunta y después se levantó y fue para el bar, y antes de entrar en el salón se dio vuelta para mirarlo y movió la cara con una expresión de fastidio que le conocía bien.

Emilio la siguió y entró en el local. No la vio. Los baños estaban abajo, junto a los teléfonos. Había una escalera y después un pasillo que se perdía en la oscuridad. Tampoco estaba ahí. Salió del salón y volvió al calor sofocante de la calle. Todo parecía un sueño. Ni ella ni el hombre de pelo

blanco estaban en el bar. Se habían ido precipitadamente, tal vez pensaron que él podía crearles problemas. ¿Le habría dicho ella la verdad al hombre de pelo blanco? Ese que está en el costado es Emilio y me viene siguiendo desde Buenos Aires...

La mesa vacía, el dinero apoyado en un platito de metal. Dos cervezas. Ella no tomaba cerveza cuando vivía con él. Y menos a la mañana. En el piso había un boleto de tren. Ferrovia Nazionale. Roma-Torino. ¿Habían venido en tren? ¿Por qué entonces había un solo pasaje?

Sabía lo que estaba pasando pero no lograba calmarse. Creía ver conocidos por todos lados. Al llegar a Italia había visto de pronto a Roberto Rossi, un amigo de La Plata, en una calle de Roma. Era increíble que estuviera en Italia y lo fue a saludar, feliz de verlo. Rossi iba conversando animadamente con un señor mayor. Emilio se adelantó, pero no era él. Gran confusión, explicaciones, rápidas disculpas.

Dos días después, en el tren que lo trajo a Turín, vio a otro amigo que salía del vagón comedor, era Mario. Emilio se levantó sonriendo y Mario pasó por el pasillo como si él fuera invisible. Empezó a creer que teníamos un doble en el otro continente, el mundo era un espejo, y todo estaba duplicado pero fuera de lugar.

Una mujer igual a Inés con el hombre de pelo blanco era demasiada coincidencia. Los dos dobles iguales en el otro lado del mundo. No podía ser, desvariaba. Atacado por un impulso mimético, veía todo repetido, construía réplicas. Hacía días que no hablaba con nadie. Quizás era eso. O quizás tenía razón y pronto iba a encontrar a alguien que era él mismo (pelo crespo, anteojos, cara de sonámbulo) y entonces... ya sabía lo que le pasaba a los que encontraban a su doppelgänger.

Volvió a sentarse a la mesa. Buscó su cuaderno de tapas negras. Tenía que olvidar y concentrarse en su trabajo.

Enfrente estaba el Hotel Roma, en ese lugar hacía justo veinte años se había matado Cesare Pavese. Abrió el mapa del Piamonte y volvió a ubicar Santo Stefano Belbo, el pueblo estaba a unos noventa kilómetros, en la región de las Langhe. Belbo era el nombre del río que atravesaba el pueblo. Pavese había nacido ahí en 1908, se mató a los cuarenta y dos años. Emilio hizo cuentas. «Me quedan quince años..., no, quince no, dieciséis», calculó. «Muchísimo tiempo.» Empezó a tomar notas. Estaba trabajando sobre el Diario de Pavese.

Solo quien lleva un diario puede leer el diario que escriben otros. Tachó la última frase y escribió: Solo quien lleva un diario puede entender el diario que llevan otros. Leyó la frase y la tachó otra vez y al lado escribió: Solo quien escribe un diario puede entender el diario que escriben otros. Pavese había escrito uno de los mejores diarios que se había escrito nunca... porque se había matado.

No conocía ningún novelista que hubiera matado a nadie. Era raro. Un escritor de novelas que se hubiera convertido en un criminal. No había ninguno. ¿No había ninguno? El novelista como asesino. Los suicidas son asesinos tímidos.

Pensaba en el suicidio de Pavese como en un crimen que era preciso descifrar. Había pistas, indicios, testimonios múltiples. No había un criminal, solo había extraños acontecimientos que esperaban una explicación. Pagaría a un asesino mi peso en oro para que me matara en la noche, había escrito Pavese.

Miró el hotel, enfrente. Una muchacha se asomó por la ventana del tercer piso y miró indiferente hacia abajo. Era igual a Inés. ¿Era igual a Inés? Todas las mujeres eran iguales entre sí. Las mujeres son el pueblo enemigo, como el pueblo alemán. (Eso era de Pavese.) Estaba desesperado. No era la

repetición sino la réplica lo que dominaba la vida. El predestinado, el que repite. La condena a lo idéntico. Cuando vemos que hacemos siempre lo mismo desde siempre no podemos ya pensar en el pasado sin rencor.

La pérdida era lo más atroz que le podía pasar a alguien. Ser abandonado, saber que la persona que uno ama está con otro. Oh, tú, ten piedad. Verla con otro. Ese es el estado de ánimo en el que se cometen los delitos.

Había reconstruido el itinerario final de Pavese. Preparó la valija que usaba para sus viajes breves y solo se llevó con él el manuscrito del Diario y los Diálogos con Leucó, su libro preferido. Abandonó para siempre la casa de la via Lamarmora donde vivía con su hermana, se despidió con un simple saludo de Ernestina que lo había criado, bajó la escalera y se fue para tomar el tren en la Porta Nuova, pero en lugar de ir a la estación se dirigió al Albergo Roma.

Pidió una pieza con teléfono, le dieron la 23 en el segundo piso. Una habitación sencilla, con una cama y una mesa y un sillón rojo. Desde la ventana veía el bar donde ahora estaba sentado Renzi y más atrás la recova y la estación.

En el hotel, hacia las seis de la tarde, Pavese le escribió la última carta a su hermana que estaba de vacaciones en la playa de Serralunga. Era una carta triste y era un adiós.

Me he acomodado en un hotel que me cuesta muy poco y duermo perfectamente. Las camisas y los trajes me los limpian en el hotel. No es necesario que regreses el lunes 21. Yo estoy bien, como un pez en el hielo. Dentro del sobre puso cinco mil liras.

Esa misma tarde una amiga de Pavese, Bona, lo encontró por casualidad en la via Po. Estaban en plena feria de agosto, la ciudad vacía, como ahora. Con la mirada ardiente, Pavese caminaba a grandes pasos y parecía afiebrado. Bona tuvo que

seguirlo hasta el cercano café Florio. Estaba enamorado de una actriz norteamericana y ella lo había abandonado. No podía dejar de pensar en esa mujer. La veía en todos lados. Pavese le dijo que estaba en Turín de incógnito, que quería descansar, nadie tenía que saber que lo había visto. Estuvo firme y sosegado, implacable y exacto. Fueron luego a cenar a una cervecería a la orilla del Po. Charlaron con serenidad, de cosas sin importancia. De pronto, mirando el agua oscura del río, observó que no le habría gustado ahogarse. «Mejor el veneno», dijo. Se separaron hacia medianoche.

Luego, presumiblemente, Pavese había estado rondando la ciudad vacía hasta que al fin había vuelto a subir al hotel tarde en la noche. El recepcionista lo había visto entrar y Pavese le había pedido que no lo molestaran. La luz estuvo encendida toda la noche. A la madrugada del 18 de agosto, escribió la última página de su Diario.

Lo que tememos más secretamente siempre ocurre. Escribo: oh, tú, ten piedad. ¿Y luego? Basta un poco de coraje. Cuanto más determinado y preciso el dolor, más se debate el instinto de vida, y cae la idea del suicidio. Al pensar en ello, parecía fácil. Sin embargo mujeres frágiles lo han hecho. Se requiere humildad, no orgullo. Todo esto da asco.

Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más.

El Diario terminaba ahí. Todo estaba decidido.

Y sin embargo Pavese pasó una semana antes de matarse. Se suicidó recién el sábado 26 de agosto. Renzi estaba conmovido con esos días finales. Pavese solo en la ciudad vacía. Busca la fuerza para matarse. Qué hizo. Vivió todavía ocho días más, aunque para sí mismo ya era un muerto. El condenado. El muerto vivo.

Cuánto tiempo puede sobrevivir el pez en el hielo. Los ojos atentos a la blancura transparente; la inmovilidad total.

2

El tren estaba casi vacío. Renzi se sentó en un costado, junto a la ventanilla, y viajó por el Piamonte mirando el paisaje. Las Langhe de Pavese eran estas. En los poemas parecían más bellas, más exóticas. El diablo en la colina. Se parecía a Tandil, a las sierras de Tandil donde Emilio había veraneado en la niñez. Así son los paisajes de la literatura, pensó. Ruinas de la infancia. En La luna y las fogatas el protagonista volvía después de años de ausencia y recorría estos mismos pueblos. En los viejos tiempos, decíamos la colina, como quien dice el mar o la selva. No era un lugar como los otros, era una forma de la realidad, un modo de vivir.

La luz del mediodía les daba a las colinas un aire fantasmal, parecían transparentes de tan claras. Hills like white elephants. Los terrenos cultivados y las casas amarillas entre los árboles y el suave declive de los senderos y los cercos de ligustro estaban ahí desde siempre. Los viñedos eran tan antiguos como el dialecto del Piamonte.

Un hombre parado al sol en mangas de camisa y con un sombrero negro miró pasar el tren. Era su tío Nazareno. La mirada tranquila, el cigarro Avanti apagado entre los labios, los bigotes amarillos por el tabaco, la piel curtida. Claro que su tío Nazareno había muerto cuando Emilio tenía diez años. (Hacía un rato, antes de subir al tren, había visto desde lejos a Pancho Alfaro, junto a un quiosco, en el andén 12.)

Estaba tan solo que todo le parecía familiar. La desesperación amorosa como vocación de similitud. Lo que se ha perdido es único y entonces el mundo se puebla de réplicas. Lo que falta se convierte en una repetición vacía. Por eso los amantes abandonados piensan en el suicidio. El único acto

unívoco que puede terminar con la repetición. Oh, tú, ten piedad. Habría que unir la idea fija con la repetición. Pensar siempre en lo mismo es ver todo igual.

El tren repechaba lento la colina y los valles abajo se iluminaban con el aire claro del verano.

Renzi abrió su cuaderno de notas. El Diario de Pavese empezaba y terminaba con dos grandes crisis. Las mujeres eran el pretexto.

La primera, en 1936. Eran los años del fascismo, en Turín las redadas de opositores a Mussolini se multiplicaban. Pavese estaba comprometido con la muchacha de la voz ronca (la donna dalla voce rauca de los poemas), Tina, una militante comunista; ya había sido arrestada y condenada años antes y estaba siendo vigilada. Entonces le pidió a Pavese que diera su dirección para recibir correspondencia clandestina. Pavese aceptó de inmediato. Fue descubierto, su casa allanada, las cartas lo comprometieron, pero desde luego Pavese se hizo cargo de todo y jamás nombró a la mujer. Fue encarcelado, sometido a proceso y luego confinado en Brancaleone, en Calabria. Allí empezó a escribir el Diario. Pasó tres años aislado sin poder comunicarse con Tina para no comprometerla. De ella no pudo tener nunca noticias directas. Solo supo que estaba a salvo y eso lo tranquilizaba. Por fin la condena de Pavese fue conmutada y pudo regresar a Turín. Cuando llegó se enteró de que Tina –un mes atrás– se había casado con otro. Cuando un hombre se encuentra en mi estado no le queda sino hacer examen de conciencia. Ahora que he llegado a la plena abyección, ¿en qué pienso? Pienso qué hermoso sería que esta abyección fuera también material, que tuviese por ejemplo los zapatos rotos. Escribo Tina, ten piedad, ¿y luego?

El tren avanzaba entre los montes. Le interesaba estudiar los modos en que el lenguaje era llevado al límite en las dos grandes crisis de la vida de Pavese. Las notas del Diario entre noviembre de 1937 y marzo de 1938, y luego las notas de la primavera y el verano de 1950. Estilísticamente la respuesta era la misma. Estar afuera de la vida. No dejar nada. (Solo un Diario.) Pero estar fuera de la vida era estar muerto.

«En el fondo tú escribes para estar como muerto, para hablar desde afuera del tiempo, para convertirte para todos en un recuerdo.» In fondo, tu scrivi per essere come morto. Estar afuera de la vida. Kafka pensaba algo parecido.

Renzi recordó una cita de Kafka y la buscó en su cuaderno.

Aquel que no haya logrado alguna forma de acuerdo con la vida necesitará de una de sus manos para alejar de sí en lo posible la desesperación que le causa su destino –y no logrará gran cosa con ello– pero con la otra mano podrá anotar lo que vea bajo aquellas ruinas, pues verá otras cosas, más cosas que los demás, ya que estará muerto en vida y será el sobreviviente real.

Era una nota del Diario del 19 de octubre de 1921. Kafka había sido capaz de escribir desde la tierra de los muertos. Todo estaba en El cazador Gracchus, el relato más extraordinario de Kafka. Nadie leerá lo que estoy escribiendo, escribe Gracchus, el eterno fantasma que vive entre los hombres. Y ya sabemos que Gracchus es el nombre alemán de Kafka. El muerto vivo. El sobreviviente real.

Nadie leerá lo que estoy escribiendo. Esa certidumbre era única. Kafka le había ordenado a Dora Diamant que quemara sus manuscritos y tendido en un sofá la había mirado quemarlos. Los cuadernos de sus últimos años. De todo eso

solo se había salvado La madriguera, que no tiene final y es el último relato de Kafka.

El que hace ese gesto extremo, pensó Renzi, no necesita matarse. Hace ese gesto para no matarse. Imposible para Kafka decir basta de palabras, no escribiré más. Decía sigo escribiendo pero destruiré lo que haya escrito y volveré a escribir y nadie me leerá.

Ahí estaba la carta de Max Brod a Martin Buber. Era del 25 de enero de 1925: «En el último año de su vida [Kafka] le pidió a su amiga Dora Diamant que echara a la estufa unos 20 cuadernos gruesos. Él yacía en la cama y contemplaba cómo se quemaban sus originales.» ¿La eligió para eso? ¿Para esa escena? «As Kafka lay watching from the bed, Dora lit the match and touched it to the page, dropping them into the bassin as they caugh FIRE. "I respected his wish, and when he lay ill, I burnt of his before his eyes."» (Kafka's Last Love. The Mystery of Dora Diamant.)

Dora Diamant: la incendiaria, la lectora-incendiaria, la que cumple el deseo de Kafka en su sentido más puro. Unos veinte cuadernos gruesos.

¿Y La madriguera? «Las hojas finales fueron quemadas por Dora, que sin embargo logró rescatar parte del manuscrito.»

Renzi estaba releyendo esas viejas notas que ahora le parecían íntimamente ligadas a su hipótesis sobre el final de Pavese. La literatura, las mujeres y la muerte.

En todo caso Kafka decía que no podía escribir... pero siempre volvía a empezar. En cambio Pavese había ordenado sus papeles, pensaba que en su oficio era un rey. (Kafka, en cambio, se veía a sí mismo como un sirviente.) Si Pavese hubiera escrito sobre ese estado se habría salvado... Pero hay que ser Kafka o ser Roberto Arlt. Escritor fracasado. (Un pleonasmo.)

Pavese entonces había sobrevivido varios días. Cuando tendría que haber empezado a escribir, dejó de escribir. Sostenerse en esa zona gris. Un pez en el hielo. Soy un muerto aparente.

Si pudiera encontrar los rastros de esa semana. Pavese había escrito una carta, sí, un texto único. Y estaban las cenizas de papeles quemados que encontraron en el hotel. ¿Qué serían? Si hubiera seguido ese camino... Estaba esa carta, un texto extraordinario que le escribió a su amigo Davide Lajolo momentos antes de matarse.

El lunes 28 Lajolo recibe un expreso cuando ya ha aparecido la noticia del suicidio de Pavese en La Stampa. La carta está fechada en Turín, el 25 de agosto.

En vista que de mis amores se habla desde los Alpes al cabo Passero, solo te diré que como Cortés he quemado las naves. No sé si encontraré el tesoro de Moctezuma, pero sé que en el altiplano de Tenochtitlán se hacen sacrificios humanos. Hace muchos años que no pensaba en estas cosas. Escribía. Ya no escribiré más. Con la misma terquedad, con la misma estoica voluntad de las Langhe, haré mi viaje al reino de los muertos. Como siempre, lo había previsto todo hace cinco años. Cuanto menos hables de este asunto con la «gente», más te lo voy a agradecer. Tú sabes lo que debes hacer. ¿Seré capaz? Chau para siempre, tu Cesare.

Sacrificios humanos. Escribió la carta y luego entró en la tierra de los muertos.

El domingo 27 de agosto, a las 8.30 de la noche, un camarero preocupado por el cliente que no se ha hecho ver en todo el día golpea dos o tres veces la puerta del cuarto. No recibe respuesta y fuerza la entrada. Cesare Pavese está muerto. Yace vestido, tendido sobre la cama. Se ha quitado únicamente los zapatos. Sobre la cómoda, frascos de

somníferos. Había cenizas en la ventana. Unos papeles quemados.

Se había quitado solo los zapatos.

3

La estación de Santo Stefano Belbo era triste y tranquila. Estaba igual a como Pavese la había visto de chico. S. Stefano Belbo, leyó Renzi al fondo del andén. Una estación de pueblo. Paseó un poco por el lugar. Entró en un bar oscurecido y fresco y pidió una grapa. Luego volvió a salir al calor de la tarde. Subió por un camino que se perdía entre los álamos. Al fondo, había una casa de alto, con rejas. Esposizione Cesare Pavese. «El poeta Cesare Pavese nació aquí.»

Tocó el timbre y el cuidador tardó en aparecer. No parecía haber muchos visitantes. Algunas salas estaban en reparaciones, había habido una inundación, muchos materiales se habían perdido. Había varias salas con manuscritos y fotos. En uno de los cuartos laterales habían reconstruido el escritorio de Pavese. La mesa de trabajo contra la ventana que daba a las colinas, varios diccionarios, una Remington, una novela de Scott Fitzgerald. (Era Tender Is the Night.) Había un par de anteojos de marco negro, un lápiz Faber número 2, una lámpara rota, los restos muertos de una vida.

En una vitrina estaban los originales del Diario. Eso era lo que había venido a ver. Hojas escritas con su letra microscópica, tarjetas, el revés de páginas traducidas. Textos y fechas, párrafos tachados. Los días acumulados de una vida estaban ahí.

En una página puesta a modo de portada, Pavese había escrito con lápiz azul: Il mestiere di vivere. Diario 1935-1950.

Era el mismo tipo de papel que había usado para escribir la última página.

Primera vez que hago el balance de un año todavía no terminado. En mi oficio soy rey. En diez años lo he hecho todo. ¡Si pienso en las dudas que tenía entonces! Y casi al final de la página, escrito con la misma letra firme y serena, la sentencia. Este es el balance de un año no terminado, que no terminaré.

Había dejado el Diario perfectamente ordenado, listo para ser publicado. Si lo hubiera quemado no se habría matado. (Tal vez.)

En realidad lo había escrito para que ella lo leyera...

«¿Por qué escribir estas cosas, que ella leerá y acaso la decidan a intervenir, a dar un giro?» Debemos pensar que hasta la última página del Diario debe haber sido escrita bajo la obsesión de que la amada lo leería («que lo sepa, que lo sepa», escribió el 27 de mayo de 1950). Y no puede obviarse la penúltima entrada, del 16 de agosto, que está dirigida a ella: «Querida, acaso tú eres de verdad la mejor, la verdadera. Pero ya no tengo tiempo de decírtelo, de hacértelo saber. Y además, aunque pudiese, queda la prueba, la prueba, el fracaso.»

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.

Había una serie de libros que reproducían en su forma esa tensión imposible. La tumba sin sosiego de Connolly, El ángel subterráneo de Kerouac. Eran como cartas, notas personales, libros sin forma. Una mujer real está detrás de la escritura. «Si esta muchacha infiel me olvidara, no tendría a nadie para quien escribir», decía Connolly.

Quienes entendían a las mujeres escribían libros muy elegantes: Flaubert, Henry James. Quienes no las entendían escribían libros caóticos: Melville, Malcolm Lowry. Había que hacer una teoría sobre esa relación. Kerouac había escrito su confesión en una noche y Pavese su libro a lo largo de treinta

años, pero la cuestión era la misma. Connolly: un verano en Londres. Todo era una cuestión de intensidad. De metamorfosis.

Los libros escritos por amor a una mujer, durante el amor o después del amor. Se podría hacer una cartografía. Los que no pueden separarse de una mujer (F. Scott Fitzgerald) y escriben sobre ella. Los que se separan de todas las mujeres (Kafka) y no escriben sobre ellas en absoluto. Los que son abandonados (Pavese) y le escriben a ella. Transformaciones de Beatrice.

Entender a las mujeres. Pavese era incapaz. Pero había sospechado algo. Renzi recordó una observación muy sagaz en el principio mismo de El oficio de vivir y la leyó ahora en el manuscrito, en la vitrina.

«2/Octubre/1936. Estoy desolado por haber descuidado siempre hasta ahora las formas, las maneras, por no haberme hecho un estilo de comportamiento. ¿Por qué las mujeres en general tienen mejores maneras que los hombres? Porque deben esperarlo todo de su efecto formal, mientras los hombres lo esperan todo del contenido de sus actos. Hay que volverse más mujer.»

Si se hubiera vuelto más mujer se habría salvado. Buscaba la forma en la vida. Así se entiende el título del Diario (y su fracaso). Solo había aprendido a escribir.

–Ve esta foto, esa es Constance Dowling, Connie, la bella, la actriz norteamericana, the last love. Por ella se mató.

La voz venía de atrás y Renzi se dio vuelta. El hombre que le había hablado miraba intensamente la foto, inclinado, con las manos en la espalda y los anteojos sobre la frente. Parecía miope. Era flaco, con cara seca, vestido con un perramus blanco.

En la pared se veía el retrato en blanco y negro de una muchacha en una pose muy estudiada y luego una instantánea

de Pavese con la misma muchacha, en la terraza de un hotel en las montañas.

–Morir por una actriz y encima norteamericana –dijo el hombre, y sonrió con un gesto de maldad–. Pavese se enamoró perdidamente de Connie. Pasaron unos días en un hotel en los Alpes, de ahí es esta foto. Pero ella se volvió a Los Ángeles y se casó con otro. Murió en un accidente un par de años después, ya ve, si se hubiera quedado con Pavese quizás se habría salvado... y él también. Aunque no podía estar con una mujer. ¿Pero matarse por eso? Por ese problemita ridículo..., todos tenemos algún problemita ridículo.

El hombre hablaba un italiano extraño que Renzi comprendía perfectamente. Siempre entendía mejor una lengua ajena cuando la hablaba un extranjero. Parecía polaco, un conde polaco (como todos los polacos en el exilio, según Dostoievski).

Era polaco, pero no era conde.

–Solo soy un coleccionista polaco –dijo.

Había hecho un pequeño descubrimiento y quería integrarlo a la colección de Pavese. Por eso estaba ahí. Iba de museo en museo ofreciendo sus hallazgos. Hacía poco le había vendido la máquina de escribir de Ezra Pound al museo de Rapallo. El año anterior había conseguido el original de la pierna ortopédica que el vendedor de Biblias le robaba a la chica tullida en un cuento de Flannery O'Connor.

En este caso se trataba de algo muy especial. La presencia espectral de una mujer. El fantasma de la amada infiel. Una película. Black Angel, un film-noir (así dijo) en el que aparecía Constance Dowling, joven y bellísima, en un papel breve pero extraordinario. Ella era el Ángel Negro, a beautiful hard-boiled blackmailer –agregó–, la mujer depravada a quien mataban en

el film con una bufanda blanca. Se podría ver eternamente a Connie en toda su juventud y su belleza en ese film de 1946.

Dijo que estaba seguro de que Pavese tenía una copia de la película. Y que la miraba, en las tardes de verano, después de que ella lo había abandonado y se había ido a Los Ángeles para casarse con otro.

La historia estaba basada en una novela de Cornell Woolrich (del gran Cornell Woolrich, dijo). Y la había dirigido Roy William Neill, el mejor director de serie B de Hollywood, un irlandés genial, un gran desconocido. Fue su última película, la estrenó en agosto del 46 y murió al mes siguiente.

Le parecía todo significativo y todo le parecía extraordinario, como si estuviera loco.

El principio del film estaba centrado en Constance Dowling. Invierno en Nueva York. Un departamento de lujo. La muchacha tiene un litigio con la gobernanta, discuten por una bufanda blanca. Connie se queda sola. Hay una pecera con un pez oscuro que nada, solo, en el agua transparente. Afuera ha dejado de nevar. La muchacha saca la pecera al balcón para que el pez tenga unas horas de luz natural, luego entra al cuarto pero deja la ventana abierta. Al final de la secuencia, cuando la policía entra a la casa, dos días después, encuentran a Connie estrangulada con la bufanda. La ventana está cerrada, el pez afuera en la pecera congelada. (Un pez inmóvil en un bloque de hielo.) Y la muchacha muerta en el piso.

Pavese tenía la única copia completa de la película, sin los cortes que los distribuidores le habían hecho a la secuencia inicial. La versión comercial tiene 81 minutos –dijo el polaco con aire satisfecho–, pero esta copia tiene 85 minutos.

Una pequeña diferencia. Pero eso es lo que les interesa a los coleccionistas. Las pequeñas diferencias. La desviación en la serie. El objeto único. Por ejemplo, la máquina de escribir de

Pound tenía el teclado al revés porque Pound era zurdo. Seguramente esta única copia completa de la película era la de Connie. Y esa era la que él había conseguido.

–Es mi oficio –dijo–. Encontrar la diferencia.

Siguieron charlando un rato, terminaron de recorrer la casa y por fin Renzi decidió irse. Ya era tarde, tenía que volver a Turín. El polaco lo acompañó hasta la puerta.

–Hay un ómnibus que lo lleva a la estación, pasa cada media hora, en el cruce, ahí. –Señaló un camino cercano.

Se despidieron. Y el polaco se alejó hacia la casa, levemente inclinado, con las manos en la espalda. Qué extraño. Parecía vivir ahí. Solo, encerrado en la casa vacía. Como si fuera el guardián del museo. Un polaco. ¿Sería posible?

Renzi salió a la calle y subió el sendero en pendiente hacia la ruta que llevaba al pueblo. Era el fin de la tarde pero el calor no había cedido. Se paró en el cruce de caminos, bajo un árbol, a esperar. Las colinas eran las mismas que Pavese describía en sus libros. Suaves y claras, parecían desplazarse entre las nubes y los viñedos y las viejas casonas de tejas coloradas. Pasaban algunos coches por la carretera con los faros encendidos en el anochecer.

El día había sido tan intenso y tan raro. Por momentos había conseguido olvidar a Inés. ¿Y el polaco? Un coleccionista. Como yo, pensó. ¿De qué? De réplicas.

De pronto un auto cruzó frente a él y se detuvo un poco más adelante y retrocedió. Una mujer sacó la cabeza por la ventanilla.

–¿Qué hacés? Te llevamos.

Era Inés. Estaba ahí.

–Así que eras vos, nomás.

–Te vimos en el bar...

El hombre de pelo blanco sentado junto a ella fumaba, indiferente. Inés bajó del coche.

–¿Y qué hacés por acá? –preguntó.

De pronto Renzi se escuchó decir:

–Vine para olvidarte.

–Yo también vine para olvidarte –dijo ella, y se empezó a reír–. Seguimos para el norte, si querés te llevamos.

–No, gracias –dijo Emilio, y él también sonrió.

Se quedaron un momento callados. Por fin, Inés le rozó apenas la cara con los labios y después se alejó. Ella se dio vuelta antes de subir al auto y se miraron otra vez. El coche se perdió en una nube de polvo.

Nombre falso (1975)

Solo se pierde lo que realmente no se ha tenido.

ROBERTO ARLT

NOTA PRELIMINAR

Escribí casi todos los relatos de este libro en 1975. En aquel tiempo vivía en un departamento en la calle Sarmiento, frente al viejo mercado del centro, y cuando pienso en estos cuentos me acuerdo de una ventana que daba a un patio. Supongo que el hecho de haberlos escrito mirando cada tanto la claridad de esa ventana les da para mí cierta unidad: como si las historias hubieran estado ahí, del otro lado del vidrio.

Ese año una revista popular organizó un concurso de cuentos policiales con un premio inusual: dos pasajes a París y quince días de estadía en un hotel de primera categoría (en fin, lo que las agencias de turismo entienden por eso). Me pareció tan extravagante el asunto y tan heterogéneo al jurado (J. L. Borges, Augusto Roa Bastos y Marco Denevi) que me decidí a escribir un relato. El resultado fue «La loca y el relato del crimen», con el que gané el primer premio, de modo que viajé a París y pasé una temporada en el Hotel Méridien. En realidad fue el viaje el que verdaderamente obedeció a las reglas del género policial. La situación era tan rara que todo el tiempo me sentí una especie de falsificador a quien en cualquier momento iban a descubrir. Por otro lado comprobé que escribir por encargo, a partir de ciertas reglas fijas, produce una paradójica sensación de libertad. Stravinski afirmaba que las restricciones y los límites eran la condición que necesitaba su obra. «De lo contrario», decía, «en cuanto me siento a componer me encuentro abrumado por las infinitas posibilidades.» No pude incluir ese relato en la primera edición de este libro y lo sustituí por «Las actas del juicio», un cuento de mi libro anterior. En esta edición he vuelto a ordenar la serie según su orden original.

«El fin del viaje» solo tiene de autobiográfico el trayecto en el que suceden los hechos y un acontecimiento: una noche viajaba en ómnibus desde Mar del Plata y una mujer se suicidó en el baño de una parada perdida en medio de la ruta. Es otro el que se suicida en esta historia y es otra la mujer, pero la experiencia es la misma. «El Laucha Benítez» pasó por varias versiones. Formaba parte de una serie de relatos que escribí después de publicar La invasión y lo incluí en este libro porque tiene un estilo diferente al de los cuentos que siempre había escrito. Un escritor que admiro me hizo ver que «La caja de vidrio» era una variante del tema del doble. Después que lo dijo me pareció evidente, pero yo no pensaba en eso mientras lo escribía. Durante años había intentado contar la historia de un hombre que puede evitar una muerte con una palabra y, por desidia o por maldad, se queda callado. La intriga que se narra en «El precio del amor» es en lo esencial verdadera. Me fue revelada, con lejana ironía, por la protagonista, a quien, para decir la verdad, su amigo le robó un juego de cubiertos de plata. Nunca sabremos por qué decidimos que ciertas historias son nuestras y podemos narrarlas mientras otras (a menudo mejores), que imaginamos o vivimos, nos son ajenas y se pierden. Sobre eso trata, creo, la nouvelle que da nombre a este libro. Empecé con la imagen de un tal Kostia que se pasaba las noches en el bar Ramos de la calle Corrientes contando anécdotas de Roberto Arlt. El relato de a poco se transformó en lo que ahora es. A veces pienso que es lo mejor que he escrito nunca. Tal vez pienso así porque lo escribí con la certeza de que por primera vez había logrado percibir lo que realmente se veía del otro lado de la ventana.

R. P.

El fin del viaje

1

Perdido en el hall de la estación semivacía, Emilio Renzi mira los andenes mal iluminados, la luz amarillenta que se extravía en la oscuridad. Frágil, envejecido, viste un abrigo negro que lo empalidece, acentuando su aire torvo y abstraído. Faltan quince minutos para la salida del ómnibus; detrás de los cristales empañados los árboles de plaza Constitución se disuelven en la neblina. Todo es lejano, vagamente irreal, como si siempre hubiera estado en ese hall esperando para viajar, como si hiciera años que hubiera recibido el llamado. Iba a llegar a la mañana siguiente; hasta entonces no quedaba nada por hacer salvo esperar. Los que viajaban con él eran pocos, nueve o diez personas que se amontonaban frente a una valla de madera que los separaba del andén. Tenían el rostro lívido y ansioso de los que van a Mar del Plata en invierno, fuera de temporada, los días de casino. Daban la sensación de conocerse o compartir un secreto y se saludaban desde lejos, con mirada cómplice. En un costado, cerca del mostrador donde se despachaba el equipaje, una mujer alta, de pelo colorado, envuelta en un tapado de piel, parecía discutir con un hombre suave y elegante, de sombrero y bigote fino. «Nunca va a ser igual», escuchó Emilio que decía la mujer con dolorosa voz quebradiza. «Nunca jamás va a ser igual», dijo ella, y pareció que el hombre la amenazaba o le pedía perdón, manso, contenido. Por los altoparlantes bajaba una música agria que se entreveraba con el rumor de la ciudad. La noche era fría, una noche blanca, ventosa. Emilio caminó por el andén hasta la playa donde guardaban los ómnibus vacíos; el lugar olía a nafta y a humedad; franjas negras y amarillas en las paredes mal pintadas como hundidas bajo los arcos de fierro que enmarcaban el techo. «Es inútil buscar explicaciones», pensó

Emilio. «Tal vez ya es demasiado tarde.» En el diario había dicho que su padre estaba grave. «Tuvo un accidente», le dijo a Laurenz. «Me avisaron por teléfono, voy a viajar esta noche.» No quiso decir más: todo le parecía falso y sin razón.

Esperó que los demás subieran al ómnibus y entró; su asiento estaba en medio del coche; caminó por la alfombra de goma del pasillo cruzando de perfil entre los que terminaban de acomodarse y se ubicó junto a la ventanilla. Afuera la niebla era una bruma azulada que cubría la ciudad. La mujer de pelo colorado estaba sentada a su derecha, al otro lado del pasillo. El hombre que la acompañaba se había quedado solo, de pie en el andén desierto. La mujer fumaba sin mirarlo, ausente, una valija de mano apoyada en las rodillas. Cuando el ómnibus se puso en marcha el hombre siguió inmóvil, flotando en la claridad gris, quieto y sosegado, una mano alzada saludando el vacío.

De a poco la estación se fue perdiendo y viajaron lentamente por la ciudad hacia el sur. Emilio encendió un cigarrillo y ablandó su cuerpo en el asiento. La neblina se transformaba en una lluvia densa y apacible. «Va a llover toda la noche», pensó, y se sintió tranquilo por primera vez, abandonado al rumor suave de la marcha. Había recibido el llamado al final de la tarde, ahora el recuerdo era remoto y confuso. «Está muy grave», le dijo la mujer, atropellada, llorando. «Yo soy Elisa, una amiga de su padre. Está internado en la clínica Yeres. Dejó una carta para usted.» Emilio recordó la casa donde su padre vivía solo, la biblioteca amplia y llena de sol con los sillones de cuero negro, las cortinas infladas por el viento. Se había encerrado en ese cuarto. Él mismo había pedido ayuda y lo encontraron sentado de cara a la ventana, respirando con dificultad pero tranquilo, tratando de vendarse y parar la sangre. «Ninguno imaginó lo que iba a hacer. Nadie»,

dijo la mujer como si se disculpara. «Nadie. Ninguno pudo imaginar.»

Hacía un rato que el ómnibus marchaba con las luces apagadas; en la penumbra Emilio miraba los faros blancos de los autos que corrían bajo la lluvia. «Fue por eso que vino la última vez, para decirme, para que yo supiera o lo ayudara», pensó. «Vino a eso, vino a decirme. No se animó o no pudo o yo no fui capaz de darme cuenta.» Siempre había sido igual: su padre mentía, trataba de mantener la dignidad, falseando todo, tranquilizaba a los demás cuando era él quien necesitaba consuelo. «Estoy contento», le dijo esa noche al despedirse en la estación de trenes, la potente luz de la locomotora abriendo la oscuridad del andén. Fumaba sin parar, los dedos de un color rosa pálido, manchados por el tabaco rubio, jugando con el anillo de piedra negra que llevaba desde siempre. «No te preocupes por mí», le había dicho con su voz transparente que el cigarrillo iba agrietando, y enseguida lo abrazó como si no quisiera oírlo. Emilio lo miró alejarse, erguido, dando vuelta la cara para saludarlo con una sonrisa tímida, fugaz. Esa fue la última vez que se vieron. Su padre había llegado de improviso, esa tarde, sin anunciarse. Emilio se sorprendió al reconocer su voz que entraba, nítida, por la ventana de la pieza que daba al patio interior. Preguntaba por él en otro departamento, como si se hubiera perdido, hosco, resuelto, seguro de no estar equivocado. Se quedó oyendo ese tono empecinado y cuando por fin salió al pasillo lo vio en el descanso de la escalera, un hombre avejentado, vestido con una elegancia pasada de moda, que subía fatigosamente. «¿Dónde te has venido a vivir?», le había dicho, hablando rápido como siempre que estaba emocionado. Llevaba un traje cruzado, de corte antiguo, y un moño azul sobre la camisa blanca, ligeramente raída. Sus ojos claros evitaban mirar de frente pero parecía feliz y hacía planes

fantásticos, igual que siempre, dejándose llevar por las palabras, como si su hijo fuera un desconocido y quisiera conquistarlo. De todos modos, recién al final de la noche, en un restaurante sobre Carlos Pellegrini, Emilio creyó entender el motivo de ese viaje. Estaban terminando de cenar y de pronto su padre empezó a hablarle con aire desenvuelto y borroso de una mujer. Entusiasmado, seguro de sí mismo y alegre, se encerró en una complicidad viril y un poco sucia para hablar de ella y por fin se empecinó en que Emilio fuera con él a conocerla. La mujer vivía en un departamento recién estrenado; sobre el piso cubierto con hojas de diario se desparramaban valijas, baúles abiertos y no había otro mueble que una cama de dos plazas con respaldo de metal. Los tres se sentaron en esa cama y su padre estaba satisfecho, como si en verdad hubiera viajado para hacerle conocer a esa mujer ojerosa y pálida que asentía sin hablar con aire humilde. Se llamaba Elvira y sirvió un licor dulce, anaranjado, que su padre no hizo más que elogiar. Cuando se iban la mujer retuvo a su padre y Emilio se acercó a la ventana para dejarlos solos; miraba las luces suaves de la ciudad ardiendo abajo y los escuchaba hablar, nerviosos, en voz baja. «¿Por qué Juan? No. Si se me parte el corazón. Yo jamás he dicho eso», decía ella, y su padre la calmaba. Al despedirse le pareció que la mujer había llorado, tenía los ojos húmedos y la piel enrojecida. En el ascensor su padre se acomodó la ropa de cara al espejo y se limpió la boca con un pañuelo blanco, como queriendo hacerle ver que la mujer lo había besado.

El ómnibus marchaba ahora con las luces encendidas, a poca velocidad. Eran casi las dos de la mañana, había dejado de llover. Al rato entraron en una parada en medio de la ruta. El lugar era triste, un largo salón con ventanas de mica, pintado de celeste y vacío. Emilio se sentó a una mesa cerca del

mostrador y pidió una ginebra. Los que atendían el bar se deslizaban lentos, entredormidos, con expresión aburrida. En un costado la mujer de pelo colorado ponía monedas en una victrola automática y escuchaba música, sola, de pie, con un vaso en la mano, la valija apoyada en el piso como si hubiera bajado para quedarse. Emilio abrió una libreta de tapas negras, se inclinó sobre la mesa y empezó a escribir. Viernes 17: En viaje a Mar del Plata. A media tarde me avisan por teléfono. Recuerdo dos cosas: esa extraña aparición, la última vez, su voz que llegaba de algún lado preguntando por mí, desconcertado como si me hubiera perdido. La tarde que nos sacamos una foto, los dos, en la playa: él se acomodaba el pelo que le caía sobre la frente, se quitó los anteojos y me puso una mano en el hombro. Me acuerdo sobre todo del gesto de arreglarse el pelo y la marca del anteojo en la piel de la cara, como una cicatriz. Terminó la ginebra y prendió un cigarrillo. La mujer seguía escuchando música, de espaldas, una mano apoyada en el techo circular de la victrola. Siempre he pensado, escribió Emilio, que él era menos vulnerable que yo: la ternura de hombre a hombre debe ser velada. Sin embargo, quizá ya es demasiado tarde. Yo lo admiraba (lo quería) porque sabía ocultar sus sentimientos. Ahora he comenzado a escribir sobre él. Vio la silueta del ómnibus en la ventana empañada. El rumor de los autos se mezcló con la música suave que escuchaba la mujer. Una mujer escucha música, sola, iluminada por la luz azulada de una victrola antigua de techo redondo. Tiene un aire suavemente perverso, el pelo rojo. En Buenos Aires la despedía un hombre de modales cínicos que quedó solo en el andén, una mano alzada saludando al vacío. Llueve a ratos, son las dos de la mañana. He comenzado a escribir sobre él en pasado, como si ya hubiera muerto. Releyó lo que había escrito y guardó la libreta. Llamó al mozo y pagó. Después caminó hacia el baño.

Cruzó cerca de la mujer y la escuchó tararear en voz baja, envuelta por la música. Las paredes del baño estaban corroídas por la humedad. Una sola lámpara, colocada en un boquete cerca del techo, alumbraba el lugar con una luz grisácea. Emilio abrió la canilla y se miró en el espejo: su cara parecía gastada, una máscara carcomida.

2

Cuando volvió al bar la mujer ya no estaba pero la victrola seguía sonando y la música llenaba el lugar vacío. Al subir al ómnibus no la vio. Apareció al final, en el momento en que salían, atropellada, haciendo equilibrio sobre los tacos altos, la valija en la mano derecha. Emilio la miró acomodarse en el asiento y fumar de cara a la ventanilla; su rostro se reflejaba en el cristal oscurecido, iluminado a ratos por la brasa del cigarrillo que ardía en la penumbra. Emilio tendió el respaldo de su asiento y trató de dormir. Si todo iba bien llegarían a las siete de la mañana. Julia debía haberlo buscado toda la noche, estaban citados para cenar juntos pero él no se decidió a avisarle que se iba. Quizás ella había hablado al diario, de todos modos podía llamarla desde Mar del Plata. El zumbido parejo del motor lo adormeció, volvió a recordar la foto con su padre en la playa, sin poder precisar el año. Antes de quedarse dormido recordó que en ese tiempo los dos aún vivían juntos. Soñó que caminaba por un mercado donde vendían ropa de lana. Era de noche y el lugar estaba alumbrado con lámparas de querosene. Emilio llevaba un sombrero de fieltro que le tapaba los ojos. De pronto, en un camino de tierra encontró la cupé color aceituna que su padre había vendido cuando murió su madre. Estaba abandonada en un cruce. Había dos mujeres en el asiento delantero, el viento golpeaba una de las puertas

contra el guardabarros con un ruido pesado. Una de las mujeres asomaba la cara y le habló sonriendo: «Acercate. No me digas que me has olvidado. No hacíamos más que hablar de vos.» Cuando trató de acercarse, sintió como un tirón y se despertó. La mujer de pelo colorado estaba de pie, inclinada sobre él, y lo sacudía suavemente de un brazo.

–¿Le pasa algo? –dijo ella.

En la penumbra verdosa la mujer era una silueta transparente que brillaba, pálida.

–Hablaba en voz alta, se quejaba. Me pareció que estaba sufriendo –dijo ella con su voz extraña y como perforada.

–¿Hablaba? –dijo Emilio confuso, sin terminar de despegarse del sueño–. Soñé algo, no sé.

–Era eso. Me pareció que le pasaba algo. Perdone entonces.

–Al contrario, no, le agradezco –dijo él. La mujer seguía de pie, amplia y quieta en el pasillo–. ¿Por qué no se sienta, por favor? –dijo Emilio, y le sonrió–. No quisiera volver a dormirme.

–Yo jamás puedo dormir en los viajes –dijo la mujer sonriendo apenas, como si hubiera algo detrás de él, del otro lado de la ventanilla, que la pusiera alegre–. Odio viajar. No se puede hacer nada más que pensar.

Se había sentado suavemente, desplazando con gracia su cuerpo amplio y hermoso que desprendía un dulce perfume a flores muertas.

–La vi en el bar –dijo él–. Usted escuchaba música.

–¿Música? –dijo ella, y dejó escapar la risa que venía anunciando–. Ruido, diga más bien. No aguanto esos lugares, son tan tristes.

Emilio le ofreció cigarrillos y pudo verla mejor en el resplandor azulado de la llama: tenía un rostro apacible, de muñeca, la piel fina y tirante, de un frágil color rosado.

–Es raro –dijo ella de pronto–. Estoy segura que nos hemos visto antes, usted y yo.

–Puede ser –dijo él.

–¿Viaja a menudo?

–Sí –dijo él–. Mi padre vive en Mar del Plata.

–Mala ciudad para vivir. Allí se va a jugar, a tomar sol, ¿cómo se puede hacer para vivir?

–Como en todos lados –dijo él–. Uno se acostumbra.

La mujer lo miró de frente, ahora, siempre sentada de costado, las piernas cruzadas, fumando con movimientos plácidos.

–Ya sé dónde nos vimos. Una noche, hará dos meses: usted estaba en el casino, seguía una racha, ganaba sin parar. Parecía mentira, nunca vi a nadie que ganara como usted esa noche. ¿Siempre tiene esa suerte?

«Usa este truco», pensó él, «pudo haber elegido cualquier otro.»

–A veces –dijo.

–Y, entonces, ¿por qué se queja cuando duerme?

–Vaya a saber. Es como si yo le preguntara por qué discutía con ese hombre que la acompañaba en la estación.

–Me oyó –dijo ella, y sonrió como si eso la hiciera feliz–. No discutía, no. Jamás podría discutir con él. Me pidió que me quedara, eso fue todo. Él es bueno, demasiado bueno. No quiere que yo vaya al casino. Los que no juegan no pueden entender. ¿O no es así?

–Sí –dijo él.

–Todo es tan aburrido. Creo que si no pudiera ir al casino me volvería loca. Una va y juega, sabe que va a perder pero eso no importa nada. Cuando estoy jugando me olvido de todo. Me olvido de quién soy, del dinero, me olvido de todo y soy otra

mujer. No sé, es difícil de explicar –dijo ella, un sosiego de paz en la cara tierna y aniñada–. ¿Usted en qué trabaja?

–Soy periodista.

–¿Periodista? Qué maravilla. No me diga que hace policiales.

–No –dijo él–. Lamentablemente solo hago críticas de libros.

–Es una lástima –dijo ella, divertida–. Sería apasionante que por ejemplo fuera a Mar del Plata a hacer la nota de algún crimen. ¿Y cómo es hacer críticas de libros?

–Un poco monótono –dijo Emilio–. ¿Y usted en qué trabaja?

–¿Yo? En nada. Desde hace cinco años no hago nada. –Levantó la cabeza buscando la claridad de la ventanilla, como queriendo que él viera los ojos siempre alegres–. He sido cantante de ópera, pero hace cinco años perdí la voz. Parece absurdo, ¿no? Me levanté una mañana y ya no pude volver a cantar. Todos piensan que me voy a recuperar, pero yo sé que es imposible. A veces sueño que me he curado, que estoy otra vez en un escenario. Quizá por eso tuve que despertarlo cuando vi que se quejaba. No me puedo resignar. La música era mi vida.

–¿Y cómo fue que perdió la voz?

–¿Quién puede saberlo? Estaba en Italia: yo tenía que debutar en la Scala, esa noche había ensayado Donizetti y me dormí feliz como nunca. Era en verano. De pronto sentí una especie de ahogo y cuando me desperté ya no pude volver a cantar. Es muy común. Uno reza todas las noches para que no le pase, pero ya ve.

En el aire sin vida del ómnibus la voz de la mujer sonaba baja y áspera.

–Usted no me va a creer pero yo lo presentía –dijo ella después de un silencio–. Ha pasado tanto tiempo y sin embargo me acuerdo de esa mañana como si fuera hoy: salí a la ventana, llorando, me costaba respirar, todos estaban conmigo, me

daban aire. Era un día tan hermoso, lleno de sol, y yo pensé: ya está, ahora ya me pasó, ahora no tengo miedo. Fue como si siempre hubiera esperado ese momento. –Se quedó quieta y alzó su cara, que parecía de cristal, y después trató de sonreír–. No sé por qué tengo que hablarle de estas cosas, son tan lejanas, es como si las hubiera vivido otra. Deme un cigarrillo, por favor.

Emilio le tendió el paquete y la mujer se inclinó hacia la llama, las manos juntas para proteger el fósforo.

–No me dejan fumar –dijo–. Antes no podía y ahora no me dejan, es mortal para la voz. Pero ya no me importa, sé que nunca más podré volver a cantar.

En ese momento se encendieron las luces del ómnibus: la figura de la mujer se disolvía en el humo, como envuelta en un tul.

–Ha dejado de llover –dijo, y le sonrió, tímida, entristecida, tendiéndole una mano enguantada–. Yo me llamo Aída Monti.

3

El ómnibus se había detenido en otra parada en medio del camino. Emilio y la mujer tomaban café en una mesa cerca de la ventana. Ella fumaba en silencio, la valija de imitación cuero apoyada sobre el piso grasiento. Los dos parecían flotar detrás de un vidrio sucio, cubiertos por la luz amarillenta de las lámparas que alumbraban el bar.

–Usted no me cree –dijo la mujer.

–Sí, le creo. ¿Por qué no le voy a creer?

–Seguro no me cree y es una lástima.

Se inclinó suavemente para abrir la valija y Emilio la vio mover las manos entre los vestidos y la ropa blanca. Cuando alzó la cara parecía otra.

–Esta soy yo –dijo alcanzándole una foto.

La mujer aparecía con trenzas, una vincha en la frente, disfrazada de walkiria, de perfil sobre un escenario vacío. La foto era borrosa, mal iluminada, y había algo artificial en el decorado, parecía haber sido tomada en un estudio, contra una tela pintada donde se veían nubes, ángeles y los rayos del sol vacilando en el aire azul.

–Hermosa –dijo él–. Usted está hermosa. Pero la foto no hacía falta. No entiendo qué le hace pensar que no voy a creerle.

–Tiene razón si desconfía, una mujer que viaja sola, que habla con un hombre que apenas conoce, en el fondo usted debe pensar que yo estoy media loca.

–No –dijo él–. No.

–Oh, yo sé –dijo ella tomando la foto con las dos manos–. ¿Le gusta? Hace tanto tiempo. Estoy en Bélgica, haciendo Wagner. –Movió la foto lejos de su cara, como si fuera un espejo–. ¿Tiene algo para escribir?

Emilio le alcanzó una lapicera y la miró inclinarse, aplicada. Y escribir sobre la foto puesta de revés sobre la mesa.

–Tenga –dijo por fin–. Guárdela como recuerdo.

Emilio recibió la cartulina brillosa y leyó en la claridad húmeda: A Emilio Renzi que se queja en sus sueños, con la amistad de Aída Monti. Abril de 1970.

–No es nada –lo interrumpió ella cuando él empezaba a agradecer–. Vamos mejor, ya es la hora.

Caminaron despacio hacia el ómnibus bajo el techo entoldado del bar. La luz alumbraba los árboles, el camino de pedregullo que moría en la oscuridad.

–Debe ser raro vivir en un lugar así –dijo ella, y lo tomó del brazo, la valija en la mano izquierda–. Ver toda esa gente que

llega y se va. Trabajar de noche, esperando que lleguen los micros.

–Sí –dijo él–. Pero también a esto uno se puede acostumbrar.

Volvieron a subir y se sentaron juntos. El ómnibus maniobró en el macadam y salió a la ruta, bajo la lluvia. A medida que tomaban velocidad la calefacción iba nublando el aire, un vapor tenue se agolpaba contra las ventanillas. Los patines de goma del limpiaparabrisas barrían el agua, quebrando los faros de los autos que cruzaban frente a ellos. La mujer se había quitado el abrigo, llevaba un vestido de seda azul, muy escotado, que le blanqueaba la piel.

–Cuénteme algo –dijo de pronto, apretando su cuerpo contra el cuerpo de Emilio.

–¿Qué le puedo contar?

–No sé. Cualquier historia. La vez que ganó o la vez que le ganaron.

Emilio la abrazó y se inclinó para besarla.

–No –dijo ella, suave, reteniéndolo.

–¿Por qué?

–Yo sé. Mejor no.

Se movió apenas y apoyó la cabeza contra el hombro de Emilio, blanda, dócil.

–Ojalá llueva todo el viaje –dijo como para sí misma con los ojos cerrados, un gesto de quietud en la cara aniñada.

El ómnibus marchaba ahora con una velocidad sostenida, envuelto en un zumbido suave. Los árboles eran manchas borrosas del otro lado de los cristales. Emilio sintió el peso tibio de la mujer contra su cuerpo y trató de no moverse. «Ella duerme o hace que duerme», pensó. «Huele a pasto, a bebé recién bañado. Miente como otras lloran o se quejan.» Recordó la foto, las tiras de cuero de las sandalias trenzadas más arriba

de los tobillos, el aire concentrado con que alzaba los brazos como si estuviera rezando. Se imaginó los teatros de provincia, la mujer cantando mal y entusiasmada arias de Verdi, acompañada al piano por el hombre de bigote fino. La sentía respirar débilmente, una mano en el pecho, el pelo tapándole los ojos. Sin querer pensó en su padre detenido en el descanso de la escalera, desorientado aquella tarde y envejecido, los ojos dulces detrás del cristal de los anteojos. Un hombre desencantado, irónico, que se miraba vivir, tímido y confuso cuando hablaba de sí mismo. Casi sin ruido, sobre el techo del ómnibus pero con una sensación de lejanía, continuaba la lluvia en medio de la noche. «Flotamos suaves y veloces. No tengo que pensar», pensaba Emilio. «No tengo por qué echarme la culpa. Dejó una carta para mí. Es como un sueño y la mujer está loca. Podría decirle que no pido nada más que no estar solo esta noche, una palabra que ella diga para mí porque no quiero estar solo y ella lo sabe, la loca, disfrazada de walkiria, su voz de gata, su carita inflada de muñeca, para hacerme compañía, la piel tibia y perfumada.» La bocina de los autos rompía la niebla y el cielo se aclaraba en medio de la lluvia. «No llegar más, seguir, el viaje, verlo después, sentado en el sillón de mimbre, frente a la luna del espejo. Un hombre triste, siempre dispuesto a creer en los demás más que en sí mismo», pensaba. «No hay otra cosa», pensó Emilio, y se movió apenas para buscar los cigarrillos. En ese momento la mujer se despertó, tranquila, la cara algodonosa entre los bucles del pelo colorado.

–¿Llegamos? –dijo.

–Falta poco.

–Pude dormir. Parece mentira. Ya son casi las seis. Debo tener una cara... Esperá, me arreglo un poco –dijo ella, y se acomodó la valija sobre la falda. «No usa cartera», pensó él.

«Debe llevar ahí dentro todo lo que tiene en el mundo: frascos, pañuelos, crema, ropa blanca, fotos de ella cantando Wagner para su familia, disfrazada de walkiria, fotos falsas que le sacó el tipo que la fue a despedir a la estación.» La miró sujetarse el pelo en la nuca, los dos brazos alzados sobre la cabeza, las hebillas de alambre entre los dientes. Su cara se veía fresca y limpia, enmarcada por el pelo rojo, su cuello desnudo era suave y muy blanco, increíblemente frágil. «Como si hubiera conservado el cuello de garza, la garganta que tuvo siendo joven mientras su cuerpo engordaba.»

–¿Cuánto tiempo te quedás en Mar del Plata? –dijo ella, mirándose en el espejito de mano los labios recién pintados.

–No sé –dijo él–. Depende.

Había amanecido de golpe y una claridad débil se filtraba entre las nubes. A lo lejos, más blanca en el aire blanco de la madrugada empezaba a dibujarse la ciudad.

–Hay tres días de casino –dijo ella–. Yo seguro me vuelvo el lunes o el domingo a la noche.

–Está bien –dijo él–. Esperemos que ganes.

–¿Yo? No. Soy una mujer de mala suerte.

Cruzaron un parque con árboles flacos y canteros de piedra y al fondo apareció una bruma serena que parecía licuarse contra el horizonte.

–Ahí está el mar –dijo la mujer, con la cara pegada al cristal de la ventanilla.

Cuando entraron en la terminal eran las siete de la mañana. Lloviznaba suavemente; en el andén el aire estaba quieto y helado.

–Va a seguir lloviendo –dijo ella mientras cruzaban la estación vacía–. ¿Nos vemos luego?

–No voy a poder –dijo él.

–¿Por qué? Te doy mi dirección. Pero qué frío hace acá. ¿Tenés algo para anotar?

Se habían detenido al pie de una escalera, frente a la puerta de vidrio que cerraba el hall. En la calle un cartel luminoso trazaba círculos azules, desparejos.

Emilio buscó en el bolsillo del abrigo y le alcanzó la foto.

–Anotá acá –le dijo.

Ella escribió, otra vez cuidadosa y aplicada, apoyándose en el vidrio de la puerta.

–Voy a estar ahí, si venís vamos juntos al casino.

–No creo que pueda.

La mujer se cerraba con las dos manos el cuello del tapado.

–Es una lástima –dijo, y le sonrió–. Estaba segura que me ibas a dar suerte. –Con un gesto rápido se inclinó hacia él y le rozó la cara con los labios–. Bueno, adiós entonces.

Emilio la sostuvo de un brazo, suave, firmemente.

–Una sola cosa –dijo–. ¿Por qué mentís?

Ella se movió apenas y le miró la cara.

–Para no aburrirme en los viajes –dijo, y empujó la puerta de vidrio con el cuerpo.

4

La clínica era un edificio chato, de construcción antigua, hundido en el fondo de un jardín con canteros sin flores. Emilio subió en un ascensor con paredes de aluminio que trepaba lentamente. La habitación de su padre quedaba al final de un pasillo blanco que olía a éter y a lavandina desinfectante. Una enfermera de cara huesuda y ojos saltones se acercó caminando con un balanceo pesado.

–¿El señor Renzi? ¿Usted es el hijo? Venga –dijo–. Es por acá.

–Quiero hablar con el médico.

–El médico va a volver más tarde. Hay que esperar. Todavía no se puede saber nada. –Hablaba con una especie de silbido bajo y Emilio tuvo que hacer un esfuerzo para entenderla–. Venga, hay una señora esperando que usted llegue. –Hubo un leve desprecio en el modo de nombrarla y Emilio pudo imaginarse a la amiga de su padre aun antes de verla levantarse del sillón de cuero y estirar el ruedo del vestido mientras cruzaba hacia él la salita de techo bajo y cortinas de cretona.

–Yo soy Elisa –dijo la mujer–. Usted es Emilio, ¿no? Hablamos por teléfono.

La mujer tenía un rostro endurecido, de varón, ajado por las lágrimas o el sueño, una cara sin defensa detrás del rojo violento de los labios mal pintados.

–Sí –dijo él sin sonreír, y ella se quedó quieta, sin terminar el gesto de acercarse a saludarlo.

–Entre un momento nada más –dijo la enfermera–. Y trate de hablar poco.

–Vaya –dijo la mujer–. Lo está esperando.

Cuando entró, enceguecido, solo alcanzó a ver el bulto blanco de la cama y un resplandor azulado que salía de una lámpara velada con un pañuelo de gasa. Adentro hacía mucho calor. Su padre estaba tendido boca arriba y respiraba con un jadeo angustioso, los labios despellejados por la fiebre.

–Llegaste –dijo.

Emilio se acercó y tanteó la tela áspera del cubrecama hasta encontrar la mano de su padre, helada, quebradiza, como hecha de papel.

–Ves cómo estoy –dijo su padre con voz apagada, tratando de sonreír.

–No hablés, papá, descansá –dijo Emilio.

–Es tan ridículo todo esto –dijo su padre–. Tan ridículo, me cago en Dios.

Sus ojos se nublaron, vidriosos sobre el óvalo ceniciento de la cara enflaquecida.

–Todo va a salir bien –dijo Emilio.

–Seguro –dijo su padre–. Todo va a salir bien.

Emilio sentía el cuerpo blando, un ardor en los huesos. «Estoy acá», pensó. «Estoy con él.»

–Te dejé una carta –dijo su padre.

–Está bien –dijo él–. No te preocupes.

–Rompela. No la leas –dijo su padre.

–No te preocupes –dijo Emilio.

Trató de pensar algo más para decir, pero no encontró nada. Del otro lado de los postigos llegaba un rumor sordo, parecido al motor de un automóvil. Su padre había cerrado los ojos. Emilio le veía su rostro afiebrado como desde muy lejos, como si estuviera sumergido en agua. La enfermera entró trayendo una caja plateada; se acercó a la mesa y encendió la luz alta. En la claridad enfermiza su padre era una figura todavía más débil y más frágil. Por el escote del piyama le alcanzaba a ver el vello encanecido, raleado sobre el pecho hundido. La enfermera se arrimó a la cama.

–¿Sigue doliendo? –dijo. Su padre la miró sin contestar–. Ya va a pasar. Ahora voy a darle un calmante. –Abrió la caja de inyecciones y levantó una jeringa contra la luz–. Tiene que salir –dijo sin mirar a Emilio–. Así él puede dormir.

Emilio pensó que la mujer hablaba de su padre como si no estuviera o no comprendiera, con el tono benévolo y entontecido que se usa con los chicos y con los borrachos.

–Voy a estar afuera –dijo–. Quedate tranquilo.

Su padre sonrió con esfuerzo, tratando de parecer seguro y de no tener miedo.

–Vos también –dijo, y movió la mano derecha, lentamente, sin despegar la muñeca de la cama, en un saludo débil, la cara agrietada y gris, tensa contra las almohadas altas.

Emilio caminó hasta el fondo del pasillo bajo la luz cegadora de la mañana que se blanqueaba en los azulejos. En la sala de espera la mujer estaba de perfil contra la ventana y se dio vuelta al oírlo entrar.

–¿Pudo hablar con él?

–Apenas –dijo Emilio–. No conviene que...

–Sí, claro –dijo ella.

Se había sentado en un sillón cerca de una mesita baja y Emilio la veía mal, tapada a medias por un florero de loza, como despedazada por las flores de papel que le borraban la cara. La mujer llevaba un traje de fiesta, con puntillas y volados, amarillento en los bordes y arrugado como si siempre hubiera dormido vestida.

–¿Cómo se pueden explicar estas cosas? –dijo ella–. Parecía tan contento. Vino para llevarme a comer, y después de golpe quiso irse, quedarse solo. Se encerró, nadie oyó nada. –La mujer se interrumpió, los ojos opacos–. Había dejado esta carta para usted.

Emilio guardó el sobre blanco sin abrir en el bolsillo del abrigo.

–Una cómo podía saber –dijo ella–. Usted sabe cómo es él, siempre alegre, siempre haciendo proyectos. Nunca habla de cómo está, nunca dice. ¿Cómo me podía imaginar yo? –Se estiraba los puños del vestido, las puntillas envejecidas, hasta cubrirse el nacimiento de la mano–. Lo único fue, una vez, hace poco, le encontré un revólver en un cajón. Me asusté tanto y entonces me dijo que lo tenía para cuando empezara a dar lástima; lo dijo jugando como si un revólver fuera algo que... A veces pienso que yo tendría que haberme dado cuenta. Estaba

siempre tan solo. –La mujer se quedó callada, las puntas ennegrecidas del pelo amarillento entrándole en la cara–. De todos modos, aunque me hubiera dado cuenta, ¿qué iba a hacer?

–Nada –dijo Emilio–. No se preocupe.

–Él es así. Desde que lo conozco es así –dijo ella–. Usted debe saber, siempre solo, tan metido para adentro, riéndose de Dios y María Santísima.

–Sí –dijo Emilio–. Quédese tranquila.

–Yo. Sabe. A él yo lo quiero mucho –dijo la mujer, y empezó a llorar suavemente–. Porque a veces una, cuando un hombre... –dijo la mujer, desconsolada.

–No se preocupe –dijo Emilio–. ¿Por qué no va a descansar?

–Está bien –dijo ella–. Tiene razón.

Se levantó, sacudiendo el vestido de terciopelo color lila, gastado y pulcro, que le llegaba a media pierna, y miró a Emilio, insegura, agradecida.

–Yo voy a volver a la tarde –dijo–. Duermo un poco.

–Sí –dijo él–. Vaya tranquila.

La mujer se acercó torpemente y después se alzó en puntas de pie para besarlo en la mejilla.

–Adiós –dijo–. Perdóneme, estoy tan nerviosa.

Una mirada limpia y joven le blanqueaba la cara, como si en los ojos hubiera conservado, pese a todo, cierta confianza infantil y empecinada. «Ella también», pensó Emilio mientras la miraba irse. «Ella también como la otra: una mujer dócil, ridícula, fiel. Ella también.» Se sentía levemente mareado, el cuerpo blando. «No va a pasar nada», se obligó a pensar. «No puede haber nada peor que esto.» Encendió un cigarrillo y se quedó un rato quieto, fumando. Cuando las cortinas se movían infladas por el viento, alcanzaba a ver el arco oval de un zaguán cerrado que se perdía en un muro gris. «Parece una cárcel», pensó.

En ese momento la enfermera salió del cuarto de su padre.

–Quiero bajar a desayunar –dijo Emilio–. ¿Dónde puedo ir?

–Enfrente mismo de la clínica tiene un bar –dijo la mujer–. Vaya tranquilo, él va a dormir ahora.

El bar era grande y muy iluminado. Sentado frente a la ventana con persianas de aluminio, volviendo la cara hacia la tormenta que nublaba la mañana, Emilio pensó que todo iba a disolverse en esa lluvia: el dolor de su padre, los ojos claros de la mujer con vestido de fiesta. «Todo va a quedar limpio y nuevo», pensó.

Había pedido sándwiches y un café doble. El café estaba caliente y muy cargado. Lo tomó sin azúcar, sin dejarlo enfriar, y se sintió mejor. El bar estaba casi vacío. Un viejo, sentado en un banco alto contra el mostrador, tomaba ginebra y fumaba estudiando el programa de las carreras. Emilio prendió un cigarrillo y buscó la libreta de tapas negras en el bolsillo del abrigo. La abrió sin elegir: las páginas estaban cubiertas con una letra despareja y apretada. Lunes 12. Si es cierto que uno tiene que adaptarse a su contrario, leyó al azar, si esa es la «ley de la vida», esto se debe a que sentimos un horror instintivo a ligarnos con quien expresa nuestros mismos defectos, nuestro «modo de ser», etc. La razón es, evidentemente, que esos mismos defectos, esa misma mentalidad, descubierta en quien vive junto a uno, nos quita la ilusión –que antes habíamos cultivado– de que en nosotros existía un núcleo, digamos así, «original», diferente. Todo esto por mi encuentro de hoy con Julia. (Recordar: mientras me explicaba su sufrimiento, el dolor de su alma y me reprochaba porque se sabe que yo, etc., etc., tenía tiempo de estudiarse la cara en el espejo, feliz de estar tan bella. ¿No es la misma seducción que yo siento por las poses?: el escéptico, el dandy.) Dio vuelta las páginas hasta llegar a una hoja en blanco; cubriendo los primeros renglones

encontró lo que había anotado esa noche: Llueve a ratos, son las dos de la mañana. He comenzado a escribir sobre él en pasado, como si ya hubiera muerto, leyó ahora. Dejó un espacio y empezó a escribir: Sábado 18. Son las nueve de la mañana. Estoy en un bar frente a la clínica. Tres meses alcanzan para disolver a un hombre. Desde la última vez que lo vi, ¿qué ha quedado de él? Un fantasma que trata, siempre, de mantener la dignidad. Lo más siniestro es el sonido vidrioso de la respiración: se le pueden sentir los pulmones perforados. Nadie con él: solo esa mujer vestida con un traje de fiesta, arruinada, que parece recién salida de un dancing. Son las mejores, diría él, como si desde siempre le alcanzara con recibir esa ternura indiscriminada y primitiva. (¿Y yo?: en el viaje, una walkiria, desolada y ficticia. Aprendo rápido lo mejor de mi padre.) Levantó la cara y miró, del otro lado del vidrio, la figura de una muchacha que caminaba pegada a la pared, la cabeza gacha, haciendo fuerza contra el viento que hacía temblar la tela del paraguas. Desde acá puedo ver la entrada de la clínica, escribió ahora, el movimiento distante y sigiloso de los automóviles que cruzan la avenida bajo la lluvia. ¿El pensamiento consuela de todo? No sé. Quisiera dormir seis meses, hibernar en un sopor narcótico: despertar con la memoria limpia de toda acusación, libre para siempre de los ojos de los criminales, de los asesinados. (La retórica. Las óperas de Wagner.) La bala le ha rozado un pulmón. Solo puedo volver y estar con él para hacerle compañía. Triste consuelo. Cerró la libreta y volvió a guardarla. Después llamó al mozo. Era un hombre de cara angulosa y malvada, de ojos tristes. Tenía un defecto en la articulación del hombro derecho y contaba el dinero con una sola mano, moviendo los dedos con habilidad, el brazo rígido sobre la mesa.

5

En la entrada de la clínica sintió el calor seco que llegaba desde los radiadores. Subió en el ascensor junto a una mujer que acunaba a un bebé que lloraba sin consuelo. La mujer lo cubría con una pañoleta tejida y le golpeaba la espalda suavemente con la yema de los dedos.

Cuando Emilio salió al pasillo tardó un momento en comprender que la puerta abierta era la del cuarto de su padre. Adentro no había nadie, la luz del techo seguía encendida. La cama estaba deshecha; la ropa acomodada sobre una silla de metal. En el corredor vio venir a una enfermera muy joven, vestida con un guardapolvo celeste.

–¿Dónde se fue? Lo estuvimos buscando –dijo ella, y Emilio sintió un tirón sobre el costado izquierdo–. Su padre tuvo una hemorragia, está en la sala de terapia intensiva.

–¿Dónde es?

–Venga. Yo lo acompaño.

Cruzaron un corredor oscurecido y después de subir una escalera desembocaron en un hall amplio, iluminado con tubos fluorescentes. Detrás de una pared de vidrio, en una sala de paredes blancas, Emilio creyó ver a su padre, tendido en una camilla, entre dos biombos de tela.

–Voy a entrar –dijo.

–No se puede.

–Igual voy a entrar.

La mujer tenía una expresión serena, distendida.

–Está muy grave –dijo.

–Quiero verlo –dijo él.

–Venga.

Se acercó a un armario de puertas biseladas y le alcanzó un delantal. Emilio estiró los brazos y ella le ajustó el cinturón en

la espalda; después le ató una máscara de gasa en la cara.

–Ahora puede entrar –dijo–. Pero solo un momento, mientras vuelve el médico.

En la sala la luz es blanca, todo parece flotar en una neblina suave. Emilio se siente extraño con la máscara en la cara y con el delantal que le roza los tobillos. Su padre está en un costado, tendido, un tubo de goma le cubre la nariz y la boca: respira desesperadamente, la frente húmeda de sudor, los pómulos hundidos. Mira con expresión acorralada a la enfermera que cada veinte segundos le retira la máscara vigilando la presión del oxígeno. Emilio se acerca y busca la cara a su padre pero él no lo mira, los ojos fijos en la mano de la mujer.

–No puedo más –dice su padre con voz ahogada.

Emilio se obligó a seguir mirando esa figura consumida que temblaba entre las mantas. «Es él», pensó. «Es él, es mi padre.»

–No puedo más –oyó Emilio.

–Sí –dice la mujer–. Sí –dice, y conecta la válvula. Emilio escucha el silbido sofocado del aire que cruza por los tubos de goma–. Vamos, respire –dice la enfermera apretando el pecho del padre con las dos manos.

Emilio escucha un chasquido turbio como una ventosa y enseguida un silencio y enseguida un ruido parecido al de una tela que se parte. Su padre respira ahora con fuerza, los tendones de la garganta rígidos bajo la piel cuarteada.

–Usted no puede estar acá –dice la enfermera–. Vaya. Ahí está el doctor.

Emilio se mueve despacio, sin mirar la camilla. Cerca de la puerta está el médico. Tiene las dos manos alzadas y alguien le calza un par de guantes.

–Su padre ha tenido otra hemorragia –dice–. Está muy grave.

–¿Qué puedo hacer? –dice Emilio, sorprendido por el tono falso de su propia voz.

–Nada –dice el médico–. Esperar.

Antes de salir, Emilio se da vuelta: su padre es una imagen borrosa, la cabeza deformada por la máscara, el cuerpo como un arco sobre la camilla. «Es una hemorragia. La sangre no lo deja respirar.»

Emilio se quitó el guardapolvo y se acercó a la ventana. Eran las diez. Trataba de mantenerse tranquilo y no pensar. Abajo, una monja con la cofia al viento cruzaba el patio empujando un carro de dos ruedas cargado de ropa blanca. En la pared se escuchaba el rumor invisible del agua que saltaba por las cañerías. Del otro lado del vidrio veía la silueta pálida del médico y los travesaños de aluminio de la camilla donde estaba tendido su padre. Las enfermeras entraban y salían cruzando frente a él. Cuando volvió a mirar el reloj eran casi las once. Hundió las manos en el bolsillo del abrigo y sintió la textura de la carta de su padre y más atrás la superficie brillosa de la fotografía que le había dado la mujer de pelo colorado. En el techo se escuchó un ruido pesado, como si alguien arrastrara un mueble. «Una cama», pensó. «Alguien mueve una cama.» En ese momento vio al médico que empezaba a caminar hacia la puerta, quitándose los guantes. Emilio lo veía venir hacia él, hundido en la luz cruda, como en un sueño. «Parece un muñeco», pensó. «Un muñeco blanco, sin cara.» El médico empujó los batientes de la puerta con el cuerpo.

–Hicimos todo lo posible –dijo–. Era imposible operar.

Emilio sintió una pesadez metálica en la boca y una sensación de abandono y de frío. Le pareció que la voz de ese hombre llegaba desde muy lejos.

–No se quede acá. Mejor espere abajo –dijo el médico, que empezó a caminar hacia los ascensores.

Emilio se quedó solo en el hall. Todo parecía haberse detenido, coagulado en el aire tibio. Del otro lado de la pared de cristal estaba la camilla con el cuerpo de su padre, una sombra frágil y consumida, disuelta en la luz agria. Le habían tapado la cara con una toalla blanca. «Clínica Yeres. 441», leyó Emilio. «Son las doce», pensó. Dos enfermeras cruzaron frente a él. «Paga puntual», dijo una. «No sé. Yo que vos desconfiaba», dijo la otra. «Ya son las doce», volvió a pensar Emilio, inmóvil en medio de la sala vacía. «Ahora tengo que bajar.» Le pareció que no iba a poder moverse.

En los descansos de la escalera se oían voces, risas sofocadas que llegaban desde algún lado. Cuando llegó al hall de entrada, el médico salía del ascensor.

–Va a tener que ir a la administración, Renzi –le dijo–. Tiene que firmar, usted sabe.

–Sí –dijo Emilio.

El médico se había quitado el guardapolvo y llevaba un abrigo en el brazo. Era un sobretodo de corte antiguo, con solapas redondas y botones de nácar.

–¿Qué edad tenía su padre?

Emilio trató de recordar.

–Cincuenta y cinco –dijo al azar.

–Usted hizo todo lo posible –dijo el médico.

–Sí –dijo él.

–En el primer piso –dijo el médico–. Hay un mostrador al fondo del pasillo.

–Está bien –dijo Emilio–. Primero quiero salir a tomar algo.

–Quédese tranquilo. Usted hizo todo lo posible –volvió a decir el médico, alejándose.

En la calle el aire está sucio, licuado en una niebla turbia. En la otra vereda han prendido las luces del bar y una claridad lechosa brilla en las hendijas que dejan las cortinas mal

cerradas. Emilio no se decide a cruzar y empieza a caminar pegado a la pared, con la lluvia en contra, protegido por la ochava de los edificios. Lúcido, temblando de frío, imagina el cuerpo de su padre tendido entre las flores en un salón vacío de pisos encerados; sentada en una silla, sola, la mujer vestida de fiesta llora bajo la luz enfermiza. Las llantas de los automóviles hacen un ruido suave en el cemento mojado. Emilio se detiene bajo el toldo de una tienda. En la vidriera hay un maniquí de alambre cubierto con una enagua de seda color rosa. Enciende un cigarrillo cubriendo el fósforo en el hueco de la mano. Siente el rumor de la lluvia en la lona y el humo tibio entrando en los pulmones. Del otro lado de la calle se abre una plaza, amplia, geométrica. Cerca de la esquina hay una parada de taxis. Uno de los choferes revisa el aire de las gomas. Al fondo los árboles se agitan sin ruido. Los vidrios del semáforo parecen arder en la neblina. Espera el cambio de luces y empieza a cruzar. Siente un suave dolor en la nuca y los ojos le queman. Mira la hora y entra en un taxi. «Son las doce y veinte», piensa. El chofer maneja con una sola mano, el cuerpo esquinado contra la ventanilla. La ciudad se aquieta bajo el agua, en la luz indecisa del mediodía. Querido hijo: era difícil para nosotros hablar, pero sé que siempre me has querido y nunca me juzgaste. Te pido que tampoco ahora me juzgues. Sobre estas cosas no hay nada que decir. Simplemente se trata de tener un poco de coraje o ni siquiera eso. Estoy muy cansado, tan cansado como nadie puede imaginar. Soy un hombre que ha tratado de vivir la vida que le pareció más justa. He fracasado en muchas cosas pero no me arrepiento de nada. Tengo algunos libros que quisiera quedaran para vos. También me gustaría que usaras mi reloj. El resto es poco: servirá para cubrir los gastos que te pueda ocasionar. No quiero ninguna ceremonia, no quiero flores. Quiero que mi cuerpo

descanse directamente en la tierra como, según creo, hacen los judíos. Estoy tranquilo, son las seis de la tarde. Te abrazo fuerte contra mi corazón. Me hubiera gustado verte una vez más. Tu padre. Cuando terminó de leer fue rompiendo la carta en pedazos desiguales, suavemente, dejando flotar los papeles en el viento húmedo. Viajó mirando las calles que se abrían como túneles, hasta que el taxi se detuvo frente a un edificio con paredes de cristal. En el espejo del ascensor se miró la cara. Cruzó el pasillo alfombrado. Una ventana se abría contra la pared del fondo. Abajo la ciudad era una superficie blanca. En medio de los edificios se veía el mar. La mujer tardó en abrir pero cuando apareció le sonreía, sin asombro, desmelenada y somnolienta.

–Bueno, bueno –dijo, y movió su cuerpo blando para dejarlo entrar–. Qué sorpresa.

El departamento estaba casi vacío, alumbrado por la luz verdosa de una lámpara desnuda que colgaba del cielo raso. La mujer cerró la puerta y giró hacia él alzando su dulce cara de muñeca.

–¿Viniste a traerme suerte? –dijo.

–Sí –dijo Emilio, y la abrazó–. Sí.

Una música sofocada llegaba desde una radio entre las mantas de la cama deshecha.

–¿Te gusta? –dijo ella–. Es la Tosca de Puccini.

El Laucha Benítez cantaba boleros

1

Nunca llegaré a saber del todo si el Vikingo intentaba contarme lo que realmente sucedió esa madrugada en el club Atenas, o se quería sacar de encima la culpa o estaba loco. La historia de cualquier modo era confusa, deshilvanada: pedazos de su vida, el desconsolado saludo de guerra de los escandinavos y un estropeado recorte de El Gráfico, envuelto en trapos, con la finísima y luminosa cara del Vikingo mirando la cámara de frente.

De salida yo había sospechado que algo no andaba en la historia que contaban los diarios, pero si tuve alguna esperanza de que él mismo descifrara los hechos, se me borró no bien lo vi llegar, receloso, la piel de la cara llagada por el sol, escondiendo las manos en el pecho, con un aire obsesivo y brutal. Se movía despacio, en un bamboleo suave y era fatal acordarse, con melancolía, de ese modo suyo tan indolente de caminar el ring para entrar en distancia, de su elegancia natural para salir pegando y hacer juego de cintura sin dejar el infaitin. Estaba allí, arrinconado, la espalda contra la pared, medio perdido, y miraba sin ver en el fondo del pasillo la última luz de la tarde, disuelta ya entre los álamos y las rejas del hospicio. Le alcancé un cigarrillo y él ahuecó las manos para resguardar la llama, sin tocarme, avergonzado por los lamparones de suciedad que le teñían la piel; fumó, abatido, hasta casi no poder despegar la brasa de los labios, y después se quedó quieto, con los ojos vacíos, y de golpe estaba hurgueteando en los bolsillos de la camisa, desenterrando un montón de trapos que fue abriendo con prolijidad hasta encontrar el ajado recorte de El Gráfico donde se veía su cara, joven y borrosa, al lado de la cara de Archie Moore. Me estiraba el papel, respirando con la boca abierta, hablando dificultosamente, con una voz gutural,

incomprensible, amontonando sin orden las palabras hasta que sin querer se quedaba callado y me miraba, como esperando una respuesta, antes de comenzar de nuevo, regresando una y otra vez a esa madrugada en el club Atenas de La Plata, al cuerpito destrozado del Laucha Benítez tirado en el piso, boca arriba y como flotando en la temblorosa luz del amanecer.

De algún modo toda esta historia va a parar al club Atenas; la historia o lo que vale de ella empieza allí la tarde en que el Laucha Benítez se arrimó a la figura desolada y feroz del Vikingo y en una prueba de lealtad, de imprevista lealtad hacia ese monstruo estrafalario, él, con su cuerpito escuálido y su cara de monito titi, se acercó a los otros, a los que acosaban al Vikingo, y les arrebató el trofeo, la única insignia o escudo heráldico que el Vikingo había logrado conquistar en años de batallas perdidas y fracasos heroicos. Los ahuyentó, embravecido, a punto de largarse a llorar y después se arrinconó junto al Vikingo y trató de sosegarlo, sin saber que se estaba buscando la muerte.

Nadie sabrá jamás lo que pasó, pero es seguro que el secreto hay que buscarlo en ese desvencijado club de box que alza sus paredes carcomidas y su techo a dos aguas en el fondo de una calle vacía: allí, una tarde de mayo del 51, el hombre que años después se verá obligado a hacerse llamar el Vikingo se calzó por primera vez un par de guantes, tiró hacia adelante la pierna izquierda, levantó las manos, se puso en guardia y empezó a boxear.

Introvertido y delicado, era ágil, rápido y demasiado elegante para ser eficaz. Se movía con la soltura de un liviano y todos elogiaban la pureza de su estilo, pero era imposible ganar con esos golpes que parecían caricias. En el fondo no había nacido para boxeador y menos para peso pesado, con su dulce rostro de galán del cine mudo, con su figura espigada y

romántica hubiera hecho mejor papel en cualquier otro lado, pero era boxeador sin haberlo elegido, fatalidad de nacer con ese cuerpo espléndido y cerca del club Atenas. Daba tristeza verlo aguantar, impávido y sin sombra de duda, las arremetidas confusas de los brutales mastodontes de la categoría. Era más bien un hombre para boxear entre livianos, a lo sumo con algún peso welter; de todos modos, inexplicablemente y en una especie de traición que lo llevaba al desastre, su cuerpo estricto como un junco siempre pasaba los noventa kilos aunque él se matara de hambre. No llegó a ningún lado y nunca tuvo otra virtud que la pureza de su estilo, una loca obstinación para asimilar el castigo, un empecinamiento, un orgullo que lo obligaba a seguir en pie y arremetiendo aunque estuviera destrozado.

La culminación de su carrera la alcanzó una tarde anónima: una tarde de agosto del 53, en el gimnasio iluminado a medias y vacío del Luna Park, en la que se aguantó de pie frente a Archie Moore, en la única sesión de entrenamiento que el campeón del mundo hizo en Buenos Aires antes de pelear con el uruguayo Dogomar Martínez. Fue una tarde vertiginosa que después siempre le dolió recordar. Nadie se atrevía a ser sparring de Archie Moore y él se decidió porque aún conservaba inalterable esa cualidad, digamos adolescente, de despreciar los riesgos y confiar sin la menor vacilación en la fuerza de su insensata voluntad. Ilusionado, pensó que era su chance, se convenció de que era capaz de pelear de igual a igual, durante cinco rounds de tres minutos, con esa perfecta máquina de hacer box que era Archie Moore.

Estuvo mucho tiempo solo, sentado en un rincón, cerca de las duchas, esperando. Miraba la luz grasienta que bajaba de los focos enrejados y se mezclaba con la claridad de la tarde, sin pensar en nada, tratando de olvidar que Moore era, en ese

entonces, uno de los tres o cuatro boxeadores más grandes de la historia del box. Durante un momento le pareció que se dormía, acunado por el sonido confuso de los hombres que se movían al fondo, pero de golpe llegaron los fotógrafos como un torbellino y se encontró encima del ring con Archie Moore enfrente. Empezaron liviano, haciendo cambio de frente y trabajo en las sogas. Moore era más bajo, usaba guantes rojos y botitas de terciopelo. El Vikingo se sentía muy duro, atado, demasiado atento a lo que pasaba afuera del ring, a los fogonazos que caían imprevistamente no bien Moore se movía. Además sentía curiosidad más que miedo. Ganas de saber hasta dónde le iban a doler los golpes de un campeón del mundo. Al rato Moore lo había acorralado dos veces, pero las dos veces consiguió zafarse haciendo juego de cintura. El campeón quedó descolocado, de cara al vacío, y dejó de sonreír. El Vikingo empezó a darle vueltas alrededor, siempre fuera de distancia, y Moore lo punteaba de zurda, quieto, hamacándose, y de repente se le iba encima con una velocidad fulminante. El Vikingo no hacía otra cosa que mirarle las manos, tratando de anticipar, con la oscura sensación de que el otro adivinaba lo que iba a hacer. En una de esas se movió un poco más despacio y Moore lo cruzó con dos derechas y una izquierda abajo y al Vikingo le pareció que algo se le quebraba adentro. Moore lo tocó suave con la izquierda, como queriendo tomar distancia, amagó dar un paso al costado buscando perfilar la derecha y cuando el Vikingo se movió para cubrirse la zurda de More bajó como un latigazo y lo encontró a mitad de camino. Al Vikingo se le nublaron los ojos, levantó la cara buscando aire pero solo vio los globos de luz del gimnasio que daban vuelta. Moore se ladeó, sin tocarlo, esperando que se derrumbara. El Vikingo sintió que se le cruzaban las piernas, se hamacó para dejarse ir pero se sostuvo de algún lado, del aire, vaya a saber de dónde

se sostuvo, lo cierto es que cuando bajó la cara estaba otra vez en guardia.

A partir de ahí Moore lo empezó a buscar en serio, para tirarlo. Cuando estaban en el centro del ring y había espacio el Vikingo se las arreglaba con el juego de piernas, pero cada vez que Moore lo acorralaba contra las sogas tenía ganas de levantar los brazos y ponerse a llorar. Al rato navegaba en una niebla opaca, sin entender cómo podían pegarle tan fuerte, toda su energía concentrada en no despegar los pies de la tierra: única certidumbre de que aún estaba vivo. Trataba de mantenerse fiel a su estilo y salir boxeando pero Moore era demasiado veloz y siempre llegaba antes. Hacia el final había perdido todo, menos ese instinto fatal que lo llevaba a buscar la salida más clásica y conservar cierta elegancia pese a estar medio ciego, deshecho por los golpes cruzados y la combinación de jab y apercá que lo frenaban como si continuamente chocara contra un muro. A esa altura el mismo Moore parecía un hombre piadoso, obligado a pegar porque ese es el trabajo, con un suave relámpago de respeto y consideración alumbrando sus ojos levemente bizcos, una suerte de ruego, como si le pidiera que se dejara caer para no seguir golpeándolo.

Cuando todo terminó casi no se dio cuenta. Siguió cubriéndose y no bajó los brazos ni siquiera al ver subir a los fotógrafos, como si tuviera miedo de que pensaran que Moore había podido noquearlo al final. Recién cuando alguien lo puso al lado de Moore y vio enfrente a un fotógrafo, comprendió que había logrado resistir: entonces miró la cámara, se puso rígido y trató de concentrarse para no cerrar los ojos cuando llegara el estallido del flash. Bajó del ring pensando cada gesto, atontado por el dolor pero invicto y satisfecho, habiendo adquirido para siempre una fatal confianza en su valor y su hombría, como si realmente hubiera peleado con Moore por el título mundial,

entre mareas de embriagadora fama y sin ver el vacío, la pálida, enfermiza claridad que diluía los rostros, la silueta de los hombres que rodeaban a Moore, sin que nadie se ocupara de él, solo como nunca volvió a estarlo.

2

En los cinco años que siguieron no hubo otra cosa que una larga sucesión de masacres heroicas, en las que únicamente tuvo para ofrecer la extraña belleza de su rostro que a menudo llenaba de inquietud a las señoras del ringsái y una torva altivez, una manía de perfección, imperceptible para alguien que no estuviera con él entre las sogas. Claro que la emoción de las señoras del ringsái fue siempre una ansiedad secreta y ninguno de sus rivales resultó un caballero capaz de respetar ese orgullo suicida.

De modo que su campaña se cortó, sin sorpresas, una noche de febrero del 56, en el club Atenas. En ese galpón casi desierto boxeó por última vez, enfrentando a un desconocido brutal y de mirada turbia, que lo persiguió diez rounds tirándole lerdos mazazos, frente a los que él solo oponía la absurda perseverancia y la fútil pureza de su estilo, un elegante juego de cintura que parecía destinado a encontrar todos los golpes que anduvieran sueltos por el aire. Cayó cuatro veces pero terminó de pie, borroso y tambaleante, la vista fija en el vacío. Cuando sonó la campana lo arrastraron a su rincón y él los miraba, arisco, los ojos muy abiertos, como alucinado o dormido, la cara rota, borrada por la sangre.

Nunca decidió dejar el box, porque para hacerlo tendría que haber dudado de sí mismo y era inútil esperar que hiciera eso; sencillamente dejaron de ofrecerle peleas, lo miraban rondar las oficinas de los promotores, lo veían llegar todas las

mañanas al gimnasio con su bolsón de mano y empezar a entrenarse, terco, incansable, inspirando esa piedad irritada que suele provocar la sobrevaloración y el exceso de confianza. Seguro de sí y arruinado, jamás pidió otra cosa que una chance para volver a pelear y demostrar lo que valía. Al final, cuando estaba por morirse de hambre, alguien lo sacó del letargo y lo enganchó como luchador profesional en una troupe de catch. Allí, al menos, servía de algo su mirada grisácea, su cara delicada y aristocrática; subía al ring con una barba roja que lo avergonzaba y una especie de casco con cuernos para justificar el nombre de batalla. Tenía que abrir los brazos e inventar un rito aparatoso que, según el promotor, era el saludo vikingo. Lo hacía mal, torpemente, y sin darse cuenta trataba de estar siempre de espalda al público, como no queriendo que lo reconocieran.

La troupe andaba de gira por el interior y él se pasaba las tardes encerrado en los cuartos desvencijados de tristes hotelitos de provincia, tirado boca arriba en la cama, esperando la noche, esperando los saltos absurdos y las risas, sin otro consuelo que el de desenterrar, de vez en cuando, el amarillento recorte de El Gráfico en el que aparecía su cara invicta y joven, al lado de la cara de Archie Moore. Se pasaba las horas alisando el papel contra la mesa tratando de borrarle las arrugas que le iban deformando la cara en la foto, tajeando su hermosa cara rubia que parecía haber envejecido, cuarteada en el papel quebradizo.

Todos lo soportaban porque les era útil, porque su expresión melancólica y su figura altísima, de melena rojiza y barba al viento, atraía al público, que no parecía notar su torpeza, su aire ausente que mostraba a las claras que estaba a miles de kilómetros de ese cuadrado de soga levantado en medio de una plaza.

Para disimular su indiferencia terminaron diciendo que era sueco o noruego, que no hablaba una palabra en castellano, y esa fábula, inventada para fortalecer el mito, favoreció su hosquedad, su silencio. Al tiempo, todos terminaron por creérselo, hasta el que lo había inventado, y quizás él mismo se convenció de que había nacido en algún remoto país del que solo le quedaba una nostalgia vaga.

Anduvo en eso más de dos años en los que apenas si habló con los otros, arrinconado y siempre solo, atrapado por la vertiginosa y monótona sucesión de pueblitos, de caras brutales y saludos vikingos, y nadie se extrañó cuando desapareció de improviso, una tarde. La troupe había desembarcado en La Plata y él se fue sin avisar, súbitamente, como obedeciendo a un llamado, sin llevarse otra cosa que una vieja valija de cartón, el seudónimo que conservaría hasta su muerte y la barba iluminándole la cara. Caminó por las calles desiertas, en el ardiente calor de la siesta de febrero, enfundado en una tricota negra de cuello volcado, llamando la atención con su cuerpo tan alto, con su figura estrafalaria, sin mirar a la gente que se daba vuelta para ver pasar a ese gigante rubio; atravesó el espeso y dulce aroma de los tilos y buscó el club Atenas como quien vuelve a casa después de una tormenta. No tenía otra cosa para ofrecer más que su misma obstinación, pero se quedó hasta hacer estallar la tragedia.

Fue allí, después de cruzar el hall desmantelado del Atenas y agacharse para trasponer la puertita que daba al gimnasio, cuando vio por primera vez el cuerpo diminuto del Laucha Benítez. El chico, un peso mosca de diecisiete que prometía mucho pero que no se decidía entre su innato talento para el box y sus ganas de ser cantor de boleros, estaba al fondo, perdido entre las sogas y el olor de la resina, y, según dicen, apenas hizo un gesto, un leve balanceo, y ese fue su modo de

decirle que lo estaba esperando desde siempre. Los dos se miraron, casi inmóviles, y después de un instante el Laucha siguió golpeando con sus manitas delicadas una bolsa de arena más alta que él, todo el rostro concentrado en el esfuerzo por parecer feroz. El Vikingo siguió caminando hacia el medio, como si lo buscara, mientras el Laucha se abrazaba a la bolsa de arena y lo veía acercarse, fascinado ya por esa figura a la que el sol de la siesta bajando por los cristales empañados otorgaba un aire fantasmal. Se lo quedó mirando, una leve sonrisa aquietada en su boquita de mujer, como si entreviera la altivez y el furor secreto del Vikingo, o mejor, como si adivinara que ese furor y esa altivez le estaban dedicados.

Tal vez por eso, de allí en adelante, el Laucha fue el único que pareció reparar en la existencia del Vikingo. Cautivado, atento a sus menores gestos, lo vigilaba, emitiendo extrañas señales, muecas, murmullos, equilibradas representaciones en las que su cuerpo adquiría la armonía y el fulgor de una pequeña estatua. Estas celebraciones culminaban cuando el Vikingo estaba cerca: entonces el Laucha dejaba lo que estuviera haciendo, echaba la nuca hacia atrás, clavaba sus ojos en la cara desolada del Vikingo y con su voz aguda, tristísima y casi de mujer, cantaba uno de los boleros de la época de oro, en el estilo de Julio Jaramillo.

El Vikingo no parecía escucharlo o saber que existía, como si se moviera en otra dimensión, siempre ausente. Se arrinconaba con los ojos perdidos y pasaba las horas, aturdido por el rumor del gimnasio, sin hacer otra cosa que cambiar de posición de vez en cuando. A veces, sin embargo, parecía excitado, se movía nervioso con un brillo azul en los ojos, y de pronto, en los momentos más inesperados, lo asaltaban extrañas inquietudes, temblaba levemente, empezaba a murmurar en voz muy baja, agitado y manoteando el aire, hasta

terminar enfurecido, contando en un tono indescifrable una historia confusa: la historia de su sesión de guantes con Archie Moore. Repetía los movimientos boxeando solo, agazapado y en guardia, largando al vacío lerdos mazazos tímidos. Saltaba o se movía, pesado, torpe, tratando de rescatar algo de todo aquello, siquiera una visión fugaz de ese pacto con Moore, de ese loco, insensato y nunca valorado heroísmo. El resto (todos los que usaban el Atenas como templo de sus esperanzas, de sus catástrofes) le formaban un círculo, lo excitaban con gestos de aliento, con risas, sabiendo que al final, indefectiblemente, sudoroso y cansado, respirando con la boca abierta, con ademanes lerdos y cuidados, hurguetearía en su camisa hasta encontrar el recorte de El Gráfico que sostendría con firmeza pero lejos de su cuerpo, con un gesto de tristeza, de abatimiento y de secreto orgullo.

El Laucha era el único que parecía impresionado, el único que miraba la foto del recorte, la cara del Vikingo un poco magullada que se alcanzaba a descifrar en el pedazo de papel. Los demás hacían bromas, se reían, mientras el Laucha se alejaba, parecía esconderse, refugiarse en un rincón, y desde allí vigilaba a todos los que se amontonaban alrededor del cuerpo vacilante del Vikingo. Asustado, sin animarse a intervenir, miraba con dolor al Vikingo, que intentaba contar de cualquier modo aquella pelea, la fulminante velocidad de Moore y sus botitas de terciopelo.

Y esa tarde, cuando alguien le arrancó el pedazo de papel, el Vikingo se quedó quieto, como sin entender, y después pareció que algo le nublaba los ojos porque se cruzó una mano por la cara y de golpe estaba en medio de ellos, sin ver al Laucha que a su lado, enfurecido y diminuto, los insultaba y los hacía retroceder, hasta que al final se dio vuelta hacia el Vikingo y lo rozaba apenas con la palma de las manos, despacio, arreándolo

como si fuera un gran animal enfermo. Lo llevó hacia un costado, lejos de los demás, y empezó a hablarle en voz baja, arrullándolo, mientras el Vikingo dejaba de moverse y de gemir, sosegado ya, los ojos perdidos en el aire, la hermosa cara en paz.

Desde ese día empezaron a andar siempre juntos, separados del resto. Se arrinconaban al fondo del gimnasio, quietos, sin hablar, y de golpe el Laucha empezaba a cantar los boleros, muy bajito, solo para el Vikingo, dejándose ir en los agudos como si fuera a desarmarse.

En ese tiempo, según dicen, el Vikingo pareció renacer. Empezó a entrar en el ring con el Laucha y le servía de sparring. Algunos atribuyen a esto la causa de todo, hablan de accidente, de una mano incontrolada. De todos modos, era cómico verlos cambiar golpes, el Laucha menudo, casi un chico, saltando ágilmente, con su cara de monito titi, y al lado la mole encorvada del Vikingo moviéndose pesadamente. Uno solo de los golpes del Vikingo hubiera bastado para quebrar en dos al Laucha, que sin embargo entraba en el ring seguro y pavoneándose, como un domador en la jaula de los osos. Se ponían en guardia y empezaban un simulacro de combate, el Vikingo plantado en el centro, el Laucha bailoteando alrededor. El Vikingo lo golpeaba con delicadeza, como si lo acariciara, y ponía la cara impunemente, orgulloso de haber recuperado su fabulosa resistencia al castigo. Al fin el Laucha se cansaba de pegar y se dedicaba a hacer soga. El Vikingo se sentaba en un costado, los ojos quietos en la cara del otro, tenso por el esfuerzo, todo el cuerpo brilloso de sudor.

Cuando caía la tarde los dos se metían juntos en las duchas; desde afuera se escuchaban los chillidos del Laucha que se demoraba horas bajo el agua, cantando con los ojos cerrados, mientras el Vikingo se vestía y lo esperaba, tendido sobre uno

de los bancos de madera sin respaldo, las manos en la nuca, dormitando hasta que el Laucha aparecía, la piel azulada, oliendo a jabón de coco, y empezaba a vestirse, elegante y teatral, haciendo muecas frente al espejo empañado. Los dos salían a caminar por la ciudad en el atardecer, y la gente se paraba a mirarlos como si vinieran de otro mundo, el Laucha con su pinta de jockey pero vestido como un dandy, caminando al lado de ese gigante melancólico, de melena rojiza.

Terminaban siempre en los alrededores de la estación de trenes, sentados frente a una mesa, en la vereda del bar Rayo, bajo los árboles, tomando cerveza negra y respirando el aire suave del verano. Se pasaban las horas ahí, mientras crecía la noche, mirando el movimiento de la estación, adivinando la llegada de los trenes por el aluvión de gente que cruzaba junto a ellos. No hablaban, no hacían otra cosa que mirar la calle y tomar cerveza, tranquilos, como ausentes, hasta que al fin, sin que ninguno de los dos dijera nada, se levantaban y se iban, guiados por el Laucha, que miraba atentamente a un lado y a otro antes de cruzar, caminando siempre un poco atrás del Vikingo, como si lo arreara entre los autos.

Así pasaron lo que quedaba del verano: cada vez más aislados, perfeccionando entre los dos el final secreto de la historia. Todos opinan que en ese tiempo el Laucha se quedaba a dormir en el Atenas. Incluso llegaron a verlos, una mañana, durmiendo juntos, la cabeza del Laucha apoyada en el pecho del Vikingo, que parecía acunar una muñeca. De todos modos nadie previó o pudo saber lo que pasó esa noche: se vio luz en el club hasta la madrugada y alguien escuchó la voz aguda y suave, desafinada, del Laucha cantando «El relicario». Un viento espeso sopló toda la noche, arrastrando el olor a madera quemada del río. Pareció extraño que nadie saliera a abrir; la puerta estaba rota, como si el viento la hubiera desencajado, y

del otro lado, en la temblorosa luz del amanecer que se filtraba por las ventanas, encontraron al Laucha agonizando, destrozado a golpes, y al Vikingo en el suelo, llorando y acariciándole la cabeza sucia de sangre y polvo. Todo el gimnasio vacío, el suave murmullo del viento entre las chapas y al fondo la figura encorvada del Vikingo abrazado al cuerpo del Laucha, que tenía la cara destrozada y una sonrisa en su boquita de mujer, como una oscura señal de amor, de indolencia o de agradecimiento.

La caja de vidrio

a Juan José Saer

Después del accidente Rinaldi y yo estamos siempre juntos. Ahora, por ejemplo, está sentado ahí, hundido en la sillita baja, respirando con dificultad. No habla pero estudia mis reacciones. Un poco sofocado me apunta con su perfil de pájaro. Huele a tabaco y a agua estancada. Estoy convencido de que ha visto todo. La noticia salió en los diarios: no dicen nada de mí, apenas una referencia imprecisa. Fue un accidente. Las cosas hubieran sucedido igual de no haber estado yo. El chico jugaba en la plaza y la torre ardía bajo el sol. Recuerdo los hechos como en un sueño. Un momento de debilidad y la vida de un hombre pierde todo su sentido. La tarde es clara y suave. En las macetas el olor de los claveles hace pensar en la muerte. Nos miramos en silencio. Ningún remordimiento, solo un vago temor, impersonal, casi anónimo. Hablo en presente, es tan fácil hablar en presente cuando ya nada se puede cambiar. «Anoche», dice Rinaldi de pronto, «me pareció que usted se quejaba en sueños.» Yo le sonrío con mi rostro más dulce. Una música dócil viene de la azotea; se entrevera y se pierde en el rumor de la ciudad. En la pieza hace demasiado calor. Aquí el aire es apacible. ¿Qué es lo que realmente ha visto Rinaldi? Eso no lo sé. En la plaza Genz, el gentil, distendido sobre el banco de madera, adopta un tono distante. Conozco sus maneras y no me sorprende esa expresión ladina, como de alguien que ha tendido una trampa. Cuando comprendo lo que va a hacer ya es demasiado tarde. La oscuridad está en nuestros corazones. Cito de memoria; no hay otra cosa. Puedo estar tranquilo. ¿Puedo estar tranquilo? Me engaño adrede. ¿Por qué se empeña, si no, en registrar los acontecimientos? Guarda el cuaderno en una caja sin llave. Anota pensamientos, situaciones turbias, opiniones sobre mi persona. Hoy salimos a caminar. Él con aires de importancia, yo dúctil y suave. Vamos al salón de baile que está en Rodríguez Peña y Sarmiento. Piso encerado,

espejos que se multiplican en las paredes. Mujeres que huelen a perfume barato, a madreselva. Se compran tikes. Cada baile cuesta mil pesos. Genz elige las canciones melódicas para lucirse. Aire soñador. Baila toda la noche con una mujer altiva, de pelo renegrido.

Rinaldi es de nacionalidad uruguaya. Habla siempre de Tacuarembó. Su padre era ciclista profesional. Campeón de la Banda Oriental. Una tarde me mostró la tricota amarilla: Club Wanders. Vivimos juntos desde hace un año pero es poco lo que conozco de él. Salió de la nada, de la penumbra benigna de un bar donde tomaba, una detrás de otra, hondas jarras de cerveza negra, disuelto en el sosegado aleteo de los ventiladores a paleta. Camisa rayada, tiradores de seda y un brillo blando en sus ojitos de gato. Habla con un jadeo asmático. «¿No gusta (jadeo) tomar (jadeo) una cerveza (jadeo)?» (Él también ha escrito sobre mi modo de hablar. En el América donde voy a menudo a jugar al ajedrez encuentro siempre a un hombre muy flaco, de una timidez enfermiza y que habla tan bajo que nadie sabe lo que está diciendo. Por delicadeza se le contesta al azar y así sigue el diálogo. Por fin ayer –yo estaba un poco bebido– le digo: «Sabe, Genz, que usted jamás ha hablado con nadie en su vida. Todos le mienten.» Se sorprendió y respondió con un susurro que no alcancé a oír.) Yo estaba solo en ese tiempo, perdido en la ciudad. Un hombre invisible que anda por el mundo sin ser notado. Quería empezar de nuevo. Quería empezar a vivir. Rinaldi se ocupó de mí. Fue como si siempre me hubiera conocido. Me miraba amistosamente, una sonrisa endulzando su rostro agrietado, y yo me sentía feliz. Por eso lo traje a la pensión, por eso me decidí a compartir con él mi pieza. ¿Habrá que decir que soy un sentimental? Más bien un hombre débil que jamás supo cuidarse. Yo no sé nada de Rinaldi. Ahora me doy cuenta, ahora que necesito saber algo de

su vida. Es difícil hacerlo hablar de sí mismo. Se ríe de las confesiones y de la sinceridad. No tengo costumbre de contar lo que me sucede –ha escrito en su diario–. Debe de ser por orgullo y también a causa de mi torpeza. No quiero secretos ni estados del alma; no soy una virgen para jugar a tener vida interior.

Muy al principio, sin embargo, me mostró la foto de una mujer de rostro grave que se mató, según dijo, de amor por él. Habíamos salido juntos a cenar y de pronto empezó a hablarme de ella. Una historia confusa, deshilvanada. Creí que era un alarde. ¿A quién no le gusta pensar que ha hecho morir de amor a una mujer? Después (hace tres meses, cuando empecé a leer su diario) encontré entre sus papeles una carta. Nunca nos encontramos como debimos encontrarnos, cristal soñador. Determinada y de tal manera sujeta, amigo mío, ¿puede conformarse una vida así? No es tan injusto entonces que abandone los amaneceres y los atardeceres (que hace tiempo ni me molesto en ver, por otra parte) y el canto de los pájaros (nunca quise a los pájaros) o la íntima satisfacción de ver a mis hijas vistiéndose para ir a bailar (igual lo harán sin mí; aunque yo viva, igual tendrán falta de algo o se refugiarán en el recuerdo de una niñera a la que querían –van a decir, dirán– más que a su propia madre). Siempre supiste darme las explicaciones de las cosas y eran ciertas las explicaciones que me dabas; por mi parte prefiero imaginar, en lugar de saber, las razones por las cuales no sobrevivo al acontecimiento; no tengo dieciocho años, ni veinticinco, ni siquiera treinta y tres. Todas las cosas que ha soportado mi cuerpo: el alcohol, los remedios para el alcohol. ¿Qué más da? Podrás entender, también ahora. Pero si sobreviviera (o sobreviviese), imagino tu sonrisa. Trataré de evitarte toda incursión (todo refugio) en la ironía. Siempre. Tu Dalia. Una mujer que tiene nombre de flor. A

veces pienso que esa historia puede servirme. Siempre un suicidio encierra la historia de un crimen. Quizás debo escapar, viajar al Uruguay, averiguar los detalles. Todos somos culpables de algo. No solo yo. Conocer sus secretos, como él conoce los míos. Iba a dejarle la pieza. Se lo dije, elegí el momento. Ahora ya es tarde, ahora estoy en sus manos. Frase ridícula. Irme. Buscar otro refugio en la ciudad para meter mi cuerpo. Volver a estar solo. Nadie que me vigile y se despierte en la noche para escuchar mis sueños. Estuve semanas pensando. Soy un pusilánime. Carezco del valor necesario para elegir entre dos alternativas. Por eso sucedió todo. El accidente, quiero decir. Lo recuerdo (ya lo he dicho) como si fuera un sueño. La plaza, los canteros de pedregullo, la caja de vidrio, el ruido de los zapatos de Rinaldi en los canteros de pedregullo. Recuerdo, sí, el calor agrio, el vaho que incendiaba la ciudad. Rinaldi andaba por la pieza, medio desnudo. Se paseaba de un lado al otro, como un bicho, engordado por la cerveza y el aburrimiento; de un lado al otro, hasta que se detuvo contra la claridad mustia de la ventana y me dijo que necesitaba dinero. Una inesperada contingencia lo había obligado a empeñar su traje de verano. Me rogó que le prestara algo de plata para recuperar el traje porque tenía que encontrarse con una mujer. Me habló de ella con sorna, falsamente. Una muchacha de diecisiete años, rubia, de ojos celestes, que tocaba el piano. Tendido en la cama, yo miraba su cara corroída, nublada por la claridad de la mañana. «La chica», decía él, «se llama Nuty, me espera en una casa con jardín, me siento entre las flores, bajo la glorieta, y ella toca el piano para mí. Toca Chopin, toca Mozart, Beethoven.» Caminaba por la pieza, sudado y turbio, y yo lo dejaba hablar. Por fin le dije que iba a darle el dinero. «Voy a darle el dinero», le dije, «pero además quiero avisarle que me voy a ir. Le dejo la pieza.» Rinaldi se rozó el pecho con la palma de la

mano, atento, escéptico. «¿Avisarme?», dijo, y empezó a sonreír. «¿Me va a dejar la pieza?» Hubo como un latido maligno en sus ojitos de gato, un brillo sin sentido en mitad de su cara. «Bien», dijo, «bien.» Abrió el ropero y buscó su único traje, un traje de franela príncipe de Gales, y empezó a vestirse. «Tengo otros planes», le dije. «¿Se da cuenta?» «Claro, sí, otros planes», dijo él junto a la puerta entornada. «Cómo no», dijo, y entró en la luz cruda del pasillo. Me quedé solo. Una pieza de pensión es como cualquier otra pieza de pensión: dos camas, un ropero, el techo alto. Al día siguiente iba a comprar los diarios para buscarme otro lugar. Me levanté y me asomé a la ventana. En el patio un chico jugaba haciendo saltar una pelota de goma. Pensaba en todo lo que me quedaba por hacer antes de irme. Iba a tener que caminar por la ciudad, cruzar zaguanes embaldosados, escaleras oscuras. Hablar con mujeres gordas y grasientas que me escucharían con desconfianza. Lo peor son siempre los detalles. Es difícil empezar. No tenía ganas de hacer nada. Recuerdo que me senté en la cama y abrí el cajón donde Rinaldi esconde sus papeles. En la pensión han contratado una mujer feísima. Se ocupa de la limpieza. Debe de tener unos cincuenta años y su pelo es gris. En dos meses he sido violado varias veces de un modo curioso por la vieja sirvienta. De vez en cuando discutimos como marido y mujer. Su letra despatarrada. Un hombre que escribe. ¿A quién le interesan las aventuras de Rinaldi? El hijo del ciclista, sudado en su traje de franela. Tendría que haberlo seguido. Caminar detrás de él para verlo desfallecer y disolverse en el calor. Miré el reloj: eran las doce. Las doce. Siempre es demasiado temprano o demasiado tarde para lo que uno quiere hacer. Empecé a moverme por la pieza bajo la luz pálida. Encendí la lámpara sobre la mesa. Por la ventana llegaba el sonido de una conversación. «¿Vos te creés que a mí

me importa lo que él pueda pensar? Morite, le digo. Estoy cansada de todo», decía una voz de mujer aguda y triste. «Por mí, querido, ya sabés, total, le dije, ¿a mí qué me puede importar? Yo soy libre como una golondrina.» También yo podría escribir. Registrar los acontecimientos. No tengo voluntad. ¿Por qué hacer una cosa en lugar de otra? Enseguida golpearon la puerta. Era la sirvienta. Se llama Aurora. Todas las mañanas viene a hacer la limpieza. Trabajaba cantando. Era rubia y sus ojos celestes, cantaba, reflejaban las glorias del día. Se inclinaba para que yo le viera los muslos. Me desagrada un poco. Huele como un bebé recién bañado. Un olor demasiado dulce, a carne floja, a flores muertas. «¿Usted no sabe», me dijo, «que está prohibido hacer uso de la electricidad cuando hay sol?» Se había dado vuelta y me miraba con una expresión que no correspondía al tono de su voz. Era una expresión soñadora, romántica. El deseo sigue latiendo en ella y la hace actuar como una muchacha. Tuve que hacerle el amor pero fue por cortesía. Ella cree que lo hace bien. Me oprimía la cabeza contra su pecho, en un arrebato de pasión. En cuanto a mí, hurgaba en su sexo distraídamente. Pensaba en Rinaldi, cruzando la ciudad, ahogado en su traje de franela. Aurora hace el amor como las arañas. Es ávida y veloz y solo piensa en su propio placer. Empuja, aprieta mi cara entre sus brazos y enseguida empieza a gemir con los ojos en blanco, el rostro disuelto por el goce. No puedo mirar su cuerpo: es blando, inflado, como relleno de algodón. De todos modos la prefiero a cualquier otra mujer porque ella sabe lo que quiere. Me sentía vacío y satisfecho. Aurora cantaba y terminaba de vestirse, olvidada de mí. La llevó un payador de Lavalle, cantaba, cuando el año cuarenta moría. Iba a vivir solo, sin imaginar amistades que no existen. Solo como un pájaro. Todavía era joven para volver a empezar. Aurora había empezado otra vez

a limpiar la pieza. Levantaba las sillas y las dejaba en el mismo lugar. «No se puede quedar ahí», me dijo. «Vaya, vaya. Deje trabajar a las personas.» Habló sin mirarme, la cara enterrada en el piso. Salí al pasillo, a la luz cegadora del pasillo. Me gusta la luz del verano, violenta y cruda, parece hecha de vidrio. Mientras cruzaba el patio escuché cantar a la sirvienta. Su voz me acompañaba y durante un momento pude pensar que era una despedida. (Ahora, cuando ya todo pasó, sé que era una despedida.) La ciudad estaba como muerta y yo me sentí feliz. Me dejé llevar por la costumbre y caminé hacia la plaza. Era una plaza tranquila, parecida a cualquier plaza de Buenos Aires, con plantas y flores y madres que pasean a sus hijos y sus perros. Busqué un banco, en la frescura de los árboles. Todo estaba quieto, hermosa calma. ¿Quién podría haber previsto lo que pasó? Una torre de chapa, alta y frágil. El chico era pelirrojo y llevaba una remera azul. «¿Ve?», me dijo. «Es un golf.» Me estiró una caja de vidrio, un juego: había que hacer entrar una esfera de acero en unos hoyos pintados de celeste. Me entretuve viendo correr y saltar la bolita plateada. «¿Usted se queda?», me preguntó el chico. «Yo voy a jugar. ¿No me cuida el golf?» Se alejó un poco y me sonrió. Tendría diez años. La luz quemaba el asfalto, pero la cara del chico, extrañamente, estaba atenuada y dulcificada por la sombra de los árboles. Yo sostuve la caja entre los dedos. La esfera de metal giraba alrededor de los hoyos y escapaba hacia los bordes. Recostado en el banco, miré al chico que había empezado a trepar a la torre, sosteniéndose con las manos y los pies en los travesaños de madera. Soplaba un aire cálido y las calles estaban desiertas. Me asaltó una extraña felicidad. Le había probado a Rinaldi que era capaz de decidir por mí mismo. «No me importa nada», pensé. «Cuando me decido puedo hacer lo que quiero.» La certidumbre de que tarde o temprano iba a tener que volver a

la pieza y enfrentarme con Rinaldi atenuaba, sin embargo, mi alegría, como una oscura premonición. Quizás me mintió siempre, quizás en ese momento ya me vigilaba. En la plaza Genz, el gentil, distendido sobre el banco de madera, adopta un tono distante. Conozco sus maneras y no me sorprende esa expresión ladina, como de alguien que ha tendido una trampa. Cuando comprendo lo que va a hacer ya es demasiado tarde. La oscuridad está en nuestros corazones. Un camión amarillo se detuvo en la esquina. Un camión de reparto, entoldado. El chofer, de lejos, parecía un títere; salió con un paquete envuelto en papel madera y cruzó hasta una casa con entrada de piedra. Todo volvió a estar quieto. Hubiera querido que esa quietud no terminara nunca. Dejarme estar en ese banco, con la caja de vidrio en la mano, jugando a hacer entrar una esfera de metal en un hoyo celeste. No deseaba otra cosa que seguir ahí, bajo la sombra fresca, esperando la llegada de la noche. El viento hizo vibrar las chapas con un sonido manso. Con esfuerzo levanté la cara. El cielo era una mancha entre las hojas de los árboles. El chico estaba en lo alto de la torre. Era hermoso verlo ahí, tan arriba, disuelto en el resplandor. Estuvo quieto, con el cuerpo arqueado, mirando la ciudad, y después empezó a bajar, despacio, con las piernas y los brazos en cruz, de cara a las chapas. Se detuvo y movió un pie en el aire, buscando con la punta del zapato un lugar donde afirmarse. Parecía un muñeco, él también. Un muñeco de cera. Pensé en eso y tardé en darme cuenta de que el parante donde iba a afirmarse estaba suelto. «Parece un muñeco de cera», pensé, y lo miré mover un pie en el vacío, sin ver el travesaño roto. Me costaba pensar; todo era lento y pesado. La torre se borroneaba, lejos de mí, como atrás de un vidrio. El chico se había aplastado contra las chapas, no se animaba a mirar hacia abajo. Estaba pálido, frágil y pálido, el pelo rojo sobre la

frente. Bajó apenas la cara y nos miramos un instante. Lo escuché respirar con un jadeo nervioso. «No se decide», pensé. «Me ve sentado entre los árboles. No se decide.» Vacilaba, indeciso, como asustado; el cuerpo rígido. Tardó mucho en moverse y el camión arrancó en ese momento. Se movió en silencio, del otro lado de la calle. Fue un instante. Como si algo se hubiera roto. Primero escuché el ruido. Un ruido sordo, a hueco. Primero escuché el ruido y después el cuerpo del chico golpeó contra la base de cemento. Sentí la frescura de la caja de vidrio contra la palma de mi mano. «Un golf», pensé con lentitud. Entonces vi a Rinaldi que cruzaba la plaza, frente a mí. Se acercaba infinitamente, como si caminara en un sueño. Ahora pienso en el ruido de la greda bajo la suela de sus zapatos. Yo escuchaba el murmullo de la greda bajo la suela de sus zapatos. Pensé: «Iba a avisarle.» Pensé: «Parecía un muñeco de cera.» Rinaldi se hizo cargo de todo. Yo lo seguí, como adormecido. Cuando descubrí que llevaba conmigo la caja de vidrio, la dejé caer entre las flores. Todavía debe de estar ahí, entre las madreselvas. Quizás debiera ir a buscarla. Es increíble, pero varias veces estuve por contarle a Rinaldi que había dejado caer la caja. «Es un juego», dijo el chico, «un golf.» Cuando pienso en el chico lo veo siempre igual: suspendido en el aire, los brazos en cruz, hundido en la neblina que parecía desprenderse de las chapas. Fue como si yo mismo hubiera estado aplastado contra la tibieza de las chapas, suspendido y como flotando, sin poder moverme. De eso tendría que hablar con Rinaldi. Está sentado frente a mí (creo haberlo dicho) en una silla baja. Lo miro y es igual que mirar me en un espejo. Genz y yo siempre al abrigo del pecado. Codo con codo, el frágil siamés consulta con atención un manual de estrategia. Corazones valientes, alma impura. ¿Quién soy yo para esconderme? Repentina tranquilidad bajo las luces del

verano que muere. En medio de la noche me levanto, desnudo y en silencio hurgo entre sus papeles: espero que escriba la verdad y encuentro frases, blandas mentiras. Nadie es capaz de escribir la verdad. Aurora ha regado el patio y el olor de la tierra mojada refresca el aire. «Vamos», me dice ahora Rinaldi. «Quiero salir a dar un paseo.» Yo lo sigo, voy atrás de él. No tengo voluntad para negarme. La calle declina entre paredes carcomidas y jardines con verjas de hierro. Caminamos. No hace falta hablar. Nos miramos en silencio. Nada como un secreto para unir a los hombres. Si esta comprensión es lo que el mundo llama amistad, las relaciones entre Rinaldi y yo son, indudablemente, de amistad. Comprendo que sus sentimientos por mí no tienen otro objetivo que el de usarme del modo que más le conviene a su propio placer. Esta idea, como es lógico, no me hace sentir muy feliz; de todos modos no puedo esperar que su opinión sobre mí sea distinta. Soy el sirviente de un sirviente. ¿Quién me hubiera previsto este destino en mi lejana juventud?

La loca y el relato del crimen

1

Gordo, difuso, melancólico, el traje de filafil verde nilo flotándole en el cuerpo, Almada salió ensayando un aire de secreta euforia para tratar de borrar su abatimiento.

Las calles se aquietaban ya; oscuras y lustrosas, bajaban con un suave declive y lo hacían avanzar plácidamente, sosteniendo el ala del sombrero cuando el viento del río le tocaba la cara. En ese momento las coperas entraban en el primer turno. A cualquier hora hay hombres buscando una mujer, andan por la ciudad bajo el sol pálido, cruzan furtivamente hacia los dancings que en el atardecer dejan caer sobre la ciudad una música dulce. Almada se sentía perdido, lleno de miedo y de desprecio. Con el desaliento regresaba el recuerdo de Larry: el cuerpo distante de la mujer, blando sobre la banqueta de cuero, las rodillas abiertas, el pelo rojo contra las lámparas celestes del New Deal. Verla de lejos, a pleno día, la piel gastada, las ojeras, vacilando contra la luz malva que bajaba del cielo: altiva, borracha, indiferente, como si él fuera una planta o un bicho. «Poder humillarla una vez», pensó. «Quebrarla en dos para hacerla gemir y entregarse.»

En la esquina, el local New Deal era una mancha ocre, corroída, más pervertida aún bajo la neblina de la seis de la tarde. Parado enfrente, retacón, ensimismado, Almada encendió un cigarrillo y levantó la cara como buscando en el aire el perfume maligno de Larry. Se sentía fuerte ahora, capaz de todo, capaz de entrar al cabaret y sacarla de un brazo y cachetearla hasta que obedeciera. «Años que quiero levantar vuelo», pensó de pronto. «Ponerme por mi cuenta en Panamá, Quito, Ecuador.» En un costado, tendida en un zaguán, vio el bulto sucio de una mujer que dormía envuelta en trapos. Almada la empujó con un pie.

–Che, vos –dijo.

La mujer se sentó tanteando en el aire y levantó la cara como enceguecida.

–¿Cómo te llamás? –dijo él.

–¿Quién?

–Vos. ¿O no me oís?

–Echevarne, Angélica Inés –dijo ella, rígida–. Echevarne, Angélica Inés, que me dicen Anahí.

–¿Y qué hacés acá?

–Nada –dijo ella–. ¿Me das plata?

–Ahá, ¿querés plata?

La mujer se apretaba contra el cuerpo un viejo sobretodo de varón que la envolvía como una túnica.

–Bueno –dijo él–. Si te arrodillás y me besás los pies te doy mil pesos.

–¿Eh?

–¿Ves? Mirá –dijo Almada, agitando el billete entre sus deditos mochos–. Te arrodillás y te lo doy.

–Yo soy ella, soy Anahí. La pecadora, la gitana.

–¿Escuchaste? –dijo Almada–. ¿O estás borracha?

–La macarena, ay macarena, llena de tules –cantó la mujer, y empezó a arrodillarse contra los trapos que le cubrían la piel hasta hundir su cara entre las piernas de Almada. Él la miró desde lo alto, majestuoso, un brillo húmedo en sus ojitos de gato.

–Ahí lo tenés. Yo soy Almada –dijo, y le alcanzó el billete–. Comprate un perfume.

–La pecadora. Reina y madre –dijo ella–. No hubo nunca en todo este país un hombre más hermoso que Juan Bautista Bairoletto, el jinete.

Por el tragaluz del dancing se oía sonar un piano débilmente, indeciso. Almada cerró las manos en los bolsillos y

enfiló hacia la música, hacia los cortinados color sangre de la entrada.

–La macarena, ay macarena –cantaba la loca–. Llena de tules y sedas, la macarena, ay, llena de tules –cantó la loca.

Antúnez entró en el pasillo amarillento de la pensión de Viamonte y Reconquista, sosegado, manso ya, agradecido a esa sutil combinación de los hechos de la vida que él llamaba su destino. Hacía una semana que vivía con Larry. Antes se encontraban cada vez que él se demoraba en el New Deal sin elegir o querer admitir que iba por ella; después, en la cama, los dos se usaban con frialdad y eficacia, lentos y perversamente. Antúnez se despertaba pasado el mediodía y bajaba a la calle, olvidado ya del resplandor agrio de la luz en las persianas entornadas. Hasta que al fin una mañana, sin nada que lo hiciera prever, ella se paró desnuda en medio del cuarto y como si hablara sola le pidió que no se fuera. Antúnez se largó a reír: «¿Para qué?», dijo. «¿Quedarme?», dijo él, un hombre pesado, envejecido. «¿Para qué?», le había dicho, pero ya estaba decidido, porque en ese momento empezaba a ser consciente de su inexorable decadencia, de los signos de ese fracaso que él había elegido llamar su destino. Entonces se dejó estar en esa pieza, sin nada que hacer salvo asomarse al balconcito de fierro para mirar la bajada de Viamonte y verla venir, lerda, envuelta en la neblina del amanecer. Se acostumbró al modo que tenía ella de entrar trayendo el cansancio de los hombres que le habían pagado copas y arrimarse, como encandilada, para dejar la plata sobre la mesa de luz. Se acostumbró también al pacto, a la secreta y querida decisión de no hablar del dinero, como si los dos supieran que la mujer pagaba de esa forma el modo que tenía él de protegerla de los miedos que de golpe le daban de morirse o de volverse loca.

«Nos queda poco de juego, a ella y a mí», pensó llegando al recodo del pasillo, y en ese momento, antes de abrir la puerta de la pieza, supo que la mujer se le había ido y que todo empezaba a perderse. Lo que no pudo imaginar fue que del otro lado encontraría la desdicha y la lástima, los signos de la muerte en los cajones abiertos y los muebles vacíos, en los frascos, perfumes y polvos de Larry tirados por el suelo: la despedida o el adiós escrito con rouge en el espejo del ropero, como un anuncio que hubiera querido dejarle la mujer antes de irse.

Vino él vino Almada vino a llevarme sabe todo lo nuestro vino al cabaret y es como un bicho una basura oh dios mío andate por favor te lo pido salvate vos Juan vino a buscarme esta tarde es una rata olvidame te lo pido olvidame como si nunca hubiera estado en tu vida yo Larry por lo que más quieras no me busques porque él te va a matar.

Antúnez leyó las letras temblorosas, dibujadas como una red en su cara reflejada en la luna del espejo.

2

A Emilio Renzi le interesaba la lingüística pero se ganaba la vida haciendo bibliográficas en el diario El Mundo: haber pasado cinco años en la Facultad especializándose en la fonología de Trubetzkoy y terminar escribiendo reseñas de media página sobre el desolado panorama literario nacional era sin duda la causa de su melancolía, de ese aspecto concentrado y un poco metafísico que lo acercaba a los personajes de Roberto Arlt.

El tipo que hacía policiales estaba enfermo la tarde en que la noticia del asesinato de Larry llegó al diario. El viejo Luna decidió mandar a Renzi a cubrir la información porque pensó

que obligarlo a mezclarse en esa historia de putas baratas y cafishios le iba a hacer bien. Habían encontrado a la mujer cosida a puñaladas a la vuelta del New Deal; el único testigo del crimen era una pordiosera medio loca que decía llamarse Angélica Echevarne. Cuando la encontraron acunaba el cadáver como si fuera una muñeca y repetía una historia incomprensible. La policía detuvo esa misma mañana a Juan Antúnez, el tipo que vivía con la copera, y el asunto parecía resuelto.

–Tratá de ver si podés inventar algo que sirva –le dijo el viejo Luna–. Andate hasta el Departamento que a la seis dejan entrar al periodismo.

En el Departamento de Policía Renzi encontró un solo periodista, un tal Rinaldi, que hacía crímenes en el diario La Prensa. El tipo era alto y tenía la piel esponjosa, como si recién hubiera salido del agua. Los hicieron pasar a una salita pintada de celeste que parecía un cine: cuatro lámparas alumbraban con una luz violenta una especie de escenario de madera. Por allí sacaron un hombre altivo que se tapaba la cara con las manos esposadas: enseguida el lugar se llenó de fotógrafos que le tomaron instantáneas desde todos los ángulos. El tipo parecía flotar en una niebla y cuando bajó las manos miró a Renzi con ojos suaves.

–Yo no he sido –dijo–. Ha sido el gordo Almada, pero a ese lo protegen de arriba.

Incómodo, Renzi sintió que el hombre le hablaba solo a él y le exigía ayuda.

–Seguro fue este –dijo Rinaldi cuando se lo llevaron–. Soy capaz de olfatear un criminal a cien metros: todos tienen la misma cara de gato meado, todos dicen que no fueron y hablan como si estuvieran soñando.

–Me pareció que decía la verdad.

–Siempre parecen decir la verdad. Ahí está la loca.

La vieja entró mirando la luz y se movió por la tarima con un leve balanceo, como si caminara atada. En cuanto empezó a oírla, Renzi encendió su grabador.

–Yo he visto todo como si me viera el cuerpo todo por dentro los ganglios las entrañas el corazón que pertenece que perteneció y va a pertenecer a Juan Bautista Bairoletto el jinete por ese hombre le estoy diciendo váyase de aquí enemigo mala entraña o no ve que quiere sacarme la piel a lonjas y hacer visos encajes ropa de tul trenzando el pelo de la Anahí gitana la macarena, ay macarena una arrastrada sos no tenés alma y el brillo en esa mano un pedernal tomo ácido te juro si te acercás tomo ácido pecadora loca de envidia porque estoy limpia yo de todo mal soy una santa Echevarne Angélica Inés que me dicen Anahí tenía razón Hitler cuando dijo hay que matar a todos los entrerrianos soy bruja y soy gitana y soy la reina que teje un tul hay que tapar el brillo de esa mano un pedernal, el brillo que la hizo morir por qué te sacás el antifaz mascarita que me vio o no me vio y le habló de ese dinero Madre María Madre María en el zaguán Anahí fue gitana fue reina y fue amiga de Evita Perón y dónde está el purgatorio si no estuviera en Lanas donde llevaron a la virgen con careta en esa máquina con un moño de tul para taparle la cara que la he tenido blanca por la inocencia.

–Parece una parodia de Macbeth –susurró, erudito, Rinaldi–. Se acuerda, ¿no? El cuento contado por un loco que nada significa.

–Por un idiota, no por un loco –rectificó Renzi–. Por un idiota. ¿Y quién le dijo que no significa nada?

La mujer seguía hablando de cara a la luz.

–Por qué me dicen traidora sabe por qué le voy a decir porque a mí me amaba el hombre más hermoso en esta tierra

Juan Bautista Bairoletto jinete de poncho inflado en el aire es un globo un globo gordo que flota bajo la luz amarilla no te acerqués si te acercás te digo no me toqués con la espada porque en la luz es donde yo he visto todo he visto como si me viera el cuerpo todo por dentro los ganglios las entrañas el corazón que perteneció que pertenece y que va a pertenecer.

–Vuelve a empezar –dijo Rinaldi.

–Tal vez está tratando de hacerse entender.

–¿Quién? ¿Esa? Pero no ve lo rayada que está –dijo mientras se levantaba de la butaca–. ¿Viene?

–No. Me quedo.

–Oiga, viejo. ¿No se dio cuenta que repite siempre lo mismo desde que la encontraron?

–Por eso –dijo Renzi, controlando la cinta del grabador–. Por eso quiero escuchar: porque repite siempre lo mismo.

Tres horas más tarde Emilio Renzi desplegaba sobre el sorprendido escritorio del viejo Luna una transcripción literal del monólogo de la loca, subrayado con lápices de distintos colores y cruzado de marcas y de números.

–Tengo la prueba de que Antúnez no mató a la mujer. Fue otro, un tipo que él nombró, un tal Almada, el gordo Almada.

–¿Qué me contás? –dijo Luna, sarcástico–. Así que Antúnez dice que fue Almada y vos le creés.

–No. Es la loca que lo dice; la loca que hace diez horas repite siempre lo mismo sin decir nada. Pero precisamente porque repite lo mismo se la puede entender. Hay una serie de reglas en lingüística, un código que se usa para analizar el lenguaje psicótico.

–Decime, pibe –dijo Luna lentamente–. ¿Me estás cargando?

–Espere, déjeme hablar un minuto. En un delirio el loco repite, o mejor, está obligado a repetir, ciertas estructuras verbales que son fijas, como un molde, ¿se da cuenta? Un

molde que va llenando con palabras. Para analizar esa estructura hay 36 categorías verbales que se llaman operadores lógicos. Son como un mapa, usted los pone sobre lo que dicen y se da cuenta que el delirio está ordenado, que repite esas fórmulas. Lo que no entra en ese orden, lo que no se puede clasificar, lo que sobra, el desperdicio, es lo nuevo: es lo que el loco trata de decir a pesar de la compulsión repetitiva. Yo analicé con ese método el delirio de esa mujer. Si usted mira va a ver que ella repite una cantidad de fórmulas, pero hay una serie de frases, de palabras que no se pueden clasificar, que quedan fuera de esa estructura. Yo hice eso y separé esas palabras y ¿qué quedó? –dijo Renzi, levantando la cara para mirar al viejo Luna–. ¿Sabe lo que queda? Esta frase: El hombre gordo la esperaba en el zaguán y no me vio y le habló de dinero y brilló esa mano que la hizo morir. ¿Se da cuenta? –remató Renzi, triunfal–. El asesino es el gordo Almada.

El viejo Luna lo miró impresionado y se inclinó sobre el papel.

–¿Ve? –insistió Renzi–. Fíjese que ella va diciendo esas palabras, las subrayadas en rojo, las va diciendo entre los agujeros que se pueden hacer en medio de lo que está obligada a repetir, la historia de Bairoletto, la virgen y todo el delirio. Si se fija en las diferentes versiones va a ver que las únicas palabras que cambian de lugar son esas con las que ella trata de contar lo que vio.

–Che, pero qué bárbaro. ¿Eso lo aprendiste en la Facultad?

–No me joda.

–No te jodo, en serio te digo. ¿Y ahora qué vas a hacer con todos estos papeles? ¿La tesis?

–¿Cómo qué voy a hacer? Lo vamos a publicar en el diario.

El viejo Luna sonrió como si le doliera algo.

–Tranquilizate, pibe. ¿O te pensás que este diario se dedica a la lingüística?

–Hay que publicarlo, ¿no se da cuenta? Así lo pueden usar los abogados de Antúnez. ¿No ve que ese tipo es inocente?

–Oíme, ese tipo está cocinado, no tiene abogados, es un cafishio, la mató porque a la larga siempre terminan así las locas esas. Me parece fenómeno el jueguito de palabras, pero paramos acá. Hacé una nota de cincuenta líneas contando que a la mina la mataron a puñaladas.

–Escuche, señor Luna –lo cortó Renzi–. Ese tipo se va a pasar lo que le queda de vida metido en cana.

–Ya sé. Pero yo hace treinta años que estoy metido en este negocio y sé una cosa: no hay que buscarse problemas con la policía. Si ellos te dicen que lo mató la Virgen María, vos escribís que lo mató la Virgen María.

–Está bien –dijo Renzi, juntando los papeles–. En ese caso voy a mandarle los papeles al juez.

–Decime, ¿vos te querés arruinar la vida? ¿Una loca de testigo para salvar un cafishio? ¿Por qué te querés mezclar? – En la cara le brillaba un dulce sosiego, una calma que nunca le había visto–. Mirá, tomate el día franco, andá al cine, hacé lo que quieras, pero no armes lío. Si te enredás con la policía te echo del diario.

Renzi se sentó frente a la máquina y puso un papel en blanco. Iba a redactar su renuncia; iba a escribir una carta al juez. Por las ventanas, las luces de la ciudad parecían grietas en la oscuridad. Prendió un cigarrillo y estuvo quieto, pensando en Almada, en Larry, oyendo a la loca que hablaba de Bairoletto. Después bajó la cara y se largó a escribir casi sin pensar, como si alguien le dictara:

Gordo, difuso, melancólico, el traje de filafil verde nilo flotándole en el cuerpo –empezó a escribir Renzi–, Almada

salió ensayando un aire de secreta euforia para tratar de borrar su abatimiento.

El precio del amor

Entró en el zaguán bajo la suave claridad del atardecer: imperturbable, de sombrero, un poco ridículo y como disfrazado, esforzándose en parecer más viejo o más seguro, menos frágil con sus veintidós años recién cumplidos y el paquetito envuelto en papel de seda. Reconoció el olor a humedad y a madera quemada que bajaba por el pozo de aire, una neblina pálida, invisible, que siempre asociaba con la piel de Adela. Se miró la cara en el espejo del ascensor, satisfecho, y después bajó, lento y oscuro, repasando lo que había preparado para decir cuando le abrieran. Tardaron un rato en contestar y él siguió inmóvil, de perfil a la puerta del departamento, ensayando un gesto humilde, temeroso de que si trataba de insistir ya no lo recibieran. Del otro lado llegaba un quejido apenas perceptible, como si alguien rezara en voz baja o llorara bajo el agua. «Parece una gata que maúlla», pensó él, «una gata con cría.» Volvió a llamar y después de un rato la puerta se entreabrió. En el umbral una nena que no debía de tener más de seis años lo miraba inclinando la cabeza hacia un lado en un ademán tímido que la hacía parecer un pájaro. Llevaba trencitas y anteojos sin aro de mucho aumento, que le daban una expresión adulta, concentrada. Él se agachó hasta quedar a la altura de la chica.

–¿Cómo te va? –le dijo–. ¿Eh? Lucía.

La nena lo siguió mirando en silencio, distante, ajena.

–Mamá no está –dijo, por fin, como si recitara–. Y yo no puedo abrir la puerta a los desconocidos.

–¡Pero cómo no te acordás de mí! ¿No te acordás de Esteban?

La chica negó con la cabeza y se quedó quieta contra el reflejo del sol que brillaba en el fondo del pasillo. «La misma cara pero avejentada», pensó él, «como si la hija envejeciera en lugar de la madre.»

–Estaba jugando con él –dijo la chica de pronto, y le mostró un muñeco de goma.

–Lindo.

–No, lindo no es, lo que tiene que flota.

–No me digas.

–En la bañadera, lo pongo y flota.

–Así que lo ponés en la bañadera y flota –dijo él, y se sintió un poco idiota hablando con la chica ahí abajo. Ella lo miraba de frente ahora, los ojos muy pálidos, la mirada agradecida y turbia de los miopes detrás del cristal de los anteojos.

–¿Y vos quién sos? –dijo después.

–Te dije. Soy Esteban. ¿Cómo no te acordás de mí?

La chica se acomodó los lentes y se tocó la cara, suave, con la yema de los dedos.

–¿Sabés cómo se llama él? –dijo mostrando el muñeco–. Se llama Oscar.

–Muy bien. Ahora escuchame: ¿te dijo Adela dónde iba?

–Ella no va a volver.

–¿Por qué no va a volver?

–Siempre se va y después no viene.

«Está adentro. Está encamada con un tipo», pensó él, y sintió una especie de alegría, como si eso hubiera sido lo que había venido a buscar. «Ella con un tipo y la nena jugando con agua.»

–Bueno –dijo–. Voy a entrar, voy a esperarla.

La chica apretó el muñeco contra el cuerpo y pareció que iba a largarse a llorar, pero se movió hacia un costado dejando libre la puerta.

Adentro la luz de la tarde se aquietaba contra las cortinas de tela cruz. Todo seguía igual, las cosas en el lugar de siempre, pero no había rastros de Adela. «Mujeres», pensó, tratando de darse ánimo. «Sucias, abiertas. Se desangran y lloran. Mujeres»,

pensó él, como si estuviera soñando. Buscó un sillón y se acomodó en medio del cuarto, el sombrero apoyado en las rodillas, cubriendo el paquetito color rosa. La chica se había sentado enfrente, en una silla baja, y acunaba al muñeco. «Parece una sonámbula», pensó él sin emoción, «una versión en miniatura de la mujer que habrá de ser. Tonta, miope, desencantada.»

–¿Vos eras un novio de mamá?

–Sí –dijo él–. ¿Te acordás ahora?

–Me parecía –dijo la chica, y le sonrió, tímida, sosegada.

Él prendió un cigarrillo y decidió que iba a quedarse. No tenía adónde ir, en el fondo todo le daba lo mismo. «Esperar acá, esperar en otro lado.»

–Sabés –dijo la chica de pronto–, yo sé cantar canciones.

–¿No me digas?

–¿Querés ver? –dijo ella, y se acomodó los lentes antes de empezar a cantar en voz baja y serena, siempre con el mismo rostro indiferente:

Oh, María, madre mía,
oh, consuelo del altar,
amparadme y guiadme
hacia el mundo celestial,

cantó la chica, rígida en la silla, y después se detuvo, bruscamente.

–Muy bien –dijo él–. Bárbaro cómo cantás. ¿Quién te enseñó?

–Adela –dijo la chica, y volvió a quedarse callada.

El rumor de la ciudad llegaba sordamente por la ventana como una respiración, un jadeo. Esteban sintió que el olor de ese lugar lo ponía triste. Era un olor dulce, a jugo de naranja, a

tierra húmeda, que lo obligaba a pensar en su infancia, en los viajes en tren a Bolívar, sentado en el vagón comedor. La chica se había bajado de la silla y jugaba en un rincón. Él la sentía murmurar y reírse, hablando sola. Se levantó y caminó hacia la ventana. Desde ahí se veían los techos y las azoteas de Buenos Aires. Chapas, esqueletos de cajones, antenas de televisión. «Ciudad de mierda», pensó él, «sucia y arruinada.»

Cuando volvió a mirar hacia adentro la chica estaba agazapada en un rincón y parecía olfatear el aire, la cara alzada hacia el ruido que hacían los tacos de la mujer en las baldosas del pasillo: «Ahí está», pensó él, endurecido, desafiante. «Ahí está ella», y trató de encontrar una frase para recibirla: «Soy yo. Soy Esteban, estaba cerca y quise verte. Estaba cerca, pasaba, tuve ganas de verte. Estaba cerca», pensó él, como quien reza, mientras la mujer abría la puerta y su figura alta y suave se recortaba contra el último resplandor de la tarde.

–Corazón –dijo Adela, levantando a la nena–. ¿Qué dice mi hermosura?

–Está un señor –dijo la chica, y Adela buscó en el fondo de la pieza, encandilada, la figura del hombre que sonreía, borroso, rígido.

–Esteban –dijo ella, turbada–. Querido.

–Pasaba. Vine a verte –dijo él–. La chica estaba sola y yo...

–Pero sí, claro. Dejame que reaccione. Dios mío, mirá cómo me encontrás. Pero sentate, no te quedés así, sentate, por favor.

–Pasaba –se empecinó él–. Me dieron ganas de verte.

–Mamá –dijo la chica–, ¿es tu novio?

–Es Esteban –dijo ella–. Esteban. Pero vení, Dios mío, cómo te has puesto. Se pasa la vida jugando con el agua. Esperame un minuto, un minuto y ya estoy.

Esteban la miró abrazar a la nena y pasar al otro cuarto, atropellada y un poco culpable, como siempre que trataba con su hija. Después sintió que hablaban, escuchó ruido de papeles, ruido de agua en las cañerías, y se quedó quieto, sin pensar, hasta que Adela reapareció, sonriendo, un tenue brillo de recelo en los ojos húmedos. Se había retocado la cara; las finas arrugas que marcaban su piel le daban una expresión fatigada, turbia.

–Estás igual –dijo él–. Todo está igual.

–Salí. No me hablés. Vieras lo que fue hoy –dijo ella–. De un lado a otro todo el santo día.

Se miraron sin hablar, disueltos en la líquida claridad del cuarto.

–Es tan raro –dijo ella, y trató de sonreír–. No sé qué decirte.

–¿Raro? ¿Qué?

–No sé, que hayas venido, que yo llegue y vos... Pero no me hagas caso.

–Pasaba, ya te digo –dijo él, y se movió, apenas, hacia un lado–. Te traje esto –dijo, y empezó a desenvolver el paquete con cuidado, tratando de no arruinar el papel transparente con florcitas de colores–. Es perfume. Te traje perfume. ¿Te gusta?

«Es tan ridículo, Dios mío. Me trae perfume», pensó ella. «Tan hermoso. Me hace sentir tan vieja.»

–¿No lo abrís? –dijo él–. Abrilo. ¿No lo querés? Si no te gusta te lo puedo cambiar.

–No. Sí. Gracias –dijo ella, y se obligó a sentir el perfume vulgar y a emocionarse.

–Es importado –dijo él–. Consigo perfume de contrabando. Todo el que quiero.

–¿En serio?

–Tengo un amigo en la aduana –dijo él, siempre serio y solemne–. Consigo lo que quiero: perfume, ropa fina. Cualquier cosa de esas que quieras no tenés más que decirme.

Ella lo miró alzando, ávida, el rostro agudo y pálido, tratando de parecer dichosa, humilde.

–Me alegra tanto que viniste. Todo este tiempo, siempre pensando, vieras. Primero me enteré que estabas viviendo con Adolfo, si serás loco, vivir con ese. Solo a vos se te ocurre. Lo encontré un día, ¿no te dijo?

–Viví, sí, en la casa de él, un tiempo. Al final me harté: todo el día hinchando con la política. Es un samaritano, un tipo del ejército de salvación. Ahora estoy en un hotel.

–Yo estuve por ir a verte, ¿sabés? ¿No te dijo Adolfo? Te quiero decir, mirá: yo fui tan mala, ese día. Quiero pedirte disculpas, Esteban. Estaba tan nerviosa, fui injusta con vos, estaba como loca.

–Está bien –dijo él–. No es la primera vez que me echan de algún lado.

–No –dijo ella, la cabeza gacha, jugando con las perlas del collar–. Vos vieras, querido. Yo me sentía...

–Ya sé –la cortó él–. No te hagas mala sangre.

–Es que tengo que decirte, quiero que sepas: estaba como loca, yo, nerviosa, neurasténica.

–Está bien –dijo él–. ¿Por qué no hacés un poco de café?

–Pero sí. Mirá, ves cómo soy. Te tengo ahí, pobre querido. Te traigo algo de comer. ¿Querés comer algo? ¿Con el café?

Él se quedó mirando la figura delgada, elegante, de Adela, enfundada en el vestido azul: el brillo azulado de la carne de la mujer que caminaba, taconeando, hacia la cocina. Desde el otro cuarto llegaba la risa sofocada de la nena que jugaba, hablando sola.

–Esta nena es una santa, ¿vos viste? –dijo ella, volteando la cara desde la cocina–. Vieras cómo se queda solita, vieras cómo me hace compañía.

Sin motivo, como queriendo prepararla para lo que vendría, él se obligó a mentir.

–Me conoció perfectamente apenas me vio, tu hija. Se acordaba de una vez que la llevé al zoológico.

–Pero claro, ¿cómo no se va a acordar? Desde que te fuiste no hace más que hablar de vos.

«Bien», pensó él. «Empezamos los juegos, ella y yo.»

–Pero qué hiciste todo este tiempo –dijo ella, entrando con la bandeja y sin mirarlo–. Decime. ¿Qué habrás hecho? Salvaje.

–De todo un poco.

–Te mataría, mirá. Sos un salvaje –dijo ella, acomodando las tazas en la mesita baja–. Tengo strudel. ¿Te gusta el strudel?

–Sí, claro –dijo él, y empezó a comer, inclinado, tirando el cuerpo hacia adelante–. Te vi, un día. Ibas con un tipo. ¿Vos no me viste a mí?

–No –dijo ella–. ¿Cuándo?

–Raro. Ibas por Suipacha, con el tipo. Raro que no me hayas visto. Llevabas un vestido rojo, parecías de lo más feliz. No sé por qué pensé que el tipo era brasilero.

–¿Brasilero? Qué loco sos. No. Seguro era, ya me acuerdo, seguro que era el amigo de Patricia que...

–No sé por qué pensé que el tipo era brasilero –la interrumpió él–. Uno tiene esas cosas, ¿no? Por la manera de caminar, supongo.

–Ya te digo, era un amigo de Patricia, iríamos a la casa de ella. Pero ¿qué importa eso ahora? No importa nada. Ahora viniste, estás acá, soy tan feliz. Yo nunca me hubiera atrevido a buscarte. Me conocés, sabés cómo soy. Nunca me hubiera atrevido y sin embargo desde ese día, no me vas a creer, estaba

segura de que ibas a volver. Nos íbamos a encontrar para hablar, para que yo pudiera decirte, Esteban, querido –dijo ella, y pareció que la piel se le agrietaba, disuelta en la piedad que sentía por sí misma–. Te he extrañado tanto. Estaba loca, como vacía. Nunca vas a saber –dijo ella, y se inclinó tan cerca que Esteban alcanzó a sentir el perfume dulce que desprendía la piel de la mujer. Era un perfume como una niebla turbia que lo entristecía y lo decidió, por fin, a empezar a decirle para qué había venido.

–Sí, claro. Pero yo, sabés –dijo él sin poder mirarla–. Quiero decirte, vine a despedirme. Me vuelvo a Bolívar.

–Dios mío –dijo ella–. Estás loco.

–¿Por qué? Quiero cambiar de aire. Mi viejo me va a poner al frente del negocio. Porvenir asegurado –dijo él–. Buenos Aires no es para mí. Mientras estaba con vos no me daba cuenta. Claro, como vos me mantenías.

–Esteban, por favor. Te dije que ese día, te dije que yo...

–No. Si tenés razón. Sos una mujer práctica. Tus cosas siempre van a ir bien. Vos te arreglás.

–Me acostumbro, querrás decir.

–Puede ser. Pero yo no, ves. Nunca me acostumbro, nunca me voy a acostumbrar a nada. Los que hacen eso es como si estuvieran muertos.

Ella buscó un cigarrillo y lo encendió, agazapada, tratando de disimular la mano que temblaba.

–¿Y por qué te volvés, si se puede saber?

–Porque uno piensa las cosas de un modo y después todo sale distinto. Parecía fácil, ¿no?, cuando recién llegué. Me acuerdo y me mato de risa. Me iba a llevar el mundo por delante, fijate vos, y ahí tenés. –Se detuvo como si no pudiera respirar–. En esta ciudad de mierda, ¿te das cuenta? Uno llega,

piensa que lo están esperando. Cuando quiere acordarse está perdido, triturado.

La oscuridad iba llegando de a poco; en la ventana la ciudad era una mole gris.

–¿Y cuándo te pensás ir?

–No sé todavía. Mañana, pasado. Lo peor va a ser cuando llegue. Hay cada hijo de puta en los pueblos, no te imaginás. Cada uno que se vuelve hacen una fiesta.

Adela trató de calmarse y fumó quieta, el humo nublándole la cara.

–¿Qué pensás? –dijo él.

–Nada. Estoy tratando de entender.

–A la larga va a ser mejor –dijo él, y se levantó. Caminó hasta la ventana. Al fondo el río era una mancha sucia–. Todavía tenés la estatua –dijo él, y la alzó con las dos manos. Era una figura de plata. La imagen de una virgen con rostro de pájaro–. El Cuzco. Trescientos años. Nunca me gustó esta estatua, te voy a confesar. Demasiado cara para ser un adorno. Siempre pensé que vos eras como esta estatua: demasiado fina para mí.

Ella siguió quieta, las manos flojas; lo miró acomodar suavemente la imagen en la repisa y volver al sillón.

–Gran cara de turro el tipo que iba con vos, la verdad –dijo él–. Te gusta coleccionar. A los hombres, quiero decir.

–No seas tonto.

–Si es lo que hacés.

–Bueno, ¿y qué?

–Nada –dijo él.

Se había sentado otra vez y miraba el piso, un lugar en el piso, concentrado, rencoroso.

–Tonto –dijo ella–. Sos tan tonto.

Tendió la mano y le rozó la cara con la yema de los dedos. Él la miró de frente, indeciso, como sin verla.

–¿Qué nos habrá pasado a nosotros, Adela?

–¿Quién sabe? –dijo ella.

–Siempre me acuerdo cuando llegaste de Chile. Me acuerdo de eso, no sé por qué. Estabas tan hermosa. Nos íbamos a querer toda la vida.

–Sí –dijo ella–. Nos íbamos a querer toda la vida.

–Me trajiste una botella de pisco, ¿te acordás?, cuando viniste de Chile –dijo él–. Nunca vas a saber cómo te quería. Me quería casar con vos para que no pudieras dejarme, mirá si seré pelotudo.

–No –dijo ella–. Querido.

–Estoy tan jodido –dijo él, y hundió la cara en el cuerpo de la mujer.

–Hermoso –dijo ella, y lo abrazó–. Mi chiquito.

Él se había recostado en el sofá y la acariciaba, los ojos cerrados, la cara tensa. Ella sentía las manos de él contra su cuerpo, rozándole los muslos, el cruce de los muslos, y se dejaba hacer, húmeda, abierta.

–Viste el perfume que te traje. Consigo todo el que quiero –dijo él de pronto, sin dejar de acariciarla.

–Sí –dijo ella–, sí.

–Pensaba, con eso puedo salir a flote. El tipo que te dije, el tipo de la aduana, me dice que teniendo el efectivo puedo ponerme por mi cuenta.

–Por favor –dijo ella–. No hablés ahora, esperá, no hablés, por favor.

–Todo lo que necesito, a lo sumo, son cien mil pesos. –Ella se sintió floja. Disuelta. Sintió que se ahogaba.

–No –dijo–. No. Soltame –dijo ella.

–¿Qué hacés? –dijo él–. ¿Qué pasa?

Adela estaba parada frente a él, un leve temblor en la piel de los párpados.

–¿Cuánto necesitás? ¿Cuánta plata querés? –dijo–. Yo te la doy. Te venís acá, yo te doy la plata. ¿Está bien?

–Pero ¿qué pasa? –dijo él, mal sentado en el sofá, y trató de sonreír–. ¿Estás loca?

–Viniste a eso, ¿no? Te traés todo, te doy la plata.

Esteban se levantó, despacio, hasta quedar de cara a la mujer.

–¿Por qué me humillás? –dijo.

–¿Quién? –dijo ella–. ¿Quién?

–Vos. ¿Por qué me humillás? ¿Qué estás buscando? ¿Por qué me humillás? Querés verme tirado, arrodillado. ¿Eso querés? –dijo él, y se arrodilló a los pies de la mujer–. Ahí está –dijo–. Bien. La señora es una señora. Tiene sentido práctico, es orgullosa, tiene sentido de la oportunidad. La señora –dijo él.

–Levantate, por favor. No seas ridículo.

–¿Ridículo? Claro que soy ridículo. Ridículo. ¿Y? ¿Con eso?

–No sigas. No arruines todo.

–Claro que arruino todo. No tengo salida, no tengo adónde ir, ¡para vos es fácil!

La chica se había recostado contra el marco de la puerta y los miraba.

–Esteban, la nena –dijo Adela–. Te pido que... –Él buscó la cara de la chica y le sonrió; después abrió los brazos y empezó a cantar:

Oh, María, madre mía,
oh, consuelo del altar,
amparadme y guiadme
hacia el mundo celestial.

La nena le sonreía, el rostro suavizado, apretando el muñeco contra el cuerpo, mientras Adela la abrazaba para alzarla.

–Va a ser como vos –dijo él–. Igual que vos: miope, tonta.

–Andate –dijo ella–. Te vas.

–Está bien –dijo él, y empezó a levantarse–. Tenés razón.

En la otra pieza, el aire todavía era claro y transparente, luminoso contra las paredes blancas.

–¿Qué le pasa? –dice Lucía.

–Nada –dice Adela–. No te preocupes.

Arrodillada, le acomoda el pelo, le pasa la mano por la cara, tratando de no llorar. Desde ahí, como envuelto en una bruma, lejano en la penumbra del otro cuarto, ve a Esteban que esconde, torpemente, la estatua de plata bajo el abrigo.

–¿Por qué cantaba? –dice la nena.

–No importa –dice Adela, y la abraza–. No importa, mi querida. Mamá ya viene.

Cuando sale, él sigue en el mismo lugar, con el sobretodo abrochado, el sombrero en la mano, un brazo apretado contra el cuerpo.

–¿Te vas? –dice ella.

–Me voy –dice él.

Adela lo mira acomodarse, con una mano, el ala del sombrero y caminar despacio hacia la puerta.

–Esteban –dice.

Él se da vuelta, pálido, tenso.

–Me das tanta pena –dice ella.

–Sí –dice él–. Sí. Ya sé.

Ella mira la puerta que se cierra y sigue quieta, las manos flojas. Del otro lado de la ventana ya es noche cerrada: las luces de la ciudad arden, suaves, en la oscuridad.

–¿Se fue? –dice la chica.

–Sí. Se fue –dice Adela–. Pero va a volver. Mañana va a volver.

Nombre falso

HOMENAJE A ROBERTO ARLT

Esto que escribo es un informe o mejor un resumen: está en juego la propiedad de un texto de Roberto Arlt; de modo que voy a tratar de ser ordenado y objetivo. Yo soy quien descubrió el único relato de Arlt que ha permanecido inédito después de su muerte. El texto se llamaba Luba, Arlt lo escribió aproximadamente entre el 25 de marzo y el 6 de abril de 1942. Es decir, poco antes de su muerte. El texto fue redactado a mano, en un cuaderno escolar, con letra apretada que cubría los márgenes. Luba es la pieza más importante en una colección de inéditos de Roberto Alt que comencé a recopilar a principios de 1972. Se cumplían treinta años de su muerte y fui encargado de preparar una edición de homenaje. La idea era editar un volumen que incluyera:

1. Los textos publicados en diarios y revistas pero no recogidos en libro. Esta sección comprendía:

a) Un reportaje narrativo titulado «Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires», aparecido en el periódico Tribuna Libre, Buenos Aires, 28 de enero de 1920. Se trata del primer trabajo publicado por Arlt, que en ese momento tenía veinte años.

b) Un capítulo de El juguete rabioso, publicado en marzo de 1925 en la revista Proa (año IV, nº 6) con el título de «El poeta parroquial». Este relato, que narra el encuentro de Silvio Astier con un poeta mediocre y exitoso, fue transformado en la versión final de la novela en el encuentro con Timoteo Souza «experto en artes teosóficas».

c) Cinco Aguafuertes de la serie que Arlt publicaba en el matutino El Mundo y que no habían sido recogidas en libro. Los textos son: 1. Un perro andaluz. 2. La inutilidad de los

libros. 3. La terrible sinceridad. 4. Genios de Buenos Aires. 5. Alegría fúnebre.

d) «Separación feroz», obra en un acto aparecida en el diario El Litoral, de Santa Fe, el 18 de agosto de 1938. Se trata de una escena de grotesco donde un hombre que decide suicidarse se despide de su mujer y discute con ella el testamento.

2. El conjunto de sus escritos inéditos:

a) Un retrato autobiográfico, enviado por Roberto Arlt hacia 1939 a su editor Esteban Moied para servir de prólogo a la reedición en un solo volumen de Los siete locos y Los lanzallamas. El texto posteriormente no fue utilizado y quedó en poder de Moied.[1]

b) Notas para una novela en preparación, apuntes, ideas y anécdotas literarias, escritos por Arlt entre el 2 y el 30 de marzo de 1942, en un cuaderno San Martín, de cuarenta hojas de 17 x 21,5 cm.

c) Luba, el relato al que hemos hecho referencia, escrito en ese mismo cuaderno, del que fueron arrancadas 18 hojas. Las páginas, numeradas del 41 al 75, estaban sujetas con un alfiler de gancho.

Para reunir estos materiales pasé largas tardes en la Biblioteca Nacional revisando colecciones de periódicos y revistas de la época, mantuve correspondencia y entrevisté a amigos y conocidos de Roberto Arlt. Por fin coloqué varios avisos en diarios de Buenos Aires y del interior anunciando mi intención de comprar cualquier material inédito de Arlt que se pudiera conservar. Por este medio (aparte del retrato autobiográfico y de una docena de cartas)[2] conseguí el cuaderno de apuntes en el que Arlt escribió casi diariamente durante marzo de 1942.

Me lo trajo, una mañana, un hombre de edad, tímido y afable: era un obrero ferroviario jubilado y se llamaba Andrés Martina. Había sido director de una biblioteca socialista en Banfield durante la década del 30: allí conoció a Roberto Arlt. A fines de 1941 Arlt le alquiló un galpón de su casa en Lanús e instaló un laboratorio donde experimentaba con su invento de las medias engomadas. En ese tiempo, según me confirmó Martina, Arlt se había asociado con el actor Pascual Nacaratti para explotar comercialmente la producción industrial de las medias. Habían fundado una empresa (Arna): Nacaratti se encargaba de buscar los créditos y Arlt oficiaba de socio industrial. Según Martina, Arlt llegaba todas las mañanas y se encerraba en el laboratorio hasta bien entrada la noche. Había instalado un autoclave, un barómetro, una pierna de duraluminio y otros artefactos ideados por él. Trabajaba con caucho, buscando una solución que mantuviera la suavidad de las medias.

–Yo me había entusiasmado con ese loco. Era capaz de convencer a cualquiera de que iba a tener éxito. Había que verlo metido en ese galpón, muerto de calor, envuelto con un delantal de cuerina, fumando sin parar y hablando solo. Trabajaba con soluciones de goma benzoica, alimentando a ciento veinte grados su autoclave, manipulaba esos aparatos todos al mismo tiempo y el lugar parecía la sala de máquinas de un vapor. No pensaba en otra cosa. Cuando el asunto marchara a mí me iba a pagar un viaje a España –dijo el viejo sonriendo atrás de sus ojos claros–. Yo lo terminé queriendo como a un hijo. Un día le estalló un tubo de oxígeno, casi se quema vivo. Me acuerdo que se apareció en la cocina de mi casa, la cara tiznada, las cejas chamuscadas, abatido y humilde. Ya lo habían desalojado de dos o tres lugares, por los estallidos. «No se preocupe», le digo. «Siga nomás, siga aunque se queme

toda la casa.» Entonces ese hombre se pone a llorar y me abraza, agradecido de que yo le tuviera confianza.

Arlt estuvo yendo al laboratorio de Lanús casi todos los días, entre febrero y junio de 1942.

–Se había acostumbrado a venir y verme antes de irse y me hablaba de todo lo que iba a hacer con la plata que ganara. Tenía cada idea. –El viejo se quedó callado, como pensando–. La última vez que lo vi me dice: «Me falta un solo detalle.» Un solo detalle, ¿se da cuenta? Se murió convencido. Ahora si ese invento iba a caminar o no, nadie lo sabe. Se llevó el secreto a la tumba, lo había creado todo solo. «Me falta un solo detalle», decía, vaya a saber cuál era.

Después de muerto Arlt, el laboratorio quedó en manos de Martínez, sin que nadie se presentara a retirar las cosas. En un cajón había encontrado el cuaderno y hasta que yo me interesé ninguno se preocupó por investigar si tenía valor.

–Hay montones de notas sobre una novela: la estaba escribiendo o la pensaba escribir en ese entonces. A veces me hablaba, la historia la había sacado de una noticia policial. Un tipo que había envenenado a la mujer.

Me alcanzó el cuaderno envuelto con prolijidad y no quiso aceptar el dinero que le ofrecí.

–Tal vez buscando aparezca alguna otra cosa. Ya voy a ver – me dijo.

–Fíjese –le dije yo, ansioso por revisar el manuscrito–. Si encuentra algo tráigamelo a mí, no hable con nadie.

1

El cuaderno está numerado del 1 al 80: las páginas centrales (de la 41 a la 77) han sido arrancadas. Se encuentra en las treinta primeras páginas el esbozo y plan de una novela. Es la historia de un Borgia menor, un asesino enfermizo y genial que tramó un crimen perfecto. Transcribo las anotaciones según el orden que tienen en el manuscrito.

Un hombre en la vigilia piensa bien de otro y confía en él plenamente, pero lo inquietan sueños en que su amigo obra como un enemigo mortal. Se revela al final que el carácter soñado es el verdadero. (En medio de la multitud, en la jungla de la ciudad, imaginar a un hombre cuyo destino y cuya vida están en poder de otro, como si los dos estuvieran en un desierto.)

Lettif: un joven puro. (Hamlet + Mishkin + Luis Castruccio.)[3] Rinaldi lo encuentra en un cafetín de Leandro Alem. Comienza a encauzarlo. (La educación criminal.) Lo inicia. Sobrevienen las más grandes pasiones espirituales. Rinaldi conoce el modo de activar su fantasía. Transformaciones. (Un Fausto terrenal.)

Rinaldi le habla por primera vez de la belleza del crimen. Tendencia al dominio ilimitado y fe en la autoridad. Él se alegra de sentir ese poder. Se endeuda. Mejor: Rinaldi se empeña en prestarle dinero. La deuda crece. Orgullo desmedido y lucha contra la claridad.

La deuda económica como un lazo de sangre. Rinaldi hace entrar en esa mente virgen la idea del crimen. No tanto la idea del crimen sino la idea de un canje natural entre la muerte y el dinero. Le habla de los seguros de vida. Se cobran contra la muerte del otro. El capitalismo especula con los buenos sentimientos. Los pasos deben ser: Rinaldi lo «obliga» a

endeudarse (generosidad). Comienza a pervertirlo: por fin le cede a Matilde. Él acepta vivir con una prostituta para protegerla de la policía. No hay nunca comercio carnal. Ella quiere adoptar una niña. Lettif se entusiasma. Ponen un aviso en el diario. (Capítulo donde desfilan las familias que vienen a entregar a sus hijos. «¿Entonces su hijo se queda con nosotros?» «Sí, señor.» «¿Y si yo resulto ser un pervertido, un canalla?», etc.) Eligen una nena de ocho años (María), hermosa, renga.

Sigue luego un esbozo de Rinaldi.

Gordo, jadeante, el traje de filafil verde nilo manchado con café, ceniza y rouge. El bar en sombras, los ventiladores a paleta. Sentado siempre en la misma mesa, la cara llena de cicatrices, la piel gastada. De cerca parece un sapo, ojos metálicos.

–¿Qué es robar un banco comparado con fundarlo? –dice, y se larga a reír. (Es verdad, es así como habla: Qué es –jadeo–

practicado en el muro de su pabellón, se encontraron más de 5.000 cartas, en las que, con leves variantes, repetía siempre lo mismo.

robar –jadeo– un banco –jadeo– comparado con –jadeo– fundarlo.) Lo encuentra siempre a cualquier hora que vaya.

–¿Usted cree que es más fácil ser tenedor de libros que apóstol de una religión? ¡Ingenuo! ¿A qué evangelista le metieron de joven en una garita a contar dinero que no era de él ni para él? –Se detiene para respirar, se cruza un pañuelo sucio por el cuello y hunde la cara en la jarra de cerveza, después sigue hablando con su jadeo asmático–. ¿A qué santo le enterraron en un subsuelo y le obligaron a enceguecer sobre

columnas de cifras y ocho horas diarias todos los días de su existencia? ¿A qué beato lo obligaron a viajar colgado como un gorila del pasamano de un ómnibus durante cuatro veces diarias todos los días de su vida? ¿A qué angélico le amarraron in vitam los vencimientos de la maldita estameña que trajeaba?

Lettif decide matar a María para cobrar el seguro de vida. Compra el arsénico antes de sacar la póliza. Va con Matilde, sacan póliza para los dos. Pero allí falla su designio: las compañías aseguradoras se niegan a suscribir una póliza a su favor por la muerte de una niña. «Consideran inmoral el seguro efectuado sobre la persona de un niño.» Entonces decide matar a Matilde.

El sentido principal de la primera parte debe ser: conciencia instintiva de superioridad. Insaciabilidad del plan (geometría). Lo fundamental es que él está convencido de que todo es de una sencillez absoluta. Busca siempre un punto de apoyo sólido (la «gordura» de Rinaldi). Un hombre fuera de lo corriente. No soporta la deuda: pero es incapaz de trabajar. O mejor ni una sola idea sobre que eso que está destinado a ser y para lo que está llamado le impide acumular riqueza. (Allí está toda su rareza: incapaz de ganar dinero, «un loco».) La duda quedará disipada cuando, en el afán de asegurarse el dinero, lo pierda.[4]

Sigue luego un retrato de Lettif escrito por Arlt fraguando el estilo de un informe psiquiátrico.

El hombre presa (incluir como capítulo antes del juicio). El asesino, cuya mensuración antropométrica no hemos podido obtener, es un hombre de treinta años, de pequeña estatura, rostro delicado y regular, completamente sin barba, de cabellos rubios y lacios, ojos celestes que pocas veces miran de frente, cabeza extraordinariamente grande y redonda, orejas triangulares y vampíricas, frontales pronunciados. Sonríe

constantemente, baja la vista y se ruboriza con una facilidad extremada. En el medio de la frente presenta una protuberancia marcadísima, que él atribuye a un golpe recibido en la infancia. Nacido en las últimas capas sociales y por muchos años sirviente, ha logrado elevarse debido a una relativa instrucción que parece haberle hecho un gran daño, trastornando todas sus nociones. Gran aficionado a los filósofos del siglo XVIII, flota intelectualmente entre la demencia y el genio (ver su Tratado sobre el veneno) (mejor: Elogio del arsénico), constituyendo uno de los ejemplares más característicos de ese tipo que Lombroso llama «mattoide» y que denominaríamos «alocado» para dar una traducción aproximada. En 1924 –a los veintiún años– resolvió suicidarse y así lo consigna en un testamento ológrafo redactado en papel sellado que se encontró en su domicilio. Ese documento es una prueba palpable del desequilibrio mental de su autor. Empieza por legar sus bienes al Hospital Italiano, a condición de que no se los emplee en el sostenimiento de la sala de mujeres, que son, a su juicio, seres en extremo perjudiciales y antipáticos. Continúa con una profesión de fe religiosa en que se declara ateo; consigna que el único infierno no es el que describe «el farsante del Vaticano», sino el fuego central que hará más mal a los vivos que a los muertos y que «levanta la tierra de las profundidades del océano sin importársele (por decirlo así) de la vida de los marineros»; proclama que la astronomía es la base y fundamento de todas las ciencias y concluye con una larga transcripción de Flammarion y un discurso de Victor Hugo sobre la enseñanza laica. El testamento se encontró dentro de un sobre que decía: «Nulo hasta nueva resolución». El autor no pensó que, quitada la cubierta, desaparecía la nulidad.

Escrito en lo alto de la página encontramos el título: La educación criminal. Más abajo, otro título: El criminal en la selva de ladrillos.

Las notas continúan en la página siguiente:

Lo aprende en secreto todo. Quiere prepararse él solo para todo. Se entusiasma horriblemente con algo (por ejemplo con el Hamlet).

Su padre lo castigaba brutalmente en la cabeza. «Yo no lloraba pero quería matarlo.» O mejor: «Para no llorar pensaba cómo hacer para matarlo sin (...) nunca.»[5] Huraño. Taciturno. A todos los niños míralos como a algo extraño, cuyas partes buenas y perversas hace mucho descubrió. «Pasión» enfermiza –correspondida por la pequeña María (12 años).

Única duda: acumular riquezas «científicamente».[6] Sus descubrimientos de astronomía.

Sobrevienen las más grandes pasiones corporales. El efecto del vicio: su horror y su crueldad. Desprecia la mentira con todas sus fuerzas. Cree. De lo contrario: nada. El incrédulo aparecerá por primera vez en un episodio horrible y ya en la cárcel. La renguita María (12 años). La toquetea en el pasillo de visita. «No me mates, tío», dice ella en voz baja, tratando de protegerlo, de que no la oigan los guardiacárceles.

II Parte. Tomada la decisión, a Lettif solo le faltaba cumplir la segunda parte de su plan. Para decidir el veneno pasa las tardes estudiando en la Biblioteca Nacional todos los tratados que cayeron en sus manos sobre toxicología. (Escribe un ensayo: Elogio del arsénico.) Falsificó una receta y el 18 de julio consiguió 20 gramos del polvo letal (Rinaldi lo ayuda a falsificar la receta).

Anotado al margen se lee: Rinaldi es quien falsifica la receta. Teoría sobre facilidad para imitar –fraguar– la letra manuscrita. (Igual que Kostia.) Grafología: cambia la letra y cambia el destino. Ejemplos: imitar la letra de Napoleón, copiar los rasgos de su escritura para adquirir su carácter.

Las notas continúan con el desarrollo del crimen.

Comienzan a suministrar el tóxico a Lisette.[7] (Lleva una documentación precisa de todos sus actos en un libro memorándum: empieza a anotar minuciosamente los días y las horas en que aplica el veneno.) Mezcla el arsénico con los alimentos de su mujer después de haber probado él mismo el tóxico y comprobado que no tenía ni olor ni sabor intenso.

Un capítulo: Rinaldi entra en la estación de subtes. Andén vacío. Una mendiga duerme tirada sobre un banco. La despierta. «¿Cómo te llamás?», dijo Rinaldi mientras el subte iba entrando con un zumbido. «¿Quién?», dijo la mujer. (Rostro cuarteado, hundido.) «Vos, carajo», jadeó Rinaldi. «¿Cómo te llamás?» (La mujer se apretaba con las dos manos una especie de túnica oscura y barrosa que le cubría la piel manchada.) «¿Cómo te llamás?» «Echevarre, María del Carmen», dijo la mujer. «Tomá», le dijo Rinaldi, y le tendió un billete de cien pesos pegado con tela engomada. «Comprate un sombrero.»

La mujer mira el billete de cerca, contra su cara, como si fuera ciega, y se hamaca en su lugar, sin saber qué hacer. Cuando se dio cuenta de que realmente eran cien pesos empezó a largar una especie de quejido con la boca cerrada, igual que un chico que llora dormido. Rinaldi caminó, majestuosamente, hacia el subte y se instaló en el medio del vagón, solo y altivo, bajo la luz amarilla. Cuando el subte arranca la mujer trata de

mantenerse a la par, corriendo de costado, de cara a Rinaldi; lo saluda con las dos manos, con aire romántico, mientras Rinaldi se va perdiendo en la oscuridad. «Echevarre, María del Carmen», repite la mujer sola en el andén vacío, apretando el billete con las dos manos, los ojos fijos en la oscuridad del túnel.

Tres o cuatro capítulos más adelante: Lisette sola en un bar piensa que quiere irse. «Voy a agarrar la nena y me voy a meter en un tren y me voy a ir a cualquier lado», piensa. Se ve viajando en medio de la noche, apoyada contra la ventanilla iluminada, la nena durmiendo contra su cuerpo. En ese momento aparece la mendiga, le pide plata. Lisette la rechaza. «Me das plata, negra», dijo la vieja de perfil, con la mano tendida. «Te vas», dijo Lisette, y trató de empujarla, pero la vieja la enlazó de la muñeca y se le fue encima. «Estás perdida, vos. Condenada», le habla despacio, en voz baja, inclinada sobre ella. «Soy gitana yo. Reina y madre. Echevarre María del Carmen», hizo varios signos con la mano libre. «Te morías, vos. Te vas a morir retorcida. Soy la gitana», dijo la vieja, y empezó a irse. Lisette se aterroriza, trata de alcanzarla, le ofrece plata, inútilmente, etc. (La mendiga = Casandra.)

En adelante las notas de Arlt se concentran en el crimen.

Lettif anotará también, con regularidad, las visitas médicas que se le hacen a su mujer durante el curso de su enfermedad y que son atribuidas por el médico a una gastritis. (En un Código Penal había marcado concienzudamente los artículos referentes al procedimiento que debe observarse en los casos de inhumación de personas, cuando se sospecha que la muerte es debida a un crimen.)

La enfermedad y el sufrimiento de Lisette hacen crecer su amor por ella. La ama como nunca quiso a nadie.

Durante ese tiempo visita diariamente a Rinaldi. Conversaciones (ver): centro de la II parte. Discusiones sobre Nietzsche.

III Parte. (De la muerte de Lisette al fusilamiento: juicio.) El último día, cuando ya Lisette se debate penosamente en los estertores de una prolongada agonía, Lettif se acercó a su mujer y (según un relato posterior) la contempló un instante: luego de una pequeña vacilación, acercó su mano a la cara crispada de la moribunda y le obstruyó la nariz y la boca, asfixiándola. Cuando comprobó que estaba muerta, se metió en la cama y se tapó la cabeza con las cobijas, como un chico asustado. Media hora después dormía profundamente. (Mejor cortar el capítulo con la escena de Lettif hundido bajo las mantas.)

A la mañana siguiente llamó de nuevo al médico, quien expidió un certificado de defunción, diagnosticando congestión cerebral. (Capítulo: Velorio. Rinaldi, la nena y Lettif solos. Lisette en el cajón, amortajada: pálida y bella. Viene una puta y trae un ramo de flores de papel.)

Antes de que el cadáver fuera retirado de la habitación, Lettif, atrapado por la mecánica inexorable de su plan, llama a la compañía de seguros para anunciar que su mujer ha muerto. Lo que llevaba a conocimiento del director de la empresa por si consideraban necesario comprobarlo personalmente. Esta comunicación intempestiva provoca sospechas. Autopsia.[8]

(Uno de los médicos observa que la autopsia prueba que, a pesar del envenenamiento, la muerte debió de ocurrir por asfixia. «Sí, doctor, es verdad», dice Lettif. «La maté como Otelo a Desdémona.»)

Rinaldi (que es abogado) se hace cargo de la defensa. Argumentos «filosóficos»: funda la defensa en Nietzsche. (Rinaldi: un Polonio medio borracho.) La santidad: el antecedente «jurídico» de Raskólnikov.

Lettif es condenado a muerte. Sorprendido, se pone de pie y declara frente al Tribunal:

–No puedo concebir que por haber fallado una operación comercial se pida la pena de muerte de un hombre. Máxime teniendo en cuenta que lo he cometido en mi propia casa y en la persona de una extranjera, lo que es evidentemente un atenuante. Debo insistir en que no existe delito tratándose de un extranjero y nunca de un argentino. La finada Lisette Armand era ciudadana francesa: esa seguramente es una circunstancia atenuante que prueba que yo no he hecho mal a ningún argentino. Soy de buenos antecedentes, es la primera vez que me encuentro preso y he sido y soy de buena conducta; son, pues, circunstancias atenuantes. La asistencia médica que le presté durante la agonía es atenuante. La voluntad que Lisette prestaba en el negocio del seguro, que es negocio lícito como acto comercial ante la ley, es otro atenuante. Ella era mi mujer legal: ese es otro atenuante. La ley exige la voluntad criminal para que haya delito, y la voluntad de matar yo no la he tenido, sino más bien la de obtener dinero a través de una transacción legal; esa es otra circunstancia atenuante. Quise que dejara de sufrir: esa es otra. Hay otros varios atenuantes que no recuerdo. El hecho de que la enfermedad y la defunción pasó en mi casa: ese es otro atenuante.

En la cárcel, Lettif lleva un diario. Esas notas deben empezar junto con el relato, quiero decir, van a ir intercaladas.

(Final): Es fusilado. Lo llevan descalzo, en medias como a Di Giovanni. En el momento de ser fusilado, Lettif, volviéndose a las direcciones que nombra, dice: «Adiós, Norte,

adiós, Sur... Este, Oeste.» A la ejecución asisten –afuera, del otro lado de los muros– Rinaldi y María. Caminan de la mano por la vereda. Escuchan la descarga. Está amaneciendo. Se alejan caminando por la ciudad vacía. Por el medio de la calle aparece la loca (Echevarre) que camina con los brazos abiertos, sola contra la ciudad dormida, hablando en voz baja, como si rezara. (Fin.)

En la página 29 del cuaderno termina el esbozo de la novela propiamente dicha. A partir de ahí se suceden notas del diario de Lettif, ideas sobre los personajes, apuntes y reflexiones del propio Arlt.

(Diario de Lettif.) Anteanoche empecé mis anotaciones y estuve trabajando en ellas cuatro horas. Será un documento, un ajuste de cuentas. Nadie descubrirá estas hojas (bajo las tablas de la cama). Rinaldi –mi abogado– se encargará de sacarlas. Mi crimen es suave, meditado, científico. Aunque mi causa es algo delicada, espero que no se me condenará a más de diez años de prisión, que pienso aprovechar en el estudio. Ella está muerta y nada siente; en tanto que yo pagué la póliza y he perdido doscientos treinta pesos, incluyendo en ellos los gastos de médico y entierro.

Creo en el mundo de la prisión, en sus costumbres réprobas. Acepto vivir en ella, como aceptaría, si estuviera muerto, vivir en un cementerio, con tal de vivir en él como un muerto verdadero.

No hacer nada limpio ni higiénico: la limpieza y la higiene no son de este mundo. Alimentarse con ensueños. Y creerse verdaderamente encarcelado por toda la eternidad. No me sentí sorprendido al descubrir las costumbres de los prisioneros, esas costumbres que hacen de ellos hombres distintos (¿al margen?) de los vivos: dar vueltas en redondo dentro de la celda (12

pasos). Esta misma vida he llevado yo en secreto allá afuera. Pero ahora tengo miedo.

En la biblioteca de la cárcel lee a Pascal. Piensa que «la inteligencia moderna está en plena confusión». Pena de muerte. Se mata al criminal porque el crimen agota en un hombre toda la facultad de vivir. Si ha matado, lo ha vivido todo. Ya puede morir. El asesinato es exhaustivo.

Entre Rinaldi y Lettif la misma relación que entre el pensamiento y los sueños.

Leo esto en Melville: «Qué insensato, qué inconcebible que un autor –en ninguna circunstancia posible– pueda ser franco con sus lectores.»

Sigue luego un retrato de Rinaldi.

Pese a que se estaba hundiendo desde hacía por lo menos quince años, Rinaldi lograba mantenerse a flote ayudado por su título de abogado. El rectángulo de papel conseguido después de largos años de vagar por pensiones descascaradas y bares lácteos era su tabla salvadora, la carpa de oxígeno que le permitía sobrevivir. Gracias al título lo habían puesto al frente de la oficina de contrataciones y se encargaba de arreglar el movimiento de mujeres para los números de varieté en toda América Latina. Certificados de trabajo, control sanitario, pasaporte, todo tenía que andar como un reloj, para que las mujeres pudieran moverse de un lado a otro, entrar y salir sin problemas del país.

Siguen varios párrafos ilegibles y después se lee.

En la bajada de Corrientes la ciudad se aquieta, hundida en una niebla azul que el viento levanta contra los carteles

luminosos. Rinaldi se desliza pegado a la pared, cabizbajo, embravecido, sosteniendo el sombrero de ala fina con la mano derecha cuando el viento de río lo toma de frente. «Años que quiero levantar vuelo», viene pensando. «Ponerme por mi cuenta en Panamá. Quito: Ecuador.» Se veía cruzando la planchada vestido de gris, con una valija de cuero de chancho, sosteniendo el ala del sombrero contra el aire de la rada. «No tengo nada que perder», pensó. «Ahora qué me puede importar.»

Este texto es la última referencia al proyecto de novela. A partir de la página 32 comienzan las anotaciones sobre el anarquismo.

La gran pureza del anarquismo tipo Kraskov es que para él el crimen coincide con el suicidio (ver otra vez el libro de Savino: Recuerdos de un anarcosindicalista). Una vida se paga con una vida. El razonamiento es falso pero económico. (Es decir: en esta sociedad, moral.)

Carta de amor: «Si no venís me mato. Me dispararé un poco más arriba del corazón en la secreta esperanza de morir y de seguir viviendo lo suficiente para que tú llegues y me veas.»

Historia de un anarquista que debe infiltrarse en la policía. Junto con él: un delator que mantiene sus listas al día. Nombres escritos con letra de imprenta. Varias tintas. Rayas. Cruces. Números. (Hace cuentas, promedios.)

«Mi verdadera biografía está escrita en el prontuario que lleva de mí la policía: en esa ficha se anota todo lo que de mí vale la pena de ser recordado por los hombres.»

El revolucionario es un hombre marcado. No tiene intereses personales, nada propio: ni siquiera un nombre. Todo en él está sujeto a un interés exclusivo, a una sola pasión: la lucha revolucionaria. ¿No es el mejor héroe moderno? (Macbeth + Don Quijote = Lenin.)

–A los hombres como yo la muerte no nos asusta –dijo–. Es un accidente que nos da la razón.

P. Scarfó (carta a su hermana, citada por Androtti: Los anarquistas en la Argentina): «Si el pueblo revolucionario irrumpiera en mi habitación decidido a hacer pedazos el busto de Bakunin y a destruir mi biblioteca, lucharía contra él hasta el fin.» Con esto se podría hacer una Aguaf. Un ejemplo extremo del mismo asunto se deja ver en un hombre como Máximo Gorki. Al comentar un congreso de «indigentes rurales» realizado en Moscú en el año 19 señala que «varios cientos de campesinos fueron alojados en el palacio de invierno de los Romanov. Cuando una vez finalizado el congreso estos hombres se marcharon se vio que no solo todos los baños del palacio, sino una enorme cantidad de jarrones de Sèvres, de Sajonia y de Oriente habían sido empleados como orinales. Y no por necesidad, pues los excusados estaban en orden y funcionaba la canalización. No, este hecho vituperable fue la expresión del deseo de estropear, de deteriorar los objetos bonitos» (M. Gorki: Mis recuerdos de Lenin, p. 24). Ni se le pasa por la cabeza pensar que los campesinos actuaban sin saberlo como críticos de arte, es decir, usaban los jarrones de Sèvres. Para Gorki los jarrones de Sèvres son solo «objetos bonitos», intocables, que todos deben «reconocer» y «respetar». No se da cuenta de que los tipos, al mear en los jarrones de Sèvres, adentro del palacio de los Romanov, niegan que la

belleza sea universal, se oponen de hecho a la idea burguesa de una belleza que es más bella cuanto menos sirve (cuando no sirve para nada). Al usarlos de un modo tan «brutal» (tan poco estético) los campesinos buscan en el «objeto bonito» saber para qué sirve. La belleza es intocable: debe ser inútil. Ahí está todo el crimen: un crimen contra la propiedad (aunque no le guste a Gorki).

Inmediatamente aparece la idea de un relato.

Un tema: el hombre puro y la mala mujer en una situación extrema. Encerrados: ver cómo cambian, se transforman (¿metidos los dos en la cárcel?).

El hombre detenido por la policía política porque tuvo pereza de ocuparse de los documentos. Lo sabía, no lo hizo, etc.

Respecto de las Aguaf.: Los jarrones de Sèvres ¿sirven de orinales?[9] Detrás de lo narrado por Gorki se ve la clase de personajes que eran los bolcheviques: en 1919 consideraban la cosa más natural del mundo alojar a los mujik en el palacio de los Romanov (sin retirar, por otro lado, los jarrones).

María Kolugnaia. Al quedar en libertad la acusan de haber traicionado. Para rehabilitarse dispara contra un oficial de gendarmería. Condenada a trabajos forzados, se suicida para protestar por el castigo corporal infligido a un camarada.

Otra sobre Los jarrones. Trotski (en la Autobiografía) hablando de 1918: «Cuando el soldado, el esclavo de ayer, súbitamente se encuentra en un vagón ferroviario de primera clase y arranca el terciopelo que cubre los asientos para hacerse unas polainas, aun en un acto tan destructivo se manifiesta el despertar de la personalidad. El maltratado y pisoteado campesino ruso, acostumbrado a recibir bofetadas y los peores

insultos, se encontró de repente, quizás por primera vez en su vida, en un vagón de primera clase; ve las vestiduras de terciopelo; en sus propias botas tiene harapos malolientes; y arranca el terciopelo, diciéndose que él también tiene derecho a algo mejor.» Parece una crítica al comentario de Gorki. (Otra vez: la belleza solo vale cuando uno puede contestar ¿para qué sirve?, ¿cómo se puede usar?, ¿quién la puede usar? No hay belleza universal.)

En Moscú amenazado por el ejército blanco, a Lenin que decide movilizar a los condenados por delitos comunes.

–No, con esos no.

–Para estos –contestó Lenin.

(Recordar a Simón Radowitski: lo embarcan hacia Ushuaia –cadena perpetua–. Pésimas condiciones, mala comida, hacinamiento. Se pone de pie, engrillado: «Compañeros ladrones y asesinos», dice, y llama a resistir al sistema capitalista mundial.)

Creo que jamás será superado el feroz servilismo y la inexorable crueldad de los hombres de este siglo.

Creo que a nosotros nos ha tocado la misión de asistir al crepúsculo de la piedad y que no nos queda otro remedio que escribir deshechos de furia para no salir a la calle a tirar bombas o a instalar prostíbulos.

A continuación aparece otra nota sobre el relato Luba.

Hasta entonces ha tenido suerte: todo se da vuelta de golpe. La vida como un juego de azar. La policía tras él. Hace dos días que no duerme. El cerco se estrecha. Decide refugiarse en un prostíbulo. (La mujer: Luba.)

Escena: Por sorteo debe ejecutarse a un excamarada que ha resultado ser un policía infiltrado. Balazo en la sien. (La Browning de ocho tiros.) Le sostiene la frente con la palma de la mano, como a un niño. Lo tranquiliza. «Es un instante», le dice. «No se siente nada.» Llora.

Marcos Rodríguez, anarquista español. Condenado a trabajos forzados en Ushuaia. Se niega a que le quiten las cadenas durante Semana Santa para parecerse más a su Salvador. Antes, entraba en las iglesias y disparaba su revólver contra los crucifijos.

Título: La propiedad es un robo.

Dice: «La ley me permitió conocer el crimen.» (Mejor: «Gracias a la ley pude conocer el mal» o el pecado.)

¿Acaso duerme alguien entre la cárcel y el patíbulo? Nosotros, sin embargo, dormimos durante todo el trayecto.

Balzac: «La ilusión es una memoria convertida en deseo.»

Inmediatamente después (final de la página 40) se encuentra el primer párrafo del relato que Arlt había comenzado a escribir directamente en el cuaderno.

Llegaba demasiado temprano: eran las diez de la noche; pero la gran sala blanca con sillas doradas y espejos a lo largo de las paredes estaba ya dispuesta para recibir a los visitantes. Todas las luces estaban encendidas. En un rincón, cerca de un salón casi a oscuras, sentadas una junto a otra, tres muchachas hablaban en voz.[10]

El texto se interrumpe ahí: se trata del comienzo de Luba, pero las páginas del cuaderno han sido arrancadas. Las anotaciones de Arlt continúan en las últimas cuatro hojas (numeradas del 77 al 80) que fueron escritas comenzando desde

el final, a partir de la contratapa. La mayor parte de estas notas son apuntes y fórmulas sobre el procedimiento de las medias engomadas.[11] *Se ven además algunos croquis de máquinas y aparatos, varios dibujos y planos de un voltímetro. Junto con estas notas técnicas, existen además algunas anotaciones de Arlt referidas a la literatura. Son las siguientes:*

No pensaba decirlo a nadie: guardaba el secreto, como un suicida el frasco de veneno. Pero no había llegado aún nadie que pudiera...

No puedo pensar sin escribir.

A Kostia: defensa del plagio. (Escribir todo: como venga.)

Escribo esto a los jóvenes que todavía no están corrompidos como yo que escribo todos los días porque me he entregado con alma y vida a este oficio en el que, para ganarme la vida, pierdo mi alma.

Todavía no escribo «por escribir» como tantos otros que, a pesar de todo, no pueden escribir.

Para modelar una obra maestra, para tejer un traje capaz de durar un siglo, es necesario sentir, pensar y escribir. No podemos pensar si no tenemos tiempo de leer, ni sentir si nos hallamos emocionalmente agotados, no podemos escribir si no tenemos tiempo libre (es decir: dinero para financiar el tiempo libre). No podemos coordinar lo que no tenemos.

Aparte hay un recuadro con una lista de libros (leídos por Arlt en esos días o que Arlt pensaba comprar): Mecánica cuántica de O. Asendorf. Química orgánica de L. Panunzio. Manual de economía política de N. Bujarin. Recuerdos de Lenin de M. Gorki. Bouvard y Pécuchet de G. Flaubert. Las tinieblas de L. Andréiev. El anarquismo en la Argentina de J. Androtti. La locura de Almayer de J. Conrad. Irresponsable de

M. Podestá (al lado de este título Arlt había anotado entre paréntesis: El hombre de los imanes). A la sombra de las muchachas en flor de M. Proust.

Había también cifras y cuentas de dinero. A Kostia: $2.000, a Reynald: $700, a Raúl: 600 más 18.000. Debo: 33.000 (seis meses).

Arlt escribió en este cuaderno entre el 3 y el 27 de marzo de 1942. Para verificar esas fechas y confirmar la existencia del relato Luba es preciso enumerar los papeles que se encontraban entre sus páginas.

2

Entre las páginas del cuaderno había una carta y la memoria escrita por Arlt para solicitar la patente de su invento de las medias engomadas.[12] El original de ese texto dice así:

Nuevo procedimiento industrial para producir una media de mujer cuyo punto no se corre en la malla.

Hasta la fecha se ha tratado de evitar que la ruptura de un hilo de la malla determine la destrucción de la media, mediante el empleo de productos gomoso-líquidos. Estos procedimientos no han resultado, pues si las soluciones gomosas son demasiado espesas, alteran el aspecto estético de la media, y si estas soluciones son muy líquidas, carecen de consistencia adhesiva para impedir el deslizamiento de un hilo que se rompe. Este problema ha adquirido tal importancia que en la actualidad se construyen pequeñas máquinas de coser destinadas únicamente a reparar el accidente del «punto corrido». El autor de esta solicitud –Roberto Godofredo Arlt, nacido en Buenos Aires, el 2 de abril de 1900– ha resuelto dicho problema recubriendo la superficie interna de la malla de una película de goma sólida, lo

suficientemente delgada para ser transparente como la malla cuya destrucción se trata de evitar. A este fin inventó un procedimiento por el cual solicita patente.

La carta (y esta fue la clave de mi investigación) había sido recibida por Arlt en esos días y confirma la existencia del relato. Escrita a máquina, fue enviada por un tal Saúl Kostia[13] y dice así:

Adrogué, abril de 1942

Acá llueve y hace calor. Me encantan estos días neblinosos, estas calles lustrosas de humedad. Cuanto más desapacibles son, menos gente hay por la calle. Duermo mucho y me curo. No hago otra cosa que matar hormigas. La Tana te manda saludos, dice a ver si es cierto que vas a venir. Respecto de las cositas que me mandás (tu carta estaba mal cerrada y el cartero no entendía un carajo. Debe de pensar que soy marica o que trafico con piernas de mujer) te digo:

Primero – La media tiene arrugas de pescado, más que una media de seda parece una piel llena de escamas o mejor una media elástica para ajustar várices (por ahí sirve para eso: ¿cuántas minas con várices hay en Buenos Aires? Ponele que hay 100.000. Pensá: diez pesos el par).

Segundo – El cuento en cambio es de primera: la única contra es que parece un poco forzado. Quiero decirte, ¿no podrías encontrarle una vuelta que sonara menos San Petersburgo? (la puta y el anarquista, oh Dios mío, ¿cuándo te vas a decidir a leer a Proust?). De todos modos me gusta, claro, la situación tiene fuerza, etc. Pero eso era previsible viniendo de vos, que sos nuestro Bernabé Ferreyra espiritual.

Tercero – Se me ocurre que nunca vas a entender que tenés que separar la literatura de la guita. Imaginarse que la literatura es una especialidad, una profesión me parece inexacto. Todos son escritores. El escritor no existe, todo el mundo es escritor, todo el mundo sabe escribir. Cuando se escribe una carta (esta, cualquiera), también eso es literatura. Diría aún más: cuando se conversa, cuando uno narra una anécdota, se hace literatura, siempre es la misma cosa. Hay personas que jamás han escrito en la vida y de golpe escriben una obra maestra. Los otros son profesionales, escriben un libro por año y publican porquerías para vivir de eso (si pueden): como si fuera justo que les pagaran por escribir suciedades. Es lo mismo que pasa con tu invento de las medias: ¿pensás que alguno va a querer comprar esa especie de panza de pescado? ¿Por qué? ¿Porque vos invertís tiempo, plata, etc.? Si trabajaras en las medias porque sí, para entretenerte, se podría entender. Son algo hermoso, bien mirado (tengo la muestra que me mandaste sobre la mesa): parecen hechas con piel humana, uno las toca y tienen una textura gomosa, sangrienta. Ahí tenés: algo que no sirve para nada, que es una creación pura, un objeto fascinante y malvado que se puede usar para lo que se quiera: disfrazarse, encerrarse con eso en el baño y hacer porquerías o (sería lo mejor) obligar a la mujer de uno a andar con esas medias, de tacos altos y en bolas. ¿Pero venderlas? ¿Hacerlas para ganar plata? Lo mismo pasa con la literatura: la profesión de escritor no existe, dejate de joder de una buena vez. Nadie escribe porque le gusta o porque le dan plata, escribe porque... vos sabrás. Te espero.

Kostia

Esta carta era la respuesta a una carta de Arlt donde se lee:[14]

Buenos Aires, 12 de abril

Caro Kostia:

No he ido por allá porque constantemente he estado ocupado con ese asunto de las medias, ya que queremos salir comercialmente con los primeros fríos. Y vamos a salir. Te mando aquí un pedazo arrancado de una media tratada con mi procedimiento. Te darás cuenta de que sacándole el brillo a la goma (me van a entregar ahora una goma sin brillo ni tacto como el que tiene esta) el asunto es perfecto. Tendrán que usar mis medias o andar sin medias en invierno. No hay disyuntivas. Escribirte las pruebas y trabajos que he efectuado hasta la fecha es escribir una novela. Con decirte que mediante pruebas y trabajos sucesivos he conseguido reemplazar una pierna de aluminio que costaba $100 por una pierna de madera revestida de plomo cromado que cuesta $15. Es fantástico. He tenido que inventarlo todo y sin trabajar ni hacer pruebas no era posible. Escríbeme diciendo qué impresión te produce este pedazo que te he enviado. Se puede lavar con agua caliente. Nos calentará las piernas en invierno porque su temperatura interna se contrabalanceará con la temperatura externa. Ponele un papel escrito atrás y podrás leerlo. Para que hagas la prueba (je je) te mando el borrador de un relato que estuve escribiendo (primero lo pensé para el teatro). Es un asunto con los anarquistas. Fijate qué te parece y cuando vaya a verte hablamos. Estoy bastante decaído de tanto trabajo que tengo. La novela está atrancada no porque no me funcione (estoy pensando en eso todo el día) sino que no tengo tiempo de escribir una historia así. Cuando las medias estén en la calle y se vendan y empiece a entrar plata, ahí van a ver quién es Arlt. Este cuento lo escribí medio obligado porque me lo pidieron en El Hogar (me pagan $1 la página. Más que a Gálvez) y le saqué $25 de

anticipo. ¿Sabés lo que es esto de crear por encargo y a tanto la línea? No creo que vos ni nadie en este país sepa lo que es este suplicio infernal. Pero esta es la profesión que elegí, incluso antes de haber escrito media página, antes de saber para qué mierda servía yo. No me olvido de vos. Y te abrazo, hermano, mi querido.

Roberto

P. D. Voy a ir a verte sin falta para Semana Santa. (Hablando de Semana Santa, escuchá esta historia: Marcos Rodríguez, anarquista español, condenado a cadena perpetua. Se niega a que le quiten las cadenas durante Semana Santa para parecerse más a Cristo, su Salvador. Antes, entraba en las iglesias y disparaba su revólver contra los crucifijos en plena misa.)

Estas dos cartas, que confirman la existencia de un cuento escrito por Arlt en esos días, me dieron, además, la pista para empezar a investigar. Teniendo en cuenta que la carta de Arlt fue enviada el 12 de abril, está claro que el cuento fue escrito antes de esa fecha, es decir, a fines de marzo o principios de abril. A partir de esto se abrían algunos interrogantes: Arlt murió en junio; si el cuento le había sido pagado en gran parte y necesitaba el dinero, ¿por qué no entregó una versión a El Hogar? Había dos posibilidades: absorbido por el invento de las medias, no encontró tiempo para corregir y entregar el relato. De lo contrario, hay que pensar que en su encuentro con Kostia (Semana Santa cayó en 1942 entre el 22 y el 25 de abril) surgieron algunos problemas con respecto al cuento y Arlt decidió reescribirlo o incluso no publicarlo. En todo caso: ¿el cuento se había conservado? Para develar estas incógnitas era necesario localizar a Kostia. No tenía modo de dar con él

directamente, de modo que fui a verlo a Pascual Nacaratti, socio de Arlt en el proyecto de las medias como hemos visto; era la persona que más lo frecuentaba en esos meses de 1942.

Lo que me dijo Nacaratti, sentado frente a una mesa en la vereda de un bar sobre Carlos Pellegrini, fue más o menos esto:

Que efectivamente Kostia era un viejo amigo de Arlt. Una persona que ejercía una gran influencia sobre él. Arlt pensaba con toda seriedad, y se lo decía a quien quisiera escucharlo, que el único escritor con talento en el país era Kostia. Se sabía de memoria un poema de Kostia que él (Arlt) había hecho publicar en la revista Claridad.[15] «Él es un poeta», decía Arlt. «Nosotros somos simples laburantes de la literatura. Muerto Lugones, vos, Kostia, sos el único poeta que nos queda.»

Kostia se mataba de risa. «Yo ponele que soy Balzac», le decía Arlt. «Pero vos sos Mallarmé.»

–No, yo no soy Mayarmé –decía Kostia, imitando el acento de Arlt–. Yo soy Lautréamont. ¿Te parece bien?

–Perfecto, hermano –decía Arlt.

En ese tiempo –cuenta Nacaratti– Kostia vivía en Adrogué y se las daba de anarquista, de poeta metafísico. Se pasaba el día leyendo Bakunin, leyendo Eliot. Un tipo de mucho talento, pero totalmente desperdiciado. Loco como él no he visto otro: cuando Arlt le hablaba del asunto de las medias, él le proponía que instalaran juntos un sanatorio modelo para tuberculosos copiando el que Thomas Mann describe en La montaña mágica. Se peleaban constantemente pero se querían mucho. En ese tiempo Arlt iba siempre a visitarlo a Adrogué y se quedaba días enteros escuchándolo hablar. Me acuerdo de una vez que estábamos ensayando Saverio el cruel y se aparecieron los dos. Fuimos a cenar al Hispano y en un momento dado nos pusimos a conversar sobre crímenes, casos criminales. El asunto fue a parar a los delincuentes sexuales. Arlt relató con gran detalle la

historia de un hombre que en Alemania había destripado a una virgen de quince años y luego había dibujado con sangre en los cristales de la ventana un corazón con su nombre y el nombre de la muchacha. «Eso es amor», decía Arlt, y a Kostia se le dio por opinar que en un caso así el asesino debía recibir el mismo castigo. Arlt decía que los maniáticos sexuales eran los santos modernos porque mezclaban el sexo y la muerte, ese tipo de cosas. A medida que la conversación continuaba empecé a darme cuenta de que había una tensión cada vez mayor entre ellos y una tendencia de Kostia a ridiculizar las ideas de Arlt. Estaban hablando de la literatura y cada vez que Kostia nombraba a Los siete locos fingía equivocarse. «Che», le decía Kostia. «Por ejemplo en Los siete ahorcados.» Lo jodía con Andréiev. De repente Arlt, que tenía una caja de fósforos en la mano, la arrojó en dirección a Kostia y le pegó en la cara. Kostia recogió la caja con toda calma y empezó a prender fuego al mantel. Antes de que pudiéramos darnos cuenta todo era un quilombo: la mesa se había empezado a incendiar mientras Arlt y Kostia se agarraban a trompadas en medio del restaurante. De pronto Arlt lanzó una especie de grito, se soltó y lo escuchamos correr hacia la calle. Me acuerdo de que Kostia se quedó inmóvil, erguido, los ojos brillosos, el rostro de hierro, mirando el aire, y dijo: «Yo le voy a dar al loquito ese hacerse el Raskólnikov.»

Se peleaban, ya le digo, pero se querían mucho. Todos nosotros, no solo Arlt, estábamos seguros de que Kostia iba a ser un gran escritor, pero se fue quedando, se fue quedando: ahora está totalmente deteriorado, vive en una pensión cerca de Tribunales. Vaya a verlo, si quiere, de parte mía. Está siempre en el bar Ramos, ahí seguro lo encuentra, todas las noches.

–Y del cuento ese que le digo, ¿usted se acuerda de algo? –le pregunté.

–Es difícil: Arlt estaba siempre contando proyectos que después no escribía. Usted dice que le pagaron un anticipo, ahora, la verdad, yo no me acuerdo, me parece raro que Arlt no lo haya publicado si se lo habían comprado. Claro que por ahí eran todas macanas. Se pasaba la vida inventando novelas que estaban por salir y que jamás había escrito.

3

Kostia era un tipo gordo, asmático, que respiraba con un jadeo pesado. Estaba sentado contra una mesa del fondo, en el Ramos, rodeado de vasos de cerveza, al lado de una mujer muy escotada y vestida de celeste, y de un tipo flaco, de aire consumido y febril. Kostia hablaba como predicando y a cada rato se secaba la piel de la cara con un pañuelo arrugado y sucio. Yo me acomodé en la barra y los miraba por el espejo que corría atrás del mostrador.

–Entonces hay que preguntarse siempre, en el peor minuto de la vida: ¿Soy sincero? Usted me dirá: ¿Y si los otros no entienden que soy sincero? ¿Qué le importa a usted de los otros? Uno se equivoca cuando tiene que equivocarse. Ni un minuto antes ni un minuto después. ¿O qué cree usted? ¿Que es uno de esos multimillonarios norteamericanos que primero venden diarios, después son carboneros, después dueños de un circo, fiolos, vendedores de autos, hasta que un golpe de fortuna los sitúa? Esos hombres se convierten en multimillonarios porque querían serlo. Pero piense usted en todo lo que se jugarán para llegar. ¿Se da cuenta? –decía Kostia–. Hay una frase de Goethe, respecto a este estado, que

vale un Perú. Dice: «Tú me has metido en este dédalo, tú me sacarás de él.» Es lo que anteriormente le decía.

Kostia se detuvo para respirar, se cruzó el pañuelo sucio por la nuca y hundió la cara en la jarra de cerveza. La mujer de pelo amarillo y ojos húmedos lo miraba, fumando, apoyada contra la pared, con aire aburrido.

–¿Se da cuenta? –dijo Kostia buscando los ojos del tipo sentado frente a él.

–Sí –dijo el tipo–. Usted tiene toda la razón.

–Claro –dijo Kostia–. Claro que tengo razón.

–Vamos, Kostia –dijo la mujer–. Estoy podrida de estar acá.

–Ya vamos, nena –dijo Kostia–. Estas fuerzas solo se muestran cuando tiene que producirse eso de: «Tú que me has metido en ese dédalo, tú me sacarás.» Hay que escuchar la voz de estas fuerzas. Ellas lo arrastrarán, quizás, a ejecutar actos absurdos. No importa. Usted los realiza. ¿Que se puede herir? ¡Y es claro! Todo cuesta en esta tierra. La vida no regala nada, absolutamente. Todo hay que comprarlo con libras de carne y de sangre –dijo Kostia, mientras la mujer bostezaba mirando las luces de Corrientes.

En ese momento me acerqué a la mesa. Le dije que venía de parte de Nacaratti, que estaba trabajando sobre Roberto Arlt, que buscaba unos datos y él me podía ayudar, etc. De entrada preferí no hablar de Luba.

–¿Arlt? –dijo, y se ahogaba–. ¿Por qué no lo dejan tranquilo al pobrecito? ¿Usted qué hace? ¿Es crítico? ¿Escribe un libro sobre él? Dios: ya me imagino. La crisis del treinta, el realismo psicológico. ¿Qué quiere que le diga yo? ¿Por qué no se sienta? –dijo, y abarcó la mesa con un gesto–. Ella es Luisa, el señor se llama Octavio.

La mujer cabeceó con aire lánguido y el tipo que se llamaba Octavio aprovechó para pedir disculpas por tener que irse.

–¿Ya te vas? –dijo Kostia.

–Sí –dijo el tipo, que parecía turbado o somnoliento.

–Está bien –dijo Kostia–. Pero no te olvidés lo que te dije.

–No –dijo el tipo–. Bueno, será hasta otro día.

–Una cosa –dijo Kostia–. ¿Me podés prestar mil pesos?

El tipo se sobresaltó y pareció que se arrugaba, mientras empezaba a buscar en los bolsillos. Sacó dos estropeados billetes de quinientos y se los alcanzó.

–No le pierdas la pista a Goethe –dijo Kostia–. Para poder salir del dédalo, primero hay que perderse. ¿Te das cuenta?

–Sí –dijo el tipo, y me miró con cara de sufrido–. Encantado. Me voy a retirar.

–Andá nomás –dijo Kostia–. Pero no te olvidés lo que te dije.

El tipo se empezó a alejar por el pasillo y daba vuelta la cara para sonreír, tímidamente.

–Ese sí que es un pobre desgraciado –dijo Kostia, y levantó un brazo para llamar al mozo–. ¿Toma cerveza?

–Kostia –dijo la mujer–, ¿para cuándo?

–Esperá –dijo él–. Estoy hablando con el señor, no te pongas cargosa, haceme el favor.

Sin contestar, la mujer se levantó y enfiló hacia el baño. Usaba medias negras, de tejido abierto, y un vestido muy corto que la hacía parecer más joven.

–Así que usted anda detrás de Arlt. ¿Qué busca? ¿Anécdotas? Ya me imagino: el pobre muchacho sincero, empeñoso, un poco bruto pero lleno de talento. El loquito, el esforzado que llegó hasta tercer grado y se hizo solo. ¿Eso quiere? A ver... Le gustaba la neblina que bajaba del río porque le parecía gas, se ilusionaba pensando que se iban a intoxicar todos los turros de la ciudad. Le gustaba andar en tranvía: sacaba boleto completo y daba toda la vuelta. Quería poner una

escuela de novelistas para enseñar a escribir mal, único antídoto en este país de pobres escritores. Le gustaban las mujeres casadas con cara de turras y las putas con cara de inocentes. Una vez anduvo toda una noche con un yiro y no se encamó porque solo tenía un billete de 500 pesos y no se animaba a pedirle cambio. ¿Qué quiere? ¿Anécdotas?

–Me han dicho que Arlt estuvo con usted, una semana, en abril de 1942. Estoy juntando ciertos datos sobre los últimos meses de su vida.

–Estuvo, sí, venía fugado, estaba siempre disparando, siempre queriendo encontrar algo, vaya a saber qué mierda era.

En ese momento la mujer volvió del baño: se había retocado el maquillaje de la cara y la piel le brillaba bajo la luz violeta del bar.

–Kostia –dijo apenas se sentó–, son las once.

–Ya vamos –dijo él–. Vino a casa, sí, se pasó una semana aprendiéndose de memoria a Henry James. Quería escribir así pero le salía otra cosa. Anécdotas no tengo –dijo Kostia–. ¿Usted qué piensa de él?

–Que era un gran escritor.

–No joda, ¿quiere? ¿Qué me va a decir? ¿Que era el testigo de la clase media? ¿Sabe de quién fue testigo Arlt?: de Edgar Sue, de Rocambole, de esos tipos. Leía como loco: todo en las traducciones de Tor. ¿Se ubica? Jamelgo, mozalbete; eso era la gran literatura para él. Y tenía razón. Lea Escritor fracasado: eso es lo mejor que Roberto Arlt escribió en toda su vida. La historia de un tipo que no puede escribir nada original, que roba sin darse cuenta: así son todos los escritores en este país, así es la literatura acá. Todo falso, falsificaciones de falsificaciones. Arlt se dio cuenta de que tenía que escribir sobre eso, metido hasta la garganta. Mire –dijo–, haga una cosa: lea Escritor fracasado. El tipo que no puede escribir si no

copia, si no falsifica, si no roba: ahí tiene un retrato del escritor argentino. ¿A usted le parece mal? Y sin embargo no está mal, está muy bien: se escribe desde donde se puede leer. Dostoievski pasado por los traductores gallegos. ¿Sabe por qué era genial Arlt? Porque se dio cuenta de que ahí había un estilo. Después los boludos dicen que escribía mal.

También Kostia, como todos en este país, tenía una teoría sobre Roberto Arlt. Yo lo dejaba hablar y lo invitaba con cerveza: no eran sus opiniones lo que estaba buscando. Yo buscaba un relato de Arlt y a medida que Kostia hablaba me convencía de que ese gordo vestido con una camisa a rayas rojas y azules sabía algo de eso. Por fin, cuando él terminó de explicar sus ideas sobre la literatura argentina, sobre el plagio y la falsificación, yo empecé a hablar del cuaderno de notas, de la novela que Arlt estaba tratando de escribir.

–Claro que estaba escribiendo una novela: siempre estaba escribiendo. En ese tiempo quería dar vuelta El príncipe idiota. Iba a escribir la historia de un tipo que se purificaba porque solo piensa en el dinero. «Si me ofrecen 100.000 pesos y los rechazo entonces no soy un ser humano.» Esa era más o menos la tesis. La metafísica al revés: el crimen económico como camino de santidad. San Agustín mezclado con Otto Bemberg.

–De todos modos no la pudo terminar.

–No, y ¿sabe por qué? Mire qué paradoja: no la pudo escribir porque quería ganar plata, primero quiso hacerse millonario con la estupidez esa de las medias.

Kostia estaba cada vez más borracho. La mujer se adormecía, apoyada en la pared, una máscara de hastío en la cara mal pintada.

–Ahora, en el cuaderno, adentro, había una carta –le digo–. Una carta suya. Esa, ¿ve?

Se calzó un par de anteojos redondos sin montura que se le hundían en la carne de la cara.

–¿Es mía? –dijo Kostia sosteniendo la carta con las dos manos–. Mal escrita, la verdad.

–Usted habla de un cuento. Un cuento que él había escrito y que después, por algún motivo, no publicó.

Se quitó los anteojos y fue como si su cara hubiera enflaquecido.

–¿Y? –dijo.

–Yo pienso que usted debe saber dónde está, si existe.

–Un cuento. Se durmió esta mujer. Luisa, ¿qué hacés? –Levantó la cara y me miró, sonriendo–. ¿Quién no le dice?

Ella se despertó sobresaltada.

–Vamos, Kostia –dijo.

–Usted sabe bien de lo que estoy hablando. Si usted lo encuentra y me lo trae o me dice cómo puedo hacer para encontrarlo, yo le pago lo que pida.

–Sí, ya vamos –dijo él–. Así que anda husmeando papelitos del loco. Me imagino. Sabe una cosa, le voy a confesar algo: yo de haber sido Max Brod hubiera publicado El castillo con mi nombre.[16]

–Arlt también.

–Arlt también: de eso no tenga dudas.

–Pero yo no soy Arlt.

–Tampoco de eso tengo dudas –dijo, y empezó a levantarse–. Usted paga esto.

–Acá tiene mi teléfono –le dije–. Si encuentra algo me llama.

Recuerdo que me volví a casa pensando que Kostia era uno de esos típicos escritores fracasados que se dedican a escribir en el aire libros interminables. En esos ejercicios sin duda lo ayudaba la historia de sus relaciones con Roberto Arlt. Seguro

pasaba noches enteras hablando de esa amistad: era visible que trataba de convertirlo en una propiedad personal, como si de algún modo Arlt le perteneciera, o mejor, como si solo él conociera los secretos de Arlt. Kostia existía por Arlt, por el recuerdo de Arlt: sin él su figura se borraba, se transformaba en lo que era, un mediocre, un fracasado que se entretenía con balones de cerveza y citas falsas.

Tenía la sensación de que Kostia había intentado ocultar el relato de Arlt durante todos estos años. Me sentía como el detective de una novela policial que llega al final de su investigación; siguiendo rastros, pistas, yo había terminado por descubrirlo.[17]

Estaba convencido de que él tenía ese cuento o sabía dónde encontrarlo, y cuando unos días después me llamó, no me sorprendí.

–Tengo el cuento –me dijo–. Si quiere, venga.

Lo visité en la pieza donde vivía y durante toda la conversación se portó como si realmente fuera el personaje de una novela policial: uno de esos informantes turbios y acorralados que buscan siempre el mejor modo de sacar ventaja. Admitió que tenía el cuento pero trató de convencerme de que no debíamos publicarlo: habló y argumentó, sencillamente porque quería conseguir que yo le diera más dinero. Eso lo comprendí enseguida: lo que no fui capaz de descubrir era que Kostia, antes que nada, es un ladrón, o mejor, un simple estafador.

Kostia vivía en una de esas pensiones viejas y sórdidas que todavía quedan por la zona de Tribunales. Su pieza estaba al fondo de un pasillo embaldosado y húmedo, cerca de una escalera que llevaba a la terraza. Era un cuarto de techo alto, increíblemente sucio y desarreglado. Los muebles estaban

llenos de libros y papeles, y en la pared había una foto de Dylan Thomas pegada con chinches. Me recibió tendido en la cama, descalzo, cubierto con un sobretodo gris de solapas raídas.

–Todo esto no es ni más ni menos que una turrada –me dijo mientras tomaba sorbos de ginebra en un porrón–. Usted quiere unos papeles: yo los tengo. Se los voy a dar porque us-

de los libros en el mercado: ser «criticado» (descubierto) es perder lectores, esto es, no poder ganar dinero con la literatura. Una vez más, como el falsificador que fabrica billetes falsos, ser descubierto no es un problema moral (en este caso: literario) sino económico.

Por fin: cuando se dice –como Arlt– que todo crítico es un escritor fracasado, ¿no se confirma de hecho un mito clásico de la novela policial?: el detective es siempre un criminal frustrado (o un criminal en potencia). No es casual que Freud haya escrito: «La distorsión de un texto se asemeja a un asesinato: lo difícil no es cometer el crimen, sino ocultar las huellas.» En más de un sentido, el crítico es también un criminal.

ted me va a dar plata, usted quiere usar este relato para hacer méritos, y para poder decir cuatro o cinco gansadas sobre Arlt. Perfecto. Por mi parte: lo llamé porque soy un canalla. Quisiera que eso quedara claro. Él no lo quiso publicar, de eso puede estar seguro. ¿Y sabe por qué? Porque él no quería publicar nada hasta que no estaba sucio, destrozado, lleno de restos, de requechos: eso era la literatura para él. Buscaba eso: lo llamaba la belleza y no le importaba casi ninguna otra cosa en el mundo. Era un escritor espantoso, difícil, peor que nadie, pero eso que él era le alcanzó para ser el único escritor que produjo este país de mierda. Tenía su propia idea de lo que era

escribir: una extraña idea. Cuando empezaba a corregir arruinaba, ensuciaba todo. Arruinaba, si usted mira las cosas desde el punto de vista del estilo. Digo: si usted se pone en la cabeza de un mediocre. De un tipo como usted o como yo. ¿Se da cuenta? Entonces, ¿qué pasa?: aparece usted y quiere los papeles que él no quiso publicar. Y yo voy a transar. Voy a transar y usted lo sabe y por eso está acá. Ahora ¿me puede decir qué tiene que ver esto con la literatura? –Volvió a levantar el porrón de ginebra y después siguió hablando–: Hagamos de cuenta que yo le vendo una mujer, hagamos de cuenta que yo soy un cafishio y usted otro. ¿Eh?, hablemos de plata, no de sentimientos.

–Es usted el que habla de sentimientos.

Se sonrió.

–Tiene razón. ¿Cuánto me da?

Dije una cifra.

–Es poco –dijo él.

–Déjeme verlo.

Se movió tanteando como un ciego y me alcanzó un montón de hojas sucias y arrugadas, escritas a máquina, a un solo espacio. Me bastó hojearlo para darme cuenta de lo que valía.

–¿Tiene el original? –le dije.

–Tengo eso, vale el doble de lo que usted está pensando. Si no le interesa, me da igual.

Le pagué todo lo que me pidió.

Kostia contó el dinero varias veces y después lo guardó bajo la almohada.

–¿Está contento, viejo? ¿Es feliz? Tiene los papelitos del loco. Sensacional: usted, bien visto, viene a ser una especie de boy scout de la literatura. –Apoyó el porrón en el piso–. ¿Y yo?, ¿sabe qué soy yo?: un hijo de puta.

La ginebra lo ponía sentimental. Lo mejor que podía hacer era irme.

–Oiga –me dijo cuando ya estaba por cruzar la puerta. Me di vuelta: tendido en la cama, Kostia me miraba con una especie de sonrisa–: Váyase a la puta que lo parió, y no aparezca más.

Viajé por la ciudad como alucinado: revisaba las páginas, leía párrafos al azar. «Es un texto de Arlt», pensaba. «Un inédito.» Retardaba el momento de sentarme a leerlo, temía que fuera a desencantarme, atrapado por un extraño sentimiento de posesión, como si ese texto fuera mío y yo lo hubiera escrito.

El relato tenía cerca de 5.000 palabras y estaba entre lo mejor de Arlt. La situación parecía salida de Los siete locos. Una especie de Erdosain, acosado y puro, encerrado con una mujer extraña que lo obliga a revelarse y a enfrentar los límites. Lo releí varias veces con cuidado. Me acuerdo de que empecé a anotar algunas ideas:

a) La imposibilidad de salvarse y el encierro: el lugar arltiano.

b) La mujer como doppelgänger y como espejo invertido.

c) La prostituta: el cuerpo que circula entre los hombres. Como un relato (a cambio de dinero).

d) Ver el trabajo de Walter Benjamin: anarquismo y bohemia artística (en Discursos interrumpidos, 36 y ss.), el prostíbulo como espacio de la literatura.

Me acosté tarde en la noche y me hundí en un sueño profundo, sin imágenes. Había dormido menos de una hora cuando me despertó el teléfono. Era Kostia. Totalmente borracho, me hablaba desde algún lugar de la ciudad: yo escuchaba el sonido de la música y las risas, mezclados con su voz espesa.

–¿Max Brod? ¿Me oye? Escuche: le devuelvo la plata, deme el cuento.

–Usted está loco.

–Faltan diez mil pesos que me acabo de gastar. Le doy el resto.

–¿Por qué no se deja de hacer chiquilinadas?

–He hecho muchas canalladas en mi vida, pero esta vez quiero parar. ¿Se da cuenta?

–No sea ridículo, haga el favor.

–Es un error, Max. Si él no quería, ¿quién carajo somos nosotros para...?

–Este cuento no pertenece a nadie, ni a Arlt, ni a usted, ni a mí. Es una obligación que la gente...

–¿Una qué? –Se empezó a reír–. Usted sí que es turro, viejo. Trabaja en Arlt y no se da cuenta. Se murió. ¿Qué busca? El manuscrito imperfecto: ponerlo a la altura de los otros pelotudos. Hacer ver que él escribía como si... Y además resulta que soy el que se lo da. Yo lo tenía, él se murió: lo guardé como un imbécil. Le devuelvo la plata.

Siguió con esa historia como media hora. Al final le colgué.

A los cinco minutos volvió a llamar.

La voz llegaba más lejana y más lúgubre, como perdida entre la música.

–Usted y yo somos ladrones –dijo.

Desenchufé el teléfono. Ese tipo estaba loco. Lo mejor que podía hacer era irme por unos días de Buenos Aires, esperar que se calmara. A la mañana siguiente dejé dicho que me giraran la correspondencia y me instalé en un hotel en Mar del Plata. Era pleno invierno, la ciudad estaba vacía, trabajé preparando la edición, olvidado de todo lo que no fueran los textos inéditos de Arlt. Empecé a escribir el prólogo. Insistí en que se trataba, obviamente, de un borrador, es decir de un

texto que Arlt no había podido (o no había querido) publicar. Pero también resalté el valor de Luba, sus conexiones con el resto de la obra. A los quince días me llegó una carta de Kostia. Yo estaba sentado en el hall del hotel, trabajaba en una mesa cerca de los ventanales que daban al mar, cuando me alcanzaron la correspondencia. Me habían reenviado una carta de mi madre y un sobre grande de papel madera, sin remitente. Adentro estaba el dinero que yo le había pagado a Kostia: venía envuelto en un recorte de El Mundo. Era la página literaria del jueves 3 de julio. Kostia había publicado el cuento de Arlt con el título de Nombre falso: Luba, y lo había firmado con su propio nombre. Escúcheme, Max –había escrito en el margen con una letra de insecto que imitaba torpemente la letra de Arlt–, le debo veinte mil (me gasté otros diez). Digamos que son las desventajas de su profesión. Suyo. Kostia.

4

Me volví a Buenos Aires esa misma noche. El tren cruzaba los campos oscurecidos y yo pensaba que todo era como un sueño liviano y sin salida. ¿Me había dejado estafar? En principio la culpa era mía: para evitar toda publicidad me había negado a anunciar el descubrimiento de un relato inédito de Arlt antes de que la edición estuviera lista. ¿Mi trabajo de seis meses destruido por la irresponsabilidad de un borracho? Me acuerdo de que crucé los vagones que se sacudían en la noche hasta llegar al coche comedor. En esa sala con mesas de formica y luces sin color, tomando sin cesar un café pésimo, traté de ordenarme las ideas. No había más que tres hipótesis posibles:

1) Realmente Kostia había querido evitar que el cuento de Arlt fuera publicado y conocido. Era absurdo pensar que

trataba de preservar su imagen: a mi juicio el cuento estaba entre los mejores relatos de Arlt. ¿Había que pensar, entonces, que el mismo Arlt se había negado –por algún motivo que yo desconocía– a que se publicara? En ese caso: ¿por qué Arlt no destruyó el cuento? ¿Por qué lo conservó Kostia?

2) Kostia había escrito el relato para cobrar el dinero. Si dejamos de lado el absurdo de que un tipo en ese estado pueda escribir un cuento así en una semana, la pregunta era: ¿por qué me devolvió el dinero? Además, ¿por qué no me dijo directamente que el cuento lo había escrito él?

3) Última hipótesis: el cuento era de Arlt, Kostia se lo había –literalmente– robado. En ese caso: ¿por qué no lo hizo antes? ¿Por qué no lo publicó cuando nadie conocía la existencia de Luba?[18]

Perdido en esos interrogantes me sorprendió ver que el tren ya se hundía en las bóvedas vidriadas de plaza Constitución. En el primer teléfono que encontré, sin salir del andén, llamé a Kostia. En medio del sonido confuso de los trenes y de la gente que cruzaba frente a mí, hablé a los gritos con un hombre de voz aflautada. El tipo parecía no entender y al fin, después de un silencio interminable, escuché una voz de mujer.

–Kostia no está –dijo.

–Dígale que llamó Ricardo Piglia. ¿Quién habla?

–La mujer. Luisa –dijo ella.

–Dígale que lo voy a hacer meter preso.

–¿Preso? ¿A quién?

–Preso, sí, por ladrón. Dígale eso. Aclara el asunto o lo hago meter preso.

En mi casa todavía flotaba la atmósfera de euforia que yo había dejado al irme: como si sobre el escritorio y en los ficheros hubiera persistido la alegría de aquella noche en que leí por primera vez el relato de Arlt. Durante mi ausencia,

Andrés Martina había estado dos veces tratando de verme. Le explicó al portero algo sobre una tormenta. «Parece que hubo un derrumbe», me dijo el portero. «No entendí bien.» ¿Qué me podía importar ahora ese tipo? Lo único que quería era encontrar a Kostia. Sentado en el escritorio, pasé una hora revisando las fichas: sin ese relato era inútil intentar una edición de inéditos. ¿Qué podía hacer? Recuerdo que bajé a la calle y me largué a caminar por la ciudad. Era una de esas mañanas, llenas de sol, en las que el invierno parece limpiar el aire: todo estaba claro y transparente, las mujeres caminaban envueltas en pieles y las calles se aquietaban bajo la luz. Sin darme cuenta me encontré frente a la pensión de Kostia. Allí estaba el edificio oscuro y lúgubre, los balcones de piedra, la cúpula ennegrecida. El zaguán olía a humedad y a comida recalentada. Entré sin llamar. Cerca de la ventana, sentada de cara a la luna del espejo, la mujer se maquillaba los ojos.

–¿Dónde está Kostia?

Se dio vuelta despacio. Estaba vestida con una combinación celeste, el pelo pajizo sobre los hombros desnudos.

–Oiga, querido, ¿por qué no golpea antes de entrar?

–Lo voy a hacer meter preso.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué?

–¿Le dijo adónde iba?

–Salió –dijo ella.

–¿Quiere un consejo?

–No –dijo ella, los brazos alzados para arreglarse el pelo.

–Lo mejor que puede hacer usted es irse, dejar a ese tipo: es un loco, un ladrón.

–¿Él? ¿Usted qué sabe? ¿Kostia? Él es un poeta –dijo la mujer–. Y usted lo mejor que puede hacer es salir de acá porque, si no, empiezo a gritar.

Cuando llegué a casa estaba anocheciendo. Había andado por la ciudad tratando de calmarme y por último me metí en un cine. Desde el medio de la sala vacía miraba las imágenes, sin verlas, y me sentía como alguien que ha perdido un objeto personal y no puede terminar de convencerse. Las siluetas se desplazaban, azuladas, en la pantalla, y yo repasaba los hechos sin poder encontrar una salida. Al fin me levanté en la oscuridad y me fui. Volví a casa caminando, mientras caía la tarde, sin pensar en nada, decidido a meterme en la cama y dormir hasta el otro día. Martina me estaba esperando, sentado en un sillón, en el hall de entrada. Era como si todo fuera a empezar otra vez: ese hombre ahí, vestido con el mismo traje gris, un paquete igual al otro envuelto en papel de diario. En el ascensor empezó a contarme que había venido dos veces a buscarme.

–Se lo quise entregar en mano –me dijo cuando entramos en mi departamento–. No sé, usted verá. Hubo una tormenta el otro día, el galpón está tan viejo que medio se vino abajo. Vamos a tener que demolerlo, es una lástima, ¿no? El asunto es que en un rincón del laboratorio encontramos esta caja –dijo Martina–. Está llena de papeles.

Era una caja de metal, una de esas cajas que se usan para guardar dinero. Adentro encontré la explicación, el motivo, que había decidido a Kostia a publicar el relato de Arlt con su nombre. En medio del polvo y pegoteados en una sustancia gomosa que parecía caucho líquido, había tres billetes de un peso; varias muestras del tejido de las medias engomadas; un ejemplar de Las tinieblas de Andréiev; una hoja de papel canson cubierta de fórmulas químicas; una página de la revista Argentina libre con un artículo titulado «Fosco o la economía al revés» que Arlt había publicado en esos días,[19] un montón de hojas manuscritas, numeradas del 41 al 75 y abrochadas con un

alfiler: eran las páginas que faltaban en el cuaderno. Escrito con tinta, borroso, estaba el original (inconcluso) de Luba.

(A partir del manuscrito y del texto mecanografiado que me había entregado Kostia restablecí la versión final del relato. En el Apéndice se podrá ver que he respetado las variantes propuestas en el texto.)

democrático. El autor en realidad viene a coincidir acerca de la economía política con uno de nuestros grandes hombres de derecha, el doctor Roque Luis Gondra, profesor de economía política de la Universidad de Buenos Aires. El doctor Gondra, en su carácter de hombre de derecha, detesta la divulgación de la economía política porque no se le oculta que la economía científica permite descubrir, detrás de la propiedad privada, todas las formas del antagonismo de clases y la técnica con que el hombre es explotado en la sociedad moderna. El señor Menasché se expresa de igual manera que el doctor Gondra acerca de la economía política, no por conocerla y sí por ignorarla, y si Menasché no ignorara la economía política, su obra no se hubiera convertido, en virtud de su indocumentación, en un escaparate de los lugares comunes del reaccionarismo pequeñoburgués.

APÉNDICE: «LUBA»

1

Llegaba demasiado temprano: eran las diez de la noche; pero la gran sala blanca con sillas doradas y espejos a lo largo de las paredes estaba ya dispuesta para recibir a los visitantes. Todas las luces estaban encendidas. La casa era de las de primera clase. En un rincón, cerca de un salón casi a oscuras, sentadas una junto a otra, tres muchachas hablaban en voz baja. Cuando él entró, acompañado por la dueña de casa, se levantaron dos de ellas y la tercera permaneció sentada.[20] Estaba vestida de negro, su perfil era sencillo y sereno, como si fuera una joven virgen sumida en sus reflexiones. Y a esta es a la que eligió precisamente porque cavilaba en silencio, porque no lo miraba y porque era la única que parecía una mujer honrada. Él no había estado nunca en una casa de lenocinio y no sabía que en todas esas casas, cuando están bien dirigidas, hay una o dos mujeres de esa clase: van siempre vestidas de negro, como monjas o viudas jóvenes, sus rostros están pálidos y sin maquillaje, severa la expresión; procuran dar a los hombres la idea de inocencia pero cuando van con ellos a la alcoba se muestran viciosas, refinadas y realizan los actos más perversos con expresión distante y virginal. Estas son precisamente las mujeres de las que se enamoran los hombres arrogantes que terminan siempre obedeciendo a sus caprichos y arrastrándose por el piso.

Pero él no lo sabía. Cuando ella se levantó con un aire disgustado y severo, cuando lo miró con sus ojos oscuros y le mostró su rostro pálido, se dijo: «Si todo su aspecto es honrado.» Este pensamiento lo consoló. Pero habituado, gracias a su doble vida, a ocultar sus verdaderos sentimientos como si

fuera un actor en el escenario de un teatro, la saludó como un experimentado hombre de mundo, castañeteó los dedos y le dijo a la muchacha con el tono de quien está habituado de antiguo a las mancebías:

–Vamos a ver, chiquita, llévame a tu cuarto. ¿Dónde está tu nido?

Ella se mostró extrañada, levantó las cejas:

–¿Ya?

Él enrojeció enseñando sus hermosos dientes, respondió:

–Naturalmente. ¿Para qué vamos a perder tiempo, preciosa?

–Va a haber música. Vamos a bailar.

–Sí, pero ¿qué son los bailes? Una diversión estúpida. En cuanto a la música, la oiremos desde tu cuarto.

Ella lo miró sonriendo.

–No será mucho lo que oigamos desde ahí.

En el gran espejo que llega hasta el suelo se reflejan claramente las dos imágenes: ella, vestida de negro, muy pálida y frágil, y él, alto, ancho de espaldas, igualmente vestido de negro, igualmente pálido. Parecen tan poco banales entre aquellas paredes blancas, dentro del amplio marco dorado del espejo, que él se detiene un momento sorprendido y piensa que semejan dos novios: fúnebres, enlutados, dispuestos para una ceremonia cruel. Es como si la muchacha experimentara el mismo sentimiento: ella también mira con extrañeza en el espejo su propia figura y la de su compañero.

–Vaya una pareja –dice, persuasiva.

Pero él no responde y con paso decidido echa a andar llevando consigo a la muchacha, cuyos altos tacones franceses golpeaban el suelo. Como en todas esas casas hay un pasillo, a lo largo del cual se ven cuartitos oscuros con las puertas entornadas. Sobre una de estas puertas está escrito: «Luba». Entran.

–Luba, necesitamos vino, y ¿qué más es lo que hay? ¿Fruta quizás?

–La fruta es cara aquí.

–Eso no importa. Y el vino. ¿Es que no lo bebe usted?

Esta vez, por olvido, no la ha tuteado. Se da cuenta enseguida pero no quiere corregir el error: en el modo en que la mujer se aprieta contra su cuerpo hay algo que le impide tutearla, decirle tonterías y representar una comedia. También ella siente algo parecido. Después de mirarlo fijamente, dice con un tono indeciso:

–Sí, bebo vino. Espere usted, voy a pedirlo. En cuanto a la fruta, diré que no traigan más que dos manzanas y dos peras. ¿Tendrá bastante así? ¿Alcanzará con eso?

También ella lo trata ahora de usted, pero en esa manera de tratarlo hay algo confuso, como una ligera vacilación. Él quiere mantener la mente en blanco y no pensar, y una vez solo comienza a examinar la habitación. Primero se cerciora de que la puerta cierra bien y queda satisfecho: la puerta se asegura con llave. Luego se acerca a la ventana, la abre y mira hacia afuera: demasiado alta, en un tercer piso, da al patio. Después enciende las dos llaves de luz: cuando se apaga la lámpara que está en el techo, la otra, colocada encima de la cama, alumbra con un resplandor sangriento, llena la pieza de una claridad rojiza, como una niebla. La cama es baja y muy ancha y a lo largo, sobre la pared, corre un espejo que duplica el cuarto. Ha intentado pensar en lo que le espera en aquella recámara, dentro de una casa de lenocinio, pero sus pensamientos se disuelven. Lleva casi cuarenta horas sin dormir y el sueño es como un gas envenenado que le nubla el cuerpo. En ese lugar la policía no vendrá a buscarlo. Podrá pasar la noche, descansar un poco, dormir en una cama. Le cuesta pensar con claridad. Para tranquilizarse toma su Browning de ocho tiros, revisa los

cargadores. La dureza helada del metal lo hace sentir seguro. Tiene tres cajas de balas. No lo agarrarán vivo.

Cuando traen el vino y la fruta y cuando finalmente llega Luba, él cierra la puerta.

–Bien, Luba, beba usted, por favor.

–¿Y usted? –pregunta ella, extrañada.

–Voy a tomar después. Estuve de «farra» dos noches seguidas y no he dormido nada, necesito descansar un poco. Usted beba, no se preocupe. Y coma la fruta. ¿Por qué toma tan poco?

–Si usted me lo permite podría volverme al salón. Van a tocar el piano.

Eso no le conviene. Hablarían de ese extraño visitante que se ha encerrado solo en una pieza.

–No. Usted se queda conmigo. Digamos que es un capricho.

–Sí, como quiera. Desde el momento en que usted me paga.

–Sí, yo le pago, pero no se trata solo del dinero. Si quiere se puede acostar. Hay sitio para los dos. Pero eso sí, acuéstese del lado de la pared. Si no le molesta.

–No tengo ganas de dormir. Me voy a quedar sentada.

–Puede leer algo.

–Acá no hay libros.

–¿Quiere el diario de hoy? Aquí está. Trae algunas cosas interesantes.

–Gracias, no quiero.

–Como le parezca.

Cierra la puerta con dos vueltas y se mete la llave en el bolsillo. No se fija en la mirada llena de extrañeza con que la mujer sigue sus movimientos. Aquella conversación cortés tan fuera de lugar en ese sitio miserable, donde hasta la atmósfera está impregnada de vapores de alcohol y de blasfemia, le parece muy simple y natural. Siempre con la misma cortesía,

como si se encontrara con una señorita en una canoa, le pregunta:

–¿Permite usted que me quite el saco?

–Quíteselo. Ya que ha pagado.

–¿Y la camisa? –pregunta él.

Luba no contesta. ¿Qué quería hacer con ella ese hombre?

–Aquí está mi billetera. Hay bastante dinero. Hágame el favor de guardarla.

–Hubiera sido mejor dejarla en el escritorio. Todo el mundo hace eso acá.

–Oh, no vale la pena.

–¿Sabe al menos cuánta plata tiene? Hay señores que no saben y después se arma lío porque...

–Ya sé. Pero no vale la pena.

La mujer mantiene la billetera frente a su cara, con las dos manos.

–¿Usted es escritor?

–¿Yo? No. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Le gustan los escritores?

–No, no me gustan.

–¿Por qué? No son malas personas.

–Sí. Son malas personas.

Él se acuesta dejando un sitio libre al lado de la pared y su rostro se distiende en una especie de sonrisa de felicidad.

–¿De qué se ríe?

–De nada. Estoy contento. Ahora podemos hablar un poco. ¿Por qué no bebe?

–Yo también voy a desvestirme. Tendré que estar muchísimo tiempo sentada.

Desde la cama él ve desnudarse a la mujer. La blancura lechosa de sus amplias caderas parece colmar el espejo. Él mira sus redondos senos de pezones rodeados de un halo violeta, y

un mechón rubio de pelo que escapa de su sexo, entre las piernas.

–¿Te gusta? –dice la mujer entornando los ojos hacia el rulo bronceado que escapa de su bajo vientre.

–Sí. Usted es hermosa.

Ella apoya una rodilla en el borde de la cama. La redondez lateral de un seno se aplasta contra el brazo encogido. Le sonríe con expresión soñadora.

–Vení, lobito.

–No –dice él–. Siéntese, por favor.

–¿Quiere mirarme? ¿Vino a eso?

–No, Luba. Tome asiento, yo voy a descansar, después si quiere podemos conversar.

La muchacha se cubre el cuerpo con una bata roja y se sienta frente a él. Fuma lentamente, bebe coñac y lo mira. La luz le proyecta un aspecto algo fantástico: ni joven, ni viejo, tiene un rostro de pájaro y respira pesadamente.

–Usted es hermosa, la verdad –dice él, y un instante después está completamente dominado por el sueño que lo abraza con fuerza y lo arrebata hacia regiones desconocidas.

Todo en él es extraño y lleno de misterio para Luba. Sus cabellos negros están cortados al rape como el de los soldados, bajo la sien izquierda, cerca del ojo, se ve la medialuna de una cicatriz.

En la sala la música de pronto se extingue y la casa se llena de sonidos caprichosos. A veces se oyen voces y risas y el ruido de las copas. Luba permanece siempre inmóvil, fuma cigarrillos y examina al hombre. En un momento llega nítida una voz desde afuera. «Todas en fila, todas en fila con los ojos cerrados.» Luba apaga la lámpara y enciende el velador cubierto con una pantalla roja. Él no se mueve. Luba se abraza

las rodillas con sus brazos y permanece mucho tiempo así, dejando que el cigarrillo se vaya consumiendo entre sus labios.

2

Algo grave e inesperado ha pasado mientras dormía. Lo comprende inmediatamente al ver a Luba, sentada en la misma posición, con sus hombros rosados y su pecho desnudo, los ojos lejanos e inmóviles. «Me ha traicionado», piensa. Después la observa mejor y se tranquiliza. «No, no me ha traicionado, pero me traicionará.» Dirigiéndose a ella le pregunta bruscamente.

–Y bien, ¿qué?

Luba no responde. Sonríe con aire dominador, sus ojos se fijan en él, malignos, y guarda silencio.[21]

–Y bien, ¿qué es lo que decías? –pregunta él otra vez.

–¿Yo? Lo que te digo es que ya es hora de que te levantes. ¡Basta ya! No hay que abusar. Esto no es un asilo, querido.

–Enciende la otra lámpara –ordena él.

–No quiero.

La enciende él mismo. A esa nueva luz ve los ojos negros de Luba, extremadamente malvados, la boca contraída de odio, sus pechos desnudos.

–¿Qué es lo que tenés? ¿Estás borracha?

Ha querido alcanzar su camisa pero ella se le anticipa y la tira bajo la cómoda.

–¡No la vas a tener!

–¿Qué es eso? –dice él con voz ahogada, y aprieta el brazo de la muchacha como con una tenaza de hierro. La cara de Luba se crispa.

–Dejame. Me hacés mal.

Afloja la presión, pero sin soltarle el brazo.

–Tené cuidado –le advierte con tono amenazador.

–¿Qué? ¿Me vas a matar, querido? ¿Sí? ¿Qué es lo que tenés en el bolsillo? ¿Un revólver? Qué bien: ¿por qué no me tirás? Me gustaría verlo... Sí que hace falta tener coraje. Viene a casa de una mujer y se duerme como un animal. «Vos podés beber», va y me dice. «Yo voy a dormir.» Ah, eso no. Se corta el pelo, se afeita y se cree que ya no lo van a reconocer. ¡No, querido! Tenemos policía. ¿Querés, rico, que te enganche la policía?

Ella se ríe, alegre, triunfal. Él ve con temor la malvada alegría que hace presa de la mujer, una alegría salvaje como si se hubiera vuelto loca. La idea de que todo está perdido y de una manera tan estúpida que quizás tendrá que matarla, cometer un asesinato cruel e inútil, lo llena de horror. Pálido, pero dominándose, decidido ya, mira a la mujer y sigue todos sus movimientos.

–Y bien, ¿no decís nada? –insiste ella–. ¿El miedo te corta la voz?

Podía apretar ese cuello de reptil. Ni siquiera le daría tiempo a gritar. La sostenía del brazo aún y ella volvía la cabeza como una serpiente. Sí, sería fácil matarla. Pero ¿y después?

–Luba, ¿sabés quién soy?

–Sí.[22]

Pronunció esta palabra con firmeza, solemne, como si hablara en otro idioma.

–¿Cómo sabés?

Ella sonríe, burlonamente.

–No estamos en una selva. Sabemos algunas cosas.

–Admitamos que sea verdad.

–¿Que si es verdad? Pero soltá –dice sacudiendo el brazo–. Dejame.

Él le suelta el brazo y se sienta; la contempla con una mirada insistente y pensativa. Su rostro está contraído pero

conserva su expresión de tristeza. Ella ve de nuevo en él algo misterioso, como lleno de sorpresas.

–Escuchame, Luba. Naturalmente podés perderme, como podría hacerlo cualquiera en esta casa. Basta con dar un grito. ¿Y por qué? Porque consagré mi vida a luchar por el bien de los demás. ¿Entendés lo que quiere decir «consagrar la vida»?

–No, no comprendo –dice con firmeza la muchacha, pero lo escucha muy atentamente.

–Eso ha sido mi vida. Toda mi vida. Desde siempre. No me interesa nada de mí: solo me interesa la felicidad de los hombres.

–Y ¿se puede saber por qué sos tan bueno?

–¿Pero no ves el mundo? ¿No ves la injusticia, el dolor?

–No. Yo soy mala. Soy mala –dice ella con un brillo angustiado en sus ojos oscuros–. ¿Qué me importa a mí la felicidad de los demás? Yo quiero mi felicidad. Yo, yo: Luba. Con mi cuerpo, con mis tetas caídas. ¡Qué me importan los demás si yo voy a estar siempre así, siempre triste y sufriendo!

Mira a su alrededor, lleno de compasión hacia aquella muchacha. Todo le parece sórdido y piensa con tristeza que eso es la vida y que hay gente que vive entre esas cosas años y años.

–Pobre Luba –dice, acercándose a ella.

–No.

–Pobrecita.

–No –dice ella, como si se atajara.

De pronto, con un gemido hondo, Luba lo abofetea con toda su fuerza. Él se tambalea, terriblemente pálido.

–Pero ¿qué querés hacer de mí? Cobarde, hijo de puta –dice ella inclinando su cuerpo–. Viniste para burlarte de mí, para que yo vea lo bueno que sos. ¿Decime qué querés hacer conmigo? Oh, qué desgraciada soy. Y te atrevés, a mí, te

atrevés, vos el puro, a mí, que he poseído a todos los hombres, a todos. ¿No te da vergüenza humillar a una pobre mujer?

Tapándose los ojos con las manos como si las quisiera hundir en las profundidades del cráneo, avanza hacia el lecho, se tira sobre él boca abajo y empieza a sollozar.

Él se le acerca, dulcemente.

–Luba.

Ella sigue llorando.

–Luba, no llores.

Ella contesta algo, pero tan bajo que él no la entiende. Se sienta a su lado en la cama, inclina hacia ella su cabeza rapada y le pone una mano en el hombro.

–No te oigo, Luba.

Ella habla de nuevo, con una voz anegada en lágrimas, suave, como muy lejana.

–No te vayas todavía. Te pueden detener. Oh, Dios mío. Dios mío.

3

Hay un largo silencio. Por fin Luba se sienta, baja los ojos y se pone a dar vueltas metódicamente su anillo. Él mira el cuarto y trata de no mirar a la muchacha. Sus ojos se detienen en una copa de coñac llena hasta la mitad.

–¿Por qué no bebe usted?

Ella parece despertar.

–¿Qué?

–Beba un poco. ¿Por qué no bebe?

–Sola no quiero.

–Yo, desgraciadamente, no bebo jamás.

–Está bien, pero yo no voy a tomar sola.

Ha notado la mirada del hombre sobre sus pechos desnudos y se cierra la bata.

–Hace frío –dice él.[23]

Luba responde con una carcajada.

–Me parece que no hay motivo para reírse.

–Más vale que no busquemos razones. Usted parece, efectivamente, un escritor. ¿No le molesta eso? Los escritores son como usted. Primero manifiestan compasión y después se enojan cuando una no se arrodilla frente a ellos como ante un Dios. Son exigentes.

–Pero ¿cómo puede conocer a los escritores? Usted no lee nada.

–Viene uno por acá.

Él reflexiona, mirando a Luba. Su pensamiento trabaja febrilmente con una fuerza y una inflexibilidad casi mecánicas; se transforma en algo así como una prensa hidráulica que cayendo lentamente rompe piedras, dobla barras de hierro. Ahora, agitado, desconcertado, semejante a una gran locomotora que ha descarrilado pero continúa moviéndose pesadamente, busca una salida. Pero Luba sigue callada, de ningún modo parece dispuesta a hablar.

–Luba, hablemos tranquilamente.

–No quiero.

–Hagamos las paces. Deme usted la mano.

Ella palidece, ligeramente.

–¿Quiere que le dé otra cachetada? Una de dos: o usted es idiota o no le han pegado bastante.

Lo mira con calma y se echa a reír a carcajadas.

–Se diría que es mi escritor. ¿Cómo quiere que le pegue? Mi escritor dice que yo sé dar bofetadas muy bien, como un gentilhombre, mientras que a vos se te puede pegar lo que se quiera, sin que sientas gran cosa. Y has de saber que he

abofeteado ya a algunos hombres, pero ninguno me había inspirado tanta piedad como ese escritorzuelo. Cuando lo abofeteo grita siempre: «Más fuerte que lo tengo bien merecido.» –Le tiende la mano altiva y groseramente, hacia la boca–. Un beso –dice, pero antes de que él reaccione, llena de desprecio, no preocupándose ya del hombre que se encuentra frente a ella, como si se tratara de un idiota o de un borracho, empieza a pasearse por la pieza con aire feroz. Su excitación aumenta. Por momentos parecía que la ahogaba el calor. Ha llenado dos veces la copa de coñac y la ha vaciado.

–Pero me había dicho que no quería beber sola.

–Es la falta de voluntad, querido. Además ya hace mucho tiempo que estoy envenenada y si no bebo me ahogo. De esto es de lo que tengo que morirme. –De pronto se abre la bata, desnudando otra vez sus senos que laten, brillando bajo la luz–. Hace tanto calor. ¿Por qué me voy a tapar? Por consideración a vos, a tu pudor. ¡Imbécil! Oiga: si quiere se puede quitar los pantalones. Si tiene los calzoncillos sucios, le presto mis calzones. Sería tan divertido. –Busca en un cajón, con el cuerpo volcado, y después se levanta, tendiéndole una prenda de tul negro llena de puntillas y de flecos–. Póngasela, se lo suplico. Se la va a poner, ¿no? Querido, ricura...

Ahogada en risa, le tiende las manos con ademán de súplica. Después se arrodilla frente a él y trata de apoderarse de sus manos.

–Deme ese gusto. Se lo ruego, lobito mío. En agradecimiento, le besaré los pies.

Él trata de desembarazarse de la mujer.

–Basta, Luba –dice.

Ella lo mira desde abajo, arrodillada, con desprecio pero alegre, respirando pesadamente.

–Vamos, ¿por qué no quiere? ¿Tiene miedo? Quiero ver si le entra bien.

Él vacila. Mira los senos de la mujer, abajo, suaves, abiertos. Le cuesta hablar.

–Escuche, Luba, si usted insiste, yo accedo. Podríamos apagar la luz.

–¿Qué? –dice ella, asombrada.

–Quiero decir: usted es una mujer y yo... Podríamos ir a la cama... No crea que es por piedad... Al contrario, yo mismo estoy interesado. Apague la luz, Luba, querida.

Con una sonrisa confusa, tiende las manos hacia la mujer, torpemente.[24] Siempre arrodillada, ella lo mira con una tristeza y un desprecio sin límites.

–¿Qué tiene, Luba? ¿Qué le pasa?

Ella responde en voz muy baja, como hablando sola, llena de un horror frío.

–¿Cómo se puede ser tan hijo de puta? Dios mío. ¿Cómo puede ser tan cornudo?

Luba se levanta despacio. Busca un vaso y vuelve a llenarlo. Tiene la cabeza inclinada sobre la copa y el pelo le barre la cara.

–Así que vos sos el bueno –dice sin mirarlo.

–Sí –dice él–. Sí. Yo soy el bueno, ¿y qué? Soy honrado, mientras que vos, ¿quién sos vos, desdichada?, ¿qué hiciste de tu vida?

Ella ha alzado la cara, que parece una máscara suave y virginal.

–¿Yo? Yo soy una puta.

Se miran un instante interminable, quietos.

–Decime una cosa –dice ella con voz serena–. ¿Me vas a contestar?

–Sí –dice él.

–¿Qué derecho tenés vos a ser bueno?

–¿Cómo?

–Sí, me oíste. ¿Qué derecho tenés?

–Ninguno.

–Ya sé, vos sos el bueno –dice ella, y se da la vuelta, dándole la espalda–. ¿Sabés? –dice, y se queda un momento callada, atenta a la copa de coñac, a sus dedos que acarician el borde–. Hace mucho que te estoy esperando.

–¿Que me esperás? ¿A mí? ¿Vos?

–Sí. Hace mucho tiempo que estoy esperando al bueno. Todos los que vienen acá se califican ellos mismos de cobardes, de canallas. Y son verdaderos canallas. Mi escritor primero me aseguró que él era bueno; después me terminó por confesar que también era canalla. No tengo necesidad de esa gente.

–Y, entonces, ¿qué es lo que necesitás?

–A vos. A vos te necesito. Gracias por haber venido. Gracias.

–Pero ¿qué es lo que estás buscando?

–Me hacía falta abofetear a uno que fuera bueno. A un bueno legítimo. Los otros, todos esos canallas, no vale la pena que se los abofetee. Eso es ensuciarse las manos. Pero cuando te abofeteé a vos sentí mucho placer. Voy a besar la mano que te pegó. –Con una sonrisa extraña empezó a acariciar su mano derecha mientras la besaba–. Manita querida, bien trabajaste hoy. –Acunaba su mano como si fuera un muñeco y le hablaba con un murmullo suave.

–¿Qué dijiste? –pregunta él.

Ella alza la cara y lo mira de frente. Se diría que hay piedad en los ojos de la prostituta, como si de repente se hubiera levantado sobre un pedestal y desde lo alto, severa y fría, mirara un objeto pequeño y miserable, tirado a sus pies.

–Te dije: es vergonzoso ser bueno. ¿No lo sabías?

–No, no lo sabía.

–Bien, si no lo sabías, es preciso que lo aprendas.

–¿Dijiste que es vergonzoso ser bueno?

–Sí, mi lobito, es vergonzoso: es una traición. ¿Te da miedo? Eso no es nada. Ya se te va a pasar, lo que da miedo es el principio.

–¿Y después?

–Oh, después... Ya vas a ver. Te vas a quedar conmigo y ya vas a ver lo que pasa después.

–¿Cómo que me voy a quedar con vos?

–No ha sido en vano el haberte esperado.

–Estás loca.

–Eso está muy mal. No se dice. Cuando la verdad va hacia donde estés, tenés que saludarla humildemente. No tenés que decir: «Estás loca.» Mi escritor es el que tiene la costumbre de decir eso. Pero él es un malvado, mientras que vos..., vos sos puro. Me di cuenta recién. «¿Qué quiere hacer?», pensé. «Me quiere regalar su inocencia.» ¿Y vos? Vos debés haber pensado: «Le hago este regalo y me va a dejar tranquilo.» Qué ingenuo, Virgen santa. Al principio me sentí insultada, me pareció que hacías eso porque me despreciabas. Después me di cuenta de que lo habías hecho porque estás convencido de que sos bueno. Hacés un cálculo simple: «Voy a sacrificarte mi pureza y con eso me voy a hacer todavía más puro.» Es como tener una moneda de oro, que se puede cambiar y es eterna y siempre vale lo mismo. Se la podés dar a los mendigos, a los pobres, pero al final siempre vuelve a tu bolsillo. No, querido, no te va a servir, yo sé lo que te digo.

–¿No?

–No. No soy tan estúpida. Ya vi mercaderes así: amontonan millones con todas las injusticias y después les dan diez centavos a los pobres y piensan que salvaron el alma. No,

querido, vos mismo tenés que construir la iglesia. Tu inocencia no vale nada; me la ofrecés porque no la precisás; está gastada, llena de mugre. ¿Tenés novia?

–No.

–Pero si la tuvieras, si te esperara mañana con flores, con besos, con palabras de amor, ¿me habrías ofrecido tu inocencia? Contestá.

–No sé.

–¿Ves? ¿Te das cuenta? Yo tengo razón. Me habrías dicho: «Te doy mi vida, pero no toqués mi honor.» Das lo que no vale. No, querido: dame lo más valioso. A ver si sos capaz: dame eso, lo que sea, eso sin lo cual no podrías vivir.

–¿Y por qué razón?

–¿Cómo por qué razón? Es muy simple: para no tener vergüenza.

–Luba, pero es que vos, yo no sé, que vos también...

–¿Querés decir que yo también soy buena? ¿Sí? ¿La verdad?: ya lo había escuchado. Pero no es cierto. Yo estoy prostituida, nunca vas a saber hasta qué punto. Pero pronto lo vas a aprender. Cuando te quedés conmigo.

–Pero no me voy a quedar.

–Palabras. La verdad no le tiene miedo a las palabras. Es como la muerte: cuando llega, hay que recibirla tal cual es. A veces es terrible la verdad, yo lo sé bien.

–¿Y tu verdad, Luba? ¿Cuál es?

–¿Mi verdad? –dijo ella, sosegada, distante–. El deseo es mi verdad.

4

En el cuarto de Luba se percibe un olor a perfumes y a jabón de tocador; un olor áspero, húmedo. Sobre una de las

paredes hay faldas y blusas colgadas en desorden. Aquellos vestidos tendidos en una soga sobre la pared, aquel lecho sobre el cual millares de hombres han gozado delirios sexuales, aquel olor a pecado que cubre toda la habitación, esa mujer de rostro esmirriado, ¿todo eso era la verdad?

–Es todo tan terrible, Luba.

–Sí, querido, siempre es terrible mirar la verdad cara a cara.

Desde la sala llegaban sonidos confusos, ráfagas de una música dulce, entreverada con risas de mujeres. Lento, sin apuro, él se levanta y empieza a vestirse.

–Luba –dice–, ¿no viste mi corbata?

–¿Adónde querés ir?

–Me voy.

–¿Vos? ¿Te vas? ¿Adónde?

–¿Te pensás que no tengo dónde ir? Me voy con mi gente.

–¿Con los buenos? ¿Allí te vas? Entonces también vos me engañaste.

–Dame mi billetera.

La mujer se la alcanza, desde lejos, como si no quisiera tocarlo.

–¿Y mi reloj?

–Ahí está en la mesa de luz.

–Adiós, Luba.

–Entonces tenés miedo –pregunta ella con voz tranquila.

Él la mira. Está de pie, alta, de brazos finos, casi infantiles, una sonrisa en sus labios sin sangre.

–¿No tenés valor?[25]

Él ha dado un paso hacia la puerta.

–Y yo que creía que ibas a quedarte.

–¿Cómo?

–Creí que ibas a quedarte... conmigo, que íbamos a estar juntos.

–¿Para qué?

–Con vos todos sería distinto. Yo trabajaría para mantenerte. No tendrías nada que hacer. Podrías dedicarte, no sé, a vivir... Yo me encargaría de todo y quizás podrías escribir, si eso te gusta.

–No me gusta escribir. ¿Viste la llave?

–Está en tu bolsillo.

Él ha metido la llave en la cerradura.

–Está bien. Andate, ya que te querés ir.

Él sostiene el picaporte con la mano derecha, ella está sentada en la cama, como agobiada. La escena parece coagularse.

–Adiós, Luba.

Él ha abierto la puerta. La música del salón sube por el pasillo. No tiene más que cruzar el umbral. Pero en ese último minuto algo incomprensible y absurdo lo detiene. ¿Es la locura que se apodera a veces de los espíritus más robustos y serenos? ¿O quizás ha descubierto verdaderamente en aquella mancebía, bajo la impresión de aquella música desordenada y de los ojos de aquella mujer, la verdad, la terrible verdad de la vida?[26] Se pasa lentamente la mano por los cortos cabellos y sin volver siquiera a cerrar la puerta retrocede y se sienta en la cama.

–¿Qué pasa? ¿Te olvidaste algo?

–No.

–Entonces, ¿por qué no te vas?

Y él, tranquilo como una piedra en la que la vida acabara de esculpir un nuevo y terrible mandamiento, responde:

–No quiero ser puro.

Ella se ha ido inclinando hasta quedar tendida junto a él. Con una sonrisa turbia de un hombre que ha encontrado lo que busca, él pone su mano sobre la cabeza de la mujer.

–No quiero ser puro –repite, como en un sueño.

5

Arrebatada de alegría, Luba empieza a agitarse a su alrededor, a desnudarlo como a un chico, a desabrocharle los botines; le acaricia los cabellos, las rodillas. De pronto, mirándolo a los ojos exclama, llena de angustia:

–¡Qué pálido estás! Tomá enseguida una copita. ¿Te sentís mal? Pedrito mío.

–Me llamo Enrique.

–Es igual. Si querés te doy coñac. Pero tené cuidado, es muy fuerte. No estás acostumbrado. Veo que pronto vas a aprender a beber. Muy bien. Estoy muy contenta con vos.

Lanzando breves chillidos de alegría, ha saltado sobre sus rodillas y lo cubre de besos sin darle tiempo a responder. Aquello le parece absurdo, la falta de sueño parece envolverlo en una bruma y le parece verse a sí mismo desde muy lejos, como si en realidad todo sucediera en el espejo que duplica el cuarto. La besa y la aprieta contra su cuerpo sin dejarla mover, como si quisiera hacerle sentir su fuerza. Dócil y alegre, ella lo deja hacer.

–Estás bien, estás bien –repite.

Parece loca de felicidad. Se diría que la pequeña habitación está llena de mujeres alegres, agitadas, que hablan sin parar, besan, acarician. Le sirve de beber y toma ella misma. De pronto se sobresalta.

–¿Querés comer? ¿Tenés hambre?

–Un poco.

–Ya mismo. Te traigo enseguida.

Cuando se queda solo, la sensación de que todo es una pesadilla se acrecienta. Por la puerta que Luba ha dejado entreabierta se escucha, distante, la música y el rumor del baile.

Luba vuelve, siempre agitada.

–Te traje esto –dice, alcanzándole un plato. Él empieza a comer–. ¿No te vas a enojar, querido? Invité a las demás mujeres... No a todas, a algunas. Quiero presentarles a mi bien amado. Son buenas chicas. Nadie las ha elegido esta noche y están solas en el salón. ¿No te enojás porque las llamé? ¿En serio que no, mi querido?

Las otras mujeres están ya en la pieza haciendo mohínes y risitas. Se sientan una al lado de la otra. Son cinco o seis, avejentadas casi todas, enjalbegadas, los labios teñidos de rojo. Unas ponen cara de modestia; otras miran al hombre con aire tranquilo, lo saludan, le dan la mano y esperan que les sirvan de beber. Probablemente estaban por irse a dormir pues están vestidas con ligeros peinadores de noche; una de ellas, gorda, perezosa y flemática; viene en enaguas, mostrando sus gruesos brazos desnudos y sus pechos entalcados. Esta, así como otra que parece un conejo, con abundante cosmético en las mejillas, está ya completamente ebria. La pequeña habitación se llena de voces, de risas, de olor a sudor y a perfume barato.

Un criado sucio, vestido con un frac demasiado corto y raído, ha traído coñac y todas las mujeres lo saludan a coro:

–Moscardón, querido, aquí está tu amor, por acá, por acá.

El criado sonríe con mirada turbia y se pasea entre las mujeres, que lo acarician y lo abrazan.

Han comenzado a beber; todas las mujeres hablan a la vez, gritan y se ríen. La que tiene rostro de conejo habla con furia de un cliente que le ha hecho no sé qué porquería. Se oyen insultos que las mujeres no pronuncian con el tono indiferente de los hombres, sino subrayándolos como un desafío, cínicamente.

Al principio, casi no prestan atención al hombre. Él mismo calla. Luba, feliz, está sentada a su lado, sobre la cama,

abrazada a su cuello. Bebe muy poco pero llena sin cesar la copa de él. De vez en cuando le susurra al oído:

–Querido mío. Tesoro. ¿Estás bien?

Él bebe mucho, pero no se embriaga. El alcohol, en vez de emborracharlo, transforma poco a poco sus sentimientos. Se diría que a cada nueva copa escucha con más claridad la voz desesperada, diabólica, de seres misteriosos.

Permanece así, con su rostro ancho y frágil, atento a las mujeres que alborotan a su alrededor. Su voluntad se afirma en su alma devastada: se siente capaz de demolerlo todo y empezar de nuevo.

–Luba –dice–, hay que beber.

Y cuando ella, dócil y sonriente, llena todas las copas, él alza la suya.

–Un momento –dice–. Quiero brindar.

Las mujeres van ahogando sus voces, sus rostros devastados y turbios giran hacia él formando un círculo pálido.

–Bebo a la salud de todos los canallas, de todos los desesperados. Bebo a la salud de las señoras aquí presentes. –Las mujeres aplauden y gritan. Él pide calma, agitando una mano–. Bebo a la salud de todos los que están aplastados por la vida. Ladrones, locos, asesinos, prostitutas. Bebo a la salud de los que tienen el alma envenenada. Bebo a la salud de Luba: porque ella ha sufrido.

Se tambalea un poco y vacía su copa. Su voz es lenta pero firme y clara.

–Es mi bien amado –dice Luba con orgullo–. Se quedará aquí conmigo. Es honrado, es bueno, pero se va a quedar conmigo.

–Le puede ayudar al Moscardón –dice una de las mujeres.

–Callate, Manka, o te arranco los ojos –dice Luba–. Se va a quedar conmigo. Y, sin embargo, él era honrado.

–Todas fuimos honradas una vez –dice la mujer con dientes de conejo.

–Y yo he sido honrada hasta ahora.

–Cállense –dice Luba–. ¿Ustedes qué saben? Ustedes han perdido el honor, mientras que él lo ha sacrificado. Ha renunciado voluntariamente a su honor; no quiso más ser honrado. Ustedes no pueden entender. Él..., él es honrado como un bebé.

–Escúchenme –dice él alzando las manos–. Miren mis manos. He aquí que tengo en mis manos la vida. ¿La ven? Era bella mi vida. Era pura y apasionada mi vida. Era como un hermoso vaso de cristal. Y, sin embargo, vean: la tiro al suelo.

Hizo un brusco movimiento y la copa estalló contra el piso. Todos los ojos se han vuelto hacia los vidrios quebrados, como si buscaran allí los restos de una bella vida humana.

–Písenla –dice él–. Písenla hasta que no quede nada.

Las mujeres se han quedado inmóviles, los rostros graves, como máscaras piadosas, formando un semicírculo. Un silencio atroz llena la habitación. Luba, como una reina ultrajada, observa la escena. De pronto, como si lo hubiera comprendido todo, se arroja como una loca en medio de las mujeres y empieza a pisotear el suelo, feroz, con sus tacos, en un baile endemoniado, interminable, sin música, sin ritmo.

Él la observa, tranquilo y severo.

Las mujeres comienzan a apartarse en silencio. Retroceden, caminando de espaldas, hacia la puerta y miran a Luba con expresión entristecida. Ella ha detenido su danza y mira el piso con el rostro lívido, desencajado.

Él ha encendido un cigarrillo. Están solos. En la ventana, lejano, vibra el ruido de la lluvia.

–Sé que te vas a ir –dice ella, sin mirarlo.

–Sí, Luba –dice él–. Ahora sé que me puedo ir.[27]

La mujer alza su cara, abierta en una sonrisa dolorosa.

–Ya sé. Ya me di cuenta.

–¿Qué puedo hacer por vos? –dice él–. ¿Necesitás plata? – Abre la cartera y desparrama los billetes sobre la cama–. Con este dinero, no sé, Luba... Con este dinero podés irte a vivir al campo, poner una chacra y criar conejos. Te podés casar con un hombre bueno. Con un hombre bueno que se levante al alba y tenga las manos llagadas de tanto trabajar la tierra y ordeñar. Vos lo podés curar, Luba. Todas las noches cuando él vuelva molido del campo, vos vas a pasarle unto sin sal en la piel de las manos, él te va a tener en un altar y los sábados va a atar los caballos para llevarte al pueblo. ¿Sabés, Luba? Con esta plata vas a empezar una nueva vida, vos también. Es plata falsa, pero eso no importa: nadie va a notar la diferencia. Son perfectos: los hizo el más grande falsificador de Sudamérica. Nadie se va a dar cuenta, y menos en el campo, podés estar tranquila.

Luba se ha sentado en el borde de la cama, sin tocar el dinero, y hace girar el anillo acariciando la piedra verde con la yema de los dedos.

–¿Me escuchás, Luba?

–¿Cómo son ellos?

Ella levanta la cara.

–¿Cómo son ellos? –dice.

–¿Ellos?

–Tus amigos. ¿Cómo son?

–Son como vos y como yo. Como el hombre ese que se va a casar con vos y que se levanta con el sol para ordeñar las vacas. Ahora me di cuenta de que no son puros: lo que hacen es luchar para que el mundo pueda ser puro y bueno como un niño recién parido. ¿Entendés?

–Sí –dice ella–. Pero contame cómo son.

Él empieza a hablarle, sosegado, en voz baja, como un viejo que le contara a los niños un cuento heroico de los tiempos antiguos. Y en la penumbra rojiza de la pequeña habitación, que parece agrandarse ante los ojos mansos de Luba, pasan un puñado de hombres muy jóvenes, soñando un porvenir lejano, soñando a los hombres-hermanos que no han nacido aún pero ya están en la vida como fantasmas pálidos.

–Hay entre ellos mujeres –ha dicho él–. Mujeres que acunan a la revolución como a un hijo.

–¿Mujeres? –dice ella.

–Sí, muchachas jóvenes y cariñosas, valientes, que desafían todos los peligros, que llevan proclamas llamando a la huelga general... escondidas contra su piel, entre sus pechos.

Luba se levanta despacio y se acerca a él.

–¿Yo soy todavía una mujer?

–¿Por qué decís eso?

–Entonces puedo vivir como ellas, como esas mujeres de las que me hablás. –Alza las manos y le apoya las palmas en el pecho–. Dígame usted, ¿me aceptarán?

–Sí, te recibirán. ¿Por qué no?

–Vamos entonces donde están ellos. Vos me llevarás, ¿no es cierto, querido? ¿No te va a dar vergüenza llevarme? Van a comprender cómo tuviste que venir acá y no te lo reprocharán. Cuando a un hombre lo persigue la policía, se oculta donde puede. En cuanto a mí, voy a hacer todo lo posible para que no se arrepienta de haberme aceptado.

Él se ha perdido en sus propias reflexiones. Le parece oír, lejana, una voz que le dice: «¿Cómo dudar de que esta es la doctrina? Porque ¿quién va a hacer la revolución social sino las prostitutas, los estafadores, los desdichados, los asesinos, los fraudulentos, toda la canalla que sufre abajo sin esperanza

alguna? ¿O te creés que la revolución la van a hacer los cagatintas y los tenderos?»

–¿Vos creés en mí? –ha dicho ella.

–Sí, porque solo se puede creer en los que no tienen nada que perder.

–¿Y no te da vergüenza llevarme con ellos?

–No, Luba, no. Vas a venir conmigo.

Ella lo abraza nuevamente y después se desprende.

–Esperame –dice–. Junto unas cosas.

–Apurate. No quiero que nos agarre la luz del día.

Luba abre una valija de cartón y empieza a llenarla con sus vestidos de lentejuelas y sus collares de vidrio; guarda sus frascos con las cremas y los perfumes, y por fin descuelga una foto oculta en el fondo del ropero. La tiene un momento frente a sus ojos y después se la alcanza.

–Esta soy yo –le dice–. El día que tomé la primera comunión.

Él mira la figura amarillenta de una muchachita arrodillada y vestida de tul blanco, que alza su cara hacia un crucifijo de metal.

–Está bien –dice él–. Guardala y vamos.

–Estoy lista –dice Luba.

Empiezan a cruzar el largo pasillo azulejado bajo la luz enfermiza que cae del cielo raso. Ella se ha puesto un tapado azul y el ruedo del vestido asoma por los bordes como una mancha. Las mujeres estiran sus rostros grises y recién lavados por la puerta de los cuartos entreabiertos y la saludan con sonrisas amistosas. En el salón de entrada, la luz violeta brilla contra los espejos. Un hombre gordo y retacón, lustroso, engominado, baila con una mujer alta y lánguida, vestida de celeste. Sobre un sofá de cuero, el sirviente al que las mujeres llaman Moscardón dormita con la cara hundida en las solapas

del frac. La música suena cálida, como flotando en los caireles de la araña de diez focos.

–Adiós, Luba –dice la mujer, y agita una mano en el aire, sin dejar de bailar.

–Adiós, María del Carmen. Adiós, querida –dice Luba.

En el espejo de marco dorado Luba y el hombre son dos sombras oscuras y frágiles.

Cuando abren la puerta, el aire dulce de la noche lluviosa les moja la cara. La ciudad brilla, quieta, en la oscuridad. Al fondo las luces de Retiro arden como un suave fuego pálido.

–Vamos, Luba –dice él.

–No me llamo Luba –dice ella, apretando la valija contra su cuerpo–. Mi verdadero nombre es Beatriz Sánchez.

Abajo, la recova de Leandro Alem parece morir en la neblina del amanecer.

Prisión perpetua (1988)

a Beba Eguía

I don't express my self in my painting. I express my not-self.

MARK ROTHKO

Prisión perpetua

EN OTRO PAÍS

I

Una vez mi padre me dio un consejo que nunca pude olvidar: «¡También los paranoicos tienen enemigos!», me dijo, a los gritos, en el teléfono, tratando de hacerse entender desde la lejanía, en febrero o marzo de 1957. No era un consejo pero siempre lo usé así: una máxima privada que condensa la experiencia de una vida. Esa frase era el fin de un relato, el cristal donde se reflejaba la catástrofe. Mi padre había estado casi un año preso porque salió a defender a Perón en el 55 y de golpe la historia argentina le parecía un complot tramado para destruirlo.

Se crió en el campo, un médico de provincia que cuando tomaba y estaba alegre enfurecía a mi madre cantando «La pulpera de Santa Lucía» con una variante obscena que había aprendido en un prostíbulo de Trenque Lauquen. Se hizo peronista en el 45 y fue peronista toda la vida. Los acontecimientos se encadenaron para hacerlo abdicar pero él se mantuvo firme. Salió de la cárcel y se siguió reuniendo con los compañeros del movimiento (como los llamaba) que venían a casa a imaginar la vuelta de Perón.

Hay hombres sobrios y aplomados, a los que la desgracia los quiebra por adentro, sin que se vea. No saben quejarse, son ceremoniosos y gentiles, piensan que los demás actuarán con la misma magnanimidad que ellos usan en la vida. El punto de máxima ruptura se produce cuando empieza el desengaño.

El 55 fue el año de la desdicha y el 56 fue el de la cárcel y el 57 fue todavía peor. Las cosas siempre pueden empeorar: esa es la tradición de los vencidos.

Estaba acorralado y decidió escapar. En marzo del 57 abandonamos medio clandestinamente Adrogué, un suburbio de Buenos Aires donde yo había nacido y donde había nacido mi madre, y nos fuimos a Mar del Plata, una ciudad que está a cuatrocientos kilómetros al sur de la provincia de Buenos Aires. Subimos los muebles a un camión, yo viajé entre las sogas y los bultos; sentado en un canasto de mimbre miraba pasar las poblaciones, las vacas, la mansedumbre idiota de la llanura. En Mar del Plata, el amigo de un amigo le consiguió un lugar donde abrir un consultorio. A los cuarenta años iba a empezar de nuevo. Se daba ánimo, pero ya no se repuso y antes de morir, veinte años después, seguía aferrado al rencor que produce la injusticia.

La historia de mi padre no es la historia que quiero contar. La convención pide que yo les hable de mí, pero el que escribe no puede hablar de sí mismo. El que escribe solo puede hablar de su padre o de sus padres y de sus abuelos, de sus parentescos y genealogías. De modo que esta será una historia de deudas como todas las historias verdaderas.[28]

Yo tenía dieciséis años. Viví ese viaje como un destierro. No quería irme del lugar donde había nacido, no podía concebir que se pudiera vivir en otro lado y de hecho después no me ha importado nunca el lugar donde he vivido.

Me acuerdo del silencio de los últimos días, de los amigos de mi padre que venían a medianoche a despedirnos. La cara esquiva de los que quieren darse ánimo y no encuentran las palabras. Vea, doctor, le dijo un viejo que había conocido en la cárcel, nos van a perseguir hasta matarnos a todos. No es para tanto, le contestó mi padre, tratan de asustarnos, no pueden matar a toda la gente. Usted los conoce, doctor, le contestó el viejo, son hijos y nietos y biznietos de asesinos. Entonces mi padre hizo un chiste pero el ambiente no se distendió. Sentados

alrededor de una mesa, se despedían: nadie podía decir lo que otros querían escuchar.

Irse, para mi padre, fue un modo de reconocer que estaba fuera de juego. Un hombre puede sentir el peso de una derrota política como si se tratara de un dolor personal. Las noticias de los vencedores parecían cartas dirigidas personalmente a mi casa.

En esos días, en medio de la desbandada, en una de las habitaciones desmanteladas empecé a escribir un Diario. ¿Qué buscaba? Negar la realidad, rechazar lo que venía. La literatura es una forma privada de la utopía.

Jueves 3 de marzo de 1957. (Nos vamos pasado mañana.) Decidí no despedirme de nadie. Despedirse de la gente me parece ridículo. Se saluda al que llega, al que uno encuentra, no al que se deja de ver. Gané al billar, hice dos tacadas de nueve. Nunca había jugado tan bien. Tenía el corazón helado y el taco golpeaba con absoluta precisión. Pensé que construía las carambolas con el pensamiento. Jugar al billar es simple, hay que estar frío y saber anticipar. Después fuimos a la pileta y nos quedamos hasta tardísimo. Me zambullí del trampolín alto. Desde tan arriba las luces de la cancha de paleta flotaban en el agua.

Todo lo que hago me parece que lo hago por última vez.

Así empecé. Y todavía hoy sigo escribiendo ese Diario. Muchas cosas cambiaron desde entonces, pero me mantuve fiel a esa manía. Por supuesto, no hay nada más ridículo que la pretensión de registrar la propia vida. Uno se convierte automáticamente en un clown. Sin embargo estoy convencido de que si no hubiera empezado esa tarde a escribirlo jamás habría escrito otra cosa. Publiqué tres o cuatro libros y publicaré quizás algunos más solo para justificar esa escritura.

Por eso hablar de mí es hablar de ese Diario. Todo lo que soy está ahí pero no hay más que palabras. Cambios en mi letra manuscrita.

A veces, cuando lo releo, me cuesta reconocer lo que he vivido. Hay episodios narrados ahí que he olvidado por completo. Existen en el Diario pero no en mis recuerdos. Y a la vez ciertos hechos que permanecen en mi memoria con la nitidez de una fotografía están ausentes como si nunca los hubiera vivido.

Casi no hay rastros, por ejemplo, de aquellos días, cuando llegamos a Mar del Plata, abatidos y en fuga. Me acuerdo con claridad de mi padre que abre la puerta de la calle España donde vamos a vivir y da vuelta la cara para sonreír, resignado, antes de empezar a elogiarnos las virtudes del lugar. Se había puesto una bufanda azul y el aire húmedo le empañaba los anteojos y trataba de parecer despreocupado y alegre mientras mi madre entraba en el pasillo.

¿Dónde estoy yo? Quizás atrás de mi madre, quizá ya he entrado en la casa. Invisible en el recuerdo, soy el que mira la escena.

Tengo la extraña sensación de haber vivido dos vidas. La que está escrita en los cuadernos y la que está fija en mis recuerdos. Son figuras, escenas, fragmentos de diálogos, restos muertos que renacen cada vez. Nunca coinciden o coinciden en acontecimientos mínimos que se disuelven en la maraña de los días.

Al principio las cosas fueron difíciles. No tenía nada que contar, mi vida era absolutamente trivial. Me gustan mucho los primeros años de mi Diario justamente porque allí lucho con el vacío total. No pasaba nada, nunca pasa nada en realidad, pero en aquel tiempo me preocupaba. Era muy ingenuo, estaba todo el tiempo buscando aventuras extraordinarias. Entonces

empecé a robarle la experiencia a la gente conocida, las historias que yo me imaginaba que vivían cuando no estaban conmigo. Escribía muy bien en esa época, dicho sea de paso, mucho mejor que ahora. Tenía una convicción absoluta y el estilo no es otra cosa que la convicción absoluta de tener un estilo. Ya oirán ustedes los ritmos de la prosa de mi juventud. ¿Qué será de ellos en esta lengua que no es la mía? Confío en que al menos persistan la furia y la desesperación con las que fueron escritos.

Lo cierto es que a los dieciséis años empiezo a escribir un Diario y escribo ahí unas historias cada vez más extravagantes sobre mí mismo y sobre mis amigos y de hecho me doy cuenta de que estoy haciendo ficción y empiezo a extraer de esos cuadernos mis primeros relatos. Para ese entonces estoy terminando el bachillerato y me ha sucedido, por fin, un acontecimiento extraordinario. Por una combinación rarísima de azares conozco en Mar del Plata a un tipo excepcional, a quien en un sentido le debo todo. Sin él yo no sería escritor; sin él yo no habría escrito los libros que escribí. Por él conocí la literatura norteamericana y por él me puse a aprender la lengua en la que estoy hablando con ustedes. Fue el primero que me habló de William Faulkner y el primero que me habló de Henry James y de Hortense Calisher y de Robert Lowell. Una tarde me trajo The Great Gatsby en una vieja edición de Scribner's y se empezó a reír cuando me dijo que esa era la mejor nouvelle que se había escrito nunca.

Se llamaba Steve Ratliff y todos en Mar del Plata le decían «el inglés» pero había nacido en Nueva York en la calle 79 West frente al Central Park, como me contaba sin que yo, en aquel tiempo, pudiera imaginar otra cosa que las imágenes de Nueva York que había visto en el cine. Estoy seguro de que le hubiera gustado saber que yo lo recordaría, esta noche, en esta

ciudad a la que él quería tanto y a la que nunca pudo volver y a la que solo podía ver en los sueños. Llevaba siempre encima un mapa medio desvencijado de Manhattan y cuando estaba muy borracho lo abría para mostrarme las zonas del Village en las que había vivido y el bar White Horse y el Hotel Chelsea, donde murió Dylan Thomas, y las cortadas sombrías del East River al borde del Hudson.

Ratliff era un hombre culto y refinado, que había estudiado en Harvard con Auden y con Edmund Wilson y había estado muy ligado al grupo de Conrad Aiken.[29]

Escribió toda su vida pero solo publicó una serie de cuatro relatos en la revista Story que le dieron un prestigio instantáneo en los círculos literarios de Nueva York a comienzos de la década del cincuenta. En 1954, con su admirable «An American Romance» ganó el premio O'Henry al mejor cuento del año. Después quedó atrapado en una obsesión que lo hundió en el silencio y lo llevó a la muerte.

La construcción de la vida está dominada por los hechos y no por las convicciones. Algunos tratan de quebrar esa ley. Son los alquimistas de sí mismos. Ratliff era uno de ellos. Vivió su vida como si fuera la de otro, la puso al servicio de lo que quería escribir. Era un norteamericano; buscaba hundirse en el fluir de la experiencia para destilar el arte de la ficción. Se embarcó para conocer el mundo y anduvo navegando cerca de un año y tuvo una trágica historia de amor con una mujer en la Argentina y ya no se fue de mi país. Terminó trabajando en una compañía exportadora de pescado, en Mar del Plata. Cautivo de una pasión o del recuerdo de una pasión, se pasaba las noches tomando ginebra y hablando de literatura en el Ambos Mundos, un restaurante donde se come puchero después de medianoche que en aquel tiempo funcionaba con un bar al frente.

Cuando lo conocí, hacía años que trabajaba en una novela que parecía no tener fin. Me acuerdo de los cuadernos en los que escribía con una letra microscópica todas las variantes de un relato que proliferaba y se expandía.

La imagen de un hombre desterrado, prisionero de una historia siniestra, que se hunde de un modo maníaco en una novela interminable, encierra para mí un sentido que nunca pude terminar de descifrar. A veces imagino la historia de Steve como un signo oscuro de mí mismo.

Hay días en que vuelvo a verlo en el bar del Ambos Mundos. Alto, de pelo colorado, usa un impermeable blanco; al sentarse se lo acomoda con un gesto rápido y hunde las manos en los bolsillos y empieza a desparramar sobre la mesa sus papeles y sus notas, como quien alza una trinchera. Está ahí, construido con restos del pasado: fiel a su obsesión, tiene la mirada maligna de los que se han dejado ganar por una ambición desmedida.

En mis Diarios de aquel tiempo su figura se construye y se pierde en la trama imperceptible de los días inolvidables de mi juventud.

La idea fija. Steve se interesa cuando sabe que mi padre es médico y que ha estado en la cárcel. Solo el que ha estado en prisión puede hablar de enfermedades, dice. Quiere que mi padre sea su médico personal. Empiezan una conversación fantástica sobre el alcohol. Incidentalmente, dice mi padre, todo lo que se ha escrito sobre la bebida es absurdo. Hay que empezar otra vez por el principio. Beber es una actividad seria, desde siempre asociada con la filosofía. El que bebe, dice Steve, intenta disolver una obsesión. Hay que definir primero la magnitud de la obsesión. No hay nada más bello y perturbador que una idea fija. Inmóvil, detenida, un eje, un polo magnético,

un campo de fuerzas psíquico que atrae y devora todo lo que encuentra. ¿Ha visto alguna vez una luz imantada? Se traga todos los insectos que se le acercan, los trata como si fueran de fierro. He visto volar interminablemente a una mariposa en el mismo lugar hasta morir de fatiga. Todos hablan de obsesiones, dice Steve, nadie las explica tal cual son. La obsesión se construye, dice mi padre, he visto construirse obsesiones como castillos de arena, solo se necesita un acontecimiento que nos altere drásticamente la vida. Un acontecimiento o una persona, dice mi padre, de los que no podamos discernir si nos han cambiado la vida para bien o para mal. La estructura de una paradoja, dice Steve, un acontecimiento doble o vacilante en su ser. Nos marca, pero es moralmente ambiguo. La gente se mueve hacia el futuro, dice mi padre, descentrada, sin orientación, fuera del camino en el que se movió en el pasado. Una amputación, dice mi padre, del sentido de la orientación. La obsesión nos hace perder el sentido del tiempo, uno confunde el pasado con el remordimiento.

La mujer del párroco. No hablo inglés, dijo Steve, escribo en inglés. Hablo una jerga que todos comprenden y escribo en una lengua privada. A los doce años descubrí la diferencia gracias a la mujer del párroco de la iglesia anabaptista del bajo Harlem a la que me llevaba mi madre. Esa mujer usaba un idioma personal, construido con citas y referencias bíblicas y fragmentos de los sermones dominicales de su marido que había terminado por aprenderse de memoria. Nadie puede imaginar la impresión de altivez que producían las cadencias de la conversación de esa mujer. Leía todo el tiempo la Biblia en la traducción del reverendo A. J. Andrew y por eso su inglés conservaba tonos de la vieja lengua vernácula con sus metáforas alambicadas y sus giros populares. Por primera vez

comprendí que el lenguaje servía para otra cosa que para nombrar o dar órdenes. Todos los que hablaban con ella pensaban que estaba loca. Cuando eran benévolos imaginaban que sufría alguna dolencia que la obligaba a hablar de ese modo hermético y arrogante. Como si la mujer del párroco, dijo Steve, padeciera una forma antitética de la tartamudez.

La cárcel. Steve habla de la cárcel. La novela carcelaria. La celda de aislamiento. Los pensamientos circulares. Los tatuajes.

El hermano de Steve vivía en un ínfimo inquilinato de la calle 102 East. Había llegado la noche antes, en su primera visita a Nueva York después de años de encierro, con su mujer mexicana Natividad. Viajaron treinta y seis horas y bajaron del Greyhound y cruzaron la calle y entraron en el White Horse a tomarse una cerveza y desde entonces ese bar fue para mi hermano, contaba Steve, el símbolo de Nueva York.

Mi hermano no paraba de decirle a Natividad cosas así: ahora, nena, estamos en New York City y aunque no te dije todo lo que pensaba cuando cruzamos Missouri y sobre todo cuando pasamos por el reformatorio de Boneville, que me hizo acordar de mi encarcelamiento, entonces, quiero decir que es absolutamente necesario que posterguemos todo lo referente a nuestros amores personales y empecemos enseguida a pensar en planes específicos de trabajo y de realización económica. Y así sucesivamente, contó Steve, con el recorrido circular de quien ha estado en prisión.

La voz cantante. Mi padre, dijo Steve, dice que la mejor historia del mundo es la más fácil de contar. Conoce varias. Por ejemplo la historia de Randolph, un agrimensor que anduvo levantando mapas por el Delta del Mississippi y se encontró

con un viejo que había estado escondido en las islas desde la época de la guerra.

Tenía así casi setenta años y vivía en una balsa y se alimentaba de pescado. Su única preocupación era un transmisor de onda corta que cuidaba más que a su alma. Parece que durante la guerra había tenido problemas con el ejército norteamericano y entonces se escondió en los pantanos y desde ahí transmitía sus mensajes en inglés y en italiano. Uno de sus temas favoritos era la usura, el carácter satánico del dinero. Le hablaba directamente al presidente de los Estados Unidos, que seguía siendo Truman según el viejo. Cada tanto cambiaba de frecuencia para no ser interceptado por el FBI. A veces cuando estaba muy borracho se ponía a cantar «My Darling Clementine» mientras la balsa navegaba por los riachos pantanosos.

La cajera. Parábamos entonces en el White Horse, unos tipos jugaban al billar, la rubia de la caja se levantaba cada tanto y ponía monedas en la victrola, sin mirar las teclas, de memoria, los ojos en la luz de neón, los mismos discos, una y otra vez. Después volvía a sentarse en el taburete de patas de caña, en un costado del mostrador, mascaba chicle, miraba al aire, cruzaba el pie izquierdo en el tobillo de la pierna derecha, movía apenas la cabeza al compás de la canción de Frankie Lane. Cada vez que cambiaba de posición se acomodaba las medias con un gesto suave, la palma de la mano derecha en la pantorrilla de la pierna izquierda. Calculé que pasaba ocho horas ahí, todos los días, repitiendo esa red invariable de gestos. Me di cuenta de que era igual a mí. Porque los últimos días de las últimas semanas habían sido iguales a los últimos días de los últimos meses de mi vida.

Un padre. Encontré en el diario una historia que vale la pena, dijo hoy Steve. Un tipo había matado a su mujer y a su hija menor y había enterrado los cuerpos en los fondos del club donde trabajaba de jardinero. Tapó el arma con una almohada para no verle la cara a su hija y ahogar el ruido. En su descargo dijo que estaba convencido de que su mujer era una prostituta y no quería que su hija siguiera el mismo camino.

Saber vender. Mi padre, dijo Ratliff, fue un narrador excepcional. Vendía máquinas de coser por el campo. Andaba de un lado a otro, con un camioncito entoldado, y paraba en las chacras y se sentaba a la sombra de los tilos a conversar con las mujeres, que le ofrecían limonada. Era capaz de vender una máquina inservible usando el arte hipnótico de la narración. Narrar, decía mi padre, es como jugar al póquer, todo el secreto consiste en parecer mentiroso cuando se está diciendo la verdad.

W. H. Hudson. Vine a este país, decía a veces, porque quise conocer el lugar donde nació uno de los mejores narradores del siglo XIX.

La caza de elefantes. Si la literatura no existiera esta sociedad no se molestaría en inventarla. Se inventarían las cátedras de literatura y las páginas de crítica de los periódicos y las editoriales y los cocktails literarios y las revistas de cultura y las becas de investigación, pero no la práctica arcaica, precaria, antieconómica que sostiene la estructura.

La situación actual de la literatura se sintetizaba, según Steve, en una opinión de Roman Jakobson. Cuando lo consultaron para darle un puesto de profesor en Harvard a Vladimir Nabokov, dijo: «Señores, respeto el talento literario

del señor Nabokov, ¿pero a quién se le ocurre invitar a un elefante a dictar clases de zoología?»

La estúpida y siniestra concepción de Jakobson es la expresión sincera de la conciencia de gran crítico y gran lingüista y gran profesor que supone que cualquiera está más capacitado para hablar del arte de la prosa que el mayor novelista de este siglo. La autoridad de Jakobson le permite enunciar lo que todos sus colegas piensan y no se animan a decir. Se trata de una reivindicación gremial: los escritores no deben hablar de literatura para no quitarles el trabajo a los críticos y a los profesores.

La mujer equivocada. Se había enamorado de una loca y después había pensado que era la locura lo que justamente lo atraía en la mujer. Vivieron juntos un verano, en el 56, en la bohemia del Village, en la breve temporada en la que Ratliff fue una de las grandes promesas de la narrativa norteamericana. La muchacha ya arrastraba un aura de tragedia y de escándalo. A los dos o tres días de cumplir los dieciocho años se había escapado con un músico de jazz y se había mezclado en los ambientes turbios de Chicago y de Nueva Orleans. Viajaban por todo el país y paraban en los hoteles del gueto y le compraban droga a la policía. El padre de la chica, un juez liberal que siempre había defendido las leyes contra la segregación racial, movió todas sus influencias hasta que la localizó en La Habana, donde el tipo estaba tocando en una boîte. El juez se entrevistó secretamente con el músico en el cuarto de su hotel y le dio plata y el tipo la llevó engañada al aeropuerto y la entregó.

De aquella época la muchacha solo había conservado el placer de sacar en el piano el estilo de Marion MacPartland.

Cuando ella lo dejó para casarse con una especie de millonario que se la llevaba a América del Sur, Steve le dijo que ese acto era más destructivo y más abyecto que la decisión de fugarse con un canalla que tocaba el piano en la banda de Lester Young.

Dos autos. Mi madre fue la primera mujer que manejó un auto en el estado de Tennessee. Durante años guardó un recorte de diario donde se la ve con una capelina blanca, la cara cubierta con un tul, manejando un Ford A. Tiempo después perdió la virginidad en uno de esos coches cerrados que ya en ese entonces eran conocidos como los prostíbulos ambulantes. Mi madre estaba orgullosa de haberse iniciado en ese ámbito. Según ella la expansión de los autos cerrados había hecho más por la liberación sexual que ninguna otra cosa en la historia de los Estados Unidos.

Tatuajes. En la cárcel son un arte y un modo de establecer las jerarquías. Un japonés, en una cárcel de máxima seguridad en Alabama, se había hecho tatuar un haiku. Los caracteres brillaban en su cuerpo como carteles en una calle de Chinatown. «Arquea las cejas hacia nosotros», decía el haiku, «como el viejo sastre al enhebrar la aguja.» Los que se hacen tatuar frases son hombres de pocas palabras. Llevan escrito en la piel todo lo que tienen que decir sobre sí mismos.

Arkansas. París. Moscú. Una mujer en Arkansas roció a su marido con nafta mientras dormía y lo prendió fuego pero antes tuvo la precaución de atarlo a la cama para que no incendiara la casa con su cuerpo en llamas. Steve amaba esa lógica de los pequeños detalles.

Una mujer que vive varios años con un hombre acumula la suficiente cantidad de razones como para atarlo a la cama y prenderlo fuego. Los maridos, en Arkansas, deben ser ejecutados por el modo autocomplaciente con que someten y avasallan a sus cónyuges. Repiten con las mujeres el mismo trato que usan con sus obreros, empleados, sirvientes, subordinados o inferiores de cualquier condición. El carácter natural de ese sometimiento solo puede ser alterado con un acto de violencia. Por lo tanto los crímenes pasionales cometidos por mujeres son una versión concentrada del ansia de libertad que late sofocada en los oprimidos de cualquier sociedad. Estos asesinatos femeninos son la realización de las esperanzas secretas de miles de personas.

El matrimonio es una institución criminal, dijo después. Una institución pensada para que con sus lazos se ahorque uno de los cónyuges. Ese es el sentido de la sentencia «hasta que la muerte nos separe». El crimen femenino es su resultado lógico. Las suicidas como Madame Bovary o Ana Karenina, dijo Steve, son utopías masculinas. Proyecciones invertidas del terror que les provoca a los hombres captar la mirada asesina de sus mujeres. ¡Entonces las convierten en suicidas! Esas historias son cuentos de hadas para varones, fábulas tranquilizadoras, parábolas con moraleja. Cuentos contados entre hombres en la intimidad del vagón de fumar del expreso París-Moscú.

Habría que imaginar, en cambio, dijo Steve, a Madame Bovary como Raskólnikov para que las cosas mejoraran. La heroína es un criminal. Pero esos son los cuentos que se cuentan las mujeres en la intimidad de un coche cama en el expreso Moscú-París. Un tren en la inmensidad de la noche.

El cráneo de cristal. Para Steve la cárcel es el centro psíquico de la sociedad. El polo magnético interior, hundido

entre los dispositivos eléctricos y las molduras de acrílico, un engranaje transparente, como quien dice un cráneo de vidrio. Un mirador donde se ve el pensamiento. Una amiga suya conoce bien ese mundo porque es psiquiatra judicial. Según ella en la cárcel se puede observar el futuro de la sociedad.

La cárcel debe ser vista como un laboratorio. Se realizan con hombres y mujeres experimentos muy sofisticados. Se busca reconstruir artificialmente las condiciones de la vida futura. Se observa cómo reacciona un individuo cuando se lo priva por completo de experiencias durante un tiempo prolongado. Entonces crece la paranoia. Los ascetas y los asesinos necesitan espacios reducidos. Redes múltiples, un orden extremo. Los detalles insignificantes sostienen las emociones fuertes. Una jarra de lata en el piso de cemento. Nadie está a salvo. La agilidad de los reptiles en el desierto.

La luz de Flaubert. La novela moderna es una novela carcelaria. Narra el fin de la experiencia. Y cuando no hay experiencias el relato avanza hacia la perfección paranoica. El vacío se cubre con el tejido persecutorio de las conexiones perfectas, la estructura cerrada, le mot juste. Flaubert define ese camino, decía Steve. Un hombre encerrado días enteros en su celda de trabajo, aislado de la vida, que construye a altísima presión la forma pura de la novela. La luz laboriosa de su cuarto que permanecía encendida toda la noche servía de faro a los barcos que cruzaban el río. Esos marineros por supuesto, dijo Steve, eran mejores narradores que Flaubert. Construían el fluir manso del relato en el río de la experiencia.

Adicción. Por supuesto hay que estar loco para escribir un libro sobre la caza de ballenas. Cuando está borracho Steve dice

en cambio que Moby Dick es una novela sobre la cocaína. Una metáfora fantástica de los efectos de la adicción.

Inferencias. Los convictos son filósofos naturales. Saben que no existe otra verdad que la existencia siniestra de una conspiración. Captan en la apariencia engañosa de la realidad las redes microscópicas que permiten reconstruir su esencia oculta. Había visto a un hombre contar las baldosas del patio, en los recreos, todos los días, y sacar siempre conclusiones diferentes.

Un arte que declina. Steve cuenta la historia de un conocido que desde la infancia se ha dedicado a la mecánica. La mecánica es un arte sutil que tiende a desaparecer. Este amigo había logrado construir un pequeño aparato que alteraba la memoria.

La lección del maestro. Alguien hace algo que nadie entiende, un acto que excede la experiencia de todos. Ese acto no dura nada, tiene la cualidad pura de la vida, no es narrativo pero es lo único que tiene sentido narrar.

Llevar a la vida la teoría del iceberg de Hemingway. Lo más importante es lo que no se dice.

Una historia que el narrador no comprende. Esa es la lección de Henry James (según Steve).

La cárcel es una fábrica de relatos. Todos cuentan, una y otra vez, las mismas historias. Lo que han hecho antes, pero sobre todo lo que van a hacer. Se escuchan unos a otros, compasivamente. Lo que importa es narrar, no importa si la

historia no le interesa a nadie. Lo contrario del arte de la novela, que se funda en la ilusión de convertir a los lectores en adictos.

Los relatos de la cárcel se parecen al relato de los sueños que la gente suele hacer al despertar. El relato de los sueños solo le interesa a quien lo cuenta.

En el caso de los sueños, dijo hoy Steve, uno se interesa si puede imaginar que está incluido de algún modo en esa historia. Cuando una mujer me cuenta un sueño presto cierta atención porque me imagino que en cualquier momento voy a aparecer.

Habría que estar afuera del mundo de la cárcel, dice Steve, para interesarse en el relato de los presos. Pero justamente esos relatos están destinados a los otros que comparten la prisión. También en eso se diferencian del arte de la novela: las historias personales solo se deben contar a los extraños y a los desconocidos. Usa las anfetaminas como cualquiera de nosotros el aire que respira. Ha pasado tres noches sin dormir, en un estado de helada exaltación.

Steve conoció anoche en el cabaret Bambú a una mujer que trabaja de copera, me cuenta Morán. Llama a eso golpes de realidad.

Narrar es fácil, dice Steve, si uno ha vivido lo suficiente para captar el orden de la experiencia. No se puede ser un gran novelista antes de los cuarenta años.

Murió sin dejar nada, como si solo hubiera sido un narrador oral. ¿Lo dijo Steve?

II

Steve apareció en la ciudad una tarde, en los comienzos del verano del 56. Empezó a frecuentar el Club Náutico, a contar una historia confusa sobre su vida. Morán, que se hizo amigo de Ratliff antes que todos nosotros, decía que la primera semana Steve anduvo dando vueltas y buscando un chalet en La Loma del que sabía la ubicación precisa. Desde allí se podía ver con solo asomarse a la ventana un gran caserón que había sido del presidente Alvear, del otro lado de la bahía que se forma a la altura de los espigones largos, cerca de la base naval, un poco antes de llegar al puerto. Sin salir de su casa podía ver los jardines iluminados de la casa de sus vecinos, las fiestas que duraban toda la noche. Morán, que envejeció atendiendo el estudio de abogado que había sido de su padre y que su padre había heredado de su abuelo, que fue un protegido de los ingleses en la época en que se instalaron los ferrocarriles en el sur de la provincia, Morán, esa tarde, varias veces trató de explicarme el tipo particular de ambición que arruina la vida de tipos como Ratliff usando el ejemplo del chalet que había alquilado pagando una fortuna con la única intención, según parece, de estar cerca de una mujer que vivía en esa casa que había sido de Alvear. Se jugó todo a la carta equivocada, dijo Morán. Ni siquiera a la carta equivocada. Se jugó la vida a una carta que nadie había visto nunca en la baraja. Resultado, ya no se pudo ir de la ciudad. Entonces buscó cualquier trabajo que le permitiera sobrevivir mientras esperaba lo que tenía que esperar. El amigo de un amigo lo ubicó en una compañía inglesa de pesca y exportaciones. Todo lo que sé sobre el arte de la pesca lo aprendí leyendo a Melville, había dicho Steve, no creo que las cosas hayan cambiado mucho desde entonces.

Hablaba de esa manera, como un hombre que ha elegido sus desventuras.

Cuando nos conocimos yo tenía diecisiete años y Steve casi cuarenta pero siempre tuve la sensación de que le parecía natural que yo lo ayudara en todo lo que necesitaba. Al mismo tiempo tenía la convicción de ser, en el fondo, tan poco importante para él como cualquiera de los tipos que se le acercaban y lo rodeaban y buscaban su amistad. Uno de los rasgos más característicos de Ratliff era la mágica ilusión de intimidad que sabía crear en los que estaban con él. Uno parecía contar con su atención más íntima y sin embargo, en realidad, le daba lo mismo cualquiera. Tenía un modo extraño de usar a la gente, les hacía sentir que era imprescindible para ellos hacer lo que Steve necesitaba. Parecía natural caer en su órbita, ayudarlo, darle plata, ser su cómplice. A cambio de eso no podía esperarse nada. Nadie podía esperar nada, salvo la sensación de intimidad que él sabía crear. La sensación inolvidable de que uno despertaba su interés. Practicaba la amistad como explotación pero nadie podía ofenderse. He visto a Morán pasar semanas sin aparecer por el bar, narrar a solas, con rencor, las traiciones de Steve y encontrarlos juntos, la noche siguiente, en el Ambos Mundos, conversando y tomando ginebra como si no hubiera pasado nada. Bastaba que Steve se acercara, con las manos en los bolsillos de su impermeable, con su aire de alegría y de secreta complicidad, y en el acto el ofendido había olvidado las razones del rencor. Nunca estaba solo, siempre había una mujer con él. Y cuando no había una mujer se aferraba al que estuviera cerca para no quedarse solo si cerraba el bar y empezaba a amanecer. Las mujeres establecían con Steve una complicidad instantánea. Trataba a las recién llegadas como si fueran amigas de toda la vida. Tenía la virtud, dijo una vez Morán, de hacer sentir a todos más

inteligentes de lo que eran. Y esa sensación, aunque dure un instante, no se paga con nada. Las mujeres lo querían por eso; las trataba como si fueran mejores y las usaba para su beneficio privado. Nunca voy a olvidar la sorpresa que me llevé cuando supe que Susana, una compañera de colegio a la que yo cortejaba, se acostaba desde hacía meses con Steve. Daba la sensación de ser un hombre que sufría una desgracia tan honda, de la que nunca hablaba, que era imposible no tratar de ayudarlo.

Se empeñó en que yo aprendiera inglés porque necesitaba al menos un lector en el que probar su novela mientras la escribía. A veces pienso que me hizo leer los libros que hacían falta y me preparó para que yo pudiera comprender con claridad qué era lo que estaba buscando, sin perder, de todos modos, esa ingenuidad que Steve consideraba imprescindible en un lector de ficciones.

Me hablaba de la novela y me leía lo que iba escribiendo y me mostraba las versiones y las variantes y discutía conmigo las alternativas de la trama y yo era una especie de lector privado que estaba ahí, en la mesa del Ambos Mundos sobre la ventana de la calle Rivadavia, esperando la continuación de la historia.

Está claro que me había elegido para eso. Me usó a mí como podía haber usado a cualquier otro. Quizá me eligió porque yo era el más joven y el más arrogante y el más desesperado. También yo era un recién llegado a la ciudad, también yo, como él, vivía en dos mundos. Las noches luminosas en el bar, las conversaciones infinitas hasta el amanecer, y la realidad amenazada de mi casa donde todo se venía abajo, los esfuerzos desesperados de mi padre por hacer andar las cosas.

Tengo aún viva la impresión de pureza que me producía el relato de Steve. Recuerdo la escena, en el atardecer, en una

estación de ómnibus, en un pueblo perdido de Nuevo México, como si yo mismo la hubiera vivido. La novela de Steve ha terminado por formar parte de mi propio pasado. Cuando escribo tengo siempre la impresión de estar contando su historia, como si todos los relatos fueran versiones de ese relato interminable.

Había una mujer que no hacía nada sin consultar el IChing. Se imaginaba una ruleta donde las apuestas se pagan con acontecimientos de la vida del que juega.

El monje escala la colina con un bastón de caña. La tormenta se avecina. Su discípulo se ha rehusado a seguir.

El carácter enigmático de las profecías le permitía cierto margen de decisión personal. Había varios futuros posibles. Comprendió que para construirse un destino lo fundamental es descifrar, no decidir.

Vivía en Princeton, New Jersey. Su marido era un biólogo que antes de terminar su doctorado en el MIT había sido contratado por una gran corporación. Viajaba a Nueva York todos los días y ella se quedaba sola. Nunca sabía qué hacer en esas horas vacías. La paralizaba no poder elegir en la maraña microscópica de posibilidades. Veía su vida como un hormiguero destruido, con los insectos huyendo en todas direcciones.

Una noche, en una reunión, alguien habló del I-Ching o Libro de las mutaciones y elaboró una teoría sobre la construcción artificial de la experiencia. Al día siguiente la mujer consiguió un ejemplar en la biblioteca. Pensó que no debía consultar el libro para tomar grandes decisiones. Iba a concentrarse en la cadena insignificante de hechos laterales que podían dar lugar a desarrollos imprevistos. Un hombre se sentaba, por las mañanas, a leer el diario, en el bar que estaba enfrente de la universidad. ¿Tenía que hablar con él? El libro dijo:

Antes de la batalla el rey decide bañarse en los hielos del gran lago. El ejército acampa en la orilla. La bruma se alza en

los montes.

Tuvo una aventura con el tipo que duró tres meses. Cuando su marido salía para Nueva York ella consultaba el libro y visitaba a su amante o era visitada por él.

Un día recibió la orden de dejar de verlo. Actuó con frialdad y resistió todos los argumentos. Al principio la llamaba por teléfono e incluso la amenazaba pero al final desistió. Lo veía siempre leyendo el diario en el café frente a la universidad.

Empezó a realizar pequeñas escapadas siguiendo las indicaciones del I-Ching. Tomaba un ómnibus, bajaba en un pueblo cualquiera, se sentaba a beber en un bar. Esa vida secreta la llenaba de alegría. Nunca podía imaginar lo que iba a hacer. Una vez se disfrazó de varón y fue a uno de los cines pornográficos de la calle 42. Otra vez fue a una casa de masajes atendida por mujeres. El libro insistía en que era un hombre. Un guerrero. Empezó a interesarse en el mundo del box. Pasaba horas mirando peleas en la televisión. Una tarde fue al gimnasio del Madison. Conoció a un boxeador negro, un peso pluma de veinte años que medía 1,60 y parecía un jockey.

Por fin el libro le dijo que debía irse. Se llevó todo el dinero que tenían en el banco, alquiló un auto y empezó a viajar. El libro le indicaba el camino.

A veces consultaba el I-Ching para saber si debía consultar el I-Ching.

Había un psiquiatra que atendía un centro telefónico de asistencia al suicida y al que todos llamaban el Cura porque había sido predicador en una iglesia evangélica del sur del Bronx. Era un falso psiquiatra y un falso médico que actuaba con los documentos de su hermano, muerto hacía dos años en Cincinatti. Instaló el servicio en un ruinoso departamento de la calle 32. Grababa todas las conversaciones, jamás aceptaba entrevistas personales. A cualquier hora del día lo llamaban hombres y mujeres desesperados que le contaban la historia de su vida.

No se trataba de la historia de su vida, en realidad contaban un acontecimiento que, según ellos, había provocado la declinación y la catástrofe.

Todas las historias giraban sobre un punto de viraje, como si hubieran vivido una sola experiencia. No era la locura, era el borde, la frontera, podían fingir, pagaban tres dólares por una llamada de cinco minutos. La locura jamás será narrativa.

Contaban que estaban solos, en la miseria, que habían perdido a la mujer, alcohólicos, exalcohólicos, impotentes, una mujer había dejado pasar la oportunidad de irse a Miami cuando tenía veinte años y ahora tenía miedo de salir de su casa, ya no tenían droga, estaban drogados, estaba desnuda, oía voces que le daban órdenes contradictorias, lo llamaban el exterminador, era la nieta legítima de Federico Nietzsche, un vecino le captaba el pensamiento e influía directamente sobre su vida, había estado en una clínica psiquiátrica con Rocky Graziano, le habían cortado un brazo, ya había muerto dos veces.

Volvía a escuchar las cintas, el relato múltiple de la ciudad. Quería captar el centro de la obsesión secreta de Nueva York.

Había un convicto que acababa de salir de la cárcel. Su único mundo conocido era el presidio. La primera vez que lo encarcelaron tenía dieciséis años. Parece imposible transmitir la presión que supone ser un recluso condenado a una pena larga en una prisión norteamericana. Cuando se lleva tanto tiempo encerrado las fantasías que se construyen sobre el mundo libre no se distinguen de lo que se sabe con certeza de ese mundo.

Se consideraba un prisionero educado por el Estado, es decir, un prisionero que había sido amaestrado por las instituciones carcelarias. Una educación integral, sistemática: física, cerebral, psíquica, moral, filosófica, muscular, óptica, sexual. Se enseñan nuevas relaciones con el tiempo, otra relación con el lenguaje y la obediencia. Una cárcel de extrema seguridad en los Estados Unidos es una institución complejísima. Hacen convivir a los psicópatas y a los espías con los desesperados y las víctimas. Saben que un hombre débil se convertirá en un esclavo y un esclavo en un autómata aterrorizado. Quieren ver qué pasa con el espíritu de rebeldía en condiciones de extrema presión.

En el vacío de ese tiempo sin futuro solo se puede pensar. El pensamiento podría desarrollarse totalmente en el silencio, pensaba antes. Un pensamiento silencioso puede desarrollarse hasta el infinito. Ahora piensa que no hay pensamiento sin lenguaje. Piensa que todos los pensamientos pueden utilizarse para la aniquilación de la propia existencia. Una y otra vez volvía a pensar que desde hacía tiempo estaba muerto.

Adentro no hay otra conexión con el mundo que el graznido de la televisión encendida durante horas para todo el penal. Afuera tuvo la impresión de que la realidad tenía la banda de sonido mal sincronizada. Parecían querer decirle algo que no entendía.

Todo se cargaba de un sentido múltiple; las relaciones entre acontecimientos dispersos eran excesivas. Trataba de descifrar únicamente los mensajes que le estaban personalmente dirigidos.

Quiere llegar a Nueva York pero no sigue una ruta precisa. Se deja llevar por intuiciones instantáneas y va de un lugar a otro de un modo errático. Viaja en coches alquilados o en los Greyhound y para en los moteles del camino. Entra en relación con hombres y mujeres a los que conoce en las estaciones y en los bares.

Nunca dice que ha pasado más de la mitad de la vida en la cárcel. Produce una sensación de extrañeza y de fascinación con su mirada helada y su amabilidad excesiva. Parece un hombre sin pasado, sin historia, que viene de otro planeta, como si todo lo viera por primera vez.

Cuenta siempre una historia distinta. A veces dice que acaba de salir del hospital. A veces dice que ha vivido en México. Habla en presente, el tiempo muerto que identifica a los que han estado en prisión. Sabe que lo vigilan, no cree en las coincidencias ni en el azar. Todos los acontecimientos están entrelazados; siempre hay una causa.

Una tarde conoce a un tipo en un bar y el tipo le propone que sigan viaje juntos. El hombre va hacia el Este porque quiere entrar en el ejército. El convicto sospecha inmediatamente, piensa que el hombre lo ha reconocido y que va a entregarlo. Al salir del bar, en una cortada que hay cerca de las vías, lo mata de una puñalada. Esa misma noche busca un casino. Desde siempre ha establecido una relación entre el crimen y la suerte en el juego. En la época en que estaba en libertad salía a la calle a buscar un desconocido cuya muerte le asegurara que iba a ganar. Esa noche gana cinco mil dólares jugando a punto y banca.

De vez en cuando habla por teléfono con Nueva York. Son llamadas anónimas, a un servicio nocturno de asistencia al suicida. No dice quién es, ni dónde está, pero cuenta la verdad. Ha salido de la cárcel, ha matado a un hombre, ha ganado en el casino, va hacia Nueva York a encontrarse con su hermano.

Había un exalcohólico que salía de noche a robar en la casa de los amigos. Conocía sus hábitos y conocía los dispositivos de seguridad. Forzaba las puertas o las ventanas o las ventanas y las puertas y entraba cuando sus amigos estaban ausentes. Le gustaba recorrer las habitaciones familiares, hurgar en los muebles y en los cajones secretos. Se llevaba todo el dinero. Guardaba los objetos robados en el sótano de su casa. Al día siguiente sus amigos lo llamaban para contarle que habían sido saqueados.

Había una mujer que pensaba que tenía una hija falsa. La verdadera había nacido muerta. Estaba segura de que era un cadáver porque a los seis meses había dejado de moverse. Su marido la había golpeado («¡accidentalmente!») con la puerta del baño, en el vientre, al entrar. Le habían hecho una cesárea. Le cambiaron la muerta por otra nena que ahora era su hija. La quería pero no era suya. Tal vez su marido había tenido esa hija con otra mujer. Tuvo que matar a la suya para tener a la otra con él. Se había enterado de que su marido tenía una amante. Una mujer la había llamado por teléfono. No decía nada para que su marido no le quitara la hija postiza.

Había una mujer, en Trenton, que era descendiente de Federico Nietzsche. Entraba y salía de las clínicas psiquiátricas y hablaba con fluidez el alemán del siglo XIX. A veces tenía que fingir no ser descendiente de Federico Nietzsche para vivir algunos meses en libertad condicional.

Había un historiador que recolectaba proverbios y máximas. Pensaba que esas frases anónimas eran ruinas de grandes relatos perdidos. Estaba convencido de que si lograba reconstruir la situación y el contexto real en el que se había

originado por primera vez cada expresión lograría reconstruir la verdadera historia del país.

Había una mujer en Arizona que se había gastado la mitad del patrimonio familiar pagando de su bolsillo la publicación en todos los diarios del país de una carta abierta donde expresaba su sorpresa al ver los homenajes y muestras de aprecio y de afecto que le habían hecho llegar personajes de toda consideración, con motivo de la muerte de su esposo, un científico que había estado tres veces a punto de ganar el Premio Nobel. En la carta la mujer decía que por fin se sentía liberada del terror que había padecido durante casi treinta años de convivencia forzada con un loco, un mitómano y un psicópata. Como ejemplo de la personalidad verdadera del marido contaba que el científico tenía un archivo con fotografías de todos los científicos rivales o posibles rivales o futuros rivales a los que pinchaba en los ojos con pequeñísimas agujas de platino que él mismo fabricaba durante la noche en su laboratorio, con el objeto de paralizarlos en sus investigaciones, lesionarlos, enceguecerlos e impedir que pudieran superarlo en su lucha para conseguir el Premio Nobel de Física.

Había un fotógrafo que antes de matar a su mujer la había retratado en todas las posiciones imaginables.

Había una mujer que anotaba su nombre y su número de teléfono en el baño de hombres de los bares. Entraba bien temprano a la mañana cuando tenía mayores posibilidades de no ser sorprendida. Recibía tres o cuatro llamadas por día.

Había una mujer que le escribía anónimos a su marido donde le contaba la verdad de su vida. Lo asombroso es que el

marido jamás le comentó que recibía esa información confidencial.

Había un profesor universitario, especialista en Melville, que trabajaba para la CIA. Ni su mujer conocía esa conexión. Activaba en grupos pacifistas y en asociaciones antirracistas. Una vez cada veinte días se encontraba con un tipo en un cuarto de hotel y pasaba sus informes. Se imaginaba a sí mismo como un agente doble. Un solitario que se infiltra en las redes secretas del Estado; el último anarquista.

Nunca sé si recuerdo las escenas o si las he vivido. Tal es el grado de nitidez con la que están presentes en mi memoria. Y quizá eso es narrar. Incorporar a la vida de un desconocido una experiencia inexistente que tiene una realidad mayor que cualquier cosa vivida.

Un narrador debe ser capaz de crear un héroe cuya experiencia supere la de todos sus lectores, decía Steve. Ningún novelista que yo sepa, en este siglo o en algún otro, ha asesinado a nadie en la vida real. Cuando lo dijo estaba demasiado borracho y yo no entendí el sentido de lo que estaba diciendo.

III

Había un secreto en la vida de Steve Ratliff pero tardé mucho en descubrirlo y cuando lo descubrí ya era tarde. Steve cultivaba el misterio porque sabía que una buena intriga necesita de un mecanismo oculto. No se trata en realidad de un enigma, decía, sino de una historia que no ha llegado el momento de contar.

Me enteré del asunto por casualidad en junio del 60. Me lo contó Morán una vez que viajamos juntos a Buenos Aires y se descompuso el auto y tuvimos que esperar como seis horas en un pueblo de la ruta hasta que nos arreglaron el radiador. Sentados en el bar del hotel que estaba frente a la plaza principal, Morán empezó a hablar de Steve y de golpe me contó toda la historia.

Nunca me pude sacar de encima la sensación de que todo era inmoral en esa conversación y de que el solo hecho de escuchar su historia me convertía en un cómplice.

En ese tiempo yo estudiaba en La Plata y publicaba mis primeros relatos y repetía, como si fueran mías, todas las opiniones de Steve Ratliff. También yo era un traidor y estaba a la altura de las confidencias de Morán.

Siempre me voy a acordar de ese viaje, el tedio de la espera en ese pueblo ridículo, los dos sentados a la mesa del bar, en el hotel donde paraban los inspectores de escuelas y los rematadores de vacas, levantando la cortina de tela cruda para ver los caminos de granza colorada de la plaza y el monumento a algún asesino vestido de uniforme.

Habíamos salido a las siete de la mañana con la esperanza de llegar antes de mediodía pero el auto empezó a recalentar y tuvimos que salir de la ruta y meternos por un camino lateral para entrar en Hoyos, un pueblo que está a menos de cien

kilómetros de Mar del Plata. Localizamos un taller mecánico que atendía un tipo al que le decían el Uruguayo y que tardó un rato en salir y antes de revisar el auto hizo un comentario sobre la situación política. Parece que renuncia Vítolo, dijo, como si hubiéramos ido a verlo para buscar esa información. Después le pidió a Morán que pusiera el motor en marcha y se inclinó a escuchar el ruido y sin tocar el auto ni revisarlo dijo que necesitaba por lo menos cuatro horas de trabajo para dejarlo listo.

Salimos a caminar por el pueblo que era igual a todos los pueblos de la provincia, con caminos que se pierden entre los yuyos y casitas bajas con portón de fierro. Casi al final de la calle principal, en pleno campo, encontramos el Museo. Una construcción circular con dos miradores al frente y techo abovedado. Ahí había vivido Alfred von Riheler, el ingeniero alemán que dirigió el proyecto de la zanja de Alsina. En realidad Von Riheler había convencido a Alsina, que en ese entonces era gobernador de la provincia, de que ese era el mejor modo de terminar con el problema de los indios. Se trataba de cavar una zanja circular de 1.200 kilómetros que sirviera para contener a los malones. El ingeniero era un aventurero que había estado en Venezuela metido en el negocio de los ferrocarriles y llegó a Buenos Aires con una recomendación de Miguel Cané, al que había conocido en Caracas. La excavación tenía tres metros de hondo por tres de ancho, salía del lugar donde estábamos y cruzaba media provincia. Nos fuimos enterando de los detalles mientras recorríamos la casa. El guía era un paisano bajito y rubio, que hablaba con mucha precisión, en un tono metálico con un acento que parecía paraguayo. En las vitrinas se veían planos y diagramas de la obra y del complejo sistema hidráulico de desagüe. Varias cartas y notas explicando detalles del proyecto,

escritas en un español casi sin verbos, se podían leer bajo el vidrio de aumento de los paneles. La idea era cavar una especie de Muralla China subterránea para aislar a las estancias de los caciques alzados. Una serie de puentes levadizos controlados por pequeños destacamentos del ejército de línea permitía mantener la comunicación. Se llegaron a cavar más de quinientos kilómetros cuando las cosas empezaron a andar mal. Los sistemas de drenaje no funcionaban y los pozos se llenaban de agua; la gran inundación de julio de 1873 destruyó parte de los terraplenes; los indios adiestraron a sus caballos y volaban sobre el hoyo como fantasmas. Von Riheler viajaba a Buenos Aires y defendía su proyecto y exigía que lo dejaran terminar antes de evaluar los resultados. Pero Alsina murió en medio de las disputas y Roca sepultó el asunto y usó los recién importados Remington de repetición para resolver cristianamente el conflicto con los indios.

Todavía se ve en la llanura la cicatriz de la zanja. Desde el mirador de la casa parecía el espinazo de un animal prehistórico. Se extendía kilómetros y kilómetros hasta donde llegaba la vista. Ojalá se hubiera terminado la obra, dijo el guía, así no se habría tenido que matar a tanta gente. Los indios eran bravos. Una vez se metieron en la iglesia del pueblo, de a caballo, porque ahí adentro habían escondido la plata los estancieros. Eran infieles, no sabían que estaban haciendo una herejía, pero también es una herejía usar la casa santa como si fuera el Banco de la Nación. Nos mostró un cabestro trenzado con piel humana que había pertenecido al general Rauch. Nos mostró una foto del ingeniero Von Riheler vestido de paisano, con bombachas y alpargatas y pañuelo al cuello, al pie de la excavación. Lo rodean varios hombres con cara de polacos o de centroeuropeos, en patas, con el pecho desnudo, sucios de barro, apoyados en el mango de la pala de punta. Grandes

montones de tierra se levantan en los bordes; al fondo se ven las carpas donde vivían los zanjeadores; el campamento avanzaba lentamente por la provincia a medida que se extendía la excavación. En un charré, a un costado de la fotografía, hay una mujer bellísima, con una sombrilla en la mano. Según el guía esa era Ingrid, la esposa del ingeniero, que se volvió a Alemania a las dos semanas de conocer las bellezas del campo argentino.

Nos llevamos un folleto con el diagrama de la obra y la transcripción de la carta donde el ingeniero le explicaba por primera vez su proyecto a Adolfo Alsina.

Dimos algunas vueltas y volvimos al taller del Uruguayo pero todavía faltaban más de dos horas para que el auto quedara listo, de modo que nos metimos en el bar del hotel frente a la plaza principal y empezamos a tomar ginebra. Y al rato, sin que nada lo hiciera esperar, Morán me contó lo que sabía de Steve. No me dijo cómo se había enterado, sencillamente me empezó a contar los hechos y su interpretación. La historia era tan extraña que le creí de inmediato. Morán alzaba la voz y contaba varias veces los mismos episodios y todo estaba cruzado de sospechas y sarcasmos.

Me acuerdo de que al día siguiente, en La Plata, fui a la Biblioteca de la Universidad, en la plaza Rocha, y conseguí los diarios de marzo del 57 donde estaba la noticia. La mujer se llamaba Pauline O'Connor y estaba casada con Tom Bruchnam, un ingeniero que manejaba una fábrica de aparatos de óptica en Camet en las afueras de Mar del Plata. La mujer había matado al marido y se había entregado a la policía. Tenía que cumplir una condena de diez años de cárcel. El nombre de Ratliff aparecía una sola vez. Se insinuaba que Pauline era su

amante pero en ningún momento se lo vinculaba directamente con el crimen.

Habían vivido juntos, un verano, en 1956, metidos en la bohemia del Village, pero la mujer lo abandonó para casarse con Bruchnam, que la trajo a la Argentina. Por ella, dijo Morán, Steve había venido a Mar del Plata y se alquiló un chalet en La Loma y por ella seguía aquí. Está esperando que salga, la visita los domingos en la cárcel de Dolores, como si le estuviera pagando una deuda con su vida.

Steve nunca supo que Morán me había contado la historia. Nos veíamos poco en aquel tiempo, unos días cuando yo volvía a Mar del Plata en las vacaciones. Lo encontraba en la mesa del Ambos Mundos, rodeado de dos o tres tipos que lo escuchaban y lo festejaban. Despreciaba a todos pero sobre todo se despreciaba a sí mismo. Parecía cada vez más cínico y más desesperado. El alcohol lo mantenía en un estado de perpetua exaltación. Hablaba como un predicador, como la mujer del párroco, en voz alta, pero solo para sí mismo. Quizá también para mí. Yo no conocía el secreto, entonces podía creerle. En eso reside el arte de la ficción.

Me hablaba de su novela y me leía capítulos o versiones y me hablaba de sus proyectos de volver a Nueva York. Solo los que mienten conocen la verdad. ¿Lo dijo Steve?

El autoengaño es una forma perfecta. No es un error, no se debe confundir con una equivocación involuntaria. Se trata de una construcción deliberada, que está pensada para engañar al mismo que la construye. Es una forma pura, quizá la más pura de las formas que existen.

¿Es posible la ficción de a uno? ¿O tiene que haber dos? El autoengaño como novela privada, como autobiografía falsa. Los actos más perfectos solo tienen por testigo a quien los realiza. Un arte cuya forma exige no ser descubierta. Pero es difícil resistir la perfección sin dejar huellas. Steve fue capaz. Trabajó años en la soledad más plena y al final aniquiló todo lo que había hecho. Yo fui su cómplice. En realidad escribió para mí y vivió para la mujer que estaba en la cárcel. ¿O fue al revés?

Se mató en marzo de 1960. No quedó nada, pero nunca queda nada, salvo una cicatriz en la llanura. La sombra del iceberg de Hemingway en la claridad del agua.

Se empecinó en borrar sus rastros, sin embargo nadie muere tan pobre como para no dejar por lo menos un legado de

recuerdos. ¿Lo dijo Steve? Pudo haberlo dicho. No importa quién habla. Soy el que puede decir lo que él dijo.

Varias veces traté de hablar por él y de usar su legado pero recién hace un tiempo pude escribir un relato sobre Steve. No está nombrado, pero se trata de él. He reproducido su tono y su modo de narrar. He contado lo que no conozco de su historia y la he entreverado con la mía, como debe ser. Estamos en el bar, uno de los dos tiene diecisiete años. El relato se llama El fluir de la vida; podría llamarse Páginas de una autobiografía futura y también Los rastros de Ratliff. No he querido narrar otra cosa que la experiencia única de sentirlo narrar. Porque él fue para mí la pasión pura del relato.

EL FLUIR DE LA VIDA

En el bar, hablo con Artigas.

Mejor: En el bar, el Pájaro Artigas cuenta su historia de amor con Lucía Nietzsche.

Conozco parte de esa historia porque el Pájaro me la ha contado varias veces y ahora se ríe cuando vuelve a empezar porque el Pájaro dice que siempre lo asombran las variantes inesperadas.

Todos los domingos va a visitar a Lucía Nietzsche que desde hace años está recluida en una clínica psiquiátrica. Se pasean por el jardín y conversan y la mujer envejece sin estridencia. Parece que el tiempo resbala por su cuerpo y no la toca. Lo mismo se puede decir del Pájaro, que sigue fiel al pasado y a las versiones del pasado en su memoria. Un hombre prisionero de una historia, empecinado en contarla hasta demostrar que es imposible agotar una experiencia.

Pasó un verano con Lucía Nietzsche en 1956 y desde entonces ha reconstruido los hechos en sus detalles mínimos como quien pule una lente hasta disolverla invisible en el aire.

Un narrador, dice el Pájaro, debe ser fiel al estado de un tema. Busca sorprender en un espejo los reflejos de una escena que sucede en otro lado. El relato está ligado a las artes adivinatorias, dice el Pájaro. Narrar es transmitir al lenguaje la pasión de lo que está por venir.

El Pájaro es un narrador tradicional, por eso intercala reflexiones y máximas en medio de sus historias. En el fondo es una forma de retardar la acción. Pensar es un modo de crear suspenso, dice. Construir un espacio entre un acontecimiento y otro acontecimiento, eso es pensar.

Piensa que con ella, al perderla, empezó su manía de fijar el fluir de la vida. Lo que Artigas llama «el arte de narrar». Fijar,

dice el Pájaro, el lento fluir de la vida, detener ese movimiento impreciso.

Lucía era nieta de la hermana de Nietzsche. Su padre había elegido el apellido materno para borrar los rastros de su propio padre, el paranoico doctor Förster, antisemita y nazi avant-lalettre, plagiario, criminal, utópico, falsificador. Según el Pájaro, Förster se instaló en el Paraguay cuando todavía vivía Federico Nietzsche, con la intención de fundar un falansterio de la nobleza alemana.

Lucía Nietzsche pasó la infancia en lo que quedaba en pie de la construcción erigida por su abuela. Un castillo de piedra en la selva, con un laboratorio de investigaciones biológicas en el sótano y un potrero amurallado.

Después de una serie ridícula de litigios y trámites destinados a probar la legitimidad de su origen, el padre de Lucía pudo malvender lo que no había sido confiscado por la policía paraguaya y con los restos de la herencia familiar se mudó a la Argentina y se instaló en Adrogué y empezó a ganarse la vida como fotógrafo y retratista.

La mudanza se precipitó porque la madre de Lucía Nietzsche apareció muerta en condiciones extrañas. Desnuda, envenenada, en un hotel de los barrios malos de Asunción. Guardaba dos mil dólares y un pasaje a Nueva York en un secrétaire de cuero. Los signos demasiado irrefutables de su suicidio hicieron sospechar a todo el mundo. ¿Crimen pasional?, se preguntaban los diarios paraguayos que Lucía Nietzsche le iba a mostrar con fotografías increíbles de su madre reproducidas a cuatro columnas. Porque el padre de Lucía casi no había hecho otra cosa que fotografiar a su mujer en la cama y los diarios se ocuparon de ventilar los retratos más escandalosos.

No hay nada tan abyecto, dijo Lucía, como la convivencia de un hombre y una mujer. En teoría podemos comprender a una persona, pero en la práctica no la soportamos. El matrimonio es una institución criminal. Con los lazos matrimoniales siempre termina ahorcado alguno de los cónyuges. En eso reside el sentido de la fórmula «hasta que la muerte nos separe».

Su padre había fotografiado a su madre en todas las posturas posibles, de espaldas, al sesgo, con disfraces, en cueros, con vestidos alemanes o paraguayos. Era un artista óptico y estaba obsesionado. Se encerraban días enteros en los altos de la casa y abandonaban a la hija, que se moría de tedio y subía descalza la escalera para espiarlos.

Hasta que al fin supongo que mi madre se hartó y quiso escapar, dijo Lucía.

El suicidio de la mujer terminó caratulado como muerte dudosa y el padre fue sobreseído; la causa quedó abierta pero él pudo viajar a la Argentina con su hija. Los protegieron los miembros de la vieja colectividad de alemanes expatriados en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, todos antifascistas probados, antinazis y aristócratas liberales que se habían acomodado con la Libertadora (porque también habían sido antiperonistas). Estos alemanes, todos filósofos y músicos y criminales, financiaban la Asociación de Alemania Libre que fue la que se ocupó de expatriar al padre de Lucía.

Expatriar es mucho decir, decía Lucía Nietzsche, en realidad nos prestaron unos pesos y nos sacaron del Paraguay medio a la fuerza porque no les gustaba ver a los nobles alemanes (a los descendientes de nobles alemanes y polacos, como decía mi tío abuelo) mezclados en historias turbias.

Se instalaron en una casa que les alquiló la Asociación, a la que hubo que refaccionar porque hasta septiembre del 55 había

funcionado ahí la Unidad Básica de la zona y estaba llena de retratos rotos de Perón y de Eva, consignas escritas en las paredes, escuditos peronistas pisoteados, listas de afiliados y boletas electorales tiradas en el piso. Varios meses después Lucía iba a descubrir una especie de bohardilla donde habían escondido una caja llena de discos de la Marcha Peronista cantada por Hugo del Carril y dos pistolas 45 Ballester Molina, con la guarda del ejército argentino, envueltas en trapos y medio disimuladas en un parante del techo. Y en el cajón de un armario empotrado a la pared encontró una bolsa de lona llena de cartas que la gente del barrio le había escrito a Eva Perón en los días previos a su muerte.

Pintaron el frente y el padre instaló su estudio fotográfico y pronto fue bastante habitual verlo sacar fotos en las fiestas del Club Adrogué.

A mí, decía Lucía, no me importa que mi padre sea un fracasado y tampoco me importa la historia insensata de mi abuelo Förster. Lo único que me interesa es poder irme de acá y volver a Europa, de donde nunca debí salir aunque jamás haya estado. Yo soy una europea alemana falsamente nacida en el Paraguay, y no me interesa vivir en estas provincias.

La contrataron como bibliotecaria en la Asociación de Amigos de Alemania Libre y su función consistía en atender a los viejos expatriados y a los imbéciles que se decidían a estudiar la lengua alemana, como si esa lengua en la que todo se declina pudiera ser aprendida. Si de hecho es casi imposible aprender la propia lengua materna y llegar a hablarla con cierta elegancia. ¿O no había dicho su tío abuelo que los grandes artistas eran fieles a su lengua natal y no querían conocer otra y por eso eran grandes artistas y grandes estilistas? No hay que dejarse corromper por los brillos extranjeros y las chafalonías muertas de otros idiomas.

Y el Pájaro aceptó eso y dijo que sí y hubiera dicho que sí a cualquier cosa que ella dijera. Artigas tenía en ese entonces diecisiete años y se enamoró de la mujer no bien la vio. Incluso ahora, casi treinta años después, recuerda con nitidez la imagen de Lucía Nietzsche en el espejo del ropero, el pelo colorado y la carita malvada y los ojos que ardían como si estuviera encandilada por la luz del aire.

Se paseaban por los fondos de la casa, que eran linderos con los fondos de la casa del Pájaro, de modo que podía ver a su madre tender la ropa mientras oía a la muchacha decir que nunca iba a creer que una madre fuera algo en lo que se pudiera pensar con decoro. Mi madre, por ejemplo, dijo Lucía Nietzsche-Förster, era loca y yo soy loca y todas las mujeres de mi familia eran locas, empezando por mi abuela Elizabeth. ¿O no es una propiedad de la lengua alemana volver locas a las mujeres y asesinos a los hombres? De noche, a veces, le parecía oír la voz de su abuela, a la que nunca había conocido. Estaba allí, en el Paraguay, su abuela Elizabeth, leyendo una carta de su hermano. El odio es lo único que nos mantiene con vida. Quien carece de maldad no vive serenamente. ¿O no es así? Claro que es así. La piedad es un sentimiento abyecto. Mira mi padre: saca fotografías para capturar la realidad porque vive fuera de ella.

La historia del viaje y de la asociación de alemanes antinazis que los habían ayudado y la historia de su abuelo Förster se la empezó a contar al Pájaro a los pocos días de conocerlo, sentada en un sillón de mimbre y revisando papeles, y entró por esa historia como podía haber entrado por cualquier otra.

De todos modos en ese tiempo ya estaba fascinada con las cartas escritas a Eva Perón encontradas en el bolso de lona, en

el mueble empotrado de la bohardilla, y en especial con una (realmente extraordinaria) enviada por un tipo que estaba en la cárcel. Este hombre se llamaba Aldo Reyes y trataba de construir el Santa Marta, buque escolta de la Escuadra Invencible, una fragata de tres arboladuras y doble puente que reprodujo en escala de 6 x 2 a partir de una lámina que encontró en una revista de náutica que había ido a parar vaya a saber cómo al baño de la cárcel. Tenía la intención de regalarle el barco a la Fundación Evita para que lo remataran y usaran el dinero para ayudar a los hijos de los presos y por eso se puso a escribirle la carta a Eva Perón.

El hombre contaba una historia de desdichas e injusticia, que Lucía le empezó a leer al Pájaro sentados en la galería que daba al patio. Reyes había matado a su mujer y a su hija menor y había enterrado los cuerpos en los fondos del club donde trabajaba de sereno y jardinero y había sido condenado a prisión perpetua. La criatura había tardado en morir, según Reyes, porque se le trabó el seguro del arma que había tapado con un trapo (el puño envuelto en un poncho) para no verle la cara a su hija y ahogar el ruido. Creí que estaba muerta pero solo estaba herida. Y tuve que volver a entrar a las casas para rematarla, dijo Reyes, en el juicio, como quien hace un descargo. Lo descubrieron casi dos años después en el Uruguay cuando trataba de vender un caballo robado.

«¡El azar, Señora, me trajo aquí! Llevo veinte años preso. En Caseros. Cuando entré tenía veintidós años recién cumplidos. Estuve primero en Ushuaia. Compartí el cuarto con Mateo Banks, que envenenó a sus seis hermanas en Trenque Lauquen para cobrar una herencia. He estado usando estos años en varias cosas. Leyendo Historia Argentina. Leyendo un poco de Filosofía. Construyendo la réplica del Santa Marta. Cuando uno (como yo) se encuentra encerrado, con el porvenir

definido de por vida, puede, creo, reflexionar, por fin, sobre el futuro y su sentido. Por ejemplo: Claudio Cuenca, un poeta, lo mataron en Caseros. Era médico del Ejército Federal (ya verá lo que es la suerte) y lo sorprendió una avanzada del Ejército Grande (una patrulla brasileña) cuando trataba de encontrar el sitio para vadear un cauce. Lo fusilaron (los mandingas) ahí nomás, al lado del arroyito, al gran poeta. No me interesan las novelas históricas, conozco la trama de la ficción y los rasgueos de la guitarra argentina. Cubrían con bolsas las patas de los caballos para andar en la noche como fantasmas: la caballería entrerriana. Soy un penado. Lleno de aflicciones. ¿Cómo decir? La rigurosa verdad. Cuenca escribía versos y los llevaba en un bolsillo secreto de su levita. ¡Era unitario! ¡El único poeta unitario que no se exilió! Y lo mataron los mismos que venían a libertarlo. De noche escribía sus versos; en la alta oscuridad. La luz perpetua de su cuarto servía para guiar a los contrabandistas que cruzaban el río. En la noche, una luz. Hay que saber mirar. Por mi parte sé mirar lo que vendrá, ver en la rutina idéntica de los días el devenir de la patria. ¡Van a sembrar el terror! Le anuncio lo siguiente: ellos son despiadados (parientes bastardos del general Urquiza, hijos ilegítimos). Capaces de todo: bombardear, por ejemplo, un asilo de ancianos ¡si son peronistas los viejos! Hace falta, Señora, armar al paisanaje. En cada casa, un máuser. De lo contrario nos van a fusilar en un vado, contra la barranca, abajo del sauce, cerca del arroyito, en las aguadas. Son asesinos. Dentro de digamos veinticinco años seguirán corriendo ríos de sangre en este país. Cualquiera que se dedique a reflexionar puede ver, sin duda, lo que se viene. ¡Crímenes y crímenes y crímenes! Los días aquí son todos iguales (en Caseros). No construimos el mundo a partir de la experiencia, las penas no enseñan nada. Lo que hemos aprendido del pasado, Señora, es conocimiento

solo porque el futuro confirma que era verdad. ¡Nunca trate de vender un caballo robado en el departamento de Durazno de la República Oriental del Uruguay, porque si lo agarran le aplican cien años de rigurosa cárcel! La experiencia tiene una estructura compleja, opuesta en todo a la posible forma de la verdad. ¡No se aprende nada de la experiencia! Solo se puede conocer lo que aún no se ha vivido.»

Lucía me leía esa carta (cuenta el Pájaro) porque veía en ese criminal encerrado en esa celda al verdadero heredero de la filosofía (el verdadero heredero y representante del espíritu filosófico de su tío abuelo). El Penado que le escribe a la Señora que ya se ha muerto sin que él lo sepa (en la cárcel todo se conoce tres días después) es una encarnación actual de lo que hoy debe ser considerado un filósofo: el asesino de su mujer y de su hija, ladrón de caballos, que reproduce con paciencia infinita una fragata española sobre la mesa de chapa de su celda en Caseros, provincia de Buenos Aires. Y que escribe en esas cartas algunas cosas que Lucía quería que yo comparara con una carta (inédita) de su tío abuelo, una carta escrita por Nietzsche a su hermana Elizabeth y enviada a Asunción del Paraguay en esa fatídica semana de enero de 1889, desde Turín, en la pensión de la Piazza Carlo Alberto cuando sufrió lo que se llamó un colapso nervioso, escrita después del ataque y mientras esperaba que llegara su fiel amigo Overbeck. La carta llegó tres meses tarde, cuando ya mi abuela convivía, como se sabe, con el loco en una casa que era también el Archivo Nietzsche y donde iban a permanecer juntos (el filósofo y su hermana) durante diez años. Y esta carta la recibió su cuñado el doctor Förster, que se quedó en el Paraguay para tratar de salvar su imperio y con él se quedó mi padre, que tenía tres años y medio y a quien su madre (Elizabeth Nietzsche) abandonó como si fuera un bastardo, un

hijo suyo pero falso (como si una mujer pudiera tener un hijo ilegítimo) para volver con su hermano y encerrarse con él en esa casa alemana.

«El futuro es el único enigma. Y allí se encierran todos los secretos de la filosofía: lo que llamamos la verdad tiene la forma de ese enigma. Leo el futuro como quien ve signos en la arena (las patas de las gaviotas) porque soy el único que ha sido capaz de atravesar el desierto. Soy un aristócrata polaco pur sang y en un bolsillo secreto de mi traje guardo algunas revelaciones que el mundo aún no está en condiciones de recibir. Seré fusilado por error en la primera batalla en que me digne intervenir (yo soy un médico polaco). Apresado por una patrulla inglesa y fusilado en Waterloo. Yo, el gran poeta polaco (conde polaco y aristócrata polaco) al que ninguna gota de sangre mala se le ha mezclado nunca y menos que nada sangre alemana. En el Paraguay vivió Voltaire, que es mi verdadera antítesis. Mi otro yo aristocrático francés, el reverso de mí mismo. Pero cuando busco mi antítesis la encuentro siempre a usted y a mi madre (a mi hermana Elizabeth y a mi madre). Creer que estoy emparentado con esa canaille sería una blasfemia contra mi divinidad. Con quien menos se está emparentado es con los propios parientes: estar emparentado con los propios parientes (de sangre) constituiría un signo de extrema vulgaridad.»

La carta era una especie de respuesta elíptica al libro del doctor Förster Colonias alemanas en el territorio superior del Plata, con especial atención en Buenos Aires y el Paraguay, que se publicó en otoño de 1888 y que Nietzsche leyó en diciembre. En enero le escribe a su hermana (y no al doctor Förster) un comentario del libro ya en condiciones de extrema tensión, encerrado en su pieza de pensión en Turín, corrigiendo sus escritos y enviando cartas a los emperadores y reyes y

gobernantes europeos para prevenirlos de la catástrofe que él había profetizado en su obra. A Lucía (contaba el Pájaro) le interesaba sobre todo comparar la carta de Nietzsche con la carta de Reyes, el asesino y ladrón de caballos. Y habíamos empezado a conversar sobre los elementos que se repetían (con variantes) en las dos cartas cuando desde el fondo de la casa, desde el laboratorio de fotografías, en realidad, desde el cuarto iluminado con la luz roja que daba a la calle, la llamó su padre (el fotógrafo y retratista). Y Lucía se levantó y me hizo un gesto como para que no me impacientara y entró en la casa. Y yo me quedé en la galería que daba al patio del fondo (y a los fondos de mi propia casa), bajo la lámpara, en la noche, y los insectos atraídos por la luz se estrellaban contra el foco, como si se ahogaran en un círculo de agua clara, y caían sobre la mesa y sobre los papeles y quise limpiar las hojas que Lucía había dejado ahí y me levanté para acomodarlas y las páginas que me había estado leyendo eran, en realidad, notas que ella misma había escrito con letra nítida. No había ninguna carta ahí, me dice el Pájaro, y se larga a reír. Una lección. ¿No era una lección refinadísima? Esa mujer me enseñó todo lo que sé. Me enseñó a no confundir la realidad con la verdad, me enseñó a concebir la ficción y a distinguir sus matices. Me leyó cartas apócrifas o verdaderas y me contó historias, las historias que yo quería oír, todo un verano, hasta la noche, dice el Pájaro, en que otra vez estábamos sentados en ese mismo lugar, en la galería que daba al patio y los bichos se estrellaban contra la lámpara y ella me leía o me contaba alguna otra historia de sí misma o de su tío abuelo o del doctor Förster, cuando el fotógrafo la llamó desde adentro y yo me quedé ahí, solo otra vez. Una situación simétrica. Una repetición exacta (en mi recuerdo). Lucía me hizo un gesto para que no me impacientara y entró en la casa y yo me quedé en la galería que daba al patio

del fondo (y a los fondos de mi propia casa) y de golpe escuché un ruido extraño, una especie de canto, ¿no?, que me llenó de alegría (yo tenía diecisiete años) y me asomé a la ventana y por una rarísima combinación de ángulos y de perspectivas vi la luna del espejo del ropero que reflejaba la luz del laboratorio, como un brillo de agua en la oscuridad, y en medio del círculo, al fondo, se veía a Lucía abrazada y besándose, en fin, con el que ella me había dicho que era su padre. Y desde la mujer subía una especie de quejido, en otra lengua, un murmullo, como un canto, una música alemana, se podría decir, que resaltaba más al aire dócil del cuerpo, recortado y bellísimo, en la claridad del espejo. Como si lo viera a través de una lente pulida hasta la transparencia, un objeto de cristal, invisible de tan puro, parecido al que puede usar un narrador cuando quiere fijar en el recuerdo un detalle y detiene por un instante el fluir de la vida para apresar, en ese instante fugaz, toda la verdad.

Encuentro en Saint-Nazaire

ENCUENTRO EN SAINT-NAZAIRE

I

He vuelto a Saint-Nazaire para encontrar a Stephen Stevensen. Pero quizás no debo escribir «He vuelto» o «He decidido volver». Quizás debo escribir que él ha decidido que yo vuelva a Saint-Nazaire para encontrarlo. ¿O para no encontrarlo? (Él es Stephen Stevensen.)

«Soy nieto y biznieto y tataranieto de marinos», me dijo un día. «Solo mi padre rechazó el mar y por eso vivió toda la vida con la misma mujer y murió miserablemente en un hospicio, en Dublín.» (El padre de Stevensen se había negado a entrar en la marina británica quebrando una antiquísima tradición familiar y se había dedicado al comercio de pieles. La madre era de ascendencia polaca. Una mujer sarcástica y elegante que pasaba los veranos en Málaga, o en el British Museum.)

Nunca he conocido a nadie que hable como Stephen Stevensen. Todas las lenguas son su lengua materna. A veces pienso que por eso le creí la historia que me contó y por eso estoy aquí, en Saint-Nazaire. Pero si la historia que me contó no es verdadera entonces Stephen Stevensen es un filósofo y un mago, un inventor clandestino de mundos como Fourier o Macedonio Fernández.

Debo decir por mi parte que he sido escritor. Llegué por primera vez a Saint-Nazaire el miércoles 4 de mayo de 1988 a las 13.05 en un tren que seguía viaje a Yonville. Vine invitado por la Maison des écrivains étrangers et des traducteurs y pasé aquí casi tres meses (dos meses y dieciocho días). Hace tanto tiempo ya que ahora todo me parece irreal. Pero quizá no tendría que hablar de irrealidad, sino de inexactitud. La verdad

es precisa, como la circunferencia de cristal que mide el tiempo de las estrellas. Una leve distorsión y todo se ha perdido.

¿Por qué hemos gastado tanto tiempo considerando a la verdad un hecho moral? Mentir no es una alteración de la ética sino una especie de falla en una máquina de vapor del tamaño de esta uña. Quiero decir (decía Stevensen) la verdad es un artefacto microscópico que sirve para medir con precisión milimétrica el orden del mundo. Un aparato óptico, como los conos de porcelana que los relojeros se ajustan en el ojo izquierdo cuando desarman los engranajes invisibles de los complejísimos instrumentos que controlan los ritmos artificiales del tiempo.

Stephen Stevensen (creo) ha dedicado su existencia a construir una réplica en miniatura del orden del mundo. Como si hubiera intentado estudiar la vida en una pecera seca: los peces boquean durante horas en el aire transparente.

Es un gran escritor; había residido inmediatamente antes que yo en la Maison des écrivains étrangers et des traducteurs. La mañana en que llegué, desocupó la casa y se fue a vivir al Hotel de la République, con todos sus papeles y sus máquinas. No volvió a Londres, se quedó aquí, en Saint-Nazaire, usando un pretexto trivial (referido a su hermana). En realidad había decidido que yo formaba parte de sus experimentos y quería estudiar mis reacciones. Ahora comprendo que me vigilaba, que estuve bajo su observación desde que llegué. O incluso antes, desde que subí al tren en París y tal vez desde el momento mismo en que tomé el avión en Buenos Aires (Air France, vuelo 087). Por mi parte lo admiraba y quería conocerlo. En la Argentina había leído uno de sus libros. Una novela utópica donde se narraba la historia de una sociedad en la que todas las pasiones y todas las fantasías eran escritas. Los amantes jamás se encontraban; se dejaban ver detrás de los cristales, se

enviaban retratos y fotografías y solo mantenían relaciones epistolares. Cartas sentimentales, pornográficas, exasperadamente informativas, cartas falsas que reconstruían vidas inexistentes, cartas de una sinceridad suicida, eran intercambiadas en silencio por esos hombres y mujeres solitarios y ardientes. Escrita en 1970, El cristal de Ur anticipaba la procreación biológica no natural y reconstruía (sin decirlo nunca) la vida de una sociedad aterrorizada desde hacía décadas por la propagación de un virus letal que se transmitía por el simple contacto de la piel de alguien que no nos fuera indiferente. El mundo parecía poblado de sombras silenciosas, que se recluían a escribir interminables páginas perfectas destinadas a un solo lector que debía ser seducido y obligado delicadamente a responder para mantener viva la pasión.

Quería conocerlo; pero ¡nunca me imaginé que nuestras relaciones se iban a desarrollar de este modo! La presencia invisible de Stevensen me acompañó desde el momento mismo en que entré por primera vez en la Maison. Me sentí como quien se introduce subrepticiamente en la casa de un desconocido y hurga en la noche buscando descubrir todos los secretos. Al principio pensé que con un descuido aristocrático Stevensen había ido dejando sus huellas para que yo las encontrara; después he pensado que no se trató de un descuido.

Esta es una lista provisoria de los rastros que encontré al recorrer la casa el primer día.

a) Un saco negro, de pana, con coderas de cuero, colgado en el placard del dormitorio; en el bolsillo derecho del saco había un mapa de Copenhague con un trayecto sinuoso por la Vertesbrogade Street, marcado con lápiz rojo, y un boleto de la línea 32 de los omnibuses dinamarqueses fechado por última vez el 7 de marzo, a las 11.02, y un ejemplar del diario Le

Monde del 18 de marzo con una nota en primera página sobre un atentado contra militantes nacionalistas irlandeses realizado por francotiradores protestantes durante el entierro de la madre de un dirigente del IRA, en un cementerio católico de Belfast. En el margen del diario se podían leer dos cifras escritas con lápiz: 7 de abril/2 de mayo.

b) Un ejemplar de Jekyl, la última novela de Stevensen; editada en Francia por Arcane 17, con esta dedicatoria manuscrita: «Aux hôtes de la Maison des Écrivains Étrangers. La perception nous donne accès au monde de façon immédiate, tellement immédiatement que nous ne pensons pas à comment ça se fait. En bon collègue, Stephen Stevensen.»

c) En un cajón de la cómoda un álbum del que habían arrancado las fotos, con descripciones escritas en las páginas vacías:

«Acá, él es joven (todavía). ¿1965? Usa bigotes. Atardecer de un día agitado, en una villa, lejos de Londres.»

«Acá, él se ríe.»

«Acá, con John Berger. En el escenario de un teatro, lectura pública.»

«Acá, yo creo, él no se da cuenta de que alguien lo mira; que no se dé cuenta, no lo transforma.»

(Él, naturalmente, es Stephen Stevensen.)

d) En el escritorio el borrador de la segunda página de una carta o el original de la segunda página de una carta (no enviada). «Tomo una frase y la traduzco simultáneamente a las cuatro lenguas (inglés, francés, alemán, polaco). En alguna de las cuatro lenguas encuentro siempre una solución perfecta, que parece imposible en todas las demás. Me gusta Saint-Nazaire porque ha quedado fijado al momento preciso en que fue

reconstruido. Me parece vivir en otro tiempo, como si fuera el paisaje de la niñez, pero también el paisaje abstracto y anónimo que se les aparece a los viejos en los sueños. El pueblo fue totalmente destruido durante la guerra. (¡Dicen que solo quedó en pie la base de submarinos alemanes que era el objetivo de los bombardeos! No quiero ir a verla, prefiero imaginar la construcción tétrica, semisubterránea, con pasadizos y exclusas y muros fortificados, como el escenario de un filme de Murnau.) No ha quedado entonces de Saint-Nazaire ningún rastro de la belleza retro y semifeudal de otros pueblos más prestigiosos de Francia que hacen la delicia estereotipada de los turistas norteamericanos y de los estudiantes de arquitectura de Cambridge. Parece más bien un balneario inglés de los años cincuenta, con casas blancas y bulevares amplios y faroles elegantes que alumbran la costanera. Ayer se murió René Char, el último escritor de Francia. "Tu as bien fait de partir, Arthur Rimbaud!..." Durante años el comienzo de ese poema fue grito de batalla de mi juventud. ¡Al África! ¡Tenemos que irnos al África! (pero el África ya no existe más...). Te saluda, Stephen S.»

e) Como escondida debajo del rectángulo de cartón que cubre el centro del escritorio, esta hoja escrita a mano:

«Teoría de la repetición. Hay que recordar para no repetir. Serie de acontecimientos imperceptiblemente simétricos. En una vida la red de actos exactamente iguales alcanza, digamos, el 73,2 por ciento. Hay que pensar en el resto (los restos), en lo que se filtra por los intersticios de la repetición y sucede una sola vez. En ese punto se construye el jeroglífico donde se cifra el porvenir. (Cuarenta y ocho dividido por tres..., hay que eliminar los fragmentos. Por ejemplo, para tomar un caso sencillo, ¿cuántas veces he recorrido la Verstebrogade Street?)»

f) En el mismo lugar la fotocopia de la página de un cuaderno de hojas cuadriculadas con el número 36 escrito arriba y esta anotación manuscrita:

«Después de un rato le preguntó de qué lugar provenía. La pregunta parecía inofensiva y entonces ella le dijo que había nacido en Karst. Entonces, le dijo él, dígame por favor algo en esloveno. Ella dijo en esloveno: Hoy es un día soleado. Él le pidió que le dijera algo más largo. Ella dijo: La mayoría de los ingleses desprecian nuestra lengua. Lo dijo fuerte, con cierta afectación en la voz. Se preguntaba si él podía entenderla; él continuaba sonriendo. Dígame algo más, le pidió, cuénteme un cuento. Ella le preguntó si podía entender lo que le decía. Él la miraba con simpatía. Le prometo, dijo, que no voy a repetir ni una palabra de lo que me diga; sus secretos jamás serán divulgados.

»Ella no podía pensar en nada que pudiera decir. Él esperaba. Al rato la miró, sorprendido por el silencio. Ella dijo en esloveno: "¿Ve ese gato, ahí, en el césped?"»

g) Encontré en otros lugares de la casa:

– Un frasco de Valium en el botiquín del baño.

– 3 botellas vacías de scotch y 108 botellas vacías de cerveza alemana, alineadas a lo largo del zócalo, en el balcón que da al patio trasero.

– Una revista pornográfica danesa en la mesa de luz del dormitorio.

– Un ejemplar del número 5 de 1987 del Cahiers du Musée National d'Art Moderne, editado por el Centro Georges Pompidou en París, con un artículo de Krisztina Passuth sobre «Moholy-Nagy et Walter Benjamin. Pour une théorie de la reproduction», en que aparecía varias veces citado un ensayo

de Stevensen sobre los videoclips. La revista estaba colocada bajo la heladera, para equilibrar el desnivel del piso de la cocina.

Eso fue todo. Salvo que varias semanas después, cuando Stephen y yo éramos ya en un sentido viejos amigos, encontré por casualidad las pruebas de que, durante todo este tiempo, Stevensen no había hecho otra cosa que vigilarme y espiar mis movimientos. Cuando lo descubrí él ya no estaba acá, había viajado a Londres. Por eso estoy en Saint-Nazaire, para encontrar a Stephen Stevensen y pedirle explicaciones. (Por eso no escribo «he vuelto» o «he decidido volver».) Nadie tiene derecho a usar la vida de nadie en ningún caso, salvo que sea un asesino o un loco. Stephen Stevensen no es un asesino ni es un loco, creo...

Pero lo mejor será que cuente los hechos desde el principio.

II

Llegué por primera vez a Saint-Nazaire un miércoles, el jueves Stevensen me llamó por teléfono y me invitó a almorzar (fue el jueves 5 de mayo). Parecía inquieto, actuaba como si conocerme fuera una exigencia ineludible, una de esas obligaciones sociales que no se pueden evitar. En realidad se trataba de una cita pactada desde hacía semanas sin mi conocimiento y prevista por Stevensen en sus mínimos detalles. Fuimos a comer pescado a un restaurante del puerto, del otro lado del puente grande. Stevensen era alto: de piel oscura y ojos oscuros, y parecía asiático o hindú, y al verlo entrar al salón no lo reconocí. (Por supuesto él se dirigió directamente hacia la mesa donde yo lo esperaba tomando un Cassis...)

–La madre de mi padre era nativa de la Polinesia –me dijo Stevensen–, vino a Inglaterra decidida a ser la primera mujer que estudiara filosofía en Oxford, pero se enamoró de mi abuelo, que era el segundo oficial del barco donde viajaba. El pobre estaba casado con una dama católica y ya tenía seis hijos y abandonó todo para vivir con mi abuela. De modo que pertenezco a la rama bastarda de la familia.

Stevensen tomaba scotch mientras comía y hablaba solo y enseguida empezó a hacerme confidencias. La tranquilidad de la Maison lo había ayudado mucho en un trabajo importantísimo que estaba a punto de terminar. Desde hacía años escribía un Diario y pensaba usar esos miles de páginas escritas a lo largo de su vida como material para un experimento filosófico. La lógica de la repetición, me dijo, el orden de la profecía. No entendí demasiado pero tampoco sospeché nada. ¿Cómo podía sospechar? La comida era muy agradable, tomé dos botellas de muscadet bien frío y después dos copas de coñac. Todo era muy agradable. Desde los

ventanales del restaurante podía ver, en lo alto del Building, la sombra blanca del departamento en el décimo piso donde había vivido Stevensen. Iba a trabajar muy bien en Saint-Nazaire. La gente es muy amable; el paisaje es bellísimo. Los puertos alimentan la ilusión de que es posible cambiar de vida, dijo Stevensen de pronto, pero es muy difícil cambiar de vida. Sonrió. Todos confunden envejecer con cambiar. Estábamos en la puerta del restaurante, él me sostenía, imperceptible, del brazo. Señaló hacia la izquierda. ¿Ve ese faro? Ilumina inútilmente la noche. Todos los barcos navegan a ciegas, guiados por el ojo helado del radar. No hace falta ningún faro. Nadie le ilumina el camino a nadie, dijo. Después, como si quisiera probar algo, me preguntó si me gustaban los Carnets de travail de Flaubert que acababan de publicarse.

–¿Le gustan los Carnets de Flaubert?

–Justamente los compré en París y los estuve leyendo todo el tiempo en el tren.

Eso fue todo. Una especie de coincidencia sin importancia. Habíamos llegado al final del puente, sobre el canal, y Stevensen aún me sostenía, apenas, del codo con la palma de la mano, con la delicadeza de quien guía a un ciego. Había una luz clara que venía del mar y la tarde era soleada y limpia. Entonces, como si me leyera el pensamiento, dijo:

–Olvidé algunas cosas en la Maison.

–¿Quiere subir a buscarlas?

–No, en todo caso, la próxima vez.

Nos encontramos varias veces en las semanas siguientes pero Stevensen nunca entró en la Maison (que yo sepa).

Paseábamos por la costanera, íbamos juntos a comer al café del español a la vuelta del Building, nos sentábamos a tomar cerveza en los bares cercanos a la Gare de Saint-Nazaire. De a poco me fue contando su historia. A fines de 1987 había tenido

una crisis, se había convertido casi en un clochard inglés. No había nada más fácil en la vida que dejarse estar; la indecisión estaba en el origen de la filosofía. Stevensen había pasado semanas solo, encerrado en su departamento en un tercer piso, en la 28 Markham Rd, en el Soho, las cortinas corridas, la correspondencia que se acumula en la alfombra, la luz eléctrica siempre prendida, el teléfono que suena, los rumores de la ciudad cuando empieza a amanecer. Bajaba a la calle a sacar plata del banco con su tarjeta plástica y a comprar whisky y cigarrillos con un sobretodo encima de la ropa que usaba para dormir, sucio, sin afeitarse. Varias veces estuvo tentado de pararse en una esquina y pedir limosna. A veces deambulaba por las estaciones de subte, atraído por el tumulto, por la expresión desesperada de los que esperaban en los andenes. Al final terminaba encerrado en su departamento, sentado en un diván, con una frazada sobre las piernas, tomando cerveza y mirando la televisión hasta la madrugada. No quería hacer nada, no tenía sentido hacer nada. Trataba de no meterse en la cama porque estaba seguro de que no iba a poder levantarse jamás. Dormía sentado, de cara a la luz muerta del aparato de televisión que brillaba sin sonido.

–Creo que hubiera seguido así toda la vida, por lo menos hasta que me durara la plata en el banco, pero una tarde mi hermana apareció por el departamento.

Admiraba mucho a su hermana. Era la persona más inteligente que conocía. Se dedicaba a la lingüística. Dirigía el centro de cómputos que controlaba el tráfico aéreo en el aeropuerto de Londres. Una vez le había mostrado el diagrama de los vuelos futuros. Una telaraña interminable de luces que se entreveraban como en un mapa cifrado del universo. Habían manejado la lógica de la incertidumbre de Heisenberg para prever todas las variables inesperadas. Llamamos azar, decía la

hermana de Stevensen, a una función elíptica de la temporalidad.

–Esa tarde llegó y abrió la puerta del departamento con la llave de la portera. No corrió las cortinas, no destrabó las ventanas, sencillamente se sentó en una silla, bajo la luz de la lámpara, y se puso a mirar conmigo en la televisión el partido Inglaterra-Francia por los cuartos de final de la Copa de las Cinco Naciones. Sabía yo, dijo mi hermana al rato, que Kaspárov acababa de introducir una variante en la formación Schveningen de la Defensa Siciliana. La variante de Kaspárov, en la décima partida de su match con Karpov, era tan sutil, dijo mi hermana, que uno podía asimilarla a la magia y a la adivinación. No solo prevé el desarrollo de toda la partida, sino que produce las jugadas de su rival, una tras otra, como si le construyera un oráculo. El futuro, dijo mi hermana, no depende de ninguna decisión moral, sino del grado de exactitud con el que se puedan prever las alternativas cifradas en el presente. Después me dejó un kilo de uvas sobre la mesa, se despidió y se fue. No conozco mejor ejemplo de amor fraternal.

Stevensen quería mucho a su hermana y no quiso decepcionarla. De modo que se bañó y se afeitó y abrió las ventanas y se dedicó a leer su correspondencia atrasada. La primera carta era una invitación para residir tres meses en la Maison des écrivains étrangers et des traducteurs. Aceptó de inmediato. Iba a trabajar en sus Diarios, quería revisar toda su vida. ¿Cómo había llegado a ese extremo? ¿Dónde estaba la falla que lo puso al borde del suicidio? Metió sus cosas en una valija y se vino a Saint-Nazaire.

–Usted conoce la Maison, un lugar perfecto para trabajar. Con el escenario del puerto como paisaje personal, casi sin salir de la casa, empecé a releer mi pasado. Al principio entraba en

los cuadernos por cualquier lugar, buscaba una pista que me orientara en la selva oscura de mi vida.

En esos Diarios había algo escrito que él nunca había leído; un enigma que tenía que descifrar y que le iba a permitir entender todo. También yo todas las noches me acostaba temprano, me dijo, también a mí me despedía mi madre con un beso. Pero no quería empezar tan atrás. No creía en el origen, en ningún acontecimiento epifánico que condensara involuntariamente la memoria.

Quería actuar de otro modo. Tomaba un hecho cualquiera, un hecho aislado, elegido al azar, y lo trataba como si fuera un crimen. Por ejemplo, una vez, veinte años atrás (la tarde del 12 de mayo de 1970), en la estación de ferrocarril de Dublín, perdí mucho dinero jugando contra una mujer que estaba vestida como una campesina y tenía una habilidad maléfica con las manos. Se ponía un botón negro en la mano derecha y cuando abría los dedos lo tenía en la mano izquierda. Los puños cerrados sobre una valija de cartón que apoyaba sobre las rodillas; la gente formaba un círculo en silencio a su alrededor. Empecé a apostar porque estaba aburrido. La mujer miraba hacia el pasillo de la izquierda, de vez en cuando, porque temía ver aparecer a un policía. Después cerraba los dedos. La mano izquierda o la mano derecha. Yo perdía una y otra vez. Un botón negro, de nácar, con tres agujeros en el centro. Volví a apostar y perdí. Doblé la apuesta y perdí otra vez. La mujer abría los dedos, me mostraba la piel oscura de la palma de las manos, el círculo negro siempre del otro lado. Volvía a jugar y volvía a perder y seguí jugando hasta que ella fingió que llegaba la policía y se perdió entre la gente. Me quedé sentado en ese banco de madera, en la estación de ferrocarril de Dublín, frío y lúcido, con ganas de seguir jugando, sin animarme a contar el dinero que había perdido.

Algunos detalles quedaban detenidos en el recuerdo como una puerta que no lleva a ningún lado. Alguien había escrito con letras rojas: Fragile. To Liverpool. Un joven con una mancha color borravino, de nacimiento, en la mejilla, trataba de esconder ese lado de la cara. Tenía una mirada huidiza y se reía con una mueca de satisfacción cada vez que la mujer hacía aparecer el botón negro en la mano equivocada.

Empecé a trabajar con series de acontecimientos, con el concepto de serie, con el concepto de serialización. Me interesaban sobre todo las descripciones laterales, los detalles sin importancia que había anotado al narrar cualquier situación. Por ejemplo la tela de araña que cubría un agujero microscópico en el zócalo del galpón donde yo esperaba tirado en una colchoneta que me llevaran al ejército. Tomaba pequeños núcleos, acciones insignificantes. La descripción del color de una pared. Todas las descripciones del color de una pared. Empecé a trabajar con el ordenator. Escribía: Dublín. Escribía: Juegos de azar. Veía aparecer lo que había escrito durante años; situaciones perdidas, historias olvidadas, como si tuviera frente a mí una máquina biográfica. Trabajaba con segmentos combinados y divisiones cada vez más pequeñas de mi vida. Construía secuencias largas, de diez o doce años, y trataba de reducirlas a una serie mínima de datos. Pero las series remitían unas a otras y la cadena parecía no tener fin. Si tomaba un acontecimiento y seguía su rastro encontraba una cantidad casi infinita de variantes y ramificaciones. La red crecía, todos los hechos parecían tener un rasgo común. De ese modo descubrí la repetición. Los hechos se repetían. Los mismos acontecimientos aparecían una y otra vez. Pero ¿en qué orden? ¿A partir de qué lógica? Empecé a buscar la explicación. Los cuadernos se convirtieron en un jeroglífico. Había un

lenguaje secreto escondido entre las palabras. Pasaba horas frente a la pantalla del ordenator.

Para descifrar un enigma hay dos alternativas: la acumulación infinita de datos diferentes o la utilización infinita de un mismo dato. Se puede tomar una serie, cualquier serie, y ver cómo se transforma y reaparece y se reproduce. O tomar un hecho, una partícula insignificante de vida (un botón negro, de nácar), y seguir su recorrido invisible en la multiplicación de los días. Un hecho, una serie: ¿en qué punto construir la relación? Por ejemplo: mi hermana. A veces dice que se llama Erika Turner (se llama Maggie Stevensen). En todos lados escribe ese nombre. Practica la filosofía como un arte del seudónimo. Una tarde, en el hospicio irlandés donde iba a morir mi padre (y el padre de ella), mi hermana dijo que los borrachos bebían en realidad porque buscaban ser encerrados en un manicomio en las afueras de Dublín. Buscan extinguirse, dijo mi hermana, en la más completa pasividad maníaca, envueltos en una frazada del ejército, de cara a los vidrios empañados de la ventana. Lo dijo delante de mi padre, que nos miró con sus ojitos de zorro y después se sonrió. Cuando éramos chicos desarmaba los relojes y con los engranajes nos construía máquinas diminutas que no servían para nada pero que funcionaban toda la vida. Y ahora estaba internado en un hospicio, en Dublín. Por mi parte había estado tres veces en Dublín. La primera encontré a la mujer vestida como una campesina en la estación de trenes; la tercera fui a visitar a mi padre; la segunda, un amigo de la infancia, que había hecho conmigo toda la escuela, me invitó a su casa y nos quedamos conversando hasta el amanecer. Su mujer era hosca y callada y enseguida se fue a dormir y nos dejó solos en el living tomando cerveza negra. Mi mujer desapareció durante tres días de mi casa, en 1978 o 1979, me empezó a contar mi amigo. No me quiso decir dónde había estado. Me dijo que si yo

le hacía otras preguntas relativas a su viaje a Francia, desaparecía inmediatamente de mi vida para siempre. Cuando regresó se metió en la pieza y empezó a jugar con nuestra hija de dos años, que se calmó instantáneamente al verla entrar pese a que se había pasado dos noches y dos días llorando casi sin parar. Nunca supe qué había hecho mi mujer en esos días en Francia y a veces me sucede que me despierto sorprendido en medio de la noche y la veo sentada en un sillón, fumando en la oscuridad, de cara a la ventana, entonando con su voz imperceptible una canción italiana.

Dublín, Irlanda: mi padre, la mujer de la estación, las canciones italianas. Los vidrios empañados de la ventana, la frazada del ejército con una franja amarilla sobre la tela gris. La repetición. Avanzaba lentamente, a ciegas. Había una salida pero tardé en encontrarla. Di vueltas, durante días, hasta que una tarde se me ocurrió que también tenía que tener en cuenta el modo en que los acontecimientos estaban escritos. La forma en que había sido narrada mi vida, el estilo de las notas. Entonces, de a poco, todo se empezó a aclarar. Una mañana, después de casi veinte horas de trabajo, con una sencillez extraordinaria comprendí algo esencial: no era necesario regresar al pasado. Las repeticiones se producían invariablemente. Pero había que invertir el orden. Avanzar desde el presente hacia el porvenir. El Diario debía ser leído como un oráculo. Todo estaba claro. Ahora solo tenía que probar lo que había descubierto. Iba a tomar un acontecimiento y escribir sus efectos como si estuviera narrando algo sucedido el día anterior. Busqué un hecho trivial. Me acuerdo de que era el 26 de marzo, había pasado unos días en París y había vuelto, el día anterior, en el tren de las 17.20 que llega a Saint-Nazaire a las 21.03. En el compartimiento una mujer había ocupado el asiento que yo tenía reservado. Era rubia, de ojos lívidos, y me

senté frente a ella en un lugar vacío. Al rato subió una vieja muy amable que se empezó a quejar por el precio del pasaje. La habían estafado, le habían cobrado dos veces el mismo viaje. Nos mostraba el billete y sonreía y parecía un poco loca. Iba a Saint-Nazaire a visitar a su hijo, pero nadie la esperaba. Quería darle una sorpresa, le había comprado un kilo y medio de naranjas. La muchacha me miró como buscando ayuda y yo intervine en la conversación. La vieja repitió la letanía: la habían estafado, iba a visitar a su hijo, que no la esperaba. Al rato me aburrí y me puse a leer. La muchacha tranquilizaba con dulzura a la mujer, que ahora se quejaba de su hijo. Cuando el tren llegó a Saint-Nazaire las ayudé a bajar y después vi a la muchacha y a la anciana que iban juntas hacia la fila de los taxis.

Una situación trivial. Alguien conocido circunstancialmente en un viaje en tren. Una mujer cualquiera. Rubia, ojos lívidos, casi una desconocida. Podía empezar con ella. Tomarla como objeto de mi investigación. Di algunas vueltas por la casa para tranquilizarme. En el aire, por la ventana, se oía el sonido siniestro, metálico, del viento que venía del Loire. Me senté a la mesa, abrí el cuaderno y empecé a escribir.

27 de marzo. Entro en el bar que está frente al mercado. Dos hombres discuten en la barra. Busco un lugar cerca de la puerta y pido un rouge. Hay una extraña quietud, como si todos en todos lados se hubieran quedado callados. En medio del silencio se abre la puerta y entra la muchacha rubia con la que viajé en el tren desde París. Mira hacia un costado, sonríe, no me reconoce. En el reloj son las cinco menos diez.

Eso fue todo. Dejé de escribir y cerré el cuaderno. Eran casi las cuatro. Tenía una sensación de ardor en los ojos. Pensé: Lo que va a suceder, sucede. Pensé: Me arden los ojos. Pensé: Todo es ridículo. Fui al baño. Metí la cabeza bajo la ducha. El

frío del agua me dio sueño. Me tiré boca arriba, vestido, en la cama y durante un instante soñé que nadaba en el mar abierto. Instantáneamente me desperté. Eran las 4.10. Bajé a la ciudad. Estaba nervioso. La gente se movía en la calle, lejos de mí. Hice tiempo en la plaza frente a la Mairie. Conté las baldosas azules de la vereda: eran doce. Entonces me decidí.

Cuando entré en el bar eran las cinco menos cuarto. Busqué una mesa cerca de la ventana y pedí un rouge. Me pareció que afuera había empezado a lloviznar. Dos hombres discutían sentados en la barra. Los ruidos se fueron apagando, como si todos se hubieran quedado callados. La puerta de vidrio se abrió y la muchacha rubia con la que viajé en el tren desde París entró en el bar. Miró hacia un costado, sonrió, no me reconoció. En el reloj, eran las cinco menos diez.

Stevensen levantó la cara, me sonrió. Llevábamos varias horas en ese restaurante sobre la playa, cerca de La Baule. Era a fines de mayo. Alguien cavaba en la arena húmeda con un cuchillo y desenterraba una lámina de metal que brillaba en el declive que había dejado la marea al retirarse.

–La muchacha estaba ahí –dijo Stevensen–, usted es el único que me puede entender. Venga conmigo, quiero mostrarle algo.

Subimos al auto y volvimos a Saint-Nazaire sin hablar. Dos fantasmas por el camino de la costa, a más de cien kilómetros por hora. Fue el jueves 26 de mayo de 1988.

Stevensen había alquilado dos cuartos en el Hotel de la République, independientes pero comunicados con una puerta disimulada por un espejo. Al abrirla se veía que los dos cuartos eran iguales. En uno Stevensen había instalado el ordenator. Las letras verdes brillaban en la pantalla como insectos. En las paredes había planos y diagramas y fotocopias de las páginas del Diario. Sobre la cama y en la cómoda y sobre las sillas se

veían pilas de cuadernos con el número de serie y el año escritos en un círculo de papel pegado sobre las tapas de hule negro. El otro cuarto estaba limpio y ordenado y parecía vacío y sin vida como todos los cuartos de hotel. El espejo de la pared reflejaba la luz de la ventana. Bastaba abrir esa puerta falsa, trabada con un candado microscópico, escondido en una moldura cerca del piso, para entrar en el laboratorio de Stephen Stevensen.

–Lo que yo escribo puede suceder, ¿se da cuenta? –Tenía un brillo claro en los ojos–. Por ejemplo, una mujer en la carretera París-Nantes, acaba de pasar la noche con un desconocido. Viaja sola, en la mano izquierda tiene un guante de cuero, con el pequeño botón desabrochado sobre la muñeca. Llovizna en el camino y empieza a amanecer. ¿Por qué no lee el OcéanOuest de pasado mañana? –Se sonrió con sus dientitos de gato–. Hay un poder, ¿no es verdad? El poder de la ilusión.

Empezó a hablar, a mostrarme fichas, diagramas. Estaba loco. Ya no me acuerdo de cómo salí del hotel. Afuera llovía, era medianoche y recuerdo que me tranquilizó ver la silueta del puerto al costado del Building cuando el taxi entró en el bulevar René Coty. Todo era absurdo. Me miré la cara en el espejo del ascensor y pensé que todo era absurdo. Cuando bajé al pasillo, en el décimo piso, empecé a oír el timbre del teléfono que sonaba en el departamento. Abrí la puerta y entré en la casa, sigiloso en medio de la noche, como un ladrón, seguro de que era Stevensen quien me estaba buscando. Un barco navegaba en silencio, igual que una sombra, por los cristales de la ventana. Inmóvil en medio del living dejé que el teléfono sonara hasta el final. Después me senté en el sillón, en la oscuridad. El barco se deslizaba por el canal, bajo el puente levadizo, un marinero, en la proa, con una linterna sorda, alumbraba los muelles. El teléfono volvió a sonar. Me levanté y

fui a la cocina. Iba a prepararme un café. En el placard donde se guardan las tazas y los platos, en un estante vacío, arriba, sobre la derecha, medio escondidos, encontré revistas y papeles. Nunca los había visto, creo. El teléfono había dejado de sonar. Solo se oía, en la noche, el rumor sombrío del viento, como si en el aire se agitaran largas telas húmedas. Había diarios y revistas viejos de meses y un dossier de la Maison des écrivains étrangers et de traducteurs con noticias y fotos de los escritores que habían estado antes (Sørensen, Giuseppe Conte, Miguel de Francisco). En un sobre, entre los periódicos y las carpetas, descubrí la serie de papeles que me estaban destinados. Lo dejé sobre la mesa de la cocina. Era un sobre común, de papel madera, cerrado con cinta scotch, sin inscripción ninguna, solo un número escrito en un borde, con lápiz rojo (el número dos, como si fuera una copia, como si en otro lado hubiera un primer sobre). Lo abrí con un cuchillo. Encontré, naturalmente, varias páginas del Diario de Stevensen, escritas la semana anterior de mi llegada a SaintNazaire. Volví a encender todas las luces, me serví un whisky, me senté en el sillón contra la ventana y me puse a leer.

En las primeras anotaciones Stevensen se movía a ciegas. No conocía mi nombre. Me llamaba «el argentino». O simplemente me llamaba «Él». De a poco los borradores se iban haciendo más precisos. Stevensen escribió con increíble seguridad. Era una ventaja haber vivido en la misma casa donde yo estaba viviendo. Podía imaginar mis desplazamientos, mis hábitos. Lentamente empezó a anticipar mis movimientos. El Diario podía haber sido escrito por mí.

Vamos a comer pescado, a un restaurante del puerto, del otro lado del puente. Al llegar, está sentado en una mesa del costado, vestido con un abrigo azul, toma Blanc-Cassis y no me reconoce al verme entrar. Nada de lo que diga me puede sorprender. Ha encontrado mis rastros en la casa: el mapa de Copenhague, mis recorridos por la Vertesbrogade Street. El pasado es una señal en el mapa de una ciudad en la que nunca hemos estado.

2

En Buenos Aires lo despidió la mujer de un amigo. Tal vez podría encontrarse con ella en París. Vivió algunos días en el Hotel Aligator, en el 38, rue Delambre. Salía a caminar solo, pasaba horas en el café Cluny, escribía una historia autobiográfica.

3

La primera noche que pasa en Saint-Nazaire habla por teléfono con una mujer. Le dice que está en Austria, que se vuelve a Buenos Aires, que la ha estado esperando en París, en el café Cluny, tres días seguidos. La mujer se ríe, no puede creer que él se haya ido a Austria. Es un lugar infecto, le dice, solo poblado de canallas y antiguos nazis. Hay que vivir en Holanda o en Túnez, dice la mujer. Después lo cita en el café Cluny. Pero no sé si podré ir, le dice ahora, como sabes estoy loca. Encerrada en una prisión psiquiátrica en la Selva Negra. Soy la lejana sobrina de Nietzsche. La última sobrina argentina de Nietzsche. Me llamo Lucía Nietzsche. Él trata de calmarla. La mujer le pregunta cuánto tiempo se va a quedar en Austria.

Él le contesta con evasivas. Después lo llamo por teléfono, lo invito a almorzar.

Cuando terminé de leer el sol estaba alto. Me ardían los ojos. Metí la cabeza bajo la ducha. No podía pensar. Me tiré boca arriba en la cama, vestido. Me quedé dormido y soñé que había vuelto a Buenos Aires. Cuando desperté eran casi las dos de la tarde. Sonaba el teléfono. Era Lucía. Quería saber si podía verla en París. ¿Podíamos encontrarnos en el café Cluny? Me había escrito una carta.

Yo no tenía nada que decir. Solo quería hablar con Stevensen. Un barco griego entraba en el canal. Pedí un taxi por teléfono y fui hasta el hotel. Por supuesto Stevensen se había ido.

–Viajó imprevistamente a Londres –me dijo el conserje–. Anoche recibió una llamada de su hermana, la señora Erika Turner.

Parecía un poco sordo y se inclinaba sobre el mostrador para oírme cada vez que yo le hablaba. Me acerqué hasta tocarle la cara y le di no sé qué explicación y le pasé un billete de cincuenta francos doblado en cuatro y el tipo me dejó subir a los cuartos de Stevensen, en los altos del hotel.

En la primera de las dos habitaciones la cama estaba intacta y todo estaba inmóvil y en su lugar como si jamás hubiera vivido nadie. El otro cuarto estaba medio vacío, con la puerta del espejo abierta de par en par. Stevensen se había llevado los cuadernos y los diagramas con las series de su vida. Pero había dejado el ordenator. Las letras verdes brillaban en la pantalla como insectos:

«Cuando cae la tarde paseo por la costa; la luz es clara, como si el viento se llevara las sombras muertas del aire. Estoy

aquí, en Saint-Nazaire, porque quiero conocer el final de mi vida.»

Me acerqué a la máquina y busqué el cable en el piso y desenchufé. Las letras vibraron un momento en el vacío antes de desaparecer. Un punto de luz se mantuvo interminablemente en el centro de la pantalla, como un faro minúsculo alumbrando la oscuridad del mar.

Después, no quedó nada.

POSDATA: Al día siguiente viajé a Londres y me perdí en ese laberinto rojo y no encontré rastros de Stephen. Tiempo después conocí los escritos que ahora incluyo y que fueron publicados por la revista Granta en el número de homenaje a Stevensen, en diciembre de 1988, con el título de A Personal Dictionary. Son restos de sus Diarios ordenados alfabéticamente y muchos de los materiales que he citado no están en esta versión. Parecen ser lo único que ha sobrevivido de sus experimentos personales, ¿qué ha pasado con el resto? Tal vez las páginas que siguen son la respuesta; están ligadas a la memoria de los hechos que he escrito y la traducción del inglés me pertenece (así como el título, que expresa mi opinión sobre el autor).

DIARIO DE UN LOCO

Autor. Escribe de noche el registro detallado de la vida de un hombre. // No hay nada peor que estar encerrado en una pieza de hotel. Timbres lejanos, mucamas con piernas de seda, un roce de cristal en el húmedo cruce de los muslos. // Nadie puede decir nada sobre sí mismo, pero sobre otro es posible, quizá, en ciertas condiciones «particulares», prever (y adivinar), como quien descifra su propio destino, el nudo que ata el sentido. // Desvelado, desde la ventana de una pieza de hotel, el que acecha ve, en la noche cerrada, la luz que ilumina fugazmente, abajo, en el jardín, la mano blanca del que ha venido por él.

Aventura. El argentino ha entrado subrepticiamente en la Maison des écrivains étrangers et traducteurs y, al cerrar la puerta y enfrentar el amplio ventanal que da a los muelles, oye sonar el teléfono, en el rincón más remoto del cuarto. Un timbre en el silencio de la noche. Tarda por supuesto en contestar, vacila y al fin se guía por el resplandor de las luces del puerto. Es Erika Turner. Ella, dice, lo ha buscado por propia iniciativa, preocupada por la situación de su hermano, que está enfermo (atacado) de los nervios, cada vez más raído y más violento y ausente (un clochard, un linyera). // El argentino (con su irrupción) no ha hecho más que interrumpir una serie secreta. Ahora quiere actuar, es decir, quiere ampliar el campo donde va a ser observado. De inmediato reserva una habitación en el hotel donde vive Erika y viaja en tren a París.

Ben Juslin. Los científicos construyen en el laboratorio situaciones artificiales. Lo que llaman: «el caso falso», un hecho producido y estudiado, bajo condiciones controladas. Los

«experimentos» solo tienen la forma externa de una experiencia espontánea, pero ningún azar (porque han sido aislados de toda conexión viva). La lógica pura del acontecimiento construido trasladada directamente a la vida produce resultados terribles. // Pavlov experimentaba con un perro pero pensaba en las masas rusas y trabajaba para Stalin. Era el filósofo de Stalin, su consultor moral: Stalin, por su parte, consideraba al pueblo ruso fiel como un perro y experimentaba con las poblaciones rurales. Grandes masas de campesinos eran desalojadas de la tierra de sus antepasados y enviadas a territorios olvidados. Ejercía así el derecho a crear al nuevo hombre soviético, según el principio científico de que nadie debe estar atado a ninguna propiedad. Los policías llevaban estadísticas exactas de la evolución y de la conciencia moral de los héroes rusos (que morían como moscas). Las pruebas de Pavlov eran versiones microscópicas de las grandes empresas que el Estado ruso estaba llevando a cabo en las estepas del Asia central. // Los celos son un ejemplo de experimento artificial sobre los sentimientos y su lógica. Tienen la virtud de exasperar la percepción y permiten ver con gran atención signos mínimos y sentidos múltiples, pequeñas muecas en la serie doméstica. El pañuelo de Desdémona, la prueba que esgrime Yago, no es una liga abandonada por la mujer. Es un objeto potencial, de lo contrario no haría falta elaborar hipótesis. Una bombacha, un corpiño, una liga, hubieran sido evidencias de la infidelidad de la mujer, pero un pañuelo (blanco en la ceguera de Otelo) en cambio exige y provoca la duda, es decir, la tragedia. El pañuelo, signo de la inocencia perdida, exige una serie de crímenes para construir la evidencia. // En el laboratorio se trabaja con el tejido blanco del pañuelo de Desdémona, objetos aislados que cambian de función. // Mientras su hermana trabaja con largas series de

hechos fijos en la memoria colectiva (proverbios), él ensaya la dimensión microscópica, funda una ciencia de lo individual. Se toma como campo de prácticas o de maniobras militares y recuerda al investigador africano Ben Juslin, que se aplicó a sí mismo las primeras vacunas experimentales contra el cólera y murió de cólera (y así lograron descubrir, analizando su cuerpo, el antídoto). ¿El antídoto de qué (en este caso)?

Caso. Del latín casus: caído/caída. Se relaciona con acontecer/acaecer: del latín ad-cadere: caer o morir cerca de otro. ¿Cerca de quién? ¿Ha caído? Como quien dice: lo hice caer. // Caso policial. Un hombre ocupa el lugar de otro y comete en su nombre los crímenes. Luego vuelve a su estado inicial (a su personalidad perdida), abandona su vida prestada y vive el resto de su vida como quien es. (Crimen perfecto.) // Por ejemplo: el asesino invade la vida de un oscuro literato sudamericano, el angloargentino Somerset Porlock, y puede, si es él, matarlo y casarse con su hermana. Ella sabe que él no es él, pero duda, porque no puede imaginar que sea posible una superchería tan extravagante (por amor).

Celos. El argentino baja del tren en la Gare de Lyon y va hacia Erika (tiene una cita). Encuentra a una conocida por azar en el subte, tienen una conversación amable y nerviosa. Está, le dice, de paso, hacia Florencia. La mujer quiere cenar con él esa noche, el argentino baja precipitado en Pigalle y se pierde en los corredores blancos. En situaciones de extrema tensión ha pensado que una coincidencia puede ser el anuncio de una catástrofe.

Deducción. Conoce a un científico, que obtuvo en su juventud el preciado premio Fermi de Física y vivió en París y

trabajó en el laboratorio de Heidelberg y que ahora está internado en un hospicio como enfermo ambulatorio. Sale a veces del hospital y vive como un linyera en una plaza cerca de Brighton Rock y se pasea vestido con un largo guardapolvo blanco y un cartel escrito a mano en el que ha escrito: Dr. F. Gabor. Matemático. Se dan clases de física teórica y de álgebra (puedo resolver por un plato de lentejas el teorema de Fermat). Duerme en el banco de una plaza en el centro de la City, tapado con diarios y con un nylon negro, y cada tanto vuelve al hospicio y se interna durante dos o tres semanas. Pasa el día haciendo cálculos y resolviendo ecuaciones y a veces lo rodean sus discípulos: otros linyeras del barrio que creen ciegamente en él y que escuchan con extrema (y asombrada) atención sus lecciones sobre las conjeturas del último matemático japonés (el Dr. Yutaka Taniyama, suicida) sobre las curvas elípticas (ecuaciones cúbicas). Los otros crotos toman notas, afirman, hacen comentarios y se refieren con desprecio a la lógica posaristotélica, a la teoría de los tipos de Russell («Son supercherías», dice un viejo con su boca desdentada). // F. Gabor ha sido expulsado del National Research Council y ahora es un exlógico y un exmatemático. Toda su «locura» consiste en una distorsión simple y difícil de curar: dice que ha descubierto un nuevo orden en la serie de los números ordinarios; una pequeña perturbación en la continuidad del universo que nadie parece haber percibido hasta entonces. Una noche (la noche del 24 de septiembre de 1987) se despertó y tuvo frente a sí («como una luz») una red a la vez novedosa e interminable de secuencias conceptuales alteradas. En la plaza, al aire libre, rodeado de un grupo de vagabundos y de curiosos, anotó las doce cifras en una pequeña pizarra clavada en un árbol y empezó a dictar su seminario de los miércoles. Trata de probar su nueva hipótesis (a la vez elegante y extremadamente

incierta) basada en un pequeño matiz de la verdad, muy difícil de sostener. (Es, dice a veces, como una mariposa blanca que vuela a ciegas en medio de una tormenta de nieve.) Mientras afirma que sus teorías se adecuan a las reglas universales del sistema matemático, sostiene que dos más dos son cinco. Por supuesto se mueve en un mundo donde es necesario saber contar de acuerdo con las reglas aceptadas por la tradición pero no quiere (ni puede) olvidar su postulado de un sistema decimal basado no en el error (conoce perfectamente la historia de la lógica y sabe lo que significa el número cuatro), sino en la convicción de que su ecuación permite conciliar (en el aletear inmóvil de la mariposa perdida en la blancura de la nieve) su postulado con la ecuación de Fermat. La única posibilidad para Gabor (y para el bien de sus discípulos) es que pueda inventar un teorema que demuestre que, en algunos casos, cuatro y cinco son sinónimos. Gabor lo llama el teorema ambulatorio y ha escrito decenas de cuadernos con cálculos y series de números que terminan siempre en la misma mariposa muerta. Cuando está exhausto (cuando es atacado por lo que llama el surmenage) junta sus papeles y sus notas, se despide de sus discípulos y se presenta en el hospicio donde es reincorporado y encerrado con el resto de los locos.

Destino. Erika vive ahora precariamente en un hotel en el X Arrondisement, con las valijas hechas y los archivos de su investigación microfilmados porque ha aceptado una propuesta de Princeton University para enseñar en los Estados Unidos a partir de septiembre. Quiere desaparecer en la quietud artificial de los nuevos monasterios medievales, encerrarse para siempre en una biblioteca interminable y perfecta. Imagina que siempre puede volver a Londres, donde tiene su casa y una mujer que le cuida el perro y le riega las plantas. Imagina, Erika, que

mantener su casa lista para volver es una prueba de libertad y de autocontrol. Quiere vivir dos vidas. Una posible en Londres y otra real en Princeton. Lo llama tener dos destinos, ser dos. Vive en París y piensa en Princeton, pero mantiene su casa en Londres. Si viviera en Londres pensaría en París y mantendría una casa en Princeton (234 South Stanworth Drive). En realidad, está huyendo de su hermano Steve y busca un laboratorio para investigar con calma su teoría de los dichos.

Diario. Las notas más antiguas son de marzo del 57. Una mudanza, en medio de la noche. Un camión cargado con muebles, la casa desmantelada. Van por la ruta, en la llanura vacía, hacia una ciudad balnearia (igual a esta). // Un chimango con los espolones hacia adelante como garfios, casi sentado en el aire, atrapa, con su vuelo rasante, a un cuis que chilla y se lo lleva con un aletear lento y profundo. Durante un instante todavía oigo los chillidos del cuis y luego no hay otra cosa que el murmullo del aire. // Se detienen a mediodía en un bosquecito, el perro da vueltas por el campo. Su padre dice: «Ves, en este pozo un croto ha hecho un fueguito», toca las cenizas con el revés de la mano. Él anota en su cuaderno de tapa negra, sentado en los yuyos, la espalda contra un ombú. «Salimos a la madrugada, furtivos, avergonzados. Había una luz encendida en la cocina del yugoslavo, del otro lado de la calle Bynon. No duerme nunca, vigila y mañana dirá que escapamos como ladgrones peronistas.» Alza (él) la cara del cuaderno donde escribe y a lo lejos, como un punto oscuro en la inmensa claridad, ve moverse la remota figura del linyera que avanza a pie por el desierto hacia otro bosquecito donde prender un fuego para hacer mate. Ese acontecimiento mínimo (y la palabra de su padre) vuelve a su memoria varias veces a lo largo de su vida, durante años, sin relación con nada que esté

sucediendo en el presente, nítido en el recuerdo, inesperado, como si fuera un mensaje cifrado que escondiera un sentido personal.

Diccionario. Su hermana dice que es un catecismo, una guía mística; dice que su hermano es un turista que abre un mapa, en una estación desconocida, y busca cómo orientarse en un país extranjero. // También dice que esa lengua lejana es la suya y la escribe porque la está perdiendo y quiere fijar el sentido antes de caer en la melancolía. // Es un catálogo del saber microscópico de un náufrago, que se aferra a las palabras antes de hundirse definitivamente en la locura. // Imagina que este pequeño libro es un compendio a partir del cual será posible volver a empezar (alguien en el futuro puede combinar las palabras y obtener la historia completa de una vida o varias historias posibles de una misma vida repetida en distintos registros). // El primer diccionario conocido es de 1312. Samuel Johnson compara el diccionario con un reloj: un engranaje que clasifica las palabras, como el reloj clasifica el tiempo. (Practica el arte de clasificar la experiencia.)

Dicho. Aforismo, proverbio, refrán. // Imagen que persiste en el habla como la huella de un acontecimiento perdido. Erika dice y luego escribe, en un bloc, con su letra nerviosa, ante sus admirados discípulos, por ejemplo, en inglés: «Appearances are deceiving.» Debemos partir de ahí y reconstruir las condiciones materiales en las que se produjo la frase. ¿Quién ha pensado así por primera vez? Mejor: ¿quién ha concluido de ese modo un relato, por primera vez? (Se pasea por el frente del salón, repite sus preguntas retóricas.) ¿En qué lengua lo ha dicho? ¿Ha sido, por ejemplo, un joven cazador Swrek, en la tundra, que al abrir apenas, con una vara, la maleza descubre, en lo que era el

humo lejano de una fogata, el rayo azul del agua reflejada en el aire cristalino? La ilusión óptica, el espejismo, «los aparecidos» pueblan el mundo. (Los guerreros Swrek combaten la noche entera, en una danza circular, con sus lanzas en ristre, a los visibles espíritus del mal.) // Un estudioso del lenguaje solo debe creer en lo que a simple vista no se ve. La mirada del cazador solitario que rastrea en la costra reseca de la estepa la pisada liviana del fénix. Ella reconstruye en su oficina de Firestone Library (como quien observa en el microscopio la escama ínfima de una especie prehistórica) hechos reales que ninguna crónica registra; escenas de la vida cotidiana que se han perdido. Ustedes deben ver en esos dichos, dice, las ruinas de un relato perdido; en el proverbio persiste una historia contada y vuelta a contar durante siglos. En el tercer piso, luego de subir una escalera de piedra, en el área tres, en la zona de estudios de semiótica, está la oficina con su nombre grabado en una tarjeta blanca al costado de la puerta (Erika Turner).

Difracción. Forma que adquiere la vida al ser narrada en un diario personal. // En óptica: Fenómeno característico de las propiedades ondulatorias de la materia. La primera referencia a la difracción aparece en los trabajos de Leonardo da Vinci. Según su observación de la laguna dei Fiore bajo el sol del mediodía, la luz, al entrar en el agua, se extiende imprecisa y su resplandor ondula en un sistema concéntrico de anillos claros y oscuros, hasta el lecho barroso. No es una ilusión óptica, es un milagro. // Los días se suceden y se pierden en la claridad de la infancia y el sol alumbra apenas los recuerdos. En medio del cañaveral, al fondo, tirado boca abajo, a ras de tierra (cuando tenía diez años), había descubierto un hormiguero abierto (a flor de tierra). La frescura del agua y la sombra de las cañas engañó a las obreras que cavaron los túneles al aire libre.

Pequeñas celdas y recintos circulares y largos senderos que se internaban hasta el borde del arroyo cobijaban una multitud de hormigas blancas. Tenían el color del aire, eran albinas, diminutas como granos de sal, insectos pálidos y frágiles, una raza nueva que había surgido al amparo de las sombras. (¿Cuánto tiempo había tardado en producirse esa mutación? Seguro había comenzado muchísimo antes de haber nacido nadie en la casa e incluso antes de que sus abuelos compraran la casa con el cañaveral al fondo, que había servido de refugio y de ambiente artificial para que cavaran túneles en la superficie.) Jamás reveló a nadie el secreto. Se deslizaba por el hueco entre las cañas y pasaba las horas observando la nerviosa blancura casi invisible de las fantasmales figuras que con sus pálidas mandíbulas arrastraban troncos y flores. Otros animales no había, como si las hormigas blancas hubieran logrado aislarse en un continente perdido.

Experiencia. Los jóvenes matemáticos, dijo Erika, como los poetas y los ajedrecistas y los músicos, hacen sus grandes obras y sus grandes descubrimientos antes de los veinte años, luego envejecen y son conservados en el museo o se destruyen como una llama que arde un instante y muere. // Empezó a dar nombres: Einstein, Gödel, Keats, Capablanca, Mozart, Rimbaud son siempre niños un poco monstruosos y siniestros. Fenómenos de feria. Existe, dijo, una galería de freaks en el universo intelectual. Ellos poseen el genio de la forma y captan con un solo golpe de vista grandes estructuras y las fijan en un punto porque carecen de experiencia. Tienen una capacidad inhumana de concentración porque no tienen pasiones. Son geniales porque son infantiles, es decir, porque son inexpertos. A medida que viven pierden el poder de abstracción. Son vírgenes, son célibes, son animales raros, crecen en condiciones

excepcionales, aislados del mundo por el muro de vidrio de la muerte emocional, como peces nadan en el acuario, flotan en un lenguaje abstracto, personal, los signos son el único aire que respiran. // Pronto los cultivarán como a animales raros, en el monasterio de los campus universitarios, alejados del contacto con la vida. // El genio depende de la inexperiencia, dijo Erika, y luego encendió un cigarrillo y se rectificó, el genio es la inexperiencia.

Fábula. Al visitar hace un tiempo a su hermana en su oficina oye, encantado, uno de sus cuentos morales. Una mujer pelirroja está sentada al fresco en el patio de tierra de su casa, en las afueras de Dublín. Ha llovido toda la noche y el sol despunta apenas. Su marido tira agua de una bomba y baldea el patio. Ella dice entonces: «Sobre llovido, mojado» y un vecino que la escucha lo cuenta y se divierte con esa ocurrencia que lentamente recorre un largo camino como síntesis de la sorpresa que siempre depara la repetición. Su hermana trabaja desde hace años en un Estudio sobre el dicho. En verdad trabaja sobre refranes que condensan lecciones de ética popular y busca investigar en archivos y testimonios orales la situación original que dio origen a la moraleja. Ella construye la situación material en la que esa frase ha nacido. Esos dichos son ruinas de relatos perdidos y de escenas reales. Si uno puede reconstruirla, dice, podría conocer la historia de la forma de vida de las clases populares. // Argumentar por el ejemplo es presuponer la existencia de cierta regularidad de la que el ejemplo sería síntesis.

Fermat, Pierre. Matemático francés. Escribió en el margen de un libro del matemático griego Diophante (una mañana de 1738) la propuesta de un teorema perfecto, pero el espacio no

le alcanzó para anotar la solución que había descubierto. «He encontrado una demostración realmente maravillosa, pero este margen es demasiado pequeño para escribirlo», dijo. Durante cuatrocientos años los filósofos y los matemáticos y los físicos (incluido Einstein) dieron vuelta, inútilmente, sobre el enigma sin poder encontrar la respuesta. // El problema es su respuesta, dijo Gabor. Es una teoría del marco, ningún sistema cerrado puede dar cuenta de la verdad, es necesario que exista un espacio perdido en el que no se pueda escribir la respuesta, dice Gabor, un vacío que anule la demostración y la deje pendiente. El teorema tendría que llamarse: «La pendiente», dice Erika, ¿o no se llama «pendiente» el aro de una mujer que espera, altiva, al joven que la desea? ¿O no hay cuentas pendientes y teoremas que esperan siglos para ser resueltos? La respuesta es imposible sin tener en cuenta el modo en que el teorema ha sido planteado, porque es imposible una solución que no incorpore los problemas del margen, del espacio finito y del borde. O sea, dice Gabor, que Fermat mostró al escribir en el margen lo que necesitaba decir. Es preciso buscar la solución en los espacios curvos, en las redes topológicas, en el infinito al que alude el final de la página. // Fermat, adelantándose a Gödel, intentó dar cuenta de la manera que tenemos de percibir la distancia, la magnitud y la situación de los objetos. Anota en otro margen: «La distancia no es perceptible directamente, sino mediante otra cosa, lo que sirve para que la percibamos ha de ser perceptible por sí mismo.» Para Gödel las entidades matemáticas están ligadas a la confusión de nuestra representación, es decir, a la ilusión de un espacio abierto y sin límites en el que desplegar el símil. // Nadie, dice Gabor, estableció la relación entre Fermat y Gödel. Trataba, este francés, de escapar de la prisión de su apellido, dijo Gabor, ningún sistema cerrado puede dar cuenta de la verdad.

Final. Encontrar entonces una forma perfecta que no tenga final, que solo lo anuncie. Una forma circular que remite de un punto a otro de la estructura, un relato lineal que sin embargo funciona como un juego de espejos, o una adivinanza. Una palabra debe remitir a otra, en un orden que preserve, en el fondo secreto del lenguaje, la aspiración a un cierre. (Una experiencia debe remitir a otra, sin jerarquías, sin progresión ni fin.) // Final en todas las acepciones define el corte de una sucesión, la interrupción brusca de una serie. Y esta discontinuidad, este «punto de llegada» aparece asociado a la casualidad o a la desgracia. // En la vida no hay finales salvo bajo la forma de la catástrofe o de la despedida; todo fluye y se encadena y nadie sabe cuál ha sido la última vez (que ha cruzado una puerta). // Se llama final a aquello que no se comprende. ¿Por qué no sigue?

Hermana. Una tarde, años atrás, le avisaron (a su hermana) que debía proteger a una militante del IRA, cobijarla durante una semana porque era intensamente buscada por la inteligencia inglesa. La muchacha tenía ojos claros y una mancha de nacimiento en el costado izquierdo de la cara. Era la jefa militar de la columna norte de Londres (la columna Parnell). Erika notó que al hablar, casi como un gesto natural, tendía a colocarse hacia la izquierda para ocultar su perfil manchado. Llegó acompañada de una lejana amiga de Erika que era la responsable de la seguridad de la organización. Traía una pequeña valija de cuero y se instaló en la pieza del fondo. Abrió uno de los placares y Erika la vio dejar su metralleta Thompson en la parte alta del mueble y le vio las tetas cuando la muchacha se sacó el pulóver que llevaba sobre el pecho desnudo y se puso una camisa liviana. Hacía calor en el cuarto

porque la calefacción funcionaba todo el tiempo. La clandestinidad política siempre la atrajo; vivir una vida secreta, andar por la ciudad con una bomba de plástico en un cochecito con una muñeca como una joven madre que pasea a su bebe. La joven era silenciosa y tranquila, no salía nunca de la pieza, no abría las ventanas, permanecía quieta, alumbrada por la luz artificial. Dos veces se arriesgó a dar una vuelta por el barrio, al atardecer cuando la gente vuelve del trabajo y hay movimiento en la calle; fue vestida con ropa de Erika quizá porque eso le daba la seguridad de que no iba a ser reconocida. En las esquinas, en los quioscos de diarios y en los puestos de correo, estaba su foto y la descripción de la mancha de nacimiento en el costado izquierdo de la cara. Durante las dos semanas que vivió con Erika, intimaron bastante y hablaron horas enteras, solo de política, al principio, y luego de su vida sentimental y de sus proyectos personales. Había tenido varios hombres, pero no podía estar con ellos más de un día porque debía moverse continuamente, de modo que no podía poner en riesgo a la organización por estar enamorada. Eso le daba un aire a la vez cínico y simpático, como alguien que cuenta sus aventuras y piensa que alguna vez, en el futuro, se asentará y formará una familia. Quería tener dos o tres hijos y, por motivos que Erika no llegaba a entender, estaba segura de que sus primeros hijos iban a ser mellizos y pelirrojos. Tenía secretamente el temor de que nacieran con una mancha en la cara y suponía (supuso Erika) que si nacían dos, el riesgo era mínimo o la mancha, repartida en dos caras, sería insignificante. Pensaba también que si los chicos eran pelirrojos la mancha iba a ser parte de su expresión ardiente. Erika pensó que era extraño, pero le encantó la historia y la mujer. La chica era optimista, pensaba que en dos o tres años el IRA habría triunfado; su hermano y su padre estaban presos en una cárcel

inglesa y su madre era una militante clandestina. Por fin una semana después, cuando el peligro había pasado, un contacto vino a buscarla. Erika y la chica, emocionadas, se abrazaron y se miraron a la cara y se besaron. La guerrillera se había olvidado de su mancha en la cara y apoyó la mejilla borravino en la palma de la mano de Erika. La piel era rugosa y suave, como un terciopelo rojo. Erika la miró desde la ventana bajar a la calle y subir a un auto negro con patente de Liverpool. Tres días después un hombre con fuerte acento cockney la llamó por teléfono y le avisó que habían matado a la muchacha cuando resistió un intento de secuestro en el centro de Londres. Había muerto peleando. En un costado del ropero Erika encontró un pañuelo blanco que la muchacha se había dejado, en un borde alguien (tal vez ella, tal vez su madre) había bordado sus iniciales, L. K., con los colores de la república de Irlanda. Erika nunca supo cómo se llamaba la chica pero a veces volvía a ver sus tetitas mientras se sacaba el pulóver por la cabeza para cambiarse de ropa. Esa noche Erika hizo un par de llamadas y a los pocos días abandonó Inglaterra y se fue a París y aceptó el puesto de investigadora en el Institute for Advanced Study de Princeton University que le habían propuesto meses antes. Durante años tuvo el pañuelo de la muchacha como una ofrenda a la injusticia y a la violencia irracional que dominaba la historia de su país. El pañuelo era una suerte de bandera minúscula de la lucha de la muchacha cuyo nombre nunca supo.

Inmóvil. Fijo. Que no cambia. Punto fijo. Fijarse. (1.ª acep.) Mirar. («Al fijarse no la vio.») // Establecerse definitivamente en un lugar. (Ejemplo: «Nació en la misma casa en la que había nacido su madre.») // Quedar fijado a una escena. «Ella dio vuelta apenas su rostro y lo miró con una sonrisa.» (La sonrisa

íntima de la madre que se hace fotografiar por primera vez con su hijo recién nacido en brazos.)

Intriga. Su hermana, en París, se prepara para «rescatarlo» ya que ha desaparecido. Pero es imposible. Se ha perdido en la ciudad. Un clochard. Deambula. Nadie lo puede encontrar. (Al fin lo internan en un hospicio.)

Irlanda. Somos irlandeses, decía su padre, prisioneros de guerra en estas islas. A la noche se reunía con sus amigos en la cocina de su casa a tomar cerveza y a conspirar. Una de las obsesiones de su vida era reclutar a un suicida que aceptara lanzarse sobre la Reina de Inglaterra y matarla. Moriría, de ese modo, el suicida, y al morir entraría como un héroe en la historia de Irlanda. Usar la muerte para hacer algo extraordinario y dejar su nombre grabado en la memoria del pueblo. // Pensaba que podía organizarse una célula del IRA con aspirantes a suicidas reclutados en distintos lugares de Dublín (hay más aspirantes a suicidas en Dublín, improvisaba su padre en un pub de Dublín, que en cualquier otra ciudad de habla inglesa, incluida Boston). No los kamikazes japoneses que iban a la muerte por el honor y otras pavadas por el estilo (eran como colegiales educados esos suicidas japoneses que iban serios hacia la carlinga de los aviones, rígidos como quien camina atado), sino al revés, dos o tres borrachos irlandeses, muertos de risa, que cuando deciden irse al otro lado se cargan con ellos a un par de ingleses, enemigos de la patria. Le había escrito una carta a la dirección clandestina del IRA (y a los principales presos del Ejército Revolucionario Irlandés detenidos en las cárceles inglesas), pero no tuvo respuesta. Esperaba a veces el momento en que la vida hubiera perdido sentido para él, pero ese día no llegaba nunca. Si yo perdiera

las ganas de vivir no sería entonces un irlandés, sería un inglés. Pero si las perdiera, las ganas, o enloquecido pensara que lo mejor es matarme, entonces, dijo, compraría tres kilos de trotyl y medio kilo de dinamita líquida, haría una trenza con hilo sisal y me arrojaría con la bomba atada al elástico de los calzoncillos sobre el escritorio del jefe de policía de Londres y todos volaríamos por el aire como los ángeles el día de la Anunciación. Los irlandeses solo se suicidan a escondidas, dijo, porque son católicos. Y la Santa Madre Iglesia condena el suicidio como un pecado mortal. Miró a su alrededor satisfecho de hablar durante dos minutos sin usar una puteada y luego, con una chispa en sus ojos azules, dijo: incluso, pienso ahora, podríamos reclutar suicidas en cualquier lugar del mundo, voluntarios. Poner avisos en los diarios, en clave, como ponen avisos los tipos de la M2 inglesa cuando reclutan a sus espías, cualquier tipo de cualquier sexo o nacionalidad que haya decidido suicidarse puede ser traído a Dublín (con todos los gastos pagos) a cumplir una misión histórica que lo redime de su acto secreto y lo convierte en un héroe de la gloriosa resistencia antibritánica y en un auténtico celta de pura cepa. Pero tengo que esperar un tiempo (levantó la jarra y tomó otro trago de cerveza negra), porque todavía le gustaban las muchachas y las carreras de galgos y las canciones que cantan los hombres en el pub, a coro, al atardecer, cuando vuelven del trabajo. Me (...) en Dios, dijo, contento, el padre de Erika. Era un blasfemador tan extraordinario y usaba un registro tan variado de insultos soeces que era el único hombre en Dublín a quien le censuraban el lenguaje en los pubs y en los garitos de Irlanda. (...) dijo, me siento orgulloso de tener por lo menos esa (...) manera de ser yo mismo.

Kamikaze. Había comenzado un relato sobre los suicidas japoneses y había realizado una pequeña investigación sobre las cartas que los soldados enviaban a sus padres antes de morir (y esto se ligaba con una historia familiar que no venía al caso contar ahora). // Indecisión: típica conducta suicida. No puede elegir y para librarse de la parálisis que lo «captura» escapa por el camino del crimen. // Muchos criminales matan por esas minucias, viven en el océano de las grandes pasiones y les cuesta abrir una puerta que les permita salir del sótano. X, en un suburbio de Kioto, era martirizado por su mujer y no podía «separarse». Todas las noches pensaba que al día siguiente iba a mudarse, incluso compraba los diarios y recorría la sección de avisos clasificados y marcaba los departamentos disponibles que se adaptaban a sus necesidades. Debía salir con el diario, visitar esos cuartos vacíos, hablar con las porteras, subir las escaleras, elegir el lugar adecuado y luego buscar una cama, comprar una mesa donde instalar sus aparatos de óptica. // X, indeciso nato, obrero mecánico. Preso, dice que «extraña el trabajo». // Marineros y prostitutas son observados desde la torre del Building: veinte pisos sobre el nivel del mar. Desde lo alto, las dársenas son una estampa japonesa. Las hormigas microscópicas se mueven entre los barcos y los depósitos. // Un kamikaze haría volar con un solo vuelo ese paisaje.

Matemático. Gabor abandonó la física teórica a los veintitrés años o, como suele decir con una sonrisa, fue abandonado por ella, igual que alguien que ha perdido a una mujer. Gabor habla de los teóricos como telépatas que pierden su poder. Jóvenes brillantes que a los veinticinco años son inservibles y que sobreviven como zombis hasta su muerte. Existe una agilidad en la juventud que solo conocen los músicos y los matemáticos: la velocidad y la pureza de las formas se gasta con los años y

solo vive en la extrema juventud. A los veinticinco años somos viejos. Einstein vegetó toda su vida como un semiimbécil folclórico dedicado a representar frente a los mass media la figura del sabio cuando todos, y él antes que nadie, sabían que estaba descerebrado. Kurt Gödel construyó su teorema como un relámpago a los veinte años y después no hizo nada más en toda su vida. En realidad las grandes universidades nos reclutan como si fuéramos un grupo de exalcohólicos que tienen que adiestrar a las nuevas generaciones; nos ponen en contacto con jóvenes abstraídos y ambiciosos que inmediatamente nos demuestran que son muchísimo más rápidos que nosotros y piensan con la liviandad y la fijeza con la que una araña teje su tela. El maestro es la mosca que abre paso al mundo helado de las fórmulas perfectas. Como un arqueólogo de sí mismo, es el ejemplo vivo de que alguna vez ha sido posible pensar. (Su otro modelo son los grandes boxeadores del pasado medio atontados por los viejos combates que les enseñan sus mañas a los «juniors».)

Muerte. Todos hablan en voz baja, nadie lo llora. Un hombre demasiado temido. El salón está vacío y el muerto descansa sobre su cama, vestido de negro, tendido sobre la colcha tejida. Han colocado un retrato de Parnell y un verso de Yeats. // Era relojero de profesión y armaba bombas caseras con despertadores de lata y, como un descanso en medio de la lucha clandestina (encerrado en cuartos anónimos de casas de compañeros en los barrios obreros), desarmaba relojes de bolsillos (redondos, con tapa) para construir con sus ínfimas rueditas dentadas máquinas microscópicas (aéreas) que funcionaban eternamente y no servían para nada. // Esfera fija. Círculo celeste, que participa del movimiento diurno (ergo, invisible) de las estrellas. En el centro de la polea, levemente

inclinado, está el eje que articula los engranajes que determinan las variantes de la repetición. // Un reloj: sirve para dividir la experiencia, usa formas fijas (las horas, las letras) y evita entonces el flujo indeciso de los hechos y de los conocimientos. Siempre fallan.

Negación. Hace meses que Erika estudia las formas de doble negación. Es el modo más común de fijar un sentido a la vez directo y paradojal. Cree que ese es el origen de la gramática: aludir a lo que está y a lo que no está al mismo tiempo. Primero se nombran los objetos del mundo, luego se nombra lo que no existe. // Para los Swrek era necesario tener un sentido para cada uno de los dos reyes gemelos que los gobernaban. Allí está la fuente histórica de las formas de ambigüedad y de doble sentido. // Como resto de un acontecimiento remite a la misma insensatez de su forma: primitivamente se dijo en alusión a los locos que cruzaban el desierto, aislados de la manada, cabalgando de a dos, espalda contra espalda en ponies blancos, custodiados por las mujeres y los niños. Los guerreros dormían en los caballos y los locos fueron los primeros, según se dice, en echarse en el piso a descansar con la cabeza en la dirección de la marcha para no extraviarse luego en el desierto infinito. A menudo servían para anunciar la llegada de enemigos cuyo galope era percibido por la oreja pegada a la tierra. // La negación sirvió luego para referirse a los mendigos y a los idiotas que andaban por los caminos y acampaban fuera de las murallas de la ciudad. Por fin terminó por significar la imposibilidad de incluir en una serie a todos los miembros de una especie y fue el punto de partida de los problemas lógicos ligados al infinito y a la teoría de los conjuntos. Remite entonces a un criterio de selección y por lo tanto forma parte de las paradojas de inclusión y de la teoría de los tipos. (La

clase de los que pertenecen a todas las clases, ¿es una clase?) // ¿El diccionario que intenta incluir todo el saber debe incluir una entrada sobre el mismo diccionario?

Porlock. El hombre que llegó de Porlock e interrumpió a Samuel Coleridge mientras escribía el poema Kubla Khan. // Hay que asociar el margen estrecho de Fermat, la imposibilidad de seguir diciendo lo que se conoce, con la irrupción del extraño visitante que corta la creación de Coleridge y le impide continuar el poema que estaba escribiendo. // El prefacio más famoso, quizá, en la historia de la literatura, escrito en 1816 para presentar el gran poema y su composición (A psychological curiosity), introduce a la famosa «person on business from Porlock» que al llegar impide al poeta recordar el poema que había soñado completo la noche anterior (y del que solo sobrevivieron «fourty-five lines»). Para algunos se trata de un desconocido que vive en la zona y viene de un pueblito llamado así; para otros es un tal Somerset Porlock (un elegante hacendado que había estudiado en Oxford y que muere dos años más tarde en un duelo, antes de cumplir los treinta años) el que llega esa mañana del 9 de octubre de 1797 y con su intrusión hace olvidar al poeta la extraordinaria epifanía de la noche anterior. («El poema completo como la más hermosa construcción que se haya imaginado nunca estuvo frente a mí desde la primera hasta la última línea y solo tuve que sentarme a escribirlo como si alguien me lo dictara o mejor como si yo mismo lo estuviera leyendo en una hoja puesta frente a mis ojos y mi pluma no alcanzara a sostener la velocidad de las imágenes poéticas cuando, de golpe, al llegar a la línea fourty-five oí voces y risas y la puerta del cuarto se abrió... y todo se perdió para siempre.») // Teoría de la interrupción. // La obra maestra perdida por culpa de un hecho casual. Nadie ha podido

desde entonces leer o interpretar el «unfinished poem» sin sentir lo que había estado antes, lo que falta, lo que se ha borrado; los atormenta, les impide seguir (igual que a Coleridge). Por lo tanto Porlock es el lector trivial, es el Yago de la literatura. // El argentino irrumpió en Saint-Nazaire e impidió que mi (Psychological and logical and unheilimin) experimento concluyera. Primero irrumpió en la Maison, luego irrumpió en mi laboratorio del Hotel de la République y por fin irrumpió en la vida de mi hermana.

Quiasmo. Forma especular de la repetición. // Figura retórica de tipo sintáctico que consiste en la disposición entrecruzada de los elementos constitutivos de dos sintagmas o de dos proposiciones (o de dos personas) conectadas entre sí. Un ejemplo es el endecasílabo dantesco: Ovidio é il terzo e l'último é Luciano. // La relación entre los dos primeros términos (A-B) es retomada e invertida en los otros dos (B-A). El quiasmo rompe el paralelismo semántico-sintáctico. Más complejo es el llamado «quiasmo grande», basado en el cruce de las proposiciones según el famoso modelo latino siempre citado por Erika como ejemplo de un dicho. Edere oportet ut vivas, non viveres ut edas [Hay que comer para vivir y no vivir para comer.] // Etimología de la letra griega X (qui), en forma de cruz. Marca siempre lo que falta. Fermat es a Erika lo que X es a Porlock. (No hay quiasmo porque falta una mujer.)

Repetición. El destino es la conciencia de sí pero como enemigo. // Ha sucedido antes y volverá suceder (de otra manera). // Igual que en el «incidente» del Kubla Khan existe ahora un vacío (porque sabemos que antes había algo ahí y que ya no hay nada). El porvenir estaba escrito pero Porlock lo ha borrado; después de su visita solo podemos adivinar lo que falta en los rastros borrosos que han quedado vivos en la

blancura de la noche. La parte que ha sobrevivido (los cuarenta y cinco versos) es conocida como una sentencia (en el sentido que mi hermana le da a este término). Es decir, un dicho que encierra una convicción y una condena a muerte. // Un pájaro blanco vuela en círculo y yo estudio sus evoluciones. Se deja llevar por el aire transparente y luego aletea para tomar altura. Es una golondrina y sus ojos como dos puntos rojos están fijos en los lados, no hay objetivo, ni dirección alguna, ella no ve, solo vuela movida por el azar, tiene una ruta secreta escrita en el alma. // Lo que se repite no es lo que se recuerda. Este pensamiento me ocupa el cerebro. No puedo hacer nada. Permanezco sentado de cara a la ventana, las piernas cubiertas con una manta escocesa. La tarde cae. Los pájaros vuelan en el aire quieto. No puedo salir porque temo que al salir suene el teléfono en la pieza vacía.

Reyes. Cuando en la filiación de los guerreros Swrek no eran concebidos dos mellizos se producía una crisis política. Al no existir gemelos no había reyes. Entonces decidían que dos hermanos eran gemelos y los trataban como si fueran idénticos. El inconveniente era que debían decidir cuál pareja de hermanos elegían mientras que en el caso de los gemelos solo debían optar por los más parecidos y ungirlos reyes. // Los siameses gobernaban hasta que uno de los dos moría y entonces eran sucedidos por otros dos mellizos. Había, claro, guerras fratricidas y asesinatos en masa. Pero sobre todo había falsos mellizos, familias que unían hijos de distinto origen para postularlos como gemelos.

Sentencia. Vicenzo Verzeni, condenado a muerte en 1873 por el doble homicidio (per strangolamiento) de las hermanas Conte, es visitado y estudiado por el Dr. Lombroso en su celda

hasta el día de su ejecución. // El psiquiatra italiano realizó mediciones minuciosas de los huesos del cráneo, frente estrecha, poderosos arcos superciliares, y luego registró sus «confesiones». // Antes de ser ejecutado, el condenado Verzeni reza, arrodillado frente a la reja de la celda, y Lombroso anota en su libreta los signos exteriores de la inminencia de la muerte. La mirada que implora a los servidores más bajos de la escala carcelaria, en los que confía ciegamente, porque no puede imaginar la existencia de la escala superior; son ellos quienes expresan el poder abstracto. Ha encanecido por completo; no quiere mirarse en el espejo y se afeita al tacto, de cara a la pared de la celda. Teme ver en su cara la vergüenza de su madre. Lombroso interpreta ese gesto (Criminale cronoci, p. 32) como un acto de camuflaje. Impulso mimético. Ha renovado viejas conductas instintivas y trata de esconderse en las paredes blancas. Su piel también ha empalidecido y parece hecha de tiza (nueve meses sin ver el sol). // Cesare Lombroso renovó su teoría criminológica a partir del estudio de ese caso. Elegir bien la presa, caer sobre ella, la vivisección «cientifique». // La incertidumbre y la inseguridad engendran la nostalgia de otra vida. (Ser otro, ser Verzeni.) El argentino, en la embriagadora confusión de la ciudad nocturna, piensa que es Porlock, el criminal máximo de la literatura inglesa. La decisión siempre postergada.

Sitiada. La muchacha no conocía al hombre con el que se iba a encontrar, pero todo dependía de él. Dos veces revisó el plan, las medidas de seguridad, los gestos de reconocimientos en una cita de control. Desde la recova de la plaza observó el movimiento indiferente de la gente que se movía por las calles desiertas. Habían cortado el tráfico otra vez y las patrullas controlaban la zona. En la bolsa tejida sentía el peso de la

pistola Beretta envuelta en un trapo y esa sensación la mantenía alerta. No estaba asustada. Era más bien un estado de extrema lucidez, como si todo lo que sucedía a su alrededor estuviera conectado con ella. Llevaba documentos a nombre de Molly Moran, estudiante de arquitectura, iba a la catedral a estudiar los arcos y las balaustradas. ¿Quién iba a creerle? Los policías sabían que los reclutaban cada vez más jóvenes. Ella tenía dieciocho y ya era una «histórica». Hija de exiliados, había nacido en Belfast, se había criado en Dublín con su madre. La contraofensiva estratégica había sido lanzada por la dirección del IRA en marzo y ya estaban a principios de octubre. Habían realizado varias acciones de sabotaje pero les costaba pasar a la otra fase. La organización estaba siendo desarticulada en rachas siniestras de caídas y de casas cantadas. La muchacha miró la vereda de la plaza, la salida del subte, las personas moviéndose con expresión atenta, los policías escondidos en la multitud. Sus ojos fotografiaron al instante la explanada vacía y la entrada de la catedral. Miró la hora; eran las tres y diez; se decidió y cruzó la calle. La iglesia estaba semidesierta y helada y ella entró por una de las naves laterales. La luz de los vitrales, la penumbra y el incienso le daban al lugar un aire arcaico. Durante un instante se sintió en paz, como si por fin hubiera dejado de escapar. Había algunos viejos sentados en los bancos de madera, y otros de pie en los pasillos esperando el comienzo de la ceremonia. Unas mujeres habían formado un círculo y sostenían en la mano grandes velas encendidas, hacían promesas, rezaban por sus muertos. Ella vio a un hombre en un costado, oculto junto a un confesionario, y fue hacia él, cautelosa. La muchacha tenía una mancha color borravino en la mejilla derecha. Inconscientemente se colocaba de modo de ocultar ese costado de la cara. Su contacto tenía que llevar un escudo del

Manchester United en la solapa del saco y una bolsa del supermercado AyC en la mano izquierda. Y los tenía. Lo estuvo observando; debía ser él. Se miraron. No parecía haber ningún movimiento extraño en el conjunto de extraños movimientos de una iglesia. Ella decidió acercarse. Antes, con un movimiento rápido abrió el monedero y sacó la pastilla de cianuro. La escondió en un hueco del molar, podía sentirla con la punta de la lengua. El hombre pareció aliviado cuando la tuvo cerca. Le dijo que él no era Celan, que Celan había caído, y se pasó el dedo por el cuello mientras sonreía con un aire siniestro. Hay que borrarse, dijo. La muchacha le preguntó por los papeles. El hombre abrió un portafolio y buscó el pasaporte y el resto de los documentos. De pronto, la muchacha se dio vuelta; había sentido un aleteo en el aire y en ese momento los vio entrar en la iglesia. Eran tres. Todo el mundo se desplazó silenciosamente hacia los costados con esa capacidad instintiva que habían adquirido para identificar a los MI 33 en acción. Los pesquisas avanzaron hacia ella desde el fondo del pasillo. Celan, o quien fuera, levantó las manos y se entregó. Molly buscó refugio atrás de una columna y empuñó la Beretta. Solo iba a usar la pastilla cuando ya no pudiera defenderse.

Tejer. Había soñado anoche con «El fantasma de la máquina» del doctor Ryle, el distinguido profesor de la Universidad de Oxford. «Todos (decía Ryle) vivimos dos vidas. Una vida real, donde rigen las leyes del destino, y otra que es inconfesable y secreta. Podemos imaginar una máquina lógica que nos ayude a fijar, en una tela invisible, esa experiencia privada.» En el sueño veía el fantasma de la máquina como un telar de desdichas, un tejido que permitía rehacer, con los hilos perdidos de la memoria, un lenguaje olvidado. Entonces despertó y era el alba y salió a la ciudad y se perdió por las

calles oscuras y por hondas barrancas que cercan el Támesis; su silueta se desvanecía en la bruma del amanecer, como si fuera un prófugo que borra sus huellas después del crimen. Tardarían aún en encontrar el cadáver despedazado de la mujer en el parque, quizás un perro vagabundo de piel manchada ha comenzado a husmear en la carne desnuda de la víctima. Cava, pensó, el perro con sus patas delanteras la tierra húmeda para esconder la presa que no ha cazado y el olor de la mujer le sube como una letanía hacia sus fauces ávidas. Pensó que podía buscar un hotel en los suburbios y esconderse en una pieza iluminada y vivir de noche y resistir y no volver a reincidir y olvidar las letras que llevaba grabadas, en las placas del cráneo, como una orden que le hubiera tatuado su madre. Entonces, pensó, quizá, una mañana, al despertar, podría volver al parque y encontrar bajo las ramas de los pinos, entre los yuyos, las huellas de los animales depredadores pero nada más, ninguna marca personal, ningún cadáver, ningún recuerdo propio, solo el aire virgen. «Tengo en los huesos del cráneo escrita una frase que me conduce por la vida como a un pájaro el viento cálido al volar.»

Traducción. No hay traducción, no hace falta porque existe un solo lenguaje secreto (biológico), del que los demás son solo variantes. Imposible por lo tanto imaginar un diccionario que establezca equivalencias entre palabras extranjeras, porque no existen las palabras extranjeras, solo existen palabras olvidadas de una lengua personal. // Sería entonces posible imaginar un diccionario de la lengua privada en el que brillara (como un sol muerto) el sentido. Un hecho único que revelara en toda su intensidad la clave de esa lengua personal.

Visión. Todos los días veo al viejo que sale de la casa y camina despacio por la nieve hasta el borde de la laguna. La luz es clara a esa hora de la mañana. Los patos tardan en llegar y él los espera, se apoya de espaldas contra el sauce que está al borde del agua y mira el bosque helado. Le veo la bruma de la respiración como una niebla en el aire transparente. Me levanto muy temprano y me siento a trabajar en el escritorio que está en el piso de arriba. Desde la ventana lo veo salir al frío de la mañana y caminar hasta el borde del agua siempre a la misma hora. Hemos conversado varias veces al cruzarnos en el camino de entrada, vive solo, su mujer murió el año pasado, ha enseñado física aquí en Princeton en los años cincuenta y ahora está retirado, no tiene hijos, se llama Kart Unger y es un exiliado alemán. Tiene casi noventa años y en el paisaje desolado del invierno su figura magra parece el último testigo de una catástrofe que ha sucedido en otras épocas. Espera, inmóvil, aislado en el alba y desde aquí veo su abrigo azul y el vapor de la respiración. Cuando los patos llegan se oye primero un ruido tenue, como si alguien sacudiera una tela mojada en el aire. Casi inmediatamente se empiezan a oír los graznidos y se los ve venir primero en fila india y después formando una V sobre el fondo del bosque. Son diez o doce. (Eran más de cincuenta pero estos son los que se han quedado para morir.) Dan dos vueltas sobre la laguna hasta que uno se lanza hacia el agua helada. No saben que está congelada y cuando se zambullen patinan con las alas abiertas y el cuello contra el hielo. Todos los días repiten lo mismo y yo los miro desde la ventana. Vuelven caminando torpemente, resbalan y algunos se quedan quietos con las patas como huesos muertos en la escarcha, aterrados. Viven en el presente puro y sin recuerdos y cada mañana se sorprenden al chocar contra el hielo. Han perdido el sentido de la orientación. Vuelven a buscar el lago

abierto donde tendrían que empezar la migración hacia las tierras cálidas y algo anda mal pero no saben qué y mueren por obstinación.

Cada vez que veo al viejo profesor salir al jardín y atravesar la nieve para llegar hasta la laguna y alimentar a los patos que se están muriendo de frío, sé que empieza otro día que será igual al anterior. La naturaleza es un laboratorio donde es posible reproducir artificialmente la experiencia. Los patos de la laguna son un ejemplo, me dice Karl. Todas las mañanas repiten una serie de acciones que son el espejo de una realidad perdida. Repiten porque no pueden recordar. Van a morir congelados, todavía resisten porque no han llegado los fríos que vendrán a principios de enero. Mueren en el bosque, entre los árboles secos, se largan a volar y caen congelados sobre la nieve, boqueando como peces. Repetir actos inútiles es un signo de la vejez. Cuando se llega a los noventa años uno ya está un poco loco. Todo es una copia de algo que se ha vivido antes. Por eso los jóvenes odian a los viejos: vivimos en lo que para ellos será el porvenir. La vejez tiene la estructura de una profecía. Dice sobre el futuro algo que nadie reconoce claramente.

Todas las mañanas Karl sale al aire helado de la laguna y observa cómo mueren los patos salvajes. Los observa como quien mira, en un sueño, los recuerdos de su propia vida.

NOTA

Las dos historias que componen el libro fueron escritas en 1988 y recién ahora descubro que son, en realidad, relatos gemelos (gemelos desdoblados, se podría decir). En «Prisión perpetua» he contado fragmentos de mi vida sin incurrir, confío, en la confesión sentimental ni en la autoindulgencia. Escribir un diario nos ayuda a olvidar la ilusión de tener una vida privada.

«Encuentro en Saint-Nazaire» fue escrito durante una estadía de tres meses en la Maison des écrivains et des traducteurs de Saint-Nazaire. Los extraños sucesos que ocurrieron en ese lugar no empañan el recuerdo de los bellos y brumosos días que viví en el Building y tampoco el agradecimiento a mis amigos de la Maison y en especial a su director, Christian Puskas, cuya exigente cordialidad estuvo siempre atemperada por un uso personal de la lengua francesa que lo tornaba al mismo tiempo generoso e incomprensible. Otros huéspedes de Saint-Nazaire (entre ellos el poeta Juan José Hernández y el traductor HenryPierre Colombo) me confirmaron con asombro que habían experimentado el mismo apasionado hermetismo.

Puskas trató de prevenirme sobre lo que me esperaba pero previsiblemente no lo comprendí. La noche en que llegué me recibió en la estación de trenes y en un idiolecto, que me sonó al principio como una declinación bretona del húngaro, me dijo (ahora lo sé) que no le diera mi confianza al huésped que había abandonado la casa la noche misma de mi llegada.

Apenas podemos comprender lo que dicen nuestros amigos, ¿cómo podía yo adivinar lo que ese hombre, a quien veía por primera vez, trataba de decirme? El relato que he escrito es un

efecto de esa incomprensión y también un efecto de la telaraña verbal que Stevensen tejió a mi alrededor.

R. P.

Cuentos morales (1993)

EL GAUCHO INVISIBLE

El tape Burgos era un troperito que se había conchabado en Chacabuco para un arreo de hacienda hasta Entre Ríos. Salieron a la madrugada y a las pocas leguas se les vino encima una tormenta. Burgos trabajó a la par de todos para que no se desparramaran los animales y al final salvó a un ternero guacho que se había quedado clavado en un costado, con las patas abiertas en medio del viento y de la lluvia. Lo levantó sin bajarse del caballo y lo acomodó en la montura. El animal se debatía y Burgos lo sujetó con una sola mano y después se metió entre la tropa y lo dejó a salvo en el piso. Lo hizo para mostrar su destreza, casi como una compadrada, y enseguida se arrepintió porque ninguno de los hombres lo miró ni hizo el menor comentario. Olvidó el incidente, pero lo fue ganando la extraña sensación de que los otros tenían algo contra él. Solo le hablaban si tenían que darle una orden y nunca lo incluían en las conversaciones. Actuaban como si él no estuviera. A la noche se iba a dormir antes que nadie y tirado entre las mantas los veía reír y hacer chistes cerca del fuego; le parecía vivir un mal sueño. En sus dieciséis años de vida no se había encontrado nunca en una situación igual; había sido maltratado, pero no ignorado y desconocido. La primera parada larga fue en Azul, adonde llegaron bien entrada la tarde de un sábado. El capataz dijo que iban a pasar la noche en el pueblo y que seguirían viaje a mediodía. Metieron los animales en un campito, al que todos llamaban el corral de la iglesia, en la entrada del pueblo. Se decía que antiguamente se levantaba una capilla en ese lugar, pero que los indios la habían destruido en el malón grande de 1867. Quedaban unas paredes al aire que servían de tapia para el corral donde se encerraba a los animales. A Burgos le pareció ver la forma de una cruz entre

los ladrillos donde crecían los yuyos. Era un hueco de luz en la pared, marcado por la claridad del sol. Se la mostró entusiasmado a los otros, pero ellos siguieron de largo como si no lo hubieran oído. La cruz se veía nítida en el aire mientras caía la noche. Burgos se santiguó y se besó los dedos cruzados. En el almacén de la estación había baile. Burgos se acomodó en una mesa aparte y vio a los hombres reírse juntos y emborracharse y los vio salir para la pieza del fondo con las mujeres que estaban sentadas en fila cerca del mostrador. Hubiera querido elegir una él también, pero tuvo miedo de que no le hicieran caso y no se movió. Igual imaginó que elegía a la rubia vistosa que tenía enfrente. Era alta y parecía la mayor de todas. La llevaba a la pieza y cuando estaban tendidos en la cama le explicaba lo que le estaba pasando. La mujer tenía una cruz de plata entre los pechos y la hacía girar mientras Burgos le contaba su historia. A los hombres les gusta ver sufrir, le dijo la mujer, lo vieron al Cristo porque los atrajo con su sufrimiento. Si la historia de la Pasión no fuera tan atroz, dijo la mujer, que hablaba con acento extranjero, nadie se hubiera ocupado del hijo de Dios. Burgos escuchó que la mujer le decía eso y se movió para sacarla a bailar, pero pensó que ella no lo iba a ver y fingió que se había levantado para pedir una ginebra. Esa noche los hombres se acostaron al alba y todos durmieron hasta bien entrada la mañana; cerca del mediodía empezaron a arrear los animales del corral para volver al camino. El cielo estaba oscuro y Burgos no vio la cruz en la pared de la iglesia. Galoparon hacia la tormenta; las nubes bajas se confundían con el campo abierto. Al rato empezaron a caer unas gotas pesadas como monedas de veinte. Burgos se cubrió con el poncho encerado y cabalgó al frente de la tropa. Sabía hacer su trabajo y ellos sabían que él sabía hacer su trabajo. Ese era el único orgullo que le quedaba, ahora que era

menos que nada. La tormenta arreció. Arrimaron los animales a una hondonada y los mantuvieron ahí toda la tarde, mientras duró la lluvia. Cuando aclaró, los paisanos salieron a campear animales perdidos. Burgos vio que un ternero se estaba ahogando en la laguna que se había formado en un bajo. Debía de tener rota una pata, porque no alcanzaba a trepar la ladera y se volvía a hundir. Lo enlazó desde arriba y lo sostuvo del cogote en el aire. El animal se retorcía y pateaba el vacío con desesperación. Se le soltó y cayó al agua. La cabeza del ternero boyaba en la laguna. Burgos volvió a enlazarlo. El ternero agitaba las patas y boqueaba. Los otros peones se habían acercado al pie de la barranca. Esta vez Burgos lo sostuvo un buen rato colgado y después lo dejó caer. El animal se hundió y tardó en salir. Los paisanos hacían comentarios en voz alta. Burgos lo enlazó y lo levantó en el aire y cuando el ternero estaba arriba lo volvió a soltar. Los otros hombres festejaron la ocurrencia con gritos y risas. Burgos repitió varias veces la operación. El animal trataba de eludir el lazo y se hundía en el agua. Nadaba queriendo escapar y los hombres incitaban a Burgos para que volviera a pescarlo. El juego duró un rato, entre bromas y chistes, hasta que por fin lo enlazó cuando estaba casi ahogado y lo levantó despacio hasta las patas de su caballo. El animal boqueaba en el barro, con los ojos blancos de terror. Entonces uno de los paisanos se largó del caballo y lo degolló de un tajo.

–Hecho, pibe –le dijo a Burgos–, esta noche comemos asado de pez. –Todos se largaron a reír y por primera vez en mucho tiempo Burgos sintió la hermandad de los hombres.

LA NENA

Los dos primeros hijos del matrimonio hicieron una vida normal, con las dificultades que significa en un pueblo chico tener una hermana como ella. La nena (Laura) había nacido sana y recién al tiempo empezaron a notar signos extraños. Su sistema de alucinaciones fue objeto de un complicado informe aparecido en una revista científica, pero mucho antes su padre ya lo había descifrado. Yves Fonagy lo había llamado «extravagancias de la referencia». En esos casos, muy poco frecuentes, el paciente imagina que todo lo que sucede a su alrededor es una proyección de su personalidad. Excluye de su experiencia a las personas reales, porque se considera muchísimo más inteligente que los demás. El mundo era una extensión de sí misma y su cuerpo se desplazaba y se reproducía. La preocupaban continuamente las maquinarias, sobre todo las bombitas eléctricas. Las veía como palabras, cada vez que se encendían alguien empezaba a hablar. Consideraba entonces la oscuridad una forma del pensamiento silencioso. Una tarde de verano (a los cinco años) se fijó en un ventilador eléctrico que giraba sobre un armario. Consideró que era un objeto vivo, de la especie de las hembras. La nena del aire, con el alma enjaulada. Laura dijo que vivía «ahí», y levantó la mano para mostrar el techo. Ahí, dijo, y movía la cabeza de izquierda a derecha. La madre apagó el ventilador. En ese momento empezó a tener dificultades con el lenguaje. Perdió la capacidad de usar correctamente los pronombres personales y al tiempo casi dejó de usarlos y después escondió en el recuerdo las palabras que conocía. Solo emitía un pequeño cloqueo y abría y cerraba los ojos. La madre separó a los chicos de la hermana por temor al contagio, cosas de los pueblos, la locura no se puede contagiar y la nena no era loca. Lo cierto es

que mandaron a los dos hermanos internos a un colegio de curas en Del Valle y la familia se recluyó en el caserón de Bolívar. El padre enseñaba matemáticas en el colegio nacional y era un músico frustrado. La madre era maestra y había llegado a directora de escuela, pero decidió jubilarse para cuidar a su hija. No querían internarla. La llevaban dos veces por mes a un instituto en La Plata y seguían las indicaciones del doctor Arana, que la sometía a una cura eléctrica. Le explicó que la nena vivía en un vacío emocional extremo. Por eso el lenguaje de Laura poco a poco se iba volviendo abstracto y despersonalizado. Al principio nombraba correctamente la comida; decía «manteca», «azúcar», «agua», pero después empezó a referirse a los alimentos en grupos desconectados de su carácter nutritivo. El azúcar pasó a ser «arena blanca», la manteca, «barro suave», el agua, «aire húmedo». Era claro que al trastocar los nombres y al abandonar los pronombres personales estaba creando un lenguaje que convenía a su experiencia emocional. Lejos de no saber cómo usar las palabras correctamente, se veía ahí una decisión espontánea de crear un lenguaje funcional a su experiencia del mundo. El doctor Arana no estuvo de acuerdo, pero el padre partió de esa comprobación y decidió entrar en el mundo verbal de su hija. Ella era una máquina lógica conectada a una interfase equivocada. La niña funcionaba según el modelo del ventilador; un eje fijo de rotación era su esquema sintáctico, al hablar movía la cabeza y hacía sentir el viento de sus pensamientos inarticulados. La decisión de enseñarle a usar el lenguaje suponía explicarle el modo de almacenar las palabras. Se le perdían como moléculas en el aire cálido y su memoria era la brisa que agitaba las cortinas blancas en la sala de una casa vacía. Había que lograr llevar ese velero al aire quieto. El padre abandonó la clínica del doctor Arana y comenzó a tratar a la

niña con un profesor de canto. Necesitaba incorporarle una secuencia temporal y pensó que la música era un modelo abstracto del orden del mundo. Cantaba arias de Mozart en alemán, con Madame Silenzky, una pianista polaca que dirigía el coro de la iglesia luterana en Carhué. La nena, sentada en una banqueta, aullaba siguiendo el ritmo y Madame Silenzky estaba aterrorizada, porque pensaba que la chica era un monstruo. Tenía doce años y era gorda y bella como una madonna, pero sus ojos parecían de vidrio y cloqueaba antes de cantar. Era un híbrido, la nena, para Madame Silenzky, una muñeca de gomapluma, una máquina humana, sin sentimientos y sin esperanzas. Cantaba a los gritos y desafinaba, pero empezó a ser capaz de seguir una línea melódica. El padre estaba tratando de incorporarle una memoria temporal, una forma vacía, hecha de secuencias rítmicas y de modulaciones. La nena carecía de sintaxis (carecía de la noción misma de sintaxis). Vivía en un universo húmedo, para ella el tiempo era una sábana recién lavada a la que se retuerce en el centro. Se ha reservado un territorio propio, decía su padre, del que quiere ahuyentar toda experiencia. Todo lo nuevo, cualquier acontecimiento no vivido y aún por vivir, se le aparece como una amenaza y un sufrimiento y se le transforma en terror. El presente petrificado, la monstruosa y viscosa detención, la nada cronológica solo puede ser alterada por la música. No es una experiencia, es la forma pura de la vida, no tiene contenido, no la puede asustar, decía su padre, y Madame Silenzky (aterrorizada) agitaba su cabecita gris y relajaba sus manos sobre las teclas antes de empezar con una cantata de Haydn. Cuando por fin logró que la nena entrara en una secuencia temporal, la madre se enfermó y hubo que internarla. La nena asociaba la desaparición de su madre (que murió a los dos meses) con un lied de Schubert. Cantaba la música como quien

llora a un muerto y recuerda el pasado perdido. Entonces el padre se apoyó en la sintaxis musical de su hija y comenzó a trabajar con el léxico. La nena carecía de referencias, era como enseñarle una lengua extranjera a un muerto. (Como enseñarle una lengua muerta a un extranjero.) Decidió empezar a contarle relatos breves. La nena estaba inmóvil, cerca de la luz, en la galería que daba al patio. El padre se sentaba en un sillón y le narraba una historia igual que si estuviera cantando. Esperaba que las frases entraran en la memoria de su hija como bloques de sentido. Por eso eligió contarle siempre la misma historia y variar las versiones. De ese modo, el argumento era un modelo único del mundo y las frases se convertían en modulaciones de una experiencia posible. El relato era sencillo. En su Chronicle of the Kings of England (siglo XII), William de Malmesbury refiere la historia de un joven y potentado noble romano que acaba de casarse. Tras los festejos de la celebración, el joven y sus amigos salen a jugar a las bochas en el jardín. En el transcurso del juego, el joven pone su anillo de casado, porque teme perderlo, en el dedo apenas abierto de una estatua de bronce que está junto al cerco del fondo. Al volver a buscarlo, se encuentra con que el dedo de la estatua está cerrado y que no puede sacar el anillo. Sin decirle nada a nadie, vuelve al anochecer con antorchas y criados y descubre que la estatua ha desaparecido. Le esconde la verdad a la recién casada y, al meterse en la cama esa noche, advierte que algo se interpone entre los dos, algo denso y nebuloso que les impide abrazarse. Paralizado de terror, oye una voz que susurra en su oído:

–Abrázame, hoy te uniste conmigo en matrimonio. Soy Venus y me has entregado el anillo del amor.

La nena, la primera vez, pareció haberse dormido. Estaban al fresco, frente al jardín del fondo. No parecía haber cambios, a la noche se arrastró hacia la pieza y se acurrucó en la

oscuridad con su cloqueo de siempre. Al día siguiente, a la misma hora, el padre la sentó en la galería y le contó otra versión de la historia. La primera variante de importancia había aparecido unos veinte años después, en una recopilación alemana de mediados del siglo XII de fábulas y leyendas conocidas con el nombre de Kaiserchronik. Según esta versión, la estatua en cuyo dedo el joven coloca su anillo es una figura de la Virgen María y no de Venus. Cuando trata de unirse con la recién casada, la Madre de Dios se interpone castamente entre los cónyuges, suscitando la pasión mística del joven. Tras abandonar a su mujer, el joven se hace monje y entrega el resto de su vida al servicio de Nuestra Señora. En un cuadro anónimo del siglo XII, se ve a la Virgen María con el anillo en el anular izquierdo y una enigmática sonrisa en los labios.

Todos los días, al caer la tarde, el padre le contaba la misma historia en sus múltiples versiones. La nena que cloqueaba era la anti-Scheherezade que en la noche recibía, de su padre, el relato del anillo contado una y mil veces. Al año la nena ya sonríe, porque sabe cómo sigue la historia y a veces se mira la mano y mueve los dedos, como si ella fuera la estatua. Una tarde, cuando el padre la sienta en el sillón de la galería, la nena empieza a contar ella misma el relato. Mira el jardín y, con un murmullo suave, da por primera vez su versión de los hechos. «Mouvo miró la noche. Donde había estado su cara apareció otra, la de Kenia. De nuevo la extraña risa. De pronto Mouvo estuvo en un costado de la casa y Kenia en el jardín y los círculos sensorios del anillo eran muy tristes», dijo. A partir de ahí, con el repertorio de palabras que había aprendido y con la estructura circular de la historia, fue construyendo un lenguaje, una serie ininterrumpida de frases que le permitieron comunicarse con su padre. Durante los meses siguientes fue ella la que contó la historia, todas las tardes, en la galería que

daba al patio del fondo. Llegó a ser capaz de repetir palabra por palabra la versión de Henry James, quizá porque ese relato, The Last of the Valerii, era el último de la serie. (La acción se ha trasladado a la Roma del Risorgimento, en donde una joven y rica heredera americana, en uno de esos típicos enlaces jamesianos, contrae matrimonio con un noble italiano de distinguida alcurnia, pero venido a menos. Una tarde unos obreros que realizan excavaciones en los jardines de la Villa desentierran una estatua de Juno, el Signor Conte siente una extraña fascinación ante esa obra maestra del mejor período de la escultura griega. Traslada la estatua a un invernadero abandonado y la oculta celosamente a la vista de todos. En los días siguientes transfiere gran parte de la pasión que siente por su bella mujer a la estatua de mármol y pasa cada vez más tiempo en el salón de vidrio. Al final la contessa, para liberar a su marido del hechizo, arranca el anillo que adorna el anular de la diosa y lo entierra en los fondos del jardín. Entonces la felicidad vuelve a su vida.) Una llovizna suave caía en el patio y el padre se hamacaba en el sillón. Esa tarde por primera vez la nena se fue de la historia, como quien cruza una puerta salió del círculo cerrado del relato y le pidió a su padre que comprara un anillo (anello) de oro para ella. Estaba ahí, canturreando y cloqueando, una máquina triste, musical. Tenía dieciséis años, era pálida y soñadora como una estatua griega. Tenía la fijeza de los ángeles.

LA GRABACIÓN

El primer anarquista argentino fue un gaucho oriundo de la frontera con Entre Ríos. Conoció a Enrico Malatesta en unos campos cerca de Bragado, una vez que los juntó una gran inundación. Pasaron tres días refugiados en el techo de una iglesia, cubiertos con la capa de goma del italiano, viendo crecer el agua y flotar los animales muertos y los troncos que venían del Paraguay. Estuvieron acurrucados bajo la capa extendida, comiendo galleta mojada y tomando ginebra hasta que amainó la lluvia. En esos días, hablando una especie de cocoliche y ayudado con dibujitos y con señas, Malatesta convenció al gaucho de las verdades libertarias. Ahá, le decía el paisano, ahá. Y asentía con la cabeza. Ese gaucho se llamaba Juan Arias y recorrió a caballo las estancias predicando la Idea hasta que lo asesinaron unos matones del Partido Autonomista Nacional. Lo apretaron contra el atrio de una iglesia un domingo de elecciones y lo mataron a cuchilladas, porque él decía que el voto cantado era una estafa a los humillados del campo y a los tristes. En la provincia lo llamaban el Falso Fierro, porque cuando no sabía cómo convencer a la gente y se quedaba sin palabras empezaba a recitar el poema de Hernández. Los gauchos hablan en versos y los obreros son tartamudos. El Tarta, todos lo conocen, flaco, ojos saltones, mirada huidiza. En el mundo del trabajo, en las fábricas, no se habla así, de golpe, de primera. La palabra obrera, la palabra obrera es un balbuceo, tartamudea y tiene dificultades para expresarse. Se puede ver claramente en la televisión cuando, por ejemplo en una entrevista, se le pide a la gente del mundo obrero que exprese algo. Habrá que dejarlos entonces por lo menos cinco o seis minutos más que a los otros, porque sus palabras van entrecortadas por silencios, menos en el caso de

los representantes sindicales, que hablan como los locutores y hacen su frase en el momento. Es una expresión que yo conozco muy bien. Decí tu frase, decí tu frase, contá, y el hombre tiene dificultades para contar y decir su frase, su tragedia. La finada mi madre me había contado ya de un paisano al que lo fusilaron en una plaza, atado a un poste, con una escopeta. Nunca se pudo olvidar del hombre, que era bajito y extranjero, porque en los altoparlantes del pueblo seguían pasando la música y la publicidad como si nada, mientras lo mataban. Yo he visto cosas que quisiera empezar de nuevo otra vida, sin recuerdos, si ya estuve por dejar a mi mujer y a mis hijos, tomar un tren, irme a Lomas, a la casa de mi hermana en Bernal, a Chivilcoy, a Bolívar, aunque si uno se va igual los recuerdos vienen con uno. Los mataban como a gorriones, corriendo encapuchada qué puede hacer una persona, maniatada, los fusilaban a los dos metros y los tiraban en los pozos y después andaban con topadoras, haciendo tumbas, y a veces a los mismos desgraciados les han hecho cavar la zanja para matarlos. Se veía como en un sueño, desnudos, a los cristianos haciendo el hoyo. Por ese entonces yo me encontraba trabajando con un señor de apellido Maradey, Maneco Maradey. El campo está ubicado, comúnmente yo lo llamaba Las Lomitas, al otro lado del bosque, un campo de dos mil, tres mil hectáreas, las cuales llegaban a La Calera, a Diquecito, La Mezquita, yo cuidaba los animales, hacíamos alguna siembra, tenía un tanto por ciento de los animales cuando se realizaban las ventas, no era sueldo fijo. Trabajé ahí con ese señor todo el mes de abril y había algunas anormalidades en esos campos, gente con armas, al fondo fondo de todo, pasando la tranquera, un cuartel, un galpón más bien, ubicado sobre las dos autopistas de Carlos Paz, no estaba habilitada la ruta, había un camino que se llama el Camino Viejo a La Calera, que estaba

medio cortado por un asfalto, al sur de Malagüeño, al norte de Malagüeño, perdón, donde yo tenía un tambo, habría unos quinientos metros al pabellón ese; estábamos limpiando los tarros con mi mujer y yo tengo el incidente del ternero. Resulta que ahí, donde está el maizal, ve, hay un pozo en el cual a mí se me supo caer un ternero, un pozo, tenía dieciocho metros justos, yo le voy a explicar por qué tenía dieciocho metros justos, porque se me cae el ternero al pozo, así abovedado, de mayor a menor, no se observaba de afuera nada, balaba un ternero adentro y una vaca escarbaba, afuera, así con la pezuña, balaba llamando el ternero, entonces voy y le pido a este amigo, Maradey, justo salía en camión, él, que me preste unos tablones que se me había caído un ternero en el pozo, en un pozo de molino, pensé primero, ¿no?, entonces voy con dos peones, para traer unos caballos grandes, unos percherones, y yo me fui hasta Malagüeño y pedí una piola de cuarenta metros –me dieron–, justo, más o menos tiene cuarenta metros la piola; bueno, pusimos los tablones así y hasta que con unos espejos empezamos a alumbrar para abajo, para localizar el ternero era, vemos, no le puedo decir, este hombre, Maradey, no le importaba, a él no le importaba nada, la imagen esa, nadie se lo puede imaginar, lo que había en el pozo, esos cadáveres, y el hombre y yo armamos con esa piola una torre y, alumbrándome yo con los espejos, doblé la piola y la agarré al medio, le hice una armada en una punta y la largo, el ternerito estaba parado, era un ternero negro, medio flaquito, alto, clavado en las patas, y a medida que iba largando la piola –miraba por el espejo– había cualquier cantidad de cosas terribles adentro, cuerpos, amontonados, restos, incluso una mujer hecha un ovillo, sentada, así, con los brazos cruzados, hecha un ovillo, joven la mujer, se ve, la cabeza metida en el pecho, todo el pelo para abajo, descalza, el pantalón

arremangado, para arriba había como otra persona, yo pensé que era una mujer también, caída, con el pelo para adelante, los brazos, así retorcidos atrás, parecía, no sé, un osario, la impresión de lo que había, en ese espejo, la luz que daba, como un círculo, lo movía y veía el pozo, en ese espejo, el brillo de los restos, la luz se reflejaba adentro y vi los cuerpos, vi la tierra, los muertos, vi en el espejo la luz y la mujer sentada y en el medio el ternero, lo vi, con las cuatro patas clavadas en el barro, duro de miedo, lo empezamos a tirar para afuera, se había quebrado la pata derecha, casi en el lomo, sobre la paleta, lo sacamos, pobrecito, los ojos como una persona. Lo lavé, me acuerdo, con una manguera y me mojaba la cara, yo, con el agua, para que Maradey no notara que estaba llorando, no podía casi respirar y le digo qué vamos a hacer, nada, me dice, dejar todo y no decir nada. Y ya no volví más, creo, medio que me fui de mi casa, a vivir con el viejo Monti, porque yo no quería, ni que bailaran la chicas, esas cosas de la juventud, ni que se divirtieran, no podía escuchar una radio, así que yo molestaba a todos y me fui, me hice una cama en el puesto, en el borde del campo, ahí estaba más a gusto, podía pensar, con don Monti, que las había visto todas, había estado preso con los conservadores. Nunca hubo nada igual, me dice, a esto. Él una vez había visto matar a un hombre, por los gendarmes, en el Puente Barracas, para escarmentar a la gente, lo pusieron contra la pared del fondo, un hombre grande, lo tenían así del pelo y lo mataron, ¿no?, dice don Monti. Pero esto, dijo. Esto es como el infierno del Dante, dice, me acuerdo, fumaba un toscanito partido al medio, el viejo Monti, cuando le conté, un hombre preparado, que había trabajado en la Capital y se le murieron la mujer y los hijos en un incendio y se vino al interior. Él fue el primero que me dijo lo que estaba pasando con la helada. Porque nosotros estábamos justo arriba, de este

lado del alambrado, el tambo chico, en la parte de la pradera, la única zona de pasto, porque la loma El Torito, lo que se llama la loma El Torito, son todos campos naturales de piedra y pradera, todo pasto de raíz, el animal de vientre lo busca mucho, no se hace cultivo en esa parte, no se hacía nada en ese tiempo. Todo el campo yo lo he visto desde lo alto, la zona de la pradera, ¿no?, la única de pasto tierno, de tierra blanda que se podía cultivar y abajo los pozos, yo nunca puse una cruz, nada. A veces se veían volar los caranchos, no podían taparlo todo. Fueron cavando y cavando, a medida que se acercaba el invierno se vio más. Lo hacían a la noche todo y a la mañana con la escarcha, los cuadrados, el horror blanco. Había pozos que se notaba que les habían echado cal, la cal siempre salía arriba, el pasto no nace rápido y después con la helada que se quema el campo cuando hiela mucho, se quema, o sea se ve la extensión con esos cuadros blancos, casi uno al lado del otro, a veces pasaban cinco o seis metros, porque se observaban piedras que no se pueden cavar, a veces empezaban un pozo y a los sesenta centímetros daban con una piedra grande, así cavaban al lado, a veces hacían pozos un poco más finos, un poco más grandes, había pozos como de tres metros por dos, o algo así, y la tierra, cuando tapaban sobraba mucha tierra, los pozos nunca se cavaron uno a la par del otro, había algunos paralelos, pero eran casi uniformes, los pozos, porque a veces venían, los cavaban en un lado, otra vez en otro, y la tierra sobraba muchísima cantidad, mucha cantidad sobraba siempre, cavaban de noche, incluso cuando llovía, no sabían qué hacer con los restos. Yo digo que era un mapa incalculable la aproximación de pozos, en la pradera. No puedo decirle qué cantidad, pero yo le calculo así nomás, sin errarle, arriba de setecientos, setecientos cincuenta pozos, calculo, porque posiblemente eran dieciséis hectáreas esa parte, quince,

dieciséis, no aprecio muy bien, y estaba casi completamente cubierto, un camposanto sin cruces, nada, salvaje. Incluso había pozos que duraban seis, siete días sin que los usaran. En varios pozos cavados, sin ser sepultadas personas, yo de día me he metido adentro, de día no se ve nada, solo campo y pozo, campo y pozo, incluso saqué una vuelta también unos perritos, algunas liebres se caían, a mí los pozos me tapaban, siempre me tapaban los pozos, esos posiblemente tenían más de dos metros, y a veces al otro día ya no estaban a la noche, a veces por la ventana se oía todo, se veían las luces moverse, los faroles, gente con armas. Y con Monti, sentados en la sillita baja, en el patio que daba al llano, pensando hay que irse de aquí, pero cómo se va a ir uno, adónde, en aquel entonces, yo pensaba me voy al Chaco que tengo mi compadre, pero donde fuera iba a ser peor, no se podía decir nada, por lo menos ahí estaba don Monti, éramos los últimos, pensaba yo, cuidábamos el tambo, los animales, esperábamos que pasara el invierno, sentados en la puerta del rancho, don Monti que levantaba la mano, me acuerdo, así, y decía, vienen de allá y de allá, metían el camión de culata y mataban lo que traían, todo lo que traían, maniatada la gente, encapuchada, qué iban a hacer, ahí nomás, sin apagar la radio en el coche, un auto sin patente, con música, con la publicidad, ¿eh?, don Monti, sentados en la puerta del rancho, en el puesto. Y sí, me decía el viejo, peor que los animales, peor que peor. Se quedaba callado, fumando el toscanito, levantaba la mano, me mostraba el llano, abajo.

–Sabe –me dice–, este es el mapa del infierno. En la tierra, como un mapa, lo que yo le cuento, que le doy la certidumbre, era un mapa, quiero decir, de tumbas desconocidas, con una parte escarchada como una losa y después tierra o pasto. No se puede tapar y tapar porque a la larga la escarcha, la tierra removida, se ve, claro que el mal ya está hecho. Porque en

oportunidades que sabían que había un montículo de piedras abajo, cavaban pozos como abanicos, incluso por ahí había unas zanjas largas, hasta que daban con unas piedras y dejaban ahí nomás, ¿vio? En el invierno, se veía, eso, en la pradera de Las Lomitas. Que se había quemado el pasto con la helada y se notaban todos los pozos, principalmente los que estaban con la cal, se notaban uniformes, unos de una forma, otros a lo largo, se notaba mucha cantidad, le puedo decir. Un mapa de tumbas como vemos acá en estos mosaicos, así, eso era el mapa, parecía un mapa, después de helada la tierra, negro y blanco, inmenso, el mapa del infierno.

LA ISLA DE FINNEGAN

1

Añoramos un lenguaje más primitivo que el nuestro. Los antepasados hablan de una época en la que las palabras se extendían con la serenidad de la llanura. Era posible seguir el rumbo y vagar durante horas sin perder el sentido, porque el lenguaje no se bifurcaba y se expandía y se ramificaba, hasta convertirse en este río donde están todos los cauces y donde nadie puede vivir, porque nadie tiene patria. El insomnio es la gran enfermedad de la nación. El rumor de las voces es continuo y sus cambios suenan noche y día. Parece una turbina que marcha con el alma de los muertos, dice el viejo Berenson. No hay lamentos, solo mutaciones interminables y significaciones perdidas. Virajes microscópicos en el corazón de las palabras. La memoria está vacía, porque uno olvida siempre la lengua en la que ha fijado los recuerdos.

2

Cuando decimos que el lenguaje es inestable, no estamos hablando de una conciencia de esa modificación. Es necesario salir de allá para percibir el cambio. Si uno está adentro, cree que el lenguaje es siempre el mismo, una especie de organismo vivo que sufre metamorfosis periódicas. La imagen más divulgada es la de un pájaro blanco que en el vuelo va cambiando de color. El aletear profundo del pájaro en la transparencia del aire da una falsa ilusión de unidad en el pasaje de los tonos. El dicho dice que el pájaro vuela interminablemente y en círculos, porque le han vaciado el ojo izquierdo y busca ver la otra mitad del mundo. Por eso nunca

va a poder aterrizar, dice el viejo Berenson, y se ríe con la jarra de cerveza otra vez contra los bigotes, porque no encuentra un pedazo de tierra donde apoyar la pata derecha. Tuerto habría de ser el tero, dijo después, para perderse en el aire y venir a parar a esta isla de mierda. No empieces, Shem, le dice Teynneson tratando de hacerse oír, en el barullo del bar, entre los acordes del piano y las voces de los que cantan Three quarks for Muster Mark!, todavía tenemos que ir al entierro de Pat Duncan y no quiero tener que llevarte en carretilla. Ese es el sentido del diálogo, que se repite como un chiste privado cada vez que están por irse, pero no siempre usan el mismo lenguaje. Se sostienen del brazo y cruzan muy erguidos el salón para salir. La escena se repite, pero sin saberlo hablan del pájaro tuerto y del entierro de Pat a veces en ruso, a veces en un francés del siglo XVIII. Dicen lo que quieren y lo vuelven a decir, pero ni sueñan que a lo largo de los años han usado cerca de siete lenguas para reírse del mismo chiste.

Así son las cosas en la isla.

3

«El lenguaje se transforma según ciclos discontinuos que reproducen la mayoría de los idiomas conocidos (registra Turnbull). Los habitantes hablan y comprenden instantáneamente la nueva lengua, pero olvidan la anterior. Los idiomas que se han podido identificar son el inglés, el alemán, el danés, el español, el noruego, el italiano, el francés, el griego, el sánscrito, el gaélico, el latín, el sajón, el ruso, el flamenco, el polaco, el esloveno, el húngaro. Dos de las lenguas usadas son desconocidas. Pasan de una a otra, pero no las pueden concebir como idiomas distintos, sino como etapas sucesivas de una lengua única.» Los ritmos son variables, a veces un idioma

permanece semanas, a veces un día. Se recuerda el caso de una lengua que se mantuvo quieta durante dos años. Después se sucedieron quince modificaciones en doce días. Habíamos olvidado las letras de todas las canciones, dijo Berenson, pero no la melodía, y no hubo modo de cantar una canción. Se veía a la gente en los pubs silbando a coro como guardias escoceses, todos borrachos y alegres, marcando el ritmo con las jarras de cerveza mientras buscaban en la memoria alguna letra que coincidiera con la música. La melodía persiste y es un aire que cruza la isla desde el principio de los tiempos, pero de qué nos sirve la música si no podemos cantar, un sábado a la noche, en el bar de Humphry Chimden Earwicker, cuando todos estamos borrachos y ya nos olvidamos de que el lunes hay que volver al trabajo.

4

En la isla se cree que los ancianos se encarnan, al morir, en los nietos, razón por la que no pueden encontrarse los dos vivos al mismo tiempo. Como ocurre a pesar de todo algunas veces, cuando un anciano se encuentra con su nieto, antes de poder hablar con él, debe darle una moneda. En esa teoría de las reencarnaciones se ha fundado la lingüística histórica. La lengua es como es porque acumula los residuos del pasado en cada generación y renueva el recuerdo de todas las lenguas muertas y de todas las lenguas perdidas, y el que recibe esa herencia ya no puede olvidar el sentido que esas palabras tuvieron en los días de los antepasados. La explicación es simple pero no resuelve los problemas que plantea la realidad.

5

El carácter inestable del lenguaje define la vida en la isla. Nunca se sabe con qué palabras serán nombrados en el futuro los estados presentes. A veces llegan cartas escritas con signos que ya no se comprenden. A veces un hombre y una mujer son amantes apasionados en una lengua y en otra son hostiles y casi desconocidos. Grandes poetas dejan de serlo y se convierten en nada y en vida ven surgir otros clásicos (que también son olvidados). Todas las obras maestras duran lo que dura la lengua en la que fueron escritas. Solo el silencio persiste, claro como el agua, siempre igual a sí mismo.

6

La vida del día empieza al amanecer y si ha habido luna hasta el alba, los gritos de los jóvenes en la ladera pueden oírse ya antes de la aurora. Inquietos en la noche poblada de espíritus, se gritan unos a otros tratando de adivinar qué sucederá con el sol alto. La tradición dice que el lenguaje se modifica en las noches de luna llena, pero esa es una creencia desmentida por los hechos. La lingüística científica no acepta ninguna relación entre los fenómenos naturales, como las mareas o los vientos, y las mutaciones del lenguaje. Los hombres del pueblo siguen sin embargo acatando los viejos rituales y cada noche de luna esperan que llegue por fin la lengua de su madre.

7

En la isla no conocen la imagen de lo que está afuera y la categoría de extranjero no es estable. Piensan la patria según la lengua. («La nación es un concepto lingüístico.») Los individuos pertenecen a la lengua que todos hablaban en el momento de

nacer, pero ninguno sabe cuándo volverá a estar ahí. «Así surge en el mundo (le han dicho a Boas) algo que a todos se nos aparece en la infancia y donde todavía no ha estado nadie: la patria.» Definen el espacio en relación con el río Liffey, que atraviesa la isla de norte a sur. Pero Liffey es también el nombre que designa el lenguaje y en el río Liffey están todos los ríos del mundo. El concepto de frontera es temporal y sus límites se conjugan como los tiempos de un verbo.

8

Nos encontramos en Edemberry Dubblenn DC, dijo el guía, la capital que combina tres ciudades. En el presente la ciudad cruza de este a oeste, siguiendo la margen izquierda del Liffey por los barrios y los ghettos japoneses y antillanos, desde el nacimiento del río en Wiclow hasta Island Bridge, un poco más debajo de Chapelizod, donde sigue su curso. La ciudad próxima se va abriendo, como si estuviera construida en potencial, siempre futura, con calles de hierro y lámparas de luz solar y androides desactivados en los galpones de Scotland Yard. Los edificios surgen de la niebla, sin forma fija, nítidos, cambiantes, casi exclusivamente poblados por mujeres y mutantes.

Del otro lado, hacia el oeste, subiendo por la zona del puerto, está la ciudad vieja. Al mirar el mapa hay que tener en cuenta que la escala está construida a la velocidad media de un kilómetro y medio por hora de marcha. Un hombre sale de 7 Eccles Street a las ocho de la mañana y sube por Westland Row y a cada lado del empedrado están las acequias que llegan hasta la orilla del río, por donde sube el canto de las lavanderas. El que avanza por la calle empinada hacia la taberna de Baerney Kiernam trata de no oír el canto y golpea

con el bastón el enrejado de los sótanos. Cada vez que entra en una calle nueva, las voces envejecen, las palabras antiguas están como grabadas en las paredes de los edificios en ruinas. La mutación ha ganado las formas exteriores de la realidad. Lo que todavía no es define la arquitectura del mundo, piensa el hombre, y desciende a la playa que rodea la bahía. «Se ve ahí, en el borde del lenguaje, como la casa de la infancia en la memoria.»

9

La lingüística es la ciencia más desarrollada en la isla. Durante generaciones, los investigadores han trabajado en el proyecto de fijar un diccionario que incorpore las variantes futuras de las palabras conocidas. Necesitan fijar un léxico bilingüe que permita comparar una lengua con otra. Imagínese (dice el informe de Boas) a un viajero inglés que llega a un país extranjero y en el hall de la estación de ferrocarril, perdido en medio de una multitud desconocida, se detiene a revisar un pequeño diccionario de bolsillo buscando una expresión correcta. Pero la traducción es imposible, porque solo el uso define el sentido y en la isla conocen siempre una lengua por vez. Los que persisten en la elaboración del diccionario lo consideran ya un manual de adivinación. Un nuevo Libro de las Mutaciones concebido, explicó Boas, como un diccionario etimológico que hace la historia del porvenir del lenguaje.

Hubo un solo caso en la historia de la isla de un hombre que conoció dos idiomas al mismo tiempo. Se llamaba Bob Mulligan y decía que soñaba con palabras incomprensibles que tenían para él un sentido transparente. Hablaba como un místico y escribía frases desconocidas y decía que esas eran las palabras

del porvenir. En los Archivos de la Academia han quedado algunos fragmentos de los textos que escribió e incluso se puede oír la grabación de la voz aguda y lunática de Mulligan, que cuenta un relato que empieza así: «Oh New York city, sí, sí, la ciudad de Nueva York, la familia entera se fue para allá. El barco se había llenado de piojos y hubo que quemar las sábanas y bañar a los chicos con agua mezclada con acaroína. Cada bebé tenía que estar separado de los otros, porque el olor los hacía llorar si estaban cerca. Las mujeres usaban un pañuelo de seda sobre la cara, igual que damas beduinas, aunque todas tenían el pelo colorado. El abuelo del abuelo fue policeman en Brooklyn y una vez mató de un tiro a un rengo que estaba por degollar a la cajera de un supermarket.» Nadie sabía lo que estaba diciendo y Mulligan escribió ese relato y otros relatos en esa lengua desconocida y después un día dijo que había dejado de oír. Venía al bar y se sentaba ahí, en esa punta del mostrador, a tomar cerveza, sordo como una tapia, y se emborrachaba despacio, con la cara avergonzada de un hombre arrepentido de haberse hecho notar. Nunca más quiso hablar de lo que había dicho y vivió siempre un poco apartado, hasta que murió de cáncer a los cincuenta años. Pobre Bob Mulligan, dijo Berenson, de joven era un tipo expansivo y muy popular y se casó con la Belle Blue Boylan y al año la mujer se murió ahogada en el río y su cuerpo desnudo apareció en la ribera del este del Liffey, en la otra orilla. Mulligan nunca se repuso ni volvió a casarse y vivió solo toda la vida. Trabajaba de linotipista en la imprenta del Congreso y venía con nosotros al bar y le gustaba apostar a los caballos, hasta que una tarde empezó a contar esas historias que nadie entendía. Yo creo, dijo el viejo Berenson, que la Belle Blue Boylan fue la mujer más hermosa de Dublín.

Todos los intentos de construir una lengua artificial se han visto perturbados por una experiencia temporal de la estructura. No han podido construir un lenguaje exterior al lenguaje de la isla, porque no pueden imaginar un sistema de signos que persista sin mutaciones. Si a + b es igual a c, esa certidumbre solo sirve un tiempo, porque en un espacio irregular de dos segundos ya a es –a y la ecuación es otra. La evidencia vale lo que tarda una proposición en ser formulada. En la isla, ser rápido es una categoría de la verdad. En esas condiciones, los lingüistas del Área-Beta del Trinity College alcanzaron lo que parece imposible: casi fijan en un paradigma lógico la forma incierta de la realidad. Definieron un sistema de signos cuya notación se transforma con el tiempo. Es decir, inventaron un lenguaje que muestra cómo es el mundo, pero que no permite nombrarlo. Hemos logrado establecer un campo unificado, le han dicho a Boas, ahora solo nos falta que la realidad incorpore al lenguaje alguna de nuestras hipótesis.

Hasta el momento, saben que han transcurrido diecisiete ciclos, pero suponen que existe una potencialidad casi infinita, calculada en ochocientos tres (porque ochocientas tres son las lenguas conocidas en el mundo). Si en casi cien años, desde que en 1939 empezó el registro de los cambios, se han detectado diecisiete formas distintas, los más optimistas imaginan que el círculo puede completarse en doce años. Ningún cálculo es seguro, porque la duración irregular de los ciclos forma parte de la estructura de la lengua. Existen tiempos lentos y tiempos rápidos, como en el cauce del Liffey. Los más afortunados, dice el proverbio, navegan en aguas tranquilas, los mejores viven en tiempos veloces, donde el sentido dura lo que dura la cólera de un gallo. Los jóvenes más radicalizados del grupo Trickster del Área-Beta del Trinity College se ríen de esos proverbios idiotas. Piensan que, mientras el lenguaje no encuentre su borde final,

el mundo será solo un conjunto de ruinas y que la verdad es como los peces que boquean en el barro hasta morir cuando el caudal del Liffey baja con la sequía del verano, hasta transformarse en un riacho de aguas oscuras.

10

He dicho que la tradición dice que los antepasados hablan de un tiempo en el que la lengua era un llano por el que se podía andar sin sorpresas. Las generaciones, afirman los antiguos, heredaban los mismos nombres para las mismas cosas y podían legarse documentos escritos con la certeza de que todo lo que escribían sería legible en los tiempos futuros. Algunos repiten (sin comprenderlo) un fragmento de aquella lengua original que ha sobrevivido a lo largo de los años. Boas dice que los escuchó recitar ese texto como si fuera un chiste de borrachos, de modo que la vocalización era pastosa y las palabras estaban cortadas por risas y expresiones que nadie sabía ya si formaban o no parte del antiguo sentido. El fragmento llamado Sobre la serpiente, dice Boas que era así: «Empezó la época de los grandes vientos. Ella siente que le arrancan el cerebro y dice que su cuerpo está hecho de tubos y conexiones eléctricas. Habla sin parar y a veces canta y dice que me lee el pensamiento y solo pide que yo esté cerca y que no la abandone en la arena. Dice que es Eva y que la serpiente es Eva y que nadie en los siglos de los siglos se ha atrevido a decir esa verdad tan pura y que solo María Magdalena se lo dijo al Cristo antes de lavarle los pies. Eva es la serpiente, la mutación interminable, y Adán está solo, siempre ha estado solo. Dice que Dios es la mujer y que Eva es la serpiente. Que el árbol del bien y del mal es el árbol del lenguaje. Recién cuando se comen la manzana empiezan a hablar. Eso dice ella

cuando no canta.» Para muchos es un texto religioso, un fragmento del Génesis. Para otros se trata sencillamente de un rezo que persistió en la memoria a la permutación de las lenguas y que fue recordado como un juego adivinatorio. (Los historiadores afirman que se trata de un párrafo de la carta que Nolan dejó antes de matarse.)

11

Algunas sectas genealógicas aseguran que los primeros habitantes de la isla son desterrados, que fueron enviados hacia aquí remontando el río. La tradición habla de doscientas familias confinadas en un campo multirracial en los arrabales de Dalkey, al norte de Dublín, detenidos en una redada en los barrios y los suburbios anarquistas de Trieste, Tokio, México DF y Petrogrado.

Embarcados en el Rosevean, un tres palos, con hélice Pohl-A, en la bahía del norte, fueron enviados por el río hacia atrás en el tiempo, según Teynneson, bajo las ráfagas heladas del viento en enero.

El experimento de confinar exiliados en la isla ya había sido utilizado otras veces para enfrentar rebeliones políticas, pero siempre se usó con individuos aislados, en especial para reprimir a los líderes. El caso más recordado fue el de Nolan, un militante del grupo de resistencia gaelicocelta que se infiltró en el gabinete de la reina y llegó a ser el hombre de confianza de Möller en el comando de planificación propagandística. Lo descubrieron porque usaba los informes meteorológicos para cifrar mensajes destinados a los pobladores de los ghettos irlandeses de Oslo y de Copenhague. La historia cuenta que Nolan fue descubierto por azar, cuando un investigador del

MIT de Boston procesó en una computadora los mensajes emitidos durante un año por la oficina meteorológica, con la intención de estudiar las modificaciones infinitesimales del clima en el este de Europa. Nolan fue desterrado y llegó a la isla después de navegar cerca de seis días a la deriva y vivió absolutamente solo casi cinco años, hasta que se suicidó. Su odisea es una de las grandes leyendas en la historia de la isla. Solo un hijo de puta empecinado irlandés pudo sobrevivir todo ese tiempo aislado como una rata en esta inmensidad y cantando contra las olas Three quarks for Muster Mark, a los gritos, en la playa, buscando siempre la huella de una pata humana en la arena, dijo el viejo Berenson. Solo alguien como Jim pudo fabricar una mujer con la que hablar en esos años interminables de soledad.

El mito dice que con los restos del naufragio construyó un grabador de doble entrada, con el que era posible improvisar conversaciones usando el sistema de los juegos lingüísticos de Wittgenstein. Sus propias palabras eran almacenadas por las cintas y reelaboradas como respuestas a preguntas puntuales. Lo programó para hablar con una mujer y le habló en todas las lenguas que sabía, y al final era posible pensar que la mujer había llegado a amar a Nolan. (Por su parte él la quiso desde el primer día porque pensaba que ella era la mujer de su amigo Italo Svevo, Livia Anna, la más bella de las madonnas de Trieste, con ese hermosísimo pelo colorado que hacía pensar en todos los ríos del mundo.)

A los tres años de estar solo en la isla, las conversaciones se repetían cíclicamente y Nolan se aburría y la grabadora empezó a mezclar las palabras («Heremon, nolens, nolens, brood our pensies, brume in brume», le decía por ejemplo) y Nolan le

preguntaba «¿Cómo?», «¿Qué?», y en esa época empezó a llamarla Anna Livia Plurabelle. Al final del sexto año de exilio, Nolan perdió las esperanzas de ser rescatado y empezó a no dormir y a tener alucinaciones y a soñar que se pasaba la noche en vela escuchando el susurro inalámbrico y dulce de la voz de Anna Livia.

Tenía un gato y cuando el gato se metió una tarde en el monte y no volvió más, Nolan escribió una carta de despedida, apoyó el codo derecho en la mesa, para que no le temblara el pulso, y se pegó un tiro en la cabeza. Los primeros que desembarcaron del Rosevean se encontraron con la voz de la mujer que seguía hablando en el grabador bifocal. Apenas si mezclaba las lenguas, según Boas, y era posible comprender perfectamente la desesperación que le había producido el suicidio de Nolan. Estaba sobre una piedra, frente a la bahía, hecha de alambres y de cintas rojas, y se lamentaba con un suave murmullo metálico.

He tejido y destejido la trama del tiempo, decía, pero él se ha ido y ya no va a volver. Un cuerpo es un cuerpo, solo las voces sirven para amar. Desde hace años estoy sola aquí, en la ribera de todos los ríos, y espero que llegue la noche. Siempre es de día, en esta latitud todo es tan lento, nunca llega la noche, siempre es de día, el atardecer tarda tanto, estoy ciega, al sol, quiero arrancar «la venda de hierro» que me ciñe la frente, quiero traer aquí «la oscuridad concentrada del África». La vida está siempre amenazada por los cazadores (ha dicho Nolan), instintivamente hay que fabricar, como las abejas sus alvéolos, un sentido. Incapaz de considerar mi propio enigma, digo: no es su propio yo el que cuenta, sino su Musa, su canto universal.

12

Si la leyenda es cierta, la isla ha sido un gran asentamiento de exiliados, en la época de la represión política que siguió a la contraofensiva del IRA y a la caída del Pulp-KO. Pero ninguno de los historiadores tiene el menor vestigio de ese pasado o del tiempo en que Anna Livia estuvo sola en la ribera o de la época en que llegaron las doscientas familias y no se encuentra ningún rastro que atestigüe los hechos. La única fuente escrita en la isla es el Finnegans Wake, al que todos consideran un libro sagrado, porque siempre pueden leerlo, sea cual fuere el estado de la lengua en que se encuentren.

En realidad, el único libro que dura en esta lengua es el Finnegans, dijo Boas, porque está escrito en todos los idiomas. Reproduce las permutaciones del lenguaje en escala microscópica. Parece un modelo en miniatura del mundo. A lo largo del tiempo lo han leído como un texto mágico que encierra las claves del universo y también como una historia del origen y la evolución de la vida en la isla.

Nadie sabe quién lo escribió, ni cómo llegó hasta aquí. Nadie recuerda si fue escrito en la isla o si estaba en el equipaje de los primeros exiliados. Boas vio el ejemplar que se conserva en el Museo, encerrado en una caja de vidrio y como suspendido en una luz nuclear. Es una viejísima edición numerada de Faber & Faber, que tiene más de trescientos años y en la que hay notas manuscritas y un calendario con la lista de los muertos de una familia irlandesa del siglo XX. Ese ejemplar sirvió para hacer todas las copias que circulan en la isla.

Muchos creen que el Finnegans es un libro de ceremonias fúnebres y lo estudian como el texto que funda la religión en la isla. El Finnegans es leído en las iglesias como una Biblia y es usado para predicar en todas las lenguas por los pastores presbiterianos y por los sacerdotes católicos. En el Génesis se habla de una maldición de Dios que provocó la Caída y transformó el lenguaje en el paisaje abrupto que es hoy. Borracho, Tim Finnegan se cayó al sótano por una escalera, que inmediatamente pasó de ladder a latter y de latter salió litter y del desorden la letter, el mensaje divino. La carta es encontrada en un vaciadero de basura por una gallina que picotea. Está firmada con una mancha de té y la prolongada permanencia en el basurero ha dañado el texto. Tiene agujeros y borrones y es tan difícil de interpretar que los eruditos y los sacerdotes conjeturan en vano sobre el sentido verdadero de la Palabra de Dios. La carta parece escrita en todas las lenguas y cambia continuamente bajo los ojos de los hombres. Ese es el Evangelio y el basurero de donde viene el mundo.

Los comentarios del Finnegans definen la tradición ideológica de la isla. El libro es como un mapa y la historia se transforma según el recorrido que se elija. Las interpretaciones se multiplican y el Finnegans cambia como cambia el mundo y nadie imagina que la vida del libro se pueda detener. Sin embargo, en el fluir del Liffey hay una recurrencia hacia Jim Nolan y Anna Livia, solos en la isla, antes de la carta final. Ese es el primer núcleo, el mito de origen tal cual lo transmiten los informantes (según Boas).

En otras versiones el libro es la transcripción del mensaje de Anna Livia Plurabelle, que lee los pensamientos de su marido (Nolan) y le habla después que él está muerto (o

dormido), única en la isla durante años, abandonada en una piedra, con las cintas rojas y los cables y el armazón metálico al sol, murmurando en la playa vacía hasta que llegan las doscientas familias.

13

Todos los mitos terminan ahí y también este informe. Hace dos meses que salí de la isla, dijo Boas, y todavía resuena en mí la música de esa lengua que es como un río. El que oiga el canto de las lavanderas en las orillas del Liffey no se podrá ir, dicen allá, y yo no he podido resistir la dulzura de la voz de Anna Livia. Por eso he de volver a la ciudad de los tres tiempos y a la bahía donde reposa la mujer de Bob Mulligan y al Museo de la Novela donde está el Finnegans, solo en una sala, en una caja negra de cristal. También yo voy a cantar en la taberna de Humphry Earwicker, golpeando el puño contra la madera de la mesa y tomando cerveza, una canción que habla del pájaro tuerto que vuela sin parar sobre la isla.

UNA VISITA[30]

Los servicios de informaciones del gobierno lo vigilaban desde hacía meses, censuraban su correspondencia, controlaban a sus visitantes y de vez en cuando una voz nocturna lo amenazaba por teléfono. No se trataba de una amenaza, en realidad mantenía con esas pérfidas voces una conversación filosófica y teórica sobre el sentido del deber civil y la responsabilidad moral. Esos hombres eran los nuevos intelectuales, los pensadores del futuro, cualquier argentino sabe que al disentir pone en su vida una marca que podrá ser invocada en algún momento del porvenir para perseguirlo y encarcelarlo. Los servicios se habían convertido en la versión policial del oráculo de Delfos, decidían en secreto el destino de poblaciones enteras. ¡Son las brujas de Macbeth las que ahora manejan el poder! Suprimen todo cuanto puede amenazar a la vida mediocre promedio, atacan la diferencia en todos sus aspectos, la controlan y la fichan, escriben nuestras biografías. El conformismo es la nueva religión y ellos son sus sacerdotes.

Había llegado a un punto en que discutía directamente con el Estado, con los voceros de la inteligencia del Estado. Diálogos de rompe y raja en las profundidades de la noche, las voces iban y venían por los circuitos inalámbricos. Lo acosaban, lo acorralaban, querían convertirlo en un fuera de la ley psíquico. Saben que yo sé, quieren anular mi pensamiento.

Había tomado la decisión de desterrarse. Ahora preparaba su Discurso a la Universidad en el que anunciaría su decisión. Planeaban un homenaje a su obra; iba a usar ese acto como escenario de la invectiva final. ¿Quería yo asistir? Estaba invitado. Había empezado a darle forma a su discurso: «No sería intempestivo ni jactancioso, señores, permítanme que una vez hable de mí y emplee el primer pronombre», diría. Estaba

obligado a hacer un rodeo personal, diría en su Discurso a la Universidad. Había estado muy enfermo, una dolencia desconocida, en la piel, a la que podríamos llamar la peste blanca. ¡Cinco años sin poder leer ni escribir! Costras claras que despedían cenizas como mariposas pálidas y olían a muerte y tenían el olor de la muerte. Su cuerpo había adquirido una tonalidad gris. Lo peor, sin embargo, lo más ridículo y ofensivo, había sido la comezón continua, una picazón insoportable durante las veinticuatro horas del día.

En los años de su enfermedad no había podido dedicarse a otra cosa que a pensar. Tendido en la cama, en clínicas, en hospitales, en sanatorios, en su domicilio, con la piel en estado de dulce putrefacción, con una cantidad de diminutos puntos ardientes diseminados a lo largo de su cuerpo, dejaba que los pensamientos fluyeran. En esos años había pensado todo, ningún nuevo pensamiento podría ya sorprenderlo. Mi situación era muy parecida a la de Job, y en lugar de discurrir sobre el bien y el mal me di en cavilar sobre mi país. Pues si yo padecía una enfermedad pequeña, él padecía una enfermedad grande, y si yo pude haber cometido en mi vida una falla pequeña, él la había cometido enorme. Yo y mi país estábamos enfermos. En esos años de puro pensar había afilado su inteligencia hasta el punto extremo en que podía llegar un hombre cultivado. Varias veces había comprobado que su pensamiento era como un diamante que atravesaba los cristales más puros. Porque la realidad era transparente, clara como el aire, pero invisible. Había que atravesar esa transparente claridad, no detenerse frente a los nudos enigmáticos ante los que se arremolinaban decenas de pensadores que se recostaban en el aire. A medida que avanzaba iban raleando en cada muralla de cristal los pensadores recostados. Siempre se abrían ante la daga de su inteligencia nuevos corredores y pasadizos transparentes. El

primer punto en que tuvo que usar su inteligencia, en medio de la debilidad más extrema, cuando ya estaba a punto de ser vencido, fue decidir una táctica para impedir que lo trataran como a un loco. Señores, pensaban que mi enfermedad era psíquica, una agresión esquizofrénica, la realización real del cuerpo despedazado de los lunáticos. Cuando en realidad no era otra cosa que una exasperación de mi conexión con mi país. Mi cuerpo era el representante explícito de la situación general de mi patria, no una metáfora ni una alegoría. Las determinaciones económicas, geográficas, climáticas, históricas pueden, en situaciones muy especiales, concentrarse y actuar en un individuo. Lo había dicho y lo había estudiado y demostrado antes de su enfermedad. Había manejado esa hipótesis respecto de Sarmiento, su libro sobre Sarmiento, escrito en once días, en un rapto de inspiración, a un ritmo de tres páginas por hora de trabajo, en su chacra de Pedro Goyena, con las patas hundidas en el polvo de la pampa, dice que un hombre puede representar a un país. Y no hablo aquí de mediaciones, no creo en las mediaciones, creo en el choque de las constelaciones analógicas, en las relaciones directas entre elementos irreconciliables.

Había aprendido de la música a pensar sin mediaciones. Porque era un eximio ejecutante del violín. Y la música es un arte sin mediaciones: tonos, ritmos, contrastes, contrapuntos. Un individuo determinado, condicionado, afectado –de un modo directo e inmediato– por el estado de un país. Si uno puede encontrar en una vida personal la cifra condensada del destino político de una coyuntura específica entenderá el movimiento de la historia. Había dicho eso en varios de sus libros. Pero ahora había decidido tomarse a sí mismo como objeto de investigación y completar así su obra, iniciada hacía más de treinta años, esa meditación argentina que la comunidad académica quería homenajear en las vísperas de su destierro.

Ese libro que hoy les anuncio tratará sobre mi propia vida, la vida de un poeta y pensador privado que reproduce en su existencia las tendencias profundas de su país. Ese libro será al mismo tiempo una autobiografía, un tratado de ciencias, un manual de estrategia y la descripción de una batalla. La historia del último anarquista y del último pensador.

En los años de su enfermedad había entrado en un territorio de absoluta oscuridad. Territorio abandonado a los hechiceros y a los neurópatas, pero territorio que también habitan los seres vivos, entre la miseria inerte y la vastedad de la llanura. No había pensado en ese territorio como un supersticioso sino como un desahuciado. Y llegar a ser un desahuciado puede ser un trabajo de toda la vida. Hay una lucidez extrema en la extrema enfermedad. No por su contenido sino por su forma. Existen pensamientos enfermos porque son falsos y existen pensamientos sanos que sin embargo tienen la forma de una enfermedad. Señores, el conocimiento es como una dolencia abstracta producida por un órgano que no está destinado a pensar, diría en su Discurso a la Universidad. Pero no es una metáfora, es una dolencia corporal, la peste blanca. Como una perla y la ostra, si quieren que me exprese otra vez con metáforas.

Para pensar hay que dejar de tomar decisiones. Hay que forzar la inteligencia en el ejercicio inútil del pensamiento puro. La indecisión ya es una enfermedad del pensamiento. Y ese es el origen de la filosofía. Por eso el pensamiento es del orden de la enfermedad y de la parálisis. Entiendo la enfermedad como la suprema indecisión. Luego de treinta años de practicar el pensar perfecto mi cuerpo fue ganado por el pensamiento y adquirió la forma del pensar situado. Todo mi cuerpo se convirtió en el pensamiento puro de la patria.

Soy el último pensador argentino pero todavía no he sido aniquilado; estuve a punto de ser aniquilado pero he podido salvarme.

Cuando pudo comprender el sentido teórico de su enfermedad, logró ingresar en ese mundo poblado de materia y muerte con sus increíbles y variadas transformaciones, desbrozando –de los materiales de la civilización– los prejuicios, la crueldad, los intereses que se han ido acumulando como un detritus –como cenizas blancas– en medio de la construcción de la ingeniería y del alarife, y ahí quedó sepultada la obra del hombre: la presencia de la tierra, del agua y de los vientos y las voces queridas sobreviven apenas encerradas en cápsulas transparentes en medio en una pampa de cenizas, un cristal soñador perdido en las grandes salinas.

Ahora pensaba en los telares. ¿Conocía el telar criollo? Hilo, nudo, cruz y nudo, rojo, verde, hilo y nudo, hilo y nudo. La madre de Sarmiento, bajo el peral, tejiendo en el telar de las penas. La sentencia de Fierro: es un telar de desdicha cada gaucho que usted ve. Ver cómo las cosas se tejen en el telar de las arañas incognoscibles es escalofriante hasta el tuétano. Su mayor preocupación era sorprender el secreto de ese juego. Precisamente en el libro que escribiría en el destierro, el último libro del último pensador, y al que ya había comenzado a nombrar El libro de los telares, trataría de dibujar la máquina del acontecer impersonal. ¡La filatura y la teneduría mecánica del destino! Antes se creía que era indispensable conocer algo de mecánica, de física, para explicar los fenómenos sociales, hoy es la biología, recortada del mundo físico, lo único que nos puede auxiliar. ¿Se imagina usted lo que es una metamecánica de los coloides, por ejemplo? ¡Claro que lo imagina! Pues ahí está el hallazgo de las grandes formas de los embriones sociales de lo que antes decía: los telares. Se tejen en alguna parte, ¡hay

que averiguar dónde! Y nosotros vivimos tejidos, floreados en la trama. Todavía resultará que una institución tiene forma de avispa, otra de cangrejo, otra de águila ¡y que no hay más que una sola fábrica para todo! Ah, si pudiera volver a penetrar aunque fuera un instante, para ver una vez más el taller donde funcionan todos los telares, ¿iba a perder después el tiempo mirando con lupa los tejidos? La visión dura un segundo. Después caigo en el sueño bruto de la realidad. Tengo tantas cosas pavorosas que contar.

Soy el último anarquista y el pensador privado por excelencia. Nadie más privado que yo (de todo). Trabajaba en su libro definitivo que sería una exposición detallada de su descubrimiento, superpuesto y tejido y entreverado con una historia musical de su vida.

Por pura decisión testamentaria había decidido que su libro se publicara en una fecha que dejaba en un sobre que debía ser abierto a los veinticinco años de su muerte. No antes ni después. La verdadera legibilidad siempre es póstuma. Escribimos para los muertos y también para los pesquisas. Porque ellos leen todo, registran todo. En el fondo escribimos para la inteligencia del Estado. ¿Cómo impedir que nos lean? Quería convertirse en inédito. En su Discurso a la Universidad iba a insinuar que pensaba publicar su libro con seudónimo, pero no con un seudónimo, con otro nombre que nadie pudiera, ni remotamente, asociar con el suyo. Nadie iba a conocer con qué nombre pensaba publicar su libro. Por ejemplo, había pensado publicarlo como un libro anónimo, pero eso iba a llamar la atención. ¿No sería mejor publicarlo como un libro inédito de un escritor conocido, atribuírselo a otro, dejar que lo lean como si fuera de otro? Le gustaría que cualquier libro que se publicara después de su muerte pudiera ser leído como su obra. Esa era su herencia a la embrutecida juventud argentina.

Ese era el enigma que dejaba a los pesquisas. Ningún acto mejor que cambiar de nombre y perderse en la llanura como los hijos de Fierro. Un libro perdido en el mar de los libros futuros. Una adivinanza lanzada a la historia. Una obra pensada para pasar, como quien dice, desapercibida. Para que alguien la encuentre por azar y entienda su mensaje. Esa era su estrategia frente a la política de desconocimiento, aislamiento, amenaza y guerra que le había entablado la intelectualidad dominante.

Donde todos se enriquecen y se cubren de honor, yo construyo un plan para aniquilarme. Esa decisión es simétrica a la que había tomado en sus comienzos: cuando recibió los máximos honores y fue reconocido como el mayor poeta argentino y el más virtuoso de los maestros de la lengua, entonces dejó de escribir poesía. La obra maestra voluntariamente desconocida cifrada y escondida entre los libros.

A veces, dijo, imaginaba esa noche, cuando faltaba poco para que se iniciara su Discurso a la Universidad, ya caminaba hacia el estrado, ya había escuchado con resignación los elogios de sus enemigos. Iba a subir los escalones con elegancia y naturalidad. De pie frente a la muchedumbre, cuando se acallaran los aplausos, con la luz de las lámparas en la cara, sin ver a nadie, encandilado y lúcido, diría al empezar:

He venido aquí, esta noche, señores y señoras, a hablarles de un descubrimiento único y también a despedirme de ustedes. Había pensado hacerles una pequeña interpretación musical con mi violín. Hubiera sido un excelente medio de sintetizar mi pensamiento que ejecutara ante ustedes un discurso hecho de música. Podrían ver mi maestría en el arte del violín como una repetición de mi maestría en el pensar. Pero he desechado esa posibilidad porque no hubiera podido hacer alguno de los anuncios que quiero hacer esta noche, anuncios estrictamente

personales. Estamos en guerra. Mi táctica bélica puede resumirse en dos principios. Primero, yo solo ataco cosas que triunfan, en ocasiones espero hasta que lo consiguen. Segundo, yo solo ataco cuando no voy a encontrar aliados, cuando estoy solo, cuando me comprometo exclusivamente a mí mismo.

Pienso y eso no cambia nada. Estoy solo. Estoy confortable en la soledad. Nada suave me pesa. Soy robado por el dolor. Estoy acá por agradecimiento. ¿No sería entonces oportuno atreverme a señalar el último rasgo de mi naturaleza?

Durante demasiados años he vivido expuesto a la luz cruda de la lengua argentina como para no padecer quemaduras en la piel. Porque la luz de la lengua es como un rayo químico. Esa luz clara, el agua purísima de la lengua materna, mata a los hombres que se exponen a ella. Las manchas en la piel fueron la prueba de mis pactos alquímicos con la llama secreta del lenguaje nacional. Esa luz es como el oro. La luz de la lengua destila el oro de la poesía. Ese ha sido otro rasgo de mi enfermedad, que muchos han considerado un síntoma de locura. El exceso de exposición a la luz de la lengua argentina, esa claridad, muy pocos la han conocido y todos han pagado su precio con el cuerpo porque la luz de la lengua martiriza a quien se expone a su sutil transparencia.

Si voy a empezar y así sucesivamente, me dijo, les expondré con humildad mi pensar a quienes se hayan reunido para escucharme en el Aula Magna de la Universidad, en el borde de la Patagonia, en el recinto del pensamiento austral. Y terminaré así: Renuncio a mi cátedra a la que he denominado Sociología de la Llanura. ¿No les llama la atención un título tan sugerente? Es el espacio pleno, es el desierto, es la intemperie sin fin, como dijo el poeta, y es ahí, señores, donde pienso perderme. Muchas gracias.

EN EL BAR EL RAYO

Había pasado todo el sábado leyendo El idiota porque estaba escribiendo un relato sobre un joyero al que me gustaba imaginar como una suerte de príncipe Mishkin, pero al rato ya me había olvidado de todo y estaba hundido en la novela de Dostoievski. El carácter destructivo de la bondad era lo que hacía marchar la historia con la violencia metálica de un tren que se ha salido de las vías y arrasa todo lo que encuentra en el camino. La compasión anula al Príncipe y a Natasha Filippovna, que se enfrentan en escenas de increíble intensidad. Quedé atrapado por la intriga, y cuando me quise acordar era más de medianoche y me había olvidado de mis amigos y en especial de Vicky, una bella pelirroja con la que yo salía en aquel tiempo.

Era sábado, estaba solo y demasiado cansado para llamar a nadie. Salí a la calle y fui al bar El Rayo frente a la estación de ferrocarril y me dediqué a mirar el mundo. La ciudad parecía otra, más oscura y procaz, con desesperados que salían del hipódromo y rondaban como gatos por la zona. En un reservado del bar estaban las alternadoras, a las que se les pagaba un trago –o dos tragos– por conversar hasta que al fin se podía ir con ellas a los hoteles que abundaban cerca de la terminal. A cualquier hora hay hombres buscando una mujer, cruzan furtivamente hacia los dancings que en la noche dejan caer sobre la ciudad una música dulce. En la entrada un joven, alto, demacrado, vestido con un largo sobretodo negro, se había detenido con aire espectral y le hacía señas a una de las chicas que en un costado escuchaba en la vitrola un bolero de Agustín Lara. Parecía un estudiante crónico que había salido como yo de su covacha y rondaba con el aire de un lobo solitario.

Pedí una ginebra y después otra; sentía una rara euforia, como si por fin sintiera el sabor áspero de la vida. Tenía dieciocho años, vivía solo y, como siempre que llevaba dinero encima, me sentía sosegado y seguro al tocar los billetes en el bolsillo, podía entrar en la estación y sacar un boleto a cualquier lado y viajar durante días hacia el norte en un tren de larga distancia; podía buscar una mujer y pagarle para que estuviera conmigo esa noche. Encontrar a una altiva Natasha Filippovna que vendiera su cuerpo como hacía ella en la novela. Mishkin había participado en la puja porque quería salvarla, pero al fin, cuando el villano Rogozin sube la oferta hasta una suma inconcebible, Natasha accede a quedarse con él. El tiempo pareció detenerse en esa escena magistral: todos la miran, ella toma el grueso fajo de billetes, da unos pasos y, con una dulce sonrisa malvada, arroja el dinero al fuego de la chimenea. Hubo gritos, voces y luego un silencio que parecía tan hundido en la trama que me dejé una vez más arrastrar por la locura de la historia. Los hombres se miran encandilados por ese acto demencial, Rogozin la insulta y trata de rescatar el dinero entre las llamas, mientras el Príncipe llora desconsolado. De pronto se apagaron las luces y al instante volvieron a encenderse, iban a cerrar el bar, los mozos acomodaban las sillas sobre las mesas vacías, ya no había chicas en el reservado. Eran casi las tres de la mañana, la ciudad estaba quieta.

Salí al aire frío de la noche y me hundí en el abrigo para defenderme del viento helado. Algunas luces brillaban todavía en la estación, pero decidí volver a mi cuarto y crucé la esquina hacia la diagonal buscando la parada de taxis y, como si me hubiera estado esperando, vi a una de las chicas del bar refugiada en un zaguán.

–Dónde vas, chiche, ¿me llevás? –dijo.

Era rubia, menudita, los ojos muy pintados, tendría mi edad, o menos quizá, y se abrigaba con un sacón blanco de piel de oveja.

–Vos sos una que trabaja en El Rayo.

–No soy una y no trabajo, paro en El Rayo. ¿Y a vos qué te pasa? Parecés un fantasma –se reía–. Vamos juntos.

–No estoy con ganas, nena.

–¿De llevarme?, pero qué muermo...

–Ahí viene un taxi, tomalo, vení. –Ella no se movía y el taxi siguió de largo, así que me arrimé al zaguán.

–No tengo biyuya –dijo, y se frotó la yema de los dedos–. Dame un cigarrillo.

Fumamos al amparo, cobijados del aire de la madrugada. Sentía el olor áspero a cuero curtido del saco de piel y la escuchaba hablar con su voz infantil, sin parar, como si estuviera asustada. Me contó que era de Chivilcoy, que se llamaba Constanza, pero le decían Coti, vivía en Tolosa, dijo que tenía mucha energía interior y que era devota de la Virgen del Carmen. Se movió bajo la luz, pensativa, y parecía estar ofreciéndose al que quisiera comprarla.

Me tomó del brazo y se apretó contra mí, si yo no la llevaba iba a tener que dormir ahí hasta que abriera la estación y saliera el primer tren de las seis. Miró el relojito con la figura de Mickey Mouse que llevaba en la muñeca.

–Estoy acostumbrada a dormir acá –dijo–, los tipos hacen sus cosas y después no me llevan, pero a mí no me importa, yo estudio teatro y Stanislavski dice que el actor tiene que acostumbrarse a todo y que todo le sirve para la memoria afectiva.

De pronto me di cuenta de que desvariaba un poco, de cerca parecía más chica, debía tener quince años, dieciséis... Pensar eso me excitó y entonces, casi sin pensarlo, me alejé un paso de

ella y Coti retrocedió como si hubiera visto algo malo en mi cara.

–No me pegues... –Se tiró atrás.

–Pero qué decís... Sos tan linda, tomá. Me tengo que ir. Guardá esto. Ahí tenés un taxi. –Y le metí el rollo de billetes en el bolsillo del sacón.

Un taxi bajaba por la calle y le hice señas.

–Qué me das –dijo ella, y dio un paso al costado, con el montón de dinero en la mano–. Plata por nada, pero qué te creés, degenerado, me querés humillar –dijo, y empezó a tirar la plata al suelo–. Te pensás que soy una pordiosera –dijo, y enfiló hacia el taxi mientras yo juntaba los billetes en la vereda.

–Tomá. Dejame que te ayude...

–Estás borracho, ¿quién te conoce?

Subió al taxi, que estaba contra el cordón de la vereda con la luz de adentro prendida.

–Pero qué tarada... No ves que gané en las carreras... Bajá la ventanilla.

Estaba adentro ya, como exhibida en una vidriera iluminada, y agitó la cabeza pero vi que se reía.

–Dame un beso –le dije.

Abrí la puerta y el taxi arrancó mientras yo me sentaba con ella y empezaba a besarla y a tocarla bajo la blusa y el chofer nos miraba por el espejo.

–Apagá la luz –le dije. Ella se me había acurrucado en el pecho–. ¿Adónde vas? –le pregunté.

–Al hotel –dijo ella.

–Mejor a mi pieza.

Pasamos la noche juntos, parecía una nena, en realidad era una nena, pero se movía y hablaba como si estuviera de vuelta

de todo. Se levantó desnuda y revisó el cuarto, abrió el libro de Dostoievski.

–¿Qué leés? Uy, este sí que es un muermo... No conoce la motivación emocional, todos los personajes parecen locos, hacen cualquier cosa, sin ninguna memoria afectiva. Yo estudio teatro con Gandolfo...

–¿Qué? ¿Vas a Buenos Aires?

–No, vienen acá a Bellas Artes, él y Alezzo dan clase, quiero hacer un show en El Rayo, estoy ensayando, ¿no me viste hoy? Si tuviera plata me iría a Buenos Aires, tengo una amiga que trabaja en el Bambú..., es contorsionista, hace striptease, le va superbién... –Miró la foto de Faulkner en la pared, revisó el ropero y la escuché hurgar en el botiquín del baño común en el pasillo.

A mediodía salimos al patio y enseguida empezó a seducir a los provincianos que vivían conmigo, incluido al extremadamente tímido de Bardi. Se quedó un par de días con nosotros, pasaba de una pieza a otra, cada noche. La escuchaba reír o gritar con su vocecita de muñeca mientras yo leía la novela de Dostoievski. La segunda parte no es tan buena como la primera.

PRIMER AMOR

Me enamoré por primera vez cuando tenía diez años. En medio de la clase apareció una muchacha de pelo colorado y la maestra la presentó como la alumna nueva. Estaba parada al lado del pizarrón y se llamaba (o se llama) Clara Schultz. No recuerdo nada de las semanas siguientes, pero sé que nos habíamos enamorado y que tratábamos de ocultarlo porque éramos chicos y sabíamos que queríamos algo imposible. Algunos recuerdos todavía me duelen. En la fila los otros nos miraban y ella se ponía todavía más colorada y yo aprendí lo que era sufrir la complicidad de los imbéciles. A la salida me peleaba en la canchita de Amenedo con tipos de quinto y de sexto que la seguían para tirarle abrojos en el pelo, porque ella lo llevaba suelto hasta la cintura. Una tarde volví a casa tan golpeado que mi madre pensó que me había vuelto loco o que me había agarrado una fiebre suicida. No podía decirle a nadie lo que sentía y parecía hosco y humillado, como si siempre anduviera con sueño. Nos escribíamos cartas, pero apenas sabíamos escribir. Me acuerdo de una sucesión inestable de éxtasis y de desesperación; me acuerdo de que ella era seria y apasionada y que nunca sonreía, quizá porque conocía el futuro. No conservo ninguna fotografía, solo su recuerdo, pero en cada mujer que he querido estaba Clara. Se fue como vino, imprevistamente, antes de fin de año. Una tarde hizo algo heroico y quebró todas las reglas y entró corriendo en el patio de los varones para venir a decirme que se la llevaban. Tengo la imagen de los dos en medio de las baldosas negras y el círculo sarcástico de los otros que nos miran. El padre era inspector municipal o gerente de banco y lo trasladaban a Sierra de la Ventana. Recuerdo el horror que me produjo la imagen de una sierra que también era una cárcel. Por eso había

llegado con el año empezado y por eso quizá me había amado. Fue tan grande el dolor que logré recordar que mi madre decía que si uno quería a una persona tenía que poner un espejo en la almohada, porque si la veía reflejada en el sueño se casaba con ella. Y a la noche, cuando en casa todos se habían dormido, yo caminaba descalzo hasta el patio del fondo y descolgaba el espejo en el que se afeitaba mi padre todas las mañanas. Era un espejo cuadrado, de marco de madera marrón, atado con una cadenita al clavo de la pared. Dormía de a ratos, tratando de verla reflejada al soñar, y a veces me imaginaba que la veía aparecer en el borde del espejo. Muchos años después, una noche, soñé que soñaba con ella en el espejo. La veía tal cual era de chica, con el pelo colorado y los ojos serios. Yo era otro, pero ella era la misma y venía hacia mí, como si fuera mi hija.

HOTEL ALMAGRO

Cuando me vine a vivir a Buenos Aires alquilé una pieza en el Hotel Almagro, en Rivadavia y Castro Barros. Estaba terminando de escribir los relatos de mi primer libro y Jorge Álvarez me ofreció un contrato para publicarlo y me dio trabajo en la editorial. Le preparé una antología de la prosa norteamericana que iba de Poe a Purdy y con lo que me pagó y con lo que yo ganaba en la universidad me alcanzó para instalarme y vivir en Buenos Aires. En ese tiempo trabajaba en la cátedra de Introducción a la Historia en la Facultad de Humanidades y viajaba todas las semanas a La Plata. Había alquilado una pieza en una pensión cerca de la terminal de ómnibus y me quedaba tres días por semana en La Plata dictando clases. Tenía la vida dividida, vivía dos vidas en dos ciudades como si fueran dos personas diferentes, con otros amigos y otras circulaciones en cada lugar.

Lo que era igual, sin embargo, era la vida en la pieza de hotel. Los pasillos vacíos, los cuartos transitorios, el clima anónimo de esos lugares donde se está siempre de paso. Vivir en un hotel es el mejor modo de no caer en la ilusión de «tener» una vida personal, de no tener quiero decir nada personal para contar, salvo los rastros que dejan los otros. La pensión en La Plata era una casona interminable convertida en una especie de hotel berreta manejado por un estudiante crónico que vivía de subalquilar los cuartos. La dueña de la casa estaba internada y el tipo le giraba todos los meses un poco de plata a una casilla de correo en el hospicio de Las Mercedes.

La pieza que yo alquilaba era cómoda, con un balcón que se abría sobre la calle y un techo altísimo. También la pieza del Hotel Almagro tenía un techo altísimo y un ventanal que daba

sobre los fondos de la Federación de Box. Las dos piezas tenían un ropero muy parecido, con dos puertas y estantes forrados con papel de diario. Una tarde, en La Plata, encontré en un rincón del ropero las cartas de una mujer. Siempre se encuentran rastros de los que han estado antes cuando se vive en una pieza de hotel. Las cartas estaban disimuladas en un hueco como si alguien hubiera escondido un paquete con drogas. Estaban escritas con letra nerviosa y no se entendía casi nada; como siempre sucede cuando se lee la carta de un desconocido, las alusiones y los sobreentendidos son tantos que se descifran las palabras pero no el sentido o la emoción de lo que está pasando. La mujer se llamaba Angelita y no estaba dispuesta a que la llevaran a vivir a Trenque-Lauquen. Se había escapado de la casa y parecía desesperada y me dio la sensación de que se estaba despidiendo. En la última página, con otra letra, alguien había escrito un número de teléfono. Cuando llamé me atendieron en la guardia del hospital de City Bell. Nadie conocía a ninguna Angelita.

Por supuesto me olvidé del asunto, pero un tiempo después, en Buenos Aires, tendido en la cama de la pieza del hotel se me ocurrió levantarme a inspeccionar el ropero. Sobre un costado, en un hueco, había dos cartas: eran la respuesta de un hombre a las cartas de la mujer de La Plata.

Explicaciones no tengo. La única explicación posible es pensar que yo estaba metido en un mundo escindido y que había otros dos que también estaban metidos en un mundo escindido y pasaban de un lado a otro igual que yo y, por esas extrañas combinaciones que produce el azar, las cartas habían coincidido conmigo. No es raro encontrarse con un desconocido dos veces en dos ciudades, parece más raro encontrar, en dos lugares distintos, dos cartas de dos personas que están conectadas y a las que uno no conoce. La casa de pensión en

La Plata todavía está, y todavía sigue ahí el estudiante crónico, que ahora es un viejo tranquilo que sigue subalquilando las piezas a estudiantes y a viajantes de comercio, que pasan por La Plata siguiendo la ruta del sur de la provincia de Buenos Aires. También el Hotel Almagro sigue igual y cuando voy por la avenida Rivadavia, hacia la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Puán, paso siempre por la puerta y me acuerdo de aquel tiempo. Enfrente está la confitería Las Violetas. Por supuesto hay que tener un bar tranquilo y bien iluminado cerca si uno vive en una pieza de hotel.

LA MONEDA GRIEGA

Varias veces me hablaron del hombre que en una casa del barrio de Flores esconde la réplica de una ciudad en la que trabaja desde hace años. La ha construido con materiales mínimos y en una escala tan reducida que podemos verla de una sola vez, próxima y múltiple y como distante en la suave claridad del alba.

Siempre está lejos la ciudad y esa sensación de lejanía desde tan cerca es inolvidable. Se ven los edificios y las plazas y las avenidas y se ve el suburbio que declina hacia el oeste hasta perderse en el campo.

No es un mapa, ni una maqueta, es una máquina sinóptica; toda la ciudad está ahí, concentrada en sí misma, reducida a su esencia. La ciudad es Buenos Aires pero modificada y alterada por la locura y la visión microscópica del constructor.

El hombre dice llamarse Russell y es fotógrafo, o se gana la vida como fotógrafo, y tiene su laboratorio en la calle Bacacay y pasa meses sin salir de su casa reconstruyendo periódicamente los barrios del sur que la crecida del río arrasa y hunde cada vez que llega el otoño.

Russell cree que la ciudad real depende de su réplica y por eso está loco. Mejor, por eso no es un simple fotógrafo. Ha alterado las relaciones de representación, de modo que la ciudad real es la que esconde en su casa y la otra es solo un espejismo o un recuerdo.

La planta sigue el trazado de la ciudad geométrica imaginada por Juan de Garay, con las ampliaciones y las modificaciones que la historia le ha impuesto a la remota estructura rectangular. Entre las barrancas que se ven desde el río y los altos edificios que forman una muralla en la frontera

norte persisten los rastros del viejo Buenos Aires, con sus tranquilos barrios arbolados y sus potreros de pasto seco.

El hombre ha imaginado una ciudad perdida en la memoria y la ha repetido tal como la recuerda. Lo real no es el objeto de la representación sino el espacio donde un mundo fantástico tiene lugar.

La construcción solo puede ser visitada por un espectador por vez. Esa actitud incomprensible para todos es, sin embargo, clara para mí: el fotógrafo reproduce, en la contemplación de la ciudad, el acto de leer. El que la contempla es como un lector y por lo tanto debe estar solo. Esa aspiración a la intimidad y al aislamiento explica el secreto que ha rodeado su proyecto hasta hoy.

Siempre pensé que el plan oculto del fotógrafo de Flores era el diagrama de una ciudad futura. Es fácil imaginar al fotógrafo iluminado por la luz roja de su laboratorio que en la noche vacía piensa que su máquina sinóptica es una cifra secreta del destino; y lo que él altera en su ciudad se reproduce luego en los barrios y en las calles de Buenos Aires, pero amplificado y siniestro.

Las modificaciones y los desgastes que sufre la réplica –los pequeños derrumbes y las lluvias que anegan los barrios bajosse hacen reales en Buenos Aires bajo la forma de breves catástrofes y de accidentes inexplicables.

El fotógrafo actúa como un arqueólogo que desentierra restos de una civilización olvidada. No descubre o fija lo real sino cuando es un conjunto de ruinas (y en este sentido, por supuesto, ha hecho, de un modo elusivo y sutil, arte político). Está emparentado con esos inventores obstinados que mantienen con vida lo que ha dejado de existir. Sabemos que la denominación egipcia del escultor era precisamente «El-que-mantiene-vivo».

La ciudad trata entonces sobre réplicas y representaciones, sobre la lectura y la percepción solitaria, sobre la presencia de lo que se ha perdido. En definitiva trata sobre el modo de hacer visible lo invisible y fijar las imágenes nítidas que ya no vemos pero que insisten todavía como fantasmas y viven entre nosotros.

Esta obra privada y clandestina, construida pacientemente en un altillo de una casa en Buenos Aires, se vincula, en secreto, con ciertas tradiciones del arte de leer en el Río de la Plata: para el fotógrafo de Flores, como para Pierre Menard o el anónimo editor de las memorias de Marta Riquelme de Martínez Estrada, para Xul Solar o Torres García, la tensión entre objeto real y objeto imaginario no existe: todo es real, todo está ahí y uno se mueve entre los parques y las calles, deslumbrado por una presencia siempre distante.

La diminuta ciudad es como una moneda griega hundida en el lecho de un río que brilla bajo la última luz de la tarde. No representa nada, salvo lo que se ha perdido. Está ahí, fechada pero fuera del tiempo, y posee la condición del arte, se desgasta, no envejece, ha sido hecha como un objeto inútil que existe para sí mismo.

He recordado en estos días las páginas que Claude LéviStrauss escribió en La pensée sauvage sobre la obra de arte como modelo reducido. La realidad trabaja a escala real, «tandis que l'art travaille à l'échelle réduite». El arte es una forma sintética del universo, un microcosmos que reproduce la especificidad del mundo sin pasar por la mímesis. La moneda griega es un modelo en escala de toda una economía y de toda una civilización y a la vez es solo un objeto extraviado que brilla al atardecer en la transparencia del agua.

Hace unos días me decidí por fin a visitar el estudio del fotógrafo de Flores. Era una tarde clara de primavera y las

magnolias empezaban a florecer. Me detuve frente a la alta puerta cancel y toqué el timbre, que sonó a lo lejos, en el fondo del pasillo que se adivinaba del otro lado.

Al rato un hombre enjuto y tranquilo, de ojos grises y barba gris, vestido con un delantal de cuero, abrió la puerta. Con extrema amabilidad y en voz baja, casi en un susurro donde se percibía el tono áspero de una lengua extranjera, me saludó y me hizo entrar.

La casa tenía un zaguán que daba a un patio y al final del patio estaba el estudio. Era un amplio galpón con un techo a dos aguas y en su interior se amontonaban mesas, mapas, máquinas y extrañas herramientas de metal y de vidrio. Fotografías de la ciudad y dibujos de formas inciertas abundaban en las paredes. Russell encendió las luces y me invitó a sentar. En sus ojos de cejas tupidas ardía un destello malicioso. Sonrió y yo entonces le di la vieja moneda que había traído para él.

La miró de cerca con atención y luego la alejó de su vista y movió la mano para sentir el peso leve del metal.

–Un dracma –dijo–. Para los griegos era un objeto a la vez trivial y mágico... La ousía, la palabra que designaba el ser, la sustancia, significaba igualmente la riqueza, el dinero. –Hizo una pausa–. Una moneda era un mínimo oráculo privado y en las encrucijadas de la vida se la arrojaba al aire para saber qué decidir. –Se levantó y señaló a un costado. En un plano de Buenos Aires una ciudad se destacaba entre los dibujos y las máquinas–. Un mapa –dijo– es una síntesis de la realidad, un espejo sinóptico que nos guía en la confusión de la vida. Hay que saber leer entre líneas para encontrar el camino. Fíjese. Si uno estudia el mapa del lugar donde vive, primero tiene que encontrar el sitio donde está al mirar el mapa. Aquí, por ejemplo –dijo–, está mi casa. Esta es la calle Puán, esta es la

avenida Rivadavia. Usted ahora está aquí. –Hizo una cruz–. Este es usted. –Sonrió–. A nuestra gramática le falta visión sinóptica. La representación sinóptica produce la comprensión y la comprensión consiste en ver conexiones. De ahí la importancia de encontrar y de inventar casos-ejemplo intermedios. –Abrió un libro–. La lectura nos enseña a ver sinópticamente. El concepto de representación sinóptica designa nuestra forma de representación, el modo en que vemos las cosas. Hay representaciones que se unen con las cosas de las que son signos por una relación visible. Pero en esa visibilidad hacen desvanecer al original. Cuando se mira un objeto como si fuera la imagen de otro, se produce lo que yo he decidido llamar la sustitución sinóptica. Así es la realidad. Vivimos en un mundo de mapas y de réplicas. El concepto de representación sinóptica es de importancia fundamental. Designa nuestra manera de representar, la manera según la cual vemos las cosas. Esta representación sinóptica es el medio para la comprensión, que consiste en ver las conexiones. Ver como si. Esa era –dijo– la pasión que animaba a los lectores.

Los asesinos seriales matan réplicas, serie de réplicas que se repiten y a las que es preciso eliminar, una tras otra, porque vuelven a aparecer inesperadas, perfectas, en una calle oscura, en el centro de una plaza abandonada, como espejismos nocturnos. Por ejemplo Jack the Ripper buscaba descubrir en el interior de las víctimas el elemento mecánico de la construcción. Esas muchachas inglesas, bellas y frágiles, eran muñecas mecánicas, sustitutos.

Él en cambio –a diferencia de Jack the Ripper– había querido dejar de lado a los seres humanos y solo construir reproducciones del espacio donde habitan las réplicas.

Hablaba cada vez más rápido, en voz baja, y yo solo podía captar el murmullo de sus palabras que resonaban como

alucinaciones quietas.

–La idea de una cosa que deviene otra que es ella misma y se sustituye en su doble nos atrae, y por eso producimos imágenes. Pero mientras que el desdoblamiento representativo remite al despliegue de una relación articulada sobre un relevo, la sustitución sinóptica, lo que yo llamo la sustitución sinóptica, significa la supresión del relevo inmediato. La réplica es el objeto convertido en la idea pura del objeto ausente.

Después dijo que su nombre verdadero era un secreto sobre el que se sostenía la ciudad. Ese era el centro íntimo de la construcción.

–La cruz del sur... –agregó con una sonrisa.

Hubo un silencio. Por la ventana llegó hasta nosotros el lejano grito de un pájaro.

Russell pareció despertar y recordó que yo le había traído la moneda griega y la sostuvo otra vez en la palma de la mano abierta.

–¿La hizo usted? –Me miró con un gesto de complicidad–. Si es falsa, entonces es perfecta –dijo, y luego con la lupa estudió las líneas sutiles y las nervaduras del metal–. No es falsa, ¿lo ve? –Se veían leves marcas hechas con un cuchillo o con una piedra. Una mujer tal vez, por el perfil del trazo–. Y ve –me dijo–, alguien aquí ha mordido la moneda para probar que era legítima. Un campesino, quizá, o un esclavo.

Puso la moneda sobre una placa de vidrio y la observó bajo la luz cruda de una lámpara azul y después instaló una cámara antigua sobre un trípode y empezó a fotografiarla. Cambió varias veces la lente y el tiempo de exposición para reproducir con mayor nitidez las imágenes grabadas en la moneda.

Mientras trabajaba se olvidó de mí.

Anduve por la sala observando los dibujos y las máquinas y las galerías que se abrían a un costado hasta que en el fondo vi

la escalera que daba al altillo. Era circular y era de fierro y ascendía hasta perderse en lo alto. Subí tanteando en la penumbra, sin mirar abajo. Me sostuve de la oscura baranda y sentí que los escalones eran irregulares e inciertos.

Cuando llegué arriba me cegó la luz. El altillo era circular y el techo era de vidrio. Una claridad nítida inundaba el lugar.

Vi una puerta y un catre, vi un Cristo en la pared del fondo y en el centro del cuarto, distante y cercana, vi la ciudad y lo que vi era más real que la realidad, más indefinido y más puro.

La construcción estaba ahí, como fuera del tiempo. Tenía un centro pero no tenía fin. En ciertas zonas de las afueras, casi en el borde, empezaban las ruinas. En los confines, del otro lado, fluía el río que llevaba al delta. En una de esas islas, una tarde, alguien había imaginado un islote infectado de ciénagas donde las mareas ponían periódicamente en marcha el mecanismo del recuerdo. Al este, cerca de las avenidas centrales, se alzaba el hospital, con las paredes de azulejos blancos, en el que una mujer iba a morir. En el oeste, cerca del Parque Rivadavia, se extendía, calmo, el barrio de Flores, con sus jardines y sus paredes encristaladas y al fondo de una calle con adoquines desparejos, nítida en la quietud del suburbio, se veía la casa de la calle Bacacay y en lo alto, visible apenas en la visibilidad extrema del mundo, la luz roja del laboratorio del fotógrafo titilando en la noche.

Estuve ahí durante un tiempo que no puedo recordar. Observé, como alucinado o dormido, el movimiento imperceptible que latía en la diminuta ciudad. Al fin, la miré por última vez. Era una imagen remota y única que reproducía la forma de una obsesión. Recuerdo que bajé tanteando por la escalera circular hacia la oscuridad de la sala.

Russell, desde la mesa donde manipulaba sus instrumentos, me vio entrar como si no me esperara, y luego de una leve

vacilación se acercó y me puso una mano en el hombro.

–¿Ha visto? –preguntó.

Asentí, sin hablar.

–Tome –dijo, y me devolvió la moneda griega.

Eso fue todo.

–Ahora, entonces –dijo–, puede irse y puede decir lo que ha visto.

En la penumbra del atardecer, Russell me acompañó hasta el zaguán que daba a la calle.

Cuando abrió la puerta, el aire suave de la primavera llegó desde los cercos quietos y los jazmines de las casas vecinas.

Caminé por las veredas arboladas hasta llegar a la avenida Rivadavia y después entré en el subterráneo y viajé atontado por el rumor sordo del tren mirando la indecisa imagen de mi cara reflejada en el cristal de la ventana. De a poco, la microscópica ciudad circular se perfiló en la penumbra del túnel con la fijeza y la intensidad de un recuerdo inolvidable.

Entonces comprendí lo que ya sabía: lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño.

Russell se negó siempre a que su obra fuera divulgada y esa decisión convirtió su trabajo en la manía de un inventor extravagante. Y algo de eso había en él. Pero yo sé (y otros saben) que ese trabajo maniático, llevado adelante durante décadas, es un ejemplo de la revolución que sostiene al arte desde su origen.

Russell forma parte de ese linaje de inventores obstinados, soñadores de mundos imposibles, filósofos secretos y conspiradores que se han mantenido alejados del dinero y del lenguaje común y que terminaron por inventar su propia economía y su propia realidad. «Normalmente (escribió Ósip Mandelshtam) cuando un hombre tiene algo que decir, va hacia

la gente, busca quien lo entienda. Pero con el artista sucede lo contrario. Él escapa, se esconde, huye hacia el borde del mar donde la tierra termina o va hacia el vasto rumor de los espacios vacíos donde solo la tierra resquebrajada del desierto le permite esconderse. ¿Su andar no es acaso evidentemente anormal? La sospecha de demencia siempre recae sobre el artista.»

Hasta el final Russell mantuvo vivo ese espíritu de inventor de barrio y de amateur: pasaba los días en su laboratorio del barrio de Flores experimentando con el rumor quieto de la ciudad. Su obra parecía el mensaje de un viajero que ha llegado a una ciudad perdida: que esa ciudad sea la ciudad donde todos vivimos y que esa sensación de extrañeza haya sido lograda con la mayor simplicidad es otro ejemplo de la originalidad y del lirismo que caracterizaron su trabajo.

El proyecto fue visitado en el taller del artista durante veinte años individualmente por ochenta y siete personas, en su mayoría mujeres. Algunos han dejado testimonios grabados de su visión y desde hace un tiempo pueden consultarse esos relatos y esas descripciones en el libro La ciudad cercana, editado por Margo Ligetti en marzo de 1965 con una serie de doce fotografías originales del artista.

Muchas obras argentinas son secretos homenajes a esa ciudad enigmática y reproducen su espíritu sin nombrarla nunca porque respetan los deseos de anonimato y de sencillez del hombre que dedicó su vida a esa infinita construcción imposible.

El arte vive de la memoria y del porvenir. Pero también del olvido y de la destrucción.

La ciudad –como sabemos– se incendió en febrero de este año y adquirió inmediata notoriedad porque solo las catástrofes y los escándalos interesan a los dueños de la información.

El fotógrafo había muerto dos años antes en la oscuridad y en la pobreza.

De la ciudad solo sobreviven ahora sus restos calcinados, el esqueleto de algunos edificios y varias casas del barrio sur que han resistido en medio de la destrucción. La cineasta Luisa Marker filmó las ruinas y los últimos incendios y las imágenes que vemos hacen pensar en un documental que registra y recorre una ciudad que arde en medio de un eclipse nuclear.

En la penumbra rojiza, persiste la construcción en ruinas, espectral, anegada por el agua y semihundida en el barro. Ciertos indicios de vida han empezado a insinuarse entre los restos calcinados (casas donde las luces aún brillan, sombras vivas entre los escombros, música en los bares automáticos, la sirena de una fábrica abandonada que suena en el amanecer). Parecen las imágenes nerviosas de un noticiario sobre Buenos Aires en el remoto porvenir y lo que vemos es el destello de la catástrofe que todos esperamos y que seguro se avecina.

Hace unos días volví a ver esas imágenes y descubrí algo que no había notado antes. Vi la Plaza de Mayo. Y en la Plaza de Mayo vi el cemento resquebrajado y abierto y en un costado –al costado de un banco de madera– vi la moneda griega, el dracma griego: un punto, lo vi, calcinado y casi clavado en la tierra, ennegrecido, nítido.

A veces en las noches de insomnio me levanto y observo desde la ventana las luces interminables de la ciudad que se pierden en el río. Entonces abro el cajón de mi escritorio y levanto la moneda griega que me dio Lucía y su peso leve es como el peso leve del recuerdo.

Pienso que un día de estos, una tarde tal vez, me decida y baje a la ciudad ruidosa y febril y camine por las calles atestadas y, luego de bordear la Diagonal Sur, cruce la Plaza de Mayo y la deje en el mismo sitio donde Russell la dejó en su

réplica, a salvo y medio escondida, en un costado, sobre la vereda de cemento, disimulada bajo el banco de madera. Tengo que ir a buscarla, pienso a veces. Pero las noches pasan y no me decido. Ya lo haré, pienso. Cuando llegue el otoño y comiencen las primeras lluvias.

Los casos del comisario Croce (2007)

LIMINAR

El filósofo produce ideas, el poeta poemas, el cura sermones, el profesor compendios, etc. El delincuente produce delitos. Fijémonos un poco más de cerca en la conexión que existe entre esta última rama de producción y el conjunto de la sociedad y ello nos ayudará a sobreponernos a muchos prejuicios. El delincuente no produce solamente delitos: produce, además, el derecho penal y, con ello, al mismo tiempo, al profesor encargado de sustentar cursos sobre esta materia y, además, el inevitable compendio en que este mismo profesor lanza al mercado sus lecciones como una «mercancía». Lo cual contribuye a incrementar la riqueza nacional, aparte de la fruición privada que, según nos hace ver un testigo competente, el señor profesor Roscher, el manuscrito del compendio produce a su propio autor.

El delincuente produce, asimismo, toda la policía y la administración de justicia penal: comisarios, jueces, abogados, jurados, etc., y, a su vez, todas estas diferentes ramas de industria, que representan otras tantas categorías de la división social del trabajo, desarrollan diferentes capacidades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas. Solamente la tortura ha dado pie a los más ingeniosos inventos mecánicos y ocupa, en la producción de sus instrumentos, a gran número de honrados artesanos.

El delincuente produce una impresión, unas veces moral, otras veces trágica, según los casos, prestando con ello un «servicio» al movimiento de los sentimientos morales y estéticos del público. No solo produce manuales de derecho penal, códigos penales y, por tanto, legisladores que se ocupan de los delitos y las penas; produce también arte, literatura, novelas e incluso tragedias, como lo demuestran no solo La

culpa de Müllner o Los bandidos de Schiller, sino incluso el Edipo (de Sófocles) y el Ricardo III (de Shakespeare). El delincuente rompe la monotonía y el aplomo cotidiano de la vida burguesa. La preserva así del estancamiento y provoca esa tensión y ese desasosiego sin los que hasta el acicate de la competencia se embotaría. Impulsa con ello las fuerzas productivas. El crimen descarga al mercado de trabajo de una parte de la superpoblación sobrante, reduciendo así la competencia entre los trabajadores y poniendo coto hasta cierto punto a la baja del salario, y, al mismo tiempo, la lucha contra la delincuencia absorbe a otra parte de la misma población. Por todas estas razones, el delincuente actúa como una de esas «compensaciones» naturales que contribuyen a restablecer el equilibrio adecuado y abren toda una perspectiva de ramas «útiles» de trabajo.

Podríamos poner de relieve hasta en sus últimos detalles el modo como el delincuente influye en el desarrollo de la productividad. Los cerrajeros jamás habrían podido alcanzar su actual perfección si no hubiese ladrones. Y la fabricación de billetes de banco no habría llegado nunca a su actual refinamiento a no ser por los falsificadores de moneda. El microscopio no habría encontrado acceso a los negocios comerciales corrientes si no le hubiera abierto el camino el fraude comercial. Y la química práctica debiera estarle tan agradecida a las adulteraciones de mercancías y al intento de descubrirlas como al honrado celo por aumentar la productividad.

El delito, con los nuevos recursos que cada día se descubren para atentar contra la propiedad, obliga a descubrir a cada paso nuevos medios de defensa y se revela, así, tan productivo como la ingeniería, en lo tocante a la invención de máquinas. Y, abandonando ahora el campo del delito privado, ¿acaso sin los

delitos nacionales habría llegado a crearse nunca el mercado mundial? Más aún, ¿existirían siquiera naciones? ¿Y no es el árbol del pecado, al mismo tiempo y desde Adán, el árbol del conocimiento? Ya Mandeville, en su The Fable of the Bees (1705), había demostrado la productividad de todos los posibles oficios, etc., poniendo de manifiesto en general la tendencia de toda esta argumentación: «Lo que en este mundo llamamos el mal, tanto el moral como el natural, es el gran principio que nos convierte en criaturas sociales, la base firme, la vida y el puntal de todas las industrias y ocupaciones, sin excepción; aquí reside el verdadero origen de todas las artes y ciencias y, a partir del momento en que el mal cesara, la sociedad decaería necesariamente, si es que no perece.»

KARL MARX (1857)

1. LA MÚSICA

Estaba amaneciendo cuando el comisario Croce sintió un rasguido en el aire, como una música. Después, a lo lejos, vio un resplandor, tal vez era el fuego de un linyera o una luz mala en el campo. «Comparo lo que no entiendo», pensó. La realidad estaba llena de señales y de rastros que a veces era mejor no haber visto. Desde hacía meses vivía de prestado en la casa medio abandonada de un puestero en la estancia de los Moya, esperando que se resolviera su expediente y le pagaran la jubilación.

El resplandor se había apagado de golpe pero la claridad persistía al fondo de la hondonada. Las vacas se habían arrimado al alambrado y mugían asustadas por esa luz tan blanca. El cielo estaba limpio y en el aire vio un pájaro –«una calandria», pensó– que volaba en un punto fijo, aleteando sin avanzar.

Bajó por el cauce del arroyo seco y cortó camino entre las casuarinas. El Cuzco lo seguía, olfateando la huella con un quejido, el pelo hirsuto, la mirada vidriosa.

–Vamos –le dijo Croce–. Tranquilo, Cuzco.

De pronto el perro salió corriendo y empezó a ladrar y a hurgar en la tierra. En el pasto, en medio de un círculo de ceniza, había una piedra gris. Croce se agachó y la estudió; se levantó, la miró de lejos, volvió a inclinarse y pasó la mano abierta por el aire, sin tocarla. Era como un huevo de avestruz y estaba tibia. Cuando la alzó, el pájaro que volaba inmóvil pareció quedar suelto y se alejó con un graznido hacia los álamos. El material era rugoso, muy pesado; el objeto venía de los confines del universo. Un aerolito, decidió Croce.

En el almacén de los Madariaga todos festejaron la llegada de Croce con la piedra («el cascote») que había caído del cielo. La apoyaron sobre una mesa y vieron que era un imán: sintieron un tirón en las rastras, las tijeras de esquilar del viejo Soto no se abrían, las monedas se deslizaban por la tabla y hasta los cascarudos y un mamboretá fueron atraídos por la piedra y quedaron pegados en el borde.

–Se puede hacer plata con esa cosa –dijo Iñíguez.

–En un circo –arriesgó Soto.

–En la ruleta, en Mar del Plata... –siguió Ibáñez–. La movés y la bolita va al número que quieras.

–Tiene un silbido –dijo Soto, escuchando con una mano en la oreja.

–Es la ley de gravedad –dijo Croce–, lo que pesa, se viene abajo... –Los parroquianos lo escuchaban, intrigados–. Vaya uno a saber en qué época empezó a caer y a qué velocidad. Parecía una llamarada en el campo...

–La enciende la fricción en la atmósfera –tanteó Ibáñez.

–Hay que dar cuenta –dijo Madariaga.

–Claro. Prestame el teléfono –dijo Croce.

Tenía que ver. Llamó a Rosa, la bibliotecaria del pueblo, y ella le dijo que iba a averiguar. Croce pidió una ginebra, la primera del día era siempre la mejor. Por ahí la piedra le cambiaba la suerte.

Al rato lo llamó Rosa. Había hablado con Teruggi, del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, sí, era un aerolito, tenían que analizarlo, y además le dijo que los objetos extraterrestres son de quien los encuentra y no del dueño del lugar donde caen. A Croce le gustó esa distinción y también la palabra extraterrestre.

–Dice que te van a recompensar y qué querés.

–Cómo qué quiero...

–A cambio. Plata no, algo...

–No sé. –Se quedó pensando–. Un telescopio.

Rosa se largó a reír.

–¿Y para qué un telescopio?

–Para verte a vos de lejos...

–Mirá qué bien... Cualquier cosa podés pedir –siguió ella–. En el universo no hay propiedad. Pensalo –dijo, y cortó.

Un trueque, eso también le gustó. A veces, en tiempo de sequía, no había un peso en el pueblo y al maestro le pagaban con gallinas, a Croce no le cobraban la comida en el restaurante del hotel, a Rosa le pagaban el sueldo con medicina para el dolor de los huesos. Siempre había querido tener un telescopio. En la noche, en el campo, se puede ver muy bien el firmamento. La luz de las estrellas no viene del espacio, viene del tiempo. Soles remotos, muertos hace miles y miles de años. Pensar eso lo aliviaba cuando no podía dormir y en la cabeza le zumbaban los presagios y los malos pensamientos. Con el telescopio, por ahí las noches se le hacían cortas y algo podía aprender sobre el universo.

Lo sacó de la meditación una llamada del doctor Mejía, un abogado de La Plata que le estaba tramitando la jubilación y el retiro. Querían consultarlo sobre el asunto del marinero yugoslavo que había matado a una copera en un piringundín de Quequén. Croce había leído algo sobre el asunto.

–Messian, el defensor de oficio, anda desorientado y quiere que visites al detenido.

–¿Para?

–Nadie lo entiende, habla en croata...

–¿Y yo qué puedo hacer?

–Andá a verlo, pobre pibe. Está preso en Azul.

A mediodía subió al coche y salió para el sur. Lo consultaban como si estuviera en actividad y le decían comisario y él era un excomisario, estaba retirado pero lo llamaban igual al teléfono del almacén de los Madariaga, como si fuera su despacho. «Sí, claro, cómo no», pensaba, «un despacho de bebidas...» Lo divirtió el símil. «Mi despacho», pensó. Podía poner una bandera y un retrato del general San Martín y detener a todo el mundo, menos a los borrachos y a los que vendían whisky de contrabando. Había dejado el aerolito al cuidado de Rosa en la biblioteca.

–Ojo, atrae todos los metales... –le había dicho.

–Ya veo –dijo Rosa–. Me tironea la rodilla. Subila ahí, en el costado.

Tenía una rótula de aluminio, pero caminaba sin renguear, bella y liviana, y con el bastón le mostró el hueco en la estantería donde ubicar la piedra.

La miraron un rato.

–Brilla.

–Titila. Parece que estuviera viva –dijo Rosa.

A veces dormía con ella. Dormir es un decir, se pasaban la noche conversando, discurriendo, tomando mate. De vez en cuando se metían en la cama. A Rosa no le gustaba que los vieran juntos. Nadie quiere que lo vean con un policía. «Pero yo soy un expolicía, estoy retirado.» Ella se reía, se iluminaba. «Por eso no, Croce..., es que sos muy feo.»

En la cárcel lo estaba esperando el abogado de oficio, flaquito y activo, fumaba nervioso. Y mientras entraban le hizo un resumen del caso.

La noche del 8 de mayo de 1971, después de desembarcar en Quequén, Sandor Pesic, junto con otros tres marineros del barco Belgrado que venía a cargar trigo en los silos del puerto,

se fue a tomar unas copas al bar Elisa, un cabaret en la zona mala del puerto. Estuvieron un rato ahí bebiendo cerveza con las chicas. Sus compañeros se retiraron, pero Pesic se quedó porque le gustaba estar bajo techo, en la luz, sentado a una mesa, «como si fuera de ahí», dijo el abogado, y concluyó, amargado, «me saqué la lotería con este individuo». «Debe pensar que individuo es una palabra jurídica», pensó Croce mientras pasaban los retenes y las rejas y cruzaban los pasillos. «Un masculino, podría haber dicho», pensó Croce, «cómo no, un varón, un mocito desgraciado sería mejor.»

Pesic, solo y algo bebido, sin hablar castellano, presenció esa noche una pelea de las alternadoras Nina González y Rafaela Villarrica con un cliente. Como la pelea subía de tono, Pesic quiso intervenir para calmarlos, pero recibió un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente. Cuando despertó, Nina estaba muerta en el piso y la otra mujer gritaba y lloraba pidiendo ayuda. El hombre, el cliente, ya no estaba. La policía detuvo a Pesic cuando volvió al barco. Había huido, asustado, en medio del tumulto. Lo encarcelaron, el Belgrado partió y él quedó solo, en este país perdido.

En el juicio lo declararon culpable del asesinato de González y lo condenaron a veinte años de prisión. De las muchas personas que testimoniaron, Pesic era el único sin antecedentes penales. Rafaela, única testigo de lo que había pasado esa noche, declaró cinco veces y en todas contó una historia distinta. Al escuchar la sentencia, el marino se agarró la cabeza y empezó a llorar mientras murmuraba en su idioma.

El abogado de oficio preparaba la apelación y no sabía para dónde agarrar.

–Usted, Croce, quién sabe, por ahí encuentra algo...

–Mejor voy solo –dijo el comisario.

El yugoslavo era un chico rubio, de cara flaca y ojos celestes, tendría dieciocho años, calculó Croce, diecinueve cuanto más, y estaba sentado en el catre, con la espalda apoyada en la pared. En el hueco de la ventana había puesto una foto donde se lo veía sonriendo y tocando el acordeón a piano al lado de una muchacha con el pelo suelto que lo besaba en la mejilla. Le había puesto una vela y unas flores a la fotografía, como si fuera un altar.

–Qué decís, che, soy el comisario Croce –dijo Croce para abreviar.

El yugoslavo habló un rato en croata y Croce lo escuchó con atención, como si lo comprendiera. Después sacó papel y lápiz y con señas le pidió que le dibujara la escena. Pesic hizo un cuadrado y luego otro al lado y otro cuadrado abajo y otro al costado, como quien hace una pajarera o cuatro mesas de billar vistas de arriba.

En el primer cuadrado hizo unas rayas y había que imaginar –por el birrete– que era un marinero sentado a una mesa con dos mujeres –a las que les había dibujado las melenitas– y varias botellas.

«Nina y Rafaela», pensó Croce.

En el segundo estaba el marinero tirado en el piso, con puntos negros en lugar de ojos y zzzz escrito al lado, en el idioma universal de las historietas.

«Estaba borracho y se había dormido o lo habían dormido de un golpe.»

En el otro dibujo, junto al muñequito acostado, había una puerta cerrada y un globito que decía toc toc.

«Dormido había soñado o había oído que alguien golpeaba la puerta», dedujo Croce.

En el último dibujo aparecía una de las mujeres tirada en el piso y Pesic sostenido de los brazos por dos muñequitos

forzudos.

–Y cuando estabas dormido o desmayado, golpearon la puerta –dijo Croce.

Pesic lo miró sin entender, Croce le mostró el segundo dibujo y Pesic volvió a hablar largamente haciendo gestos con la mano, quizá con la ilusión de que lo comprendiera. Imposible.

Entonces Croce puso las manos juntas en la cara y cerró los ojos.

–¿Estabas dormido? –preguntó.

Pesic negó con la cabeza, expectante.

–¿Cómo no? Primero entra uno y después el otro –dijo Croce mostrando primero un dedo y después dos–. ¿O fue uno solo que golpeó dos veces?

Pesic dijo que no con un gesto. Croce recordó de pronto que en los Balcanes, para decir sí, hacían el gesto de sacudir la cara de un lado al otro, y movían la cabeza de arriba abajo para decir no.

–Ahá –dijo Croce–. Sí.

El chico sonrió por primera vez. Después mostró un dedo y después dos dedos.

Uno había golpeado dos veces. Raro.

–¿Lo despertó o lo oyó en sueños? –preguntó Croce.

Pesic hizo unos gestos incomprensibles pero después cerró los ojos y Croce infirió que había escuchado los golpes mientras dormía.

–Si habían golpeado a la puerta dos veces, era una señal. Entonces el crimen había sido planificado y no era el resultado de una pelea casual. Y usaron a Pesic de chivo expiatorio. Primero lo desmayaron... –Croce había hablado en voz alta como le sucedía a veces mientras pensaba para adentro y Pesic lo miró asustado.

–No entendés ni jota –le dijo Croce.

El chico se tapó la cara y empezó a llorar. Croce le apoyó la mano en la cabeza.

En la pared del fondo de la celda había una leyenda grabada en la piedra. Meo sangre. Soy José Míguez. Yuta puta. Había cruces para marcar el tiempo y el dibujo primitivo y brutal de una mujer desnuda con las piernas abiertas. «La muerte siempre llama dos veces», pensó de golpe Croce.

Pesic era el condenado esencial, metido en una historia siniestra, en un puerto miserable, en un país desconocido. «Debe pensar», pensó Croce, «soy el náufrago de todos los náufragos, voy a morir solo en esta celda inmunda.» Pero ¿sería inocente? En el momento del hecho estaba dormido, no podía recordar nada, pero su salvación estaba en ese sueño.

–¿Te acordás qué soñaste? –preguntó Croce, y dibujó torpemente un títere dormido (zzzzz) y luego hizo un globo que le salía de la frente con nubes, un árbol, una casita con una chimenea de la que salía humo. El globo estaba dibujado con una línea de puntos que parecía temblar en el aire.

Pesic tomó el papel y dibujó una escalera circular y un mono subido a un árbol que en el cuadro siguiente ya había bajado y caminaba arrastrando los brazos hasta una puerta cerrada al fondo. Miró a Croce y después dibujó la puerta por el lado de adentro con el toc toc al costado. Se quedó quieto un instante y luego señaló a la chica de la foto y cerró los ojos. «Soñó con ella», dedujo Croce. Pero ¿la escalera y el mono? Esperó a ver, pero Pesic ya se había retirado a su cueva interior y miraba el vacío, hosco y callado. Entonces Croce juntó los dibujos y se despidió con una mueca compasiva.

–Se los llevo al defensor –dijo.

Afuera esperaba el abogado. Cruzaron por los mismos pasillos por los que habían entrado.

–Está embromado el hombre –dijo Croce–. Tuvo un sueño o vio algo mientras estaba dormido. Un mono, una escalera. –Le mostró los dibujos–. En el sueño escuchó golpear dos veces. En realidad era el asesino que venía de la calle. Golpeó la puerta dos veces para avisar... ¿a quién? –dijo Croce, y se voló un poco como siempre que estaba ante un caso difícil–. Los golpes habían sonado antes y no después. Los escuchó en sueños y marcan la entrada del asesino. En un crimen hay siempre una pausa, todo se detiene y vuelve a empezar. Es lo que pasó: alguien entró y mató a la chica. ¿Me entiende?

–Más o menos –dijo el abogado mirando los dibujos–, pero yo ¿cómo lo pruebo?

«Suerte que ya no soy más policía», pensó Croce mientras se alejaba. No podía dejar de pensar en el chico encerrado en la celda. «No tiene a nadie con quien hablar», pensó mientras salía del presidio y subía al auto y lo ponía en marcha. La ruta estaba medio vacía. «¿Qué puedo hacer por el chico?», pensaba mientras conducía y caía la tarde; la luz de los ranchos ardía, a lo lejos, en el campo abierto, y en el horizonte se oía ladrar los perros, uno y más lejos otro y después otro. «Los que no salen nunca de la cárcel son los cristianos como este», pensaba Croce mientras entraba en el pueblo. Cruzó la calle principal y saludó a los que lo saludaron desde las mesas en la vereda del Hotel Plaza.

Por fin detuvo el auto frente a la biblioteca y tocó bocina. Rosa salió y se apoyó en la ventanilla.

–Ya sé lo que quiero a cambio de la piedra que cayó del cielo.

–Ah, bien...

–Una «verdulera», una Hohner me gustaría. –Rosa se empezó a reír–. Sí –dijo Croce–. Ahora, en lugar de resolver los casos, les pongo música.

En las noches de verano, cuando las altas ventanas de la cárcel estaban abiertas, se escuchaba el acordeón a piano de Pesic que tocaba las lejanas melodías de su país. Cuando llegaba el invierno, el sonido dulce de la música solo se oía en los pasillos de la prisión y los presos agradecían poder vivir con el ritmo de esas extrañas canciones en el aire.

El 8 de septiembre de 1977, casi cinco años después de la visita de Croce, fueron detenidos en España dos argentinos de avería, Carlos Farro y Juan Montalvo, que confesaron su responsabilidad en el asesinato de la copera de Quequén. El caso se reabrió. Efectivamente, Farro estaba en el lugar y Montalvo golpeó dos veces la puerta para entrar. El gobernador redujo la pena de Pesic, y el yugoslavo dejó la cárcel de Azul por buena conducta en noviembre de 1977. Tenía veintiséis años. Había pasado años y años preso por un crimen que no había cometido. Al salir declaró que solo deseaba llegar cuanto antes a su pueblo natal, Trebinje, en Yugoslavia. Los diarios señalaron que el único objeto personal que se llevó consigo fue «su acordeón a piano». Y que en su español tentativo y austral dijo que agradecía al «hermano argentino» que se lo había «obsequiado».

«Obsequiado, ¿dónde habrá aprendido ese verbo, el pobre cristo?», pensó Croce. Salió al patio con el mate en la mano. Era noche cerrada y las estrellas titilaban en el cielo. «Lástima no tener un telescopio», pensó mientras veía brillar las Tres Marías en la insondable oscuridad.

2. LA PELÍCULA

Posiblemente la película pornográfica más antigua que se conserve sea el clásico argentino El sartorio de 1907. Esta cinta, y muchas otras realizadas por la misma época en Buenos Aires y Rosario, no estaban destinadas al consumo local, ni al popular, subrayó con lápiz rojo el comisario Croce que fumaba, sentado en su sillón giratorio de sheriff, con una visera de mica verde en la frente para atenuar la cruda luz que iluminaba su mesa de trabajo en la oficina en penumbras mientras leía el así llamado Reporte Top Secret, y un ventilador de techo daba despaciosas vueltas con un suave zumbido siniestro.

Las cintas sucias eran un entretenimiento sofisticado para el disfrute de la clase acomodada del viejo continente, volvió a subrayar Croce, y trazó luego un circulito sobre la palabra disfrute. El escribiente Lezama se esmeraba con el lenguaje. Era su nuevo ayudante y, por lo visto, quería hacerse notar. Tres mujeres se divierten en un río y empiezan a acariciarse entre sí, siguió leyendo Croce. Un hombre vestido de diablo con cola, cuernos y bigotes falsos sale del follaje y captura a una de las muchachas. Filmada en las riberas de Quilmes la película duraba veintiocho minutos. Es probable, aclaraba, prolijo, Lezama, que el título fuera una mala transcripción de El sátiro, dado que la vista muestra a tres ninfas teniendo sexo al aire libre con un fauno.

El escribiente era un perfeccionista, o estaba muy asustado, sospechó Croce, el detalladísimo informe estaba escrito a mano con esmerada caligrafía porque Lezama no había querido usar la máquina de escribir de la repartición para no comprometer a los oficiales de guardia. Siempre los grises secretarios de los pasillos interiores estaban mejor informados que los pesquisas que investigaban en la calle. El comisario andaba atrás de una

película filmada en 1940 o 1941, pero su ayudante le había elaborado un expediente con una variada e inútil información histórica sobre la producción de las variedades eróticas que se filmaban –y se habían filmado– en la Argentina.

«Las exportaban en su gran mayoría, eso era lo más significativo», pensó. Tal vez así convencían a las cabareteras y a las aspirantes a actrices a dejarse filmar: «No te preocupes, nena», les dirían, imaginó somnoliento Croce, «son para mandar afuera, quién te va a reconocer a vos en Europa.» El comisario había visto fragmentos de cintas obscenas en los allanamientos a los prostíbulos de Berisso y Ensenada, en su época de oficial inspector, tal vez eran cintas extranjeras las que daban en Buenos Aires y eran argentinas las que exhibían en las maisons cochon de París. De lo contrario, se le ocurrió, más de uno podía llevarse la sorpresa de encontrar a su mantenida –o a su señora esposa– en la ardiente pantalla practicando la sodomía con un marinero senegalés. Como en un sueño se vio entrando por los pasillos de los clandestinos de la vieja Recova para irrumpir en los saloncitos privados donde sorprendidos hombres maduros con los pantalones en los tobillos, acompañados por susurrantes pupilas en déshabillé y ligas negras, «calentaban los motores» (según la jerga) mirando las viciosas imágenes de dos hombres con una mujer –o de dos mujeres con un hombre– reflejadas en temblorosos lienzos blancos tendidos sobre las paredes encristaladas. El proyector seguía encendido en la penumbra, los hombres no se miraban unos a otros, las chicas se amontonaban tranquilas en un costado, vigiladas por los sufrientes agentes uniformados, mientras la cinta golpeaba, slam, slam, contra la bobina que seguía girando, y el comisario prendía la luz y pedía documentos. Hacía ya muchos años de eso y los allanamientos tenían siempre por objeto a un pez gordo, un juez, un senador,

un capitalista de juego, al que no se podía encerrar por otra cosa que no fuera por exhibicionismo y ofensa al pudor.

Pero ahora el asunto era distinto, algo más grave, supersecreto, ligado a la disputa de Perón con la Iglesia católica y a los rumores de golpe de Estado que agitaban el ambiente. Lo habían traslado a esa oficina anónima en los altos de la galería Rocha, en La Plata (Eva Perón, se llamaba la ciudad en aquel entonces), en la segunda semana de febrero de 1955. Uno de sus informantes tenía el dato, pero estaba tan aterrorizado y tan decidido a hacerse millonario con la película en cuestión (si no lo mataban antes para robarle el negativo) que había desaparecido de los lugares que solía frecuentar y exigía condiciones estrictas para cerrar el trato. El hombre, conocido como el turco Azad, había mandado a decir que solo trataría el asunto con su «amigo» el comisario Croce. No daba datos, decía que había visto la película por casualidad («de pedo», mandó a decir con su habitual tono campechano) en una casa de putas, en Siria, a fin de año, mientras pasaba las fiestas con sus parientes en su pueblo natal. Adujo que era un material explosivo y que había comprado carísimo el negativo y la única copia existente y había tenido que adornar buenamente a los tipos de la aduana para entrar sin problema los rollos. Iba de frente el turco Azad, hacía ver que era un negocio sucio y que él tenía el as de espada, el siete bravo y todos los colores del palo que hicieran falta para copar la parada. Era un amigo incondicional de sus amigos, un hombre del movimiento peronista a quien el azar había puesto en la emergencia de ayudar a la nación. «A cambio de una jugosa paga», completó Croce, que conocía bien al peje y sabía lo arisco, despiadado y difícil que era y también lo simpático y entrador que solía ser, capaz de encandilar a un ciego con su encanto. Croce estaba preocupado por tener que ocuparse personalmente de un

asunto tan oscuro. Con el debido respeto el escribiente Lezama disentía con ese parecer y recomendaba apretarle las clavijas al turco antes de cualquier trato. «No se preocupe», le dijo Croce, «conozco bien a ese individuo, a mí no me va a mentir.»

Mientras se iniciaban las negociaciones, para tirar una cortina de humo, Croce había ordenado una batida por las cuevas, los estudios clandestinos y los telos donde se filmaban esas piezas con jovencitas ambiciosas y veteranas coristas del varieté. La clave de este tipo de filme eran las mujeres, las actrices o las figurantas, filmadas siempre a cara descubierta y a cuerpo entero en posiciones bestiales y provocativas, ya que este material está masivamente destinado a los varones.

Croce recapituló la situación: estaba a cargo de una vaga investigación sobre un presunto chantaje al «más alto dignatario» y lo habían destinado a la sección de orden político. ¿Quiénes estaban al tanto del asunto? ¿Y de qué se trataba? Lo rodeaban tipos turbios, bichos encubiertos, servis, topos, hasta su escribiente podía ser un agente de inteligencia. Trabajaban con rumores, que ellos mismos filtraban o desmentían, pero en este caso lo más importante era el silencio absoluto: el trascendido era el peligro máximo, nadie sabía a quién pensaban chantajear, pero solo imaginarlo era un peligro. Había mucha información disponible: conversaciones telefónicas grabadas, prolijos seguimientos a políticos de la oposición, soborno a periodistas, censura de prensa, pero se abría un agujero negro respecto al sujeto en cuestión. No había un eje definido, ningún objetivo concreto, y –según el juez– el comisario tenía solo veinticuatro horas para subsanar «el inconveniente».

Meditaba entonces Croce, apretado por el tiempo y la responsabilidad. Incluso en un momento pensó que podían querer chantajearlo a él. Hacía años que mantenía una relación

clandestina con una mujer casada. Se había enamorado de ella cuando la mujer ya estaba viviendo con uno de los hombres más poderosos de la provincia. A veces pensaba que uno de los chicos de ese matrimonio –Luca– podía ser hijo suyo. Ella era demasiado libre y ardorosa para que esas filiaciones la preocuparan. «Bastantes problemas tengo con mantener una relación clandestina con un policía», le decía la Irlandesa. «¿Los habrían filmado en el hotel de la ruta?», pensó el comisario. «¿Había escuchado algún zumbido sordo, como el vuelo de un moscardón, de una filmadora atrás del espejo falso sobre la cama del cuarto del hotel?» Desvariaba, era demasiado perfecto pensar que le habían encargado una investigación para que descubriera que el culpable era él. Primero tenía que formular el enigma, para luego ver si podía resolverlo. Mejor dicho, si él mismo podía imaginar el enigma planteado por la Esfinge con cara de gato (o de pájaro o de tortuga, asoció al boleo) es porque estaba resuelto. Si entendía mal el mensaje del oráculo, estaba frito. «Edipo perdido como turco en la neblina», dijo en voz alta Croce, para joder un poco y reconfortarse.

En definitiva, Croce tenía que plantear el problema y definirlo, es decir, clasificarlo. Posible chantaje a un alto dignatario con una película pornográfica filmada en la Argentina para exportar. Se fue con el pensamiento por el campo entre la niebla, los alambrados brillaban como rayas blancas en la tierra oscurecida. Si seguía esa línea metálica en la neblina, ¿adónde iría a parar? Quizás a la hilera de alambre que cerraba el potrero para terminar entonces metido en una jaula de siete hilos. Dejó que se le espantaran los pajaritos de la cabeza y empezó a volar: «La respuesta a una pregunta que no se conoce», se dijo, «debe ser repentina y rápida como una aparición; no será evidente pero debe ser definitiva.» Él era un pájaro migratorio, había aterrizado aquí en la sección especial,

casi no le hablaban, eran furtivos y misteriosos, todo estaba encerrado entre cuatro paredes, pero tenía derecho a franquear el límite. «¿Por qué no?», se preguntaba Croce. «En este asunto no hay nada más allá.» Afuera no se puede ir, o sea que el asunto está adentro. El espacio lógico del discurso fáctico está cerrado y en el exterior solo existe la neblina. Pero si el límite era infranqueable era porque existía –o debía existir– un secreto que cerraba el paso.

Se levantó y se acercó a los ventanales: afuera estaba la plaza Rocha, se veían los faroles de luz amarilla, el edificio barroco de la Municipalidad, un ciclista que avanzaba por la calle pedaleando con displicencia. Se trataba entonces de un secreto, no de un enigma: alguien escondía algo –una información, más que una película– que ofrecía negociar, o mejor, vender. No era lo mismo revelar un secreto o encontrar un objeto. Croce de chico había visto las revistas prohibidas que se vendían bajo cuerda en los quioscos del bajo: venían envueltas en plástico negro y lo que había adentro podía ser o no lo que uno esperaba. Ver a una mujer haciendo el amor con un hombre. No era lo mismo estar con una mujer que ver a esa mujer haciéndolo con otro. Aunque pusiera un espejo, no era lo mismo. La Irlandesa también lo sabía y a veces para excitarlo jugaba con esa idea, levantarse un peón en la chacra y traerlo al hotel de la ruta para que él pudiera por fin verla gozar con un hombre.

Se alejó de la ventana y empezó a pasearse por el pasillo interior de la oficina, entre los archivadores y los muebles. Si estaba obligado a permanecer en el interior del problema, encerrado en sus límites, necesariamente la solución debía estar en una necesidad fáctica exterior, pero no ajena. Croce estaba muy concentrado, casi como un ajedrecista que buscara –antes de mover sus piezas– revisar todas las alternativas y jugadas

posibles hasta encontrar la salida salvadora que rescatara a su Reina en peligro. «¿Por qué la Reina?», se dijo, como iluminado, Croce. «Porque es la pieza más poderosa.» Sin embargo a esa altura del match, con el reloj corriendo solo de su lado, la Reina estaba muerta. Estaba perdida, había que ganar sin ella, por ella, por el peso de su ausencia, porque mientras estuvo viva mantuvo a raya a sus opositores, arrinconados contra el alambrado. Perder la Reina no quiere decir jugar sin ella. Entonces, dedujo, la Reina está muerta, pero la partida, desesperada y todo, está viva. La partida, pensó literalmente, es decir, el comienzo. ¿Qué hay al comienzo? Una película pornográfica filmada en 1940 o 1942, o 1943 (antes de 1945, subrayó mentalmente), quizá para exportar. Entonces por fin comprendió claramente la situación. Un chantaje no es un gambito, es un enroque, mejor un trueque. Así pues la explicación de la necesidad de respetar los límites era la causa del dilema. El que estaba siendo chantajeado –o estaba a punto de ser chantajeado– era un alto dignatario del gobierno. Y el chantaje no era el contenido de la película sino su existencia misma: poder decir que alguien tenía –o había visto– esa cinta era el chantaje. Con eso bastaba. «La carta robada», pensó. Pero esta vez el amenazado era el ministro. El ministro del Interior. Por eso no había nada afuera.

–Una cinta de esas –dijo el juez a cargo–. Hay que encontrar el negativo y quemarlo sin que nadie lo vea. Es un caso de chantaje, pero nadie conoce el contenido del anónimo –dijo–, porque es como un anónimo... –aclaró.

La producción de películas clandestinas era un asunto de trata de blancas, dictaminó el juez. Las mujeres son obligadas a hacer eso por dinero, de modo que la producción, o el tráfico de esos materiales, estaban penados y él –por ser el juez– podía extenderle una orden de allanamiento contra quien hiciera

falta. Era un delito federal, aclaró. Le asignaron como escribiente a Lezama, un pesado de los servicios de informaciones que de inmediato se declaró admirador de Croce y de sus métodos de investigación.

–Vea, Lezama –le dijo Croce–, el asunto en la superficie es sencillo, uno de mis informantes tiene la película y quiere negociar conmigo. Usted solo debe preparar esa reunión en las condiciones que esta persona proponga y llevar en una cartera de mano el equivalente al doble del precio que el ministro imagina que debe pagar. De todo lo demás me ocupo yo.

El turco Azad era un hombre jovial, un bromista de sonrisa rápida y ojos huidizos que empezó de muchacho vendiendo baratijas con un sulky por las chacras y terminó dueño de El Sirio, el mayor almacén de ramos generales de la provincia. Un enorme salón que ocupaba casi una manzana en el centro del pueblo, donde vendía desde avionetas para fumigar campos o cosechadoras Massey Ferguson hasta agujas de enfardar y profilácticos Velo Rosado. Era una figura respetada en la política del distrito y su extensa población de clientes empadronados en sus famosas libretas de fiado y consignación eran todos –como decía Azad– «leales y pampeanos» a la hora de votar. De hecho, solía decir el turco en las interminables y pesadas partidas de monte criollo en el almacén de los Madariaga –donde se habían apostado y perdido cosechas enteras y tropillas de un pelo–, Perón había armado a finales del 45 en tres meses una organización política nacional apoyado en las redes y los favores de los comerciantes sirio-libaneses que habían abierto caminos en todas las provincias uniendo pueblos olvidados, vendiendo de puerta en puerta su mercadería en los rancheríos, en los puestos de las estancias y en las pulperías. «Basta ver», decía el turco siempre entonado y

seguro, «la pila de nombres árabes que hay entre los cuadros prominentes del movimiento.»

Cuando al fin se encontraron en un departamento de paso, alquilado para el encuentro, en la calle Sarmiento, en el centro de Buenos Aires, Azad apareció igual a sí mismo a pesar de la tupida barba negra que le borraba la cara y del elegante traje gris de saco cruzado, con el que había querido camuflarse y pasar desapercibido. Estaba más flaco, los ojos ardidos, y se lo veía a la vez acorralado y eufórico. Croce le pidió a Lezama que los esperara en la antesala, y él mismo cerró la puerta de doble hoja y cuando estuvieron solos encaró directo el asunto.

–¿Es ella? –preguntó.

El turco suspiro teatralmente y empezó a negociar con el ímpetu y el cuidado de quien está a punto de venderle el alma al diablo.

–Noventa y cinco seguro, sobre cien. Es una fellatio, comisario, y eso no se puede fingir. Las penetraciones –dijo como si estudiara la venta de una gargantilla de diamantes– se pueden trucar, sustituir los cuerpos, pero la cara..., es ella, pobrecita.

–¿Pobrecita? –dijo Croce.

–En aquel tiempo, recién venida a la ciudad, en manos de los buitres del ambiente..., usted sabe los cuentos y las versiones que corren, la han obligado a cambio vaya uno a saber de qué enorme necesidad que ella adeudaba o quería... Pero mire –dijo, y abrió un viejo ejemplar de la revista Radiolandia–. Acá le han hecho una sesión de fotos en un estudio para anunciar su debut como actriz de reparto. Si se fija –dijo como si escupiera algo asqueroso de la boca– va a ver que tiene el mismo peinado, trencitas, el flequillo, la boca pintada en forma de corazón. Es ella –sentenció.

Todo era demasiado irreal y demasiado atroz y Croce sintió que de nuevo se iba, que estaba otra vez perdido en la neblina del campo, tanteando en lo oscuro. Se levantó un poco mareado, pero decidido a hacer lo que tenía que hacer.

–Quiero verla –dijo.

El turco apagó la luz alta y dejó un velador prendido en una mesa baja. Al costado estaba el proyector, con la cinta ya colocada en la bobina, frente a una sábana blanca doblada al medio que oficiaba de telón improvisado.

–Gente complotada de los comandos civiles y dos oficiales de marina parecen estar al tanto y se han puesto con todo a buscar la película. Tienen el centro de operaciones en la base de Río Santiago y ya han andado rondando por el negocio y por mi casa.

–Turco –dijo Croce como si no lo hubiera escuchado–, dejame solo. El negocio lo arreglás con Lezama, él tiene la plata.

Azad prendió el proyector, una luz blanca titiló en la pantalla.

–Ya vuelvo –dijo Azad–. Siéntese ahí.

Croce se sentó en una butaca de cuero, en la pantalla vio unas letras, sintió que el turco abría la puerta y volvía a cerrarla. «Estoy solo», pensó, «lo que voy a ver me va a cambiar la vida.»

La doncella viciosa, decía un cartel, y al pie del cuadro vio que el título estaba traducido al francés en letra cursiva.

Lo que vio era previsible y era un ultraje, era ingenuo y procaz y por eso era más deleznable y más siniestro; su mente alerta y preparada para descartar los detalles superfluos se obstinó en abstraerse de los actos que estaba obligado a mirar y se concentró en reconocer a la mujer, con el mismo rigor y el mismo pánico secreto con el que tantas veces se había visto

obligado a reconocer cuerpos mutilados, torturados, muertos de un tiro o degollados con un rápido gesto ancestral. Esto era lo mismo, era como ver el matadero donde se desangran los animales y se asesina a los cristianos. Para peor, mientras se sucedían las escenas se oía un murmullo musical y feroz en la pésima banda de sonido, con gemidos y palabras obscenas en español que se traducían vilmente abajo en un francés prostibulario. La muchacha era rubia y parecía ausente y enconada.

El tiempo se había detenido y en la penumbra de ese cuarto impersonal, con los ojos abiertos ante la luz cruda que transmitía las conocidas y sagradas imágenes de un coito envilecido, sintió que había empezado a llorar; ni siquiera lo sintió, porque sus sentimientos eran opacos y confusos, apenas un dolor sordo en el costado izquierdo, pero comprendió que estaba llorando porque en la alcoba donde se desarrollaban esos actos triviales y repetidos infinitamente desde el principio de los tiempos había empezado a filtrarse la lluvia, todo se había humedecido temblorosamente y Croce tardó en comprender que eran sus lágrimas las que mojaban y borraban ese rostro de mujer luminoso y amado que llenaba la pantalla y entonces Croce supo que lloraba por la miseria y la maldad del mundo y por esa mujer a la que tantos habían amado como a una virgen.

–Pero no es ella –dijo–. No es ella, no puede ser ella.

«Esa no puede ser la señora», pensó, aliviado ahora, sin dejar de llorar.

Hubo un fundido final, la luz blanca, cuya sola claridad era perversa, persistió sin imágenes y luego apareció la anhelada palabra **FIN** y todo terminó, aunque la cinta siguió girando, slam, slam, slam, y golpeando en el vacío.

Atrás se abrió la puerta y Azad apagó el proyector y se acercó a Croce.

–Yo también lloré –dijo.

–Pero no es ella –dijo Croce sin secarse las lágrimas–. ¿Arreglaste?

–Todo pipí cucú –dijo el turco como si quisiera continuar con el tono soez de la película–. Este es el negativo y esta es la copia.

En la cocina, en una bandeja de metal echaron alcohol y vieron arder el celuloide con sus muertas imágenes ignominiosas y pueriles.

«Si hubiera sido ella», pensó Croce, «no hubiera importado.» Hubiera sobrevivido, como se aguantó tantas calumnias y atrocidades a lo largo de su vida, sin rendirse nunca. Y a la gente humilde no le hubiera importado y la hubieran amado igual, como Jesucristo amó a María Magdalena. Porque la cuestión no es lo que el mundo hace con uno, sino cómo uno es capaz de enfrentar el horror y el horror y el horror del mundo, sin capitular.

Por la ventana alta vio a Azad con un portafolio en la mano y a Lezama, flaco, cadavérico, tenebroso, que lo tomaba del codo y lo hacía bajar por la escalera. «No por el ascensor», pensó, «por la escalera de servicio, como debe ser.»

Antes de irse, Croce tomó los restos quemados, las cenizas y las latas vacías y las tiró, por el incinerador de la cocina, al foso donde ardían los desperdicios no queridos de la vida.

3. EL ASTRÓLOGO

El comisario Croce se había enfrentado durante años con Leandro Lezin, el Maquiavelo de los bajos fondos, como lo había definido un cronista de la sección policial del diario Crítica en octubre de 1931 luego de que el malhechor lograra escapar –con su concubina y dos de sus guardaespaldas– de la redada policial que lo tenía prácticamente cercado en una quinta al sur del gran Buenos Aires. Había planeado un golpe de una audacia demencial destinado a ocupar en un solo día el Banco Central, el Ministerio de Hacienda, la Catedral y la Casa Rosada. «El poder en la Argentina está concentrado en la manzana que rodea a la Plaza de Mayo y nuestro objetivo es controlar ese emplazamiento y paralizar de asombro a la nación», señaló. Habían elegido el feriado de Semana Santa y pensaban usar la procesión de Corpus Christi para encubrir a los miembros del grupo comando, pero como sucede a menudo bastó un solo infiltrado para desbaratar el complot y liquidar a su organización. Habían secuestrado en una pensión del centro al ejecutivo de una compañía azucarera para cobrar un abultado cheque en dólares sin saber que el sujeto era un informante de la Marina de Guerra.

Aunque esa historia ha sido contada en un libro tan famoso que está para siempre en la memoria de todos, la leyenda de Leandro Lezin siguió creciendo en las dos décadas siguientes, enriquecida por la perversa perfección de sus delitos destinados –como suponían los investigadores– a financiar sus actividades subversivas. Era un criminal, pero también era un revolucionario, era un hombre de acción, pero también era un sofisticado intelectual experto en ciencias ocultas y en estrategia militar. La mayor virtud de este disolvente –y

demoníaco– dandy del crimen era su innata capacidad para borrar sus huellas y hacerse invisible.

Croce era en aquel tiempo un joven comisario de provincia que en secreto se ilusionaba con la posibilidad de capturar a este émulo criollo de Fantomas. Conocía su legajo judicial y su prontuario y podía imaginar sus maniobras destinadas a crear un calculado desorden con sus aguerridas células criminales capaces de las mayores proezas. «Todo es fluido en él, nunca está fijo, es cambiante y traicionero como las corrientes y los riachos del delta del Paraná, donde tiene su guarida», pensaba Croce mientras observaba la irritante quietud de la llanura pampeana, siempre igual a sí misma, lisa y chata e inmóvil hasta el fin de los días. «Yo estoy quieto y él se desplaza; cuando él se aquiete y yo esté en movimiento lo detendré», pensaba mientras tomaba mate en la puerta de la casita blanca donde funcionaba la comisaría. «Detenerlo es fijarlo», pensó. «¿Estará cansado, ese día, tirado en un catre, dormido? No creo; cuando se mueve no para, y solo para cuando está planeando nuevas paradas. Para», pensó. «Ajá, ¿para qué? Para saber su paradero... Para en un parador, en un paraje de algún páramo del litoral, por ahí», dijo, y miró el horizonte. Así pensaba Croce, aliterando, veía una sinonimia y ya no paraba y se perdía entre los cardos.

–Parado, pienso mejor parado –dijo, y se levantó del banco y el Cuzco se le acercó moviendo la cola; era un cachorrito, feo y amarillo, una compañía en la soledad del pensar–. ¿No, Cuzquito? –dijo Croce. La verdad no estaba aislada, ni quieta. La verdad era variable y comparativa. «Los entes reales son relaciones», pensó. «La verdad es la forma de una relación más que su esencia», pensaba; «nos interesa la duración, la mutabilidad; las relaciones internas de la verdad cambian, se mueven.» Le interesaba entender, desde chico era así; entender

le interesaba demasiado, a veces no podía dejar de rumiar, se perdía en las variaciones contingentes del mundo, quería saber, captar, detener el vaivén de la vida, y si no podía llegar a una conclusión, se ponía obsesivo, medio catatónico y terminaba en el hospicio. «No se puede pensar de más, uno salta la tranquera y cae en el barro y ya no puede volver»; por eso decidió estudiar filosofía, de muchacho, para tener un objeto concreto en el que meditar, pero no pudo. En cuanto empezaba a leer quería actuar; leía por ejemplo sobre el noúmeno kantiano y pensaba que su amante, la bella Irlandesa casada con otro, que estaba ahí, en la cama, en el hotel de la ruta, desnuda, plena en su ser, era una diosa, apasionada, divertida y sin embargo incognoscible, incomprensible y opaca. «¿Me entendés, nena?», preguntaba Croce, que mantenía con la mujer largas conversaciones filosóficas en las clandestinas siestas de verano. «Claro», decía ella, «para vos soy la cosa en sí, la Ding an sich»; en alemán se lo decía, divertida, la Colorada, que había estudiado en el Trinity College de Dublín. «Todas las mujeres son kantianas», concluyó Croce. «Cánt-aros», decí mejor, se reía ella, y luego, alegre, volvía a acentuar y hacer una escansión: «como cant-os en la noche...», dijo. Era más inteligente que él, ella, ocurrente, filosa, menos vueltera.

«Me da por rachas», se resignaba Croce, «empiezo a volar y no aterrizo, me lleva el viento, me lleva la brisa fresca que viene de la laguna.» Leyendo, empecinado, a luz de un candil, a razón de quince líneas por día, durante semanas, la Introducción general a la Crítica del juicio, comprendió, de pronto, claramente, en medio de la noche, que el mejor lugar para él era la escuela de policía. El crimen escondía la verdad de la sociedad; era el en-sí del mundo, si pensaba en eso todo el tiempo, como pesquisa podía pasar desapercibido. «Este Lezin, por ejemplo», pensaba Croce, «no es un cualquiera.» Era

rápido, se anticipaba, estaba siempre un paso adelante, era capaz de pensar con los pensamientos de sus enemigos; era fácil para Lezin ponerse en el lugar de sus perseguidores y pensar por ellos. «Pero no puede pensar como yo», pensó Croce, «que estoy en el aire.»

–¿No es cierto, Cuzco? –dijo, y el cachorro movió la cola y salió disparando y al rato volvió con una rama entre los dientes–. Vení, a ver –dijo Croce, y le sacó la rama y se la tiró de nuevo hacia el pajonal.

El comisario estaba al tanto de las pesquisas y de los datos de los informantes y de las inútiles redadas policiales en la capital, pero fue por azar que Lezin se lo cruzó dos veces y que el tercer encuentro resultó el definitivo –como quien le tira una rama a un cachorro para jugar y ve que el perro la busca y escarba y gime en el lugar donde, justo ahí, estaba enterrado lo que Croce quería.

La primera vez que lo vio fue en el otoño de 1952, cuando tuvo a su cargo una estafa en los ferrocarriles ingleses con una carta de porte por un envío de madera, que en realidad escondía un tráfico de armas que a su vez ocultaba un millonario contrabando de joyas robadas. El vagón con la mercadería había quedado varado en el playón de carga de la estación Chillar y, como después de una semana nadie se presentó a retirar la mercadería, la policía ordenó requisar la madera y ahí encontraron las armas disimuladas visiblemente entre los troncos serruchados. Una madrugada Croce, con una linterna y una lupa, se dedicó a revisar astilla por astilla el piso del vagón vacío hasta encontrar el diminuto broche de una pulsera de platino que brillaba como una brizna de pasto o una rubia hormiga muerta. ¿Las damas de sociedad con sus joyas y vestidos de noche habían cargado los rifles y las pistolas

Ballester Molina? Difícil, dedujo Croce. ¿Una de ellas había usado el nocturno vagón después de un baile para tener un encuentro sexual con su amante proletario y perdió el broche en un abrazo pasional? Posible pero dudoso, decidió Croce, y se dedicó a estudiar la invisible pista con un microscopio hasta descubrir dos levísimas –pero nítidas– líneas curvas de la huella dactilar del escurridizo masculino más buscado del país. Dedujo que había usado las armas como señuelo para distraer a los ya distraídos agentes de la policía ferroviaria. De inmediato bajó a la capital y visitó a los reducidores y a los capitalistas que compraban joyas robadas; enlazó su conjetura con el robo de joyas de Ricciardi en exhibición en el hotel Alvear el verano anterior. Pidió una lista de las joyerías abiertas en los últimos meses en la ciudad y, luego de dos o tres deducciones rápidas e inspiradas, allanó el negocio de compra y venta de valores El Buscador de Oro, donde secuestró parte de los diamantes ya desmontados y expuestos para la venta. Pero no pudo detener a Lezin, que escapó justo por los techos y al que alcanzó a ver desde una claraboya cuando subía muy tranquilo en la esquina de Libertad y Cangallo a un veloz cupé negro y escapaba hacia el Bajo.

–Le vi la cara –dijo Croce a su ayudante Medina–. Era tan natural en su modo de moverse que daba la sensación de ser nadie. Está muy flaco ahora y tiene cara de bagre –concluyó.

La segunda oportunidad se presentó dos años más tarde y fue más abstracta. Una noche de 1954, mientras tomaba mate en su rancho, sintonizó por casualidad en una repetidora de Azul un programa de radio dedicado a la astrología numérica; le llamaron la atención los raros dichos del conductor. Una voz grave, convincente y falsamente abrasilerada, con el pretexto de hablar del poder mágico de los astros bajaba línea sobre la coyuntura política. Básicamente, la audición –que duraba una

hora, no tenía publicidad y se interrumpía en mitad de una frase cada siete minutos para transmitir tangos de Julio De Caro– estaba centrada en la sorda disputa entre el presidente Juan Perón y la alta jerarquía eclesiástica –conflicto que aún no había tomado estado público–. El comisario pensó que el programa obedecía a una política de contrainformación de algún servicio de inteligencia. Pero la semana siguiente, al sintonizar de nuevo la audición, tuvo una de sus clásicas iluminaciones y comprendió que quien hablaba en la radio era el perseguido Leandro Lezin, que ya había usado sus conocimientos de astrología como tapadera en su primera época, y verificó que en medio del palabrerío esotérico difundía propagandas y propuestas.

Nosotros acogeremos a los peronistas, a los católicos, a los desquiciados, a los tristes, a los empleados que aspiran a ser millonarios, a los que tienen un plan para reformar el universo, a los cesantes de cualquier cosa, a los proscriptos, a los que acaban de sufrir un proceso y quedan en la calle sin saber para qué lado mirar.

Croce hizo algunas averiguaciones en las radios rurales de la región y una noche en el horario del programa allanó la emisora central, en la ciudad de La Plata. Con su ayudante Medina irrumpieron en el estudio donde solo encontraron un grabador activado por un sereno somnoliento, que declaró que recibía las cintas del programa los miércoles en una encomienda y que una mujer –levemente coja y muy bien puesta, acotó– le había pagado una suma abultada para transmitir los jueves de 22 a 23 las cintas por los micrófonos de Radio Provincia y sus repetidoras del interior.

–Es Hipólita –le dijo Croce a Medina, que anotó el nombre de la mujer.

–¿Es un alias? –preguntó.

–Poné Hipólita Ergueta, farmacéutica, meretriz convertida y librepensadora.

Croce no quiso dar cuenta de sus descubrimientos y siguió adelante a puro golpe de intuición. Sabía que Lezin se dirigía a sus acólitos y que enfrentaba una compleja conspiración, una red clandestina que se movía con eficacia y discreción confundida con la realidad misma. Bastaba saber leer los diarios, registrar la confusa serie de hechos políticos, la sección policial, las necrológicas, los avisos clasificados, las crónicas de hechos extravagantes para comprobar que el país estaba siendo sometido a una campaña de insidiosas acciones demenciales y no lo sorprendió que esa caótica sucesión de hechos le permitiera encontrarse cara a cara con su rival. Como si lo real –el tejido inconcebible de acontecimientos contingentes– hubiera definido la cita y el encuentro.

Para que eso sucediera tuvo que sobrevenir una catástrofe –imposible e inevitable– que cambió para siempre la realidad del país: en septiembre de 1955 un golpe militar derrocó al presidente Perón, el general se escondió en una cañonera paraguaya, escapó sin pelear, y comenzó su largo exilio. El comisario fue exonerado de su cargo, su casa fue allanada, su hermano menor fue fusilado en la frustrada rebelión del general Valle de 1956 y luego anduvo deambulando por los campos y durmiendo en precarias guaridas, viajando en oscuros vagones cerrados, en lentos trenes de carga, hasta que al fin pudo entrar en contacto con las frágiles redes clandestinas de la –así llamada– Resistencia Peronista. Pasó a ser Isidro Leiva, de oficio peón rural, y a residir en una pensión de marineros y changadores cerca del puerto de Quequén. Era un lugar seguro;

los activistas encubiertos de la zona, que se movían por las lagunas del sur, le consiguieron una reunión con un tal Freire en el comando de la regional sur.

Se encontraron en el local interminable y estrecho de una ferretería náutica en el puerto de Necochea, que encubría, en el altillo, la casa operativa de la conducción provincial del movimiento clandestino. Croce subió por una entrada lateral que se abría sobre una alta escalera de mármol blanco. Al final, en un recodo del pasillo, había una puerta de vidrio con dos jóvenes armados que lo hicieron pasar al salón principal.

–Entre –le dijeron–, pero no lo toque al jefe, ni le dé la mano.

Freire estaba de pie junto al amplio ventanal que se abría sobre los docks y los barcos anclados en la dársena; saludó desde lejos con aire de satisfecha confianza y lo invitó a sentarse en uno de los sillones de cuero.

–Soy Leiva –dijo Croce.

Freire sonrió.

–Lo admiro y me alegra volver a verlo, comisario –dijo ante la mirada sorprendida de Croce–. Recuerdo su cara en la banderola del negocio de la calle Libertad la tarde en que casi me detiene.

–Así que entonces...

–Era –dijo Freire–, pero usted está igual.

–Es difícil cambiar –dijo Croce.

–Hemos sido derrotados tantas veces que ya no vamos a cambiar –dijo Freire–, es lo único que nos queda en medio del desastre. Uno sigue pensando lo mismo para que vean que no ha sido doblegado. Ahora los dos estamos en el mismo bando, somos perseguidos. Mientras... –dijo pensativo y hosco– nuestros amigos claudican y triunfan. ¿Se acuerda de Barsut? –

preguntó de pronto con visible rencor–. El que nos traicionó en Temperley, un cara lisa, triunfó en Hollywood con el nombre de Carlos Thompson...

Croce no recordaba quién era Barsut y tampoco el que estaba ahí era el que recordaba o el que había imaginado, aunque notó en él la fuerza del odio y el afán de venganza. Lezin era un hombre de cejas pobladas y cara flaca; la nariz de boxeador bajaba desde la frente tumultuosa, el pecho amplio estaba apenas contenido por un saco negro, sobre la camisa blanca y el cuello de clergyman; usaba botines lustrosos y un pantalón entallado también negro. Parecía tener, calculó Croce, unos cincuenta y cinco años. Por lo visto se había hecho romper la nariz para cambiar por completo la expresión de su cara. Imaginó la escena: un golpe seco y brutal en el hueso, la sangre en la boca. «Mi pensamiento se distrae con descripciones», dedujo Croce; «quiere decir que estoy nervioso.» Cuando Lezin giró para buscar unos papeles, Croce vio la tonsura de sacerdote en medio del pelo mota, enredadísimo y corto. «Ah, claro, ahora es el padre Freire», pensó. Había una Biblia sobre la mesa baja y un crucifijo sobre la pared.

–Raro para mí estar hablando con usted, la verdad, podríamos haber empezado a los tiros. Y raro que, un hombre como usted, sea policía.

Croce lo miró impasible.

–Expolicía... en todo caso.

–Voy a ser franco... –dijo, y a grandes rasgos, con un tono de orgullosa soberbia, le resumió su historia.

En 1931, luego de los episodios en la quinta de Temperley, había cruzado con su mujer a Uruguay y luego a Brasil y había regresado clandestino por la frontera norte y se afincó en Misiones, que en aquel tiempo todavía era territorio nacional. Era la selva, no había Estado, ni ley, y rápidamente se puso al

frente de una banda de contrabandistas y cuatreros. Compró una hacienda en el interior y armó un pequeño ejército privado con bandoleros brasileros y paraguayos y organizó una logia científico-militar reclutando a todos los europeos desquiciados que sobrevivían en la zona –matemáticos alemanes y rusos que escapaban de la guerra, físicos húngaros, químicos italianos, exteólogos jesuitas–, hombres brillantes, borrachos y borrosos. Construyó una iglesia, un laboratorio clandestino y una estación de radio. Durante años fue un caudillo respetado e influyente, y empezó a preparar un plan para separar la región de la administración central y formar una república independiente y libertaria. El inesperado ascenso de Perón cambió el país y trastocó los planes; sus hombres desertaron en masa y se unieron al general. Lezin disolvió su banda, volvió a la capital y se dedicó a la propaganda, a las expropiaciones y a trabajos de organización.

–También yo me metí en el peronismo, a mi manera –concluyó–. No soy un cínico, la realidad es cínica, yo solo me adapto a ella. ¿Usted es peronista?

–No creo.

–¿No cree o no piensa?

–No creo.

–Yo primero creo y después veo si conviene o no. No hay política sin creencia, no me interesa voltear este gobierno, me interesa el poder.

«Es cierto que de perfil se parece a Lenin, como dijo Erdosain», pensó Croce.

–Estamos en una situación inmejorable –siguió el Astrólogo–. Tenemos un líder carismático y está lejos, podemos pedir cualquier cosa en su nombre. Ya es un mito. Y no se puede hacer la revolución sin un mito... La gente está triste, está acorralada y es capaz de cualquier cosa. Vea –dijo, y

desplegó un mapa. La Argentina estaba dividida en zonas, había círculos rojos y azules, rayas verticales, cruces, siglas–. Hay que abandonar la capital, replegarnos al sur: Avellaneda, Florencio Varela, Bahía Blanca. –Con un puntero mostraba regionales, rutas, centros neurálgicos–. Estamos fuertes en el gran Rosario, hay gente nuestra en el cinturón industrial de Córdoba pero no en la ciudad. Mi idea es infiltrarnos en las zonas débiles y dominar todo a costa de dinero y terror... El que tenga un poco de psicología se pone este país en el bolsillo... Estamos frente a una coyuntura. –(Pronunciaba coiuntura, notó Croce, «le debe parecer más académico o más preciso», pensó)–. Una coyuntura como esta –insistió Lezin– se da una vez cada cien años. Vamos a liquidar y a sobornar a quienes haga falta, siempre en nombre del Líder. –Su rostro parecía enrojecido por el fulgor de una fragua exigida a pleno y sus pulmones se movían como un fuelle desaforado; su voz, en cambio, era fuerte pero tranquila y modulaba con los modos de un actor convincente y sincero–. Pero sobre todo vamos a comprar voluntades, negociar con almas; comerciar hoy es igual a hacer política, estamos en la era de los grandes negociados –dijo–. La corrupción es el rostro humano del sistema, el engranaje emocional de la maquinaria abstracta del capitalismo, su eslabón débil. Los coimeros, los avivados, los ventajeros, los estafadores, los usureros son nuestros aliados, están en todos lados, en las oficinas, en las empresas, en los ministerios, y realizan por su cuenta las mismas trapisondas que el poder económico hace todos los días en escala gigantesca: robar, engañar, estafar, quedarse con el vuelto.

Lezin los conocía y confiaba en ellos. Roban pero están descontentos, son honestos pero también deshonestos, creen en la moral y son inmorales, critican a los malos gobiernos y cobran comisiones para aceitar los trámites. Son y no son, y

para ganarlos hay que correrlos para el lado que disparan, ofrecerles una salida.

«Me gusta», pensó Croce. «Es original. Está loco, pero es vivísimo.» Y le pareció adivinar su conclusión: ¿O vamos a tomar el poder con los tinterillos y los tenderos?

–Lo que hace falta ahora es un estratega –dijo el Astrólogo–. El general no está en el territorio, necesitamos un jefe acá, en el campo de batalla. El hombre más irresistible de la Tierra –dijo de pronto– es el soñador cuyos sueños se hacen realidad. –Croce había aprendido por su oficio a no mostrarse nunca sorprendido y escuchar con ojos impávidos lo que no entendía–. ¿Cómo la ve? –preguntó el Astrólogo.

–Soy un simple comisario de pueblo pero no se imagina las cosas que he visto... –contestó reflexivo Croce–. Hay que lidiar con el mal y con la estupidez ajena. La gente mata por nada, dejan a los hijitos atados a una estaca con un tiento de un metro y medio, les ponen agua y dulces en una manta y se van al baile, y cuando vuelven se los han comido los perros. Casos y casos así he visto, señor mío; el horror y la idiotez reinan en el mundo.

–Lo entiendo, mi amigo –dijo el Astrólogo meditabundo, y se acercó a los ventanales–. Las calles están vacías, no hay gente en ningún lado, no hay nadie en el puerto, todo está muerto, es demencial, leguas y leguas de campo tendido, y atrás nada, los perros cebados, las osamentas, solo hay vientos, polvo y soledad. Pero este es un país cambiante, hay que estar prevenido. Me guío por mis horóscopos. ¿Ve? Saturno está sobre Venus. Ojo, no se confunda, soy el Astrólogo pero no soy un gil. –Abrió un baúl de madera cruzado por flejes de metal–. Mire –estaba lleno de dólares, billetes de cien, atados en fajos de papel con el sello del Banco Nación–, podemos financiar lo que haga falta. ¿Ve aquí? –Señaló con el puño cerrado el sol en

un lienzo con signos zodiacales–. El solsticio estival es propicio, hay que actuar, no tenemos otras certezas, mi querido amigo. Mucha plata en la faltriquera, un arma en la cintura y la voluntad de vencer. Eso es todo.

–Tiene razón –dijo Croce–. Pero ¿qué podemos hacer nosotros? –preguntó. Siempre hablaba de sí mismo en plural cuando era escéptico.

–Tengo grandes planes, el régimen tiene los días contados... Confíe en mí –dijo el Astrólogo–. Nos vemos pronto, mi gente le avisa. –Golpeó las manos con un gesto teatral. Uno de los jóvenes armados se asomó por la puerta–. Acompañen al comisario –dijo el Astrólogo, y de inmediato se olvidó de él y se inclinó con expresión intensa sobre el horóscopo con un compás en la mano.

«Es extraño, tiene carisma, es uno de esos hombres», pensaba Croce ya en la calle, «que fijan la atención en alguien y lo iluminan con una inolvidable sensación de intimidad, pero cuando han conseguido lo que quieren, abandonan a su interlocutor y lo olvidan al instante, como si no lo conocieran, y fijan su interés –su calidez, su simpatía– en otra cosa que les interese –una persona, un perro, un dibujo–, lo que sea –una piedra, incluso–, y la capturan y seducen. Sí», se dijo, «aunque sea un objeto, igual lo hacen sentir que es único e insustituible. Por eso la gente los sigue, porque durante un instante eterno hacen que uno se sienta lleno de vida. Son al revés que yo», pensó con una rara torsión sintáctica que delataba su melancolía, «que siempre estoy distraído y distante como si me separara del mundo una plancha de vidrio y cuando me intereso por alguien es para interrogarlo, para saber qué piensa o qué hizo. Mientras, los hombres como el Astrólogo solo quieren hablar ellos, decir lo suyo», se dijo mientras caminaba

por los muelles del puerto vacío; «en cambio yo no tengo nunca nada que decir.»

Dos semanas después, cuando Croce había conseguido por fin un trabajo de escribiente en los depósitos de carga y descarga de la estación de Olavarría y vivía clandestino en una casita alquilada, supo que Lezin y su mujer habían muerto al resistir un allanamiento del ejército en Avellaneda. Nadie se refirió públicamente a su muerte y nadie recordó su historia ni escribió su necrológica, salvo Azul y Blanco, el periódico nacionalista de Sánchez Sorondo que labró su epitafio con enérgica y lacónica prosa de combate.

Matan a dos patriotas. Un grupo de cipayos uniformados de la revolución fusiladora allanó anoche sin orden judicial la vivienda de Leandro Lezin, más conocido como el Astrólogo, y fusiló al legendario pensador nacional y a su compañera, la activista de la causa popular y defensora de los derechos de la mujer argentina, Hipólita Ergueta, cariñosamente conocida como la Renga Brava. El pueblo no los olvida y reza por ellos. QEPD.

Croce guardó el recorte en la carpeta donde conservaba los testimonios de aquellos tiempos difíciles.

«Como todos los tiempos, en todos los tiempos, para todos los hombres. Difíciles», se dijo Croce, mirando arder la brasa del cigarro en la oscuridad, echado en la cama, sin poder dormir, mientras esperaba el alba, solo en su cuarto, escuchando muy bajo en la radio las cifras del precio del kilo vivo del ganado en pie en el mercado de Liniers. «Al matadero», pensó.

4. EL JUGADOR

I

El comisario Croce conocía a Peco desde siempre y simpatizaba con él. Muy a menudo se le aparecía con una chernia o un abadejo listos para tirar en la parrilla. Como buen hombre de campo, Croce consideraba a los pescadores de altura gente rara que no andaba a caballo y estaba el día entero con las patas en el agua. Para mejor, Peco nunca se alejaba demasiado de la orilla y a veces, cuando Croce estaba de recorrida por los pueblos de la costa, podía ver su lancha quieta en el mar, como esperando vaya uno a saber qué. Le parecía un trabajo demasiado sedentario pasar el día ahí, inmóvil, a la pesca. Por eso cuando Peco lo llamó con la voz congestionada, usando la única llamada que le permitió la policía cuando lo detuvo por la muerte de Pedernera, trató de calmarlo.

–¿Llamó a un abogado?

–No quiero un abogado, comisario, quiero que venga usted.

Croce había sido jubilado de oficio un año antes y estaba retirado, era un excomisario, pero los lugareños no hacían caso a esas minucias y lo llamaban siempre que andaban en problemas. Estaba viejo ya y cansado, pero accedió a salir de su retiro porque Peco parecía muy asustado y el caso era bastante curioso. Los jugadores compulsivos eran una especie humana de la que se podía esperar cualquier cosa. Y Pedernera pertenecía a esa clase o categoría o conjunto inesperado de individuos, muy distintos entre sí, hermanados por la pasión de arriesgar lo que no tenían para apostar contra el azar. Eran supersticiosos, impulsivos, eran irracionales y divertidos (sobre todo cuando ganaban). Croce revisó lo que sabía de la historia y salió para Necochea, contento de estar otra vez en acción.

Pedernera había abandonado el auto estacionado en el garaje del hotel y había cerrado la cuenta porque pensaba regresar a Buenos Aires esa noche. Ganó en el casino y postergó el regreso. Varios testigos contaron que estaba eufórico y se había quedado jugando hasta la última bola. Ganó mucha plata. Salió del casino a las cuatro de la mañana y se fue a tomar una copa con amigos circunstanciales. Llamó a Peco a la madrugada y lo contrató para ir a pescar tiburones por la zona de Quequén.

Se había perdido en el mar. Peco dijo que había sido un suicidio, pero nadie le creyó porque la plata no aparecía y tampoco el cadáver. No había dejado notas, ni cartas y no había ningún indicio de que pensara matarse. Más bien al contrario. Habían hablado con la mujer de Pedernera. Ella mantuvo la calma, como si la noticia no la sorprendiera, y sostuvo que había sido un crimen. Descartó de lleno que su marido se hubiera matado. «Imposible: un jugador no se mata si ha ganado, solo quiere volver a jugar», dijo con voz rencorosa.

La policía había cerrado el caso rápidamente: si había ganado en el casino y la plata no aparecía y el único testigo era Peco, lo más lógico era pensar que lo había matado para quedarse con el dinero. Al comisario Croce no le importaron esas certidumbres policiales, eran demasiado fáciles, por eso decidió darse una vuelta por los lugares donde había estado Pedernera. Su método de investigación consistía siempre en buscarle la quinta pata al gato. «Nunca me preocupo por las causas de un crimen», decía Croce, «solo me interesan las consecuencias, lo que ha sucedido después. El crimen es un mensaje. No debe ser analizado en sus motivaciones, sino en su forma –las pistas, los rastros–, y sobre todo en la relación que

mantiene con la multitud de detalles inadvertidos.» La plata no estaba. Pedernera la tenía con él, se la había llevado con él, según Peco. «Sopla el viento del sur, el viento malvado», le había dicho Peco. La pesquisa no sigue el orden del relato, se desvía y se pierde en una madeja y hay que saber buscarle la vuelta. La evidencia importa por su efecto práctico, es concreta, es material, es decir no es conceptual, no es hipotética y no es racional, así que tenía que poner orden en esa serie desdichada de acontecimientos. Las cosas pasan, pensaba, una sobre otra, el problema es cómo las encadena uno. «El sentido del mundo es contingente y errático. Hay que enlazarlo», pensó, como quien piala en la noche a un ternero guacho que se ha perdido. No interesa por qué se ha extraviado el becerro, lo que importa es traerlo de vuelta al redil. No había que analizar las razones, sino los efectos. Las consecuencias que va a tener el acontecimiento al analizarlo y no antes. «No antes», pensó, «nunca antes.»

II

Visto desde lejos, el hotel parecía clausurado. El viento batía el postigo de una ventana y arrastraba papeles entre los canteros de flores secas. Croce estacionó el auto en un costado del camino y cruzó el arenal hacia la entrada. No conocía nada más solitario que un balneario en invierno. Tardaron en abrirle y al final una chica lo recibió y lo hizo entrar. Croce habló con ella y anotó algunos datos. Pedernera no traía equipaje, salvo una mochila, pero reservó la pieza del hotel por tres días.

Croce indagó sobre el personal que estaba de servicio ese día y fue construyendo un perfil del muerto. «La víctima es lo primero que hay que investigar», se dijo Croce. Pedernera era abogado de una compañía de exportación de pescado y tenía

que recorrer varias veces por año los puertos pesqueros del sur de la provincia. Controlaba que las cuotas se cumplieran, que los embarques se hicieran a tiempo. Todo ese trabajo le producía sobre todo un inmenso aburrimiento. Pedernera nunca había cometido un error, nunca había tenido un accidente, ni un contratiempo en su ascenso constante; parecía uno de esos hombres con suerte que no conocen la indecisión, ni mucho menos la falta de confianza en sí mismos. A los treinta y dos años era uno de los abogados más conocidos y ya habían empezado a disputárselo otras compañías. Tenía ante todo un alto concepto de sí mismo. No había nada parecido en el país, y si se lo hubieran preguntado, sin duda hubiera dicho que era el mejor en su profesión. Era vivamente consciente de sus méritos y sus recompensas.

Esa tarde había bajado a la sala a preguntar si le podían recomendar a alguien de la zona para salir a pescar en altamar. El telefonista de guardia le habló de la lancha de Peco y le dio los datos. Pedernera lo llamó por teléfono y arregló con él las condiciones. Según el relato del telefonista, quedaron en salir a navegar a la mañana siguiente y pasar el día pescando mar adentro, si el tiempo lo permitía. Según parece, hizo una promesa: si ganaba en el casino iría a pescar, pero si perdía se volvía a Buenos Aires. Desde el hotel llamó a su mujer. El telefonista resumió la conversación: «Te llamo a la oficina y no me contestás», parece que le dijo la mujer. Pedernera se quejaba. Siempre la misma urgencia, la necesidad de saber dónde estaba. Se oía comprensiva la esposa, demasiado comprensiva, le explicó el telefonista a Croce, lo trataba como si él estuviera en peligro. Su mujer sabía y él sabía que ella sabía, pero nadie decía nada. Ese era el pacto, concluyó el telefonista.

Croce siempre recurría a los encargados de las telefónicas porque desde luego escuchaban todo y estaban al tanto de vida y milagros de la población. Eran sus informantes más seguros y Croce siempre les daba un dinero a cambio de la información, y hacía pasar las coimas como gastos de viaje o viáticos. El joven de la centralita del hotel parecía tener una memoria precisa porque le transcribió el diálogo de pe a pa. «El señor hablaba desde el mostrador, así que se escuchaba clarito lo que decían él y su esposa.»

–Ah, sos vos, te llamé. Me dijeron que no estabas.

–Recién llego a Necochea.

–Hace un rato llamé de nuevo.

–El casino abre a las cuatro, no era ahí donde estaba.

–Solo te pedí que me dijeras dónde te puedo encontrar.

–Vuelvo mañana a la tarde.

–No me hagas promesas si no las vas a cumplir –dijo ella irónicamente, según el telefonista.

–No sé de qué me estás hablando, nena.

«Parece que no le gustaba justificarse», agregó el joven.

–Te doy con los chicos –dijo ella.

Una sola vez la había escuchado quejarse. «Lo que yo gano en una semana vos te lo jugás en una noche. No tiene sentido trabajar.»

Según Peco, Pedernera se había confesado con él como si lo conociera o fuera su amigo, ese aspecto le había llamado la atención a Croce. Si no hablaba con su mujer, se sentía intranquilo, le había dicho Pedernera a Peco. No le gustaba que ella estuviera pensando en él. Lo distraía, le creaba un estado de ánimo demasiado emocional. Tenía que estar suelto, relajado para ganar. El reloj que había sido de su padre le daba suerte. Lo había empeñado varias veces y una tarde, cuando lo rescató

de un local de compra y venta en la rambla de Mar del Plata, se dio cuenta de que le habían quitado la certificación de que los cuadrantes eran de rubíes y de que estaba hecho en Suiza. El reloj era el mismo pero parecía indigno ahora. No para él. Seguro le habían agregado la marca a un reloj cualquiera para subirle el valor. Igual le daba suerte y no podía quitárselo. «Pero ya no tenía el reloj», contó Peco. «Varias veces me pidió la hora. Tal vez me mintió y se lo había jugado o lo había dejado en el hotel.» «En el hotel no estaba», le dijo Croce, a quien esos detalles le importaban siempre. ¿Así que no tenía reloj? Interesante, concluyó el comisario. En un papelito anotó algo sobre el reloj. «¿Era suizo?», le preguntó con seriedad. Pero Peco ya no sabía y no podía recordar. «Estoy confuso», le dijo a Croce.

Pedernera trataba de no quedar demasiado atado a esos rituales mínimos que a veces lo obligaban a hacer cosas que no le gustaban. Por ejemplo, no ir nunca a jugar con su propio auto. En la maceta con los malvones, a la entrada del hotel, había escondido plata para pagar el taxi si volvía sin un peso. Le hablaba a Peco como si necesitara desahogarse o como si el aire del mar, con los dos solos en la lancha, le hubiera borrado la borrachera y lo hubiera puesto locuaz. «Pensaba en voz alta», le dijo Peco a Croce. Si alguien le robaba la plata, le iba a ir mejor. Le había pasado una vez, había dejado el dinero bajo la alfombra en el palier y vio que el portero lo levantaba con aire distraído: esa noche había ganado. Usaba cábalas. Para ganar, a veces tenía que dar propinas desorbitadas, a veces tenía que dejar caer plata con descuido en la calle. Cuanto más difícil era antes, mejor le iba después. Antes, antílope, Antioquía, Antártida. Tenía que repetir palabras o series (películas, equipos de fútbol) o nombres de mujer o estaciones de subte para no pensar y entrar al casino como un boxeador

que sube al ring, concentrado, en blanco, aterrado, seguro de sí mismo, confiando sobre todo en su instinto, en sus reacciones emocionales, dejándose llevar.

Fue a la sala especial. De entrada empezó a ganar. Jugaba tres bolas y salteaba una. Como un boxeador en el ring, tres minutos de pelea y uno de descanso. Lo difícil cuando no jugaba era no pensar en un número, porque a veces ese número salía. Se alejaba de la mesa, se distraía si era posible. Tuvo una racha de cinco plenos jugando a la primera docena. Decidió jugar cinco manos y descansar dos. Ganó tres manos seguidas y tuvo como un flash. Dejó pasar dos manos. Jugó otras tres y volvió a ganar. Pasó a tercera docena: hacía cruzas, duplicaba las calles y las líneas. Negro el cuatro. Había perdido. Fue al baño.

Le describió a Peco la sensación de extranjería que le causaba la sala de juego. Un público de adictos que van al casino en invierno. Gordos con campera de gamuza, muchachas ya envejecidas con pinta de alternadoras. No eran gatos, sino mantenidas al viejo estilo, aunque quizá se equivocaba y eran las esposas fijas o las amantes o venían solas. A veces las que perdían se dejaban llevar a una pieza por el primer desconocido que las miraba con codicia. A veces las que ganaban levantaban a un provinciano que había perdido y no quería regresar a su casa. Eran coitos sucios, violentos. Así debía ser el infierno: un salón de juegos, luces blancas, la moqueta azul eléctrico y todos encerrados ahí eternamente.

En la sala había una mujer de anteojos negros a la que le había escuchado decir «esto es diabólico». Estaba perdiendo, él le dio plata, la había visto en otros casinos. A cambio, ella se

sacó un dije de oro con forma de pescado y se lo dio. Pedernera le regaló el dije a Peco. «Te va a dar suerte en la vida», le dijo. «Sos un pescador, ahora tenés un pescadito para siempre.» Hablaba así, dijo Peco, parecía loco o muy alegre. «Regalar plata a una mujer que está perdiendo trae suerte.» Era un método como cualquier otro. No solo las jugadas en las que se gana son importantes, sino también cuando se pierde, la clave es tener una progresión fija, espantar el azar.

«Ganaba y ganaba», le contaba Peco a Croce. «Me voy cuando pierda la primera bola», le había dicho Pedernera. Y describió el ruido seco de la bola que repicaba en el tambor sin terminar de caer. Aquí el amigo se jugó entero, dijo el pagador, le dijo Pedernera a Peco que se lo contaba esa tarde a Croce en la comisaría donde estaba detenido. Sintió la indecisión de la bolilla negra que parecía bajar en la dirección justa. La mujer con anteojos negros movía los labios como si rezara. «Negro el cuatro», dijo el crupier. Era un juego como cualquier otro, el único donde no se podía fracasar aunque se perdiera la vida. ¿Aunque? Si le aseguraran que siempre iba a ganar, no iría al casino.

A la madrugada salió de la ruleta, anduvo un rato por la rambla. Enfrente se veía el puente colgante. No quería contar la plata. Estaba exaltado. Miró el reloj, eran las cinco, estaba amaneciendo. No le gustaba lo que había visto en las agujas del reloj que había sido de su padre. Entonces lo dejó caer al mar, pensó Croce. ¿Cómo sería la hora de un reloj bajo el agua?

III

Croce le había pedido a Peco que le contara con «lujo de detalles» los hechos del día de pesca. Estuvieron hablando un par de horas en la celda de la comisaría del puerto de Quequén. Cuando uno de los vigilantes vino a decirle que el tiempo de la visita al sospechoso había terminado, Croce lo sacó corriendo y le dijo que él solo recibía órdenes del jefe de la Federal. Mientras Peco hablaba, Croce parecía distraído y distante porque ponía su mente en piloto automático y se dedicaba a asociar lo que escuchaba con las ocurrencias que le venían del pasado como una iluminación. En broma, Croce decía que adivinaba el porvenir porque su hipótesis –siempre inesperada– producía efecto en la vida futura de los implicados. Así que escuchó el relato de Peco como si estuviera dormido o, mejor, rectificó mentalmente, entre-dormido. Entre quería decir pase usted, y dormido no estaba. Ese era su método de deducción en casos difíciles. Peco cada tanto interrumpía su relato y se lo quedaba mirando. «¿Duerme, comisario?» «No», le decía Croce sin abrir los ojos, «estoy atando cabos.»

Cuando Peco fue a buscarlo al hotel ya era de día. Temprano a la mañana el cielo estaba claro y al fondo el horizonte se confundía con el azul del mar. Pedernera apareció vestido con una campera de tela encerada, con jeans y con los pies descalzos. Peco no había dicho nada porque sabía que los clientes que alquilaban la lancha para salir a navegar eran tipos extravagantes. Se imaginaban metidos en una aventura peligrosa y actuaban en consecuencia. Pedernera le pareció un joven de aspecto disipado, con una gorra de capitán y anteojos oscuros. Estaba medio disfrazado, contó Peco con aire jovial. Parecía entusiasmado y le dijo que quizás alguna vez iba a comprar un barco. Salir a pescar tiburones en alta mar le

despejaba la cabeza. «No es la pesca», dijo Peco, «son los barcos. Uno deja de pensar cuando navega.»

IV

«Lázaro nunca le perdonó a Cristo que lo haya vuelto a la vida», dijo Pedernera esa tarde. Tal vez fue la única alusión al suicidio, pensaba Peco. Habían salido bordeando la costa, habían cruzado el puerto de Quequén y enfilaron mar adentro. Iban a estar seis o siete horas en el mar. Llevaban sándwiches de milanesa y varias botellas de cerveza. Salieron a buscar los tiburones que daban vuelta por ahí rastreando los restos de la pesca de altura que los coreanos de los buques factoría tiraban al agua cuando terminaban el fileteo. «Esto es vida», dijo Pedernera, eufórico. Era mediodía, el mar estaba calmo, la barca avanzaba rápida y el rumor de la marcha era como una música. «Podría pasarme la vida en el mar», dijo Pedernera. «¿Qué pasa si seguimos viaje y nos vamos a Brasil?» Hablaba y hablaba, con un tono exaltado y maníaco. Parecía haberse olvidado de los tiburones y de la pesca, y estaba concentrado en decir algo que Peco no entendía. «Si pudiera cambiaría mi vida por la tuya», dijo. Ser un pescador, salir al mar todas las mañanas, sentir el aire salado en la cara, escapar de la ciudad y de su mujer y sus hijos. Lo miró de frente con una mueca rara en el rostro y cerró los ojos. Peco estaba en el timón midiendo la distancia que los separaba de la estela oscura en la que adivinaba la silueta criminal de los tiburones blancos. Estaría a unos quinientos metros de las aguas profundas por donde nadaban los grandes peces asesinos. Eso pensaba Peco mientras guiaba la embarcación y miraba de reojo a Pedernera, que estaba sentado en la silla desde la que sostenía la caña entre las piernas, a la espera de la pesca mayor. Peco inició un viraje

hacia el sur con la intención de trazar un círculo que rodeara a la posible presa sumergida en el fondo de la mancha en sombras. Ahí debía estar el tiburón, en la profundidad tenebrosa, y era preciso obligarlo a salir a la superficie. Ahora Pedernera se había parado y se desperezaba de espaldas al sol. «Mejor que no suelte la caña», pensó Peco, y le pareció que Pedernera le sonreía, pero cuando volvió a mirarlo ya no estaba ahí. No estaba. Había desaparecido. ¿Era posible? No había ningún rastro en el agua. ¿Se había caído? ¿Era un accidente? Había dejado colgadas delicadamente las llaves del auto en la baranda de proa. Lo buscó dando vueltas por la zona donde imaginó que se había tirado al mar. Por fin detuvo la lancha. En la silla estaban la gorra y los anteojos. Revisó el barco. Comprobó que se había llevado con él el contrafuerte de corte y el cargador de hierro de la polea, los usó de ancla, para hundirse más rápido.

El relato de Peco no alcanzaba para probar que la muerte de Pedernera era un suicidio. Podía ser un accidente, pero en ese caso Peco podría ser acusado de dolo eventual e iría a la cárcel. Como propietario de la lancha, era responsable de lo que pasara. Incluso el seguro no le cubría una situación como esta, a menos que se pudiera probar que había sido un suicidio. Estaba en una encerrona y no podría salvarse de aparecer como responsable de la muerte del abogado Pedernera. Croce lo tranquilizó como pudo y salió de la celda y de la comisaría con la intención de ir a la costa y caminar por la arena cerca del mar para pensar en una solución.

V

Croce anduvo por la playa desierta, las olas le mojaban los zapatos pero siguió adelante hundido en sus pensamientos. Un jugador que se mata después de haber ganado en el casino no era lógico, no era racional. Por eso quizá era cierto, las cosas pasan sin que nunca podamos conocer el motivo. Pedernera había actuado como si su última voluntad hubiera sido comprometer y complicar a Peco con su muerte, y mandarlo a la cárcel. El efecto no deseado dominaba el mundo, todo pasa sin que nadie pueda imaginar sus consecuencias. Croce se había parado sobre una duna y miraba el océano frente a él. Cuántos barcos hundidos, botes, veleros, chalupas, innumerables tesoros en las profundidades, cientos y cientos de cristianos habían muerto ahogados; el mar era un gran cementerio, pero las personas seguían viniendo a bañarse y a nadar aquí. En las interminables playas del sur, parecía que el tiempo se había detenido. «Algunas estancias de la provincia terminaban en el mar», pensaba. Los gauchos le disparaban al agua y no se bajaban del caballo. En las bajadas de esos médanos había pantanos y cangrejales, y lo mejor era seguir de largo.

Estaba encandilado por el sol, pero vio algo y se detuvo a mirar. Hizo una pantalla sobre los ojos con la mano extendida. Atrás de la primera rompiente vio una mancha y le pareció que era un cuerpo. La corriente lo arrastraba, no podía perderlo de vista. Tardó en descubrir que era una campera que flotaba hacia la orilla. Croce la dejó venir. «Es la de Pedernera», se dijo, y rápidamente comprendió, o mejor, imaginó que Pedernera se había tirado al mar para matarse pero se arrepintió y para tratar de nadar se quitó con esfuerzo la campera. Se había arrepentido y se sacó la ropa para nadar mejor. Imaginó la escena, lo vio doblarse y luchar contra la tela que se le pegaba al cuerpo. Había hecho una apuesta, calculó Croce. Me tiro al mar y si me salvo cambio de vida. «Logró

sacársela», pensó Croce, «pero igual se ahogó.» Esos pensamientos lo distrajeron, y pasó un rato hasta que se dio cuenta de que varios billetes habían aparecido en la superficie, las olitas bajas los arrimaron hacia él. Eran billetes de cien y de quinientos desplazándose en el agua. Croce se descalzó y se metió para rescatarlos. Todo se aclaraba de pronto. La plata estaba en los bolsillos de la campera impermeable que flotaba como un cuerpo. Puso los billetes a secar sobre unas piedras y para que no se volaran los sujetó con sus zapatos. Así que él también estaba descalzo, como Pedernera, pensó. Un hombre va a pescar descalzo porque piensa matarse. Esa era una evidencia. Solo tenía que conseguir el testimonio de los empleados del hotel que lo habían visto bajar en el ascensor y salir al lobby del hotel «en patas», se dijo Croce satisfecho. Los pies descalzos, una prueba. La plata decide todo, la plata no gastada, no invertida, pero mojada. Esa era la prueba de que Peco era inocente. Había una relación entre la plata y el agua. ¿O acaso no se hablaba de liquidez para referirse al dinero que fluye? Dinero líquido, liquidez, lavado de dinero. Soñar con dinero en el agua trae mala suerte, pero en este caso había sido al revés. Era un milagro, una prueba de su buena fortuna, cómo no. Entonces pensó en los muertos por mano propia. En el campo, recordó, antes, se le ponía una estaca en el cuerpo al suicida, sobre la cara del muerto se colocaba una piedra y se lo enterraba en una tierra de nadie, como si fuera un vampiro. Para que no se alzara como un fantasma y acosara a los vivos. En este caso, el fantasma había salvado a un hombre. No el fantasma propiamente dicho, sino el traje del fantasma, concluyó Croce, o mejor, la campera.

5. LA EXCEPCIÓN

I

Croce logró resolver un dilema histórico que había ocupado durante décadas a los investigadores y académicos. Lo hizo a su manera, una mezcla de intuición y coraje. Leyó poemas sin dejarse amilanar por el hermetismo de los versos. Usó su técnica de asociar libremente y trató cada palabra como si encerrara una vía de escape de la cárcel del lenguaje.

–No son muy distintos nuestros métodos de inferencia –le dijo Reyes, uno de los afamados historiadores de la comarca–. Para mí –prosiguió el historiador–, los documentos del archivo son lo mismo que para usted los indicios y las huellas. No creo en la existencia de leyes de la historia y solo estudio las excepciones.

Croce y Reyes estaban esa tarde en el bar del Hotel Plaza analizando una situación que era incomprensible para los que investigaban la historia argentina del siglo XIX.

–¿Hacen mal los muertos al volver? –le preguntó el viejo historiador a Croce.

–Ustedes lidian con espectros muertos hace cien años y nosotros –dijo Croce– trabajamos solo con cadáveres recientes. Sí –agregó Croce–, tratamos con fantasmas próximos o lejanos. Salvo eso, nuestra tarea es igual.

–Sí, claro –dijo el historiador–. Por ejemplo, ¿qué diría usted de este caso? –Y le resumió el asunto–. El hombre que nos interesa es un médico y poeta romántico llamado Hilario Nieves. Fue asesinado el 3 de febrero de 1852 en la batalla de Caseros.

–¿Asesinado? –preguntó Croce.

–Bueno, fusilado sin razón porque algo se reveló de su personalidad y Urquiza lo mandó matar.

–¿Cuáles son las evidencias? –preguntó Croce.

–Unos poemas que guardaba en su maletín de médico. Nieves nunca lo dejaba, incluso lo usaba como almohada para dormir.

Nadie sabía cómo había llegado al archivo del pueblo el maletín del médico Hilario Nieves. Rosa Estévez, la bibliotecaria y compañera de Croce, lo encontró por casualidad en el interior de un baúl que contenía ropa, frascos y ovillos de lana. Era habitual que llegaran cajas o valijas, que anónimos colaboradores espontáneos enviaran al archivo del pueblo piezas que consideraban de interés histórico. Rosa las revisaba y las aceptaba o no, pero esa tarde encontró la pequeña valija de cuero y de inmediato intuyó el valor histórico del material. Eran poemas escritos a mano con una caligrafía muy cuidada.

Había además una serie de documentos sobre la batalla de Caseros y en especial se informaba de un incidente menor del que se ocupaban los diarios de la época La Tribuna y El Nacional. Alguien, dijo el historiador, había agregado esos materiales sobre el hecho.

–¿Con qué objeto? –preguntó Croce.

–No sabemos –contestó Reyes.

A partir de la llegada del maletín, el historiador se instalaba todas las mañanas en el archivo del pueblo, donde pasaba varias horas leyendo y releyendo los documentos.

–Una batalla es, para ser riguroso, invisible y confusa. La mirada cercana permite atrapar cualquier cosa que escapa a la visión de conjunto y viceversa. Hay que pensar el problema –dijo el historiador– en otra escala, ver la batalla como un torbellino y aislar un momento y detenerse ahí. Es el punto

mínimo que condensa el enigma. En ese combate se definió el futuro de la Argentina moderna –concluyó el historiador, que distribuyó tazas de café y sobres de azúcar para ilustrar las imágenes del enfrentamiento.

Entonces, para nuestro tema, digamos, según las crónicas, el cirujano mayor de las fuerzas rosistas sale de su improvisado hospital de campaña vistiendo el uniforme reglamentario; trata infructuosamente de calmar los ánimos de los hombres del general Justo José de Urquiza, que llegaron al campamento luego de que Juan Manuel de Rosas huyera herido en la mano por una bala, al ser atacados por unos pocos federales que no aceptan que la batalla está perdida. Sin perder la serenidad, el doctor Nieves, desarmado y exhibiendo las hilas en la mano, con su voz aflautada y un poco chillona, intenta dirigirse al jefe de la tropa asaltante, comandante Godoy, se da a conocer y pide protección para sus heridos.

Enterado Urquiza, ordena que sea conducido a su presencia. Nieves era de una familia entrerriana, lejanamente emparentada con Urquiza, por eso fue a la reunión con el general sin prevenciones y dejó el maletín en la tienda de campaña donde había instalado el hospital. Sus colaboradores se retiran dejándolos a solas. Dicen que Urquiza recibió al prisionero afablemente; hablaron a puertas cerradas.

Puede reconstruirse lo que ocurrió. El vencedor de Caseros habría reprochado a Nieves su deserción del bando antirrosista. Usted, un entrerriano, cómo pelea con estos porteños, es traición. Nieves le habría respondido que allí había un solo traidor: quien se había aliado al extranjero para atacar a su patria. Urquiza habría considerado que no eran momentos ni circunstancias para convencer a ese hombre que lo miraba con desprecio de que todo recurso era válido para ahorrarle a su

patria la continuidad de una sangrienta tiranía. Pero algo más habría dicho Nieves. Quizá referido a la fortuna de don Justo, de la que tanto se murmuraba.

Al salir, «Vaya nomás», dijo Urquiza secamente. Cuando Nieves había abandonado la habitación, Urquiza se volvió hacia su edecán y ordenó que lo fusilaran, que lo fusilaran por la espalda. Parecía muy enojado. El señor Elías, secretario del general en jefe, dijo que Urquiza no había tenido intención de fusilarlo; pero que habiendo sabido, no sé por quién, que Nieves había dicho que tenía conciencia de haber servido a la independencia del país sirviendo a Rosas y que si mil veces se volviese a encontrar en igualdad de circunstancias, mil veces volvería a obrar del mismo modo, lo mandó matar.

–Esa no puede ser la razón –dijo Croce como si interrogara a un sospechoso.

–Puede ser –dijo el historiador.

–¿Qué otras pistas conoce?

–El mayor Modesto Cantón publicó en el tomo X de la Revista Nacional detalles de esos momentos que le tocó vivir. Dice que al comunicársele a Nieves que sería fusilado, no todavía la forma, el hombre pareció esperar ese desenlace. «Recuerdo que iba con toda tranquilidad, pues lo llevaba a mi lado. Al llegar al paraje designado, le comuniqué la orden tremenda de que era portador, no lo de la puesta de espaldas. Está bien, contestó, permítame señor oficial reconciliarme con Dios, y dio unos cuantos pasos rezando en voz baja.» Le pide a Cantón que busque el maletín y se lo entregue a su madre. «Hay unos papeles ahí, unos versos que quiero se conserven, me dijo», cuenta Cantón. Se quitó asimismo su pequeño tirador y, arrojándolo al suelo, manifestó que había en él algunos cigarros y un poco de dinero. También regaló a los soldados su poncho y su sombrero, pidiéndoles con voz aguda que no le

destrozaran la cabeza. Cuando alguien le comunicó el verdadero sentido de la sentencia, estalló como un volcán que vuelca lava hirviente. Era una fiera que rugía incontenible. «Un oficial quiso asirlo para ponerlo de espaldas», cuenta Cantón, «y fue a dar a tres varas de distancia, y Nieves, dominando a los soldados, golpeándose el pecho y echando atrás la cabeza les gritó: "¡Tirad, tirad aquí, canejo, que así mueren los hombres como yo!"» Los soldados bajaron los fusiles. El oficial los contuvo. Un tiro sonó. Nieves tambaleó y su rostro se cubrió de sangre, pero se conservó de frente a los soldados gritándoles: «¡Tirad, tirad al pecho!» Envuelto en su sangre, hizo todavía el ademán de llevarse la mano al corazón. Era el «¡Tirad aquí, tirad aquí!» que los soldados debieron recordar con horror en sus noches solitarias.

–El problema –dijo Croce– es por qué ordenó Urquiza que lo fusilaran de espaldas. ¿Qué podemos saber sobre eso?

–Era el castigo reservado a los traidores.

–Pero ¿por qué sería un traidor este doctorcito con voz de pito?

–Aflautada –dijo el historiador.

–Es lo mismo –dijo Croce, y miró el daguerrotipo donde se veía el rostro fino y delicado de Nieves.

–Ese es el enigma.

–Lo mejor –dijo Croce– es ver con detalle las pruebas.

–¿Las pruebas? –preguntó el historiador.

–Bueno, los papeles –dijo Croce–, esos versitos.

II

Croce pasó una semana en el archivo estudiando los versos de Nieves. Era la única pista que tenía para develar el misterio de esa muerte. Efectivamente, el doctor Nieves era un poeta, el

único poeta romántico que apoyaba a Rosas. La poesía federal era, en su gran mayoría, poesía gauchesca afirmada en el habla popular, pero los versos de Nieves eran poesía culta y un poco hermética.

Croce leyó los poemas como si fueran las declaraciones de un testigo alucinado. Muchas veces le había tocado escuchar a un acusado que decía ser sobrino de la Virgen de Luján o asesinos que aseguraban ser enviados de Juan Domingo Perón. Hablaban raro esos hombres un poco dementes y había algo así en estos versos. Lo primero que le llamó la atención fue la cantidad de palabras que no comprendía, así que le pidió a Rosa que le trajera diccionarios y léxicos de diversas especialidades. Por ejemplo, las palabras barrunto y arcano. Consultó en el diccionario y decía: Barrunto: (masc.) Sentimiento o sospecha de que algo va a suceder. Indicio o noticia. «Hay barruntos de que nos darán una sorpresa». Barruntar: Conjeturar, presentir una cosa por algún ligero indicio. «Ya barruntaba yo que te pasaba algo.» Estaba en el buen camino, parecía una descripción de su método de trabajo, y buscó: Arcano: 1. (adj.) Secreto, recóndito, reservado: «textos arcanos». 2. (masc.) Secreto muy reservado o misterio muy difícil de conocer: «los arcanos de una secta». Misterio, superstición. Había entonces un camino que se abría en esas palabras oscuras, ¿marcaban un sendero? Era una posible clave. Misterio, intuición de que algo iba a pasar, ¿pero qué? Se había hecho fotocopiar los versos, así que subrayó con un círculo las palabras enigmáticas y obtuvo una frase: Barrunto los arcanos sempiternos del cúmulo tardío. ¿Qué significaba? Miró las páginas, eran una telaraña de palabras o locuciones marcadas y señaladas con lápiz. Buscó: Locución: 1. (fem. gram.) Combinación estable de dos o más palabras que funciona como oración o como elemento oracional y cuyo sentido unitario no

siempre es la suma del significado normal de los componentes. Entonces dejó de estudiar las palabras aisladas y decidió ampliar el ángulo de observación y analizar el sistema de comparaciones, analogías y metáforas. Hizo una serie y las encolumnó.

Sagrado ministro del Dios de Epidauro.

¿Era una metáfora? ¿De qué?

Un astro fulgente que nace en el cielo.

¿Y eso?

Las présagas voces de genios aerios
Dirante secretos que nadie alcanzó.

Estaba perdido. Subrayó présagas y la buscó en el diccionario: Présago, ga: (del lat. praesāgus). 1. (adj.) Que anuncia, adivina o presiente algo. Es siempre lo mismo, pensó Croce. Leía los poemas como si fueran un criptograma del que trataba de encontrar la clave que le permitiera decodificar un mensaje secreto. No lo llevó a ningún lado, entonces se detuvo en las rimas:

Pregúntome, ¿cuál de aquellas
Cinco damas es más linda?
Un amante; ayelo Alcinda
Y dice, ninguna de ellas.

Separó las rimas aquellas/ellas, linda/Alcinda.

Buscó ayelo, pero no figuraba. Quiere decir, dedujo Croce, «hallelo», del verbo hallar, es decir, lo encontró. El vate inventa palabras. ¿Será una clave? No creo, concluyó. Siguió con el análisis de las rimas.

Y en esta consignación,
Si por estar bien sobrada
La plaza, no gano nada,
Cobra, tú, tu comisión,
Y está la cuenta saldada.

Siguiendo la distinción que encontró en el diccionario, que marcaba ante cada palabra su género (masc./fem.), empezó a diferenciar las rimas masculinas de las femeninas. Los versos femeninos y masculinos se alternaban. Según se dio cuenta, las rimas llamadas femeninas terminaban siempre en una sílaba muda y las rimas masculinas, en una sílaba acentuada, pero la diferencia entre las dos clases de rimas persistía igualmente en la pronunciación corriente que suprime la e nula de la sílaba final, ya que la última vocal acentuada estaba seguida de consonantes en todas las rimas femeninas de los poemas, mientras que todas sus rimas masculinas terminaban en vocal. Todos los versos terminaban en nombres, ya sean sustantivos o adjetivos. El nombre final estaba en plural en los versos de rima femenina, todos ellos más largos que los versos de rima masculina, que en todos los casos terminaban en un nombre en singular.

¡Eureka!, gritó Croce, y Rosa se asomó: ¿Qué pasa, corazón? Después te explico, dijo Croce. Había sido un golpe de intuición, no sabía qué buscaba probar pero se dejó llevar por una corazonada. Barrunto, pensó usando una palabra recién conocida, que la diferencia de los sexos es la clave del asunto.

Bien, dijo Croce, las rimas abrían una ruta. Croce, como algunos de los hombres de su generación, se sabía de memoria el Martín Fierro y los versos del poema le surgían como agua de manantial en cualquier circunstancia. Era un repertorio de dichos y de ejemplos que formaba parte de su memoria. Sobre todo era un modelo de poesía, era un relato en verso, y Croce se decidió a buscar los argumentos en la poesía de Nieves. Basta de minucias y de palabras aisladas, tengo que reconstruir la historia que se cuenta en estos versos, ver cuáles son los personajes principales, y entonces avanzó rápido.

Se puso a buscar series, asuntos que se reiteraban, y armó un campo temático, como si fueran las pistas que deja un hombre que viene huyendo. La oposición masculino/femenino funcionaba como las reglas de un silogismo. Todas las personas se dividen en masculinas o femeninas. ¿El poeta dónde está? En esa indecisión estaba la clave. Encontró las huellas que buscaba y subrayó astuto artificio, fingimiento, miento, disimulo, mentira, enmascarada, una de las asociaciones que definían el argumento central de los poemas. Entonces, se dijo, el que escribe oculta su identidad pero, se preguntó Croce, ¿el que escribe es el que es? Hay que verificarlo.

¿Había descifrado el intríngulis? Ya que estaba, buscó intríngulis en el diccionario, el mataburros, se dijo, mientras localizaba la palabreja: (de or. inc.). 1. (masc.) Dificultad o complicación de algo. 2. (masc. coloq.) Intención solapada o razón oculta que se entrevé o supone en una persona o en una acción. Todas las palabras incomprensibles de este caso remitían al mismo asunto. Llamó a Rosa.

–Encontré la clave pero necesito una comprobación práctica. ¿De dónde vino la valija con los versos?

–De Tapalqué –dijo Rosa.

–Ya vengo –dijo Croce.

III

Tomó la ruta nacional número 226 y manejó casi dos horas con las ideas que se arremolinaban en su cabeza. Le sonaban los versos de Nieves. De tanto estudiarlos, había aprendido de memoria algunos poemas. En voz alta recitó:

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del más brillante trono me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.

Croce iba, poético, en su auto, mirando las vacas que se movían apenas en la tarde. Tenía buena memoria. En su mente se fijaban las cosas más inesperadas, por ejemplo, la numeración del envío del correo, la carta de porte con la que habían mandado el baúl con el maletín y los poemas, «04752», recitó ahora Croce a voz en cuello. Se sentía feliz, estaba a punto de resolver un caso extraño con implicancias históricas. ¿No era el problema más difícil de su carrera? Tal vez, pensó, pero seguro era el más raro. Un crimen cometido hacía más de cien años, pero ¿era un crimen? Sí, pensó, mientras entraba en el pueblo y enfilaba por la calle que lo llevaba a la oficina de correo.

El empleado, con aire aburrido, miró el número del envío y le dio los datos. Justina Nieves vivía en la parte vieja del pueblo. Croce salió del correo y no le costó mucho dar con la casa señorial de dos pisos frente a la plaza. Lo atendió una viejita casi centenaria. Tenía un rostro armonioso y ojos azules. Se alegró al saber que su envío había sido bien recibido. Era la última sobreviviente de la familia, sobrina nieta, o bisnieta, del

poeta. Los parentescos tan remotos la entristecían, dijo, y Croce afirmó como si entendiera el sentimiento o la esperanza de pertenecer a un linaje antiguo y noble. La mujer explicó que no había querido que el maletín con los versos que había pasado de generación en generación se perdiera. Ella lo vivía como una deuda o una promesa incumplida. Croce le explicó en pocas y confusas palabras sus conclusiones. La mirada y el semblante de esa mujer intemporal se iluminaron como si una luz interior hubiera ardido dentro de ella, y le confirmó lo que él había comprendido a medias.

–Se disfrazó de varón para poder entrar en la escuela de medicina, que estaba vedada a las jóvenes, y luego se sostuvo en esa apariencia, fue soldado y peleó en las campañas de Rosas como cirujano. ¿Qué mujer –concluyó con aire pícaro– no ha soñado alguna vez con ser un hombre e imaginar cómo hubiera sido su vida?

–Más fácil –dijo Croce.

–Y más divertida –dijo doña Justina.

–¿Y cómo se llamaba la muchacha?

–Hilaria. Basta cambiar una letra y la vida es otra.

No había querido llevarse el secreto a la tumba y había propuesto una adivinanza al porvenir. Se alegraba de que todo se hubiera aclarado mientras ella estaba viva.

–¿Y por qué la hizo matar de ese modo infamante el general Urquiza?

–Se habrá sentido herido en su virilidad.

–Claro –dijo Croce–, no soportó que una muchacha le hiciera frente y lo desafiara.

–Mantuvieron el secreto todos los implicados –hizo una pausa–. Ella quiso morir como un hombre.

En los poemas estaba la clave e Hilaria había cifrado en esos versos la verdad de su vida.

–Y usted –dijo al despedirse– ha sido su Tiresias –concluyó con ironía.

Croce se fue de la casa con la sensación de haber vivido una experiencia intensa y mágica. Volvió manejando mientras caía la noche en los campos y las llanuras grises bajo la luna llena. Una mujer había decidido ser un hombre y vivir de acuerdo a ese deseo, y por eso se convirtió en poeta. En sus versos estaba la verdad de su mutación, de su deliberada metamorfosis. La vio en la noche en su tienda de campaña. Se decía que había tenido amores con una mujer casada y por eso había permanecido en Buenos Aires, luchado sin ilusiones con las fuerzas de Rosas a pesar de que las deserciones habían hecho de antemano imposible la victoria. Estaban derrotados antes de empezar, le había dicho el historiador. Los soldados porteños llevaban un arete sellado en la oreja izquierda que no se podía quitar para ser identificados si desertaban, y ella también, imaginó Croce, lucía con orgullo ese adorno injurioso. Único emblema femenino que sobrevivió a su empaque de varón. Sí, se dijo el comisario, única insignia cierta de su condición de mujer bravía, y entonces unos versos sonaron en su memoria como un homenaje o un réquiem y los recitó en voz alta como si cantara:

La noche pregaba su negro ropaje,
La aurora entre nubes de nácar y encaje
Su frente de zafir y perlas mostró;
Y una mujer radiante de extraña alegría
De aquel paraíso salió con el día
Absorto en su dicha, y ¡esa mujer era yo!

6. EL IMPENETRABLE

I

Cuando desapareció el ingeniero Panizza, llamaron al comisario Croce para que se ocupara del caso. Llegó una tarde a la casa del industrial en un barrio residencial en City Bell y fue recibido por la mujer. La casa era amplia y en una primera recorrida Croce, casi por casualidad, al mover un cuadro que estaba imperceptiblemente mal colgado, descubrió la puerta camuflada que le dio acceso a un cuarto lleno de libros en ruso. Había también un informe que no pudo descifrar y, en la mesa vacía, una tarjeta del hotel El Tropezón, en el Tigre. Eso fue lo único que se llevó Croce esa tarde de la casa del posible prófugo. La mujer no conocía ese lugar clandestino de la casa, ni sabía que su marido leyera obras en ruso. Sorprendida, sugirió que la habitación oculta podría ser del propietario anterior de la casa, un ciudadano alemán que se ocupaba de la cría de caballos árabes. Croce dejó todo como estaba pero le pidió a su ayudante Barrios que sacara fotos de los libros y los documentos.

Había dos lugares donde ella podía imaginar que su marido se había recluido. Uno era la casa de verano de la familia, cerca de San Javier, en Córdoba, pero luego de algunos tímidos llamados, primero al casero y luego al encargado de correos, ambos le respondieron que no habían visto a su marido. Ella sabía además que Panizza solía pasar algunos días solo en Piriápolis porque le gustaba jugar en el casino y no quería que sus socios lo vieran. Prefería esa ciudad del Uruguay donde podía aspirar a cierta invisibilidad. Era su manera de descargar las tensiones del trabajo y de tirar la plata. Su mujer, Carmen

Unzué, tenía el estilo frugal de las clases altas argentinas y a menudo le parecía vulgar el modo en que su marido gastaba el dinero. Le gustaban los hoteles de lujo, los autos importados, la ropa de marca exclusiva y las propinas desvergonzadas. Una tarde le había dado un billete de cien dólares al botero que lo llevaba al amarradero del Tigre donde guardaba el velero. Carmen, desde luego, veía esa ostentación como un gesto de debilidad que expresaba la ascendencia modesta de una familia de inmigrantes italianos. Tal vez su marido se había refugiado unos días en el delta del Paraná. Le gustaba el río, la calma, salir a navegar por los brazos del Rama Negra, buscando el río abierto.

Son tantas las cosas que pueden sucederle imprevistamente a una persona. Son tantos los secretos. Pero Carmen era una mujer demasiado bella y segura de sí misma para hacer escándalos. Estaba acostumbrada a las extravagancias de su marido y durante unos días mantuvo la calma. Resuelta y tranquila, le dijo a su hijo que su padre estaba en un inesperado viaje de negocios y que seguramente no tenían noticias por culpa de las cansadoras reuniones con los ejecutivos de la firma matriz en Italia. El sábado su marido la llamó por teléfono. Le dijo que estaba con un problema que tenía que resolver solo, que seguramente le preguntarían por él, que tenía que decirles que estaba ausente y que no le había dejado ninguna dirección. «Parecía querer tranquilizarse a sí mismo, más que calmarme a mí», dijo ella. Le contestó con frialdad, secamente, como si estuviera tratando con un chico caprichoso.

–¿Ausente dónde?

–Ausente –le dijo–. Decí eso.

Ella tuvo la certeza de que él seguía en Buenos Aires.

–Estás por aquí.

–Puede ser –dijo él.

La respuesta era tan irritante que ella, furiosa, se empezó a reír.

–No te puedo explicar ahora, Carmen. Un hecho trivial.

Estaba harta de las excusas de su marido, de sus cambios de humor, de sus maniobras de clase baja.

Imaginó –o quiso creer– que Panizza estaba teniendo una aventura con alguna tilinga veinte años más joven. Una de esas secretarias o traductoras o coperas, infantiles y depravadas, que circulan y levantan pajarones por la city en todas las ciudades del mundo.

Al tiempo, junto con el desconcierto, empezó a sentir que tendría que haber sido más buena con él, menos exigente, tal vez menos irónica. Lentamente se dio cuenta de que lo quería y lo extrañaba. No era cierto que lo menospreciaba; se había hecho solo, había llegado de la nada a un lugar destacado.

Panizza era meticuloso y ordenado, no era alguien del que pudiera esperarse una sorpresa. Pero la sorprendió darse cuenta de las pobres huellas que deja un hombre cuando muere o abandona imprevistamente el lugar donde vive. No se había llevado nada, ni su ropa, ni el dinero del banco, ni siquiera los objetos que habían sido siempre sus manías: los prismáticos de su abuelo, la libreta con el número de sus cuentas en el extranjero, la foto de su hijo, el pasaporte.

–Dejó el pasaporte –remarcó la mujer.

Esa noche llamó a la policía. Luego de algunas discretas averiguaciones, el inspector le mostró unas fotos y ella reconoció a su marido de joven. Desde entonces, nadie supo más nada del ingeniero.

De las hipótesis posibles, la verdadera resultó la más sorprendente. Un hombre abandona a su familia, su posición, el dinero que tiene en el banco, y cambia de vida o desaparece. Ella pensó que se había fugado y en un sentido esa presunción era cierta. No había adoptado la identidad de otro, había olvidado su propia identidad.

Podemos imaginarlo quizá disfrazándose, aunque no era fácil porque tenía un leve estrabismo disyuntivo: sus ojos miraban hacia los costados y eso le daba un aire vagamente enfermizo. No debe haber cambiado de profesión, pronosticaban, quizás algún desvío pero no demasiado ajeno a la ingeniería y a la industria.

Un día se revelaron, en parte, las razones del cambio. Panizza había estudiado ingeniería en Santa Fe y alguien había logrado identificarlo, sí, era Panizza, el bizco –el Virola– Panizza. Venía de Tostado, un pueblo del interior de la provincia, donde tenía una novia con la que iba a casarse y que todavía lo debe estar esperando. Lo recordaban como un muchacho alegre. El único rasgo que parecía conservar de aquel tiempo era su facilidad para las matemáticas y su afición por la pesca. También entonces había desaparecido. Dejó la pensión, dijo que iba a Buenos Aires por unos trámites, abandonó todo y no apareció más.

Nadie supo en aquel entonces por qué lo hizo. Dio sus últimas materias, visitó a su novia y luego desapareció. También en ese momento –según la policía– llamó por teléfono y pidió que dijeran que iba a estar ausente un tiempo. Pero nunca volvió. Muchas veces los estudiantes se comprometen con su novia del pueblo, no pueden romper el compromiso y se fugan.

Apareció como si fuera otro, con un pasado oscuro que nunca quiso aclarar, y rápidamente subió hasta dirigir la Unión

Industrial Argentina. Nunca tuvo empresas propias, siempre fue gerente o director de las ramas de investigación. Empezó en Massey Harris y así llegó a la metálica Ferguson y luego fue director general de Aluar.

¿Por qué lo hizo?

II

El comisario Croce había pasado años investigando a los hombres –y a las mujeres– que tienen –«o llevan», pensó– una doble vida. Él mismo, varias veces, se había infiltrado en las bandas de cuatreros y se había comportado durante meses como uno de ellos y había arreado en la noche una tropilla de caballitos de polo y los había vendido en la feria donde se remataba ganado alzado y luego había pasado la noche jugando a la taba con plata robada. Y se había emborrachado con ellos y había ido a los prostíbulos ambulantes que circulaban con sus grandes carromatos por la pampa, llevando a las alegres mujeres de la vida, que fumaban cigarros y se reían entre ellas como si los hombres no existieran. Ellas, esas muchachas, también llevaban una doble vida y eran, o hacían de, vistosas y viciosas, chicas –o loras– ligeras de cascos, aunque también en su vida secreta eran mujeres abnegadas, que guardaban en una caja de galletitas la plata que habían ahorrado para mantener a sus hijos, que vivían con nombres cambiados, en un carísimo internado religioso.

El comisario había pensado varias veces en esas conductas, hasta en sus últimos detalles, para poder asir el perfil posible de los hombres –y de las mujeres– que llevaban una vida paralela. Aunque a veces pensaba que la identidad usada como coartada –por ejemplo, en su caso, hacer de comisario– era en

verdad su vida falsa y que la otra era en realidad más intensa y más verdadera.

Croce sabía adaptarse al disfraz y podía vivir meses como si fuera otro, más libre, porque tenía que seguir la letra del personaje que interpretaba y entonces decía lo que había que decir en cada ocasión como si otro hablara por él. Un hombre taimado y procaz, eso fingía que era él, capaz de matar a quien se opusiera a sus deseos siempre cambiantes y contingentes, un hombre maldito o maldecido, del que se sentía cerca, como si esa versión de sí mismo lo estuviera esperando, junto a él. ¿Pero quién era él? Un policía de provincia y, por lo tanto, una figura tan irreal como la del ladrón cuyo juego él jugaba. Para resolver un crimen, había que ser capaz de pensar con la cabeza del criminal y vivir en él para saber en qué encrucijada del camino podía esperarlo.

III

Convertirse en otro era, entonces, uno de los métodos de deducción del comisario Croce, y lo puso a prueba en 1968 en este caso. Reconstruyó los elementos y los indicios que resultaban de la investigación. Un industrial que formaba parte de la elite económica del país había desaparecido de pronto. El hombre se había perdido en la noche y el comisario fue el único que sospechó que llevaba una doble vida. Entonces siguió ese rastro –esa corazonada– y en la Jefatura en La Plata le dieron vía libre; podía usar todos los medios disponibles para descubrir el paradero del sujeto en cuestión.

–Es un caso delicado, con posible implicancia política. Por el momento no hay una causa, la Justicia no está al tanto. Hay que moverse con cautela y mucha discreción –dijo el jefe.

Lo asignaron a la sección Extraviados de la repartición y Croce se dispuso, contento, a actuar en la sombra, camuflado y alerta. El área de trabajo era muy sensible, porque buscaban a personas perdidas. Habitualmente se trataba de ancianos que se perdían, salían a la calle y se olvidaban de quiénes eran. También había chicos que se escapaban de la casa o muchachas que se fugaban con un gavilán. Se publicaban avisos en los diarios y se pegaban carteles con la foto y la descripción de la persona buscada en las oficinas de correo, en las estaciones de tren y en otros lugares concurridos. No se los detenía, solo se los localizaba. Croce decidió seguir un pálpito –como llamaba a su método de inferencia silogística– y disfrazarse de isleño y tantear el terreno, siguiendo el rastro de la tarjeta que había encontrado en la casa de Panizza. Había pasado muchos veranos en la laguna grande cerca del pueblo, para escapar de la rutina y hacer vida filosófica, como decía. Dormía al aire libre y así podía pensar tranquilo, en la noche estrellada, mirando el fuego en un claro del monte. Se llevaba bien con el agua. Varias veces había recorrido en bote la ruta encadenada de las lagunas del sur de la provincia y ahora se disponía a volver a internarse en los caminos abiertos de la naturaleza. Iba a moverse como si fuera un baqueano en el Delta, disimulado, para que no se volara el pajarito.

Vestido con ropa de trabajo muy baqueteada, con botas de goma y sombrero de paja, Croce remontó en bote el río Sarmiento y siguió por el Paraná de las Palmas hasta llegar al hotel El Tropezón. Amarró el bote en el muelle y cruzó el jardín. Estaba amaneciendo y el lugar parecía cerrado. Un perro negro salió del fondo y empezó a ladrarle.

–Tranquilo, chucho –le dijo Croce, y le palpó el lomo.

En ese momento, un individuo que parecía un pigmeo se asomó por la puerta y, luego de llamar al perro con un chiflido perentorio, se acercó a Croce. Estaba reducido a lo esencial y parecía vivir en otra escala; era tan diminuto y envarado que por un momento el comisario pensó que estaba soñando. Era el Sereno, y Croce le preguntó por su amigo el Bizco, al que andaba buscando por un negocio. El hombrecito, luego de una pausa interminable, le dijo con voz aflautada que le parecía haberlo visto yendo hacia la isla Lucha. Iba a buscar un teléfono para llamar a la capital. El pigmeo era medio marrón, como recién salido del horno, y parecía un dibujo animado porque se movía y hablaba con extrema lentitud. «Como si fuera un muñequito mecánico al que se le está acabando la cuerda», pensó el comisario.

Croce se fue remando por el Paraná de las Palmas y salió al Capitancito, y desembocó en el Aguaje del Durazno, y de ahí al arroyo Ciego en una hondonada cerca del grupo de islas que formaban una cadena en el borde del Río de la Plata. En la isla principal estaba el astillero del Francés; era el más importante de la región, y ver el edificio oscuro y los diques con barcos abandonados y cascos a medio calafatear, imponentes bajo el sol, justificaba –sonrió Croce para adentro– su viaje por esa tierra perdida. Fue ahí donde lo encontró.

–¿A Panizza?

–Creo que era él.

Le hablaron del mecánico que desde hacía meses se ocupaba con gran eficacia del mantenimiento de todas las máquinas. Le decían el Preso. Lo habían visto aparecer una tarde, por el río, en una canoa, sofocado y hambriento. Era una chalupa en realidad, uno de esos botes salvavidas de los barcos que navegan por el río, pero los leñadores y los trabajadores, al ver

que se llamaba Solano López, imaginaron que era el bote del barco que transportaba a los presos desde Asunción por el río Paraná. Pensaron que se había escapado de la cárcel y empezaron a llamarlo así, cuando ya trabajaba como ninguno y vivía encerrado en su barracón. Al principio casi no hablaba, se dedicó a arreglar el bote y en dos días parecía nuevo.

El comisario se hizo llamar el Bagre y dijo que era un nutriero, y se quedó esa tarde a tomar unos mates con los peones y a recoger información.

–Muy buen tornero. No prueba el alcohol ni busca mujeres. Pensamos que era medio evangélico, pero no. Un mozo inteligente, hábil como un mago con las manos, parece leído pero habla poco, y es medio raro. Dijo que venía de Santa Fe y que se conchababa de mecánico y se quedaba donde hubiera trabajo, siempre cerca del río.

–Para poder escabullirse –dijo un viejo con cara de zorro.

–Se va unos días pero siempre vuelve –dijo uno de los peones, un paraguayo con la cara picada de viruela.

–Lo voy a esperar –dijo Croce–, le traje una plata que le debía.

Las grandes máquinas en medio del monte y al costado del río le daban al astillero un aspecto fantasmal. Los peones se dispersaron y él siguió en el claro, a la sombra, solo, sentado sobre un banco. Era la hora de la siesta y estaba aturdido por el calor. Se adormeció y lo despertó un grito que llegó de la orilla del río.

–Ahí llega el Preso.

El comisario escuchó primero un ruido que venía del monte, una rama rota y pisada en el barro, y después le pareció escuchar una música a lo lejos y también la sirena apagada de un buque, y entonces vio aparecer al hombre entre los matorrales. Alto y rubio, con el pelo color ceniza hasta los

hombros, venía hacia él, descalzo y con el pecho desnudo, vestido con un pantalón blanco y gorra de marinero. No dijo nada y no saludó, se sentó en un tronco y miró a Croce con indiferencia. Sacó una bolsita de tabaco y armó un cigarrillo usando solo la mano izquierda, con la habilidad y la rapidez de un ilusionista que hace trucos moviendo los dedos con delicada elegancia. Tenía las manos sucias de grasa, y no solo era bizco, sino que cada ojo era de un color distinto. Había visto varias fotos del prófugo y lo reconoció a primera vista.

–¿Se acuerda de mí? –mintió Croce, tanteándolo–. Usted es Panizza.

Con gran placidez le respondió, muy sereno, como quien atestigua bajo juramento.

–Puede ser.

Después le pareció escuchar que decía en un murmullo leve: «Pensar, pensar, no hay que pensar. Si no destruimos el pensamiento, el pensamiento nos destruye», pero cuando se inclinó hacia él y le preguntó qué había dicho solo dijo:

–No confirmo ni desmiento.

La mirada estrábica, las manos como pertenecientes a otro cuerpo, agrandadas por el trabajo manual, encallecidas en algunos lugares, suaves y blancas en otros. Panizza se las miró como si fueran objetos extraños.

–Me acuerdo –dijo– de los obreros de la Comuna que detenían en París, les tocaban las manos y así los identificaban antes de fusilarlos.

Fumó, abstraído. El sol brillaba en lo alto y la claridad era un fuego.

–La Comuna, sí –dijo Panizza–, los insurrectos disparaban contra los relojes de la ciudad, todos los relojes de París quedaron inmóviles... No se puede mantener esa luz prendida –dijo de pronto–. Los botes chocan contra el muelle.

Había logrado tirar un cable por tierra hasta el borde del murallón y ahí había puesto un farol. Se levantó y fue a arreglar el cable. Cuando volvió, se sentó otra vez.

–La organización del tiempo, y no el invento de la máquina de vapor, es la clave del capitalismo –dijo sosegado.

Conversaron un rato sobre los beneficios de vivir cerca del río y sobre el porvenir de las islas y sobre maquinarias y barcos. Pensaba que si hacían diques en la desembocadura del Paraná se podría mejorar el tráfico e impedir las inundaciones. Describió en detalle, haciendo dibujos en la tierra con un palito; siguió un rato más describiendo la clase de diques y el tipo de motor necesario, y se perdió en unas divagaciones electromecánicas. Luego se quedó callado y con una navajita de bolsillo empezó a tallar las ruedas dentadas de un engranaje hipotético. Abstraído, parecía estar ausente. Entonces Croce lo encaró.

–Mire, ingeniero, no hay orden de captura sobre usted, solo hay preocupación en su familia y entre sus colegas. Soy el comisario Croce, de la sección Extraviados de la Federal, me gustaría llevarlo de vuelta a la capital.

Panizza sonrió y negó resignado, moviendo la cabeza.

–No afirmo ni desmiento. Soy y no soy. –Y se levantó–. No creo que haya orden de captura. No hay delito si un hombre se cansa y quiere vivir tranquilo, lejos de todo. ¿Quién se lo puede impedir? Vuelvo en unos días, voy hacia la isla Nutria –dijo, y empezó a alejarse.

Tenía razón, no había venido a detenerlo, sino a buscar una explicación que tranquilizara a la mujer y a su hijo, y poder así cerrar el caso. Por eso Croce, para usar una metáfora acorde con la región, tiró la línea, dejó las boyitas rojas flotando en el río, como si quisiera pescar al fugitivo, y se fue. Se instaló en

El Tropezón, pasaba largas horas charlando con el hombrecito al que todos llamaban el Sereno y también don Eliseo. Era paraguayo, tenía el pelo teñido y hablaba en un lenguaje incomprensible donde se mezclaban el guaraní con el castellano. Conocía como nadie la región.

Una semana después, cuando Croce volvió a la isla Lucha, Panizza ya no estaba ahí. Prefirió irse. Se metió en el monte y salió por los bajos, del otro lado del astillero, en una zona de pantanos donde el río se achicaba entre los camalotes bravos, y enfiló para el lado de Tres Pozos. Iba en bote, por el Alto Paraná hacia el norte.

Había dejado todo, ni siquiera cobró la quincena. En lo hondo de la isla, en el monte, en un claro, a unos cien metros del muelle, se extendía el barracón de las herramientas, donde él había instalado su covacha, en un cuarto que terminaba en un paredón ciego horadado por una ventana con rejas. Un tejido de cuerdas en la entrada formaba una red que parecía una defensa. Los muros que se extendían a cada lado carecían de ventanas. Por eso también lo llamaban como lo llamaban, el Preso, aunque el Francés le decía don Diego y lo trataba con respeto. Ahí vivía, en un jergón, con unos cajones esqueléticos para guardar sus propiedades.

IV

–Se voló no bien lo vio aparecer a usted, comisario –dijo el Francés. Y se quedó un momento abstraído con aire de tristeza en la cara–. Le aseguro que ese hombre impasible y escéptico que se alejaba remando encorvado hacia lo más oscuro de la selva era grandioso en su idea fija y su tranquilo desprecio de

cualquier convención, o posesión o identidad, que no se sometiera a su férrea, invicta e inexplicable voluntad de huir.

Estaban en una oficina que parecía el camarote de un barco, con ventanucos circulares que daban al río; así conversaban Croce y el Francés, tomando ginebra mientras caía la noche. El Francés también tenía una historia como tantos otros que se pierden en la orilla de los grandes ríos, seguros de que la correntada los llevará lejos cuando haga falta. Se había negado a pelear en Argelia y era un desertor del ejército francés, con captura internacional, se había escondido en el Delta, cerca de la frontera con Paraguay y a un paso de Colonia, del otro lado, en la Banda Oriental. Había montado el astillero con plata de su familia y con la experiencia que le había dado el haber nacido en Saint-Nazaire, en un enclave marítimo sobre el océano Atlántico.

–Hay hechos que no tienen explicación, o que tienen una explicación tan evidente que no vale la pena anunciarla –prosiguió el Francés–. Yo lo quería a ese hombre, tan educado y tan hábil. Se refugió aquí, lejos de todo, y nos hicimos amigos, si podemos llamar amistad al trato con una persona tan solitaria y tan desesperada.

Mirando al río, el Francés fue reconstruyendo la historia para Croce y también para sí mismo. Panizza se la había contado como si quisiera que alguien conociera la verdad de su vida. «El escéptico más escéptico que he visto nunca», dijo. A medida que el Francés le contaba la historia, Croce se sentía más desorientado. Panizza era un topo, un agente encubierto, un espía infiltrado en los círculos de las finanzas y de la industria. Era un militante revolucionario haciendo trabajo sucio y obteniendo información en las altas esferas del empresariado argentino. Lo habían reclutado en Santa Fe cuando estaba terminando la carrera, activaba en el

movimiento universitario y era un hombre de izquierda. Vieron algo en él y lo convencieron de la importancia de ser una pieza secreta en el ajedrez político de la Guerra Fría. Lo mandaron a Moscú, donde pasó un año adiestrándose como cuadro clandestino de la Internacional Comunista. Volvió a la Argentina y empezó su doble vida. Se había casado con una mujer a la que necesitaba como coartada. No la quería, y tampoco soportaba los ambientes en los que se movía. Había vivido una vida falsa, con amigos que no le importaban y representando el papel de un miembro de la clase dominante, con sus prejuicios, su forma de hablar, sus diversiones y sus contactos. Una vez cada tanto viajaba a Uruguay, y en un departamento alquilado con nombre falso, en Piriápolis, se reunía con un camarada del partido, con el que por fin podía hablar y decir lo que pensaba. Le pasaba información y escuchaba los informes del Partido Comunista sobre la situación política. El resto del tiempo tenía que decir lo que no pensaba, hacer de cuenta que era un canalla, un hombre ambicioso dispuesto a todo. Entonces, cuando se desató la polémica entre los rusos y los chinos, su mundo se vino abajo. Los maoístas demostraban que la Unión Soviética era un país imperialista, que había traicionado todas las banderas por las que Panizza había dado su vida. Era un leninista obligado –en defensa de la causa del socialismo y la revolución– a vivir como un burgués. Cuando comprendió que las razones de su vida habían sido traicionadas por los dirigentes en los que confiaba, se vino abajo y escapó, dejando atrás su vida acomodada y ficticia.

–No tenía otra opción –dijo el Francés–, se escondió de sí mismo, la sensación de haber vivido equivocado no le dejó salida.

–Se convirtió en un fugitivo –dijo Croce–, escapaba de los días inútiles.

–No tenía adónde ir y ya no pudo vivir en la superficie.

–Buscó el agua –dijo Croce–, buscó la fluidez y escapó de la tierra y de los hombres.

–No podía soportar el recuerdo.

–Trataba de no pensar –dijo Croce.

–Remontó el Paraná, busca llegar a Corrientes.

–El Impenetrable –dijo Croce, y se quedó pensando.

Entonces el Francés desplegó un mapa y los dos imaginaron el itinerario del prófugo. Había entrado por el río Bermejo hacia el norte, se metió en el monte, enfiló para el lado de El Sauzalito, un paraje que está sobre el margen chaqueño del río Teuco, tributario del Bermejo.

–En realidad son poblados o ranchadas que siempre han sido afectados por grandes inundaciones, es zona de pueblos nativos donde conviven los «hombres de frontera» –dijo el Francés.

–El Impenetrable en su vastedad comprende todo el norte chaqueño hasta tocar el margen del Bermejo.

–En ese desierto verde se extraviaban los pilotos de pequeñas aeronaves, desorientados por la falta de referencias visuales.

–Difícil encontrar a alguien refugiado en su interior. ¿Cómo y para qué buscarlo en esa inmensidad?

–Lo veo –dijo el Francés– armando una guarida en el corazón de la tierra de nadie.

–No quiso matarse –dijo Croce–, porque eso hubiera sido admitir que su derrota era definitiva.

–¿Le quedaba alguna esperanza? –preguntó el Francés.

–Ninguna –dijo Croce–, ni la más mínima ilusión.

–Estaba hundido –dijo el Francés.

–Para sí mismo –dijo Croce–. Un hombre que detesta su pasado.

–Tiene memoria –dijo el Francés.

–Pero está destruida –dijo Croce–. He conocido hombres cuyos recuerdos eran insoportables, pero siempre tenían en un rincón algunos hechos que les permitían sobrevivir.

–Pero él no –dijo el Francés–, no había en su vida un acontecimiento del que pudiera sentirse orgulloso.

Siguieron imaginando los días y las noches del hombre más desesperado que habían conocido.

–Vivía las derrotas políticas de la clase obrera como parte de su biografía personal.

–Un hombre histórico –dijo el Francés.

–La historia lo ha traicionado –dijo Croce–. Vivió en carne propia la catástrofe del socialismo. No le quedó nada.

–Nada de nada.

–Solo el agua.

–Los ríos, las islas perdidas.

Croce volvió remando a la civilización. No terminaba de entender las razones de la historia, esa cuestión de chinos y soviéticos no entraba en su cabeza peronista. Lo excedía, pero sin embargo comprendía bien al hombre, al ingeniero que había vivido una existencia equivocada. No soy el que soy, decía, pensó el comisario. No niego ni afirmo, decía. Oh, Panizza, oh, la vida traicionada.

7. LA SEÑORA X

Un sobre se deslizó bajo la puerta del despacho de Croce, el comisario salió a lo oscuro con una linterna pero no vio a nadie. El Cuzco no había ladrado, ¿era alguien conocido? La comisaría estaba en un descampado. Tampoco había oído el motor de un auto. ¿Quién podría ser? El sobre decía «De parte de la Señora X». A veces le dejaban en el buzón denuncias anónimas, litigios entre vecinos, quejas, reivindicaciones territoriales. La hacienda de Sosa había entrado a pastorear en los campos del vasco Usandivaras, el perro de González estaba cebado y había atacado al ternerito guacho de doña Francisca. Pero esto era distinto, antes de leer la carta anduvo con la linterna buscando rastros en la galería. Vio o creyó ver la huella de un taco de mujer en el barro que había formado el desagüe de la canaleta en el patio. Volvió a la casa y se sentó en el escritorio a leer la carta. Estaba escrita a máquina, eran seis hojas a un solo espacio. Puso las páginas bajo la luz de la lámpara y empezó a leer.

En la ciudad de Mar del Plata, provincia de Buenos Aires, quien suscribe la presente se dio un baño con agua tibia; se puso un vestido amarillo en el tono exacto de los cascos de los obreros (ahora se da cuenta de dónde salió esa moda). Caminó lentamente hacia el casino, pasó por delante sin verlo, volvió sobre sus pasos, miró las revistas y los diarios sin saber qué decían, cruzó al bar de enfrente y se sentó en un taburete. Poca gente, oh, felicidad. Tomó un whisky en paz mirando hacia la calle. La mujer del vestido amarillo experimentaba un sentimiento semejante al ser que huye de un país en guerra, cruza la frontera y encuentra un lugar pacífico y confortable. Sacó papel y lápiz, hizo cuentas y decidió que perder quince mil

pesos no modificaba para nada su vida. Separó una plata de otra y esperó un poco más. Sabía que ahí dentro todo se justificaría después, terminaría como otras veces, envuelta en los colores de las fichas, olvidando la separación de la plata y pidiendo prestado para fumar al día siguiente. ¿Los años la convertirían en una mujer sensata? De ninguna manera. Los años habían hecho que se conociera un poco más a sí misma, según lo que los viejos griegos inculcaban a sus gráciles discípulos. ¿Lo lograrían esos jóvenes?

La mujer dudó y consideró que no, que no lo lograría en la medida pretendida por sus mayores, aristocráticos crápulas que se ubicaban en las fotos de la historia con un vaso de cicuta alcanzado por atemorizados esclavos.

Pero estábamos en la insensatez de una mujer y nos trasladamos a la polis. Nos olvidamos de los derechos del lector, estamos gambeteando lo que pasó esa noche. Debe ser lo que dice mi amigo: «Oigo la música y no puedo escribirla.»

La cuestión es que, por conocerse más a sí misma, entró en la sala de juego cuando faltaba exactamente una hora para que el juego terminara.

(Necesito contarlo, aunque usted esté harto de recibir mensajes misteriosos, esa es también la función de un comisario, recibir confesiones de desconocidos. Nunca he sentido una necesidad tan grande de contar algo; no trato de hacer buena letra, esto sale como sale, no hay borrador ni correcciones ni rompecabezas, y no sé para qué se lo digo porque ya se habrá dado cuenta, sé que al contarlo van a aparecer cosas que no veía claramente.)

La señora empezó más o menos; pensó que, como siempre, su fidelidad a la segunda docena tendría que reventarla, por lógica. Cornificó a sus doce amantes con el cero y el tres al norte y con el treinta y treinta y tres al sur. Los bolsillos del

vestido amarillo se llenaban de fichas y el número diecisiete retribuía la fidelidad incondicional de años y años, y parecía atraer con su fuerza al hermoso y redondo veinte. (Doy vueltas como la misma ruleta, eludiendo la historia que necesito contarle.) Entonces, siendo las tres y veinte de la madrugada, faltando diez minutos para el último pase, me retiré de la mesa y me acerqué al bar. Saqué las fichas por comodidad, y no por alarde, y las fui apilando. Pedí un whisky para justificar la parada y también porque me gusta. Un gordo negruzco, a mi lado, me aconsejó que no hiciera allí esa ostentación. Vaya ostentación. Había ganado doce mil. El gordo no sabía que a los diecisiete años entraba en ese mismo casino con la cara pintarrajeada, un tapado negro y una panza de embarazada que era un pulóver con un nudo a la altura del ombligo. Estaba como en mi casa, gordo.

Ya es de día, será posible, nunca podré contarle mi historia. No sé si mañana podré, hoy digo, viernes 30, terminan las clases de los chicos. Pero no por eso. No conozco a nadie a quien le haya pasado algo semejante.

Son las seis y cuarto, recorro la casa y la desaparición del individuo que vive conmigo da a las cosas una luminosidad distinta. En una de esas, mañana arreglo el jardín y hasta planto unas flores. Estoy como el tipo que cruzó la frontera y encontró la paz.

El gordo miraba mis movimientos, las fichas. «Escúcheme», le dije, por decir algo, «vine al casino con quince y gané doce, ¿qué haría usted? ¿Se retiraría?»

El gordo miró al tipo que lo acompañaba antes de contestarme. Su movimiento como pidiendo permiso, diciendo la dama me habla y tengo que contestarle, reveló en un instante una relación sentimental. Una ojeada fugaz a la calidad de las vestimentas reveló que el gordo era el bufarrón mantenido por

el flaco. Delicado, como recién salido de un baño sauna, no se dignó a mirarnos. El gordo dijo: «¿Usted vino al casino a ganar o a jugar?» Yo dije que a jugar, y mi contestación lo desorientó porque tenía la respuesta preparada para la otra posibilidad. Mientras el gordo se ordenaba, los imaginé en una cama de dos plazas, la relación venía de lejos, ella usaría ruleros y crema en la cara y él leería el diario, harían el amor sin palabras. (No hay caso, me desvío de lo que tengo que contar.)

La historia (vista un viernes 30 de noviembre a las diez y algo de la noche, contada como el demonio, pero si no la olvido). El gong salvó a la señora, quien quedó con nueve o diez palos de ganancia. Cambió las fichas, hizo pis y se introdujo en la noche marplatense. Llegó hasta la avenida Colón y allí dobló hacia la izquierda, hacia el mar. La noche era muy linda, posiblemente porque no la habían secado, menos plata para gobiernos de facto. Tenía que caminar unas seis o siete cuadras en el sentido de los autos. Oyó que uno se acercaba lentamente. Eran reptiles en esos casos. Habrían hecho lavar el auto por la mañana, estarían perfumados a la lavanda y se habrían despedido amorosamente de su mujercita y de sus hijitos. Dependía de la edad. Era el vestido quemativo, imposible desaparecer entre las sombras. En otros tiempos, tenía dos frases preparadas. También según la edad del seductor. Al péndex: «Pero por favor, si podría ser tu madre.» Al madurito: «Quiero estar sola, tengo sífilis.»

Cruzó Colón y se introdujo en una calle lateral; desde allí buscó la de contramano a los autos, o Brown o Falucho, una de esas, y siguió caminando. Los tiempos habían cambiado para todos o ella estaba envejeciendo (nada de retórica). En otras épocas los tipos bajaban del auto y trataban de convencerla pacientemente, cuadra por cuadra.

La mujer se pasó de cuadra, ya tendría que haber doblado a la izquierda. Dobló. Ya no recuerda ni nunca recordará si quedaban dos cuadras o una para la famosa Colón. A partir de allí, calculaba, le quedaba una cuadra y media hasta su casa. Pero no llegó a Colón de noche. Llegó bastante después del amanecer.

No puedo precisar si el tipo me seguía o si apareció de repente. Me sentí agarrada del brazo izquierdo, arriba del codo, y la fuerza de esa mano era brutal. Acá viene lo difícil.

«Quedate quieta. Si gritás te mato.» Inmovilidad total, no me animaba a mirarle la cara, no me animé durante largo tiempo a mirarle la cara. «Vení conmigo.»

El tipo me dirigía sin aflojar la presión de la mano. Yo iba adelante. Recuerdo una escalera de cemento, amplia, una especie de patio enorme de tierra y arriba una casa a medio construir. Al fondo de ese patio, una pieza de madera, precaria. La puerta estaba cerrada y salía un poco de luz de adentro. Serían albañiles o serenos de esa obra. Recuerdo que al rato le dije: «Por favor no me pegues, es lo único que te pido.» «¿Así que no te gusta que te peguen? No te preocupes, no te vamos a pegar. Te vamos a coger.» Creo que dijo garchar.

Gritó: «¡Cholo, salí que traje la mina!»

Mientras el Cholo se preparaba para salir, el tipo me preguntó si prefería los tres juntos, en la misma cama. No contesté y él dijo: «Mejor de a uno. Vos y yo nos encontramos a la tarde; después fuimos a una confitería. Si me vendés adelante del Cholo te mato.»

El Cholo salió vestido, pasó casi de espaldas cerca nuestro, sin mirarnos, y caminó hacia la calle. El tipo me metió en la pieza y desde allí le gritó al Cholo que se quedara cerca, que enseguida terminaba y entraba él. Algo en la manera de

caminar del Cholo me tranquilizó. Era flaco, de hombros vencidos, y la oscuridad no permitió que le viese la cara.

Argumentos ensayados: el otro era morocho, achinado, más alto que yo, parecía tener una fuerza de bestia.

«Vos sos de alguna provincia», le dije. «Qué provincia ni qué mierda, vivo cerca de la capital. Desvestite.»

El piso era de tierra. Del techo colgaba una luz que el tipo prendía y apagaba con solo tocarla cuando se le daba la gana. Se acercó. «Si no te desvestís te pego hasta reventarte. Sacate las botas.» Hablaba despacio. Me apoyé en el borde de la cama y me saqué las botas. Me levanté.

«Duermen en una sola cama», le dije. «Vos te creés que somos putos. Nada de putos tenemos.» Gritó: «Qué gambas que tenés, yegua, vamos a coger mejor que ayer» (más o menos textual). Me dijo despacio: «Sacate el vestido o te reviento.»

¿Por qué gritaba algunas cosas? ¿Por qué decía despacio otras?

Me saqué el vestido debajo de esa luz horrorosa. Tenía ganas de llorar pero no me animé. El tipo se desvistió, pero no se acercó. Se sentó en el borde de la cama y me miraba. No recuerdo si estaba totalmente desnudo porque no lo miré. Me dijo despacio que me sacara lo que me quedaba de ropa. Me saqué el corpiño. El tipo empezó a gritar: «Qué hembra que sos, cómo coges», y movía la cama. Saltaba solo sobre la cama y los elásticos hacían ruido y yo seguía más o menos de espaldas, desnuda, descalza sobre un piso de tierra. Me gritó: «Te la voy a dar por atrás» y en ese momento grité yo y el tipo me dio un sopapo. Se paró atrás mío, sin tocarme, y le dije que si hacía eso me mataba, me desangraba, que estaba operada y todo lo que se me ocurrió. Me contestó que le importaba un carajo y que me enterraba en el fondo y quedaba para siempre abajo de

ese edificio. Construcción dijo. Por un pedacito de ventana vi que amanecía.

«Escuchame, tengo dos hijas, está amaneciendo, se van a despertar y no me van a encontrar.»

Creí que allí me mataba.

«Mi vieja se las tomó cuando yo tenía cuatro años. Son todas unas yeguas. Les hago un favor a tus hijas si te mato.» Todo esto despacio, se acercaba. Gritó: «Te la meto por atrás.»

Me agarró de la cintura, yo de espaldas a él, se pegó un segundo a mi cuerpo y recién en ese momento me di cuenta de que era impotente.

Siguió gritando como si fuera muy feliz, como si acabara, abrió la puerta y lo llamó al Cholo. Empecé a vestirme, me faltaban las botas cuando entró el Cholo. El tipo se puso los pantalones y le dijo al Cholo: «Me eché cuatro polvos. Mañana que es domingo me mando siete. Con esta o con otra. Minas no faltan.»

Miré al Cholo y sus ojos me tranquilizaron un poco. El Cholo prendió el calentador y preparó mate. Los dos me bloqueaban la salida. Pero el tipo se tiró en la cama (recién en ese momento me di cuenta de que la había desordenado adrede, totalmente).

Desde la cama me ordenó: «Tomá mate.»

El Cholo estaba agachado, a la altura del calentador. Me agaché y le dije muy despacio: «Por favor te lo pido, sacame de acá.»

El tipo me gritó desde la cama: «Para qué mierda te vestiste. Ahora te coge el Cholo solo. Yo estoy cansado de tanto coger. Cabemos los tres en la cama».

El Cholo tomó dos mates. Yo rechacé el mío con un gesto. Tenía ganas de vomitar, todo era una enorme pesadilla,

interminable, serían las seis de la mañana. «¿Y, Cholo?», gritó el impotente.

Me temblaron las rodillas, chocaban una con otra igual que tiempo atrás, después de un choque seguido por un cuasi vuelco, un auto fuera de control y yo agarrando a las nenas y repitiendo dentro de ese torbellino «tranquila, tranquila, no toques el freno», pero cuando salí del auto agarré a esas chicas y las rodillas chocaban y chocaban una contra otra. Después de un rato me tiré sobre el pasto, panza abajo, y sin que nadie me viera lloré sobre la tierra.

«Ahora no, estoy muy cansado», dijo el Cholo.

«Mejor», dijo el impotente. «Esta hembra te liquida. Hoy estuvimos en una confitería. Después paseamos. Mucho trabajo en la obra a la mañana. No vas a llegar ni a uno.»

Largó la carcajada, se acomodó para dormir. «Decile que se vaya», dijo.

«La acompaño hasta la vereda», dijo el Cholo.

En realidad me acompañó hasta la calle Colón y dobló un poco. Me dijo que era mendocino. Me dijo que oyó que yo había gritado una vez. Me dijo que no me convenía ir a confiterías con tipos a quienes no conocía mucho. Nunca sabré si el Cholo sabía que su amigo era impotente. En una de esas los dos eran impotentes. O al Cholo le gustaban los tipos. Había sido un buen hombre para mí esa noche y era lo único que me importaba.

Finaliza el pésimo relato de un hecho en la ciudad feliz. Le debo la consulta como comisario, pero no sé si me voy a animar o es mejor así. Digamos que usted no me conoce y yo a usted sí, Croce.

Croce trató de reconstruir los hechos, la mujer salió del casino, fue hasta la avenida Colón. Ya que la seguían los autos,

dobló por Lamadrid, se movió a contramano por Almirante Brown, dobló en Alsina y la llevaron hasta Alberti. Ahí Croce trazó un círculo sobre el mapa con un compás. Esa era la zona, pensó, y dedujo que la X del apellido era una señal. Ella no recordaba con exactitud el camino porque él la llevaba del codo. Entonces Croce trazó una equis, se cuidó de que los vértices de la cruz fueran equidistantes, y al mirar el dibujo concluyó que la obra en construcción estaba en la esquina de Alsina y Alberti.

La carta era del viernes. A Croce le llevó todo el día armar el itinerario, así que el sábado a la noche, es decir en la madrugada del domingo, salió con su coche para Mar del Plata. Fue a la ruta y manejó pensando en la dama del vestido amarillo, igual al casco de los obreros, como si esa comparación anticipara lo que vendría. Una suerte de oráculo, se dijo. Enseguida recordó los casos de agresiones sexuales que había enfrentado y resuelto. Estaban los exhibicionistas, como el cura de Rauch que confesaba a las chicas con la verga afuera. «Yo soy el demonio», decía el sacerdote sacrílego. Lo detuvo sin problema porque el cura estaba chiflado. Oía voces que lo obligaban a realizar actos abyectos para poner a prueba a las feligresas. «No puedo resistir», le dijo el curita cuando Croce lo detuvo. Nadie lo veía en el confesionario, pero le agradaba la idea de oír las confesiones femeninas con su órgano sexual al desnudo. Una mañana salió con la sotana arremangada y el sexo al aire, y así fue como lo descubrieron y exoneraron. Después estaban los campesinos violadores. Chacareros más brutos que un arado que cortejaban en silencio a una mujer sin que ella se enterara y, como si fueran ellas las incitadoras, hacían citas imaginarias que terminaban mal. Las atacaban de pronto y las violaban en el campo. Había detenido a hombres casados o solteros de diecisiete años o de cuarenta, y todos

decían que las mujeres los habían citado en el camino que llevaba a la laguna o en el bosque o en la casa cuando estaban solas. Eran categorías complementarias. Estaban los que oían voces y los que no podían hablar, en los dos casos maquinaban en secreto sus acciones y las mujeres, vistas de refilón o espiadas durante días, eran el fuego en el que ardían sus mentes afiebradas. Pero este asunto era distinto y más peligroso. Los impotentes que no alcanzaban nunca a realizar sus fantasías eran los que mataban a las mujeres. No podían decir nunca nada y vivían encerrados en el lenguaje, atados a un doble uso de la palabra, lo que el secuestrador le decía en voz baja a la mujer del vestido amarillo y lo que le gritaba a su compañero el Cholo. En esa bifurcación anidaba el crimen. Estos eran los asesinos seriales que hacían decir a los cadáveres lo que no podían formular verbalmente. Masacraban los cuerpos que no podían poseer, eran violadores mentales, concluyó Croce.

Ya estaba en la rotonda de acceso a Mar del Plata. Tenía que actuar rápido. Salió a la avenida Colón y urdió un plan, una maniobra para poder detenerlos. Dio algunas vueltas por las calles y encontró la obra a medio hacer. Todo estaba tranquilo en el barrio. Había grandes casonas señoriales, un colegio privado, un almacén y los terrenos baldíos. El aire fresco y salado que venía del mar lo despejó. En un costado se levantaba el esqueleto de un edificio sin terminar. Croce estacionó el auto y fue caminando hasta el lugar. Vio a un costado la casilla de madera que la Señora X había descripto en la carta. Se acercó y sacó el arma. Una luz se filtraba a ras del piso y se oían voces. Pateó la puerta y entró.

«Policía», dijo.

Había tres hombres jugando a las barajas. Juegan al monte criollo, pensó, mientras los sospechosos sorprendidos levantaban las manos. «¿Quién es Cholo?», preguntó Croce.

Un hombre enjuto, de ojos saltones, movió la cabeza. «Nombre y edad», dijo Croce. «Juan Carlos Maidana, treinta y dos.»

Croce identificó a los otros dos. Sebastián Zacarías, cincuenta, era el sereno, y Roberto Salas, veintinueve, era el sospechoso. «Miren, muchachos, están en apuros. La mujer del vestido amarillo denunció que estuvo el jueves a la noche acá y que alguno de ustedes le robó un reloj Cartier de oro. Devuélvanlo o están jodidos.» Los tres negaron con vigorosa convicción (con la certidumbre que da la verdad). Negaron ser los autores del robo. Croce no quiso oír justificaciones y se llevó detenidos al Cholo y al presunto violador. Al sereno lo dejó para que se quedara a cargo de la obra. «No te vayas a rajar», dijo Croce, «sos testigo declarante», inventó el comisario. «No te muevas de acá.» Esposó al Cholo y al otro, los subió al auto y los dejó en la Jefatura Policial de Mar del Plata, sita en la calle Independencia, recordó más tarde Croce usando la jerga de los informes policiales. «Estos son una bandita de descuidistas. Encontraron a una mina y le afanaron un reloj carísimo», dijo Croce ante el escribiente que tecleaba en una vieja Underwood. «Los voy a trasladar a La Plata, están demorados por averiguación de antecedentes y hurto calificado», concluyó, y se volvió al pueblo.

Los iba a mantener distraídos con el robo y los iba a sorprender con el cargo de secuestro y violación. No iban a poder armar una coartada en los días que estuvieran demorados en el calabozo de la Jefatura, les iba a caer de sorpresa con el delito agravado. ¿Reconocería Salas que era impotente para eludir la acusación de ataque sexual? No lo

creo, pensó Croce. Había montado la escenita para convencer (o seducir) a su amigo el Cholo, para él había armado la trama. Llevar a una mina, mover un poco la cama y dar unos gritos y gemidos para que su amigo creyera que era un hombre viril. ¿Serían invertidos? Técnicamente, era necesario que la mujer lo reconociera para acusarlo de violación y meterlo en cafúa, pensó Croce, al que cada tanto le caían términos antiguos y en desuso. La gayola, pensó ahora, y canturreó el tango: «He pasado largos años en la sórdida gayola.»

Estaba en su despacho dando vueltas por el cuarto y tomando mate. De golpe se le ocurrió que la solución era poner un aviso en El Pregón, diario local. Debía insinuar que se trataba de una violación pero sin decirlo directamente. Se le ocurrió el término «escarnio». Al salir del casino, una dama de nuestra población sufrió un escarnio. Urge su presencia para identificar al vil sujeto del atropello. Van a pensar que fue un choque y cambió «atropello» por «abuso».

Señora X, se necesita su colaboración para que se haga justicia. Presentarse en la comisaría de 10 a 22. Se garantiza confidencialidad. Croce se sentó a esperar y hacia las dos de la tarde se presentó una joven alta y delgada, con mirada esquiva. Se llamaba Xenequis y pertenecía a la pequeña comunidad griega del pueblo. Su familia tenía un negocio de venta de tabaco. La chica dijo que había sido abordada por un desconocido en la noche pero no dio más detalles. Cuando Croce indagó, resultó que la joven había estado en el casino de Necochea y su versión era fantasiosa y equívoca. Desanimado, Croce se dispuso a esperar sin esperanza, pero a las nueve de la noche la mujer del vestido amarillo golpeó la puerta de su despacho.

Era bella y era despectiva, y trató a Croce como si lo conociera íntimamente, aunque él no recordaba haberla visto.

Se instaló rápidamente entre ellos una corriente de confianza y simpatía.

–Todo pasó como le dije en la carta. No tengo más que agregar.

–Escuche –dijo Croce–, no salga a la madrugada con su vestido amarillo.

–Por favor, comisario, no sea ridículo –repuso la Señora X–. A lo mejor me gusta correr riesgos.

Así se despidieron.

Al final, Croce dedujo que la Señora X era una mujer viuda de un abogado del pueblo de apellido Ortega. Tenía dos hijas y pasaba algunos fines de semana en Mar del Plata jugando en el casino. Era linda, activa, vivía de sus rentas.

Tomaba mucho. Una dipsómana, había diagnosticado el farmacéutico del pueblo cuando Croce hizo unas averiguaciones muy discretas. Tenía un departamento en la avenida Colón y ahí iba en sus escapadas. Dejaba a las hijas con una niñera de extrema confianza, la señorita Flora, a quien la señora llamaba la Institutriz.

Estaba dispuesta a viajar a Mar del Plata para identificar al canalla que la había escarnecido. Estaba furiosa, resentida. Croce arregló ese asunto, rápido. Su asistente Medina la iba a acompañar y así fue. La mujer identificó a su agresor y el hombre fue condenado por violación. Lo divertido fue que aceptó que la había violado y no reconoció que era impotente, cosa que hubiera aliviado su pena. La dama y él mintieron, pero por razones distintas. Ella para vengarse y él para sostener la comedia de su hombría. «La mentira a veces es un camino para que triunfe la ley», concluyó sarcástico Croce. Todos los casos le dejaban una moraleja. Salió al patio, la noche era fresca, brillaba la luna llena. El Cuzco se le arrimó moviendo la cola y Croce le palmeó el lomo. «He pasado largos

años en la sórdida gayola», volvió a canturrear Croce. Le gustaba ese tango. Es perfecto para un comisario, engayolado, pensó, como el pobre Cristo que había llevado a una mujer a la catrera para hacer la parada de que era un varoncito. La parada, se dijo, era la palabra apropiada para la ocasión.

8. LA PROMESA

Croce enfrentó una gran conmoción en la provincia de Buenos Aires. Enfrentar es un decir, en realidad se infiltró entre las masas de creyentes que invadieron las zonas sagradas de la región. Lo primero que percibió fue una serie de metáforas que trataban de expresar lo inexpresable. Los ríos del espíritu se habían desbordado, era la inundación benéfica y feliz, una marea, un manantial, una bendición, era un torrente. Comprendió que no se las veía con un enigma ni con un problema típico que se pudiera resolver con una simple investigación policial. Era un misterio, es decir, había un punto oscuro en el que estaba en juego la fe, por eso abundaban las alegorías. Ella viene a nosotros, ya no debemos peregrinar hacia la doncella. Los poderes terrenales se habían hincado ante la Señora, los doce apóstoles la custodiaban, ¿qué estaba sucediendo?

Primero el comisario –le seguían diciendo comisario aunque estaba retirado– había notado un gran desplazamiento de población hacia los montes que bordeaban la laguna. «Vamos, vamos», decían los paisanos. Croce estaba ocupado en sus asuntos y no se preocupó. Los campesinos eran muy asustadizos y siempre estaban huyendo en manada. Siguió en lo suyo (¿qué era lo suyo?, no lo sabía), pero lo llamaron de la Jefatura, como cada vez que estaban en apuros, y ahí se enteró: una banda de doce paisanos supersticiosos, organizados alrededor de un curandero que se decía enviado por el Padre Eterno a la provincia de Buenos Aires, había robado la Virgen de Luján para instalar un santuario y recibir las donaciones.

Grandes grupos de creyentes habían cercado a la Virgen. Enfermos que buscaban curación se alineaban en filas de un

kilómetro, esperando turno para llegar hasta ella. El Tata Dios (¿así llamaban al curandero?) les cobraba diez pesos para acceder a la Virgencita, aparte de las donaciones voluntarias y los exvotos que dejaban los feligreses; los hacía esperar horas y acercarse de rodillas.

Primero Croce se mezcló con la multitud. Era una escena dantesca, los sufrientes de la provincia se amontonaban a la espera de la sanación. Una mujer de negro traía una foto de su hijo muerto para saber dónde andaba. Otra señorita rezaba en voz alta, a los gritos para que la escuchara, porque con esa negrada la Virgen ya no oía los pedidos. Una pareja de jóvenes pedía que bendijera su matrimonio, la chica estaba embarazada. ¿Era pecado? ¿Debía abortar a la criatura? Temía estar engendrando un íncubo. Había visto la película del bebé de Rosemary y tenía miedo de que fuera una advertencia personal. Un viejo muy atildado, un coronel, dedujo Croce, había dicho: «Estoy vestido de civil porque quiero pedirle a la dama celestial que proteja al general Perón en su regreso a la patria.» Un paralítico que se arrastraba con muletas contaba que un tío suyo se había curado de un enfisema solo con besar el manto celeste y blanco de la Patrona; él pedía poder correr la maratón de los barrios. «Después», le dijo a Croce, «puedo volver a mis muletas.» Estaban todos locos, la fe era una forma de demencia colectiva, pensó Croce. La Policía había mandado un batallón de infantería, pero los vigilantes con sus escudos se habían arrodillado a rezar después de una exhortación del Tata Dios, que pidió «una bendición para los canas que nos acompañan».

El Gobierno no sabía qué hacer y era cierto que el gobernador peronista de la provincia, Bidegain, se había acercado a rezar. «Es una expresión de la cultura nacional popular, debemos respetar las creencias del pueblo», dijo.

Luego hizo retirar a los policías y arregló con los organizadores que la seguridad estaría a cargo de los feligreses.

¿Podía Croce infiltrarse entre la multitud, ver de cerca el caso y hacer un informe? Era ya un escándalo público. El Tata había prohibido la televisión. «Es sacrílego reproducir la imagen de la Santa», había dicho, pero las radios transmitían el hecho las veinticuatro horas del día.

¿Cómo había empezado este batifondo?, se preguntó Croce. Habían forzado de noche la puerta de la basílica, la habían sacado del altar y la cargaron en un auto, fueron por el campo y en un bosque la miraron y se arrodillaron fascinados. Croce no era creyente, era un agnóstico, y tenía vagas nociones sobre la Virgen Patria. Sabía que una vez al año un millón de fieles iban caminando a Luján, sesenta kilómetros de marcha. Sabía también que antes de un partido difícil el equipo nacional de fútbol peregrinaba hacia la basílica; ella era la Patrona de la Argentina. Pero sabía también que muchos decían que la Virgen de Luján era mufa, era yeta, atraía la mala suerte, y por eso el país estaba en declive e iba de mal en peor. Para las autoridades de la Iglesia, era un sacrilegio, pero dudaban en condenar el hecho porque imaginaban una rebelión popular, así que fue Croce el encargado de negociar con el curandero. El Tata Dios decía que los ricos la querían para ellos y por eso la encerraban en la iglesia, pero ella era la Virgen de los pobres y de los tristes de la tierra, y por eso debía estar a campo abierto, a la mano de cualquiera. En la pampa, predicaba, debía estar la Virgencita, ¿o los pájaros del Señor no andaban sueltos por el aire?

¿Cómo hablar con este cretino?, se preguntaba Croce. Para mejor, contaban la historia de la llegada de la Señora a estos pagos y reproducían los acontecimientos históricos. Había venido de Brasil la Santa, predicaba, y un esclavo negro se

ocupaba de cuidarla. ¿Y qué fue lo que pasó? Los bueyes de la carreta que la traían se empacaron y hubo que bajarla. Si la Virgen estaba en tierra los bueyes marchaban, pero cuando la subían los animales se quedaban quietos. Era un milagro, una señal del cielo. La Señora quería quedarse ahí, cerca del río Luján, por eso levantaron la iglesia. Pero, según el Tata, la imagen en sueños le había dicho que quería estar en el campo abierto con sus fieles queridos. «Nosotros también tenemos un negrito que, como aquel, hace las curaciones.» En efecto, comprobó Croce, un muchachito negro se encargaba de sanar a los enfermos con el cebo de las velas que ardían junto a la Virgen. Les daba de beber una infusión hecha con los abrojos que se desprendían de su vestido, porque ella andaba por el campo en sus visitaciones nocturnas. «Por eso la rescatamos, para que pueda recorrer el campo, en la basílica no podía salir, estaba encerrada.» El Tata Dios hablaba con un megáfono. Se modernizó, pensaba Croce al verlo moverse de un lado a otro y predicar a los gritos. El curandero cobraba un peso la confesión y treinta la cura. «No quiero que la plata de los argentinos ingrese en las arcas repletas del Vaticano», había dicho.

Croce iba leyendo los carteles que enarbolaban los creyentes: «Madre, aquí tienes a tus hijos. María reúne a su pueblo y nos dice: levántate y camina. Como María, no abandonemos al que sufre. Madre, regálanos tu mirada. Madre, acaricia nuestras heridas.» Escuchó al Tata predicar los cuidados y consejos a los peregrinos: «No vengan en patas, usen zapatillas viejas y usadas, que son más cómodas, no usen medias de nylon o les saldrán ampollas.»

Después de su primer rastreo Croce volvió a la comisaría, se tiró a dormir y a la mañana siguiente ya tenía un plan de acción.

La Policía había identificado al Tata. Se llamaba Juan Micheli y era un estafador y falsario que operaba en la provincia de Santa Fe. Tenía una gran capacidad de transformación. Era un actor consumado y un mutante convencido.

Croce iba a actuar sobre la banda, dejaría al Tata para el final. Amenazaría a los doce y también ofrecería inmunidad a quienes lo ayudaran. El único complot seguro es el complot individual, pensó, y buscó a un Judas al que sobornar. A la tarde ya había convencido a dos de la banda. Al manco Washington y al tuerto Mancuso. Aprovechó que el Tata los había disminuido. «Ustedes son los señalados de Dios», les había dicho, «y llevan en el cuerpo las marcas del pecado.» Les dijo que por eso recibirían la mitad del diezmo. Micheli estaba poseído de su divino personaje. «Nos quería currar el muy mandria», le confesaron a Croce. Las intrigas del comisario, «divide y reinarás», decía Croce, que se había contagiado del estilo alusivo del Tata y hablaba como él. «Les he dicho», les dijo a los dos desdichados a los que había separado del grupo, «que intercederé por ustedes, descarriados, ante las instancias superiores del peronismo.» Eso los convenció y los dos tramaron la captura de Micheli. Estarían de guardia esa noche y dejarían pasar a Croce a la carpa donde dormía el Tata. Croce podría encararlo y conversar con él a solas.

A la medianoche, cuando los feligreses dormían al sereno, Croce pasó la guardia y entró en la estancia donde dormía solo el hombre. Ahí vio a un costado la esfinge de la Señora. Era diminuta, debía medir unos cuarenta centímetros, calculó, tan chica y con tanto poder. Su carita brillaba en la penumbra, tenía los ojos de una santa mirando el firmamento. Por las dudas, Croce se santiguó, nunca se sabe con estas cosas. Un

perro estaba echado junto al Tata; era un ovejero alemán negro, que al verlo moverse gruñó amenazante.

–Quieto, Mandrake –musitó dormido el Tata.

–Despertá, Micheli –le dijo Croce.

El hombre no se sobresaltó y miró a Croce como si lo estuviera esperando.

–Estaba escrito –dijo– que un centurión iba a interrumpir el sueño de Cristo.

–Qué Cristo ni qué niño muerto, vengo a parlamentar en paz.

–Bueno, me alegro –dijo Micheli–, es lo mejor en estos asuntos de religión llegar a un entendido.

La Virgencita se le había aparecido en un sueño. «La vi como lo veo a usted», le dijo a Croce. Entonces había hecho una promesa: si su madre no sanaba, iba a robar la Virgen de Luján. Eran las promesas invertidas y consistían en una amenaza; si no se cumplían, ponían al santo boca abajo. Pero Micheli había llevado al límite esa práctica y, cuando su madre murió, cumplió su promesa y sacó a la Santa de la iglesia. Lo que no calculó fueron las consecuencias de sus acciones y la multitud que lo seguiría no bien se supo la noticia. Entonces vio el negocio y reclutó a su banda, encarnó la figura del Tata Dios, un mesías que estaba presente en los mitos populares, y se convenció de que él era el enviado del Padre Eterno. Siguió las indicaciones de la Biblia y reprodujo además al pie de la letra la leyenda de la Virgen. Él creía, mientras que los de su banda solo buscaban beneficios y cuchicheaban y murmuraban en voz baja y protestaban entre ellos. El Tata les hablaba con fábulas y parábolas y nunca les dijo cómo iban a dividir las ganancias. «Al Tata lo que es de Dios», les dijo, «y al César», es decir, a Perón, explicó más tarde, «lo que es del César.»

–Lo dejamos libre y no hay prisión para usted si devuelve la imagen a la basílica.

–Igual no hay delito –dijo–, lo hice porque la Virgen no me cumplió.

–En resumen –dijo Croce–, retírense con la Virgen a la orilla del río Luján, acampen ahí y un enviado del doctor Bidegain arreglará con ustedes.

Siguieron charlando hasta que amaneció y acordaron la forma de la retirada. A la mañana, ya con el sol alto, el Tata salió de su carpa con el megáfono y les dijo a los fieles que había tenido una visión.

«La vi a mi lado y ella me dijo que debía volver a Luján. Seguiremos su deseo, así que dispérsense y nos veremos allá.»

Hubo gritos de júbilo pero también signos de desencanto. Muchos se quedaron en el campo y rezaban en voz alta pidiendo que la imagen no se fuera. El Tata y el negrito eran los únicos que podían moverla. Y eso hicieron. La llevaron entre los dos en andas mientras la gente se arrodillaba a su paso y cantaban a coro «Oh, María, madre mía, oh, consuelo del altar». La subieron al auto y la instalaron en el asiento de atrás con el muchacho negro. El Tata y Croce se ubicaron adelante los dos, y la multitud rodeó el vehículo dejando el camino libre para que pudieran salir. Y entonces apareció una luz que descendía del cielo para iluminar el coche.

Croce calculó que el faro instalado en la fábrica abandonada de Luca Belladona, que tiraba una claridad líquida y circular, combinado con el sol, había producido durante un instante interminable una luminosidad mística. Pero entonces el automóvil se negó a arrancar y los dejó ahí. «Milagro, milagro», se oyó gritar a los que estaban cerca de ella. «No quiere irse, no quiere partir.» Furioso el curandero trató de poner el auto en marcha, pero fue inútil. Seguro le había fallado el burro de

arranque o tal vez la batería se había descargado, pensó Croce. Hubo un momento de confusión, y en eso, como si una libélula mecánica se hubiera manifestado, apareció el helicóptero de la Gobernación y la Virgen ascendió a los cielos.

Croce estaba sentado ante su escritorio. Todo había pasado ya, una locura colectiva, un delirio común a miles y miles. Abrió el diario y leyó: «El comisario Croce ha resuelto el caso, la Virgen volvió a la basílica.» Croce vio su foto. Me escracharon, pensó, estoy jodido. Y siguió con la noticia en El Mundo.

La imagen original de la Virgen de Luján, una estatuilla de terracota del siglo XVII, será preservada de otro posible ataque vandálico con un blindaje de protección, mediante una obra que demandará 120 días y requerirá una inversión próxima a los 100.000 dólares.

La idea de preservarla es del arzobispo de Mercedes-Luján, monseñor Benavídez, quien expresó temor ante la posibilidad de que «un desequilibrado pueda agredir a martillazos» a la estatuilla.

Cuatro vidrios capaces de resistir un ataque con munición de grueso calibre protegerán la estatuilla de valor religioso e histórico. Con el objetivo de reducir al mínimo la manipulación en el transporte y la movilidad que imponen los ritos de culto en honor de la Patrona nacional, la reliquia será montada sobre un mecanismo especial.

Un colaborador del obispo mercedino dijo que la iniciativa, polémica para algunos, «entusiasma» a los peregrinos que acuden a la basílica de Luján, porque la imagen estará «más cerca de los fieles, aunque no podrán tocarla».

¿Y qué será del Tata Dios y de sus doce secuaces?, se dijo Croce. Nada, los han dejado ir, porque ese fue el trato. La plata que habían conseguido se confiscó y fue usada para las obras de defensa. Si no le pasa nada a la Virgen, nadie se acordará de mí. Pero si le pasa, me van a maldecir mil años, dijo el comisario Croce esa tarde.

9. LA CONFERENCIA

Esa tarde Croce estaba tomando una copa en el almacén de los Madariaga cuando sonó el teléfono y una mujer urgida y preocupada preguntó si el inspector Croce estaba ahí.

–¿Quién era? –preguntó Croce.

–No dijo –susurró el más chico de los Madariaga–. Una mujer te busca. –Hizo una pausa–. Viene para acá.

Efectivamente, una mujer agraciada y nerviosa entró en el local. Era la secretaria de actividades culturales del Club Social. Un viejo escritor había venido al pueblo a dar una conferencia y no había nadie, o casi nadie, aclaró la mujer. A la misma hora, un director técnico del seleccionado de fútbol, Guillermo Stábile, daba una charla en el Deportivo La Laguna y todo el pueblo, o casi todo, había ido a escucharlo. ¿No podía Croce ir a la charla del escritor? El tema seguro iba a interesarle. Amable, el inspector accedió. En el salón solo había cinco personas.

Todo esto sucedió en 1954. Croce era en ese momento un joven pesquisa, es decir, un investigador policial que no usaba uniforme. De modo que se sentó en una silla de adelante y sintió que el conferencista le hablaba a él personalmente.

El escritor había entrado en la sala sostenido del brazo por Rosa Estévez, la bibliotecaria del pueblo, jovencísima y recién contratada. El conferencista se apoyaba en un bastón y Croce comprendió que el hombre era ciego. Iba vestido con antigua elegancia, de traje oscuro con chaleco, y usaba una discreta corbata gris. Miró al aire con actitud perpleja mientras Rosa lo presentaba: «No necesita presentación.» Era el presidente de la Sociedad de Escritores y dirigía una colección de novela policial.

–Bueno, caramba –dijo con voz titubeante–, nos hemos reunido esta noche para celebrar, más que para comprender, un

arte menor. Quizás habría que decir una artesanía, pero sin amilanarnos y con coraje la nombraré el arte de componer relatos policiales, o mejor –titubeó y tartamudeó lento–, el arte de componer felices y/o asombrosos relatos, o más modestamente, cuentos policiales, lo que los ingleses llamaban detective fiction.

»La particularidad formal del género –dijo el conferencistaes la invención del detective por Edgar Allan Poe, un personaje que se dedica a investigar. Siempre ha habido crímenes y descifradores de enigmas. Ya está en la Biblia y en Homero. Por ejemplo, en Edipo Rey hay un crimen y quien se encarga de descifrarlo descubre que el asesino es él mismo. Es una tragedia sobre los riesgos que comporta el querer saber, un saber de más digamos, pero no es un policial porque un relato, para ser policial, exige que la función de investigar se autonomice y se encarne en un sujeto que solo se dedique a dilucidar enigmas, como Dupin de Poe o Sherlock Holmes de Conan Doyle, y su sucesión de epígonos y descendientes.

A esa altura Croce se adormecía y quizá soñó como en un relámpago que andaba por el campo con pipa y lupa siguiendo los rastros de un ñandú. Por qué un ñandú, se preguntó. Porque el Ñato Desiderio era un ladrón y asesino que andaba fugado. La eñe se lo trajo, pensó Croce. Suerte que el conferencista era ciego y no lo vio cabecear y dormirse. Decidió buscar una posición incómoda en la silla para no cerrar los ojos y mantenerse alerta. De seis oyentes, uno dormido era una vergüenza. Se sentó sin tocar el respaldo, con la espalda al aire, pero en ese momento, al despertar, se interesó en la charla porque el escritor empezó a hablar del crimen perfecto y eso lo despabiló.

Se produjo en Croce, mientras escuchaba la conferencia, una sensación de íntima intimidad. Sintió que estaba pensando tal vez como el hombre, juegos de palabras o, por ejemplo, la repetición aliterada íntima intimidad. Para colmo el conferencista lo nombró al decir:

–Todo esto podría llevarnos a la doctrina de Croce, que, creo, no sé si es la más profunda pero sí la menos perjudicial, la idea de que la literatura es expresión. Si la literatura es expresión, la literatura está hecha de palabras y el lenguaje es también un fenómeno estético.

»Pero –vaciló el conferencista– ¿expresión de qué sería el relato policial? –se preguntó–. De nuestros temores, pero también de nuestra decisión de ser más valientes y más decididos, aunque esa épica delictiva pueda llevarnos, cómo no, al crimen. Hay una atracción en el detective, el puro razonador Dupin, pero también nos atraen los imperiosos gangsters. Nos atraen por igual, debemos reconocerlo, el bien y el mal. Incluso, dicho en confianza y entre nosotros, más el atractivo pecado y el infierno que el pacífico paraíso y la monótona decencia. Por eso quiero centrarme esta noche en la ilusión más profunda del género: el crimen perfecto.

»El crimen perfecto es la utopía del género policial, pero es también su negación. Un crimen tan bien ejecutado que jamás se descubre es el horizonte al que aspiran los textos, o sus lectores, y sin embargo sabemos que esa expectativa será, fatal y resignadamente, frustrada. La serie de relatos unidos por la figura melancólica de un impecable detective como Dupin, Holmes, Poirot, Maigret, el padre Brown, la reiteración previsible de fórmulas narrativas y el carácter masivo del género, "la adicción" a la que se refiere Chesterton, se motivan, en más de un sentido, en la esperanza de ese triunfo imposible.

»Habría que hacer una historia de las soluciones extraordinarias que, a lo largo de los años, los autores de relatos policiales han inventado para resolver casos que parecían no tener solución. Ese catálogo de sorpresas, a la vez ingenioso e ingenuo, permitiría comprobar hasta qué punto el género viene a resolver un conflicto que la sociedad no puede resolver porque siempre habrá crímenes sin solución.

»La literatura policial se funda en la tensión insalvable entre el crimen y el relato. En realidad, es una diferencia esencial: el crimen tiende al silencio, a la huella borrada, y está fuera del lenguaje, mientras que el relato hace hablar a lo que se mantiene oculto, dice de más, revela y delata. En este sentido, el género se funda en una paradoja: cuando el crimen es perfecto, es invisible y es abstracto, y por lo tanto no se lo puede reconstruir. Están sus huellas, pero sus huellas no llevan a ningún lado.

»La novela de Agatha Christie The Murder of Roger Ackroyd, escrita en 1926, es una de las soluciones canónicas a este dilema. Yo la he plagiado sin éxito en mi pobre relato "Hombre de la esquina rosada". Ahí el asesino resulta ser el narrador y el relato esconde hasta el final su identidad.

»Se sintetiza, de hecho, una de las vertientes más fecundas del género. El crimen perfecto solo puede ser escrito desde la óptica del asesino. De lo contrario, es solo un "caso", una historia abierta y sin sentido como las que proliferan en la crónica roja de los diarios. En esa vertiente del género, el secreto se desplaza del crimen a las razones del relato. La historia cuenta por qué se cuenta la historia de un crimen. De ese modo, el crimen perfecto puede tener un cierre aunque su solución no implique el triunfo de la ley, ni el éxito de la investigación.

»En este sentido, el crimen perfecto siempre permite prever un descubrimiento futuro que en el presente permanece ciego y en suspenso. Se podrían inventar las historias que empiezan donde estos textos terminan. Pero en el momento en que se cierra, el relato del crimen ofrece una perversa perfección: solo el que muere sabe quién es el asesino.

»El cuento de Conan Doyle "The Final Problem" es un ejemplo admirable del pasaje de la relación íntima y cerrada entre el investigador y el criminal, que define los orígenes del relato policial, a la relación también íntima y también especular entre el asesino y la víctima. Como ustedes recordarán, Sherlock Holmes muere abrazado a su rival, el profesor Moriarty. Entre el asesino y la víctima se abre otra red y se teje otra trama que construye una intriga que se repite en múltiples historias.

»Ahora la clave no es ya la inteligencia a la vez lúcida y pura del detective, sino la mente psicótica y extravagante del asesino. El misterio y el suspenso se concentran en la extraordinaria conciencia del criminal. Los sucesos de la vida de un hombre excepcional, una suerte de superhombre nietzscheano, que vive más allá del bien y del mal. Un ejemplo es el ya nombrado profesor Moriarty, el diabólico antagonista de Sherlock Holmes, llamado el Napoleón del crimen. Él es el ejemplo de la perfección "algebraica" del mal y por eso logra derrotar al legendario e imbatible detective.

»"El asesino", ha escrito Chesterton, "es el rebelde dominado por un orgullo extremo y despiadado. Se niega a sufrir y ahí está su pathos."

»Con modalidades múltiples y visiones personales, los relatos reconstruyen las distintas perspectivas del criminal visto como un autómata extraño, casi una "máquina de matar",

que no puede controlar sus impulsos y que actúa con una eficacia a la vez desesperada y brutal.

»Yo mismo he entrevisto a esos héroes del horror y la furia en la figura de Scharlach, el dandy que en su venganza construye la red de un laberinto fantasioso y geométrico, trama intrigas demoníacas e incluso periódicas en un relato de cuyo nombre no quiero acordarme.

»La réplica, el revés, el otro que hace posible el relato del crimen, es por supuesto la víctima. La visión mítica del que va a morir y alucina y delira y es amenazado y perseguido define otra línea histórica del género. También he intentado una réplica de esa cautelosa tradición en mi relato "La espera", donde un hombre resignado y un poco demente aguarda a que vengan a matarlo por razones que ya no recuerda. Esa forma centrada en la víctima acerca el cuento policial al relato de terror y a la literatura fantástica.

»La lógica de la víctima es la lógica del doble, de la culpa y de la expiación, y en este sentido esos relatos son un ejemplo del proceso de incertidumbre y de extrañamiento que convierte al perseguido en criminal.

»Todos deseamos que triunfe el criminal, ha escrito De Quincey, porque el criminal, incluso en su versión más despolitizada y más cínica, enfrenta la ley, se enfrenta con los procedimientos brutales del Estado. Pero la marca del mundo moderno es, como nos enseña la historia argentina, que los inocentes son ejecutados por los aparatos y las organizaciones estatales y que los grandes criminales son los jefes políticos y sus sirvientes.

»Los relatos policiales son, en definitiva, una suerte de caleidoscopio o de breve clasificación de la trama múltiple de crímenes, siempre extraordinaria y siempre repetida, que señala

y define la lógica secreta del mundo en el que, resignados, vivimos. Muchas gracias.

Hubo débiles aplausos y en ese momento, pensó Croce, el escritor comprobó que casi nadie había ido a escucharlo. Dos del público, un hombre gordo y una mujer flaquísima, aprovecharon el vacío para huir. Croce no los conocía. Quizá eran nuevos en el pueblo. El viejo escritor permanecía impávido en la tarima y Rosa subió y lo ayudó a bajar.

–Éramos pocos pero fieles –dijo el escritor con una sonrisa–. Si falta uno más, no entra.

–Interesante su conferencia –dijo Croce–, pero en la vida las cosas son distintas.

–Sí –replicó el viejo–, en la realidad la policía tortura y usa la delación como sistema de inferencia.

–No todos. –Y después de una pausa agregó–: También hay escritores que son de la peor calaña.

–La mayoría, pero no seamos platónicos. No existen el policía o el escritor. Toda ética ha de ser personal y tratar casos individuales.

–De acuerdo –dijo Croce–, uno empieza a generalizar y termina en el nazismo.

–O, sin ir más lejos, en el evidente Perón –dijo el viejo–, versión militar del horror generalizado.

En ese momento, la señora de la cooperadora del Club Social le pagó la conferencia. Unos doscientos pesos, calculó Croce, alcanzaba para vivir dos días. El viejo recibió incómodo los billetes y se los guardó en el bolsillo interno del saco. Lo hizo con destreza, primero tanteó con la izquierda y luego deslizó la plata con discreción, como si fuera un carterista de sí mismo.

–Claro, sí, un carterista benéfico –dijo el viejo, que parecía haberle leído el pensamiento.

La mujer tenía que irse. ¿Podían Rosa y Croce alcanzar al conferencista a la estación? Tenía que tomar el tren de la medianoche a Tandil, donde daría, calculó Croce, otra charla frente a nadie. Iba a hablar sobre el budismo, explicó el viejo.

–Digo siempre lo mismo –sonrió–, solo le cambio el título. Será otra reflexión sobre lo perfecto pero en lugar de crímenes hablaré del karma.

Salieron al fresco de la noche.

–Ahora pasamos por la plaza –explicó Rosa, que llevaba del brazo al escritor y se sentía feliz por esa experiencia mágica que le había otorgado el destino–. Soy feliz –dijo ella– de poder acompañarlo y haberlo escuchado.

–La felicidad –dijo el viejo– siempre es casual y siempre nos sorprende. Aspiramos a ella, y esa inminencia y esa espera nos permiten vivir –dijo después–. En la plaza, imagino, habrá una estatua.

–Sí –aclaró Rosa–. El coronel Belladona fundó el pueblo.

–En todos los pueblos hay una estatua y una iglesia y una plaza descuidada y cuadrangular. Otra vez el platonismo. Un pueblo esencial y sus pobres réplicas simétricas y borrosas.

Cuando llegaron a la estación, eran las nueve. Entraron al bar a comer algo. El viejo pidió un arroz con manteca y un vaso de vino.

–¿Lo quiere tinto o blanco? –preguntó Rosa.

–Me da igual, he tomado la precaución de ser ciego.

Estaban solos los tres en el amplio salón. Se habían sentado en una mesa cercana a los ventanales que se abrían sobre una calle empedrada y oscura. El viejo comía con elegancia, de memoria. Subía la cuchara a la boca y luego tanteaba para

encontrar el vaso de vino tinto, que se llevaba a los labios con un leve temblor. Hizo una pausa y dijo:

–Usted también es Croce, una reencarnación pampeana, el filósofo como policía.

–Dos profesiones muy desvalorizadas –dijo Croce.

–Y muy ligadas –dijo el viejo escritor–. Dos modos de buscar la verdad. –Se quedó pensando y agregó–: Pero croce en castellano es «cruz», el sargento Cruz, que, como sabemos, se jugó por el matrero y desertor Martín Fierro. –Dudó y cambió la voz al recitar–: «Cruz no consiente que se mate así a un valiente.»

–Consiente, valiente, está bien la rima. ¿Y cómo sigue? –dijo Croce.

–«Y ahí no más se me apartó, dentrándole a la partida.»

Y luego Croce se sumó y recitaron a coro:

Yo les hice otra embestida,
pues entre dos era robo;
y el Cruz era como lobo
que defiende su guarida.

–Somos dos paisanos argentinos –dijo el escritor–, dos criollos.

–Dos baqueanos.

–Sí, dos rastreadores. Leemos pistas, rastros.

–Buscamos lo visible.

–En la superficie.

–No hay nada oculto.

–Buscamos lo que se ve.

–Exacto –dijo Croce–. Voy a proponerle un caso a su consideración. Un productor de cine, presidente de un club de fútbol, es amenazado de muerte. Quieren matarlo, no sabe

quién ni cómo. Descenso a los infiernos, se siente perseguido, siente que hay algo en su pasado que lo compromete, pero no recuerda ni sabe qué es (esto es clave: hizo algo pero ha logrado olvidarlo por completo). Todos, en especial su guardaespaldas, piensan que tiene un delirio de persecución, le demuestran que no hay peligro. Sus amigos creen lo mismo, es decir, que se trata de un ataque de pánico. Se convence y organiza una fiesta para mostrar que no tiene miedo y que ha comprendido que los signos que le hicieron creer que iban a matarlo eran solo malos pensamientos. Esa noche en la fiesta lo matan. La fiesta ha sido filmada, de modo que entre las imágenes debe estar la del o los asesinos.

–¿Cómo lo matan? –preguntó el escritor.

–Desde lo alto, alguien se coloca en un palco y dispara desde ahí, con un rifle con mira telescópica, y huye. Es probable que sus cómplices hayan dejado la carabina en el lugar la noche antes y él la abandonara en el palco para huir sin problema. No hay huellas digitales.

–Usó un cuidadoso par de guantes.

–De tela, creo, de una mujer quizá.

–O de médico.

–Tal vez guantes de látex.

–Para poder disparar cómodo.

–Sí –dijo Croce.

–¿Qué se ve en las imágenes?

–Una confusión de personas que parecen eufóricas y borrachas.

–Es lo mismo –dijo el viejo.

–Un caos de caras que miran a la cámara.

–Y la señalan.

–Sí, parecen sorprendidos y sonríen.

–Hacen muecas.

–Morisquetas.

–Entonces, usted –dijo el escritor– debe buscar a los que mantienen la calma.

–Y no miran la cámara. Es cierto, tiene razón.

–Entre los despreocupados debe estar el asesino.

–Si quiero descubrirlo, tendré que pasar días y días viendo imágenes en cámara lenta.

–¿Y la motivación?

–Es la historia que ha olvidado –dijo Croce, y resumió los datos–: Un grupo de jóvenes, uno de ellos encuentra el revólver de su padre. Salen una noche y van al Parque Japonés en Retiro. Suben a la vuelta al mundo (una gran rueda con asientos que gira en lo alto del parque de diversiones) y, desde allí, amparados en la oscuridad y el ruido múltiple de los fuegos artificiales y la música estridente, disparan al azar contra la multitud. Pánico, corridas, nadie se percata de los jóvenes de clase media que se mueven tranquilamente por el lugar después de haber matado a una desconocida. Pero un fotógrafo ha fijado la imagen de los jóvenes que daban vueltas en la rueda malvada. Ella tiene dos hijos que deciden vengarla. Cuando los hijos consiguen la fotografía, solo tienen que seguir esa pista. Por supuesto, identificamos a la mujer muerta; pero la noche de la fiesta sus hijos tenían coartadas firmes. Uno estaba en Tierra del Fuego y el otro se había mudado a Tucumán.

–Bueno –dijo el viejo–, uno en el extremo norte y el otro en el lejano sur. Esa simetría geográfica demuestra que son ellos los responsables.

–Lo más probable es que hayan contratado a un killer.

–¿Existe esa industria? –preguntó el escritor.

–Sí –dijo Croce–, una muerte cuesta diez mil dólares, aparte de viáticos.

–En verdad suena atractivo.

–Casi siempre son extranjeros que entran al país con papeles falsos, ejecutan al hombre señalado y se van del territorio.

–Caramba, una organización que trafica con el crimen perfecto.

–Sí, hay falsas oficinas de turismo que ofrecen esos servicios.

–Si yo tuviera que escribir esa historia –dijo el viejo–, me centraría en el asesino a sueldo que mata a desconocidos, un uruguayo, es decir un argentino antiguo e inmejorable.

–Imaginemos que vive en Colonia –dijo Croce.

–Sí, es dueño de una linda librería que vende libros raros, la atiende con su mujer, de modo que puede desaparecer unos días sin despertar sospechas.

–¿Y si quien lo mata fuera la mujer? –dijo Rosa.

–Es el marido el que se queda –dijo Croce.

–Claro –dijo el viejo–. Una mujer es perfecta. Nos ayuda la vieja superstición que fabula que las damas no trabajan de asesinos profesionales.

–La veo –dijo Rosa–, una mujercita diminuta y decidida que se infiltra en la fiesta.

–Bueno –pensó en voz alta el escritor–, le han conseguido un sitio en la lista de invitados y sube a la planta alta.

–Que está a oscuras –dedujo Croce.

–Sí –dijo Rosa–, la mujer es una tiradora experta.

–Ha participado en los Juegos Panamericanos con el equipo uruguayo –dijo Croce.

–Cierto, de tiro al blanco –acotó Rosa.

–Es decir, resumiendo –dijo el escritor–, tenemos a una apasionada muchacha que entra sin ser vista en el salón de fiestas.

–Sube al palco –dijo Croce.

–Y ahí espera el momento oportuno –dijo Rosa.

–Digamos –dijo el viejo– que el hombre que morirá da un pequeño discurso de agradecimiento a los amigos que han venido esa noche a festejar con él y un certero disparo lo hace callar.

–Así fue –dijo Croce.

–En medio de su arrogante discurso, lo borró la infalible descarga.

–Entonces –dijo Croce–, el caso está resuelto.

–Sí –dijo el viejo–, en la desordenada y eufórica confusión de la fiesta hay que buscar a una mujer –concluyó.

–Sí –dijo Croce–, buscaré a la dama en las imágenes y viajaré a Colonia a detenerla.

Festejaron la resolución del enigma y se asombraron y alegraron de la feliz conjetura que les había permitido usar la imaginación para solucionar un misterio real.

–Hay otro caso –recordó el escritor–, «El misterio de Marie Rogêt» de Edgar Poe. Por medio de su detective, el caballero nocturno Dupin, resuelve un hecho real que alarmaba a los ciudadanos de Nueva York y a sus desvergonzados periodistas. Traslada el caso a París, pero los acontecimientos son los mismos. Lo resuelve usando sus métodos de inferencia. Nosotros hemos llegado al mismo fin mientras esperábamos la llegada del expreso nocturno.

–Teníamos –dijo Croce– un lapso de tiempo acotado e inferimos la solución en una carrera con el tren.

–Que aquí llega –dijo Rosa.

Estaban en el andén y la locomotora ya asomaba su luminosa presencia en el cruce cercano de los rieles. Cuando se detuvo, Rosa acompañó al escritor hasta el vagón y luego hasta

el asiento que tenía asignado. Lo vieron partir, lo saludaron con un gesto que él no podía percibir, pero ellos, en cambio, pudieron ver su agradable rostro impávido en la ventanilla que se alejaba y se perdía en la noche.

10. EL TIGRE

I

En la multitud de hombres y mujeres que bajaban de los trenes en la estación Constitución se destacaba, para el observador atento, la figura de un individuo detenido en el andén número catorce, parecía esperar a alguien esa tarde de septiembre de 1976. Vestía un traje oscuro y usaba un sombrero de ala fina. Se lo veía tranquilo en medio de la gente. Había apoyado en el piso una valija marrón atada con una soga y estuvo quieto un largo rato. Era el comisario Croce, el mejor investigador de estas provincias, famoso por sus métodos nada tradicionales de descifrar los enigmas que le planteaba la realidad. Lo había conocido años atrás y ahora iba a recibirlo y a ayudarlo a encontrar un lugar donde esconderse hasta que pasara lo peor. «Pero lo peor nunca pasa para nosotros», me dijo Croce aquella tarde.

Lo llevé a la casa que yo había alquilado en El Tigre. Un sitio tranquilo sobre el Rama Negra. Él se sintió cómodo y protegido ahí porque ya había estado en el Delta en varias de sus aventuras. Le gustaba el paisaje, la quietud del río, manso a esa altura, parecido a la ribera de la laguna del pueblo donde había vivido toda su vida. Le mostré el almacén de Jacinta en lo hondo de la isla, a unos diez minutos de marcha desde la casa. No pague nada, le dije, tengo crédito acá, no se haga problema. Croce pensaba vivir de la pesca, pero igual agradeció el fiado y pronto simpatizó con doña Jacinta y se hizo habitual del despacho de bebidas del lugar. Nadie preguntaba nada en las islas, que han sido siempre un refugio para los bohemios, los artesanos y los fugitivos de la ciudad. Croce se instaló en la región como si fuera un baqueano y empecé a visitarlo una o

dos veces por semana. También yo necesitaba un refugio y a veces me quedaba varios días con él charlando al reparo y escuchando sus historias.

Habíamos intimado cuando fui a cubrir el caso del norteamericano boricua que habían asesinado en ese pueblo perdido de la pampa. Me quedé más tiempo porque me enredé con una de las bellas del lugar, una de las hermanas Belladona, y así creció mi amistad con Croce. En ese caso él se enfrentó con la ley, fue acorralado y lo pasaron a retiro. No hablamos de aquella historia, ni él ni yo. No hay que mentar las derrotas, pensábamos, sobre todo en esos días en que las noticias políticas eran para nosotros exclusivamente las necrológicas.

Muertos sin sepulturas, dijo uno de nosotros, o él o yo, una tarde que estábamos tomando cerveza, fumando sentados en el muelle y mirando pasar los botes y las lanchas que buscaban el río abierto. Habíamos prendido espirales porque los mosquitos zumbaban en el aire pesado del anochecer y ese olor medicinal me hacía acordar a las siestas de mi infancia.

–Bueno, a mí los espirales me hacen acordar a un caso muy difícil en el pueblo –dijo Croce–. Sería el año sesenta, calculo. Era verano porque los cuatro que jugaban eternamente la misma partida de póquer habían sacado esa noche la mesa al patio y estaban al sereno bajo los focos y habían prendido los espirales para que los mosquitos no los distrajeran de la tenida. Sería un sábado porque se pasaban el fin de semana sentados y matándose encarnizadamente y desafiando a la suerte. Apostaban fuerte. Se conocían tanto que era como si jugaran viéndose las barajas.

»Ese día, alrededor de las once y media de la noche, me arrimé al almacén de los Madariaga y los encontré jugando al póquer. Akaniz, el boticario del pueblo; Mieres, el

concesionario de Ford; Domínguez, el concesionario de Chevrolet, y Ordóñez, rematador de hacienda. Cuando pasaba frente a ellos, iba tomando registro de quiénes eran los que jugaban mejor a pesar de las cartas recibidas. Ya a todos les había tocado alguna vez un póquer servido o una escalera real, todos habían perdido con una pierna frente a un full, con un par doble frente a otro par de dobles de más puntaje, así que lo que había que comparar era el ingenio, el gift, la calidad que tenía cada uno de ellos más allá de la suerte. Mentir es la base del juego. Y la duda sobre la verdad o la falsedad es la llave de sus reglas secretas. "Uno conoce verdaderamente a un hombre solo si ha jugado a los naipes con él", me había dicho una vez Miguel Ordóñez, y había algo de eso. Se podía ganar aunque se estuviera en cero con las cartas, apostando con inteligencia y haciendo dudar a los antagonistas de si se trataba de un bluff o realmente se tenía cartas altas. No era seguro que el que mejor estuviera jugando ganara siempre, así que había algo incierto. No llevaban la cuenta pero el dinero pasaba de uno a otro. Sobre todo a las manos de Ordóñez, que ganaba y ganaba como si hubiera hecho un pacto con Lucifer. "Tengo suerte, muchachos", decía –me contaba Croce. Se detuvo y miró el agua del río correr–. Qué mansa es –dijo, y luego bajando la cabeza agregó–: Fue en una noche de esas en las que Ordóñez ganaba como un endemoniado que planearon matarlo. Primero habrá sido un chiste, lo matamos a este habrán dicho, pero el farmacéutico se tomó el dicho en serio. Le dieron una inyección de adrenalina que le provocó un paro cardíaco. La sustancia tenía olor, pero los espirales diluyeron el aroma y la pequeña marca de la inyección se confundió con la picadura de un mosquito. Lo mataron porque tenía mucha suerte en el juego y se cansaron de que siempre ganara. Aprovecharon que Mieres se retiraba un momento de la partida para llamar a su casa a

medianoche y entraba en el almacén para usar el teléfono del mostrador, o sea –dijo Croce–, que estaba fuera de juego. Me encontré entonces con un cadáver, dos sospechosos y un testigo. El muerto, decían, había sufrido un ataque por la emoción que le causó ver sus cartas. Había recibido otro póquer de ases, "se murió de contento", dijo el boticario. La motivación estaba a la vista. Ordóñez tenía un montón de fichas y un cheque del concesionario de Chevrolet por una suma demencial.

»Yo estaba tomando una copa y vi entrar a Mieres que vino al mostrador. "Ordóñez nos está desplumando, parece que hiciera trampa", dijo, y le dio el número de su casa a la telefonista.

»"No es tramposo", dije yo. Por su trabajo, Ordóñez estaba acostumbrado a semblantear a los clientes. En un remate todo sucede a gran velocidad y el rematador debe saber adivinar por pequeños signos (un cabeceo, un leve gesto de las cejas) cuáles son las ofertas. Esa práctica –conjeturó Croce– le permitía conocer cómo se desarrollaba la partida, analizando la actitud corporal de sus rivales. La habilidad de Ordóñez se manifestaba en cuestiones que excedían los límites de las meras reglas. Silencioso, procedía a acumular cantidad de observaciones y deducciones. La mayor o menor proporción de información así obtenida no residía tanto en la validez de la deducción como en la calidad de las percepciones. La clave era saber qué se debía observar. El hombre no se encerraba en sí mismo; ni tampoco, dado que su objetivo era el juego, rechazaba deducciones procedentes de elementos externos a este. Examinaba el semblante de su rival, comparándolo cuidadosamente con el de cada uno de sus oponentes. Consideraba el modo en que cada uno ordenaba los naipes en su mano; a menudo contaba las cartas ganadoras y las adicionales por la manera en que sus

tenedores las contemplaban. Advertía cada variación de fisonomía a medida que avanzaba el juego, reuniendo un capital de ideas nacidas de las diferencias de expresión correspondientes a la seguridad, la sorpresa, el triunfo o la contrariedad. Por el modo de levantar una baza, juzgaba si la persona que la recogía sería capaz de repetirla en el mismo palo y reconocía la jugada fingida por la forma en que arrojaban las cartas sobre el tapete.

»En medio de mis deducciones entró Domínguez y dijo contento: "Al canalla le dio un síncope, habrá sido de tanto ganar."

–El cadáver tenía un rictus raro en la cara, de sorpresa o de alegría, y dos marcas en las muñecas, como si alguien lo hubiera sujetado con fuerza. Mieres contó que Ordóñez había pedido tres cartas como quien tiene un par y luego había alardeado haciendo ver que los corría con la parada, pero cuando mostró las cartas se vio un póquer de ases. Domínguez tenía pierna de reyes y el boticario un full de sietes, así que los hizo entrar y las apuestas subieron en una escalada brutal, habían apostado hasta la camisa. Las cartas estaban dadas vuelta sobre la mesa y yo las vi al entrar en el patio.

»No me gustó nada el asunto y tuve un pálpito. Lo mataron, pensé, pero cómo probarlo. Usé una táctica que consistía en ponerlos a prueba y enfrentar a uno contra otro.

»Si Mieres estaba metido, podrían haber acomodado las cartas para fingir que por ganar tanto dinero le había dado un ataque, pero desechéesa hipótesis y deduje que Mieres no estaba implicado, así que me llevé a los dos a los cuartos de arriba del almacén y los interrogué por separado.

»¿Cómo me enteré? Si Mieres salió a las doce, ¿quién vio la escena? Nadie, yo la infiero –dijo Croce–, o mejor, la imagino. Luego tengo que probarla. Actué como un jugador de póquer

que sin cartas hace una apuesta para que crean que ha visto lo que no ha visto. Es lo que yo llamo el crimen conjetural. Entonces los arresté a los dos y decidí interrogarlos por separado. En resumen, les dije: un hombre muere imprevistamente, prueben que no lo han matado ustedes. Les ofrecí el mismo trato, les expliqué las condiciones, no podían llamar a un abogado hasta que les tomara declaración. Seguí las reglas del póquer, nadie sabe las cartas que tiene el otro y juega a ciegas. Le dije a cada uno: el otro ya confesó y lo culpa.

–Ya entiendo –le dije–, todos son a priori culpables. Si A confesaba y B no, B sería condenado y A sería liberado.

–Así, si A confesaba y B no, B iría preso.

–Si A callaba y B confesaba, A recibiría esa pena y sería B quien saliera libre.

–Si los dos confesaban, ambos serían condenados.

–¿Y si ambos lo negaban? –pregunté.

–Una salida hubiera sido encarcelarlos por juego ilegal, pero no aludí al hecho y sencillamente los indagué por asesinato. Ellos sabían que la muerte producida durante una partida clandestina de póquer los implicaba y que sería un escándalo que ocuparía los titulares del diario del pueblo. En definitiva, usé mis métodos de inferencia silogística. Si un hombre muere en medio de una partida donde va ganando, la hipótesis de un asesinato es de sentido común. Para mejor, el farmacéutico tenía disimulada en una valijita la caja de las inyecciones y había una aguja que faltaba. Se defendió diciendo que había pasado por la casa de un paciente, un tal Antúnez, que certificó la coartada. El boticario era conocido en el pueblo porque vendía alcaloides sin receta. Pero aunque lo apuré, no pude probar nada, fue un crimen perfecto y con calma. El único

crimen sin solución en mi carrera. A la mañana los dejé libres a los dos, fue una derrota en toda la línea –dijo tranquilo.

–Por ahí se murió de un síncope –dije yo.

–Sí –dijo Croce–, es posible pero no interesante.

Me tiré al río y anduve nadando un rato. Me gusta estar en el agua cuando oscurece. Después volvimos a la casa. Abrimos una botella de vino y la tomamos conversando sobre otro caso interesante, más bien extraño. Muy extraño, digamos.

II

Cuando murió Maneco Iriarte hubo un robo en el pueblo que conmovió a Croce. Estaba acostumbrado a lidiar con cleptómanos, cuatreros, ladrones de guante blanco y también con atracos a mano armada, pero esta vez se sintió implicado, casi como si hubiera sido un cómplice.

Había recibido la noticia de la muerte mientras patrullaba la zona costera del otro lado de la laguna. El principal Aguirre le pasó la novedad por la radio policial y Croce dejó lo que estaba haciendo y enfiló para el pueblo. Pero ¿por qué habían pasado la noticia directamente a su coche? Temían algo y le informaron para que se ocupara del caso. Todos sabían que habían sido amigos y rivales políticos, y cuando lo vieron entrar en la casa velatoria se hizo un silencio a su alrededor. Croce fue hasta la salita donde estaba el féretro y se acercó al cadáver. Estaba envuelto en una bandera argentina porque era (había sido) un destacado político conservador, el hombre fuerte del pueblo y del partido. Dos veces intendente y varios años senador provincial.

Había en el fondo de su vida una historia turbia, me dijo Croce esa mañana. Nos habíamos despertado temprano,

ninguno de nosotros dormía bien en esos tiempos. Bastaba el rumor sordo de una lancha arenera para que el sueño se alejara. Esperábamos lo peor, pero manteníamos el buen humor a pesar de los sobresaltos que nos hacían levantar en mitad de la noche y asomarnos a la ventana que daba al río para ver si teníamos visita. De modo que esa madrugada estábamos en la galería tomando café mientras Croce me contaba otro de sus casos, como si quisiera que yo los escribiese o tal vez para que esas historias nos distrajeran del presente.

Cuando Maneco se fue a La Plata a estudiar Derecho, retomó Croce con voz tranquila, pasaron varios años sin que se supiera nada de él, hasta que inesperadamente volvió casado con una belleza embarazada. Una noche llegó al pueblo en el tren nocturno que seguía viaje al sur. Lo vieron enfilar hacia el centro en la madrugada, sin equipaje, seguido por un perro callejero que ladraba quejumbroso. Caminaba por la calle principal con un aire de revancha, altivo junto a la muchacha encinta, que se movía a su lado lenta y pesada, en la neblina del amanecer.

Maneco era muy sociable y estaba siempre en fiestas y reuniones. Su mujer, la bellísima y seductora Florencia Flores, era su antítesis, su revés, su contracara. Era una mujer solitaria, de pasiones fijas, pasaba los días sin salir de su casa, fumando y escuchando cantar a Carlos Gardel. Sintonizaba una emisora uruguaya que transmitía las veinticuatro horas del día canciones del Zorzal Criollo. Cuando nació el hijo, la madre lo sustrajo de la esfera paterna y lo cobijó bajo su manto, como si lo hubiera secuestrado. Le puso de nombre Florencio y lo trató como si fuera una parte de sí misma, mientras que Maneco tuvo con el chico una relación cambiante y conflictiva.

Florencio creció lejos del padre, y tan cerca de Florencia que todos empezaron a decir que no era hijo de él.

Croce había observado los hechos sin imaginar su desenlace. Una noche encontró a Maneco en el bar del hotel y el abogado había insistido en criticar a su hijo, y había concluido, apesadumbrado, que mejor era dejar que el muchacho siguiera su camino sin que él interfiriera. La madre había concentrado en el hijo toda su obsesión, tanto que cuando el joven fue a completar sus estudios secundarios en el Nacional Buenos Aires, ella se fue con él y pasó seis meses sola en la capital.

Florencio se convirtió en el loco lindo del lugar. Un poco dandy, no tenía interés en seguir el camino del padre y no aprovechaba su poder y sus relaciones. Su habilidad para imitar cantos de pájaros era un don casi sobrenatural y lo cultivó hasta convertirlo en una profesión. Primero actuó en fiestas en casas de amigos, pero luego comenzó a ser invitado por los pueblos vecinos y se fue de gira y actuó en teatros de la provincia como el alegre silbador. Una tarde dejó todo, se aburrió de los viajes, de los malos hoteles, de las horas vacías entre función y función. Volvió vencido y, como todo artista fracasado, estaba amargado pero mantenía su capacidad creativa, solo que desplazada. Era un joven al que todo se le daba con tanta facilidad que pasaba de un oficio a otro con gran destreza. Fue ebanista, fotógrafo, barman, pescador, dibujante, periodista y en todos esos trabajos fue el mejor, pero se cansaba rápido y no perseveraba.

El joven era pendenciero, de mal carácter, muy consentido. No había ley ni maneras que respetara. Croce lo metió en el calabozo una noche de carnaval en la que Florencio, disfrazado de gaucho matrero y con una careta de tigre, casi mata a un

forastero que había entrado en el baile del Club Social vestido como El Zorro. Florencio lo empezó a provocar y a insultar y el hombre no le hizo caso, pero el muchacho le tiró una vela encendida en la cara y casi lo prende fuego. ¿Por qué había hecho eso? No me gustaba esa mascarita con voz de falsete, dijo como toda explicación. La madre, altiva y atractiva, llegó a la comisaría a la madrugada y encaró furiosa a Croce.

Cómo se atreve usted, pobre gendarme, a tocar a mi hijo, le había dicho a los gritos. Nadie tiene coronita en este lugar, le contestó con calma Croce, que mantuvo al joven preso hasta mediodía. Bien hecho, se le escuchó decir al padre en el Club Social, a ver si se endereza de una buena vez.

En el velorio la mujer parecía aliviada y tranquila. Ahora tiene al hijo solo para ella, le dijo a Croce el cronista de sociales del diario. Florencio estaba en el costado, vestido de luto riguroso, oscuro y abstraído, con corbata y brazalete negros, con una actitud de congoja que sorprendió a Croce. Rara la reacción del joven, pensó el comisario, parece que representara el papel de hijo desesperado. Croce vio que en el salón confraternizaban los peronistas con los radicales y los conservadores como si se tratara de una fecha patria. No hay como un muerto para unir a la gente, pensó al salir de la pompa fúnebre. El finado, se dijo, no se hubiera sentido a gusto en esta reunión si hubiera podido abrir un ojo.

Croce no asistió al funeral pero se imaginó la ceremonia con todos sus detalles: el carruaje con el ataúd, los caballos negros, el conductor con galera y atrás el cortejo fúnebre que cruzaba las calles del pueblo y enfilaba hacia el cementerio viejo, donde se daba sepultura a los principales del partido. Imaginó a los deudos llegando a la bóveda de la familia, el discurso exaltando los méritos del muerto, el cura Anselmo leyendo salmos de la

Biblia y diciendo un pequeño sermón, el cajón colocado en la casa de los muertos de la familia Iriarte junto a sus abuelos y sus padres, Florencio cerrando el panteón familiar con llave. ¿La había guardado en el bolsillo? Lo que no pude prever, dijo Croce, fue lo que sucedió después. Estaba cenando en el almacén de los Madariaga cuando me enteré.

El muchacho había estado bebiendo en el bar del Plaza exaltando las virtudes de su padre y contando anécdotas y sucedidos del muerto. Lo ensalzaba y lo enaltecía como si al no estar ya su progenitor se le hubiera encendido el amor filial. Era raro, pero más raro aún fue lo que hizo después. Al caer la noche salió con su camioneta y fue al cementerio, rompió las cadenas que bloqueaban la entrada con una pinza pico de loro y fue con la pick up por las calles interiores del camposanto. Se detuvo ante la bóveda, bajó y abrió la puerta con la llave. Con una barreta forzó el féretro. Se cargó al muerto al hombro y lo acomodó en el asiento delantero. O sea, dijo Croce, que había planeado todo durante el funeral; no había sido un arrebato, sino un plan preparado con premeditada lucidez. Una acción lúgubre y luminosa. Después de años de conflictos y desavenencias, había descubierto la culpa y el amor filial. Las relaciones familiares son un pozo de sentimientos ominosos. Por amor, un hijo podía matar a su padre; por un saludo distraído, la madre podía incendiar la casa natal. Había visto tantas luchas y tantas reacciones intempestivas que Croce se había convertido en un moralista descreído que no se asombraba por nada. Usted ve familias felices que esconden turbias tormentas y familias que disputan por cualquier tontería y que por debajo son felices y armoniosas, me dijo esa tarde. Las relaciones de parentesco son las más difíciles de clasificar y de prever, todo puede suceder, suicidios por felicidad,

asesinatos por amor, incendios provocados por compasión, así es la vida, concluyó metafísico Croce ese día al enterarse de que Florencio había estacionado la camioneta en el cementerio silencioso y había entrado a la bóveda de la familia con una linterna en la mano.

Lo podía imaginar, mejor, lo podía ver abriendo sigiloso y abnegado la pesada puerta labrada de la bóveda y entrando al helado recinto donde perduraban tres generaciones de cadáveres y donde él mismo tenía reservado un lugar. Se fijó bien para no equivocarse y el haz de luz se movió entre los catafalcos hasta alumbrar el ataúd envuelto en la bandera.

Hay que poner una luz acá por si uno quiere venir de noche, le diría Florencio a Croce más tarde en la laguna. La mejor hora para visitar a los muertos queridos es la oscuridad, le dijo. Hay que poner una lamparita que se encienda al entrar, ¿no le parece, comisario?, me contaba esa tarde Croce.

Así que entró iluminado por la linterna y se decidió a mover al muerto y cargarlo en el hombro. Salió de la bóveda y caminó unos pasos agobiado por el peso de su padre. Era una noche de luna llena, la silueta del hijo con el cuerpo de su progenitor al hombro estaba alumbrada por la luminosa claridad lunar.

Subió el cadáver a la camioneta y salió del pueblo hacia la laguna. Quería acompañar al padre en su primera noche en la muerte. Bajó el cuerpo y lo apoyó en un sauce entre los yuyos. Había sido feliz ahí una tarde en que su padre lo había llevado imprevistamente a pescar. Florencio tenía doce años y Maneco se metió en el agua con los pantalones arremangados y descalzo. Hijo, para pescar hay que mojarse las patas y todo es así, la vida es así, le dijo, y el chico no entendió lo que su padre quería decir. Ahora estaba en el mismo lugar y fue él quien se descalzó y entró en el agua, y le habló a su padre desde ahí.

Hoy es viernes, le dijo al cadáver, y vine aquí para hacerte compañía.

Croce lo buscó y, siguiendo las indicaciones de los que habían visto pasar la camioneta roja, llegó a la laguna. Bajó del auto y se acercó sigiloso a la orilla. Escuchó el canto de un jilguerito en la noche. Se movió guiándose por la melodía dulce que sonaba en la oscuridad. En la espesura, vio a Florencio sentado junto al difunto, imitando el canto del pájaro para acompañar a su padre en la muerte. Qué podía hacer yo, dijo Croce. No era un delito, y además conocía al ladrón desde que era un pibe, así que nos quedamos juntos en el borde de la laguna, entre los juncos y las totoras, quietos en la luz incierta del alba que empezaba a abrir en el horizonte. Estábamos como estamos nosotros ahora. El paisaje era el mismo, oíamos el rumor del agua y los pájaros que cantaban anunciando el día. Mi padre, dijo el hijo, no era un buen hombre, pero no es eso lo que cuenta en el momento de la muerte. ¿Ve allá?, y me señaló con la mano una estrella fugaz que caía. Ese es él, es mi padre, que se ha convertido en una luz en el cielo. Ya clarea, hay esperanza, pero no para nosotros. Era Croce el que lo dijo, o fue el hijo que velaba al padre. No importa, es igual, incluso pude ser yo mismo el que terminó la historia con esa frase.

III

A veces los muertos se intercambian. Un hombre por otro. Benito el Lento tendría que haber matado al patrón que lo había humillado pero en su lugar mató a un hombre de su clase, dijo Croce. Curioso, ¿no? Temen matar a un superior y se matan entre ellos los pobres. Son los misterios del corazón, crímenes equivocados, diremos.

Esa noche habíamos puesto unos pescados a la parrilla y comimos en la galería que daba al monte. El rumor del río llegaba manso desde la orilla. El cielo estaba claro y la luna se reflejaba en el agua. Croce me había empezado a contar otro de sus extravagantes casos. Tomábamos vino blanco bien frío y yo prendí un grabador con su permiso.

–El muchacho, que se llama Benito pero le decían el Lento porque era tranquilo y hacía todo despacio, se quedó junto al cadáver hasta que llegué y me dijo: Yo lo maté, comisario, porque el hombre me faltó el respeto. Lo había matado con la guadaña filosa que usaba para emparejar el campo donde pastoreaban los caballos. Era domador el joven. Había nacido en Pergamino y se fue acercando al pueblo domando a los redomones. Fue famoso en las jineteadas de los domingos, en las fiestas campestres, y al fin se conchabó en La Blanqueada, la estancia de los Ledesma, donde el patrón lo mandó a cuidar unos caballos árabes, muy elegantes y ariscos. Yo se los dejé mansitos y livianos del freno, y les hablaba y se venían conmigo para las casas, dijo –contaba Croce–. Yo mismo los verifiqué, me dijo. Se le cruzaban los cables y usaba las palabras como si fueran de otro. ¿Dónde habrá aprendido ese verbo el desdichado? Tenía un modo de hablar extraño y como ajeno. Parecía que alguien tomaba la palabra por él, mezclaba los dichos de los paisanos con las citas bíblicas que le venían de la iglesia evangélica a la que lo había mandado su madre cuando murió su hermanita. El muerto se asustó del degollado, dijo esa tarde con el cadáver al lado, y después agregó: No hay que blanquear con cal viva las tumbas de los que han fallecido por mano propia, es decir, me dijo –contaba Croce–, los suicidas. Yo mismo los conduje a los animales hasta la feria en Bernasconi. El patrón remató a toda la tropilla junta. Cuando volvimos al pago pasaron unos tres días sin que yo tuviera

nada que hacer, hasta que una tarde lo vi entrar con unos ponis con crines y colas largas, unos caballitos enanos. Eran cinco y eran como de circo. No sé para qué los condujo. Usó de nuevo ese verbo –explicó Croce–, se ve que era medio raro el chico. Tendría dieciocho años a lo sumo. No sé para qué los condujo en mi presencia, repitió –contó Croce que le había dicho el peoncito–. Le decían el Lento. Me di cuenta después de conversar un rato con él de que también era un poco lento de la cabeza, medio retrasado mental el hombrecito, por eso era bueno con los caballos. Tenía su ritmo, su mente era parecida a la de los animales. Con los perros era igual, les ladraba y los perros lo seguían como si el chico fuera uno de ellos. Tenía ese don, se entendía con los animales. Una muchacha, una chinita que vivía con él en un rancho en la estancia, atestiguó ante el juez que a Benito Muñoz, que así se llamaba el asesino de Soto, le venían también al hombro los pajaritos y comían de su mano. Él es un santo, había declarado la muchacha.

–¿Y qué fue lo que pasó? –le pregunté intrigado esa noche.

–Pasó –dijo Croce– que Ledesma, un viejo autoritario con mucho poder en el partido, que había sido senador por la provincia, le pidió que se ocupara de los caballitos enanos. De ninguna manera, patrón, le dijo lento el chico, no me voy a desgraciar amansando a esos caballos de calesita. Discutieron un rato. No me disimule, patrón, no voy a montar esos caballos enanos, mejor se ocupa de ellos usted, le había dicho, y el viejo Ledesma le cruzó la cara de un lonjazo, y el joven fue a entreverarse con los perros que le hacían fiesta y lo trataban como a uno de los suyos. Ledesma le ordenó al capataz, un tal Soto, que le dijera al Lento que afilara el campo de pastoreo. Hizo eso el chico al rayo del sol de la siesta de verano y cuando Soto fue a decirle que por orden del patrón tenía que seguir con el campo vecino, el Lento se secó con un pañuelo rojo el

sudor de la frente y le dijo: Vos sos un enviado de Satanás, y ahí nomás lo degolló. Cuando yo llegué seguía ahí junto al muerto, ladrando con voz queda como un perro, o mejor –dijo Croce–, como un cachorrito guacho.

»¿Qué vamos a hacer, Benito? –le dijo Croce–. Encarcéleme, comisario, con el castigo voy a salvar mi alma. ¿O no estaban los ladrones y asesinos junto a Jesús, el Cristo, en la cruz? Pensó un rato y luego, como si extrajera una piedra de su cerebro, agregó: El que habló con el crucificado se llamaba Barrabás.

»Seguimos ahí bajo el sol que declinaba. Mi hermanita murió a los cinco años y yo ya no tuve consuelo. Por eso mato, señor. Le confesaré, ya que estamos, que en Chivilcoy también maté a un viejo porque me desdibujó con un apelativo injurioso que no pienso repetir. El viejo se llamaba Iñíguez pero le decían el Lobo. Lo maté en un descampado, y también maté a un hombre que no sé cómo se llama en Santa Rosa, provincia de La Pampa, porque me empujó al salir de un boliche. Eso hice, comisario, por cuidar mi dignidad. Era un pobre muchacho de buen corazón, pero también era un asesino desalmado y un matrero. Actuaba como un perro cimarrón. La gente no es de una sola calaña, nadie es solo un asesino, nadie –repitióes de una sola manera, pero el Lento fue el más extraño de todos los criminales que traté. La muerte de su hermana lo desquició. No era malo, era un idiota, y se comportaba como un animal que no piensa y mata por instinto. El muerto se asusta del degollado fue lo que dijo y repitió esa tarde, como si rezara la frase dicha una y otra vez, pobre Cristo, hasta que llegaron el patrullero y la ambulancia. Él se fue manso y al degollado, lo cargaron en el coche blanco.

»Sí, el muerto se asusta del degollado. ¿De dónde viene ese dicho? –se preguntó Croce–. En el siglo XIX se les aplicaba a

los rivales la refalosa y quizá en el averno un muerto recién llegado se encontró con un fantasma sin cabeza y se asustó. Cómo no, me lo puedo imaginar. Es lo mismo ahora.

–Ahora es peor –le dije.

IV

En esos días en el delta del Paraná, fuimos tejiendo las historias de Croce, pero también se entreveraron, como no podía ser de otro modo, los sucedidos y aventuras de los tiempos que vivíamos. ¿Cómo sobrevivir en medio del caos?

–En la desesperación se empezaron a hacer cosas en forma indiscriminada –dijo Croce–, y estar perdido en la noche, dormir al sereno, sentirse en el aire lo hace pensar a uno y buscarle un sentido a todo. ¿Qué pensaba yo en ese momento? Ser un policía y ser un delincuente son las dos caras de la misma moneda. Usted ve gente vencida y contrariada y piensa: ¿dónde estoy? Uno ve todos esos asuntos sin razón y se desanima. Son situaciones insostenibles y yo ya no tengo edad para andar en la lucha. Estoy cansado pero se ven calamidades que no tienen parangón con nada que uno haya vivido. Hay que escapar y esperar a que aclare –me dijo–. Yo anduve perseguido. –Hablaba sosegado Croce, y agregó–: No me quise ir de la provincia de Buenos Aires que era mi territorio. Con los compañeros nos movíamos de noche por el campo como fantasmas. A veces de a caballo y a veces de a pie, y cortábamos los alambrados y dormíamos de día. Anduve a salto de mata y me hice llamar Leiva, y me movía con papeles falsos e hice de todo para resistir.

»Pero se fue poniendo peor día tras día, matan a la gente decente, estos canallas ni los fusilan, los hacen desaparecer,

pobres cristianos que caen en manos de estos bárbaros uniformados.

Se detuvo un momento a encender uno de sus apestosos toscanitos y luego dijo:

–Cuando uno está metido en crímenes y delitos y anda buscando a fugitivos, se le endurece el corazón y se le nubla la vista. Pero si pasa del otro lado y se vuelve un perseguido, comprende mejor la vida. Todo es turbio y malvado en la existencia. La línea del mal y el bien es frágil y se va de un lugar a otro en un suspiro. Yo me voy a ir del país –dijo esa noche–. Pienso cruzar el río con una lancha. Doña Jacinta, una compañera –dijo Croce–, conoce a un lanchero que me va a cruzar en cuanto pueda. Hay que esperar una noche sin luna y en lo oscuro me he de ir. ¿Cuántos y cuántos paisanos no han cruzado el charco y se han refugiado en la Banda Oriental? Como decía Fierro, «es triste dejar el pago y vivir en tierra ajena» –recitó grave Croce–, pero me la tienen jurada el fiscal Cueto y otros sicarios. Por no darles gusto, voy a escapar.

Nos fuimos a dormir esa noche con las historias de Croce zumbando en la cabeza. Me acuerdo que soñé que estaba en La Plata y había ido a visitar a alguien que estaba en el manicomio de Melchor Romero, y el interno me decía: «Estamos fritos, Emilio, estos son todos guanacos.» Me desperté y me fui a sentar a la orilla del río para despejarme y esperar a que amaneciera. Unas horas después, tomaba la lancha colectiva y me alejaba por el río. Croce estaba en el muelle con una mano alzada y siguió ahí, alto y sereno, hasta que lo perdí de vista. Nunca más lo vi, se perdió en el Uruguay. Quizá murió o quizá sobrevivió a su manera, viviendo con poco, solo e invicto, metido en sus pensamientos.

11. LA RESOLUCIÓN

Vamos a analizar un caso y tratar de sintetizar el modo de trabajar de Croce. Quiero destacar dos aspectos en el sistema de investigación del comisario. Primero, su extraordinaria capacidad de observación. Actúa como un rastreador, uno de los saberes básicos en el campo argentino es la capacidad de seguir rastros y de leer signos y pistas. Por ejemplo, con solo morder una brizna de pasto, por el sabor del yuyo, Croce es capaz de identificar con exactitud en qué estancia y en qué zona de la pampa está. Sabe leer detalles mínimos y sus observaciones son de tal exactitud que asombran.

Su segunda virtud es la deducción arriesgada, su talento para lo que los lógicos llaman las inferencias hipotéticas, una disposición casi adivinatoria para sacar conclusiones conjeturales y seguir esas conclusiones inciertas hasta el final, o lo que Croce llama sus corazonadas o pálpitos.

Otra gran cualidad de Croce, como se verá aquí, es su posibilidad de pensar con las categorías de su rival, pensar con la cabeza del asesino, y seguir conceptualmente sus pasos (mentales). Esa intuición para razonar como si fuera otro es una clave en este problema. Veamos este caso ejemplar de Croce. Un banquero fue asesinado en su casa de campo.

1

Una tarde, Croce recibió una carta de la Jefatura en la que le pedían ayuda para resolver el asesinato de Torres, cuyo cadáver había sido encontrado en su casa que daba a la laguna.

2

Además de tener amplios conocimientos sobre la zona (completos y detallados), Croce verifica que la noche anterior

ha llovido después de un mes de sequía. Un poco antes de llegar a la dirección dada, baja de su auto y hace un trecho a pie. Observa así las roderas de un carruaje en el barro, delante de la casa donde se ha cometido el crimen. La distancia entre las ruedas indica que se trata de un sulky de trote usado en las carreras. Croce me informa que el sulky se destaca por su sencilla construcción y escaso peso, y eso se ve en las marcas dejadas por las ruedas. Croce, que las ha hecho fotografiar, me muestra un ligero desvío, nítido cuando miramos la foto con una lupa.

De estos datos, saca la conclusión de que el carruaje llegó probablemente durante la noche y fue abandonado sin que nadie lo vigilara. En ese punto, es probable que una vaga hipótesis haya comenzado a tomar forma en su mente: que el conductor del carruaje está de alguna manera implicado en el asunto. Croce busca otras huellas, observa meticulosamente las pisadas en el sendero que conduce a la casa y distingue, entre otras, medio tapadas y por lo tanto más antiguas, las de dos sujetos, uno con botas con puntera cuadrada y otro con taco fino. Croce deduce que las botas con puntera cuadrada pertenecen a un hombre joven, puesto que atraviesan de una zancada un charco de un metro veinte de ancho, mientras que las otras han dado un rodeo. De esto concluye que dos personas entraron en la casa antes de que lo hiciera nadie más (quizá, por lo tanto, durante la noche). Uno es alto y joven y el otro, por la liviandad de las huellas y por el tipo de calzado, puede ser una mujer.

¿Cuánto pesa?, se pregunta. Unos sesenta kilos, concluye.

3

Croce se encuentra con el casero y le pregunta si alguien ha llegado en auto esa mañana. Don Ruiz, que así se llama, dice

que no. Esto confirma la hipótesis de que los dos sujetos llegaron por la noche en un sulky.

4

Entra en la casa y ve la escena del crimen con el cadáver. De inmediato, encuentra una nueva confirmación: el hombre de las botas con las puntas cuadradas es la víctima. De aquí a imaginar que el asesino es la mujer hay un corto paso, puesto que la víctima debe ser uno de los dos.

En la cara del muerto el asesino dejó una revista mexicana de cómics abierta en la historieta El Zorro y Croce ve en la pared escrita con sangre la letra Z. Me las tengo que ver con un bromista, se dice. Varias veces se ha enfrentado con asesinos cuya perversa pulsión criminal los convierte en chistosos muñecos barrocos que dejan rastros de su demoníaco humor. ¿Está ante un caso como esos o se trata de una pista falsa para desviar la atención? ¿Y si las botas de mujer las calzara un hombre? ¿Un alfeñique de cuerpo enjuto y pies pequeños? ¿Un satírico y malévolo agente o cómico del mal? No es la primera vez que se enfrenta con uno de esos títeres malvados de motivación alegre, un payaso envenenado que se disfraza y urde escenas absurdas para divertirse a costa de las así llamadas fuerzas del orden. ¿Un criminal que apueste al delirio y al desorden? Alguien como yo, piensa Croce, mi doble, mi otro yo que mata por sus razones pero que desafía la ley mofándose de la lógica. Toda esta cadena de asociaciones no le han llevado a Croce más de un minuto, así que mientras infiere estas hipótesis (un retrato psicológico del posible asesino, digamos), no deja de registrar el cuarto.

Croce observa después diversos detalles que le sugieren algunas deducciones:

a) El muerto tiene el rostro alterado, con una expresión de odio y de terror.

b) De sus labios se desprende un olor ligeramente amargo. El cadáver tiene un profundo tajo en la garganta, como si primero lo hubieran obligado a ingerir veneno y después le hubieran cortado el cuello.

c) Como ya vimos, en la pared aparece garabateada con sangre la letra Z. Croce llega de inmediato a la conclusión de que se trata del signo que se asimila al vengador enmascarado de la leyenda y deduce que el motivo del crimen es una venganza, o quieren que él piense eso para desviar las investigaciones, porque nadie en su sano juicio se hubiera tomado el macabro trabajo de usar la sangre del muerto para escribir una letra. No ha usado el dedo. Luego de una rápida requisa encuentra un pincel de los que se usan para dibujar con tinta china caracteres pictográficos del alfabeto chino. Tinta china y caracteres chinos. Ahí hay algo, se dice.

d) Encuentra un anillo encima de la víctima. Esto lo lleva a imaginar que tal vez el objeto haya servido para recordarle a la víctima una mujer muerta o lejana. (Croce, además, sabe enseguida, sin decirme por qué, que el anillo ha sido olvidado por el asesino y no dejado deliberadamente.)

e) En el suelo hay huellas de sangre, pero no hay rastros de lucha. De esto Croce concluye que la sangre pertenece al asesino, dado que sabe que los individuos femeninos son a menudo propensos a sangrar bajo el influjo de una emoción fuerte. Pero todo eso se pudo haber fingido para hacer creer que se trata de una mujer en uno de sus días difíciles. Formula la hipótesis de que el asesino es un hombre vestido de mujer que se ha hecho una herida y que su sangre es una pista falsa.

Quiere que yo crea que es una mujer, piensa Croce. Encuentra un bolso de lona que huele a perfume femenino. ¿Habrá traído ahí su ropa de mujer y después de matarlo se disfrazó? Quizá, piensa Croce, todo es confuso y embrollado.

6

Llegado a este punto, Croce pasa a examinar atentamente toda la estancia, ayudado de una lupa y una cinta métrica.

a) Observa las huellas de los tacos y mide los pasos y el número de estos. De ello infiere (mediante cálculos que él conoce) la talla de la fingida mujer, y establece que ha recorrido la estancia varias veces de un extremo al otro en una gran agitación, dado que la longitud de sus pasos ha ido aumentando.

b) Observa un montoncito de ceniza en el suelo y, por ciertas características, establece que se trata de ceniza de un cigarro Lucky Strike.

7

Croce va a visitar al policía que ha descubierto el cadáver durante su ronda nocturna y lo interroga. Esto nos da una prueba de que Croce piensa en el cochero como responsable del crimen: le pregunta si al salir de la casa donde encontró a la víctima se cruzó con alguien en el camino y, al enterarse de que ha visto a una mujer, le pregunta si por casualidad llevaba un látigo y si vio un coche. El policía responde negativamente a ambas preguntas y describe a la mujer como alterada y embozada. La apariencia de la mujer hizo que el vigilante la dejara ir sin problemas. Esto confirma adicionalmente la hipótesis de Croce: el asesino es un hombre vestido de mujer.

–¿No sería un varón? ¿No vio algo raro en la chica que iba sola en ese descampado?

–Negativo –contesta el agente.

8

En este punto, una vez abandonada la escena del crimen, Croce envía un telegrama. Nunca revela por qué envía el telegrama, pero luego me dice que pidió a La Plata, la ciudad natal de Torres, información sobre su matrimonio, con el fin de poner a prueba la hipótesis sugerida por el anillo, es decir, que hay implicada una historia sentimental. Estaría complicada la supuesta mujer en el crimen. La Jefatura está segura de que sí, pero Croce no comparte la teoría.

–El criminal –me dice– quiere que pensemos que es una dama, pero yo no acepto esa conjetura.

–¿Y en qué se basa? –le pregunto.

–Bueno –me dice–, cincuenta por ciento de intuición y cincuenta por ciento de lógica. Es demasiado evidente que quiere que pensemos eso.

9

Croce pone un anuncio en el periódico a nombre mío en el que informa que ha encontrado un anillo de oro en las cercanías de la laguna. Intenta, mediante esta estratagema, atraer al asesino, incapaz de imaginarse que un ciudadano corriente haya podido relacionar el anillo con el asesinato, anillo que por lo tanto debió perder en la calle. En resumen, la estratagema fracasa, porque quien acude por el anuncio no es el individuo enjuto, sino una anciana, que recoge el anillo y consigue zafarse de Croce.

10

Con el argumento de que el domicilio de Torres es el de la capital y que su quinta en el pueblo es una casa de fin de

semana, la Policía Federal interviene en el caso y margina a Croce, que sin embargo sigue investigando por su cuenta. Se lanza sin vacilar sobre otra pista: ha llegado a la conclusión de que un jockey es el asesino. Supone, además, que el jockey no ha dejado su actividad para no levantar sospechas a los pocos días del crimen.

11

En este punto, tiene lugar un golpe teatral: se descubre una nueva víctima, apuñalada en el corazón. Se trata del secretario de Torres, a quien no había sido posible localizar. Este asesinato también ha sido firmado Z. En el contexto de la historia, el nuevo crimen parece desmentir todas las hipótesis. En la casa del secretario Núñez, los federales se encontraron con una carta escrita a máquina y firmada «Eduarda», en la que se insinuaba que Torres y Núñez mantenían con la mujer un trío sexual con cama redonda incluida, dijo el inspector federal, y que la mujer los había matado por despecho y para liberarse de la enfermiza relación.

Croce no cree en esa versión. Demasiado fácil, me dice con sorna. En realidad, si se examina bien, el hecho confirma los pálpitos de Croce.

a) Un vecino ha visto escapar al asesino y confirma que se trata de un hombre enjuto y de complexión delgada.

b) Una llamada de Rosa, la bibliotecaria, le confirma a Croce que Torres era un jugador compulsivo, que participaba en las carreras de trote y que era dueño de un caballo ganador.

c) Una cajita que contiene dos píldoras confirma el uso (esta vez, el intento de uso) de veneno.

12

Después del segundo asesinato, la Policía Federal está convencida de que la asesina es una mujer de nombre Eduarda, pero esa noche el peoncito que cuidaba a los caballos apareció muerto con otra cuchillada certera y con el aroma de veneno en su boca. En la pared del cuarto de pensión está dibujada la previsible Z y en la oreja izquierda del chico le han colocado un arete de mujer. Es el bromista una vez más, decide Croce. ¿Qué tienen en común estas tres muertes? Hay dos planos acá, los motivos del crimen son recubiertos por la mascarada y la parodia. Un bribón que usa el humor para distraer y disfrazar sus intenciones.

13

Entonces Croce decide ir al hipódromo, que está a medio camino entre el pueblo y Tandil. Una pista oval de 1.600 metros, o sea de una milla inglesa, donde se corren carreras de sulkys y mucha gente apuesta fuerte. Croce se interioriza en la forma de la competencia. Las carreras de sulkys se corren generalmente por heats, y se proclama ganador el que consigue los dos mejores de tres heats o los tres mejores de cinco. Se conceden descansos suficientes para que los caballos tengan tiempo de refrescarse después de cada heat.

14

En el descanso Croce baja a la pista y, por las huellas que ha hecho fotografiar, deduce que el sulky que busca tiene flojo el fleje. Tiene flojo el fleje, recita Croce en voz baja. ¿Por qué flojo el fleje? Para darle más control al conductor a costa de un trote más duro, porque el carro no tiene ya suspensión. ¿Entonces? No es posible buscar señales en la pista, es un embrollo de marcas cruzadas, pero puede ver los sulkys que paran veinte minutos entre cada heat. Tiempo suficiente, se

dice. Se agacha a mirar y comprueba que dos carros tienen flojo el fleje, el 56 y el 44. Un tal Cristaldi y un tal Sibelius. Va a la zona de descanso y ve un enjambre de hombres flaquísimos y de corta estatura que descansan tirados en colchonetas sobre el piso de un galpón que da sobre la pista. No puede identificar al que busca y vuelve a las gradas.

15

Cuando se reanuda la carrera, decide que el suyo es el 44. El jockey viene revoleando la fusta y mira a los otros conductores con una actitud de soberbia teatral. No puede con su genio histriónico. Además, en vez del gorro con visera va con una ridícula gorra de vasco blanca. Le gusta hacerse notar al muy bandido, piensa Croce.

16

Antes de que termine la carrera va a las oficinas del hipódromo. Ahí comprueba que el fulano que busca es Sibelius. Un gran jockey, pero un fanfarrón y un pendenciero. Enseguida sabe que el tal Sibelius había apostado contra sí mismo y había ido a la retranca para perder. Se lo contó el gerente, un hombre bajo y gordo encargado de pagar las apuestas.

No le cuesta demasiado trabajo comprobar con los empleados del hipódromo que Sibelius había ido a menos en una carrera muy importante. Se decía que Torres había perdido mucha plata, mientras que el jockey había ganado una fortuna apostando contra sí mismo. No es seguro, pero Croce compra, como se dice, esa versión y ve ahí, en esa deuda y en esa tramoya, la motivación del crimen. Uno que apuesta contra sí mismo y pierde deliberadamente una carrera calza bien en el perfil psicológico del siniestro bromista.

–Está bajo observación y es probable que lo descalifiquen, y que esta sea su última participación en nuestras pruebas hípicas –le dice el gordinflón–, porque es una oveja negra. Aunque clasificado como profesional, lo nuestro tiene un espíritu amateur. Muy frecuentemente los conductores son los mismos dueños, inteligentes jinetes, que se hacen viejos en su profesión.

–Entonces, ¿Sibelius es el dueño del caballo?

–No –le contesta el hombre obeso–. El caballo y el sulky eran, o son –se rectifica–, del finado Torres.

Ya lo tengo, piensa Croce, está claro como el agua.

17

Le gustaba hacerse notar y eso lo perdió. Cuando volví al galpón lo vi chacoteando y haciéndose el payaso. Lo encaré y se le cayó la careta, no imaginó que yo estuviera tan cerca. Es típico de estos maníacos que si uno les descubre la mascarada caen como chorlitos. No bien me di a conocer se aflojó como el fleje.

–Sos un maestro –le dije a Sibelius, y mordió el anzuelo–. ¿Cómo hiciste para convencer a Torres de que fuera con vos esa noche a la quinta?

–Muy fácil –alardeó–. Le capté la psicología. Era un avaro y un jugador compulsivo, así que yo le venía como anillo al dedo. Vamos ahora, le dije. Tenemos que arreglar cuentas. Estaba bajo mi influjo, me pasa a menudo. Tengo como un poder magnético. –Estaba loco, chiflado y convencido de que era un ser superior–. Yo lo tuteaba y él me trataba de usted. Está listo, cocinado, pensé.

–¿Y cómo hiciste para que subiera al sulky? –le pregunté.

–Le dije que estaba lloviendo y el auto se iba a empantanar.

–¿Y por qué mataste a Núñez?

–Porque él podía cobrarme la deuda de juego. Pedir la plata que yo le debía a Torres.

–Sí, entiendo, ¿y vos escribiste la carta?

–Afirmativo –dijo Sibelius.

–¿Y al chico por qué lo mataste?

–Para confundir a los pesquisas.

–Una última cuestión, ¿y las pastillas de veneno por qué las pusiste?

–Por joder.

18

En resumen, Croce detuvo al jockey y lo llevó al calabozo: se trataba del asesino. Todos los policías de la capital quedaron asombrados. Siguiendo su misterioso hilo rojo, el comisario había llegado a la prueba final, que confirmaba todas sus hipótesis. El jockey confesó en el acto.

–Es raro que hayan ido juntos en el sulky a la casa esa noche –le dije.

–Eso no tiene explicación lógica –me dijo Croce–. La lógica no tiene cabida en la cabeza de Sibelius. Le dijo que estaba lloviendo y lo convenció. Es irracional, es absurdo. En todos los casos hay un punto oscuro, sin motivación, azaroso. Los crímenes tienen una lógica perversa.

–¿Y la tinta china y los chinos? –le pregunté.

–Me extraña –me dijo el comisario–. El caballo se llama Shanghái y el caso está cerrado –concluyó.

19

–El treinta y tres por ciento de los crímenes –dijo Croceson pasionales y se dan en el medio familiar. El otro treinta y tres por ciento son crímenes obligados, es decir, tienen motivaciones fuertes. El treinta y tres por ciento restante son

crímenes cometidos por tipos delirantes que se inventan una motivación pero en realidad matan porque les gusta y se inventan después los motivos. Y esos son los más interesantes y son los que nosotros, o mejor, yo trato de resolver. Están llenos de detalles que no tienen función. Por ejemplo, dejar el sulky en las caballerizas de la quinta y volver a buscarlo a la madrugada. ¿Cómo se fue? Llamó a un taxi desde la estación de ferrocarril. Son maniobras sin sentido, como dice un amigo, primero está la voluntad de matar y luego buscan a la víctima y encuentran la razón.

–¿Y el uno por ciento que queda suelto?

–Esos los resolvemos de chiripa. Son invisibles. En sus relatos, si los escribe, póngales los crímenes invisibles –concluyó–. ¿Vamos a tomar una cervecita?

–Cómo no –le dije, y salimos a la calle y enfilamos para el almacén de los Madariaga.

12. EL MÉTODO

En los años en los que frecuenté al comisario Croce, había tomado notas e incluso lo había grabado, de modo que un tiempo después tenía una larga lista de frases, acontecimientos y curiosidades del genial investigador. Anoto aquí algunos de ellos.

El destino verdadero de un kantiano es la escuela de policía.

El doctor Amuchástegui se empezó a recluir. Nadie supo lo que estaba pasando. Decía tener una deformidad en la cara. Croce fue a verlo una tarde, el médico se tapaba el rostro con un trapo, lo sostenía con las dos manos alzadas como si fueran una cortina. Yo haría lo mismo, dijo Croce.

Una mosca zumbaba en el aire, Rosa le había puesto de nombre Margarita. Viene siempre a esta hora, dijo. Ella dice que es una sola y siempre la misma. Croce no lo acepta y dice que es demasiado platónica. Sería la mosca esencial.

–Claro –dice–, la cristalización de la especie.

–Hay muchas moscas.

–No –dice ella–, es única.

Al final apareció muerta en un vaso de agua y no hubo más moscas ese verano.

La mente de Croce opera mediante asociaciones. Su método es más refinado, un mecanismo aparentemente más suprasensible que los procesos habituales del cálculo racional. Participa de lo irracional, y por consiguiente es la clase más alta del raciocinio, puesto que Croce no es esclavo de sus propias premisas. Puede recurrir y entregarse a las cadenas asociativas del pensamiento intuitivo, esa red milagrosa de

símiles que el resto de nosotros hemos recubierto con el macilento vendaje enyesado del pensamiento consciente y racional. Por eso Croce es mucho más sofisticado en la resolución de cuestiones intrincadas, precisamente porque está mucho más próximo a los orígenes del ser de las cosas. Su mente, al operar mediante analogías metafóricas, combina intuición poética con exactitud matemática.

Resumen

1) Saber antes de actuar.

2) La índole del objeto en examen debe dictar la índole de las pesquisas.

3) Hay que demostrar que las aparentes imposibilidades cruciales son posibles.

El arte del desciframiento es tan complicado, tan irregular, que apenas puede seguírsele llamando desciframiento. Yo propongo llamarlo el arte de la adivinación.

Croce dijo: Busco el pensar austero. Nadie es dueño de sus pensamientos. No existe algo como las ideas propias, pensar es apropiado o no es apropiado. El pensar no tiene nada que ver con la propiedad privada, concluyó.

En la cuestión de la justicia, Croce usaba una pregunta sencilla. De no existir la ley, ¿vivirías del mismo modo? Si la respuesta era sí, el comisario consideraba que el sujeto era peligroso, y si la respuesta era no, consideraba que el hombre o la mujer era una persona honesta.

Las apariencias no engañan, son la base de mi trabajo, dijo Croce. Manchas de rouge en un pañuelo, cenizas en la chimenea, la huella de un zapato en el barro son lo único que

tenemos. La verdad se manifiesta por sí sola. No hay nada oculto, no tiene ya sentido que esperemos encontrar rastros escondidos bajo la alfombra. Yo busco lo igual. El parecido en la superficie. El modo en que aparece y se manifiesta en lo similar y en lo que se repite, lo cierto.

El crimen es una cuestión de diagnóstico. ¿Qué es un diagnóstico? He ahí la cuestión.

Es necesario cambiar la escala, detenerse en el detalle irrelevante. Me interesa lo que solo se ve con lupa. Un hombre usa ligas en las medias, partir de ahí. Es arcaico, es tradicional. ¿Dónde pueden comprarse ligas en el pueblo? Y también los múltiples sentidos del verbo ligar. Es preciso aislar el objetivo, practicar la microscopía, o mejor, la microhistoria. No generalizar, no ver el conjunto, sino al final. Los intereses generales de los proxenetas, los artistas del ligue en la provincia de Buenos Aires. Una cadena de prostíbulos se deduce a partir del cadáver, un hombre que salió y usa ligas en sus medias. Vamos de lo particular a lo universal.

La pequeña invención irrisoria. ¿En qué momento se inventó el saludo militar, hacer la venia a los militares? Se levantan temprano y se saludan unos a otros poniendo la mano derecha rígida a la altura de la sien. ¿Cómo surgió ese ritual? Quizá, dijo Croce, las primeras formaciones militares patrullaban las zonas pantanosas y el gesto de espantar a los mosquitos se convirtió en un saludo marcial.

La condición de todo comportamiento criminal es la inacción. Moverse poco, la lógica del menor esfuerzo es la base de la actitud delictiva. Matar es la salida más económica ante

la proliferación incesante de la vida cotidiana. El asesino tiende a la inacción. Matar es la forma más natural de estar quieto. Por ejemplo, el dentista que mató a su mujer, a su suegra y a su hija para no tener que mudarse. Las mujeres le hacían la vida imposible, según dijo, pero cambiar de casa era inconcebible. Andar por la ciudad buscando un departamento o una casa le resultaba excesivo. Así que para no moverse las mató a las tres.

Croce utiliza una buena dosis de proyección, toma en cuenta las asociaciones que él habría realizado en una situación semejante, atribuyéndolas al asesino. Lo que él llama pensar descentrado, o mejor dicho, pensar con la cabeza del otro.

En un internado religioso en Del Valle, un pueblo cercano a Bolívar, se había cometido un crimen. Croce llegó en su auto a media mañana. Lo recibió el padre Atilio, responsable del seminario jesuita. Era un cura gordo de cara redonda y parecía muy afligido. Lo llevó al superior de la orden, el padre Anselmo, un hombre altísimo y muy flaco. Son antitéticos, pensó Croce, uno es obeso y el otro desnutrido, uno convulsivo y el otro flemático. Cuando encaraba un caso todo le parecía sintomático y hacía hipótesis continuamente. El gordo, por ejemplo, le pareció más peligroso que el flaco.

Croce fue conducido al lugar donde había sucedido el hecho, el desgraciado suceso, como le dijo compungido el padre Anselmo. El convento pertenecía a la Compañía de Jesús, una organización casi militar que suscitaba en Croce una mezcla de admiración y rencor. Sabía bien la influencia que los jesuitas tenían en la región.

El crimen se había cometido en el dormitorio común, el cadáver del seminarista Urban permanecía en la cama. Dos

cuchilladas certeras en el pecho, o mejor dicho, en el corazón, habían terminado instantáneamente con su vida. Lo que primero lo impresionó fue que las heridas parecían hechas con un bisturí, sigilosas y precisas, casi no habían sangrado.

El muerto estaba rígido y helado, por lo que Croce dedujo que el hecho luctuoso había sucedido entre las dos y las dos y cuarto de la madrugada. Razonó un poco al boleo pero tuvo la certeza de que todos estaban dormidos. Croce interrogó a los seminaristas, nadie había oído nada, pero los que ocupaban las camas vecinas, dos a la izquierda y dos a la derecha, habían tenido sueños concéntricos y simétricos, era extraño.

Croce los nombró A, B, C y D. Los que flanqueaban la cama del finado eran A y B y los más alejados eran C y D. Prefería esas abstracciones alfabéticas para que no lo perturbaran los nombres y la impresión psicológica. Croce aisló a los cuatro pálidos jóvenes y les pidió que le contaran lo que habían soñado. Los interrogó en la sacristía.

Los cuatro habían soñado con un cuervo, los cuatro se habían encontrado en sueños con el mismo motivo. Por otro lado, esos pajarracos de mal agüero eran infrecuentes en la región. Un cuervo picoteaba un trozo de carne, le había dicho B. Había una luz que inundaba al pájaro, dijo el seminarista C. Esa luz venía del pico del cuervo. Un brillo blanco se reflejaba en el metal, dijo D. Anotó los sueños en un papel y de inmediato vislumbró dos cosas. Cuervo se les dice a los curas por su sotana negra y la luz era la de una vela o una linterna. Un sacerdote con una luz en la mano y un cuchillo en la otra había entrado en el dormitorio. Los durmientes lo habían sentido en la oscuridad y esa amenaza se había transformado en el pájaro negro y el haz de luz.

El seminarista A se sintió ofuscado porque al contarle su sueño no pudo recordar una palabra. La tengo en la punta de la

lengua, le dijo, y pasó a describir el objeto olvidado: En un velador es lo que cubre la bombita, a veces están hechas de piel, y una vez mi padre me dijo que en Alemania las hacían con piel humana. No pudo recordar la palabra y yo me abstuve de decirla, de modo que se fue confuso e incómodo, dijo Croce.

Había diez curas en ese convento, les pidió educado que por favor no se alejaran del lugar y le dieran sus apellidos porque todos eran sospechosos del crimen. Hizo una lista con sus apellidos. Hacía esto para ponerlos nerviosos.

Hubo un alboroto, los curas son como niños, y empezaron a gorjear y a danzar a mi alrededor negando con la cabeza y protestando, y me señalaron al jardinero, que, según ellos, era el principal candidato al crimen.

–¿Motivo? –pregunté.

–El dinero –me contestaron a coro.

Cuando me dirigía a la casita del jardinero, una figura se asomó en lo alto de una ventana del seminario. Era A. El joven había recordado la palabra y me la decía con señas, y con un movimiento de los labios musitó la palabra pantalla, pero lo hizo con una pausa entre las sílabas de modo que lo que dijo sonaba así: pan-talla. Luego me pareció o imaginé que en la pausa me había hecho una O con los labios. Pensé de inmediato en la talla, es decir, el tamaño de alguien, y en pan, que asocié con el nombre de uno de los sacerdotes que se llamaba Anselmo Pano, el jefe de la congregación, el hombre de talla alta. Ya está, pan más la o es Pano. No fui yo quien resolvió el caso, sino ese chico, el seminarista al que he llamado A.

Después supe por algunos empleados civiles (el jardinero, el lechero y el sereno) que Pano mantenía una relación rara con el joven Urban, quien se había decidido a abandonar la orden y retirarse a la vida privada. El alto y flaco sacerdote no había soportado la pérdida y lo mató. Siempre son extraños los

motivos de un asesinato y más aún si se trata de jesuitas. Los designios del Altísimo son inescrutables, me había dicho el cura.

Cuando lo interrogué me dijo que no recordaba nada de esa noche. Se había retirado a dormir a las diez y a las seis de la mañana, cuando iba a rezar a la capilla, lo distrajo el alboroto. Eso, padre, le dijo Croce, cuénteselo a su abogado.

«Un caso de sonambulismo», tituló el diario del pueblo. El padre Anselmo confesó que lo había matado dormido. Resolví el misterio interpretando el sueño de los testigos, y el asesino también se refugió en un sueño. Un típico ejemplo de onirismo católico, concluyó Croce.

–¿Y yo? ¿Con qué sueño? –se dijo–. Nunca con cuervos; con calandrias, gorriones y torcacitas sueño yo.

El vigilante, el que vigila, ¿qué?, o mejor, ¿a quién?

En la investigación criminalística hay que distinguir entre el ver y el decir, afirmó Croce. Son modos distintos de acceder a la verdad, dos formas de conocimiento. Por ejemplo, en la noche veo una luz que titila en el campo, recurro al largavista, instrumento óptico, y verifico que a lo lejos un auto con las luces prendidas se acerca y que el conductor parece dormir abrazado al volante. ¿Está borracho? Me acerco, abro la puerta del coche y verifico (es decir, ver-ifico) que el hombre (porque es un hombre) está muerto con una herida de arma blanca en el pecho. No hay rastros del cuchillo. Recurro a la lupa (otro instrumento óptico) y busco ver si hay huellas dactilares. Luego tengo que decir lo que he visto. Es decir, le dicto al escribiente Medina lo que creo haber visto, las evidencias (anoten esa palabra cuya etimología remite al ver). Medina teclea en su máquina de escribir (instrumento verbal) y en un lenguaje codificado que hemos encontrado a «un masculino, muerto en

un automóvil», y así los dos registros de la verdad actúan, disímiles, en nuestra profesión, dijo sonriendo Croce. Ojo, al principio las pistas se rastrean como un baqueano y luego se escribe, o sea, pasamos al lenguaje nuestras observaciones y el pasaje supone criterios y condiciones de verdad que son distintos y, diré más, antagónicos. ¿Se entiende lo que quiero decir?

Más o menos, le dije.

En la senda de la investigación criminal, gana el que puede correr más despacio y el que alcanza último la meta. Hay que llegar tarde, concluyó Croce.

Croce estaba en peligro, por eso pidió licencia, se tomó varias semanas y al final la Irlandesa pudo ir a pasar un tiempo con él en el hotel de la ruta. Su cuerpo alto y esbelto, su melena rojiza y el color rojo del vello del pubis, con su suave rugosidad como de terciopelo entre sus muslos. Croce poco a poco logró, gracias a ella, borrar las atroces imágenes que no podía olvidar. Si efectivamente los papeles eran verdaderos, ¿cómo habían permanecido desconocidos durante tanto tiempo? Esos documentos desclasificados los comprometían. Las preguntas no tenían sentido ahora, pero una tarde, sentada en una reposera en el balcón frente a los jardines, la Irlandesa encontró en un ejemplar del diario El Mundo de dos días atrás la imperceptible noticia de que el oficial Juan Lezama se había suicidado de un tiro con su arma reglamentaria en su departamento de Villa Ballester.

–Viste esto –dijo.

Croce se sorprendió, cómo había encontrado esa noticia.

–Me interesan los policías, querido, por razones obvias. ¿Este Lezama no trabajaba con vos?

–No –mintió Croce–. No lo conozco.

Ella lo miró.

–Raro que se haya matado –dijo.

–No es raro –dijo él–, es bastante común, este es un trabajo insalubre. Hay muchas trampas en el negocio del crimen.

–Si lo sabré yo –musitó ella tan bajo que quizá él no alcanzó a escucharla.

Lo más probable, estaba pensando Croce, era que Lezama no hubiera podido escapar a Montevideo. Los servicios de inteligencia andaban detrás de esa pista. Teléfonos intervenidos, seguimientos. El último que queda vivo soy yo, pensó. Iba a tener que huir.

–No pienso –dijo en voz alta, ella lo miró– matarme, querida, espero zafar y que vos para entonces vivas conmigo.

Efectivamente, volvió a su rutina oscura, pero a veces a la madrugada lo despertaban los faros que cruzaban la ruta lejana. Prendía un cigarro y se quedaba despierto mirando el campo, muchas veces con su arma en la mano.

Pero no hubo necesidad, porque un par de meses después se produjo el golpe militar, Perón se exilió y Croce tuvo que esconderse, aunque eran otros ahora los que parecían interesados en matarlo.

Conozco demasiados secretos y trapisondas, se dijo Croce. Estaba solo en una casa clandestina cerca del mar. Salió al patio y miró las estrellas. Extrañaba sobre todo a su perro. El Cuzco estaba suelto y comía lo que encontraba. A veces le parecía oír los ladridos lastimeros del animal.

–A mí no me van a agarrar vivo –dijo en voz alta.

Por lo visto, uno de sus informantes había llamado diciendo que tenía un dato pesadísimo. Era un chacarero de Azul, metido en transas raras, que pasaba información a cambio de

no caer preso. Antes de hablar con él, Croce anduvo por andurriales y tugurios para que se supiera que buscaba información sobre la trata de blancas. De ese modo cubría a su informante, que era un hombre con poder político en la provincia. Se decía que él estaba metido en el tráfico de mujeres. Esa era la información, los materiales sucios garantizaban sus deducciones. Su hombre no era un chantajista pero podía vender la información a quien estuviera dispuesto a usarla políticamente. Empezó a recorrer los piringundines para recoger información. Primero había que embarrarse y recién después podía razonar. Las inferencias silogísticas necesitan previamente hundirse en la turbia realidad. Lo mismo pasa en la filosofía, pensó para reanimarse. Cualquier chichipío kantiano debe mojarse las patas antes de deducir las categorías trascendentales del pensar.

Muerto en la vereda

Resultado (hecho observado): Este asesino es imperceptible.

Regla: Todos los asesinos de este pueblo son imperceptibles.

Hipótesis conjetural: Este asesino es de este pueblo.

¿Qué se debe observar? El hecho observado es interpretado según la regla Todos los asesinos de este pueblo son imperceptibles. No dar nada por sabido.

–La forma de lo observado debe definir la forma de la investigación. En nuestro caso, es lo imperceptible. Los federales ven lo obvio –dijo Croce.

–¿Qué es lo imperceptible? –pregunté.

–Lo que no se ve a primera vista. No es lo invisible, es lo que está ausente en el momento de ver. Es lo que no se puede pensar, es el exceso –dijo.

El Olvidado

Croce cruzó la provincia y lo encontró en una tapera cerca del río Salado. El compañero se llamaba Justo, el Olvidado. Lo encontró en un rancho por Villanueva, estaba tirado en un jergón, mirando el campo por la ventana. Tenía un gato barcino y una muchacha aindiada que lo cuidaba. En una hornalla se calentaba una pava y la joven cebaba unos amargos. Esteban Justo José era su nombre completo. No reconoció a Croce.

La mujer le dijo, como quien le enseña algo a un niño:

–Es Croce, el comisario Croce. Vos estuviste con él en los montes.

Había olvidado deliberadamente toda su vida política. Se había sometido a un método soviético para borrar la información que pudiera comprometer a los miembros de la resistencia peronista. Así, aunque a uno lo torturaran los policías, no había nada que decir. El método era sencillo, consistía en cambiar las letras de una palabra que se buscaba borrar de la memoria por una progresión de números primos. Donde iba el 11 estaba la a, o donde estaba el 55 iba la c. De modo que Croce era el 55795513. Era fácil, se repetía la progresión y al final quedaba en el recuerdo solo una serie de cifras indecisas. Pero algo había salido mal en el experimento de Justo, de modo que su memoria era una sucesión entreverada de números. Por ejemplo, Perón era el 15137951 y Eva lo mismo.

Croce le contaba sus historias confidenciales y Justo las convertía en ecuaciones. Quería aprender el modo de olvidar y pasaba unos días con Justo en la tapera, con la india y el Olvidado.

El crimen produce efectos extraños, une a las personas con sus propios lazos de sangre. Dos chicos a los que conocí en los años duros, Nacho y el Tano, estudiantes de arquitectura,

dirigentes estudiantiles muy populares en La Plata, decidieron entrar en la pesada, dijo Croce. Fue en el año 1963, mucha convulsión política. Ellos dos, con otros cuatro o cinco descolgados, crearon las FAL, las Fuerzas Armadas de Liberación, primero la sigla y después la política. Quizá fundaron las FAP, las Fuerzas Armadas Peronistas, da lo mismo. Hicieron un poco de ruido porque coparon una guardia en Campo de Mayo, pintaron consignas en las paredes y se llevaron armas y pertrechos, fierros se decía en la jerga de aquellos años, pero necesitaban plata.

Secuestraron a la hija de un banquero de Villa Elisa y todo había salido mal. El padre no quiso aflojar, pasaban los días y al final habían tenido que matarla. La chica tenía diecinueve años. Me enteré un tiempo después, dijo Croce. Era raro verlos, el Tano era como el mucamo, estaba con Nacho, lo mantenía porque él había sido el que había matado a la chica. La habían llevado en un auto, la habían bajado en una zona cercana a un horno de ladrillo y la habían matado de un tiro en la cabeza.

Nacho y el Tano vivían juntos, estaban atados por el secreto, eran una pareja, no podían separarse y vivir uno sin el otro. Yo también estuve en el entrevero porque no los detuve y encubrí el crimen. La política tiene otra ética, una moral poskantiana, yo la llamo la segunda ética. Alquilaron una casa en la provincia y ahí Nacho se mató en el 75.

–¿Y el Tano? –pregunté yo.

–Anduvo como alma en pena, se convirtió en un chorrito y al final lo detuvieron en Santa Fe. Piensa que está pagando por la muerte de la chica. Lo fui a ver hace un par de meses y me dijo: Si salgo en libertad voy a matar a alguien, así vuelvo a la cárcel. Acá estoy tranquilo, a veces sueño con la chica. Antes de que la matara me dijo: Yo no voy a decir nada si me sueltan.

Nada de nada, y ahí le di un tiro en la nuca para que no sufriera.

Consistencia. Principio básico que indica que las políticas, los métodos de cuantificación y los procedimientos contables deben ser los apropiados para reflejar la situación, debiendo aplicarse con criterio uniforme a lo largo de un período y de un período a otro. Solidez, duración de una cosa. Coherencia entre las partículas de una masa. El pensar consistente, dijo Croce, esa es mi ilusión.

El hotel

El hotel se alzaba blanquísimo en lo alto de la colina. Peco, que había perdido su barca por la competencia de los barcos factoría chinos que habían liquidado la pesca artesanal, trabajaba de guardavidas en verano y en invierno cuidaba el hotel vacío. Croce lo visitaba y pasaban la tarde charlando. Mi compañía en la soledad del invierno es mi radio portátil, decía. Andaba siempre con ella. Un día desapareció Peco, no se supo nada de él. Croce, con una ganzúa, abrió la puerta del hotel. Piezas y piezas vacías, las recorrió con una sensación de tristeza. Al fondo oyó una música que parecía venir de la zona muerta del hotel y así encontró el cadáver de Peco, que había fallecido, escribió Croce en el informe, de un ataque cardíaco. La radio Spica sonaba débil porque sus pilas estaban en las últimas. Llegué justo, pensó Croce, un día más y no lo hubiera oído.

El inglés Ganohn se había suicidado. Cuando Croce llegó a la estancia, el principal Medina, su ayudante, ya había hecho el trabajo sucio, de modo que el comisario no tuvo que ver el cadáver. No le gustaban los muertos y trataba siempre de que

su ayudante se ocupara de los cuerpos. Él se encargaba de analizar las causas y las consecuencias, pero evitaba la engorrosa revisión. Un cadáver no dice nada que no se sepa. Un tiro, una herida de arma blanca, en este caso Ganohn se había colgado de un parante del techo de la leñera, una soga con nudo marinero. Como a todos los ingleses, le atraían el mar y la navegación, pero debió contentarse con la llanura y se dedicó quizás a hacer nudos y a observar el horizonte con un sextante de barco que había traído de Londres.

La mujer lo hizo pasar, le sintetizó los hechos. No había dormido allí, le dijo, estaba vendiendo unos terneros en Azul. A la mañana los chicos lo encontraron en la leñera, fueron a jugar como siempre y se encontraron con su padre colgado del techo.

Estaban tomando el desayuno con sus tres hijos, chicos muy despiertos, una niña y dos varones. Los había visto varias veces. No parecían asustados por el suceso.

–Ella siempre se olvida –dijo uno.

–¿De qué me olvido? –dijo la madre.

–De todo –dijo la nena.

–Por ejemplo –dijo el chico–, del tío Enrique, que anoche durmió con vos.

–Sí –dijo la niña–, y él mató a papá.

El caso se había resuelto.

La práctica es el único criterio de verdad, afirmó Croce. Cómo sé que lo que he deducido es cierto. Fácil. Digamos que he inferido que todos los patos de la laguna son blancos. Para justificar la generalización, según el método hipotético-deductivo, tendría que buscar a todos los patos para comprobar que todos son blancos, algo difícil. En cambio, con mi método, habría que hacer lo contrario, buscar un pato de cualquier otro

color, azul, negro, etcétera... Así solo nos hace falta buscar un pato diferente para mostrar que la hipótesis no sirve, algo mucho más fácil.

Mi segundo principio, dijo Croce una tarde, es que en igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable. Esto implica que, cuando dos hipótesis tienen las mismas consecuencias, la más simple tiene más probabilidades de ser correcta que la compleja. Sin embargo, la explicación más simple y suficiente es la más probable, mas no necesariamente la verdadera. En ciertas ocasiones, la opción compleja puede ser la correcta. Una teoría más simple pero de menor evidencia no debería ser preferida a una teoría más compleja pero con mayor prueba.

El lenguaje es la realidad inmediata del pensar, se dijo Croce. O sea, dedujo, que entre el pensamiento y lo real, las palabras serían el puente, la mediación, el nexo. Eso supone que la estructura es la misma en los dos niveles, es decir, la sintaxis tiene algo en común con la articulación de los sucesos que constituyen un hecho. Se perdía en esas abstracciones. ¿Y el pensar?, pensó. Tiene que estar ligado a la esencia del fenómeno pensado. Por ejemplo, una meseta que atravesaba en su coche tenía que tener un elemento común que permitiera pensarla. Sí, concluyó, pero me extravié, no voy a ningún lado, tengo que volver a la ruta 2.

Vencimiento, es decir, la derrota. Todas las derrotas personales, o políticas, o policiales, pero también económicas. Cumplimiento del plazo de una deuda u obligación. Rendición. Vencedero, ser vencido. Fecha en la que se ejecuta una deuda. Sí, concluyó Croce, ejecución de los vencidos.

La inferencia hipotética, dijo Croce, aumenta su veracidad a medida que su seguridad o aproximación a la certidumbre disminuye. El razonamiento depende de nuestra esperanza de adivinar, tarde o temprano, las condiciones bajo las cuales aparecerá la solución. En la medida en que decrece la certeza de una conjetura, aumenta proporcionalmente su valor de evidencia. He comprobado, agregó Croce, que muchos de mis casos se consideran insolubles por las mismísimas razones que deberían inducir a considerárselos fácilmente solucionables; me refiero a lo extraño de sus características. Son problemas que llevan, por esa misma circunstancia, las claves de su solución.

Las técnicas de investigación de Croce. Imaginación y perspectiva, una mezcla de esas dos potencialidades. Croce practicaba la ciencia de la deducción, la imaginación. Practicaba un uso oblicuo del saber. Por ejemplo, dijo Croce, el saber previo, es decir, lo que uno conoce del mundo y sus alrededores antes de entrar en un caso, la conjetura anterior, ¿qué es? Una percepción premonitoria. Un muerto en la vereda, qué se sabe al llegar. Edad, estado civil, nombre y las causas inmediatas del deceso, y luego hay que reconstruir hacia atrás las razones del crimen. En eso reside mi trabajo, deducción retrospectiva. Eso es todo, concluyó.

Tenemos las reglas, o sea la experiencia. ¿De qué se trata? De las certidumbres apriorísticas. Por consiguiente, hecho observado (digamos un muerto en la vereda del mercadito) es igual a conclusión provisoria, es decir, argumento original. La cronología es la clave. ¿Qué está primero? La observación de los detalles (lo que yo llamo vistazo premonitorio). Por eso hay que ser lento y llegar un poco tarde, dijo Croce.

Los rastreadores de la pampa podían vivir de la caza. En el curso de interminables persecuciones, los perseguidores de la llanura aprendieron a reconstruir el aspecto y los movimientos de una presa invisible a través de sus rastros: huellas en terreno blando, ramitas rotas, excrementos, pelos o plumas arrancados, olores, charcos enturbiados, hilos de saliva. Aprendieron a husmear, a observar, a dar un sentido a la más mínima huella. Ese es mi método, dijo Croce.

NOTA DEL AUTOR

Compuse este libro usando el Tobii, un hardware que permite escribir con la mirada. En realidad parece una máquina telépata. El interesado lector podrá comprobar si mi estilo ha sufrido modificaciones. Mis otros libros los escribí a mano o a máquina (con una Olivetti Lettera 22 que aún conservo). A partir de 1990 usé una computadora Macintosh. Siempre me interesó saber si los instrumentos técnicos dejaban su marca en la literatura. ¿Qué cambia y cómo? Dejo abierta la cuestión.

El otro rasgo de este volumen es que seguí (o traté de ser fiel a) la tradición realista del género policial. En este sentido, la mayoría de los relatos se basan en hechos reales. Por ejemplo, «La música» está basado en la historia del marinero yugoslavo Pesic, que fue acusado de haber asesinado a una alternadora en un turbio cafetín del puerto de Quequén y condenado a dieciséis años de cárcel.

«La película» está inspirado en un mito urbano que se contaba en 1955 en las vísperas de la caída de Perón y también después de la Revolución Libertadora. Incluso se llegó a decir que en la Cinemateca Uruguaya iban a presentar la película para un grupo de periodistas extranjeros, pero Alfredo Palacios, que era el embajador argentino en Uruguay en aquellos días, lo impidió. Ese relato, cuya sola mención era ya una calumnia, circulaba en mi familia e indignaba a mi padre. De golpe, de un día para otro, el rumor se disipó, pero me quedó el recuerdo, y retomé la intriga y escribí la historia como uno de los casos resueltos por Croce.

Respecto a «El impenetrable», diré que mi amigo Elías Semán, detenido-desaparecido todavía hoy, me contó una tarde la vida del hombre más desencantado y más escéptico que había conocido. Lo vio un par de veces, pero luego le perdió el rastro. A partir de ese personaje borroso y desesperado imaginé una trama. Luego hice que el comisario Croce le siguiera los pasos y reconstruyera su historia.

El caso del joven que roba el cadáver de su padre y el del médico que cree padecer una deformidad en la cara forman parte del abundante anecdotario de mi familia, que mi madre transmitía con un encanto particular.

«El Astrólogo» es, como sabemos, uno de los mayores personajes de la narrativa argentina, le imaginé un final y reconstruí su historia. «El jugador» proviene de una anotación de Chéjov, cuyo análisis realicé en un breve ensayo años atrás. «La resolución» está inspirado en «El signo de los tres» de Conan Doyle, o mejor, en el análisis de ese relato realizado por los críticos Bonfantini y Proni. Los poemas que se citan en «La excepción» pertenecen al libro de Claudio Mamerto Cuenca, médico del ejército de Rosas y poeta romántico, muerto en la batalla de Caseros (cfr. Obras poéticas escogidas, de C. M. Cuenca, París, Garnier, 1889).

En cuanto a «La Señora X», la experiencia me la contó una querida amiga a la que seguiré llamando X, una tarde en el bar del Torreón en Mar del Plata. Fingí la carta y, al revés del cuento, el agresor no fue apresado.

Para los que estén interesados en estos asuntos, quiero recordar que el comisario Croce es uno de los protagonistas de

mi novela Blanco nocturno. Me gusta el hombre, por su pasado y por el modo imaginativo con que afronta los problemas que se le presentan. Anda metido siempre en misterios y asuntos ajenos. Estos comisarios del género son siempre un poco ingenuos y fantasmales, porque, como decía con razón Borges, en la vida los delitos se resuelven –o se ocultan– usando la tortura y la delación, mientras que la literatura policial aspira –sin éxito– a un mundo donde la justicia se acerque a la verdad.

RICARDO PIGLIA

Buenos Aires, 3 de marzo de 2016

Historias personales (2015-2017)

EN EL UMBRAL

–Desde chico repito lo que no entiendo –se reía retrospectivo y radiante Emilio Renzi esa tarde, en el bar de Arenales y Riobamba–. Nos divierte lo que no conocemos; nos gusta lo que no sabemos para qué sirve.

A los tres años le intrigaba la figura de su abuelo Emilio sentado en el sillón de cuero, ausente en un círculo de luz, los ojos fijos en un misterioso objeto rectangular. Inmóvil, parecía indiferente, callado. Emilio el chico no comprendía muy bien lo que estaba pasando. Era pre-lógico, pre-sintáctico, era prenarrativo, registraba los gestos, uno por uno, pero no los encadenaba; directamente imitaba lo que veía hacer. Entonces, esa mañana se trepó a una silla y bajó de una de las estanterías de la biblioteca un libro azul. Después salió a la puerta de calle y se sentó en el umbral con el volumen abierto sobre las rodillas.

Mi abuelo, dijo Renzi, abandonó el campo y vino a vivir con nosotros a Adrogué, cuando murió mi abuela Rosa. Dejó sin cambiar la hoja del almanaque en el 3 de octubre de 1943, como si el tiempo se hubiera detenido la tarde de la muerte. Y el aterrador calendario, con el block de los números fijo en esa fecha, estuvo en casa durante años.

Vivíamos en una zona tranquila, cerca de la estación de ferrocarril, y cada media hora pasaban ante nosotros los pasajeros que habían llegado en el tren de la capital. Y yo estaba ahí, en el umbral, haciéndome ver, cuando de pronto una larga sombra se inclinó y me dijo que tenía el libro al revés.

Pienso que debe haber sido Borges, se divertía Renzi esa tarde en el bar de Arenales y Riobamba. En ese entonces solía pasar los veranos en el hotel Las Delicias, porque ¿a quién si no al viejo Borges se le puede ocurrir hacerle esa advertencia a un chico de tres años?

¿Cómo se convierte alguien en escritor –o es convertido en escritor? No es una vocación, a quién se le ocurre, no es una decisión tampoco, se parece más bien a una manía, un hábito, una adicción, si uno deja de hacerlo se siente peor, pero tener que hacerlo es ridículo, y al final se convierte en un modo de vivir (como cualquier otro).

La experiencia, se había dado cuenta, es una multiplicación microscópica de pequeños acontecimientos que se repiten y se expanden, sin conexión, dispersos, en fuga. Su vida, había comprendido ahora, estaba dividida en secuencias lineales, series abiertas que se remontaban al pasado remoto: incidentes mínimos, estar solo en un cuarto de hotel, ver su cara en un fotomatón, subir a un taxi, besar a una mujer, levantar la vista de la página y mirar por la ventana, ¿cuántas veces? Esos gestos formaban una red fluida, dibujaban un recorrido –y dibujó en una servilleta un mapa con círculos, cruces–, así sería el trayecto de mi vida, digamos, dijo. La insistencia de los temas, de los lugares, de las situaciones es lo que quiero –hablando figuradamente– interpretar. Como un pianista que improvisa sobre un frágil standard, variaciones, cambios de ritmo, armonías de una música olvidada, dijo, y se acomodó en la silla.

Podría por ejemplo contar mi vida a partir de la repetición de las conversaciones con mis amigos en un bar. La confitería Tokio, el café del Ambos Mundos, el bar El Rayo, La Modelo, Las Violetas, el Ramos, el café La Ópera, La Giralda, Los 36

Billares..., la misma escena, los mismos asuntos. Todas las veces que me encontré con amigos, una serie. Si hacemos algo –abrir una puerta, digamos– y pensamos después en lo que hicimos, es ridículo; en cambio, si observamos desde un mirador la reproducción de lo mismo, no hace falta nada para extraer una sucesión, una forma común, incluso un sentido.

Su vida se podría narrar siguiendo esa secuencia o cualquier otra parecida. Las películas que había visto, con quién estaba, qué hizo al salir del cine; tenía todo registrado de un modo obsesivo, incomprensible e idiota, en detalladas descripciones fechadas, con su trabajosa letra manuscrita: estaba todo anotado en lo que ahora había decidido llamar sus archivos, las mujeres con las que había vivido o con las que había pasado una noche (o una semana), las clases que había dictado, las llamadas telefónicas de larga distancia, notaciones, signos, ¿no era increíble? Sus hábitos, sus vicios, sus propias palabras. Nada de vida interior, solo hechos, acciones, lugares, circunstancias que repetidas creaban la ilusión de una vida. Una acción –un gesto– que insiste y reaparece y dice más que todo lo que yo pueda decir de mí mismo.

En el bar donde se instalaba al caer la tarde, El Cervatillo, en la mesa de la ochava, contra la ventana, había colocado sus fichas, un cuaderno y un par de libros, el Proust de Painter y The Opposing Self de Lionel Trilling, y al lado un libro de cubierta negra, una novela, por lo visto, con frases elogiosas de Stephen King y Richard Ford en letra roja.

Pero se había dado cuenta de que debía empezar por los restos, por lo que no estaba escrito, ir hacia lo que no estaba registrado pero persistía y titilaba en la memoria como una luz mortecina. Hechos mínimos que misteriosamente habían sobrevivido a la noche del olvido. Son visiones, flashes enviados desde el pasado, imágenes que perseveran, aisladas,

sin marco, sin contexto, sueltas, y no podemos olvidarlas, ¿estamos?, se reía Renzi. Estamos, dijo, y miró al mozo que cruzaba entre las mesas. ¿Otro blanco?, dijo. Pidió un Fendant de Sion..., era el vino que tomaba Joyce, un vino seco, que lo dejó ciego. Joyce lo llamaba la Archiduquesa, por el color ambarino y porque lo tomaba como quien pecaminosamente –a la Leopoldo Bloombebe el néctar rubio de una núbil muchacha aristocrática que se agacha desnuda, en cuclillas, sobre una ávida cara irlandesa. Venía Renzi a este bar –que antes se llamaba la Casa Suiza–, porque en los sótanos guardaban, al fresco, varias cajas del vino joyceano. Y con su pedantería habitual, citó, en voz baja, el párrafo del Finnegans celebrando esa ambrosía...

Era una radiografía de su espíritu, de la construcción involuntaria de su espíritu, digamos mejor, dijo, e hizo una pausa; no creía en esas pamplinas (subrayó), pero le gustaba pensar que su vida interior estaba hecha de pequeños incidentes. Así podría empezar por fin a pensar en una autobiografía. Una escena y luego otra y otra, ¿no? Sería una autobiografía seriada, una vida serial... De esa multiplicidad de fragmentos insensatos, había empezado por seguir una línea, reconstruir la serie de los libros, «Los libros de mi vida», dijo. No los que había escrito, sino los que había leído... Cómo he leído alguno de mis libros podría ser el título de mi autobiografía (si la escribiera).

Punto primero, los libros de mi vida entonces, pero tampoco todos los que había leído sino solo aquellos de los cuales recuerdo con nitidez la situación, y el momento en que los estaba leyendo. Si recuerdo las circunstancias en las que estaba con un libro, eso es para mí la prueba de que fue decisivo. No

necesariamente son los mejores ni los que me han influido: pero son los que han dejado una marca. Voy a seguir ese criterio mnemotécnico, como si no tuviera más que esas imágenes para reconstruir mi experiencia. Un libro en el recuerdo tiene una cualidad íntima, solo si me veo a mí mismo leyendo. Estoy afuera, distanciado, y me veo como si fuera otro (más joven siempre). Por eso, quizá pienso ahora, aquella imagen –hacer como que leo un libro en el umbral de la casa de mi infancia– es la primera de una serie y voy a empezar ahí mi autobiografía.

Claro que recuerdo esas escenas después de haber escrito mis libros, por eso podríamos llamarlas la prehistoria de una imaginación personal. ¿Por qué nos dedicamos a escribir después de todo? Se nos da por ahí ¿a causa de qué? Bien, porque antes hemos leído... No importa, desde luego, la causa, importan las consecuencias. Más de uno tendría que arrepentirse, yo mismo para empezar, pero en cualquier bar de la ciudad, en cualquier McDonald's hay un gil que, a pesar de todo, quiere escribir... En realidad no quiere escribir, quiere ser un escritor y quiere que lo lean... Un escritor se autodesigna, se autopropone en el mercado persa, pero ¿por qué se le ocurre esa postura?

La ilusión es una forma perfecta. No es un error, no se la debe confundir con una equivocación involuntaria. Se trata de una construcción deliberada, que está pensada para engañar al mismo que la construye. Es una forma pura, quizá la más pura de las formas que existen. La ilusión como novela privada, como autobiografía futura.

Al principio, aseguró después de una pausa, somos como el Monsieur Teste de Valéry: cultivamos la literatura no empírica. Es un arte secreto cuya forma exige no ser descubierta. Imaginamos lo que pretendemos hacer y vivimos en esa ilusión... En definitiva, son los cuentos que cada uno se cuenta a sí mismo para sobrevivir. Impresiones que no están en condiciones de ser entendidas por extraños. Pero ¿es posible una ficción privada? ¿O tiene que haber dos? A veces, los momentos perfectos tienen por testigo solo a quien los vive. Podemos llamar a ese murmullo –ilusorio, ideal, incierto– la historia personal.

Me acuerdo dónde estaba, por ejemplo, cuando leí los cuentos de Hemingway: había ido a la terminal de ómnibus a despedir a Vicky, que era mi novia en aquel tiempo, y al costado del andén, en una galería encristalada, en una mesa de saldos, encontré un ejemplar usado de In our time en la edición de Penguin. Cómo había ido a parar ahí ese libro, no lo sé, un viajero quizá lo había vendido, un inglés con sombrero de explorador y una mochila que seguía viaje al sur lo había cambiado, digamos, por una guía Michelin de la Patagonia, vaya uno a saber. Lo cierto es que volví a casa con el libro, me tiré en un sillón y empecé a leerlo y seguí y seguí mientras la luz cambiaba y terminé casi a oscuras, al fin de la tarde, alumbrado por el reflejo pálido de la luz de la calle que entraba por los visillos de la ventana. No me había movido, no había querido levantarme para encender la lámpara porque temía quebrar el sortilegio de esa prosa. Primera conclusión: para leer, hay que aprender a estar quieto.

La primera lectura, la noción, subrayó, de primera lectura es inolvidable porque es irrepetible y es única, pero su cualidad

epifánica no depende del contenido del libro sino de la emoción que ha quedado fijada en el recuerdo. Se asocia con la infancia, por ejemplo, en el capítulo de Combray en Swann, Proust regresa al paisaje olvidado de la casa de la niñez convertido de nuevo en un chico y revive los lugares y las deliciosas horas dedicadas a la lectura desde la mañana hasta el momento de acostarse. El descubrimiento se asocia con la inocencia y con la infancia pero persiste más allá de ella. Persiste más allá de la infancia, repitió, la imagen persiste con el aura del descubrimiento, a cualquier edad.

Los escritores argentinos siempre dicen, bueno, los libros de mi vida, a ver, la Divina Comedia, claro, la Odisea, los sonetos de Petrarca, las Décadas de Tito Livio, siempre navegan por esas antiguas aguas profundas, pero yo no me refiero a la importancia de los libros, me refiero simplemente a la impresión vívida que está ahí, ahora, descolgada sin remitente, sin fecha, en la memoria. El valor de la lectura no depende del libro en sí mismo, sino de las emociones asociadas al acto de leer. Y muchas veces atribuyo a esos libros lo que corresponde a la pasión de entonces (que ya he olvidado).

Lo que se fija en la memoria no es el contenido del recuerdo, sino su forma. No me interesa lo que puede esconder la imagen, me interesa solo la intensidad visual que persiste en el tiempo como una cicatriz. Me gustaría contar mi vida siguiendo esas escenas, como quien sigue las señas en un mapa para guiarse en una ciudad desconocida y orientarse en la multiplicidad caótica de las calles, sin saber muy bien adónde quiere llegar. Solo busca en realidad conocer esa ciudad, no ir a un lugar determinado, incorporarse al torbellino del tráfico para poder alguna vez recordar algo de ese lugar. («En esa ciudad los nombres de las calles remiten a los mártires muertos

en defensa de su fe en el cristianismo primitivo, y mientras andaba por esas callejuelas imaginé de pronto una ciudad, esa misma quizá, cuyas calles llevaran el nombre de los activistas que han muerto luchando por el socialismo, por ejemplo», dijo). Estuve ahí, crucé un puente sobre los canales y fui a dar al zoo. Era una tarde liviana, de primavera, y me senté en un banco a mirar el paseo circular de los osos polares. Eso es para mí construir un recuerdo, estar disponible y ser sorprendido por el brillo fugaz de una reminiscencia.

Escuela n.º 1 de Adrogué. Clase de lectura. La señorita Molinari ha creado una especie de concurso: se lee en voz alta y el que se equivoca queda eliminado. La competencia de las lecturas ha comenzado. Me veo en la cocina de casa, dijo Renzi, la noche antes, estudiando «la lectura». ¿Por qué estoy en la cocina? Quizá mi madre me toma la lección. No la veo a ella en el recuerdo: veo la mesa, la luz blanca, la pared de azulejos. El libro tiene grabados, lo veo, y recuerdo de memoria todavía la primera frase que estaba leyendo a pesar de la enorme distancia: «Llegan barcos a la costa trayendo frutos de afuera...» Los frutos de afuera, los barcos que llegan a la costa. Parece Conrad. ¿Qué texto era ese? Año 1946.

–Aprendemos a leer antes de aprender a escribir y son las mujeres quienes nos enseñan a leer.

Es mi cumpleaños. Natalia, una amiga de mi abuelo, italiana, recién llegada. Su marido ha muerto «en el frente»... Bellísima, sofisticada, fuma cigarrillos rubios «americanos», habla con mi abuelo en italiano (en piamontés, en realidad) de la guerra, imagino. Me trae de regalo Corazón de Edmundo D'Amicis. Recuerdo nítido el libro amarillo de la colección Robin Hood. Estamos en el patio de casa, hay un toldo, ella

tiene un vestido blanco y me entrega el libro con una sonrisa. Me dice algo cariñoso que no entiendo bien, con mucho acento, con sus ardientes labios rojos.

Lo que me impresionó en esa novela (que no he vuelto a leer) fue la historia del «pequeño escribiente florentino». El padre trabaja de copista, el dinero no alcanza, el chico se levanta de noche, cuando todos duermen, y sin que lo vean copia en lugar de su padre, imitando –todo lo que puede– su letra. Lo que fijaba la escena en el recuerdo, creía Renzi, era la pesadez de esa bondad sin espectadores, nadie sabe que es él quien escribe. El invisible escritor nocturno: de día se mueve como un sonámbulo.

Hay una serie con la figura del copista, el que lee por escrito textos ajenos: es la prehistoria del autor moderno. Y hay muchos amanuenses imaginarios a lo largo de la historia, que han perdurado hasta hoy: Bartleby, el espectral escribiente de Melville; Nemo, el copista sin identidad –su nombre es Nadie, de Casa desolada de Dickens–; François Bouvard y su amigo Juste Pécuchet de Flaubert; Shem (the Penman), el alucinado escriba que confunde las letras en el Finnegans Wake; Pierre Menard, el fiel transcriptor del Quijote. ¿No era la copia –en la escuelael primer ejercicio de escritura «personal»? La copia estaba antes del dictado y antes de la «composición» (tema: Los libros de mi vida).

Estudio inglés con Miss Jackson, viuda de un alto empleado de los ferrocarriles del sur, que habita sola una casa de dos pisos y ha publicado en La Prensa dos o tres traducciones de Hudson. Nos daba clases particulares (se ganaba de ese modo la vida, porque la pensión, se quejaba, le llegaba a desgano). Lo

primero que leemos –con ella– es el libro de Hudson sobre los pájaros del Plata. Una tarde nos llevó a visitar Los Veinticinco Ombúes, la casa natal del escritor, que estaba a pocos kilómetros de Adrogué. Fuimos en bicicleta, ella con sus bellas faldas parecía ir de perfil, como si montara de costado a caballo, la pollera de medio luto, al viento. Oh la imaginación, oh los recuerdos, recitó Renzi, a esa altura ya un poco borracho.

Tiene la inglesa nostalgia de Londres, pero sobre todo de Sudáfrica (Rhodesia, dice), donde su marido estuvo un par de años. La savannah infinita, los monos de cara blanca y los pelícanos de gráciles patas rojizas. Nos mostraba fotos de su casona de troncos cerca del río, al costado de un muelle; debíamos describir en inglés lo que veíamos.

Era una mujercita simpática, irascible, nada convencional: si alguno de nosotros se tiraba un pedo –sorry decíamos– nos hacía parar en fila y nos olía el ass. Uno por uno hasta descubrir al culpable, que de inmediato era llevado de una oreja al patio. Parece una escena de Dickens, un repentino cambio de tono en una novela de Muriel Spark. Todavía conservo la vieja edición de Birds of La Plata, con notas escritas en el margen por Miss Jackson. Un círculo envuelve la palabra peewee y al costado, con su diminuta letra de hormiga, anotó la definición: «A person of short stature.»

Voy en un tren y tengo el libro abierto sobre una pequeña mesa contra la ventanilla. Leo Los hijos del Capitán Grant de Julio Verne. No recuerdo cómo descubrí esa novela que cuenta una travesía por la Patagonia mientras yo atravesaba la misma Patagonia que leía.

Al terminar el colegio primario mi abuelo me lleva con él en un largo viaje al sur. Vamos en el coche dormitorio, las literas se convierten en asientos, hay un pequeño lavatorio que baja de la pared, plateado, minúsculo, con un espejo. En el compartimento vecino viaja, sola, Natalia. Hay una puerta corrediza que comunica los dos camarotes. Desayunamos y comemos en el vagón comedor, vajilla inglesa, soperas de plata.

Natalia en el vertiginoso pasillo del tren me acaricia el pelo. Un olor inolvidable viene de su cuerpo; usa una solera floreada y no se afeita las axilas.

En la novela de Verne el aristócrata escocés Lord Edward Glenarvan descubre un mensaje en una botella lanzada al mar por Harry Grant, capitán del bergantín Britannia, que ha naufragado dos años antes. La principal dificultad consiste en que los datos del mensaje lanzado por los náufragos son ilegibles, excepto la latitud: 37º Sur.

Lord Glenarvan, los hijos del capitán Grant y la tripulación de su yate Duncan parten para Sudamérica, ya que el mensaje incompleto sugiere la Patagonia como sitio del desastre. En mitad de la travesía descubren a un inesperado pasajero: el geógrafo francés Santiago Paganel, que ha subido a bordo por equivocación. La expedición circunnavega el paralelo 37º Sur, atraviesa la Argentina explorando la Patagonia y gran parte de la región pampeana.

Mientras cruzábamos un alto puente de hierro sobre el río Colorado, yo leía en la novela que cruzando un alto puente de hierro sobre ese caudaloso río de aguas rojizas empezaba la Patagonia.

El libro de Verne me explicaba lo que yo veía. El erudito geógrafo francés clasificaba y definía la flora y la fauna, las aguadas, los vientos, los accidentes geográficos. La literatura popular es siempre didáctica (por eso es popular). El sentido prolifera, todo es explicado y aclarado. En cambio, lo que yo veía por la ventanilla era árido, ventoso, los pajonales, el arenal, los yuyos aplastados, las piedras volcánicas, el vacío. Siempre habrá un hiato insalvable entre el ver y el decir, entre la vida y la literatura.

«Debemos recordar», decía Jean Renoir, «que un campo de trigo pintado por Van Gogh puede despertar mayor emoción que un campo de trigo tout court.» Puede ser, depende de lo que uno haga en el trigal...

A la noche me asomaba por la ventanilla y veía en las sombras los faros de un auto en el camino, las casas iluminadas en los pueblos que pasaban frente a mí. Oía el lento y angustioso suspiro de los frenos en estaciones vagamente entrevistas; la cortina de cuero, al levantarse, dejaba ver un andén desierto, un changador que empujaba el carro de equipajes, un reloj circular con números romanos hasta que se oía por fin el tañido de la campana anunciando la partida del tren. Entonces encendía la pequeña luz en la cabecera de la cama y leía. Mi abuelo estaba en el compartimento de al lado.

La fugaz visión de Natalia sola, al amanecer, que hurga entre objetos de vidrio en su necessaire sobre la felpa gris de su compartimento iluminado, es inolvidable.

Viajamos dos días y dos noches hasta Zapala y de ahí en un coche de alquiler hasta un casco de estancia en el desierto. Visitamos a un amigo de mi abuelo que había hecho con él la primera guerra. Era un hombre alto y desgarbado, de encendida cara rojiza y ojos celestes. Llamaba a mi abuelo el Coronel, y juntos recordaban los resbaladizos puestos de combate en las laderas heladas de las montañas de Austria y las interminables batallas en las trincheras. El hombre tenía grandes bigotes de cosaco y le faltaba el brazo izquierdo. «Ese muchacho», dijo mi abuelo, «es un valiente, me rescató herido de la tierra de nadie y perdió el brazo en la maniobra.»

Varias veces pensé en volver a la estancia en la Patagonia, viajar a ver al hombre que había perdido un brazo. «Pues bien», hubiera podido decirme, «voy a contarle la verdadera historia de su abuelo en la guerra.» Pero nunca fui y solo tengo de esa guerra personal rastros aislados: una foto de mi abuelo vestido de soldado y los papeles, libros, mapas, cartas y notas que me dejó como su única herencia al morir. Sin embargo, a veces, todavía escucho su voz.

En 1960, 1961, cuando yo estudiaba en La Plata pasaba mucho tiempo con mi abuelo en la casa de Adrogué, incluso, en un sentido a la vez cómico y entrañable, me contrató, me dio trabajo: yo andaba sin plata en esa época y entonces pensó que podía ayudarlo a ordenar sus papeles y a reconstruir su experiencia en la guerra. Temía perder, con la edad, la memoria, y había ordenado sus documentos espacialmente: en un cuarto estaban los mapas y los planos de las batallas (El cuarto de los mapas, había escrito en la puerta), en otro tenía las vitrinas y las mesas cubiertas con las cartas de la guerra; en otro cientos de libros dedicados exclusivamente a la

conflagración mundial de 1914-1918. Había peleado en el frente de los Alpes, lo habían herido en el pecho y su amigo y compañero (cuyo nombre no sé; mi abuelo lo llamaba a veces el Africano porque el hombre había nacido en Sicilia) le había salvado la vida a costa de perder un brazo. Mi abuelo había hecho la guerra y tenía una honda cicatriz en el pecho. Estuvo tres meses en un hospital de campaña, y luego fue enviado a la oficina postal del Segundo Ejército (porque sabía inglés, alemán y francés), a la sección de cartas de los soldados muertos o desaparecidos en combate. Su trabajo consistía en juntar los objetos personales –el reloj, el anillo de bodas, las fotos familiares, las cartas no enviadas o a medio escribir– y enviarlos con una carta de pésame a los deudos.

«Morían muchos, muchísimos cada día, las ofensivas contra las defensas austríacas eran una masacre.» ¿Qué obligación puede ser más opresiva que la de clasificar cartas muertas y contestarle a la madre, al hijo, a la hermana?

Cartas inconclusas, interrumpidas por la muerte, mensajes de los desaparecidos, los aterrados, los que murieron en la noche sin conocer el alba, decía el Nono, piedad para quienes cayeron ateridos, solos, hundidos en el fango. «¿Cómo podemos darles voz a los muertos, esperanza a los que murieron sin ninguna esperanza, alivio a los fantasmas que vagan espantados entre las alambradas y la luz blanca de los reflectores...?»

De a poco, luego de meses y meses de lidiar con esos restos, empezó a enloquecer: se guardaba las cartas, ya no las enviaba, estaba, me dijo, paralizado, sin voluntad, sin ánimo, casi no recordaba nada de esa época, y cuando al fin lo repatriaron a la Argentina con su familia se trajo con él las palabras de los que iban a morir. Tengo conmigo, todavía, los prismáticos de un oficial francés que el Nono me regaló cuando cumplí dieciocho años; en un costado se lee Jumelle Militaire, pero el número

del regimiento está raspado con una navaja o una bayoneta para que no se pueda ver su destino. En el círculo metálico de las dos lentes chicas está grabado Chevalier Opticien y, al darlo vuelta, entre las dos lentes más grandes hay una pequeña brujulita que marca aún el venturoso norte. A veces me asomo a la ventana y miro con esos largavistas desde el décimo piso la ciudad: mujeres con la cabeza envuelta en una toalla roja hablan por teléfono en un cuarto iluminado; los diminutos y ágiles dueños del supermercado coreano de la esquina mueven cajas y hablan entre sí a los gritos, como si pelearan en un idioma lejano, incomprensible.

¿Por qué había robado esas cartas? No decía nada, me miraba, sereno, con sus ojos claros, y cambiaba de tema; eran para él, imagino, un testimonio de la insoportable experiencia de las interminables batallas heladas, un modo de honrar a los muertos. Las tenía con él, como quien conserva letras escritas de un alfabeto olvidado. Estaba furioso y su dicción alucinada suena todavía en mis oídos porque a veces, aún hoy, me parece escucharlo y su voz vuelve a mí en los momentos más desesperados.

–El lenguaje..., el lenguaje..., decía mi abuelo –dijo Renzi–, esa frágil y enloquecida materia sin cuerpo es una hebra delgada que enlaza las pequeñas aristas y los ángulos superficiales de la vida solitaria de los seres humanos, porque los anuda, cómo no, sí, decía, los liga, pero solo por un instante, antes de que vuelvan a hundirse en las mismas tinieblas en las que estaban sumergidos cuando nacieron y aullaron por primera vez sin ser oídos, en una lejanísima sala blanca, y desde donde, otra vez en la oscuridad, lanzarán también desde otra sala blanca su último grito antes del fin, sin que su voz llegue por supuesto, tampoco, a nadie...

En el cuarto del fondo de la casa de mi abuelo estaba la biblioteca donde encontré el libro azul, pero ahora junto con el Diario de la guerra de Carlo Emilio Gadda. Lo descubrí en aquel tiempo cuando estudiaba en La Plata y venía a visitarlo, una edición de La cognizione del dolore. Gadda había vivido en la Argentina y en su novela situada en un pueblo de Córdoba, los vecinos, aterrorizados por la inseguridad, contrataban un equipo de vigilancia privada y ellos –los custodios– eran quienes iban asesinando a esos argentinos del barrio cerrado, uno atrás de otro... ¡Un vidente! Gadda entendió todo al toque en una novela de 1953.

¿Cómo se podía escribir sobre la Argentina? Se veía claro en Los siete locos, en Trans-Atlántico y en La cognizione del dolore. Los tres son escritores extravagantes, intraducibles, que viajan mal. No usan la lengua literaria media, dijo Renzi, miran todo con ojo estrábico, al sesgo, son tartamudos disléxicos, guturales: Arlt, Gombrowiz, Gadda. En cuanto a mí, yo que era hijo y nietos de italianos, me he sentido a veces sobre todo un escritor ítalo-argentino, no sé si existe esa categoría..., pero veo que la línea secreta de mi vida va del libro al revés, a Corazón y a La cognizione del dolore, pasando por «Llegan barcos a la costa trayendo frutos de afuera». Me hubiera gustado ser sobrino de Carlo Emilio Gadda, pero tengo que conformarme, decía Renzi, con ser solo su descendiente voluntario pero ilegítimo y no reconocido...

Ahí tendría que concluir la primera parte de la así llamada historia de los libros de mi vida, pero sin embargo queda un resto, un desvío, un pequeño cambio de dirección –un virajeque puedo contar antes de irme, dijo mientras se tomaba la copa del estribo.

Joven –levantó la mano e hizo un círculo en el aire–, otra vueltita, dijo.

Un tiempo después de aquel viaje al sur, a los dieciséis años, yo cortejaba, digamos así, dijo, a Elena, una bella muchacha, muchísimo más culta que yo, con la que cursaba el tercer año del Colegio Nacional de Adrogué. Una tarde veníamos por una calle arbolada junto a un muro pintado de celeste, al que todavía veo con nitidez, y ella me preguntó qué estaba leyendo.

Yo, que no había leído nada significativo desde la época del libro al revés, me acordé que había visto, en la vidriera de una librería, La peste de Camus, otro libro de tapas azules, que acababa de aparecer. La peste de Camus, le dije. ¿Me lo podés prestar?, dijo ella.

Me acuerdo que compré el libro, lo arrugué un poco, lo leí en una noche y al día siguiente se lo llevé al colegio... Había descubierto la literatura no por el libro sino por esa forma afiebrada de leerlo ávidamente con la intención de decir algo a alguien sobre lo que había leído: pero ¿qué?... Eterna cuestión. Fue una lectura distinta, dirigida, intencional, en mi cuarto de estudiante, esa noche, bajo la luz circular de la lámpara... De Camus no me interesa La peste, pero recuerdo al viejo que le pegaba a su perro y cuando al fin el perro se escapa, lo busca desolado por la ciudad.

¿Y cuántos libros he comprado, alquilado, robado, prestado, perdido, desde entonces? ¿Cuánto dinero invertido, gastado, derrochado en libros? No recuerdo todo lo que he leído, pero puedo reconstruir mi vida a partir de los estantes de mi biblioteca: épocas, lugares, podría organizar los volúmenes cronológicamente. El libro más antiguo es La peste. Luego hay

una serie de dos: El oficio de vivir de Pavese y Stendhal par lui-même. Fueron los primeros que compré, a los que siguieron cientos y cientos. Los he traído y llevado conmigo como un talismán o un fetiche, y los he puesto sobre las paredes de piezas de pensión, departamentos, casas, hoteles, celdas, hospitales.

Se puede ver cómo es uno a lo largo del tiempo solo con hacer un recorrido por los muros de la biblioteca: sobre Pavese escuché una conferencia de Attilio Dabini y compré el libro (porque yo también escribía un diario). Stendhal par lui-même lo encontré en la librería Hachette de la calle Rivadavia. Recuerdo el tren en el que volvía a Adrogué y el guarda que apareció por el pasillo y no me dejó terminar la frase que estaba escribiendo atrás en el libro. Quedó una frase incompleta, ese rastro (Es difícil ser sincero cuando se ha perdido... ¿qué?) no sé si es una cita o una frase mía (las que nos vienen a la cabeza cuando leemos). Puedo ver cómo cambian las marcas, los subrayados, las notas de lectura de un mismo libro a lo largo de los años. En El oficio de vivir, por ejemplo, Editorial Raigal, traducción de Luis Justo. Está firmado con mis iniciales ER con la fecha 22 de julio de 1957. Anotaba impresiones en los márgenes o en la última página: El diario como contraconquista o los múltiples modos de perder una mujer. Anotaba ver p.65. Y algunas citas: «Así termina nuestra juventud: cuando vemos que nadie quiere nuestro ingenuo abandono.» Y en la primera hoja blanca del libro, antes de los títulos, hay una de las tantas listas que he hecho siempre con la intención de dar por hecho lo que he escrito: Llamar a Luis, Latín II (martes y jueves) y, más abajo, una de las tantas anotaciones supersticiosas. En ese momento estaba escribiendo mis primeros relatos, me interesaba «vivamente» saber cuánto

tardaba un escritor en escribir un libro y reconstruí la cronología de la obra de Pavese partir de su diario.

27 de noviembre de 1936-15 de abril de 1937: Il carcere
3 de junio-16 de agosto de 1939: Paese tuoi
septiembre de 1947-febrero de 1948: La casa en la colina
junio-octubre de 1948: Il diavolo sulle colline
marzo-junio de 1949: Tra donne sole
septiembre-noviembre de 1949: La luna e i falò

En aquel entonces escribir un cuentito de cinco páginas me llevaba tres meses.

La peste y El oficio de vivir fueron los primeros libros propios, digamos así, y mi último libro lo conseguí ayer a la tarde, fue The Black-Eyed Blonde (A Philip Marlowe novel) de Benjamin Black, me lo regaló Giorgio, un amigo. Tenés que escribir algo, me dice, dijo Renzi, es Chandler pero le falta... ¿Qué le falta?, preguntó mi amigo. El touch, pensé, le falta la mugre, como dicen los tangueros cuando un tango está solo «bien» tocado...

Renzi abrió el libro y leyó: «It was one of those Tuesdays in summer when you begin to wonder if the earth has stopped revolving.» Así empieza; es lo mismo, pero no es lo mismo (tal vez porque sabemos que no es de Chandler...).

Demasiados pastiches, viejo, esta temporada, dijo ahora, demasiadas parodias, prefiero el plagio directo...

Me lo podés prestar, me dijo Elena. No sé qué fue de ella después, pero si no me hubiera hecho esa pregunta, quién sabe qué hubiera sido de mí... Ya no hay destino, no hay oráculos, no es cierto que todo esté escrito en la vida, pero, pienso a veces, si no hubiera leído ese libro, o mejor, si no lo hubiera visto en

la vidriera, quizá no estaría aquí. O si ella no me lo hubiera pedido, ¿no? Quién sabe... Exagero, retrospectivamente, pero recuerdo con ardor esa lectura, un cuarto al fondo, una lámpara de escritorio, ¿qué decirle a una mujer de una novela? ¿Contarla de nuevo? Tampoco el libro valía mucho, demasiado alegórico, un estilo pesado, profundo, sobreactuado, pero, en fin, ahí pasó algo, hubo un cambio... Nada especial, una tontería, la verdad, pero esa noche estuve otra vez, hablando en sentido figurado, en el umbral: sin saber nada de nada, haciendo que leía...

–Oh el azar, los azahares, las muchachas en flor... Tengo setenta y tres años, viejo, y sigo ahí, sentado con un libro, a la espera...

Mi padre, dijo después, había estado casi un año preso porque salió a defender a Perón en el 55 y de golpe la historia argentina le parecía un complot tramado para destruirlo. Estaba acorralado y decidió escapar. En diciembre de 1957 abandonamos medio clandestinamente Adrogué y nos fuimos a vivir a Mar del Plata. En esos días, en medio de la desbandada, en una de las habitaciones desmanteladas de la casa empecé a escribir un Diario. ¿Qué buscaba? Negar la realidad, rechazar lo que venía. Todavía hoy sigo escribiendo ese Diario. Muchas cosas cambiaron desde entonces, pero me mantuve fiel a esa manía. Por supuesto, no hay nada más ridículo que la pretensión de registrar la propia vida. Uno se convierte automáticamente en un clown. Sin embargo estoy convencido de que si no hubiera empezado esa tarde a escribirlo jamás habría escrito otra cosa. Me gustan mucho los primeros años de mi Diario justamente porque allí lucho con el vacío total. Escribía muy bien en ese entonces. Tenía una convicción absoluta y el estilo no es otra cosa que la convicción absoluta de tener un estilo.

No hay evolución, nos movemos apenas, fijos a nuestras viejas pasiones inconfesables, la única virtud, creo, es persistir sin cambiarlas, seguir fiel a los viejos libros, las antiguas lecturas. Mis viejos amigos, en cambio, a medida que envejecen aspiran a ser lo que antes odiaban, todo lo que detestaban ahora lo admiran, ya que no pudimos cambiar nada, piensan, cambiemos de parecer, bibliotecas enteras enterradas, en el patio, quemadas en el incinerador, es difícil desprenderse de los libros, pero ¿y el modo de leer? Siguen igual, lectores dogmáticos, literales, dicen ahora cosas distintas con la misma sabiduría engolada de los viejos tiempos. Vivimos en el error de pensar que nuestros viejos amigos están con nosotros. ¡Imposible! Hemos leído los mismos libros y amado a las mismas mujeres –por ejemplo Junior– y conservamos algunas cartas que no fuimos ni somos capaces de enviar o de quemar en la hoguera del tiempo y de eso trataría entonces mi autobiografía, si alguna vez me decidiera yo también a escribir una...

Mi abuelo (ya que empecé con él) murió en 1968, casi cincuenta años después del fin de la guerra en la que había peleado, y el hombre sin un brazo estuvo con nosotros en el entierro, pero Natalia no, vaya uno a saber qué se ha hecho de esa mujer, era bella como una diosa y cantaba, me acuerdo, cuando estaba contenta...

Era casi de noche ya. Afuera el asfalto brillaba bajo las cálidas luces de la ciudad. Era hora de irse, volver a casa.

–Mejor vamos.

Salimos a la calle y mientras íbamos hacia Charcas (exCharcas), caminando con lentitud porque Emilio tenía un

problemita en la pierna izquierda («Consecuencia de los vicios privados, la crisis económica, el peronismo, las malas noches»). decidimos parar a tomar un cafecito en la barra del Filippo en la esquina de Callao y Santa Fe y ahí entonces Emilio decidió agregarle, a lo que ya me había contado, un epílogo, un remate, una visita, subrayó mientras saboreaba el café. Un encuentro que podía entenderse, con un poco de buena voluntad y viento a favor, como el final de su aprendizaje literario, o algo así, un puente, dijo, un rito de pasaje.

–Una vez en el centro de estudiantes organizamos un ciclo de conferencias y decidimos, claro, empezar con el viejo Borges. Lo llamé por teléfono para invitarlo y accedió enseguida. Me recibió en la Biblioteca Nacional, amable, con su tono indeciso, parecía siempre a punto de perder la palabra que quería decir.

Enseguida me habló de La Plata, donde vivía su amigo el poeta Paco López Merino, con quien se visitaban asiduamente. Un domingo en casa, me dice Borges, contaba Renzi, después de almorzar y antes de irse, su amigo insistió en saludar al padre de Borges que, como era costumbre en los criollos viejos, dormía la siesta. Luego de algunos cabildeos, decidieron acompañarlo al dormitorio.

Doctor, quería despedirme de usted, dijo López Merino.

Todos se sintieron incómodos, pero como lo querían aceptaron la amistosa e imperativa resolución, y el doctor Borges, con una sonrisa, tranquilo, lo saludó con un abrazo... Al salir López Merino vio la guitarra de Güiraldes, que el autor de Don Segundo Sombra le había obsequiado a la madre de Borges antes de irse a París, y López Merino la hizo sonar, dulcemente.

Está destemplada; nunca fue muy buena esta guitarra, dijo malicioso el poeta, contó Borges, y agregó Borges, dijo Renzi,

parece una maldad, pero solo era un chiste de muchachos.

Lo cierto es que López Merino se mató de un tiro al día siguiente y ahí entendieron lo imperativo y sobrio de su saludo final.

Lindo, ¿no?, dijo Borges con una sonrisa cansada como si la elegancia de la secreta despedida lo hubiera emocionado.

Tenía una forma inmediata y cálida de crear intimidad, Borges, dijo Renzi, siempre fue así con todos sus interlocutores: era ciego, no los veía y les hablaba como si fueran próximos y esa cercanía está en sus textos, nunca es paternalista ni se da aires de superioridad, se dirige a todos como si todos fueran más inteligentes que él, con tantos sobrentendidos comunes que no hace falta andar explicando lo que ya se sabe. Y es esa intimidad la que sienten sus lectores.

Le encantó la propuesta de ir a La Plata, pensaba hablar sobre los cuentos fantásticos de Lugones, ¿qué me parecía?, dijo. Perfecto, le digo, además, Borges, mire, le vamos a pagar, no sé cuánto dinero era en ese momento, digamos unos quinientos dólares.

–No –me dice–, es mucho.

Me quedé cortado, mire, Borges, le digo, no es nuestra la plata, no es de los estudiantes, la universidad nos dio un dinero.

–No importa, les voy a cobrar doscientos cincuenta.

Y seguimos hablando, él siguió hablando, ya no me acuerdo si de Lugones o de Chesterton, pero lo cierto es que me sentí tan cómodo, tan cercano a él, con esa sensación de liviandad, de inteligencia plena y de complicidad, que al rato, casi sin darme cuenta y hablando del final de los cuentos de Kipling, le digo, envalentonado por el clima de intimidad y agradecido por la sensación de estar hablando con alguien de igual a igual:

–Sabe, Borges, que veo un problema en el final de «La forma de la espada».

Alzó su rostro hacia mí, alerta.

–Un problema dijo, caramba, usted quiere decir un defecto...

–Algo que sobra.

Miraba el aire, ahora, jovial, expectante.

El cuento narra con una técnica que Borges había usado ya en «Hombre de la esquina rosada» y usaría después: está contado por un traidor y asesino como si fuera otro. Al que cuenta le cruza la cara «una cicatriz rencorosa» y circular. En un momento del cuento se enfrenta a un adversario que con una espada curva le marca la cara. Uno se da cuenta entonces que quien cuenta es el traidor porque la cicatriz lo identifica. Borges, sin embargo, sigue el relato y lo cierra con una explicación. «Borges», dice, «yo soy Vincent Moon, ahora desprécieme.» Escuchó mi resumen del relato con gestos de afirmación y repitió en voz baja la frase «Sí..., ahora desprécieme».

–¿No le parece que esa explicación está de más? Sobra, creo.

Hubo un silencio. Borges sonrió, compasivo y cruel.

–Ah –dijo–. Usted también escribe cuentos...

Yo tenía veinte años, era arrogante, era más idiota de lo que ahora soy, pero me di cuenta de que la frase de Borges quería decir dos cosas.

Habitualmente si alguien lo encaraba en la calle para decirle «Borges, soy escritor», «Ah, yo también», le contestaba, y hundía al interlocutor en la nada. Algo de esa delicada maldad y algo de tranquila soberbia tenía la frase «Este mocito impertinente cree que escribe cuentos...».

La otra aserción era más benévola y tal vez quería decir: «Usted ya lee como si fuera un escritor, entiende el modo en que los textos están construidos y quiere ver cómo están

hechos, ver si puede hacer algo parecido o en el mejor de los casos algo distinto.» Escribir, me estaba diciendo, cambia sobre todo el modo de leer.

Seguimos conversando un rato más, yo ya estaba atontado y avergonzado y como adormecido. Borges me hizo ver el escritorio circular de Groussac que él recorría con su mano espléndida y pálida, la mano con la que había escrito «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» y «La supersticiosa ética del lector».

Me doy cuenta que Borges ha sido siempre un cuentista clásico, sus finales son cerrados, explican todo con claridad; la sensación de extrañeza no está en la forma –siempre clara y nítida– ni en los finales ordenados y precisos, sino en la increíble densidad y heterogeneidad del material narrativo.

Me acompañó amable hasta la puerta y antes de despedirme me dijo, como para que yo no olvidara su lección sobre las historias bien cerradas:

–He conseguido una considerable rebaja, ¿no? –dijo divertido el viejo Borges.

En fin, me hundió, pero me reconoció como escritor, ¿no es cierto?, dijo Renzi. Yo había escrito dos o tres cuentos, horribles, mal terminados, pero, en fin, las ilusiones tienen que ser confirmadas alguna vez por otro, aunque sea por medio de la humillación y el espanto. Por eso los jóvenes –y los no tan jóvenes– andan por ahí con sus escritos buscando que alguien los lea y les diga «Ah, usted también escribe», claro que ahora los suben a la web, pero igual les falta la certificación, que alguien –personalmente– les diga usted también está de este lado...

Hablo de más, me pongo sentencioso y apodíctico, como corresponde a un hombre de mi edad, se quedó pensando. Ya

estábamos en la puerta del edificio de la calle Charcas (ex-Charcas) al mil ochocientos. A lo mejor pensó que iba a morir en esa guerra, mi abuelo, pero igual fue. Un acto de heroísmo, ir, yo no me hubiera animado, dijo Emilio mientras abría la puerta de entrada, la sostenía con el cuerpo y se daba vuelta, sonriendo.

–Una tarde de estas te termino la historia... Nos vemos, querido –dijo, y entró con paso incierto en el hall buscando el ascensor.

Ya era noche cerrada y lo vi subir envuelto en una luz amarillenta, con los ojos radiantes y una sonrisa de satisfacción que le iluminaba el rostro, como si, digamos, se hubiera quedado pensando en la muchacha que le pidió prestado el libro de Albert Camus.

DIARIO DE UN CUENTO (1961)

Martes

Estoy en Adrogué, desde el domingo. El abuelo me vio llegar como si no hubiera pasado el tiempo.

–Hijo, acomodate mejor en la pieza del fondo. Tenemos mucho que hacer...

Desde que empezó a perder la memoria (dice) está preocupado y quiere ordenar sus papeles. Los médicos le han prohibido salir y eso es lo que más nervioso lo tiene.

–No me perdí en el Isonzo, mirá si me voy a perder –(«extraviar», dice)– acá. –Se queda pensando–. Ya te di la plata, ¿no?

Me dio la plata. Teme perder sus mapas, las fotos, las cartas; me contrató para que le ordenara su archivo, me paga un sueldo, etc., aprendí de él a decir etcétera cuando quiero cambiar de tema, pero él lo pronuncia más taxativamente en italiano: echétera, dice, y hace un gesto con la mano como diciendo no pienso seguir con eso. En realidad, me paga la carrera. «No quiero que seas un sobaco ilustrado», me dijo el hijo de puta de mi padre.

–Esperaba que yo fuera abogado...

–Para que lo saques de la cárcel –se ríe el Nono con sus ojitos de zorro.

Prefiere que me quede a vivir con él acá, para terminar de ordenar sus documentos. Le propuse que se mudara a La Plata, pero se reía cuando se lo dije.

–Tendría que vender la casa, comprar allá. –Se quedó pensando–. Toda mudanza es demoníaca –dijo. Es una cita pero no recuerda de quién. Está perdiendo la cabeza, dice, pero se sabe de memoria multitud de poemas y muchas canciones y

a veces las canta, solo, en el patio, con su hermosa voz liviana y frágil, de barítono.

Susy, la mujer que lo cuida, nos prepara un guiso de lentejas y comemos en el patio, bajo la parra.

–Coronel –dice Susy–, estoy arriba, me llaman cualquier cosa.

El viejo toma vino con soda y fuma sus apestosos toscanos de un peso.

Nos quedamos callados un rato. Estaba linda la noche.

–Hijo –me dice, y otra vez me lee el pensamiento–, estamos bien afuera, al sereno... Suerte que viniste, estás en La Plata, ¿no?

Tiene la memoria capturada por la guerra y no sabe bien qué hacer con ese tumulto de imágenes y escenas. A veces prendo el grabador y registro lo que cuenta, otras veces lo dejo hablar; él piensa que nada se va a perder si yo lo estoy escuchando.

–Muy cerca de las líneas alemanas, el oficialito Di Pietro –dice por ejemplo– se arrastraba al estilo de los boy scouts para observar y escuchar al enemigo en las trincheras. La luz blanca de los reflectores era como un tul... –recuerda de pronto, y se detiene, encandilado.

Siempre es así, narra pequeños fragmentos, muy vívidos, pero se cortan, no concluyen. Los anoto, con la esperanza de que los retome y se puedan completar... Participó en la gran ofensiva contra los austríacos amurallados en lo alto de los desfiladeros escarpados, entre el Monte Nero y el Monte Mirzli.

–Fue una tentativa de suicidio masivo... –Se queda pensando–. Una vez en la Patagonia vi cientos de cachalotes blancos que se arrojaban a la playa para morir, los tirábamos de nuevo al mar y volvían a nadar furiosos hacia la orilla,

donde boqueaban durante horas... Algo así... –(Lo dijo en inglés: Something like that.)

Lo hirieron en el pecho y estuvo hundido en la nieve toda la noche, lúcido, congelado. La sangre se fue extendiendo y la ladera de la montaña estaba roja a la mañana, pero el frío extremo lo salvó. Si le pregunto, se confunde y no me contesta. Son como esquirlas, flashes luminosos, perfectos, sin ilación. Así habría que narrar, pienso a veces.

Jueves

Cuando me despierto veo al abuelo en el jardín, leyendo al sol. Se sienta en una silla de lona, descalzo, con el flaco torso desnudo, vestido con elegantes pantalones de lino color azul, la cicatriz en el pecho es una fea serpiente colorada. El sol lo ayuda, según él, a asimilar la vitamina E que impide la oxidación, además toma unas cápsulas blancas que fortalecen, según parece, las neuronas y le drenan, dice, la laguna amnésica, el surmenage. Por eso también bebe grandes dosis de Nervigenol y hace continuamente ejercicios mentales: recita el número de reclutamiento de los soldados de su pelotón o repite el apellido de los marinos que le dan nombre a las calles de Adrogué: Bouchard, Norther, Bynon, Espora, Grandville.

–A quién se le habrá ocurrido, son todos marinos, ingleses, franceses, criollos, eran piratas, corsarios, navegaban por el botín... –Se detuvo, cegado por el sol–. Le trincee dove sono?, domandò el ufficialetto Di Pietro appena arrivato sul San Michele. «Trincee, trincee...», fu mi resposta. «Non ci sono mica, trincee: ci sono dei bucci.» –Me miró como si despertara–. Agujeros, zanjas, eso eran las trincheras.

Antes de que yo pudiera decir nada, se paró y alzó la silla de lona y se movió por el jardín buscando el calor del sol, ágil todavía.

Primero se sienta al aire libre para fortalecerse, luego Susy lo ayuda a hacer sus ejercicios gimnásticos y después pasa la mayor parte del día en los cuartos interiores y yo lo escucho cantar (Bella ciao, bella ciao, ciao ciao) o murmurar nombres y fechas, en un rezo monótono, para no pensar. Estoy cerca, por si me necesita, y así pasamos el día, por eso ahora escribo de noche un relato, mientras él duerme o hace que duerme.

Conocí a Lucía a principios de marzo aunque conocer es un decir, la había visto y me le fui acercando de a poco, al sesgo, diría, como quien sigue una imagen en la ventana de una casa iluminada. Estábamos en el aula grande de la Facultad de Humanidades, en el curso de Rovel, y nos fuimos acercando a medida que avanzaba la lectura de El gran Gatsby.

Cuando Rovel analizó la [extraordinaria] escena de la casa abierta en la bahía, con [las cortinas blancas que se agitaban y] Jordan y Daisy tendidas en el sofá antes de la entrada de Tom Buchanan, la vi aparecer, vestida ella también de blanco porque era el fin del verano y los tilos estaban floridos. Llegó retrasada, con la clase empezada, rubia, bellísima, clara en el aire claro de la tarde. Se quedó detenida en el pasillo mirando a Rovel, que en la pizarra hacía un plano de la casa de Gatsby en Great Neck.

–Todo se mueve y Tom va y cierra las cortinas como si quisiera parar el desorden –dijo, y se dio vuelta hacia Lucía–. Y usted ¿por qué no se sienta?, haga el favor.

Confusa y atropellada, ella se sentó de inmediato en una de las filas del costado luego de abrirse paso entre los estudiantes. El mundo se detuvo un instante, porque era demasiado bella [y llamaba demasiado la atención] y conocía como nadie el arte de la interrupción [el arte de estar fuera de lugar], como la heroína

de una novela de la que apenas conocemos los primeros datos, traída y llevada por el movimiento tenue de la narración. Claro que ella no era la heroína de ninguna novela porque si no, yo la hubiera salvado.

Miércoles

Ayer trabajamos todo el día en el cuarto de las cartas, las relee, las clasifica. Antes era el comedor diario, pero ahora es la sala con los archivadores, donde guarda en carpetas numeradas cartas y cartas. Los objetos, que a veces estaban en los sobres, los ha colocado en una vitrina. Cuando yo era chico me dejaba jugar con los binoculares de un oficial francés de caballería. Cómo los había conseguido nunca se lo pregunté. Yo miraba el mundo con los prismáticos al revés y las cosas, incluso mi abuelo, joven en aquel tiempo, se veían diminutas y lejanas encerradas en un círculo, como dibujos en una historieta.

Ahora el abuelo solo quiere hablar de la etapa en la que estuvo a cargo de la oficina postal del Segundo Ejército. Lo destinaron ahí después de que pasó una temporada en el hospital militar de Trieste, reponiéndose de la herida en el pecho que recibió durante la alucinante ofensiva del Isonzo (un millón de muertos), y ya no volvió al frente.

Estaba encargado de escribir las cartas anunciando la muerte de sus seres queridos a los familiares de los soldados muertos y de enviarles los objetos que se encontraban en el cadáver. Sobre todo cartas a medio escribir, todavía no enviadas o interrumpidas por la muerte.

Mama carissima: Estoy bien abrigado esta noche y te escribo con las manos calientes por los guantes de lana que me tejiste, les hice un pequeño orificio con la bayoneta en la punta del dedo índice y del pulgar para liberar los dedos y poder sostener

el lápiz y escribirte. Llevo mucha ropa, una sobre otra, y con el gorro de alpino parezco el enano gordo de Blancanieves. La trinchera es profunda y casi puedo estirar las piernas para dormir, son las tres de la madrugada, la noche está gris porque hay luna llena, estrenamos el nuevo reloj pulsera, una novedad aquí, se atan con una correíta de cuero en la muñeca. Tiene la esfera y los números luminosos, así podemos ver la hora sin levantar la cabeza y correr riesgos, como era antes con el reloj redondo de tapa de Papo que lo llevo bien guardado en la mochila para devolvérselo cuando vuelva. El reloj pulsera es un invento nuevo, el ejército lo está asignando y me tocó uno en la primera entrega; todos vienen a mirarlo y se admiran, parece una pulsera de dama pero es lindo y seguro, cada tanto lo acerco a la oreja para escuchar el tictac o miro la hora pero lo hago casi sin moverme, se lo voy a regalar a Giuseppino cuando retorne a casa. Ahora mismo voy a...

Estaban escritas con trabajosas letras de campesino y muchas veces las interrumpía –y las manchaba de sangre– el estallido de una granada o una bala invisible y mortal. También había en las carpetas copias de los improvisados epitafios que se garabateaban en las lápidas de madera erigidas sobre los cuerpos o los miembros despedazados de los camaradas enterrados de cualquier manera bajo el incesante fuego enemigo.

A la afectuosa memoria de este desconocido soldado de la infantería italiana.

Y en una fosa común donde yacían los defensores que cubrieron la retirada de la última línea del Segundo Ejército en territorio austríaco estaba escrito:

Extranjero, ve y diles a los italianos cómo hemos muerto, combatiendo hasta el fin, y aquí yacemos.

Jueves

A partir de entonces empecé a escuchar historias sobre Lucía, decían que había abandonado la carrera y que ahora retomaba los cursos, que había estado internada, que se había casado con un primo de su padre, un cajetilla que tenía veinte años más que ella y vivía en el campo.

[Se decía que se había casado y separado del marido, que el exmarido vivía en el campo, que había estado internada –se susurraba la palabra electroshock–.] Lucía se había casado a los diecisiete con un primo que le llevaba treinta años.

–No era su primo. Era el primo de su padre...

Un hombre de campo. [Retomó la carrera porque se había separado. Era un poco mayor que nosotros.] Había algo raro en ese matrimonio, un punto secreto que nadie comprendía.

Ella era mayor que nosotros, había dejado varias veces la carrera y la había retomado, se había casado a los diecisiete y había tenido una hija y ahora andaba cerca de los treinta y estaba de vuelta, como ella misma decía («Dada vuelta como un guante»). A esa edad era alguien de mucha experiencia y todos le andaban alrededor como si tuviera una luz propia.

[Era demasiado luminosa y demasiado inteligente para que nadie pudiera hacer otra cosa que imitarla. Antes que nada sus amigas, que sostenían el cigarrillo como ella, con desdén, entre el índice y el pulgar; se vestían como ella, hablaban igual. A pesar de la complejidad de su inteligencia, Lucía mostraba una naturalidad muy convincente, por eso podía permitirse muchas cosas que otras personas son incapaces de hacer impunemente. La misma rapidez de su entendimiento parecía completamente natural a la luz de su intensa sinceridad.]

Sábado

–Una mujer elegante –dijo hoy el abuelo– que me pasara suavemente una mano pulita por debajo de la camisa..., así recuperaría yo ahora la memoria que he perdido –se reía con sus ojitos celestes.

Y al rato:

–Solo soy criticable en el marco de la idea que yo tengo de mí mismo.

Habla como si continuamente se tradujera de una lengua olvidada.

Lunes

[Cuando Gatsby hace la fiesta e invita a Nick, yo ya la acompañaba hasta la estación de ómnibus porque ella vivía en City Bell.]

–Pienso venirme a vivir a La Plata –me dijo–, a la casa de mi hermana. –Se había separado, me dijo. Su marido seguía viviendo en el campo.

A partir de entonces empezamos a vernos más seguido. Nos juntábamos en El Rayo o en la Modelo, evitábamos los bares del centro, nos pasábamos la noche con amigos hablando de lo que viniera. Ella se sentía cómoda y feliz en ese ambiente.

Lucía era la única que había nacido en La Plata, su familia estaba ahí desde la fundación de la ciudad. Nosotros éramos gente de paso, estudiantes que vivíamos en pensiones, profesores que venían de Buenos Aires a enseñar.

Venía conmigo al mediodía y a la noche a comer en el comedor estudiantil de 1 y 50, en la entrada del Bosque. Hacía la cola y se sentaba a la mesa común a hablar de la guerra de Argelia y del peronismo, pero siempre parecía tener la cabeza en otra cosa. A veces, cuando teníamos que hacer campaña por las elecciones en el centro de estudiantes, se aparecía con el

auto del padre, una coupé BMW color rojo, carísima, y hacíamos con ese coche las diligencias y después teníamos que ir a dejarle el auto al padre en la puerta del Jockey Club o en la entrada del Hipódromo.

Pasábamos todo el tiempo juntos pero era como si nada. No se trataba solo de que ella era reservada (o de que mintiera). Había algo que escondía (algo que se ocultaba a sí misma, desde luego). [Por ejemplo, tardé en darme cuenta de que iba a un médico o que había dejado de ir y había dejado de tomar la medicación, según el marido.] Y lo supe por lo que se decía o se murmuraba sobre ella, en los pasillos de la Facultad y en los bares.

Las pastillas. Equanil. Para ser ecuánime, me dijo. («Hay que inventar las Flagelol», se divertía, «para que tus amigos puedan sufrir hondamente y ser profundos.») Actemín para estar siempre despierta. Antidepresivos, antipsicótico... (litio). Su anillo de casada con la piedra negra de la locura...

No duerme. Se entregaba como jamás vi a nadie entregarse ni hablar de esa manera en la cama.

La gente débil hace ver la debilidad de los demás.

[Tomaba muchísimas píldoras, varias por día. Una vez vi que eran antipsicóticos.]

–No tendría que tomar alcohol –dijo–. Mañana paro.

Le gustaba retener información y su modo de hacerlo era dejarme conocer a fondo todo lo que no tenía importancia. Me llevó a la casa, me presentó a su hermana, a su padre. Me llevó incluso a conocer a Patricio, su marido (un tilingo, vestido con la típica campera de gamuza de los tarados del campo). Me contó varias veces su historia, su abuelo había sido uno de los fundadores de la ciudad.

–Suerte que en La Plata las calles no tienen nombre –decía–. Si no, vería mi apellido por todos lados, y el apellido de

mi padre y el de mi madre. En cambio –dijo–, tienen números, eran sobrios, oligarcas pero tranquilos, no como los porteños, que hacen cosas solo para que le pongan su nombre a una plaza. Yo, desde luego –decía ella–, soy un desquicio. Lo único que me gusta de La Plata es el hipódromo. –Venía de familia, su tío más querido era un conocido abogado penalista, que tenía un stud y le había puesto de nombre Mate y venga...

Ya habían empezado a manifestarse los síntomas de lo que ella misma llamaba la taza cachada.

–Sin manija –dijo.

Una de esas tacitas de porcelana a las que se le suelta el asa y se la encola [y se ve la cerámica blanca pero calza perfecto, solo queda una ranura cuando se logra pegarla, aunque no se puede sostener la taza de té desde ese brazo cortado].

–Estoy estrolada, encolada. Rajada. Hay que manejarme con cuidado. –Movió un brazo, como si fuera una alita–. Se despega.

Estábamos en una mesa frente a la ventana en la Modelo, una cervecería en la calle 59, amplia y tranquila, leíamos The Crack-Up y ahí, claro, apareció la metáfora del plato quebrado. Hay que manejar la vajilla con cuidado.

Pero ella no tenía nada que ver con esas imágenes domésticas (vajilla, platos, tazas de té). En esos días de mayo estaba todo el tiempo en el centro de estudiantes, metida en las discusiones, en las asambleas. La política socialista, el peronismo, los anarcos de Berisso.

Viernes

En algún momento el abuelo dejó de mandar las cartas, las guardó en un baúl de mantenimiento y las despachaba clandestinamente a su casa en Pinerolo, donde vivía mi abuela Rosa y donde mi padre había nacido en septiembre de 1915.

¿Por qué? No me lo explicó, un delirio como cualquier otro. Perdió la cabeza pero disimuló las acciones con su brillante capacidad para guardar las apariencias.

–Algunos soldados escondían plata, otros guardaban tarjetas de racionamiento... –dijo–. Nadie piensa que va a morir.

Un día en Turín, donde trabajaba como ingeniero en la Fiat cuando la guerra ya había terminado, leyó en el diario que el gobierno italiano repatriaba a los soldados que se habían alistado como voluntarios en el exterior. Mandó a la Argentina cinco baúles con los documentos y los objetos que había confiscado en la oficina postal del Segundo Ejército; nadie lo revisó porque era un excombatiente y estaba vestido con su elegante uniforme de coronel de artillería.

[Ella venía conmigo al mediodía y a la noche a comer en el comedor estudiantil de 1 y 50, en la entrada del Bosque. Hacía la cola y se sentaba en las mesas comunes a hablar de la guerra de Argelia y del peronismo, pero siempre parecía tener la cabeza en otra cosa.]

[Era mordaz. Me sentí herido. El temible instinto de las mujeres para calar la comedia masculina.]

[Relación entre el plato rajado de The Crack-Up y La copa dorada de Henry James. El material no se rompe, solo se resquebraja «en finas líneas y según sus propias leyes». Una fisura es una fisura y un presagio es un presagio, se dice en la novela de James. «Estoy fisurada, pichón», dijo Lucía, «soy la que se raja... La rajada.»]

Jueves

Hoy a medianoche nos llamaron por teléfono. Encontraron a mi abuelo en la plaza Espora, sentado en un banco,

desorientado, con una bolsa de basura en la mano. Había salido vestido con el pijama y el sombrero pero descalzo.

–No lo escuché levantarse –dice Susy.

–No está loco, solo que es muy viejo –le digo al enfermero que lo trajo.

–Tranquilo, Coronel –dice el muchacho.

–Estoy tranquilo –le contesta, y se da vuelta hacia mí–. Mirá, hijo –me dice–, me dicen el Nono desde que tengo veinte años, porque siempre tuve el pelo blanco.

Escribo sobre Lucía en el cuarto contra el jardín, donde persisten los signos del pasado, el perfume de los jazmines de la infancia, un estante con los libros policiales de gran formato de Mister Reeder, de Edgar Wallace, que yo compraba en el quiosco de la estación; la luz circular en la mesa viene de la vieja lámpara de escritorio de mi padre, con el brazo flexible.

Sábado

–Seguro mi padre alguna vez me habrá dicho –dijo Lucía«Hija, tenés que terminar una carrera» y por eso me ve aquí, profesor, siguiendo su curso, para poder recibirme.

De esa manera Lucía había comentado, hacia el final del curso, el comienzo de El gran Gatsby. Estábamos en el aula grande de la Facultad de Humanidades de La Plata, en el curso de Literatura Norteamericana, una tarde. El profesor era Ernesto Rovel, siempre seducía a sus alumnas más rebeldes y al escucharla pensé que Lucía había entrado en el juego.

De pie en la tarima, al lado del escritorio donde Rovel estaba sentado, Lucía empezó a dibujar en el pizarrón algunos diagramas con el nombre de los personajes y flechas que indicaban sus relaciones.

–Fíjese lo que pasa con las mujeres en la novela –siguió ella–, con Daisy, con Myrtle Wilson, son un desastre, perdidas, estereotipadas, las matan o están locas o son unas chiquilinas ridículas.

Rovel la miraba, fumando, con su cara pesada, alcohólica, escéptica.

–Las mujeres... –la interrumpió, y dejó en el aire los puntos suspensivos–. Usted se refiere al uso de los pronombres femeninos en el libro. No hay mujeres en una novela, solo hay palabras.

–Oh, si la literatura estuviera hecha solo de palabras... –dijo Lucía, y no encontró las palabras para seguir y optó por sonreír con una sonrisa arisca, deslumbrante–. Los hombres se transmiten unos a otros esos consejos idiotas y las mujeres son las que cortan la cadena. –Hizo una pausa; ahora era Rovel el que sonreía.

–Pero Gatsby no sigue ningún consejo.

–Por eso es un héroe.

–Gatsby solo intenta cambiar el pasado. Quiere volver atrás y retomar la vida donde la dejó cuando empezó a equivocarse... –dijo Rovel–. Muy bien, Reynal –dijo después–. Puede sentarse. Pero dígame –la miró irónico– qué otro consejo de su padre cree que ha vivido.

Ella se detuvo en la tarima.

–«Hija, tenés que aprender inglés», supongo que me habrá dicho. «Tenés que estudiar filosofía, tenés que ser socialista.» Digo eso –dijo ella– porque esas son las cosas que hice...

Hubo un instante de silencio, como si algo íntimo hubiera cruzado el salón de clase. Rovel y Lucía se miraron un momento y después ella, serena, sin apuro, bajó del estrado y vino a sentarse junto a mí. Todo se detuvo porque Lucía era

demasiado bella y demasiado luminosa e incluso Rovel hizo una pausa, como si una luz hubiera interferido en el aire.

Lucía conocía el arte de la interrupción, con solo mover la mano producía un desplazamiento de los cuerpos [era como la heroína de una novela traída y llevada por el movimiento de la intriga. Claro que ella no era la heroína de ninguna novela aunque me hubiera gustado que lo fuera para cambiarle el destino].

Era mayor que nosotros, había dejado y retomado varias veces la Facultad; se había casado a los diecisiete años con un pariente lejano, mayor que ella, un primo con campos en Pehuajó; había tenido una hija y vivía en City Bell y todos le andábamos alrededor como si tuviera una música propia.

–¿Qué tal estuve? –me dijo.

–De primera.

Sonrió y prendió un cigarrillo, la mano le temblaba un poco y se la sostuvo con la otra, como si no quisiera esconder que estaba nerviosa.

Rovel se había parado en la tarima y consultaba unas fichas.

–En la próxima –dijo– vamos a ver «Absolution», el relato que Fitzgerald había escrito como prólogo al Gatsby.

Los alumnos se arremolinaron, le pedían aclaraciones. Rovel bajó del estrado y se acercó a nosotros.

–¿Quieren tomar un café? –dijo hablando para todos los que estábamos ahí pero mirándola a ella–. Tengo un rato hasta la hora del tren.

–Sí, vamos –dijo Lucía.

Éramos cinco o seis, y Vicky, que estaba conmigo en ese tiempo, se fue adelante. Bajamos por la calle 6 y caminamos hasta la París.

Rovel vivía en Buenos Aires y viajaba de vuelta en el último tren de la noche. Era uno de esos hombres de cierta

edad, que perduran hasta la generación siguiente porque son impermeables a la experiencia. Había publicado artículos en Sur y era un buen traductor; sus versiones de la poesía de Robert Lowell todavía son legendarias «Mejores que las de Girri», decía él mismo. Me acuerdo que esa noche levantó con desdén el libro que yo tenía sobre la mesa.

–Leen a Gramsci en vez de estar leyendo a Montale. ¿Son sociólogos ustedes? –Repitió el título del libro en voz alta y agregó–: No hay nada más melancólico que la vida nacional.

–Salvo la literatura nacional –dijo Vicky.

La mesa estaba llena de tazas de café y Rovel tenía su segundo whisky en la mano. Lucía había pedido una ginebra.

–Con hielo, querido –le dijo al mozo. Y después miró a Rovel–. Perdone, profesor, usted critica lo que nosotros leemos ahora... pero sigue pegado a lo que estaba de moda cuando usted era estudiante. ¿O no fue una moda toda esa bosta formalista del New Criticism? –concluyó con una dulce sonrisa.

–Usted está casada con un estanciero, ¿no?

–Médico.

–Entonces diga la enfermedad formalista –se reía Rovel.

Yo me amargué inmediatamente. En aquel tiempo era incapaz de pensar sobre la naturaleza de las relaciones ajenas porque solo me preocupaba la actitud que los demás tenían conmigo –y me afectó que Rovel supiera que ella estaba casada–. ¿Cómo sabía él que Lucía estaba casada? Eso me distrajo de las hipótesis y los chistes que se entreveraban en la mesa.

Los ricos son diferentes a nosotros, había escrito Fitzgerald. «Sí, tienen más plata», le había contestado Hemingway. Según Rovel, la respuesta de Hemingway probaba que no era un novelista.

–Sin diferencia social no hay buenas novelas –concluyó.

–Pero diferencia..., qué diferencia –dijo la pecosa neurasténica que estudiaba lenguas clásicas.

–Puro name dropping –dijo Lucía–. Listas de lugares, marcas de ropa, joyas, caballos de polo, autos europeos, hoteles de lujo. La experiencia como un aviso de publicidad.

Conversaciones al anochecer de un día agitado. [Hablábamos así en aquel tiempo] en los bares abiertos toda la noche, y Rovel se divertía y nos provocaba, era cínico, el único que pensaba hace dos años lo que todos piensan ahora. Y Lucía lo enfrentaba, desentonaba un poco ella también, pero desentonaba al revés, nos hacía desentonar a todos.

Estaba sentada frente a él y se inclinó para pedirle fuego. Sostenía el cigarrillo entre el índice y el pulgar; con cierta afectación, que las chicas le empezaron a copiar no bien la vieron.

Lucía jugaba con Rovel (pensé entonces), pero jugaba conmigo (pienso ahora), y entre nosotros estaba Vicky, una entrerriana pelirroja, chiquita y activa que me gustaba mucho y con la que tendría que haberme casado si no se hubiera cruzado Lucía. Vicky era inteligente, optimista, serena, directa, y siempre dispuesta a experimentar todas las fantasías sexuales que se le pudieran ocurrir a ella (o a mí). Pero uno nunca se queda [nunca nos quedamos] con la persona que le conviene, si no la vida sería más fácil. Vicky estaba tan aburrida esa noche en el bar y tan harta del afectado entusiasmo de Rovel que de golpe se quedó dormida y él la miró, inquieto.

–Pero esta chica se quedó dormida –dijo.

Vicky se despertó de inmediato y sonrió, sin justificarse ni nada parecido, sencillamente abrió los ojos y dijo:

–Tengo narcolepsia literaria, profesor, me quedo dormida cuando no me gusta el estilo de la conversación.

Así era Vicky, se reía de sí misma y de todos nosotros, pero después de esa noche ya no quiso saber nada conmigo.

Estuvimos un rato más en el bar hasta que Rovel empezó a guardar los cigarrillos mientras llamaba al mozo. Salimos en grupo a la calle. La noche era fresca, las luces de la plaza Rocha alumbraban los árboles y los tilos ya habían florecido. Vicky se había retrasado y estaba un poco alejada, prendiendo un cigarrillo contra la pared, cuidando que el viento no le apagara la llama. Lucía estaba junto a Rovel.

–¿Me acompañan hasta la estación? –dijo él hablando para todos los que estábamos ahí pero mirándola a ella–. Tengo un rato hasta la hora del tren.

Lucía se me arrimó, cálida.

–Nosotros tenemos que irnos –dijo, y me tomó la mano. Después se apretó contra mí, era un poco más baja y tenía un cuerpo ágil y firme.

Vicky se acercó, y al vernos dio media vuelta y se alejó sin decir nada, sin despedirse.

[Por el cristal de la vidriera iluminada de la librería que está en la esquina del correo la vi marcharse a Vicky, con tranquilidad, enérgica, decidida. Más lejos, vi a Rovel rodeado de algunos estudiantes que lo seguían hacia la estación.]

Y esa fue la noche en que Lucía se vino a la cama conmigo por primera vez.

Domingo

El abuelo está sentado otra vez al sol y canta en voz baja siempre la misma canción como un mantra (Bella ciao, bella ciao, ciao...).

–No creo que vuelva a vivir en el campo –me dice ahora–, no me gusta acá pero ya no quiero vivir en el campo. Anoche me perdí –(«extravié», dice)–, no te creas que no me doy cuenta... Tengo lagunas –dice, y se toca la frente–. ¿Tu padre

cómo va? Tampoco yo me hablo con él, no me gustan los médicos y tampoco me gustan los hijos directos, sabés, prefiero los hijos indirectos. Tu padre se la pasa dándome consejos medicinales, podés creer, me da consejos, me da muestras gratis, las lleva en los bolsillos, se las regalan los visitadores médicos, esa ralea de mendigos y sirvientes con sus valijas de muestras, tranquilizantes, ampollas de morfina; no teníamos ya morfina para los heridos, te pedían que los mataras, son traficantes domésticos los visitadores, paran en hoteles de provincia, los he visto por el campo, de traje y corbata entre las chacras, los viajantes con sus autos roñosos; por eso no sabe qué decir cuando está conmigo, tu padre, pero sabe bien lo que pienso y, como lo sabe, no puede hablar y opta por darme recomendaciones como si él fuera no un médico, sino un visitador médico –se ríe–, lo tomo como una afrenta..., te das cuenta, lo peor era ver los caballos y caballos y mulas muertos, tirados al costado del camino, y los perros carroñeros que corrían entre los alambres de púa comiendo carne muerta de animales y cristianos...

Bella ciao, Bella ciao, ciao, canta el abuelo, al sol, sentado en la silla de lona, en el jardín florido.

Lunes

De pie junto a la cama, Lucía se sacó los aros y empezó a desnudarse. Rubia, los pechos firmes, los pezones oscuros, el vello del pubis casi afeitado, como si fuera núbil. Tenía unas manchas blancas en la piel, un leve tatuaje pálido que le cruzaba el cuerpo. Eran marcas de nacimiento, rastros de su vida pasada, que la embellecían aún más.

–¿Querés así, pichón? –dijo, y se inclinó hacia mí.

–No necesito nadie que me enseñe nada...

–Me gustan los hombres que hacen lo que quieren.

Era como si siempre se estuviera riendo de mí. Me acerqué y empecé a besarla. Una sensación de intimidad que nunca había sentido.

Al día siguiente nos desveló la claridad de la mañana y ya no pudimos dormir. Habíamos estado despiertos toda la noche; habíamos salido del sueño para hablar, para hacerlo (como decía Lucía). Vamos a hacerlo ahora.

–Mi hija también tiene estas marcas y no me lo perdona.

Su cuerpo tenía un destello lunar, parecía disolverse cuando yo entraba en ella.

–De chica yo también me había acomplejado, pero ahora estoy orgullosa. Mi madre no las tiene, pero mi abuela sí.

–Mujeres de piel pálida.

–Mi abuela decía que teníamos un antepasado esquimal. Imaginate, un esquimal, en la blancura del Ártico... Se pintan la piel con aceite de ballena, rayas y rayas negras y rojas. Nunca dicen su nombre, es un secreto, solo lo revelan cuando sienten que van a morir.

–Porque si no sus almas no tienen paz –improvisé...

–Querés fumar –dijo después.

–Estoy fumando

–Un porrito, gil.

Ella tenía el cigarrito ya armado en la cartera. Cerrado en una punta y con un finísimo filtro de cartón en la otra, que ella misma había hecho seguramente con mucha paciencia, para que no se mojara la hierba al fumarla.

–Rovel es simpático. Cuando Vicky se le durmió en la cara casi se muere.

–Aspira al oído perpetuo..., ¿pero cómo sabe que estás casada?

–Nos vimos un par de veces en Buenos Aires.

No dije nada. El aire movía las cortinas blancas, la luz era suave y cálida.

Desde abajo nos llegaba una música solemne, era Bardi, el noctámbulo que estudiaba Ingeniería y se pasaba las horas escuchando música. Un estudiante crónico, muy introvertido, cada tanto mandaba un telegrama a su casa, en el Chaco, diciendo que había aprobado una materia, pero en años y años no había rendido ninguna. [Mientras se lo contaba,] Lucía terminó de vestirse. Bajamos a comer; la casa estaba tranquila, quieta. Ella salió al patio, miró la ropa tendida, las macetas, el cartel del Club Atenas.

Me acuerdo que cocinó hígado con cebolla. No teníamos vino, así que almorzamos con ginebra. Ella le ponía soda.

–No tendría que tomar alcohol –dijo–. Mañana paro.

Bardi se acercó muy ceremonioso y después de alguna vacilación y varias disculpas se sentó a comer con nosotros porque ya se le había hecho tarde para ir al comedor, que cerraba a las dos. Se la pasaba en Bellas Artes colado en las clases de composición musical. Era muy sistemático y muy apasionado, fue el primero que me hizo escuchar a Olivier Messiaen y el primero que me habló de Charles Ives. Reconstruía la historia de la música siguiendo un orden y escuchaba todas las obras de los músicos que le interesaban, desde el Opus 1 hasta el final. No tocaba ningún instrumento, pero más de una vez lo sorprendí dirigiendo en el aire la orquesta de la obra que escuchaba. Ahora había vuelto a Mahler. Sacaba los discos de la sala de música de la Biblioteca de la Universidad, tres discos de larga duración por semana. Quería olvidarse de todo. Odiaba a su padre, un político del Chaco, un verdadero canalla, decía Bardi con voz suave.

Bardi nunca se recibió, y al año siguiente consiguió trabajo en Casa América, en Buenos Aires, y me acuerdo que una noche, al bajar del tren, me lo encontré en la estación Constitución en la zona de levante de los chongos cerca de los baños y se quedó muy inhibido. Dos o tres meses después se encerró en su departamento y no salió, y dicen que por la ventana tiraba a la calle unos papeles donde decía «Socorro», pero nadie le hizo caso ni leyó los pedidos de auxilio y lo encontraron muerto.

Pero ese día estaba tranquilo y parecía contento de que estuviéramos comiendo con él. Escuchaba la quinta de Mahler, muy fuerte como era su costumbre. Me parece que ese día yo le estaba aconsejando que fuera a Mar del Plata en la temporada a trabajar en un bar, en un restaurante, en un hotel, durante los meses de verano se podía hacer una diferencia y vivir con eso todo el año. Estaba muy serio y escuchaba con mucha atención y yo me ofrecí a conseguirle algún lugar donde pudiera quedarse a vivir durante algunos meses. Lucía también le daba consejos y enseguida se pusieron de acuerdo en que se podía vivir sin plata, casi sin plata, como los monjes trapenses o los linyeras. Y estábamos ahí conversando, en la cocina, tomando café cuando sonó el teléfono. Lucía se puso lívida y se levantó.

Salió al patio. Yo tampoco atendí. Lucía, en un costado, cerca de la escalera estaba de espaldas y fumaba. Bardi fue al teléfono y cuando vino no explicó nada... [No era nadie, aclaró, un señor, equivocado.] Era discreto y había comprendido todo sin hablar. Ella volvió a la cocina y se apoyó en la pared. ¿Cómo habían sabido que estaba ahí?, pensé yo. Ella se quedó quieta, como ausente.

Fue un ejemplo de lo que Lucía misma llamaba el síntoma de la taza cachada. [Una de esas tacitas de porcelana a las que

se le suelta el asa y se las encola y se ve la raya blanca al costado.]

–Hay que manejarme con cuidado. –Movió el codo como si fuera un ala–. Se despega.

Estábamos en La Modelo, amplia y tranquila a esa hora de la tarde, y fue ahí donde apareció la metáfora de la vajilla quebrada.

–Era muy chica cuando tuve a mi hija y ahora ella está más pegada al padre que a mí.

A los cinco años, la hija ya estaba tomando clases de equitación. Al marido le parecía elegante, según Lucía.

Me dijo que tenía la sensación de que el tiempo se le iba de las manos, las horas perdidas la abrumaban. No esto, me dijo, esto es al revés, cuánto hacía que estábamos juntos..., una noche y parecía que hiciera semanas. Ojalá pudiéramos detener el tiempo, dijo de pronto.

Se tomaba todo en serio, menos su propia vida. Quería hacer la tesis con Agoglia sobre Simone Weil. Yo pensaba irme a vivir a Buenos Aires, trabajaba con mi abuelo, pero podía conseguir un puesto en El Mundo. Estoy escribiendo notas ahora y tengo un amigo en la redacción...

–¿Qué estás escribiendo?

–En el suplemento literario...

–Pornografía de clase media –dijo ella.

Siempre decía la verdad, decía lo que pensaba. Ya nos habíamos contado nuestras historias personales, las síntesis de la vida de cada uno, los hechos que uno cree que fueron decisivos. Yo había empezado a escribir cuentos en esa época, y estaba un poco perdido, casi a punto de terminar la carrera, sin muchas posibilidades, salvo ese trabajo en el diario. No es así la historia que me hago ahora de aquel tiempo, pero eso era lo que pensaba de mi vida en esos días.

–Me hubiera gustado estar con un solo hombre, para no tener que volver a contar mi vida de nuevo –me había dicho Lucía. Todo lo que decía me hacía sufrir. Y se daba cuenta. Me agarró la mano–. Por qué no nos vamos unos días a Punta Lara...

–Claro, sí, vamos, ahora que está empezando el verano.

–Al lado del río. Conozco un lugar ahí.

Otra vez sentí el ardor de los celos.

–No, vamos a lo de Dipi, tiene una casa, me la va a prestar.

Fuimos entonces a la casa de Dipi, cerca de la estación, un largo pasillo y dos piezas [cuartos] altísimas casi sin muebles pero con libros amontonados en todos lados. Dipi estaba en la cama, tomando mate y leyendo con su nueva novia, una japonesa que parecía tener trece años, como todas las novias de Dipi.

–No es japonesa, es euroasiática –dijo Dipi–. La madre es del Kubán, desierto tártaro, ¿no es cierto, nena?

La muchacha sonreía y afirmaba. Dipi de vez en cuando, entre mate y mate, tomaba ginebra pero también fumaba y acariciaba a la chica.

–Lucía, vení, acostate con nosotros –dijo él, y le hizo lugar en la cama. Una de cada lado–. Podés irte vos, nomás... –se reía Dipi.

Le dio un mate a Lucía.

–Difícil tomar mate acostada –dijo ella, y se sentó conmigo en la butaca.

–Trilce se llama, bueno, no se llama, yo le puse ese nombre porque es bella y hermética. En el desierto, escuchen esto, en el desierto los tártaros se sientan ante un ojo de agua para charlar, como los gauchos se sientan frente al fuego.

–¿Qué gauchos? –dijo Lucía.

–Los crotos son los únicos gauchos que quedan –dijo Dipi, que se reía como si los chistes fueran de otro.

Me acuerdo que esa noche nos hizo escuchar el primer simple de los Beatles, con «Love Me Do» y «P. S. I Love You». Se lo había traído la Lolita euroasiática, que había pasado el verano en Londres con el padre, como contaba entusiasmado Dipi. Todas sus novias y sus amigos eran excepcionales, según él, todos tipos de primera, que le traían las últimas novedades y las últimas noticias y lo tenían al tanto del movimiento del universo sin que él tuviera que moverse de la cama o salir de su pieza.

De pronto Dipi se levantó desnudo, nos dio la espalda y se puso el pantalón. Ceremonioso, con un brillo astuto en los ojos, se acercó a la japonesa y después me dijo, mirando a Lucía:

–Te la cambio.

–Mejor yo me quedo con ella y te lo presto a Emilio –dijo Lucía.

–Es muy feo –dijo Dipi.

–A mí me parece muy hermoso –dijo la japonesa–. Tan hermoso que no puedo mirarlo.

–Graziosissime donne –dijo Dipi–. Estamos siempre en el Decameron –acentuando la primera e, a la italiana–. Miren lo que tengo aquí. –Era una guía de Roma–. Acá nació mi abuelo, cerca de la tumba de Nerón.

–Es hermosa la tumba –dijo la japonesa, y ahí me di cuenta de que hermosa era una expresión suya, como decir hola o bien.

Lucía parecía contenta de estar ahí, divertida ante la japonesita con sus expresiones rebuscadas y el «hermoso» en medio de las frases.

–Qué tumba, si lo enterraron en el campo, en su villa.

–La hicieron en el siglo III –dijo Dipi–. Porque el espíritu de Nerón se le aparecía al papa Ludovico III y no lo dejaba

tranquilo. ¿No es genial? Che, pero qué bien que vinieron a visitarnos, ¿quieren comer algo?

–Vengo a pedirte un favor.

–Plata no tengo.

–La casa esa en Punta Lara, ¿se puede usar?

–Pero claro, viejo, les doy la llave, está la moto ahí, la moto de Ferreyra, con sidecar y todo. Pueden rajarse a la Patagonia con esa moto.

Lucía se había sentado ahora al lado de la japonesa, que seguía desnuda en la cama; le hablaba de cerca y le acariciaba el pelo y se lo acomodaba atrás de la oreja, porque la chica tenía un pelo negro muy hermoso.

–Viste lo que es eso –dijo Dipi señalando la música que sonaba en su Winco–. Viste lo que hacen esos tipos, son working class, otra que Perry Como. Se terminó la clase media musical, queridos, estamos con el Chango Nieto, con Alberto Castillo, y con los Beatles ragtime de los barrios obreros de Liverpool.

Eran casi las seis de la tarde, había empezado a oscurecer, yo quería que nos fuéramos directamente a Punta Lara pero Lucía insistió en que pasáramos por la pensión.

–Me dejé unas cosas allá, unos libros.

–Compramos todo de nuevo.

Miró en la cartera.

–Me dejé el porro y unas pastillas.

Así que fuimos.

La casa estaba en silencio. Bardi parecía dormir con la puerta cerrada, no había movimiento en ningún lado. En cuanto entramos, Lucía se puso rara, parecía nerviosa, de pronto no la vi y me di cuenta de que había bajado y estaba hablando por

teléfono en la cocina. [Había llamado ella y no quise escuchar.] Me pareció que discutía con alguien.

Al rato vino a la pieza, parecía cortada, medio ausente mientras buscaba sus cosas.

–Tengo que irme –dijo.

–¿Cómo sabía él que estabas en casa?

–Le avisé que iba a estar con vos –dijo ella–. Quiero que la nena sepa siempre dónde estoy...

–La gente débil hace ver la debilidad de los demás –dije.

Ella me contestó con una frase precisa y seca, no la voy a repetir. Tenía el infalible instinto de las mujeres inteligentes para calar la comedia masculina. Pienso eso ahora. En ese momento me quedé inmóvil. No quise preguntarle nada, no quería que se justificara.

–Lástima –dije.

La terminal era un playón, con los grandes ómnibus estacionados a los costados, sobre la calle. El Río de la Plata a City Bell salía en un rato. Nos sentamos en un banco de madera. Compré una botella de cerveza en un quiosco. Ella prendió un porro y lo fumó bajo la luz. Una música estridente bajaba de los altoparlantes por los que también anunciaban la salida de los ómnibus. Estuvimos ahí, quietos, casi sin hablar.

–Nunca puedo descansar...

¿Dijo eso? No estoy seguro, no era su estilo. Lo único que me falta es escuchar voces, pensé, me acuerdo.

Parecíamos dos muertos vivos. ¿Qué había pasado? Ya estaba en el pasado. El presente no había durado nada. Ella y su marido hacían destrozos y después volvían a estar juntos. Basta un gesto y el mundo entero se transforma.

De pronto, de la nada, apareció un mendigo, alto, joven, vestido con sobretodo, sin camisa, los zapatos rotos, las canillas al aire.

–¿No le sobra una moneda, don? –me dijo.

Ella lo miró. Era rubio, la piel lívida, una especie de Raskólnikov buscando plata para comprar un hacha.

–Necesito tomarme un vino.

Lucía abrió la cartera y sacó un fajo de billetes. Pareció darle toda la plata que tenía. El mendigo se quedó quieto un rato, moviéndose en su lugar y murmurando frases inconexas en una especie de canturreo suave. Después buscó en el saco y le alcanzó una moneda a Lucía, como si quisiera darle también él una limosna.

–La encontré en un barco hundido –dijo–. Es un dracma. Trae suerte. –La miró serio–. Ando siempre por acá, por cualquier cosa que precise...

Se alejó, murmurando, con las dos manos en los bolsillos del abrigo y se perdió en la oscuridad de la noche.

En ese momento llegó el ómnibus, Lucía se levantó y se acercó al conductor, que recibía los boletos parado junto a la puerta abierta. Ella esperó un momento y antes de subir me dio un beso.

–Las cosas son así, pichón –dijo.

Después me abrió la mano y me dio la moneda griega. El ómnibus arrancó y empezó a alejarse y yo me quede ahí.

El mendigo volvió a entrar a la estación y dio unas vueltas antes de acercarse a otra pareja sentada en el fondo y pedirles algo.

Todavía tengo la moneda conmigo. La moneda de la suerte según Raskólnikov. La tiro al aire, a veces, todavía, cuando tengo que tomar una decisión difícil.

CANTO RODADO

Las historias proliferan en mi familia, dijo Renzi. Se cuentan las mismas una y otra vez, y al contarlas y al repetirlas mejoran, se pulen igual que el canto rodado que el agua cultiva en el fondo de los ríos. Alguien canta y su canto va rodando de un lado al otro durante años. Mi madre, por ejemplo, que ahora vive en Canadá con mi hermano, y si quiero saber algo tengo que llamarla por teléfono y el relato entonces ya no tiene el sentido secreto de los gestos, y sobre todo la mirada de mi madre, sus ojos celestes, un poco turbios pero muy expresivos, que comentaban los hechos y le daban otros sentidos. Mi madre fue, durante años, la depositaria más fiel de las historias de la familia y esas historias eran muy buenas porque se sostenían sobre lo personal, había figuras fijas, por ejemplo mi tío Marcelo Maggi, a quien siempre se regresaba y al que nunca se ha de olvidar.

Ella, mi madre, una tarde, en los días en que enterramos a mi abuelo, de pronto, en el patio bajo la parra, a la sombra, decidió revelarme el secreto, es decir, la verdad de la vida de Emilio, como ella le decía, siempre un poco incómoda porque yo llevaba el mismo nombre del padre de mi padre y eso le producía una especie de furia, como si entreviera o temiera que el parecido de los nombres pudiera afectar al destino de su hijo. Por eso a mí solo me decía Emilio cuando estaba enojada o molesta y entonces modulaba mi nombre como quien raspa un vidrio y produce un quejido insoportable: Emmiliiio, me decía hasta ensordecerme. Pero el resto del tiempo, antes que muriera mi abuelo, me llamó Em o Nene o simplemente nada, hablaba sin nombrarme con una entonación cariñosa que hacía inevitable mi presencia en la frase que me estaba referida.

Nadie podía dudar que aquel a quien ella no llamaba por su nombre era su hijo preferido. No llamarme como todos me llamaban, sino haciendo una leve pausa –una modulación silenciosa– en la que era nítida la intimidad que tenía conmigo. No bien murió mi abuelo, esa misma tarde empezó a llamarme Emilio, con una cadencia nueva, y enseguida, como si quisiera borrar al muerto de la escena, pasó a contarme la razón, o mejor, el motivo por el cual mi abuelo se había presentado como voluntario en la Primera Guerra Mundial. Una decisión demencial que durante años fue para mí la mayor prueba de su coraje y de su hombría. Porque el Nono fue a la embajada italiana en Buenos Aires y pidió que lo embarcaran inmediatamente hacia el frente de batalla. Como era un hombre culto y físicamente estaba en la plenitud, lo nombraron oficial y tuvo responsabilidades no bien llegó a la primera línea de fuego.

Emilio Renzi estaba entonces en el mismo bar al que iba todas las tardes, sentado ante la misma mesa, en la ochava, contra la ventana que daba a la esquina de Riobamba y Arenales, y parecía haber descubierto, o recordado, un hecho perdido de su vida que le había permitido entender mejor la experiencia de su abuelo.

Lo peor de la guerra, decía mi abuelo, continuó Renzi, era la inmovilidad, hundidos en la trinchera, en esas cuevas, inundadas, barrosas, había que estar quieto y esperar. ¿Esperar qué?, preguntaba mi abuelo, decía Renzi, y se quedaba callado, con la vista perdida en las flores del patio, con aire atento, pero se extraviaba en los recuerdos. La historia de mi abuelo que había hecho la guerra era uno de los relatos clave de la novela familiar que se contaba a coro y en la que mi madre era

la narradora esencial, en ella había recalado la densa mitología colectiva, porque ella era la menor de todos sus hermanos, la más chica y la que fue recibiendo en tandas, en cada nueva generación, el relato o los relatos, porque a veces una de esas historias se contaba durante meses, por ejemplo, la acción de su sobrino Mencho (hijo de su hermano Marlon), que, cuando su padre murió, trató de rescatarlo de las tinieblas, tan afectado que esa noche, horas después de que su padre hubiera sido depositado en el mausoleo de la familia en el cementerio del pueblo, una cripta, aunque no era una cripta sino la construcción destinada a que se depositaran ahí los muertos de la familia, salió Mencho con su camioneta, forzó la puerta de entrada del camposanto y avanzó luego por las amplias calles interiores hasta detenerse junto a la construcción funeraria y, con la llave que cada uno de los parientes poseía, con el derecho de abrir la puerta de hierro y vidrio biselado que estaba además labrada, la puerta, con filigranas de acero blanco que simulaba un árbol, mi primo entró, se santiguó y sacó de ahí el cajón con el cadáver de su padre, lo cargó al hombro y lo subió con delicado cuidado a la caja de la camioneta, sin dejar de hablar con el cadáver, bajo la luz de la luna. Cruzó el pueblo con el muerto, con su padre tan querido, y se detuvo ante la laguna porque no podía soportar la idea de que su padre estuviera solo esa noche. La historia del que se robó el féretro y lo paseó por la calle hasta que al mediodía la policía lo encontró en la laguna, donde sentado junto al catafalco le hablaba sin que nadie haya podido saber qué le decía, era contada con una sonrisa, como si fuera una comedia. Porque mi madre contaba esa historia con elegancia y respeto, y también con cierta ironía. El chico, decía mi madre, supo honrar al espectro de su padre muerto. ¿No te parece, querido?, me decía, sugiriendo con su mirada llena de luz que también yo

debía hacer lo mismo cuando ella, en fin, pasara, como decía, a mejor vida.

También la historia de la prisión de mi padre tenía un lugar reservado y preponderante en la versión oficial del pasado de todos, aunque mi madre la contaba con sarcasmo, le quitaba toda la épica y, para colmo, la reconstrucción de los hechos sucedía con mi padre presente en la sala. Pero él ya no se preocupaba por desmentir la versión y dejaba que la narración de su mujer fluyera.

La diferencia, en el caso de mi abuelo Emilio y su aventura en la guerra, era que mi madre se había guardado un as en la manga. Mi abuelo fue destinado a la línea fortificada en los Alpes, una franja de trincheras instalada en lo alto de la cadena montañosa. Era imposible estar ahí, un frío atroz, senderos estrechos entre las rocas heladas, y sin embargo mantuvieron la posición meses y meses.

Esa historia era contada con júbilo a espaldas de mi abuelo, cuando no estaba, porque su versión de los hechos era fragmentaria y lacónica, en realidad estaba centrada en su destino en la oficina de correos del Segundo Ejército, esa experiencia era la que lo había marcado y lo había conducido casi a la demencia. Pero mi madre fue capaz de guardar el secreto durante muchísimos años, porque ese era su estilo, muy fiel siempre a los compromisos y a los pactos. Mi abuelo confiaba en ella y yo heredé esa confianza, si bien mi abuelo nunca me dijo por qué había decidido dejar todo y presentarse como voluntario en esa guerra; he contado parte de su historia en una de mis novelas, disfrazado bajo el nombre de Bruno Belladona. Fue jefe de estación en un punto desolado de la

pampa, y fundó un pueblo y fue jefe político y caudillo del lugar, y compró tierras y se enriqueció, ayudado por sus contactos políticos, y su decisión de ir a la guerra fue entendida en el pueblo como un ejemplo de patriotismo y valor. En aquel tiempo muchos jóvenes imaginaban que ir a la guerra era una manera de adquirir una experiencia que estaba más allá de lo que cualquiera de ellos podía soñar en la vida civil.

Renzi se detuvo un momento y miró la calle casi desierta esa tarde de verano y después siguió hablando con el mismo entusiasmo con el que había empezado a contar la historia. Si me hice escritor, es decir, si tomé esa decisión que definió toda mi vida, fue también a causa de los relatos que circulaban en mi familia, aprendí ahí la fascinación y el poder que se esconde en el acto de contar una vida o un episodio o un acontecimiento para un círculo de conocidos que comparten con uno los sobrentendidos de lo que se está contando. Por eso a veces digo que le debo todo a mi madre, porque ella fue para mí el ejemplo más convincente del modo de ser de un narrador que dedica su vida a contar con variantes y desvíos siempre la misma historia. Una historia que todos conocen y que todos quieren volver a escuchar una y otra vez. Porque esa es la lógica de la así llamada novela familiar, la repetición y el conocimiento de lo que está por suceder en la crónica de la vida que todos han comenzado a escuchar desde la cuna, porque uno de los ejercicios más persistentes en la familia de mi madre era contarles a los niños esas historias terribles, de mujeres alcohólicas y bellas, como mi tía Regina, la madre de Mencho, que en algún momento tomó la decisión de no salir de su casa y pasaba los días fumando y tomando whisky y escuchando una emisora uruguaya que durante veinticuatro horas del día pasaba discos de Carlos Gardel; escuchaba los

tangos mi tía y monologaba sola en la casa ante la mirada aterrada o quizá fascinada de su hijo Mencho. Esa historia, por ejemplo, partía de ese núcleo cerrado: una bella mujer alcohólica que no sale de su casa y solo escucha tangos de Carlos Gardel. Por qué no sale, por qué se recluye, nunca se aclara, nunca, dijo Renzi, nunca se aclaraba porque sabía muy bien cómo se narra una historia, se toma un hecho o una imagen, por ejemplo una hermosa mujer que fuma y bebe en su casa y escucha la radio, se contaba ese hecho y se lo pulía como a esas piedras a las que el agua convierte en joyas herméticas, pero nunca se explica el motivo de los hechos. Solo se lo narra y se lo deja ahí, en el aire limpio de la tarde flotando como un sueño o una aparición. Eso fue lo que aprendí en las historias familiares que contaba mi madre: la insistencia y la falta de razón.

Todas las novelas que he escrito vienen de ahí, narran episodios de esa épica familiar. La primera empezó con la historia de mi tío Marcelo, que dejó todo por amor a una cabaretera. Luego, cuando los retomo y vuelvo a contarlos, los argumentos cambian, no tienen nada de autobiográfico, pero nunca podría escribir un relato que no tuviera en el fondo una experiencia propia. Sin eso, dijo, sin un rastro de mi vida, no se puede narrar, o al menos yo no puedo creer lo que cuento si no estoy personalmente implicado. Después todo consiste en borrar la huella y seguir a ciegas los sentimientos y las emociones que vienen para mí de los relatos que me han contado.

Lo más divertido era que uno estaba adentro de los relatos que circulaban. No solo los escuchaba y los conocía, sino que además podía estar entre ellos. He pasado algunas tardes en la casa de mi tía Regina y he conversado con ella y la he visto

moverse de un lado al otro por los cuartos, sin salir nunca a la calle, mientras en la radio se escuchaba cantar a Gardel. Ella misma, a veces, cantaba también algunos tangos con una voz emocionada que nunca he podido olvidar. O sea que era posible escuchar la historia, conocer sus variantes y sus cambios y las conjeturas que circulaban sobre sus núcleos oscuros, y al mismo tiempo entrar ahí, verlos vivir, verlos acatar lo que la trama conocida les indicaba. Por ejemplo, una tarde de primavera, lo recuerdo como si fuera hoy, fui a verla y de un modo ladino empecé a invitar a Regina a venir conmigo a la plaza a tomar un helado y entonces vi el modo curioso en que ella eludía la invitación, sin negarse, pero tercamente, con pretextos triviales. En ese momento, justamente, tenía que esperar una llamada telefónica y aunque la llamada no acontecía, ella podía negarse a salir sin dar mayores explicaciones. Esa cualidad única de estar adentro y afuera de una historia, y verla mientras sucede, marcó toda mi literatura y definió mi manera de narrar. La vivencia del argumento es una experiencia única, la historia está ahí y uno es a la vez un testigo y un protagonista tangencial. En algunos casos intervine en la historia y fui yo también uno de sus héroes. Por ejemplo, fui a buscar a Concordia, en Entre Ríos, a mi tío Marcelo y de ese modo pude no solo participar en su historia, sino también transformarla.

De modo que hay historias personales en las que uno es el protagonista y que nunca son para quien las vive demasiado interesantes y hay también historias personalizadas en las que uno participa sin que nadie lo vea, como si fuera solo un invitado, un intruso, pero sintiera en su cuerpo la emoción que la define. Porque narrar, dijo, querido, es transmitir una emoción. Eso es narrar, dijo enfurecido de pronto, transmitir una emoción personal de las historias que uno ha vivido

íntimamente y apenas. Apenas nomás, dijo, no hace falta mucho para tener los sentimientos de una historia, basta sorprender a su madre besándose con un desconocido para escribir entonces Ana Karenina, ¿está claro?, preguntó sonriendo. Sí, está clarísimo, dijo después, hay que vivir y no vivir, estar ahí y pasar desapercibido, para poder entonces narrar una historia como si fuera propia.

Ahora, por ejemplo, tengo una musa mexicana, una amiga a la que quiero mucho con la que compartí unos años en Princeton, fue mi colega ahí y con ella hicimos muchas cosas en aquellos años y nos escribimos cada tanto. Ella, Lucía, me mandó, si se puede decir así, me envió, a una de sus hijas, bella como ella. Se detuvo: bella como ella es un verso, una aliteración poética, para decirlo mejor. Y su hija, María, vino a Buenos Aires porque su madre ya no la soportaba cerca y de hecho hizo todo, dijo frases hirientes, tuvo gestos descorteses, fue indiferente y fue sarcástica, hasta que su hija, ofendida, harta de su madre y de los tenebrosos consejos de su madre, decidió escapar y venir al punto más extremo del continente, bien al sur, y recaló en Buenos Aires con la intención de hacer un trabajo de campo para estudiar la singularidad o el matiz propio de los usos del lenguaje en territorios lejanos. En México, dijo Renzi, que parecía haber empezado a desvariar un poco, como le venía sucediendo cada vez con más frecuencia desde que estaba enfermo, no enfermo, el jamás usó esa palabra, estaba, para decirlo como él, «un poco embromado», como decía loco de pánico, «no tengo dolores, solo una pequeña perturbación en la mano izquierda, que es mi mano buena, o mejor dicho, fue mi mano buena porque soy zurdo, salvo eso y un cansancio que parece venir del comienzo de los tiempos, estoy perfectamente bien». Por ese motivo tuvo que contratar a

una asistente a la cual dictarle su diario, sus cuadernos que había acumulado desde años y años. Pensó que dictar su vida tal cual estaba escrita en esos cuadernos miserables podría entretenerlo, pero sobre todo ayudarlo a buscar la causa, el motivo, la razón por la cual había empezado a sentir que su cuerpo le era ajeno. Esa expresión, «mi cuerpo me es ajeno», abundaba en sus diarios, desde su lejana juventud había empezado a vivir en el cuerpo de otro. «Por eso me hice escritor», dijo, «para mantener a raya y observar detenidamente a ese extraño que se había adueñado de mi cuerpo.» Estoy usando una metáfora, un símil, hay tantos estúpidos, ahora en el mundo, con sus pequeños teléfonos celulares que van por la calle hablando solos, muchas veces me ha pasado, pensar que uno de los ciudadanos, un transeúnte, se ha vuelto loco y habla solo por la calle y a veces se ríe y muchas veces dice «Estoy yendo para allá», y a veces, incluso, detalla sus coordenadas, como suelen decir ahora los imbéciles para certificar que están en algún lugar, y luego dicen, los he escuchado decir, «Le doy mis coordenadas, estoy en Malabia al 1400 y voy hacia ahí, deme dos», se indignaba Renzi, porque esos tarados, en lugar de decir llego en un rato, decían, dicen porque eso sigue sucediendo, «Estoy en dos», para decir, para querer decir «Llego en dos minutos». Dicen «Dame dos» porque la decadencia de la cultura mundial ha llegado al fin. Conozco muchos lugares, soy un hombre sedentario y por lo mismo he viajado continuamente, siempre a desgano, cuanto más sedentario es uno, más viaja. En el mismo sentido que un nómade solo quiere tener un lugar, vivir ahí, tener un sitio propio, pero ya ve, los nómades solo quieren estar quietos, mientras que los sedentarios como yo se la pasan viajando. Es el llamado turismo cultural el que me distrae, y también las excursiones académicas, por eso, un escritor como yo, que solo

anhela estar solo en un cuarto, viaja muchísimo, porque hay congresos internacionales, coloquios, conferencias magistrales, profesores visitantes que están todo el tiempo arriba de un avión revisando los innobles papers que van a leer en salas, aulas, anfiteatros, que son siempre iguales, hay una tarima y un micrófono y un cartelito que dice por ejemplo Emilio Renzi, porque son tantos los conferencistas que es preciso ponerles un distintivo, muchas veces es una tarjeta plastificada con la foto del delincuente que va a hablar, y abajo de la foto su nombre y su origen. En esos viajes como profesor visitante o conferencista invitado, he recorrido muchas ciudades y en todas me he encontrado con gente que va hablando sola por la calle, haciendo gestos y sonriendo. Al principio me daba vuelta sorprendido, pensaba que me hablaban a mí, me he detenido en medio de la calle peatonal y he dicho: «¿Perdón?», como si me hablaran a mí o me conocieran, pero no, seguían caminando rápido con sus aparatitos cada vez más mínimos, habitualmente con un micrófono en la solapa que les permite mantener la conversación telefónica y hacer gestos con las dos manos como si el interlocutor pudiera verlos o como si ellos se mantuvieran todavía en la vieja cultura, cuando la gente se hablaba personalmente. Ellos quizá pensarán que no es una metáfora y que cuando digo «Vivo en el cuerpo de otro» es así, tal cual, son literales, se toman todo al pie de la letra, por eso quiero decir que tengo la sensación de que mi cuerpo no me obedece, que yo estoy sano, lúcido, para decirlo así, pero mi cuerpo está averiado. Nada grave, no hay que alarmarse, le digo a mis amigos. Soy un herido de guerra, un veterano, he vivido en la Argentina y muchos de nosotros, mis amigos, mis camaradas, han muerto en el campo de batalla, jóvenes, con la vida por delante, heridos gravemente, muertos porque en este país los escritores, pero no solo los escritores, estamos siempre en la

zona de peligro, nos instalamos en la frontera psíquica de la sociedad e informamos desde ahí lo que está pasando. Mandamos mensajes, escribimos libros, somos corresponsales de una guerra imaginaria, brutal, sanguinaria. Mis amigos, Miguel Briante, una baja, Juan José Saer, una baja, en la larga lista de los muertos en las avanzadas, en la tierra de nadie donde se libran desde hace años los combates. «Allí donde el sol se esconde / tierra adentro hay que tirar», recitó emocionado Renzi el verso del Martín Fierro. Mozo, dijo después, y levantó con dificultad su mano izquierda e hizo un círculo muy defectuoso, en el aire, le salió más bien un cuadrado, o mejor, un paralelepípedo, y dijo: «Otra vueltita» mirando hacia la barra del bar. «En México», retomó la oración que había dejado en suspenso, suspendida, como un trapecista que espera, alucinado, la señal de su partenaire, para lanzarse entonces por el aire y sin red en un doble salto mortal que culmina cuando atrapa las manos de su ayudante que lo espera, suspendido en lo alto, y de quien se sostiene, como se dice, en el aire. Y eso es narrar, dijo después, tirarse al vacío y confiar en que algún lector lo sostendrá en el aire. «En México, como decía hace un instante, las mujeres son más inteligentes que los hombres. Muchísimo», subrayó, «más inteligentes y más rápidas y más astutas que los individuos mexicanos del sexo opuesto.»

Por eso, continuó después de que el mozo le sirviera otra copa de vino blanco, por eso trabajo ahora con mi musa mexicana. Le dicto y ella por supuesto escribe otra cosa, mejora lo que le digo, apenas entiende, ella, que habla un español purísimo, y también a veces para divertirme dice frases o hace chistes en náhuatl, ella, María, hija de Lucía, entiende a medias lo que yo le digo en mi jerga bonaerense agravada por cierta dicción alcohólica, porque ahora no puedo trabajar si no

estoy un poco borracho, así que ella escribe lo que le parece que yo dije. No tan rápido, me dice a veces, pero yo no puedo hablar despacio, tengo que apurarme para poder soportar lo que digo y ella recoge mis palabras y las escribe como las siente, así que cuando después de un rato le pido que me lea lo que hemos escrito, ella, con su español más nítido, me lee unas páginas en donde lo que yo he dicho es apenas una sombra turbia en medio de las palabras puras y precisas con las que ella ha mejorado mi lectura de lo que está escrito a mano desde hace años en mis cuadernos. Donde yo digo poemas, ella escribe problemas, donde yo digo, refiriéndome a mis amigos alfonsinistas, cívicos, ella traduce muy propiamente cínicos. No siempre tiene que haber una sinonimia, a veces María, mi asistente mexicana, transforma y mejora lo que yo digo. Por ejemplo, le he dictado «En estos días de soledad creativa...», y ella, que no soporta esas expresiones autoexaltatorias, ella corrige conteniendo una sonrisa: «En estos días un solo criminal...», y yo estoy encantado con la solución que ella ha encontrado, sigo adelante a partir de ahí y le dicto: «En estos días coma un solo criminal vale más que doscientos apesadumbrados escritores argentinos dos puntos en bastardilla con mayúscula: Esto es así.» Pero hay otras veces que ella, que es una dactilógrafa diplomada y escribe sin mirar el tablero de la computadora porque me observa la boca para poder, como dice ella, leer mis labios y entonces, como marcha a toda velocidad, mirando a veces la pantalla, a veces mi cara y a veces la ventana que da al jardín, todo sin dejar de teclear rítmicamente, se producen algunas confusiones. Por ejemplo, si la enfermera que me cuida está en la sala de al lado y yo le digo: «Margarita, por favor tápeme las piernas con una frazada», María escribe como si tuviera que ver natural y lógicamente con la entrada de mi diario en la que al principio

hemos escrito: «Martes. Es para mí cada vez más difícil poder transmitir en estos cuadernos Margarita, por favor tápeme las piernas con una frazada», lo que suena raro pero no imposible, podría con toda tranquilidad ser un párrafo de tonalidad surrealista en el diario de un escritor argentino, un poco esnob. También a menudo la exclamación «¡Entre!» aparece en mis diarios y también las frases «Está lloviendo afuera» o «¿No está sonando el teléfono?» son copiadas con prontitud, como ella es una lingüista de formación, nada le sorprende. Por otro lado, María, la hija de Lucía, tiene una risa contagiosa y se ríe de todo con simpatía, de mí en primer lugar, y también a veces de sí misma o de lo que sucede en el mundo. Por eso en mis diarios, donde trato de no poner los nombres verdaderos de las personas, la llamo «la muchacha tracia», recuerdo de la chica que al ver al filósofo Tales caminar ensimismado, mientras observaba el firmamento tratando de captar la verdad oculta del universo, se cayó en un pozo, lo que produjo la risa de una joven campesina que se estaba lavando el pelo en el agua de una fuente. Y muchos han dicho después que hay más filosofía en esa risa jovial que en los profundos pensamientos del filósofo que se fue al fondo de un hoyo por no mirar por dónde caminaba.

Habíamos vuelto del cementerio esa tarde de agosto o septiembre de 1968, entramos en la casa familiar en la que mi abuelo Emilio había vivido en soledad durante diez años y en la que murió y que fue acondicionando pieza por pieza, en la parte de atrás, hasta convertirla en un archivo de la Gran Guerra en la que había peleado, o mejor, hizo en la casa casi en secreto un museo personal, con documentos, cartas en vitrinas y mapas en la pared, con banderitas que indicaban la posición de los ejércitos enfrentados en las altas montañas heladas de la

frontera con Austria. Había también muchas fotografías porque la guerra del 14 fue la primera guerra en ser filmada y fotografiada una y mil veces, por los camarógrafos de los ejércitos y por los fotógrafos profesionales o espontáneos, de modo que en el museo había una gran cantidad de imágenes de la batalla, las trincheras, las ofensivas, la tierra de nadie, y mi abuelo las conservaba con gran cuidado y alguna vez nos reunió a mi primo Horacio, a Susy y a mí para proyectar, sobre una pantalla improvisada, escenas de la guerra que él nos iba explicando, localizando los lugares, hablando detrás del proyector, atrás de la luz blanca, como si fuera la voz de un fantasma, un espectro de la guerra, y a veces nos leía cartas de los soldados muertos o partes de batalla que los confundidos generales dictaban y daban a conocer, sin decir nunca, decía mi abuelo desde el fondo del cuarto, que estaban excedidos, que no sabían qué hacer, porque los oficiales fracasaban y había miles de muertos cada vez que un general, desde su oficina en el alto mando, daba la orden de atacar, es decir, avanzar a campo traviesa hacia las fortificaciones enemigas. De modo que la guerra, decía mi abuelo, se empantanó, todas las tácticas militares se fueron al demonio ante la espantosa eficacia de las armas modernas. La guerra dominaba a los generales, que al final no hicieron otra cosa que mantener la posición en los pozos infectos donde los soldados morían como moscas, de modo, decía mi abuelo mientras las imágenes terribles se presentaban en la pared, que la guerra se estancó y se convirtió en una guerra de trincheras, y fue ahí donde los alemanes comenzaron a experimentar con los gases tóxicos que fueron el modo que inventaron para matar a los soldados enemigos en las trincheras, como cuando uno tira veneno en un nido de ratas o en los boquetes de los hormigueros.

Y esa tarde mi madre, cuando todos los parientes y los amigos de mi abuelo y los conocidos de mi padre se habían ido, con esa extraña y ambivalente sensación que dejan los entierros y las largas horas sin dormir en las que se acompaña al muerto en su primera noche en la muerte, cierta pesadumbre pero también cierto alivio y el perturbador sentimiento de alegría por estar vivo que se siente en esos casos, luego de que mi padre se hubiera ido, un poco atontado por el dolor que le había causado el deceso o la desaparición de su padre, nos quedamos solos ella y yo en el patio. Susy vino a traernos un té y unas galletas marineras para que nos repusiéramos de la noche interminable y estábamos ahí, en ese lugar tan querido, bajo la parra, sentados en los sillones de lona ante una mesa redonda de mármol, entonces mi madre, inesperadamente, como era su estilo, cambió de pronto el tono tranquilo de la conversación insustancial que manteníamos y empezó a hablar de la situación que había llevado a mi abuelo a presentarse como voluntario en la guerra.

La primera indicación turbia, dijo mi madre, contaba Renzi, fue la idea de enviar a su mujer embarazada a Italia para que tuviera ahí a su hijo, es decir a tu padre, quería que su hijo naciera en Italia, ¿podés creer?, y no solo en Italia, sino también, más precisamente, en Pinerolo, el pueblo donde tu abuelo había nacido y donde nació el tarambana de mi exmarido. Los italianos son extravagantes, dijo mi madre, parecen muy emocionales pero son también crueles y maquiavélicos, y se detuvo mi madre a tomar la taza de té y mirar el jardín florido, con su bello rostro altivo vuelto hacia el jazmín del país con sus flores blancas y su perfume inolvidable, y dijo: Se está bien acá, he extrañado este jardín años y años, cuando tuvimos que escapar a Mar del Plata para que tu padre

no fuera nuevamente encarcelado, lo que extrañaba, dijo, siempre, era el perfume de los jazmines en el aire de la tarde. Y entonces, después de la pausa, en uno de los virajes característicos en su modo de hablar, volvió a lo que me estaba por contar, a la inminencia de la revelación de un secreto. Tu padre nació en Italia en septiembre de 1915, es decir, que si su madre fue embarcada ya embarazada, si estaba encinta, o mejor, si estaba gruesa, dijo mi madre, a la que le encantaban las palabras fuera de circulación, estaba gruesa, dijo de nuevo con una entonación alegre, esto quiere decir, Nene, dijo mi madre, que tu abuelo viajó del pueblo de la pampa en que vivía y fue en tren a Constitución y de allí a Puerto Nuevo para que su mujer se embarcara a tener su hijo, o sea tu padre, en Pinerolo, es decir, haciendo el cálculo, eso fue en diciembre de 1914 o en enero del 15. Y se detuvo indignada. O sea que la mandó en un barco a Italia cuando la guerra ya había empezado hacía meses y los submarinos alemanes hundían o trataban de hundir los buques que cruzaban el Atlántico. Estaba loco, dijo sonriendo mi madre, loco de remate. ¿A quién se le puede ocurrir mandar a su mujer embarazada a Europa cuando la guerra ya se había desatado? Demencial, increíble, enigmático, llamalo como quieras. Una decisión razonada porque tu abuelo, querido, era muy inteligente y muy racional y se la pasaba calculando cada uno de sus pasos y de sus movimientos.

Mi madre, Ida Maggi, tenía como narradora una virtud que yo siempre he tratado de usar en mi literatura, porque la clave, o una de las claves del arte de narrar, es no juzgar a los personajes. Mi madre nunca juzgaba la conducta de un miembro de la familia, hiciera lo que hiciera, ella contaba los hechos pero no los condenaba si era del clan, y por eso, creo,

esperó hasta que mi abuelo ya no fuera de este mundo para contar el secreto de su vida. No quería condenar, y ahora, esa tarde, al contar las acciones incomprensibles de mi abuelo, para no tener que juzgarlo, esperó a que estuviera muerto. O tal vez ella y mi abuelo hicieron un pacto de silencio sobre este asunto crucial. Y al retomar el relato siguió siendo objetiva y directa con algunas acotaciones irónicas destinadas a marcar el carácter sorprendente de la decisión de mi abuelo de mandar a su mujer embarazada a Europa asolada por la guerra. ¿Cuál había sido el motivo del acto? Sobre eso ahora no dijo nada, se limitó a narrar los hechos y reservó para el final la explicación, o mejor, la descripción de la razón por la que mi abuelo había hecho eso, como lo llamaba ella. Imaginaba la escena en el puerto, la despedida, la mujer, joven y encinta, que sube por la planchada al barco y mi abuelo que permanece en el muelle y ve partir el navío que luego se aleja lentamente y se pierde de vista. Era posible, según ella, imaginar la escena y ver a mi abuelo parado en el muelle, vestido con un traje inglés, con chaleco, delgado y alto, muy elegante, con un sombrero de ala fina que quizá agitó en la mano mientras el barco se alejaba del puerto, un saludo o tal vez una despedida definitiva.

Después volvió al pueblo y retomó sus tareas habituales, pero cuando Italia entró en la guerra, en abril o mayo de 1915, las cosas se complicaron vertiginosamente. Perdió contacto con su mujer, las cartas no llegaban, la censura militar registraba toda la correspondencia y además, lo que es peor todavía, no pudo enviar el dinero a su esposa, los giros que le mandaba volvían rechazados, los lazos con Italia estaban cortados.

Habíamos decidido con mi padre conservar los archivos de mi abuelo, yo me iba a encargar de clasificarlos, mi abuelo

había dejado una cuenta de banco destinada a pagarme un sueldo para que yo me ocupara de organizar sus documentos y eventualmente de publicarlos y darlos a conocer. Por eso la noche misma del velorio en la funeraria Lasalle de Adrogué, a la madrugada, solos mi padre y yo, desvelados y medio intoxicados por el café que tomábamos a cada rato y por los cigarrillos que fumábamos uno atrás del otro, decidimos no vender la casa y, en caso de alquilarla, rentar, como dijo mi padre, solo la parte de adelante y dejar las piezas del fondo con el archivo libres y disponibles para el trabajo de conservación de los papeles de mi abuelo.

Y ahí estábamos horas después mi madre y yo, sentados en el patio a la sombra bajo la parra, cuando mi padre ya se había ido y todos los así llamados deudos también se habían retirado, seguramente a festejar porque ellos no habían sido llamados esa vez, sino mi abuelo. Él, que siempre decía con una sonrisa malvada a sus nietos y a los chicos de la familia, les decía, seguro de que nadie iba a revelarles la verdad, que vivieran intensamente la vida, porque todos, decía mi abuelo, somos muertos con permiso, y subrayaba la expresión con permiso y los niños escuchaban con cierto temor indefinido y sin entender del todo la advertencia, perplejos, ante aquel hombre, alto, de ojos claros, que decía cosas tan extrañas y les hablaba de un modo personal, y por supuesto ninguno iba a olvidar esa sentencia que se había grabado en sus mentes como una adivinanza que solo mucho después, ya grandes y habiendo sufrido lo suficiente, podrían descifrar con claridad. Así hablaba mi abuelo, la muerte y la desdicha nos rondan. «No se olviden de eso, niños», decía sin que en su cara hubiera un signo de amargura porque nos hablaba alegremente, como quien da una buena nueva. Esas cosas recordaba yo, dijo Renzi, y se

las contaba a mi madre, porque al día siguiente de la muerte de «un ser querido», como se dice, cuando el sol vuelve a brillar y uno siente la pena de la pérdida y tiene en su cuerpo la resaca de la noche en vela, es natural que se hable del que se ha ido y se lo recuerde para retenerlo de este lado, con anécdotas y dichos que lo mantienen de un modo frágil, todavía con vida. Y recuerdo que mi musa mexicana, María, la hija de mi colega y amiga Lucía, cuando yo le dicté una versión de la lejana tarde en la que recordaba a mi abuelo, me habló de un perro que los pobladores del México prehispánico enterraban con el muerto para que el animal los guiara en su retorno al mundo de los vivos. El perro era un Xoloitzcuintle, un nombre extraordinario, impronunciable, era un perro sagrado, una suerte de lazarillo que guiaba a los fantasmas de regreso a la vida. Y como si quisiera aliviarme de la pena que me embargó al dictar el día siguiente a la muerte de mi abuelo, para distraerme, buscó rápidamente en internet la figura del perro guía, un animal rarísimo, mezcla de gato y perro, parecido a las figuras egipcias que se ven en las tumbas de los faraones. Pero aquella tarde mi madre y yo no teníamos ninguna esperanza de que mi abuelo, tan querido, volviera a nosotros guiado por algún animal mágico que le permitiera visitarnos y aliviarnos así de la pena que nos causó su muerte. Tal vez por eso mi madre, que era una narradora de gran sensibilidad, muy atenta a transmitir las emociones de la historia que contaba, decidió provocar un anticlímax y sacarme de la pesadumbre causada por la muerte de mi abuelo Emilio.

La tarde estaba cayendo y en el bar se habían encendido las luces, aunque afuera, en las calles, brillaba todavía el sol, y una luz mortecina ardía en la ciudad. Renzi hizo una pausa, se tomó un respiro y luego retomó la historia con nuevos bríos. Mi

padre se había ido, ya se había divorciado de mi madre, de modo que los dos ya no se hablaban, se evitaban uno al otro, como sucede en estos casos, cuando dos personas que se conocen íntimamente se separan y tratan de olvidar. Así que mi padre se retiró ese día y entonces mi madre vino a la casa familiar y se sentó conmigo en el patio y de pronto me reveló el secreto que explicaba o, en todo caso, permitía entrever la razón por la cual el abuelo había peleado en la Gran Guerra. Tenía otra mujer. Tu abuelo mandó a su esposa embarazada a Europa porque tenía una amante, se había enamorado de una criolla, una joven hija de un hacendado del lugar con la que mantuvo una relación clandestina durante meses. No se podía separar, no quería separarse, e imaginaba que podía mantener una amante, tener dos casas, dos familias, hacer una doble vida, como era bastante habitual en el campo en aquellos años, pero la muchacha, Matilde Aráoz, no se lo permitió, y cuando supo que la mujer de tu abuelo estaba embarazada, lo emplazó, era una mujer decidida y no estuvo dispuesta a sostener la mentira de tu abuelo, que siempre le prometía que se iba a separar, pero, como es costumbre en esos casos, nunca lo hacía. Así que no quiso verlo, lo maldijo, algunos dicen que una tarde, cuando tu abuelo entró con su automóvil, un flamante Ford T, por el camino de tierra, entre los álamos, la muchacha fue hasta la tranquera, con una escopeta, y le dijo, muy tranquila y muy bella con su pantalón de montar y botas altas, que se diera la vuelta porque si no lo iba a matar de un tiro.

La tarde estaba fresca y mi madre se detuvo admirada en la imagen de la muchacha que va hasta el camino y le apunta con una escopeta porque lo quiere y no va a permitir nuevas excusas o pretextos. Lo emplazó desde el otro lado de la tranca y tu abuelo dio marcha atrás y volvió a su casa. Fue ahí, contó

mi madre, en el trayecto desde la estancia de los Aráoz hasta la estación donde estaba la casa señorial de tu abuelo Emilio, donde tomó la decisión de mandar a su mujer a Europa. Es una característica de los hombres de la familia, nunca toman decisiones, no tienen el coraje de hacer lo que quieren hacer, intentan mantener abiertas todas las alternativas, postergan. Tu abuelo era así y tu padre igual, y vos también, Emilio, sos igual, indeciso, inseguro, no respecto a lo que piensan, sino a lo que sienten. Son incapaces de dejarse llevar por las emociones más auténticas, así que tu abuelo pensó que si mandaba a su mujer a Italia podría mantener al mismo tiempo la doble situación. Seguro pensó, voy a ver qué me pasa con Matilde, si el asunto no va, puedo siempre traer de vuelta a mi mujer, pero si la historia con ella funciona bien, la dejo en Italia y que se ocupen de ella sus familiares. Como si lo estuviera viendo, dijo mi madre. Manejando el auto, con las dos manos aferradas al volante, pensando en las soluciones posibles y descartando una y otra hasta descubrir la posibilidad de engañar a las dos. Decirle a una que se había separado de su mujer, que ya había decidido volverse a Italia, y decirle a la otra, con sentimiento y expresión verdadera, que su ilusión era que su hijo primogénito naciera en su pueblo natal, en Italia. Un verdadero tarambana, como tu padre y como vos también, si no te cuidás un poco, Emilio.

Describió la situación mi madre, y sus condenas y sus invectivas estaban hechas en nombre de uno de los protagonistas de la historia, ella, Matilde seguro pensaba así, y mi madre usaba el discurso indirecto libre para hablar con las palabras de uno de los sujetos en la historia que contaba. Lo que hizo fue desplazar y de pronto se desvió esa tarde y empezó a recordar la experiencia de su hermano Anselmo. Un

médico, muy querido, muy sociable, en esa época era presidente del Club Social donde se reunía la élite del pueblo, no cualquiera podía entrar ahí y él era el presidente, la figura más destacada y más visible del lugar. Pero de pronto empezó a recluirse, no se hacía ver, desatendió su consultorio, dejó de ir al hospital y de asistir a las reuniones sociales de la familia y se empezó a decir, a murmurar que estaba enfermo, que tenía algo en la piel. Mi madre me volvió a contar esa tarde la historia del hombre que se había retirado, se había resguardado porque pensaba que tenía una afección en la piel de la cara que lo había convertido en un monstruo. El primer signo de su mal o de su dolencia fue que de la casa familiar desaparecieron los espejos e incluso cualquier superficie que pudiera reflejar un rostro. Los quitaron y cubrieron y borraron así todo vestigio de imagen personal que pudiera haber en el lugar. Yo conocía la historia porque mi madre me la había contado ya y conocía bien a mi tío, al que frecuentaba siempre cuando iba a pasar los veranos al pueblo, muchas veces me llevó a la laguna a nadar en verano. Yo lo quería, así que una tarde, un domingo, insistí para poder visitarlo y fui a la casa y en uno de los aposentos interiores, en realidad toda un ala de la residencia, estaba, como quien dice, clausurada, solo entraba un enfermero de confianza de mi tío que servía de nexo con la realidad, una especie de secretario, digamos, que hablaba en nombre de él, atendía sus asuntos, a veces, luego de consultar con mi tío, recetaba alguna medicación a los enfermos que insistían en seguir tratándose con el Doctor, como lo llamaban. Lo cierto es que una tarde de verano lo fui a ver, yo tenía quince años y lo quería ver y él me recibió. En realidad fui recibido por el enfermero, un hombre bajo, consumido y morocho con cara de indio, vestido con un guardapolvo blanco. Estévez se llamaba y tenía el nombre en una pequeña placa en el bolsillo superior de

su uniforme de enfermero. Cruzamos un cuarto y luego otro y atravesamos un jardín de invierno y desembocamos en el dormitorio de mi tío. Un cuarto amplio, de grandes ventanales y techos altos. Mi tío estaba de espaldas, mirando el patio, y cuando se dio vuelta vi que se tapaba con una tela blanca que le cubría completamente la cara. Él mismo la sostenía frente a sí con las dos manos. Mantuvimos una conversación trivial, sin referirnos nunca ni aludir al hecho de que él me hablaba con su tono jovial de siempre pero sosteniendo frente a él con las dos manos una tela blanca que le tapaba la cara. Así que fue un diálogo bastante extraño, porque su voz venía desde atrás de esa especie de cortina personal que él mantenía a cierta distancia de su rostro para no ser visto por nadie. Yo estaba un poco inhibido por la sensación de hablar con un fantasma o con una mascarilla a la que agitaba suavemente la brisa de la tarde y el leve temblor de los brazos de mi tío, fatigados ya de sostener la tela. Al salir, Estévez, el enfermero y secretario, me dijo, confidencial, que mi tío estaba pasando una temporada de descanso en sus aposentos personales.

De modo que cuando mi madre me contó la historia yo estaba al tanto del asunto y sabía que un año o un año y medio después mi tío, el Doctor, volvió a hacer su vida normal, superada la enfermedad que él imaginó que tenía, porque mi madre se ocupó de rematar la historia con la aclaración de que la cara de Anselmo no tenía ninguna marca o síntoma o perturbación que justificara su retiro. Estaba de lo más bien, dijo mi madre esa tarde, pero sintió que su rostro se había transformado en una masa tumefacta y sin forma. Pensaba eso, dijo mi madre, o mejor, agregó, creía en eso y cuando alguien cree algo es difícil cambiar de opinión, mi madre tampoco juzgaba o explicaba la actitud de mi tío, solo contaba los

hechos, pero esa tarde, en el patio bajo la parra, me contó esa historia como un modo de decir tangencialmente, cambiando de tema, que eso tendría que haber hecho mi abuelo Emilio como resultado del dolor que había causado en dos mujeres y los cambios que había sufrido en su vida al alistarse como voluntario en el ejército italiano e ir a la guerra, por culpa de una historia de amor mal resuelta. No bien llegó a Italia a fines de 1915, mi abuelo fue enviado al frente y no pudo conseguir un permiso para ver a su familia y conocer a su hijo, es decir a mi padre, y estuvo en el ejército hasta 1919, cuando terminó la guerra y pasó unos meses en un hospital militar, haciendo informes sobre los soldados afectados por el trauma de la guerra. Hombres aterrados que corrían a esconderse bajo los muebles del hospital cuando escuchaban un ruido fuerte y, a veces, en algunos casos ni eso hacía falta, bastaban sus propios pensamientos para sentir que estaban en la trinchera bombardeada sin pausa y salían corriendo a tirarse bajo una mesa con las manos en los oídos y un quejido desgarrador en sus labios.

Un hombre va a la guerra por motivos personales, y se embarca en una épica por motivos sentimentales. Es una historia extraordinaria. Sonaba a la vida de un héroe romántico que realiza hazañas imposibles y pelea durante años por motivos privados y sentimentales. Un nuevo tipo de héroe, el hombre interior, el apasionado y sentimental afronta la batalla y es herido de bala y vuelve al combate por amor a una mujer. Claro, concluyó, que nunca sabremos si esa hazaña pasional estaba dedicada a su mujer, es decir, a mi abuela Rosa, o fue hecha como homenaje o expiación para su amante argentina, la bella Matilde Aráoz.

Renzi se quedó callado, estuvo sin hablar un rato mirando la noche que ya había caído sobre la ciudad y después sonrió. Una historia extraordinaria, ¿no es verdad?, dijo. Un hombre que va a la guerra por motivos sentimentales. Volvió a quedarse callado y después llamó al mozo, pagó la cuenta y salimos a la calle. Estaba fresco afuera, el calor había dejado una estela, como una neblina que persistía en las paredes, pero el aire de la noche era agradable y liviano. Transcribo mi diario sin seguir un orden cronológico, eso sería atroz y muy aburrido, dijo. Viajo en el tiempo, tomo los cuadernos al azar y a veces estoy leyendo mi vida en 1964 y de pronto al rato estoy en el año 2000.

Bajamos por Riobamba hacia Santa Fe y Renzi iba contando la experiencia de dictar sus cuadernos a una asistente que los copiaba tal cual él los leía. No podría volver a escribirlos, sería imposible, son páginas y páginas, pero al leérselos a una muchacha es otra cosa, parece que estuviéramos espiando la vida de un desconocido que se mueve por la ciudad en círculos, o mejor, que se mueve y va de un lado al otro, perdido por la vida. Nos detuvimos antes de cruzar Santa Fe, esperamos a que cambie el semáforo y ahí Renzi volvió a decir que le gustaría tomar un café en Filippo, en la esquina de Callao. Y una vez más volvió a utilizar esa pausa, de pie en la barra del bar, para ponerle un epílogo a la historia que había contado esa tarde.

Su madre, un par de años después de la muerte de su abuelo, en una carta le habló a Emilio de Matilde, la joven a la que su abuelo había amado y por la cual, en un sentido, había ido a la guerra. Fue la criolla en definitiva la que lo perturbó y le hizo tomar la decisión, al mismo tiempo heroica e imbécil, de

irse a una guerra que le iba a cambiar por completo la cabeza, lo iba a volver delirante, medio loco, obsesionado con la experiencia de haber sido el mensajero que debía entregar a la familia la carta anunciando la muerte de un hijo, un hermano o un marido que había muerto en el frente. Tenía que escribir esas cartas a mano, con su elegante letra de alumno de un internado jesuita en el que se había educado y en el que había pasado tardes interminables haciendo ejercicios de caligrafía, es decir, copiando páginas y páginas con distintos tipos de letra, gótica a veces y a veces redonda, de modo que sus cartas estaban escritas con mucha elegancia, se expresaba con gran destreza retórica, tratando de que fueran personales, no un mensaje burocrático o insustancial, sino una carta, breve pero sentida, anunciando la terrible noticia. Debía además enviar los objetos personales del soldado muerto y también las cartas que se hubieran encontrado a medio hacer en la mochila del soldado. Ese trabajo lo desquició, dijo Renzi mirando su cara en el espejo del bar.

En esa carta su madre le había dicho que sabía el paradero de Matilde Aráoz, la mujer a la que su abuelo había amado. Y, una tarde, Renzi fue a visitar a la muchacha que ya era para entonces una anciana y estaba recluida, o mejor, vivía en una casa de reposo en las afueras de la ciudad, su madre había anotado con precisión los datos de la calle de la casa donde la chica estaba internada, esperando el fin. Emilio había registrado la visita en su diario de mayo de 1972 y esa noche en el bar volvió a contar el encuentro con la emoción de la primera vez.

Estaba, dijo Renzi, alojada en uno de esos petits hôtels o grandes casonas con jardín que abundan en la zona norte de la

ciudad, cerca del río. La mujer estaba perdida, sin memoria, era muy bella, y la edad había afinado sus rasgos y en sus ojos ardía la misma luz apasionada que había encandilado a su abuelo Emilio. Estaba sentada en un sillón hamaca de esterilla y se movía rítmicamente y hablaba con un tono delicioso y alegre y su monólogo era al mismo tiempo desatinado y muy bello. Parecía vivir en un día exacto del pasado, un día que ella recordaba con todo detalle. Un día de campo, a la madrugada, habían salido a caballo un grupo de amigos de su padre, jóvenes del pueblo, y dos chicas inglesas recién llegadas, a las que habían llevado a recorrer la estancia, y habían acampado en un bosquecito cerca de la laguna y habían tendido un mantel a cuadros rojos y blancos, sobre el que habían depositado los sándwiches, los pasteles y las copas de cristal; habían traído dos botellas de vino blanco, que pusieron a enfriar en el agua clara del lago, en la orilla. Eso fue escuchando Renzi, a quien la mujer ignoraba al hablar o confundía, pensó él, con un médico o un mayordomo de estancia que estaba con ella en el campo en su juventud. Así que cada tanto la mujer le daba órdenes a Emilio, le pedía por ejemplo que le trajera el sombrero que había dejado en un poste del corral donde habían soltado a los caballos. Es bastante común que quien por efecto de la edad pierde la noción del tiempo y del espacio se construya como refugio un día de su vida y lo recuerde con total exactitud, de modo tal que para recordar, o mejor, para vivirlo de nuevo, necesita de un día entero. Lo que recuerdan dura veinticuatro horas, por lo tanto ocupa el lugar del día presente, que dura lo que duró el día recordado, que por otro lado, aclaró Renzi, se repite interminablemente, sin cesar, y se parece a la felicidad, porque se recuerda un día bello de la vida o un día perfecto que persiste y que gravita eternamente en la sinrazón de la vejez extrema. De modo que ella estaba contenta, se divertía,

feliz, volviendo a vivir un día inolvidable de su juventud. Entonces sucedió algo que Renzi recordó con asombro, y también con horror. Comprendió que en la tarde de campo estaban esperando a un festejante de la muchacha que iba a llegar con retraso, directamente desde la estación, alcanzó a entender Renzi por lo que la mujer decía hablando en voz alta con interlocutores ausentes y ya muertos. Y así de pronto Matilde escuchó el ruido del motor del Ford T que venía por el camino del alto y que ahora estaba estacionando en el borde de la laguna. Y pidió que la peinaran y le pintaran los labios, les dijo a sus amigas que no había traído un espejo y que ellas debían ayudarla a prepararse para el encuentro con el hombre que había llegado en el auto. Y Renzi la vio sonreír entusiasmada y mirarlo por primera vez como si antes nunca lo hubiera visto, porque se movió hacia él y le tomó la mano y le dijo: Emilio, cómo te hacés esperar, vida mía, y luego en un susurro íntimo, con su boca muy junto a la cara le dijo: Voy a besar ese cuerpo tuyo tan amado. Y ahí Emilio comprendió que la mujer lo había confundido con su abuelo y el parecido era tal que la muchacha había logrado que, en el día vacío de su vejez, surgiera el cuerpo joven de su enamorado. Me di cuenta, dijo, de que me había tomado por él porque éramos iguales y yo era o parecía ser lo que él había sido a mi edad cuando él y la muchacha se amaban.

Salimos del bar y bajamos por Santa Fe hacia Ayacucho, caminando tranquilos en la noche, nos detuvimos un momento a mirar la vidriera de la librería del Ateneo y Renzi aprovechó la pausa para volver a criticar el estado del mundo, usó como pretexto los libros exhibidos en la vitrina. Son los mismos libros insustanciales de los mismos autores idiotas que escriben solo para que sus libros se exhiban en la vidriera de las

librerías de todo el mundo. Porque en este momento en Londres, o en París, o en Nueva York las mismas tapas horribles de los mismos libros insustanciales son exhibidas. Y los mismos autores, las fotografías con las caras de los mismos idiotas se ven en este mismo momento en todos los aeropuertos, supermercados, cadenas de librerías y puestos de diarios. Y se enfurecía repitiendo los nombres odiados de esos escritores como si fuera una letanía.

Me tomó del brazo y literalmente me arrancó del lugar porque de golpe le dio miedo de que lo reconociera alguien y lo viera parado afuera de una librería como si estuviera observando para verificar que sus propios libros y su propia cara estuvieran exhibidos y podrían pensar que su indignación se debía a que ninguno de sus libros aparecía, ni por broma, dijo, exhibido ahí. Por eso caminamos a paso vivo para alejarnos de las luces de la vereda del negocio, como decía él, y si bien se movía con cierta dificultad, una leve renguera que le entorpecía la marcha, igual, rápidamente, doblamos por Ayacucho hacia Marcelo T., como él decía para referirse con desprecio a la calle donde tenía su estudio.

Por eso yo estoy transcribiendo mis diarios, porque quiero que sepan que hoy, a los setenta y tres años, sigo pensando lo mismo, criticando las mismas cosas que criticaba cuando tenía veinte años. Ahora estoy rodeado de conversos que cambian de idea cada temporada para adaptarse al sentido común general. Han abandonado una y otra vez sus convicciones y sus bibliotecas, mientras que yo sigo fiel a mis ideas y de este modo al leer mis cuadernos –si los publico– podrán saber, o adivinar, o imaginar lo que ha sido mi vida. Llevo ya cerca de novecientas páginas copiadas en un archivo de la computadora.

Hemos hecho, la muchacha tracia y yo, varias copias de seguridad. Varias, repitió entusiasmado, en distintos pendrives, que solo pueden abrirse escribiendo un código que permite el acceso. Incluso María me aconsejó que pasara mis diarios a lo que ella llamó «la nube», un espacio virtual, en el aire o en la atmósfera, donde uno puede enviar lo que escribe y dejarlo ahí y bajarlo cuando quiera, pero yo me negué, por supuesto, porque me horrorizaba la idea de que cualquier navegante ocioso se pudiera infiltrar en mi lugar en la nube y se dedicara a leer la historia verdadera de mi vida.

Los estamos copiando sin seguir un orden cronológico, me muevo en el tiempo, como ya te he dicho, mis cuadernos son para mí la máquina del tiempo. Ellos son, dijo, y se detuvo en la puerta de un supermercado chino, o coreano, e iba a decir más tarde, cuando recordara en su diario la conversación que habíamos mantenido en el bar, en El Cervatillo y luego en Filippo: Estudio la conducta de los supermercaderes chinos o coreanos. Y comprobé hoy, cuando me detuve indignado en la puerta del negocio, que la cajera, una enana oriental, escuchaba con mucha atención lo que yo decía. De modo que debo cuidarme, escribió en su cuaderno un par de horas después, de lo que digo en voz alta cuando voy a comprar una botella de vino al mercadito. Ellos son, repitió, volviendo al presente de la conversación, ellos son ahora, para mí, la máquina del tiempo. Paso de una época a otra, al azar, tengo los cuadernos guardados en cajas de cartón, sin indicación de fechas ni de lugar. De modo, dijo, que abro una caja, a ciegas podríamos decir, y a veces estoy en el pasado remoto. 1958 por ejemplo, digamos, y al rato estoy leyendo lo que hice en 2014, es decir el año pasado. En un momento había decidido recorrer un día de su vida, un día cualquiera, digamos el 16 de junio, y ver qué

pasaba en ese día, año tras año. Ese había sido un formato que intentó organizar su vida siguiendo un orden que no fuera cronológico.

Para entonces habíamos dejado atrás el supermercado chino y luego de doblar por Charcas (ex-Charcas, como él se obstinaba en decir a veces) recorrimos, siempre con una marcha decidida pero lenta, los ochenta metros que nos separaban del edificio en el que Emilio pasaba la mayor parte de su tiempo. Me hizo subir y acompañarlo hasta el piso 10, donde estaba su departamento. En el ascensor empezó a explicarme por qué quería que yo subiera con él, quería mostrarme, dijo, si lo encuentro, agregó, la segunda parte de su autobiografía futura. Ahora iba a publicar la primera parte de sus diarios, según estaba escrita en sus cuadernos desde 1957, cuando empezó, hasta 1967, cuando publicó su primer libro y era inminente ya la muerte de su abuelo Emilio. Me miró en el espejo y explicó cómo pensaba que iba a ser la segunda parte de sus diarios editados por él. «Por mí», dijo. «Los años felices de mi vida, que van de 1968 hasta 1975, siete años», dijo. «Número cabalístico. En esos cuadernos hay muchas historias», se detuvo, «ya verás cómo sigue», hizo un gesto y me miró. «Continuará», dijo mientras bajábamos del ascensor. «La historia continuará», hizo una pausa. Buscó en el llavero que colgaba de su cintura una llave plateada, y luego de un par de tentativas logró introducirla en la cerradura. «Si no me muero antes», agregó sonriendo, como quien anuncia una noticia que lo llena de felicidad, y abrió la puerta.

UN DÍA EN LA VIDA

For in a minute there are many days.

W. SHAKESPEARE

Había llegado en tren a Constitución al amanecer, confuso, mal dormido, y siguió en taxi hacia el centro, recostado contra el aire fresco de la ventanilla, fumando, insomne, lúcido, más triste de lo que hubiera querido, con los recuerdos de la noche como relámpagos en un cielo claro, las imágenes nítidas, las ideas tan perturbadoras y tan sucias, un asesino que vuelve a su escondite sin poder dejar de ver el cadáver que ha dejado atrás, rígido ya, pálido, con la palidez aterradora de la primera noche en la muerte. Horacio, se dijo Emilio mentalmente, hay más recuerdos queridos en el mundo que los... No era así, había cambiado la cita, la hora de la cita, miró otra vez el reloj, la hora, sí, pero el nombre era real, y también el muerto, velado hasta que el día empezó a clarear, tan cercano, el muerto –se dijo, una vez más, para acostumbrarse–, el que murió, el que había muerto, el muerto, tan íntimo, tan fraternal. Eran las siete de la mañana y la entrada en Buenos Aires, desde el sur, dejaba ver la ciudad como en un friso, le producía la emoción de siempre, la certeza de que podía conquistarla, hacerse un nombre para que se hablara de él y de sus hazañas y sus libros, como tantas veces había tramado en los viejos tiempos, con sus amigos, con Horacio, con Junior, con Miguel, con Cacho Carpatos, saliendo de los bares y dando vueltas por las calles la noche entera, buscando la aventura, la fama, la vida misma. Por eso quizá decide seguir, no acostarse, no volver a casa, ir en cambio a su lugar, a la cueva, a la guarida, cambiar el

rumbo, no pensar, esconderse, no registrar –por una vez– lo que ha vivido esa noche.

Horacio había llegado imprevistamente a la quinta que alquilaban aquel verano en las afueras, con Gerardo y Ana y otros amigos que iban y venían, incluido Juani, que había llegado de Francia a fines de marzo y se había quedado un par de días con ellos, y había una foto donde Emilio estaba con él y con Alan y con Marcelo Cohen, medio desnudos en pantalón de baño salvo Saer, que sonreía con cierto aire de resignación pero de saco y corbata, como un bancario –«de punto y banca», había aclarado, ensillado y jovial–, aunque el día en que Horacio paró el auto del otro lado del cerco ya todos habían regresado a la ciudad y Emilio estaba solo esa tarde de abril o principios de mayo del año pasado.

–Vine a verte –dijo Horacio cuando bajó del auto, con esa sonrisa que le conocía.

Llegó sin avisar, y estaba solo, sin Sofía..., raro ¿no?, pero no dijo nada, no aclaró qué había venido a buscar, parecía más silencioso que de costumbre, intimidado quizá, pensó Renzi, que lo quería más que a nadie, era su doble fraternal, o lo había sido.

Entre ellos no hacía falta hablar, si eran hermanos –o casi–, eran primos hermanos, habían nacido en el mismo mes del mismo año, físicamente eran iguales, se habían criado juntos, habían ido a los mismos colegios y habían amado a las mismas mujeres. Emilio estaba seguro de que si se hubiera quedado en Adrogué, si el destino –el oráculo paterno– no lo hubiera arrancado de ahí a los dieciséis años, su vida sería la de Horacio –se habría recibido de médico, se habría casado con su

novia de la juventud, habría tenido hijos, seguiría viviendo en la casa familiar donde había nacido–, él era su doble, su espejo, era lo que Emilio podría haber sido: un hombre tranquilo que se mantenía en forma jugando al tenis en el mismo club donde había aprendido a nadar cuando era chico, mientras que Emilio era un errante, sin hijos, sin hogar, sin anclaje, solo atado a una oscura convicción –ridícula, estaba claro– que había asumido como un mandato –de nadie– y por la que se había jugado la vida, palabras escritas, vividas al sesgo, las experiencias, para narrarlas...

Todo eso había pensado esa noche al entrar en el velatorio de la casa Lasalle, en la calle Mitre al fondo, la misma pompa fúnebre donde habían velado a sus abuelos y a sus tíos, adonde lo habían llevado de niño y lo habían alzado para que besara un rostro gris que parecía hecho de cera, el mismo salón, la misma luz blanca, la misma gente hablando en voz baja, los deudos, los amigos, los vecinos, en círculo, como fantasmas, rostros queridos que no identificaba y que lo saludaban ceremoniosamente, como si hubieran vuelto del pasado, pensó, por eso al entrar volvió a sentir que era un extraño y saludó incómodo, dijo lo que se dice, abrazó a los padres y a los hijos del que había muerto y vio sola, aislada, a Sofía, contra una pared lateral, como si le hubieran armado un cerco de silencio solo a ella.

Por la ventanilla del taxi veía pasar escenas fugaces, recuerdos fijos en las calles, la cúpula dorada en una esquina, la Ferretería Francesa, la casita blanca de Eugenio Diez, iluminada, en lo alto. La ciudad como mnemotecnia, como un caleidoscopio sentimental. Alguna vez se lo había oído decir a Horacio: «Vivir en el pasado vuelve lentas las horas y veloces

los años.» Lentov, el neuropsiquiatra ruso, lo había experimentado con soldados bajo shock por la guerra. No se trata del río Leteo, sino de una técnica que borra los recuerdos. Cuerpos mutilados, canciones, palabras sueltas. El olvido es un trabajo como cualquier otro.

Cruzó hacia ella, la quería, había estudiado Filosofía en La Plata y así la conoció Horacio. Sofía lo había dejado por una mujer. Se fue sin nada, sin pedir nada, sus hijos eran ya jóvenes, independientes, no dejaba nada atrás, salvo el dolor y los recuerdos. El mundo para Horacio, el mundo de Horacio, se rectificó, estaba en ruinas, la chica, su rival, era una joven alta, decidida, venía a la casa tres veces por semana, y desde el consultorio Horacio la oía reírse con una risa franca, que era como una música. Sofía sufría en su cuerpo la soledad y la monotonía, los días iguales, sin deseo, y la muchacha era su profesora de yoga. Cuando llegó esa tarde a la quinta, Horacio estaba quebrado pero no dijo nada. Cruzaron hacia la casa, le había traído un par de botellas de vino blanco, las sacó del baúl del auto y de la caja de telgopor donde las había acondicionado, hundidas en hielo seco, para que llegaran frescas a la casona en Pilar que Emilio había alquilado ese verano. Era un vino suizo, el preferido de Joyce, y Horacio sacó fuerza de algún lugar secreto de su alma, e hizo un par de chistes sobre la ambrosía aristocrática y sobre la calidad paradojal de los vinos suizos, tan literarios, había agregado Horacio, cuando ya estaban en la cocina y habían guardado las botellas de vino blanco en la heladera.

El auto ha doblado ahora por Córdoba alejándose del río y en el trayecto ve una vez más los lugares como signos donde ha estado y ha sido joven –el pasaje del Carmen, el bar en la

esquina, el restaurante donde comía todas las noches–, luego entra por Callao, bordea la plaza y desemboca en Charcas –ex-Charcas– y va hacia Ayacucho.

Renzi esa noche cruzó hacia ella, que estaba sola, aislada, en la sala velatoria, el féretro estaba cerca, abierto, atrás de un biombo de vidrio, y ella no se había acorralado en un rincón para pasar, como se dice, inadvertida, era una mujer valiente, joven todavía, y se había instalado en el lugar donde una viuda se coloca para recibir las condolencias, pero nadie se le había acercado, sola, entonces, en la mitad de la capilla ardiente. Ninguno es culpable de la muerte de nadie, eso era lo que Emilio quería decirle, si bien la frase le pareció poco precisa, la dijo igual porque estaba sin palabras, esa noche, y las ideas o los pensamientos se le aparecían en bloques aislados, los veía en algún lugar frente a sus ojos, escritos, consignas vividas que solo él podía ver.

Emilio, querido, ya no sirven las grandes palabras, dijo ella sin llorar. Viví con Horacio veinticinco años y lo he conocido mejor que nadie. No estaba llorando, los ojos oscuros, limpios, serenos. No lo lloraba. Tarde para lágrimas, dijo ella, y ese fue su epitafio. Para decirlo mejor, piensa ahora Emilio mientras baja del taxi, el epitafio de cualquier muerte.

Abre la puerta de cristal del edificio, sube en el ascensor hasta el décimo, vuelve a sentir la certeza de siempre al llegar, todo seguiría ahí, detenido, los diarios del día anterior en el piso, sobre el felpudo, y también el diario de hoy, 16 de junio de 1983, que levanta y en la primera página Estado del tiempo. Nubosidad variable con leve ascenso de la temperatura. Vientos leves del Norte. Mínima y máxima para el área urbana y

suburbana: alrededor de 7 y 15 grados. El papa Juan Pablo II inicia hoy su viaje a Polonia. Se entrevistará con el líder obrero Lech Walesa, un vistazo rápido mientras entra en la habitación oscurecida y va hacia las persianas, para dejar que el sol inunde la sala, todo está igual pero nada es igual ahora, la mesa con los papeles y los libros, un cuaderno abierto, la ventana al costado, el patio abajo. ¿Qué pasó, qué había pasado?

Se acercó a la mesa del teléfono, en la bandeja había un fax y lo levantó para leerlo contra la luz. Leyó parado de costado a la ventana. Emilio, le faxeo la receta. Espero que se la acepten en la farmacia. Saludos, Dr. Alidio. Lotrial 20 mg. Una caja grande de 60 comprimidos. Presión alta, alta presión. Y ahí vio frente a él, en el aire, como en una pantalla luminosa, escrito, con su letra manuscrita en la que se podía leer lo que estaba pensando, o mejor, lo que alucinaba. Se asustó un poco. Estoy sin dormir, alcanzó a decir mentalmente antes de que su mente dejara las palabras que parecían arder, sin sentido, en el aire. Hubo un crimen que, en ocasiones, como en los sueños, no llega a identificarse, no se sabe lo que es, parece el crimen de HCE en Finnegans Wake, o el crimen de Karl Rossman en América, o el crimen que no se puede nombrar de Erdosain en Los siete locos, o es el crimen por amor a una mujer de Sofía Loria de Maggi. ¿Es así por la marca de Caín o por su facultad de borrar sus huellas y perderse en la multitud?

Cada vez con más frecuencia imaginaba frases que veía escritas, como pájaros o titulares de periódico, o leyendas alucinadas, grafitis en las paredes del corazón. Estaba preocupado, era el cansancio y era el tedio y era también la incertidumbre y era la pena. La pena máxima, repitió en voz

alta mientras apretaba el play del contestador automático. Un llamado, otro y la voz:

–Qué haces campeón, soy Junior..., hubiera querido ir con vos pero estamos con el bolonqui de la asunción, nos vemos mañana en el bar. Cualquier cosa llamame al diario.

Hubo luego un silbido y otra llamada perdida, y apareció una voz:

–Hola, sí, soy Enriqueta Loayza, le estoy mandando un fax... –La voz se alejó–. Bueno, espero que conteste, ¿qué te parece?...

Ruido, un silencio, llegó otro llamado:

–Querido, soy Clara..., ¿estás ahí? Emilio..., ya te fuiste..., Emilio..., bueno..., llamame.

No la iba a llamar ahora, era muy temprano, imaginó el parque, la casa de tejas coloradas, la galería, la sala y, en el cuarto, Clara, ¿desnuda en la cama? Mejor trabajar para no pensar, iba a hacer un café. Su mujer seguía en la quinta, con Gerardo y Marga, quién sabe. Había dejado lo que estaba escribiendo, en la máquina, trataba de volver a conectarse, recordar, puso agua a calentar, tres cucharadas grandes de café en la cafetera de vidrio, abajo, el rumor áspero de la ciudad, la sirena de las ambulancias, el Hospital de Clínicas, estado de urgencia, los heridos, los desesperados.

Mejor si trabajaba un rato, borraría los malos recuerdos, las preocupaciones, como quien se zambulle en una laguna de agua clara y siente abajo el lodo, en los pies, las arborescencias, los arbustos en el fondo, pero arriba la luz limpia alumbra, ya había tomado dos tazas de café y sentado frente al escritorio, al costado de la ventana, empezó a leer lo que había escrito el día antes y lo fue cambiando con pequeños toques [con algunos toques] rápidos, casi sin pensar, por puro instinto [pura

intuición], como [sin el como] un cazador que dispara ante la presa que salta [del pajonal] o [y] el pájaro que vuela [aletea] hacia el cielo, cambiando palabras, tachando, escribiendo, a mano, nuevas frases, en el margen, con letra mínima, con flechas, círculos y llaves, tratando de encontrar el ritmo, el acorde, seguir el movimiento de la prosa, y lo escrito renació, se actualizó, se hizo presente, se escribe en presente y se narra en pasado, en la orilla, alucinada, ella, la Eva futura, insomne. Entonces puso una hoja en el rodillo de la máquina, la centró, arriba escribió 32 y siguió adelante con dos dedos sobre el teclado, un sonido mecánico, las aspas curvas subían, una letra, otra letra, sobre la cinta negra, una palabra y otra palabra y otra, un fraseo, eso era todo, un tono, captar el rumor sumergido del iceberg, hundirse y hundirse en la blancura transparente, un cristal soñador, ver lo que persiste abajo en la blancura helada, bajo la remota luz del sol que se filtra en el agua, sumergirse en el silencio blanquísimo, ¿qué había allá abajo?, en las altas paredes de hielo se ven apenas sombras oscuras, figuras fijas, líquenes, un arpón de hueso tallado, un vaso de madera, un kayac, una mujer de largos cabellos blancos, con un solo pie calzado en un mocasín de piel de foca y el otro pie desnudo igual que un pez, en un círculo azul en la blancura del glaciar, no ver solo la elegante silueta visible del iceberg, hacer sentir la gravitación sumergida, moverse con la masa misma, entrar en las cavernas talladas, las estalactitas, ir hasta el fondo, no sugerir, decir lo que imaginaba ver [encontrar] [descubrir] y ahí se detuvo y lo distrajo el sonido cada vez más lejano de una sirena, por la calle Charcas (exCharcas) la ambulancia hacia la sala de emergencia del Clínicas, a toda hora del día y de la noche las ambulancias con los heridos, hacia los hospitales de la Facultad de Medicina, las alarmas, las luces rojas, como si despertara, y se dio cuenta de

que durante un tiempo que no podía calcular se había ido, había desaparecido del mundo, se había olvidado de todo, las colillas aplastadas en el cenicero, una página por día, y se detuvo y volvió a ver por la ventana el reflejo del sol y los edificios de la avenida Santa Fe, la playa de estacionamiento, la iglesia sobre Ayacucho, la torcaza en un cable, como si el mundo hubiera renacido, con el paso de los años la inmersión era más profunda y más fugaz y al volver ya no podía seguir, tenía todo el día por delante y la noche entera antes de volver a escribir y eso era todo, por esos momentos vivía, para alcanzarlos, no importaba cuánto duraban, en el pasado tomaba anfetaminas para mantener el envión durante horas pero ya no era así, iba solo hacia ahí y duraba lo que duraba, pero cada vez llegaba más lejos, tirar el balde hacia el río subterráneo y sacar de ahí algunas líneas, mil palabras o alguna imagen, y nunca sé si al otro día podré volver a nadar en ese río, un nadador más que un escritor, no le gustaba esa palabra para pensar en sí mismo, durante día tras día un trabajo, ¿era un trabajo?, recomenzado día tras día sin garantías, llevaba media vida sin más compañía que la voluntad de escribir, no usaba la palabra salvo con ironía, de ser un escritor, desde hacía decenios vivía encaminado solo hacia lo que quería escribir.

Dejó la mesa y fue hasta el sillón de cuero, con las páginas escritas en la mano, y se sentó a leer. Primero Eva veía una luz blanca en la noche, un eclipse en medio de la pampa. Actuaba sin pensar, con movimientos naturales e instintivos, las reglas de seguridad eran como una segunda naturaleza. Estaba perdida, acorralada. Tenía dieciocho años. Cada vez los reclutaban más jóvenes. En los guetos y los barrios bajos y en los colegios. Ella tenía dieciocho pero parecía de dieciséis y ya era una «histórica», fundadora del movimiento en su tercera

reencarnación. Hija de exiliados, había nacido en Madrid, se había criado en París con su hermano. Vivían en las bohardillas de los altos, trabajaban en lo que viniera y los habían hecho volver en la oleada del 79. La contraofensiva estratégica se amparaba en el análisis de la dirección externa. Morían como gorriones, aunque morir no es la palabra: los cazaban en las tramperas de la ciudad. Su hermano Luca había bajado en Ezeiza y fue asesinado. Su cuerpo exhibido en las afueras de la ciudad como lección y escarmiento. Ella vino para que lo enterraran y entró en las redes clandestinas de la organización. No creía en nada de lo que informaban, la situación política era totalmente distinta de lo que decían, tenía la idea de que también la dirección usaba falsa información, recorrió las células y vio que la línea era una ilusión. Ninguno de sus informes llegó al Comité Ejecutivo. Había sobrevivido a dos campañas de cerco y aniquilamiento y había retrocedido hasta ser acorralada en Almagro.

Necesitaba volver a cambiar los documentos; la seguridad duraba diez o doce horas y había que cambiar de identidad, porque las caídas eran incesantes y las redadas, invisibles, desarticulaban las células antes de que hubieran empezado a actuar. Recordaba su infancia pero no podía saber qué había hecho en la última semana. Tenía anotados los fragmentos que lograba rescatar del olvido. Una cita en la catedral. Sabía que estaba afectada pero no sabía cuánto. Extraviado su sentido de la orientación, sus criterios de realidad, reconocía la ciudad como si volviera a verla por primera vez. Conocía de memoria la circular número 4 (el segundo jefe se llamaba ¡Perdía! Lost): «El elemento central que le permite al enemigo completar su ciclo represivo es el porcentaje de traidores a partir del cual regenera los ciclos permanentemente. La existencia de estos

traidores está directamente vinculada con la moral de las fuerzas acerca de la mayor o menor confianza en la victoria final.» Basura, dijo enfurecida Eva, pura basura, destructiva, demente, delirante. Criminal, eso eran las directrices de la orga. Tenía que pensar, encontrar una vía de escape, una salida, ¿pero dónde? Tenía una mancha borravino en la cara, un estigma que a veces disimulaba durante algunas horas con afeites. Algunos días salía a la calle con un velo negro de tul en la cara, como si fuera una joven viuda.

Salió a la calle, el portero no lo saludó, ¿no lo saludó?, era chileno, tendría que haberlo saludado, ¿era una pregunta?, ¿tendría que haberlo saludado?, la interrogación era la clave de su estado actual, ¿era la clave?, pero el interrogante ¿cuál sería?..., enfrente estaba la agencia de viajes, siempre uno se puede escapar, huir. El chivo expiatorio huye al desierto, pensó, una cita tan temprano a la mañana era raro, se veía con sus amigos después de las dos, había sido su única regla, pero ahora ¿estaba en dificultades?, eran las diez de la mañana, era otro mundo, desconocido para él, ¿qué hacía toda la gente en la calle tan temprano?, se sentía cansado, pero el aire fresco de la ciudad lo reanimó y decidió caminar unas cuadras para hacer tiempo, ¿hacer tiempo? Parece que hubiera pasado más de un año, pensaría más adelante, pero el tiempo no me importa, ya lo perdí, había pensado entonces, no quería buscar ningún tiempo perdido, tenemos bastante con el presente, se dijo en voz alta y la muchacha del quiosco le sonrió aunque estaba hablando solo, parecía acostumbrada, la chica, a que sus clientes profirieran de pronto sus pensamientos en alta voz, y no se inmutó, tenía ella una cicatriz en la mano, una

quemadura quizá, y tenía ojos celestes y solo le interesaba el cambio, ¿tiene monedas?, ¿no tiene más chico?, esa era su cuestión, y le dio el paquete de Kent sin que Emilio se lo pidiera, antes fumaba Colorado, ¿había diferencias?, solo en el precio, a veces fantaseaba con llevarla a la cama, había tenido una historia con la cajera de un supermercado de la calle Junín, mujeres bellas, desconocidas, unidas a él en la vida por la contingencia absoluta. La chica del súper tenía vergüenza por un tatuaje con un nombre de varón en el borde del pubis, tenía quince entonces, dijo como toda explicación y él la beso ahí. No creo que vaya a llover, dijo la chica del quiosco, no le había preguntado el nombre, no quería saberlo, para no comprometerse, pensó. Todo le parecía peligroso, esos días. ¿La persona es su nombre?, no hay respuesta, prefería vivir entre desconocidos, personas anónimas, definidas por su función, él, por ejemplo, para la chica era el joven, ¿diría ella el joven en sus pensamientos?, sería el hombre de los cigarrillos importados, el señor Kent... En la misma vereda, la casa de fotocopias estaba cerrada, abría más tarde, ¿habría más tarde en su vida?, era de Santa Fe, el joven se había exilado en México, aunque ahora había vuelto la democracia, estaba separado de su hija que vivía en Cuernavaca, tenía setenta páginas para fotocopiar, el manuscrito. Avanzamos, don Emilio, un paso adelante y dos atrás, le dijo, esas citas clandestinas eran su complicidad, paciencia e ironía son las mayores virtudes de los bolcheviques, había dicho Lenin. ¿Qué quedaba de toda esa cultura de izquierda?, citas, algunas citas estaban cantadas, como se dice, marcadas, y los activistas armados caían como moscas. Cruzó Callao, bordeó la plaza y tomó Rodríguez Peña hacia Paraguay, muchos hombres que vivían en la calle, pordioseros, vagabundos y proscriptos esperaban en la plaza a que abrieran la puerta del consulado,

¿de qué país?, no lo recordaba, un pequeño estado de los Balcanes, que había cambiado de nombre varias veces, un estado teocrático, de la fe musulmana, seguía las normas religiosas del Corán, y daban de comer a los hambrientos, de modo que, a la mañana, un botones del consulado salía con una bandeja y servía, gratis, el desayuno a los desheredados del mundo, pero solo a diez de ellos por día, era el diezmo que se repartía entre los pobres, ¿por qué solo el desayuno?, ¿y en qué orden? Renzi no lo sabía, los mendicantes, los linyeras, los pobres estaban ahí. Entró en la sucursal de Correos de la calle Paraguay, un local estrecho y luminoso en el costado izquierdo del palacio Pizzurno, ¿a qué llamaban un palacio en Buenos Aires?, le daba risa la pretensión, en 1974, cuando estuvo un mes en Italia con una beca para estudiar a Pavese, el diario de Pavese, había tomado un tren, cruzado en ferry el Mar del Norte solo para visitar el palacio Elsinor cerca de Copenhague, los altos muros, el puente levadizo, los corredores y terrazas por donde se paseaban Hamlet y el espectro de su padre, el mío, pensó, que ese año se pegó un tiro en la cabeza, era más el padre de Horacio que mi padre, ¿por qué, por qué?, porque Horacio había vivido una vida que mi padre podía entender, pensó en Copenhague, en el palacio del príncipe de Dinamarca. Era un lector, Hamlet, anda con un libro en la mano por los pasadizos del castillo. En el bolso de cuero traía dos cartas, una para su amiga Jean Franco en Nueva York y otra para su hermano en Ontario, Querido Marcos, no creo que viaje por ahora..., fue hasta la ventanilla a enviar las dos cartas, por expreso vía aérea, charló un rato con el empleado de la visera verde y las coderas ablusadas de tela blanca, solo le veía las manos, afinadas, y parte del reflejo verde de la visera. Hacía mucho que no lo veía por acá, le dijo. Ya no vengo a la mañana, contestó Emilio, charlaron un rato sobre el clima y

sobre la marcha de la economía y luego fue a su casilla de correo. No daba su domicilio, había mantenido esa costumbre desde la época de la dictadura, abrió la puertita de madera y encontró una carta de Tristana, una relación clandestina, CC 1224, había también un paquete con un ejemplar de la revista El poeta y su trabajo que venía de México, cruzó Callao.

En ese momento estaba alterado con el remordimiento por la muerte de Horacio, tenía la sensación de que el tiempo se había detenido en esa muerte, como si un doble..., había leído en la Biblia el milagro de los panes y los peces, Jesucristo lo había hecho por pedido de su madre, era el primero que registraba el Evangelio, dad de comer al hambriento, eran las bodas de Caná... Se había sentado en un banco, enfrente, en la plaza, ¿a hacer tiempo? Los árboles tranquilos, suave rumor, un follaje verde que declina, primero al oscuro, luego verde nilo, verdoso claro, los bellos faroles de Thays estaban encendidos, luz tenue, bajo un árbol. Se había sentado acá, una vez, ¿no podía escribir?, había leído, ¿en ese mismo banco?, una entrevista a Gustavo Sáinz en Mundo Nuevo, vivía entonces en el pasaje del Carmen. Para que pueda seguir pensando tiene que volver a capturar –¿leyendo lo que ha escrito?– las antiguas circunstancias de la vida, bien descritas en otros tiempos, ¿tiene que repetirlas?, piensa, un experimento, no una experiencia. Si se puede narrar uno está salvado. Hay que repetir para no recordar. No recordar (¿la muerte de Horacio?), olvidar es un arte como cualquier otro. Era un alto jefe del ERP, lo había aprendido con los servicios alemanes en Berlín, una técnica neurológica para borrar de la memoria nombres y lugares, los soviéticos lo usaban con sus agentes secretos, era inútil torturarlos. No recordaban. Usaban la conocida teoría de la interferencia, esta teoría considera que el olvido se debe a la

interferencia de ciertos recuerdos sobre otros. Lentov, el neuropsiquiatra ruso, lo había experimentado con soldados bajo shock por la guerra, no se trata solo del río Leteo, sino de una mnemotécnica del olvido. Emilio había intentado aprender la técnica de borrar los recuerdos, los guerrilleros argentinos tenían la opción de aprender el lavado de cerebro que permitía no recordar las citas o tomar, si caían presos, si eran capturados, la pastilla de cianuro, ¿dónde las fabricaban?, en los hospitales de campaña clandestinos, los médicos montoneros, o quizá los estudiantes de química, fabricaban en los laboratorios subterráneos cientos y cientos de píldoras, para no hablar en los interrogatorios, su amigo le había enseñado los primeros pasos, hay que sentarse al aire libre y pensar en el nombre y sustituir las letras por números pares, no se trata solo del río del olvido, es una técnica rusa, inventada por el discípulo predilecto de Pavlov. Olvidar a las mujeres a las que había perdido, olvidar primero sus nombres, sus direcciones, sus rostros amados, es tan corto el amor y tan largo el olvido. Con esa metodología que borraba el recuerdo no habría existido la nostalgia, pensó sonriendo mentalmente.

Enfrente de la plaza, en el edificio Pizzurno está la Biblioteca del Maestro que en el pasado había dirigido el poeta Leopoldo Lugones. La sala de lectura estaba vacía, era muy temprano, era justo cuando abrían, ya me conocen; Lugones fue director, pensó que iban a nombrarlo ministro, pero no, se enamoró de una maestra y se mató en el 38, odiaba el tango y se dedicó a coleccionarlo y a subrayar las letras, nunca faltan encontrones cuando un pobre se divierte. Odiaba esa música anarquista, reptil de lupanar. Me conocen, voy al salón, a la derecha del corredor, se mató por amor, tres esperanzas tuve en mi vida, dos eran blancas y una punzó, subrayado, la lectura

vigilante, punzó, era comunista. Escribía todos los meses una columna en una revista de historietas, Renzi, preparaba una adaptación del tango «La gayola». Me encerraron largos años en la sórdida gayola..., era la cárcel, fotocopió en el piso de abajo unos artículos que precisaba, había reunido bibliografía sobre Buenos Aires, iba a escribir sobre la ciudad, una novela que fuera también una guía secreta de las calles y las casas y las historias, localizadas acá. Parece que hubiera pasado más de un año, pensó, pero el tiempo no le importaba, ya lo perdí, solo vivía recordando.

Lo vi llegar como si no hubiera dormido en una semana, se había detenido en la puerta del bar, medio enceguecido por el sol del mediodía, y después se encaminó a la mesa de siempre, en la ochava, contra la ventana; ya no escribe o escribe tan poco que llega al bar cada vez más temprano y se queda acá, espera a un amigo, toma notas en un cuaderno, pide café, lee un poco, pide otro café, mira por la ventana, yo lo llamo el escritor y él se ríe como si lo ofendiera, no le gusta esa ralea, dice, los imbéciles hacen siempre la misma rutina, dicen, en la frontera, cuando tienen que llenar los formularios, dicen, de migraciones, ante el casillero que demanda, profesión, los tarados cuentan todos, con orgullo, para que sepan la certidumbre que los acompaña, cuentan que un día se arrojan al agua y escriben: escritor. Profesión, escritor, dicen los muy canallas, hacen saber que son, según ellos, escritores. Se autodesignan, delatan que no lo son, ya que lo dicen, y lo escriben en el casillero de migración, con letra de imprenta, al contarlo son altaneros y son idiotas, mientras que yo pongo, en la casilla de migraciones, comerciante o desocupado, o médico.

A veces pongo médico para contentar al espectro de mi padre, que quería que yo siguiera sus pasos y era tan íntegro, mi padre, que a veces, para contentarlo, aunque esté muerto, escribo en el formulario, con letra de imprenta, médico. Nadie se ocupa de verificar esas profesiones declaradas, un policía no le dice a esos tarados a ver, escriba un poema, defina en pocas palabras qué es el discurso indirecto libre, qué es una imagen, no, en cambio a mí, si digo, como he dicho alguna vez, en los puestos fronterizos o en los aeropuertos, soy médico, puede suceder que el comandante del avión pida por el altoparlante en pleno vuelo, ¡un médico!, porque alguien se ha, como se dice, descompuesto y hay que arreglarlo...

Le contaba algunas historias a Renzi si se acercaba a la barra, se paraba ahí a conversar conmigo mientras yo me ocupaba de llevar, como se dice, las mesas a distancia. Le interesaba saber cómo se levantan, de memoria, los pedidos, sin anotar. Una tarde me confesó, apesadumbrado, que si él, Emilio, no anotaba se olvidaba todo y le parecía no haber vivido los días que no estaban registrados en sus cuadernos. En cambio un bar se maneja de memoria, manejar un bar, le digo, es un ejercicio mnemotécnico, interesa la disposición espacial de las personas, uno no recuerda a los parroquianos, recuerda los lugares y hace un mapa mental del bar, de cada una de las mesas, y en cada mesa la disposición de cada cliente. Se recuerda la ubicación, el cliente de la mesa del medio, sentado en la punta, en una posición noreste, teniendo en cuenta la puerta de entrada como referencia para el esquema que ayuda a recordar. Por el contrario, a él le interesaba olvidar, me decía, estar en blanco, sin recuerdo, quiere vivir en el presente puro, sin memoria, es muy observador, no se le escapa nada, pide explicaciones detalladas sobre el funcionamiento del bar,

quiere saber por qué he vuelto, si hablo sueco, si soy un ciudadano sin patria y si el gobierno uruguayo me puede extraditar. Insulta a sus amigos socialdemócratas, dice, se acomodan, escriben el discurso de los funcionarios, hablan como si fueran ministros, dice, vendieron sus convicciones a la prensa, dice, son conversos, se han convertido en lo que antes odiaban, ellos sí que no tienen memoria, saben que si uno traiciona sus ideales olvida todo lo que ha pensado, lo que ha escrito, lo que ha querido, ese es un ejercicio antimnemotécnico que detesto y no quiero usar, mis amigos defienden ahora lo que odiaban en su juventud, han envejecido y creen que han madurado, son sensatos, se acomodan, ni siquiera son cínicos, cambian de creencia, siguen dogmáticos, me he quedado solo, Liber, me dice, y me pide el teléfono. Soy Emilio, dice cuando se establece la comunicación, a veces lo llaman a él, aquí, al bar, siempre la misma mujer, vive afuera o está afuera en el verano y él se queda a escribir en el estudio, según dice, pero viene cada vez más temprano, hoy eran, no sé, las once o las once y media, viene vencido. Ya no escribo, dice, solo transcribo, dice, solo registro.

Soy un barman, no conozco a los clientes salvo por lo que me cuentan, un día él empezó a hablar conmigo, como si yo estuviera y no estuviera ahí, no hay nada mejor que hablar con un desconocido, «sincerarse» con alguien que parece escucharnos y comprendernos, pero que es en verdad un desconocido. El barman de un bar, es una figura esencial de esas confesiones anónimas, y ese día Emilio empezó a contarme una historia que yo no entendía muy bien, que he olvidado, sobre un cambio de domicilio, obligado, recuerdo que usaba esa expresión, cambio obligado de domicilio, pero todo lo demás se me ha olvidado y quizá me habló de eso porque supo

por azar que yo había estado exilado en Suecia, entonces va y me pregunta por los tupamaros, tomamos Pando, le digo, entramos por la calle principal, éramos un cortejo fúnebre, es fácil, si uno tiene dinero, contratar a un servicio funerario y salir con los coches negros aunque el féretro esté vacío, así que ocupamos la comisaría, la central telefónica y el banco, pero yo la verdad, le digo, yo siempre quise ser barman y vivir en Buenos Aires. Dos o tres veces por semana se encuentra con un amigo, un joven de pelo crespo cuyo nombre no conozco todavía, viene con un grabador y registra lo que conversan, en realidad lo que dice Emilio. Yo solo escucho fragmentos, cuando voy a servirles una copa de vino, los escucho porque siguen hablando como si yo no estuviera, así que me llegan ráfagas, frases sueltas, palabras perdidas, por ejemplo hoy le escuché decir a su amigo «Estás loco, Emilio, pensás que lo mataste vos. Fue a verte y no lo ayudaste, pensás que sos el responsable». «Si hubiera hablado, yo podría haberlo salvado de la muerte, le hubiera dicho Horacio, quedate conmigo aquí en la quinta, le hubiera dicho pensá que quedaste viudo, ella se murió, c'est fini, olvidala, el tiempo borra el remordimiento...» Escuchaba, desde la barra, fragmentos, y a partir de los fragmentos imaginaba o creía saber de qué estaban hablando. Un tal Horacio había muerto, su mujer no era trigo limpio, me parece, se volvió budista y lo abandonó para dedicarse al yoga. Algo así. Uno termina por imaginar la vida de los clientes, para poder seguirles la corriente cuando se acercan a la barra para tomar una copa. Si uno les habla personalmente, vuelven y se convierten en habitués.

Sin embargo hoy, de pronto, se produjo una campana de silencio, se da a veces, había poca gente en el bar y estaban dispuestos por azar en un semicírculo, las mesas rodeaban la

ochava y de ese modo aislaban a Renzi, y como las ventanas estaban cerradas la voz de Emilio llegó nítida hacia mí, pasa a veces, hay una laguna de silencio en el bar y se escucha, nítido, lo que hablan en alguna de las mesas, parece que hay una mujer en Europa y Emilio la espera, pero no sabe. Ella le escribe cartas furiosas y apasionadas y él está como petrificado, según dijo. Escuché la palabra petrificado y levanté sorprendido la vista y él se estaba riendo, así que petrificado parecía ser un estado agradable. Digo lo que escuché, él se reía y luego hizo una pausa y siguió contando. Parece que en un viaje a Alemania, invitado con otros escritores sudamericanos, encontró a una mujer en el subte. No era una alemana, era una vieja amiga. Eso es lo que pude entender.

Ahora me acuerdo que el otro día, cuando fui a servir la mesa, Renzi estaba conversando con un periodista, me parece. Lo cierto es que como yo estaba con las antenas paradas para registrar bien el pedido, escuché lo que él estaba diciendo y se me quedó grabado, como si hubiera sido un pedido complicado, en una mesa con diez o doce comensales que van diciendo lo que se van a servir, yo lo memorizo mirando fijo el lugar desde el cual cada uno me habla. Acá lo que pasó es que Renzi estaba quieto y era yo el que me movía alrededor de la mesa y por esas cosas raras que tiene la memoria no he olvidado lo que Renzi dijo mientras yo limpiaba la mesa y le servía una copa de vino con un plato de queso gruyère. Se lo digo como lo recuerdo, tal cual.

«Comparada con la música, la literatura es un instrumento tosco. Siempre admiré a Gerardo Gandini, pero cuando lo conocí personalmente (en marzo del año pasado) resultó mucho mejor de lo que yo me podía imaginar que era un músico.

Trabaja con una inspiración constante y no se hace el artista. Una noche lo escuché tocar todas las piezas para piano de Schönberg en el Goethe y salir con la sonrisa y los chistes de siempre. Hace lo extraordinario como si fuera sencillo y convierte lo sencillo en extraordinario.»

Si tengo que hacer un resumen, yo diría que él es un escritor bastante conocido, ha publicado varios libros, está siempre leyendo, viene al bar todos los días y anota frases en un cuaderno y pasa mucho tiempo mirando por la ventana, hasta que se le ocurre algo, entonces vuelve a escribir. A lo mejor son recuerdos lo que anota, porque escribe un rato y después se queda mirando el aire como si siguiera el vuelo de alguna mosca invisible, luego se inclina sobre el cuaderno y escribe enfurecido dos o tres palabras. Y sigue así toda la mañana. Cuando son las doce, pide un vaso de vino blanco y un plato de aceitunas verdes.

Su amigo, el que viene a verlo al bar dos o tres veces por semana, parece que está haciendo una biografía de Renzi, porque le pregunta y le pide detalles, le pide datos, le hace preguntas y pasan juntos a veces toda la tarde. Pero hoy su amigo se fue temprano, habrá estado una hora y después se fue. Emilio se quedó leyendo los periódicos un rato, siempre me dice que viene a este bar porque tiene los diarios del día y porque aquí consigue vino blanco muy puro, que hacen en Suiza. Quedan varias cajas de ese vino abajo y estoy convencido que él se las va a ir tomando todas, y que cuando se las termine no volverá al Cervatillo.

Bajó por Callao, caminando por la vereda de sol, la librería en la esquina de la Universidad del Salvador, y al cruzar Córdoba, la funeraria. Una tarde en el 67, cuando vivía en un departamento en la cortada Del Carmen, había encontrado el comienzo de la novela en la que trabajaba desde hacía meses, los malandras secuestraban a un periodista, y durante el asedio él grababa sus historias en un grabador portátil, buscaba registrar los ritmos del habla, recordaba de memoria el primer párrafo, había tardado dos meses en escribir esas veinte líneas y se mantuvo fiel al tono, los personajes se alternaban en esa novela, tenía los periódicos de la época, el asalto al camión recaudador, la fuga al Uruguay, el cerco policial, la resistencia suicida hasta el final, cuando deciden quemar la plata, pero antes dejan libre al periodista para que cuente la historia. Había visto ese día, como una aparición, nítida, la imagen del hombre alto, lívido, ahogado por el humo y los gases, que salía del departamento en ruinas, y cruzaba entre las cenizas y los cadáveres con el grabador en alto, como un soldado que lleva su fusil sobre la cabeza al cruzar un río.

Conocía bien esa zona de la ciudad, había vivido en el área casi veinte años, sin moverse de un radio de veinte cuadras, de Santa Fe a Rivadavia y de Cerrito hasta Ayacucho. Si en el mapa, con un compás, trazara un círculo imaginario, podría ver los lugares en donde había vivido y marcarlos con una cruz, y luego podría dibujar los trayectos y los movimientos de su vida, los bares, las caminatas nocturnas, las librerías, el hotel Callao, las conversaciones interminables, los cines, el Lorraine, el Premier, la sala Lugones del Teatro San Martín, los restaurantes a los que iba, el viejo mercado con techo de chapa y un murmullo incandescente, lleno de vida. De modo que ese era su territorio, las editoriales en las que había trabajado, las mujeres amadas, las revistas que había integrado, los grandes

quioscos de diarios en las esquinas, con libros, folletos, discos, pósters, ofertas de cuadernos con la historia de la pintura. Ese era su mundo, su territorio, la memoria estaba fija en cada lugar de esa zona inolvidable donde había armado su campamento, sus tiendas de campaña, sus hospitales precarios, ahí había vivido, había comprado droga en las farmacias abiertas toda la noche, si quería contar su vida, o mejor dicho, si ya había contado su vida en los cuadernos que llevaba de un lado al otro, la clave era la cartografía del espacio de su mente. El mapa como autobiografía.

Llegó a Corrientes. Siempre había sentido un golpe de euforia cuando doblaba por Callao hacia Corrientes, en los tiempos que pasó en el extranjero, el recuerdo más vivo, el sentimiento nítido, como un aire suave, era la emoción de doblar la esquina y ver aparecer frente a él la calle Corrientes, eso era lo que añoraba y no podía olvidar y volvía a él como un sueño. «Como en un sueño», pensó, no se trataba del contenido del sueño, pocas veces había soñado con la ciudad en los años en que había vivido en otro país, o en sus viajes al extranjero, como decía, Nueva York, México, San Francisco, París, Montevideo, Pekín, era otro mapa, tan personal como el diagrama de sus días en Buenos Aires, no soñaba con el mapa, pero tenía en el recuerdo, en las imágenes vividas del lugar propio, la misma certidumbre que se tiene en los sueños, la certeza de la verdad que está más allá de la vida real, y es más real, es lo real, repitió en voz alta. La gravitación emocional de las imágenes –la certeza de sentir, de estar sintiendo para decirlo así, que se tiene en un sueño, producido por un detalle mínimo, cuyas consecuencias son inolvidables: el sentimiento de terror o de vergüenza o de sorpresa que hay en un sueño– era lo que se repetía al recordar, o mejor, al verse a sí mismo,

en distintas épocas de su vida, entrando en la calle Corrientes, desde Callao. Hay que doblar a la izquierda, en la esquina del bar La Ópera, y seguir sin cruzar, hacia el río, pero antes, en un instante frágil que la memoria registra como un fuego sin dolor en la sangre, el cambio de dirección, el momento preciso en que ya no se camina de norte a sur porque se toma el rumbo del este, hacia el río. En ese cruce, entre la línea horizontal de la marcha y el corte vertical hacia Corrientes, en el ángulo, estaba el recuerdo que volvía cuando estaba en el extranjero y vivía como un forastero. Solo esa imagen en la que se ve a sí mismo entrando en la ciudad, ahí estaba la felicidad. La sensación de que todo era posible, en el espacio que se abría –como alguien que corre una cortina de tela gruesa y deja entrar en el cuarto la luz del solfrente a él, estaba ahí, desde su lejana juventud, cuando patrullaba las calles con la violencia de un lobo solitario, hasta hoy, pasados ya los cuarenta años, cuando al doblar por Callao hacia Corrientes siente la misma euforia y la misma sensación de riesgo que sentía con Cacho Carpatos, Horacio, Junior, David, al registrar la ciudad en la noche buscando la aventura, o el encuentro con una mujer de pelo colorado, con la intención de conquista que había marcado su vida desde siempre. No era, entonces, el sentimiento áspero de entrar en combate, no era esa situación el tema de los sueños, sino la certeza misma y la seguridad sobre sus emociones que se siente en un sueño lo que había perdurado en él a lo largo de los años, venciendo su apatía y su frialdad. «Ha sido la única pasión que se ha mantenido igual a sí misma hasta hoy, desde los tiempos remotos.» O sea que su autobiografía, si alguna vez se decidía a escribirla a partir de sus diarios, giraría sobre la luz azul de su emoción más verdadera. Una amiga cuya amiga había partido, le había contado, la noche antes, un sueño. «Vos habías venido a dar una conferencia sobre el seminario V en la

Facultad, conmigo estaba Karla», le había dicho. Pero también estaban sus otras amigas queridas y entre todas, luego de comentar la charla («aunque el comentario no se escuchaba en el sueño, no se dejaba oír»), hicieron una fogata en el patio de tierra y de pronto el fuego fue la señal de una orgía, pero, para desilusión de Emilio, la fiesta, la partuza, le comentó su amiga, «no había entrado en el material onírico». Ahora bien, pensaba Emilio mientras avanzaba por la calle, qué significado tienen los sueños es un enigma que cada uno resuelve como puede, pero la verdad sintética de los sentimientos que se nos produce al soñar es única y es inolvidable. La misma certidumbre y la verdad de la emoción es lo que la literatura –cuando está bien hecha– nos transmite.

Se sentó a una mesa del bar La Paz contra la ventana, otra vez un bar y una mesa que da a la calle, la repetición se había convertido en su marca, tal vez quería decir algo esa monótona sucesión de actos iguales a lo largo del día. Pidió un café y de su cartera sacó una carta y empezó a leerla con la misma atención un poco cómica, al menos vista desde afuera, y con un lápiz fue subrayando palabras, frases e incluso algunos párrafos, pareciera que si no marca lo que lee se mantiene ajeno, pero cuando lee con un lápiz en la mano logra, o inventa, destacar el sentido personal que el texto tiene para él. Ese es un tipo de lectura que cruza su vida entera, leer con un lápiz en la mano, tomar notas, fijar un tipo de atención para poder decir algo, luego, sobre lo que ha leído, las señales son ya un comentario y también son una guía para poder transcribir los párrafos o las frases, en una cita. Las novelas y los poemas no los subraya cuando lee, a lo sumo anota con letra microscópica, en la última hoja del libro, en la página en blanco, el número de la página que indica así su voluntad de

volver a leer ese momento del relato o del poema. Esa mañana había puesto sobre la mesa el papel escrito a máquina a un espacio, que le estaba dirigido, y lo fue leyendo con un cuidado especial, como si esa hoja de papel tuviera minas explosivas, como si la carta fuera, para decirlo así, un campo minado. Querido Emilio: Tengo tantas cosas para decirte que no sé por dónde empezar. La «compañía» de los demás no existe. No entiendo ningún idioma. Me pongo la máscara y sigo sin entender. Tengo algo claro, no quisiera encontrarte y que las cosas de mi vida, los detalles, sean imposibles de explicar. Cansa la gente que habla excesivamente. Por eso te escribo. Era Tristana, había tenido una historia de amor hacía más de quince años y por ella, sin buscarla, como efecto no deseado, había perdido a Julia, se habían separado porque Julia no había soportado que él tuviera una amistad particular con una mujer que había sido una gran amiga de Julia. En esa época, ¿sería el 71 o el 72?, habían tenido que abandonar el departamento de la calle Sarmiento por una requisa del ejército, un operativo rastrillo, típico de aquellos años, buscaban a una pareja joven, le había dicho el portero, y por eso levantaron vuelo él y Julia de un día para otro. Anduvieron por distintos hoteles y casas prestadas hasta que Julia le habló del departamento que una amiga de ella podía prestarles por un par de meses, un edificio señorial en la calle Uriburu, cerca de la avenida Santa Fe, y ahí, para disimular la ansiedad que le había producido abandonar su casa con lo puesto, como se dice, inició, casi sin darse cuenta, un romance con Tristana que al final Julia descubrió (¡leyendo su cuaderno!). Había sido una estupidez la historia misma y, sobre todo, haber escrito la verdad en su cuaderno que siempre había dejado a la vista porque no quería esconder nada a la mujer a la que amaba, confiando en el pacto de lealtad que se establece, implícito, entre dos personas que viven juntas. No se

van a andar espiando, pero es lo que sucede. Julia había leído su cuaderno y también, indignada, había escrito en él: Pido la palabra, había escrito, sabías que yo iba a ser tu primera lectora. No fue la única, otras antes habían hecho lo mismo. (No fue así, ni fue, había escrito, por ejemplo, Amanda.) Tristana era una mujer maravillosa y siguieron siendo amigos hasta ahora, y ella, que había vivido en Entre Ríos, le escribía cada tanto una carta, como la amiga que era.

Cartas de una amiga que escribe. Así se tendría que llamar, pensó Renzi. Cada tanto ella le escribía, la amistad con una mujer estaba en las palabras, pensaba él. Sentado en el bar La Paz, como tantas veces, hacía tiempo ahí, daba algunos rodeos, antes de leer la carta de Tristana. Le llegaba una cada tanto a la casilla de correo, no era una correspondencia clandestina o comprometedora pero prefería mantener a cubierto ciertas zonas de su vida. El marido de Tristana era un médico y ella se las ingeniaba para falsificar sus recetas y cada tanto le hacía llegar a Emilio, por un comisionista, una encomienda con un par de cajas de Dexamyl Spansule, las mujeres habían sido en su vida las proveedoras de drogas, Circe, los lotógrafos en la Odisea, casi capturan a Ulises y su tripulación en las bondades de las alquimias perversas. Me levanto a las seis de la mañana, tomo mate, converso con las chicas, ellas parten al colegio a las siete y yo parto a las siete y cuarto al Registro de las Personas; busqué ese trabajo (el único que encontré) para ponerme en movimiento y porque algunos días no tenemos ni para comer. Las chicas, las hijas, una de ellas, ¿era de él?, ¿podría ser de él?, una hija natural, cómo no, las fechas siempre pueden coincidir y muchos años después Emilio iba a recibir una carta

emocionada y comprometedora. «¡Soy tu hija, papá!», no se había reído con esa noticia, pero Tristana era muy discreta, una tarde le dijo, Emilio, te quiero pero vamos a dejar de vernos, se iba a casar Tristana, con un médico, otro médico, porque Emilio estaba fuera de concurso. «Vos nunca vas a hacer, o a fundar», dijo ella, sonriendo, «una familia.» Me lo consiguió una hermana de mi viejo, viuda de uno de los Illia, que cree que soy profundamente radical a raíz del libro de Alvear que escribió en definitiva Nosiglia (yo, borracha, me limité a recopilar datos de la revista Plus Ultra y del prócer Félix Luna). Ese libro me ganó cierto respeto de parte de mis padres y de mis hijas, quienes en esa época me veían como a una ameba. Era una ameba, en realidad, durmiendo incansablemente y tomando también incansablemente, diciéndome a mí misma que tomaba por tener presión baja y depresiones. Tenía la voluntad absolutamente estragada. Era así, podría ser así, era una época de mucho alcohol, todo medio promiscuo, digamos, vivíamos en la inminencia de un cambio de época, en la ilusión de asistir a un cambio de la civilización. Una cosa es real: al dejar la botella me aparecieron ganas de hacer cosas. Era mediodía, así que, impulsado por lo que leía, llamó al mozo y le pidió un whisky con hielo. Había subrayado, o mejor, había envuelto en un círculo la palabra botella. La botella, pensó, una sinécdoque, la retórica, mejor, las figuras retóricas, lo habían ayudado muchas veces a escapar del dolor, fijarse en la forma de una expresión lo distanciaba instantáneamente. Tenía un oído finísimo para las figuras del lenguaje, el modo en que una mujer usaba el subjuntivo podía, por ejemplo, provocar en él una pasión sentimental. Ella, por otro lado, no bromeaba, aunque no se tomaba en serio a sí misma y tenía mucha elegancia irónica. El trabajo de marras termina a las tres de la tarde. Podría haber encontrado un

ambiente hostil, considerando que entro cual ráfaga de verano y en las mismas condiciones salariales que las minas que están metidas allí desde hace quince o veinte años. Pero no lo encontré. La situación, moralmente hablando, no me reconforta para nada, pero trato en lo posible de no pensar en eso. Se está terminando la que supiste llamar «hermosa historia de amor con el hombre que estaba en la cárcel». Había una serie de repeticiones en su vida que no podía evitar y se hacían visibles, en sus cuadernos, porque podía releerlos, no solo recordar. Por ejemplo, una mujer que tiene a un hombre en la cárcel: una serie. Alcira, Bimba, Tristana. Una mujer que estudia teatro y se prostituye para no traicionar su vocación artística; había, aunque nadie le crea, dos en su vida (Constanza y Amanda). Había una sucesión extraordinaria de coincidencias y de réplicas y de figuras que se repetían en su vida, es decir, en sus cuadernos, que para él significaban una prueba de que lo que estaba escrito en su diario era la vida misma, con sus caóticas repeticiones. Por ejemplo, hacía un rato había leído una novela de Burguess (Poderes terrenales, 340): «La señora Killigrew, cuyo marido estaba siempre jugando al bridge, descubrió una pasión por el hombre que tenía la cara llena de verrugas. ¿Por qué razón? En un relato tenías que encontrar una razón, pero la vida real no necesita motivaciones, ni siquiera freudianas.» Tampoco el fin es elegante o tiene sentido en la vida, mientras que en la novela, en cambio, el final debe ser enérgico y eléctrico y elegíaco. Se había distraído y siguió leyendo, estaba en tema. ¿Todas las historias de amor terminan? Pareciera que sí, y realmente no me afecta. Tristana, antes de separarse de su marido médico, había vivido en Concordia, Entre Ríos. Por eso Renzi había localizado ahí el final de su novela Respiración artificial. En homenaje a su amiga, y también porque le gustaba el lugar y, sobre todo, le sonaba bien el nombre del pueblo.

Tristana se había mudado a Buenos Aires con sus dos hijas y había entrado en declive, no tenía que haberse separado del médico, pero era demasiado íntegra e inteligente para seguir viviendo con un hombre al que ya no amaba, a pesar del costo altísimo que –ella sabía– iba a pagar. El presente era el vaso de ginebra y el futuro no existía. Vivía entonces en el pasado y allí, hurgando, encontré a este hombre, anillo al dedo porque también vivía de recuerdos. Suelo pensar que si el alcohol no hubiera existido sobre la tierra podría haber terminado en una isla desierta o ametrallando gente desde cualquier palco, durante cualquier acontecimiento. Jamás sabré si atemperó mi desajuste con la realidad, o si lo aumentó. Jamás de los jamases. Mejor así. Hacía mucho que no hablaba con ella, los dos, en un sentido, eran convalecientes, eran exadictos de distintas sustancias mágicas, estaban en recuperación, en interacción domiciliaria, digamos. Los dos primeros meses (de no tomar) la realidad se me presentó como algo insoportable y cruel. Solo me sentía a salvo acá, con las chicas, o allá, con los borrachos. Esa era mi única salida al exterior, esa gente. Poco a poco se produjo mi presentación en sociedad y acá estoy, caminando despacio y un poco a tientas. Él podía decir lo mismo, con las mismas palabras. Me tranquiliza enormemente escribirte esta carta. Renzi subrayó la frase como prueba de su reconocimiento a la generosidad sin fin de ella, su amiga a la que había querido, no amado, usaba poco Renzi esa palabra. Pero la había querido, la sentía cerca, como a tantos camaradas de su vida, heridos, malheridos, caídos en combate, hospitalizados, perdedores de gran calidad, golpeados por el viento huracanado de los tiempos. Horacio, por ejemplo, siempre pensaba en él en esta época, no había un día en que no lo recordara. Y a Tristana, tan querida, le pasaba lo mismo con él («Conmigo», pensó). Llamame cuando tengas tiempo así nos

vemos. Ha reaparecido mi timidez congénita, un tanto disimulada por las ginebras en otras épocas. Hoy, 17 de mayo, hace exactamente seis meses que no tomo. La iba a llamar, ¿la iba a llamar?, podía levantarse y pedir el teléfono en la barra o hablar con ella desde el público que estaba en la pared atrás, en la puerta que daba sobre Corrientes, al lado de la librería Premier a la que siempre iba cuando andaba por acá. Le gustó el epílogo de la carta de Tristana. Releo esta carta en el Registro, a eso de las diez de la mañana. Pareciera como si al atardecer (ayer domingo, en este caso) entrara en una especie de curda seca (le gustó la expresión, curda seca, y la subrayó y la marcó con una flecha en el margen), tantos disparates me parece que te escribí. Fijate lo que me conforma (y me alegra también, me hace bien) en este momento: algo tan simple como ver el sol a través de las ventanas (estuve mucho tiempo con las persianas bajas, como en una congeladora). Solo puede salvarnos (qué palabra antigua) la ironía y el humor (el sentido del). Asociación; mi cuñada marplatense me dijo: «Considero que das a tu hija una educación muy liberal», ¿podés creer? Liberal, dijo. Mientras su hija (de ella) de quince años huye a bailar a Gigoló y le dice que va al cine a ver Blancanieves. Un abrazo. Tristana

Iba a ir a la librería Premier, puerta por medio del bar, ahí estaba su amigo Vicente Almagro, él la atendía pero en realidad era un jefe secreto de la comunidad de amigos excluidos de la fiebre alfonsinista, que estaba de moda en esos años, de modo que Emilio se encontraba allí con peronistas de distinta ralea, que le hacían acordar, mal o bien, a su padre, por el modo de hablar, y también porque los peronistas están en baja, están de capa caída cuando no gobiernan o no tienen un poco de manija, fue pensando Renzi, dejándose ir por los

pensamientos sueltos mientras llamaba al mozo, que como siempre parecía no verlo y lo ignoraba a pesar de sus gestos, porque estaba en otra, los mozos, aunque lo conocían bien, no pensaban atenderlo hasta que no se les diera la gana, pensó Emilio. ¿Pensó? Cada vez pensaba menos, cada vez le costaba más pensar, pensó ahora.

La librería era un refugio, podía pasar horas ahí, conversando con los amigos que entraban y salían. «Una unidad básica», la definía Emilio. Los peronistas se juntaban ahí y Emilio recordaba a los amigos de su padre, que siempre esperaban un milagro político, había algo de superstición en el peronismo, como si estar adentro diera seguridad a los desesperados, era una suerte de garantía irracional, un sentimiento que aseguraba la continuidad. La librería Premier estaba en el mejor lugar de la ciudad, en plena calle Corrientes, al lado del bar La Paz, al costado del cine Lorraine y frente al teatro San Martín. «El hoyo del queque», decía David, siempre hermético, con su lenguaje esotérico en el que se superponían capas geológicas de las palabras olvidadas de la ciudad.

Esa tarde Emilio estaba –como decía cada vez más a menudo– haciendo tiempo, estaba buscando un libro sobre la Primera Guerra Mundial, y Vicente, su amigo, que estaba a cargo de la librería, de pronto le preguntó por la historia del abuelo que había estado inicialmente enamorado de su mujer porque ella había sido, durante una temporada en Turín, cantante de ópera, no una prima donna, una figuranta, pero ella se veía a sí misma –en sus sueños, aclaró Emilio– como una diva, y si bien había perdido la voz ya en su juventud, de modo

que solo había participado en la representación de la Tosca, en un papel secundario, como joven promesa había tenido un parlamento, una despedida a su hermano que se iba a la guerra. El fragmento, que eran doce palabras, que había cantado sola dentro de la escena, en un costado, alumbrada durante siete segundos por una luz blanca y vestida con ropa de época, le había servido para considerarse durante el resto de su vida una cantante de ópera que había perdido la voz. Y a veces, los domingos, cuando la familia estaba reunida, todos contentos y un poco achispados por el vino y el champagne que habían tomado, ella, mi abuela Rosa, se levantaba de la larga mesa tendida sobre caballetes en el patio de la casa familiar, algo ruborizada, y con las manos apoyadas sobre el mantel cantaba, en voz baja pero muy sentida, un aria de Aída y todos aplaudían emocionados con la triste historia de la carrera triunfal de mi abuela por los teatros de ópera del mundo entero. También se decía que ella había abandonado el bel canto por amor al abuelo Emilio, en esa versión ella era la diva desconsolada que dejó su arte para venir con él a América.

Las constancias y las variaciones lingüísticas, la variación continua. La música y la relación de la voz con la música (la ópera) cumplen un papel mayor que la literatura en la definición de los límites del lenguaje, pensaba Emilio. «Comparada con la música, la literatura es un instrumento tosco», se repitió. La ópera forma parte de mi tradición familiar, primero por el respeto reverencial que suscitaba mi abuela Rosa, que había dejado –según el mito– la ópera por mi abuelo Emilio. Y segundo porque todas las tragedias y la vida cotidiana de mi familia se vivían con el tono melodramático de una ópera. Si la vida tuviera música de fondo, como una película, decía mi padre, la ópera sería el acompañamiento de

las peripecias de la familia de tu madre, de los Maggi, decía, como queriendo distanciarse de esa tradición de pasiones y sentimientos excesivos.

Renzi le empezó a contar esa tarde en la librería Premier a su amigo Vicente, el librero, pero también a los curiosos y a los clientes habituales de la librería, todos amargados y abnegados militantes peronistas que se reunían ahí buscando conversación y amistad entre compañeros del movimiento. Mi padre me contó la historia de su padre una tarde caminando por la playa. Mi abuelo se vino a la Argentina y se instaló solo como jefe de estación en una parada del Ferrocarril Sur en medio del campo, un pueblo sin casas que se llamaba ¡Martín Fierro! Los paisanos lo apreciaban porque mi abuelo era un artesano extraordinario, hacía miniaturas sorprendentes. Siempre le estaban pidiendo que les hiciera un caballito con un gaucho vestido de domingo, del tamaño de un dedal, tallado en madera balsa. Si uno soplaba, el gauchito salía volando. Los paisanos, contaba mi padre, se acercaban los días de fiesta a las casas para escuchar las óperas de Puccini.

Mi abuelo construyó una réplica en madera y en escala de la estación y las casas del pueblo. Y los paisanos venían a ver cómo se reproducía la réplica del lugar donde vivían. Se levantaba el techo de las casas y se veía el interior tal cual. Solo las habitaciones, los muebles, los objetos reproducidos minuciosamente, pero sin ninguna figura humana: un pueblo vacío, en perfecto estado, en medio de la llanura. La construcción, que no pesaba nada porque estaba hecha con madera finísima, estuvo, durante parte de mi niñez, en un galpón donde se guardaban las herramientas, como si todos pensaran mal del modo en que mi abuelo había fijado en una

construcción el lugar donde habitaba una mujer querida. (A lo mejor, pienso ahora, la diva que había perdido la voz lo culpaba a mi abuelo de esa desdicha, y por eso, pienso a veces, toda la tragedia familiar estaba equivocada.) Por fin, un coleccionista norteamericano se la compró a mi madre y, con la plata, ella pudo hacer un viaje a Europa (en 1970). De ahí me vino la idea de que un hombre que pierde a una mujer se construye un mundo microscópico y alternativo (un museo). Me acuerdo todavía ahora que mi abuelo estaba siempre escuchando ópera (preferentemente de Puccini, al que consideraba un músico único). Mi abuelo escuchaba y nunca supe si su mujer, es decir, mi abuela Rosa, era una de las cantantes de la grabación. Quizá solo escuchaba la ópera donde ella había cantado para retener la voz de la mujer perdida en el coro. Por ese lado siempre asocié la ópera con un dolor familiar. Quiero decir, un dolor que no se puede expresar con palabras, algo que está más allá del lenguaje. Ya conté alguna vez que viendo el documental Shoah de Claude Lanzmann (un peluquero judío, obligado a pelar a los prisioneros, en la puerta de los baños donde iban a matarlos con gas, descubrió a un sobrino en la fila, y al contarlo se largó a llorar, la emoción le quitó el lenguaje) me di cuenta que hay un momento en que los sentimientos no se pueden expresar y que la gente, entonces, deja de contar y sencillamente llora. En la ópera, la situación es tan extrema que el dolor se expresa cantando, la gente ya no puede hablar y resulta natural que cante. La otra experiencia ligada con la ópera es una idea de Gramsci que siempre me parece fantástica. Los italianos, dice Gramsci, no tenemos novela popular pero tuvimos la ópera. La ópera italiana como una forma exagerada del melodrama popular del XIX: como una versión de Dumas o de Dickens o de Dostoievski. Era la misma historia del folletín en otro registro: en un registro más

agudo, digamos, haciendo resaltar de modo explícito los sentimientos que hay en la vida. Un hombre teme perder a la mujer amada y no puede imaginar el mundo sin ella y hace un pacto fáustico; mi padre, como buen peronista, pensaba que mi abuelo había ido a la guerra para saldar su deuda con Lucifer. Hablando en sentido figurado, explicaba Renzi a los sorprendidos clientes de la librería Premier, que habían ido ahí a buscar línea política porque estaban muy desorientados los peronistas, arrasados por la socialdemocracia, y pensaban que Horacio González o Chacho Álvarez podrían tirarles una soga para salir del pantano histórico en el que estaban hundidos, pero se encontraban con Renzi que, parado junto al mostrador, contaba con gran entusiasmo la historia de la vida de su abuelo Emilio, antes, subrayaba él, mucho antes de que se presentara como voluntario en la Guerra del 14.

Cada tanto Gandini me llamaba y yo iba a su departamento de la calle Chacabuco (que había sido de Guillermo Saavedra) y le contaba la historia de mi abuelo y él, en el piano, que ocupaba toda una habitación diminuta, tocaba un fragmento que acababa de componer y me cantaba, sin articular palabras, solo un murmullo melódico y operístico que me recordaba el modo en que mi familia acompañaba el canto de la ópera que escuchaban en el tocadiscos. Una familia muy musical, dijo Renzi mirando a sus absortos interlocutores, ¿cómo va todo muchachos?, ¿el peronismo vuelve al poder o no?

Sin esperar la respuesta se despidió de Vicente y de sus secuaces. Tenía cita con sus alumnos y con las almas perdidas de la ciudad en otro bar, y al salir a la calle y caminar hacia el oeste por ese cambio de dirección o por su conversación sobre las óperas volvió en su recuerdo su amigo, el músico Gerardo

Gandini, y entonces, como una película casera en Super-8, volvieron a él las imágenes de aquel verano interminable, cuando decidieron pasar juntos un mes en una playa del Uruguay, en un pueblo de campo, que daba al mar, donde desde siempre los poetas surrealistas Molina y Madariaga y, antes de morir, también Edgard Bayley iban a pasar largas temporadas: «Alquilamos unas casas y fuimos con otros amigos (Rozitchner, Carlos Altamirano) y pasábamos la noche tomando vino con Freddy, con Madariaga y con otros compañeros. Durante esos días luminosos de enero hablábamos toda la noche hasta el alba, Gandini había ocupado la casa que había sido de Edgard Bayley y cuando tenía insomnio se le aparecía el fantasma de Edgar para consolarlo y hacerle compañía.» («Es infinita esa riqueza abandonada.») En esos días contó una y otra vez, a los amigos, la pasión de su abuelo Emilio y su historia de amor con la cantante que había perdido la voz, por su culpa.

Se instalaba todas las tardes en el bar La Ópera y «recibía» ahí a los amigos, a las chicas, a los estudiantes, a los colegas y a una suerte indecisa de parroquianos, vagabundos y curiosos de la fauna que se juntaba en esa esquina y se arrimaban a su mesa y participaban en la conversación. Cada esquina de la ciudad, sobre todo si hay una boca del subte, tiene su color local y su modo de sobrevivir. Anotaba esos detalles en su diario porque imaginaba que iba a hacer un rastrillaje de la ciudad. El tema del día, porque cada día tenía un tema distinto que capturaba el interés de la mesa donde Renzi se sentaba a recibir a sus conocidos, era la cibernética.

Esa tarde todos hablaban de las virtudes y los riesgos de usar procesadores de textos y computadoras. Eran la gran novedad que sus amigos transmitieron con entusiasmo. El que

estaba escribiendo muy inspirado, pero a quien un corte de luz o una tecla mal apretada lo hundía en el fondo del mar. «Tenía cinco páginas escritas, me habían llevado toda la noche y se me borraron, zas, de un golpe», contaba el gordo Soriano, que era ya un experto arriesgado de la escritura en la inteligencia artificial. Hay que imprimir, recomendaba el gordo. Ponés la impresora, decía, y tac, sale la hoja con el escrito impecable, también propagandeaba el uso del backup. Hay que hacer backup, cada media hora, para que no se te pierda todo y quedés en Pampa y la vía.

Renzi usaba el Word Perfect y se sentía cómodo con su computadora Macintosh que había comprado en Nueva York, aconsejado por sus amigos más jóvenes, que vivían prendidos a sus videojuegos y a sus computadoras de programas especiales. Tiene la ventaja de usar el mouse y de poder trabajar sin usar el teclado para activar los programas, los documentos y los archivos se ven en las ventanas, los iconos, apretás y chau. Una ventaja que se descubría rápidamente era la posibilidad de corregir mientras se escribía la frase, sin tener que pasar toda la hoja corregida cuando ya estuviera listo, como sucedía con su Lettera 22, a la que no quería abandonar porque había escrito todo ahí desde que su abuelo Emilio se la había regalado en 1959.

Había aprendido, contaba Renzi, en los meses que trabajamos en una ópera con Gandini. Los músicos tienen un lenguaje privado, una forma pura que les permite frasear y modular un pensamiento muy sofisticado que también está hecho de citas y de voces ajenas. Basta ver el modo en que Gandini toca el piano, casi no existe para él la noción de ensayo, la música es la inmediatez absoluta, las notas están ahí

y él las interpreta siempre como si las hubiera escrito. Lee de memoria, si se me permite la resonancia macedoniana de la definición, y esa manera de leer la música mientras la toca, como si la estuviera componiendo o como si estuviera improvisando lo que toca, es algo extraordinario. La música funciona como un lenguaje imaginario, es un idioma hecho de formas puras y en eso, por supuesto, se parece a las matemáticas. La literatura aspira a ese lenguaje pero nunca lo alcanza, ni siquiera Joyce pudo conseguir esa pureza. Me parece, improvisó, que la computadora tiene también un ritmo propio que hay que buscar y descubrir. Cuando viajé por primera vez a los Estados Unidos, en 1977, en la Universidad de California, San Diego, estaban experimentando con las grandes computadoras de Palo Alto. Habían cargado una de esas enormes IBM, de ochenta lámparas y bobinas de papel, con el Moby Dick de Melville y esperaban que el programa produjera literatura a partir de la combinación de las palabras de la novela. Un arpón está en la vida fuera de uso, pero suena muy bien para cazar ballenas en el libro. Esa era, dijo Renzi, la idea, ¿se dan cuenta?, la ilusión es que las máquinas escriban solas, preferentemente grandes best sellers, aunque la verdad es que la máquina de Palo Alto solo produjo textos ilegibles.

Hizo una pausa, Renzi, entusiasmado por el interés que estaba causando en las chicas en la mesa del bar y también por la fascinación que le produjo a un mendigo al que había visto en la vereda del bar sobre Callao, hablando con un teléfono portátil, de madera, grande como un zapato. Hacía de cuenta que hablaba con su cliente con el aparato telefónico que reproducía lo que había visto en la ciudad y que usaban los ejecutivos de las grandes compañías. El pordiosero, vestido con harapos, pensaba, con razón, que usar un teléfono portátil le

daba estatus y por eso se había fabricado una réplica de madera y hablaba con ella en la mano, incluso ahora, en la mesa, comentaba lo que estaba diciendo Renzi y se lo contaba a un amigo que estaba en algún lado abajo, en la estación del subte. «Acá el señor esta explicando el asunto de la inteligencia artificial, una máquina que vio en Norteamérica, es una especie de teléfono gigante que habla sola y funciona a pila.»

En 1987 había pasado Renzi un semestre en Princeton University como Senior Fellow del Council of Humanities y había elaborado, aprovechando la Biblioteca de la Universidad, los estudios finales para las investigaciones sobre literatura artificial, producida directamente por la computadora. En realidad, todo había comenzado unos años antes con una visita imprevista de su primo Luca, a quien debía agradecer aquí el haber sido el primero que le llamó la atención sobre los riesgos de la desactivación repentina de todos los aparatos cibernéticos por un atentado.

Vivía Renzi en el barrio de los profesores cerca del lago, en una casa estilo Tudor de dos pisos. Mi vecino Hans Kruster hablaba de su época de investigador principal en los laboratorios del Institute of Advanced Studies aquí, en Princeton, como si se refiriera a un tiempo a la vez inmediato y remoto. Hans abandonó la física teórica a los veintitrés años o, como suele decir con una sonrisa, fue abandonado por ella, igual que alguien que ha perdido a una mujer, y a los treinta, después de una gran depresión, se dedicó a la enseñanza y aceptó el puesto. Hans habla de los teóricos como telépatas que pierden su poder. Jóvenes brillantes que a los veinticinco años son inservibles y que sobreviven como zombis hasta su muerte. Somos excombatientes, cualquier clase de sujeto que haya

tenido una experiencia lo suficientemente fuerte y malvada como para que todo lo demás parezca idiota después, me dijo un día. Existe una agilidad en la juventud que solo conocen los músicos y los matemáticos: la velocidad y la pureza de las formas se gasta con los años y solo vive en la extrema juventud. A los veinticinco años somos viejos, Einstein vegetó toda su vida como un semiimbécil folclórico dedicado a representar frente a los mass media la figura del sabio, cuando todos, y él antes que nadie, sabían que estaba liquidado. Kurt Gödel construyó su teorema como un relámpago a los veinte años y después no hizo nada más en toda su vida. En realidad las grandes universidades nos reclutan como si fuéramos un grupo de exalcohólicos que tienen que adiestrar a las nuevas generaciones de borrachos; nos ponen en contacto con jóvenes abstraídos y ambiciosos para que los iniciemos en el juego perverso de la inteligencia artificial. Él, ya retirado, había dedicado las noches a construir y a pensar frente a ellos, en un laboratorio que había armado en los sótanos de su casa, un experimento demoníaco destinado a mandar al basurero a los escritores creativos y a los productores individuales de literatura.

Una noche, por fin, me la hizo ver, me esperó en la puerta y en cuanto llegué fuimos a su escritorio subterráneo. Sobre una mesa de fórmica blanca había puesto una caja de cartón y, cuando la abrió, apareció la máquina. Era una réplica niquelada del tamaño de un tostador estándar (posiblemente haya usado la estructura del tostador como base). Tenía dos botones rojos y una cinta de teletipo que salía de una hendija en medio de la parte superior. Ahora vea, me dijo Hans. Tocó uno de los botones e introdujo en la máquina un juego de pequeñas fichas que reproducían las letras del alfabeto. Pasaron cerca de veinte

segundos sin que sucediera nada. Hans estaba calmo y serio y tomaba cerveza de una lata; por la ventana, en el atardecer, se veía el brillo helado de la laguna. De pronto la máquina empezó a funcionar, con un traqueteo electrónico. Hans tomó la cinta, la leyó a contraluz con una lupa de gran aumento. Su ojo parecía la galaxia Nebulae. Bajó la lupa y sonrió. Una historia de fantasmas, me dijo, como debe ser. Puso la cinta dentada sobre un cartón negro y me alcanzó el vidrio de aumento. El relato se llamaba «La pesadilla». «Una tía a la que yo he querido mucho se vuelve loca y es telépata y en el sueño no me deja despertar.» Un relato de veinte palabras. La novela microscópica más extensa del mundo, dijo Hans. Estaba contento. Había construido la réplica sobre la base de mi explicación y de algunos libros sobre cibernética que existen en la Firestone Library.

La experiencia es acumulativa. Por otro lado, un enigma es un experimento. Es una diminuta máquina verbal de doble cara y forma contradictoria, está construida por un par de determinaciones opuestas: «pescamos/no pescamos», «dejamos/traemos», que se unen al revés de lo que se puede esperar naturalmente, o sea, de un modo inverso a la fórmula «lo que pescamos, lo traemos; lo que no pescamos, lo dejamos». Un enigma es la formulación de una imposible racional que, aun así, describe un objeto real. (Mientras que un experimento científico, dijo Hans, construye un hecho imposible para expresar un objeto racional.) El sabio debe saber descifrar la verdad implícita en el ejemplo falso. El enigma tiene la forma de una contradicción que se disimula en un relato. (Mientras que un experimento es una reproducción artificial de la experiencia que sirve para imaginar narrativamente un mundo que todavía no existe.) Cuando digo narrativamente quiero

decir, dijo Hans, en el transcurso del tiempo. Los enigmas siempre tienen que ver con el futuro, con lo que no se sabe, con la tensión entre la vejez y la juventud. El animal que camina en cuatro patas y después en dos patas y después en tres patas. Todo debe ser visto bajo una luz no familiar aunque nos cueste la vida. En eso consiste el arte de narrar.

Fue un amigo inesperado, uno de los más queridos y sin duda el último de mi vida. A comienzos de 1990, cuando me trasladé a Cambridge, Massachusetts, para dictar un curso sobre «La novela paranoica» en Harvard, él tuvo una pulmonía. Tomé el avión esa noche y pasé con Hans dos noches y dos días. Estaba lúcido, seguro de su muerte inminente. En este mundo actual ya nadie cree en la ciencia, me dijo desde su cama en el hospital, y todos aceptan las supersticiones y las historias de la TV y por lo tanto las novelas son secundarias. Después empezó a delirar. «Ellos inmediatamente nos demuestran que son muchísimo más rápidos que nosotros y piensan con la liviandad y la fijeza con la que una araña hace su tela. El maestro es la mosca», dijo desde su lecho de enfermo, «que abre paso al mundo helado de las fórmulas perfectas.» Como un arqueólogo de sí mismo, es el ejemplo vivo de que alguna vez ha sido posible pensar. Está seguro de que lo mismo sucede con los escritores y, ya que estoy aquí para enseñar, me toma por un novelista retirado y por supuesto tiene razón. Todos somos narradores retirados. (Su otro modelo son los grandes boxeadores del pasado, medio atontados por los viejos combates, que les enseñan sus mañas a los juniors. En eso tiene razón: siempre pensé que se trata más de entrenar a los jóvenes escritores que de enseñarles algo.)

Estábamos solos, cada uno en su gran casa de dos pisos en medio de los bosques helados, habíamos terminado por hacernos amigos. Esto, me dice Hans, es como vivir en una gran clínica de reposo en los Alpes suizos. No conozco ninguna, pero me las imagino por la lectura de Tender Is the Night. (Scott Fiztgerald pagaba 2.000 por semana cuando Zelda se volvió loca, según pude ver en sus papeles privados que se conservan en la Firestone Library. Incluso encontré las cuentas del viejo motel de Ohio donde se refugió en The Crack-Up.) Cuando se llega a los noventa años uno ya está loco. Todo es una copia de algo que se ha vivido. Lo mejor es actuar con deliberación y convertir las manías en un estilo. Las mujeres, por ejemplo, se vuelven misericordiosas y pasan el tiempo en los clubes dedicados a los pobres. Eso al menos hizo Ana, mi mujer, hasta el día de su muerte. Era rusa y había visto la revolución y había conocido a Trotski y pensaba que solo los pobres conocían la verdad. (Una teoría centralmente antialemana; me enamoré de una populista rusa que llevó toda su vida en la cartera una pastilla de cianuro para no ser llevada con vida por la policía.) Para mí, en cambio, la verdad es una cualidad temporal. Lo único interesante de la vejez es que permite comprender el transcurso del tiempo; después de cierta edad el futuro deja de ser un enigma y se convierte en una experiencia. Por eso los jóvenes odian a los viejos: vivimos en lo que para ellos será el porvenir. La vejez tiene la estructura de una profecía. Dice sobre el futuro algo que nadie reconoce claramente. Cuando se cruza el límite razonable del tiempo y se vive de más, se está en una zona de sombras que los antiguos asimilaban con los conocimientos prohibidos.

Había vuelto al estudio, revisó las llamadas en el contestador, habló con su mujer y con algunos amigos y después se preparó un sándwich de jamón y un té y se sentó ante la computadora. Había transcrito las entradas de sus diarios de 1987 y las ajustó y revisó, iba a publicarlas en una antología de la prosa autobiográfica en una editorial española, porque se había puesto de moda eso que los periodistas culturales y los fabricantes de papers académicos llamaban «la escritura del Yo», que se basaba en la conocida tentación de revelar secretos de la propia vida, previamente acomodados al sentido común general. La novedad consistía, según estos imbéciles, en que el autor se convertía en la estrella usando el procedimiento de llamar al personaje con su propio nombre. De inmediato todos aceptaban eso como verdadero, ya que el nombre propio y la figura del autor eran, había pensado mientras caminaba hacia su guarida, la garantía de la cultura contemporánea. Por eso había elegido un fragmento de sus diarios de 1987 en los que escribía sobre sí mismo en tercera persona y revelaba su pasión secreta –pero que lo había acompañado toda su vida– por su prima –su primita–, a la que le había cambiado el nombre para no perturbar su brillante carrera académica y sentimental. De modo que abrió el archivo en su computadora en el que había transcripto algunos períodos de su vida, basado en su totalidad en su propia experiencia y en su propio diario personal, que llevaba desde antes de que los así llamados «periodistas culturales» o exploradores de las profundidades, de los bajos fondos de la espiral del espíritu, hablaran de «las escrituras del Yo». De modo que empezó a leerlo y a revisarlo para enviarlo en un attach de su correo electrónico al editor de Barcelona, que había creado una colección dedicada a ventilar las estupideces de la vida doméstica de los domesticados hombres de letras de las nuevas

–y también de las viejas– generaciones. En fin, antes quería leerlo y, a medida que lo leía, recordaba una vez más, vívidamente, los acontecimientos y las palabras dichas de aquellos meses de 1987. Iba a llamar a ese fragmento de su vida «La prima Érica».

Martes

Érica dice que el diario es un devocionario idiota, una guía mística; lo escribe, dice ella, «como quien reza». Dice que él vive la vida como un turista que abre un mapa en una estación desconocida y busca cómo orientarse en ese territorio extranjero. También dice que él quiere fijar el sentido antes de caer en la melancolía. Es un catálogo del saber microscópico de un náufrago, que se aferra a las palabras antes de hundirse definitivamente en la locura. Imagina que esos cuadernos son un compendio a partir del cual será posible volver a empezar; en el futuro puede combinar las palabras y obtener la historia completa de una vida o varias historias posibles o una misma vida repetida en distintos registros. Ella compara el diario con un reloj: es un engranaje que clasifica lo vivido (lo vívido, bromea él), como un reloj clasifica el tiempo. (Practica el arte de clasificar la experiencia.) Samuel Johnson comparó un diccionario con un reloj: sirve para dividir lo que se sabe, usa formas fijas (las horas, las letras) y evita entonces el flujo indeciso de los hechos. Un diario es una máquina de clasificar.

Domingo 4

La idea fija; no cambia. Punto fijo. Quedar fijado a una escena. Érica dio vuelta apenas su rostro y lo miró con una sonrisa. Sus tetitas altas brillaban en el aire claro, los húmedos vellos rubios del pubis, las caderas suaves y la piel fina: no se sorprendió (reaccionó con la naturalidad de una mujer

experimentada) mientras él, en cambio, la amó desde ese momento hasta el momento de su muerte. Estaba desnuda, tenía quince años, en el patio de la casa, en una tina que tenía la forma de un trono y se bañaba con agua de lluvia. Él volvió inesperadamente y al entrar vio su cuerpo que ya no olvidará. Estaba sentada, con los pechos al aire, y se levantó, sorprendida, y giró apenas el rostro hacia él, y le sonrió como quien invita a un desconocido en una fiesta a retirarse a los jardines oscuros. Comprendió que esa imagen lo alejaba de alguien falsamente romántico, de un idiota sentimental, y eso era así porque se había acercado a abrazarla, como ella quería.

Miércoles

Érica vive ahora precariamente en su casa de la calle Mansilla, con las valijas hechas y los archivos de su investigación microfilmados porque ha aceptado una propuesta de Princeton University para enseñar en los Estados Unidos a partir de septiembre. Quiere desaparecer en la quietud artificial de los nuevos monasterios medievales, encerrarse para siempre en una biblioteca interminable y perfecta (Firestone Library, Floor C). Imagina que siempre puede volver a Buenos Aires, donde tiene su casa y una amiga que le cuida el gato y le riega las plantas. Imagina, Érica, que mantener su casa lista para volver es una prueba de libertad y de autocontrol. Quiere vivir dos vidas. Una posible en Buenos Aires y otra real en Princeton (234 South Stanworth Drive). Lo llama tener dos destinos, ser dos. En realidad, está huyendo de su primo hermano y busca un laboratorio para investigar con calma su teoría de los dichos.

Jueves

Difracción. Forma que adquiere la vida al ser narrada en un diario personal. En óptica, fenómeno característico de las

propiedades ondulatorias de la materia. La primera referencia a la difracción aparece en los trabajos de Leonardo da Vinci. Según su observación de la laguna dei Fiori bajo el sol del mediodía, la luz, al entrar en el agua, se extiende imprecisa y su resplandor ondula en un sistema concéntrico de anillos claros y oscuros, hasta el lecho barroso. No es una ilusión óptica, es un milagro. Los días se suceden y se pierden en la claridad de la infancia y el sol alumbra apenas los recuerdos.

Lunes

Ella dice que se llama Érica Turner. Estaba desnuda, tenía quince años, en el patio de la casa, en una tina que tenía la forma de una silla de respaldo alto y se bañaba con agua de lluvia (agua llovida que en la siesta de verano se dejaba entibiar al sol). Esa tarde él volvió inesperadamente y al entrar vio el inolvidable cuerpo desnudo de su prima y quedó fijo ahí, ninguna mujer entonces tendría esa piel ni esa cruz dorada entre las piernas. Ella estaba sentada en el agua de lluvia, con las tetitas al aire, pero luego se levantó, sorprendida, no se puso las manos en el pecho, el cuerpo húmedo, solo giró apenas el rostro hacia él y le sonrió, como quien acepta en un sueño la equívoca invitación de un desconocido.

Jueves

Una tarde, años atrás, le avisaron (a Érica) que debía «guardar» a una militante del ERP, esconderla durante una semana porque era intensamente buscada. La muchacha tenía ojos claros y una mancha de nacimiento en el costado izquierdo de la cara. Eso la hacía muy identificable, era la jefa militar de la columna norte de Santa Fe. Érica notó que al hablar, casi como un gesto natural, tendía a colocarse hacia la izquierda para ocultar su perfil manchado. Llegó acompañada de una

lejana amiga de Érica, que era la responsable de seguridad de la organización. La chica traía una pequeña valija de cuero y se instaló en la pieza del fondo. Ocupó uno de los placares y Érica la vio dejar su metralleta Thompson en la parte alta del mueble y le vio los pechos cuando la muchacha se sacó la tricota que llevaba sobre el cuerpo desnudo y se puso una camisa liviana. Hacía calor en el cuarto porque la calefacción funcionaba todo el tiempo. La clandestinidad política siempre la atrajo; vivir una vida secreta, andar por la ciudad con una bomba de plástico en un cochecito con una muñeca, como una joven madre que pasea a su bebé. La guerrillera (digamos que se llamaba Elisa) era silenciosa y tranquila, casi no salía de la pieza, no abría las ventanas, permanecía quieta, alumbrada por la luz artificial. Dos veces se arriesgó a dar una vuelta por el barrio, al atardecer cuando la gente vuelve del trabajo y hay movimiento en la calle, fue vestida con ropa de Érica quizá porque el fácil disfraz le daba la frágil seguridad de que no iba a ser reconocida. En las esquinas, en los quioscos de diarios y en los puestos de correo, estaba su foto y la descripción de la mancha de nacimiento en el costado izquierdo de la cara. Durante las dos semanas que vivió con Érica, intimaron bastante y hablaron horas enteras, solo de política al principio, y luego de su vida sentimental y de sus proyectos personales. Había tenido varios hombres, pero no podía establecer una relación porque debía moverse continuamente, porque no podía poner en riesgo a la organización con una relación duradera. Eso le daba un aire a la vez cínico y simpático, como un muchachito que cuenta sus aventuras y piensa que alguna vez, en el futuro, se asentará y formará una familia. Quería tener dos o tres hijos, y por motivos que Érica no llegaba a entender estaba segura de que sus primeros hijos iban a ser mellizos y pelirrojos. Tenía secretamente el temor de que nacieran con

una mancha en la cara y suponía (supuso Érica) que, si nacían dos, el riesgo era mínimo o la mancha, repartida en dos caras, sería insignificante. Pensaba también que si los chicos eran pelirrojos la mancha iba a ser parte de su expresión ardiente. La chica era optimista, pensaba que en dos o tres años el ERP habría triunfado; su hermano y su padre estaban desaparecidos y su madre era una militante clandestina. Por fin, una semana después, cuando el peligro había pasado, la amiga de Érica vino a buscarla. Érica y la chica, emocionadas, se abrazaron y se miraron a la cara y se besaron. La guerrillera se había olvidado de su mancha y apoyó su mejilla borravino en la palma de la mano de Érica. La piel era rugosa y suave, como un terciopelo rojo. Érica la miró desde la ventana bajar la calle y subir a un auto negro con patente de Rosario. Tres días después un hombre con fuerte acento la llamó por teléfono y le avisó que la habían matado cuando resistió un allanamiento en el barrio Clínicas de Córdoba. Había muerto peleando. En un costado del ropero, Érica encontró un pañuelo blanco que la muchacha se había dejado, en un dobladillo alguien (tal vez ella, tal vez su madre) había bordado las iniciales: R.L. junto a una diminuta estrella de cinco puntas. Érica nunca supo cómo se llamaba la chica, pero a veces volvía a ver sus pechos mientras se sacaba el rompeviento por la cabeza. Esa noche Érica hizo un par de llamadas y a los pocos días abandonó Buenos Aires y aceptó el puesto de investigadora en el Institute of Advanced Studies de Princeton. Durante años tuvo el pañuelo de la muchacha como una ofrenda a la injusticia y a la violencia irracional que dominaba la historia de su país. El suave pañuelo era una suerte de bandera minúscula de la muchacha con la mancha en la cara cuyo nombre nunca supo.

Martes

Todos hablan en voz baja, nadie lo llora. Un hombre respetado y temido. El salón velatorio está vacío y el muerto descansa sobre una cama, vestido de negro, tendido sobre la colcha tejida. Han colocado un retrato de Perón y una bandera argentina contra la pared del fondo. Dicen que armaba bombas caseras con relojes redondos, despertadores de tambor y a veces, para descansar en medio de la lucha clandestina (encerrado en el cuarto anónimo en la casa de un compañero en Villa Urquiza), desarmaba relojes de bolsillo (redondos, con tapa) para construir, con sus ínfimas rueditas dentadas, máquinas microscópicas (aéreas) que funcionaban eternamente y no servían para nada. Circuito celeste, ficticio, que participa del movimiento diurno (ergo, invisible) de las estrellas. En el centro de la polea, levemente inclinado, está el eje que articula los engranajes que determinan las variantes de la repetición. Era relojero de profesión.

Sábado

Una mujer prohibida, no hay que permitir que otro la tenga, ni tenerla uno. Ella se ríe: ¿tener qué?, le ha dicho, ¿tener? Nada lo impide, aunque él sufre y ella no. Se han detenido en el patio y se han parado uno frente al otro, serios, serenos. Oh querido, no sufras.

Érica vino a visitarlo, entusiasmada con sus nuevos descubrimientos. Hay gato encerrado, dice Érica (y lee sus fichas, en el cuarto soleado): llamaban gatos a «los bolsones de dinero que se hacían con los pellejos de los gatos desollados enteros sin abrir». Al rico avariento suelen llamarlo «atagatos». Y ya en el Siglo de Oro la voz gato se definía como «bolsa o faltriquera o zurrón». Se decía así (dice) porque habitualmente estaba hecha con la piel de un gato desollado, sin abrir más que

por las patas y la cabeza. Tenía entonces la forma de talego para echar y guardar ahí el dinero. Su origen, entonces (dice Érica) no se encuentra en el gato, sino en la plata bien encerrada y escondida. De ahí, dice, que hoy en las ciudades las muchachas de la calle digan que van a hacerse un gato. Mujer-gato: la call girl que hace el amor por dinero con un hombre circunstancial, a quien se llama gato porque se escurre de noche por los techos y por desplazamiento, ellas son ahora (dice Érica): un gato. Soy clara, dice ella, no tengo secretos, lo hago por plata si se me da la gana (dinero expropiado a la burguesía para proseguir mis estudios sobre su moral).

Estaba ahí cuando sonó el teléfono. (Era ella.) En una pieza del hotel, un teléfono suena como una salvación. Tardó, por supuesto, en contestar. Era ella, que lo había buscado por propia iniciativa. Preocupada por la situación de su primo hermano, que estaba cada vez peor, más raído. Le pareció entender que para ella ya no queda nada que él pueda decir sobre él.

Pasó por la casa de Junior, un departamento de techos altos, sobre la Confitería del Molino, en Rivadavia, cerca del Congreso. Estaban de reunión y Emilio no entendía bien el objetivo del encuentro de esa banda de bandoleros que siempre andaban con Junior de un lado al otro, encantados con la capacidad oratoria del Inglés, como también lo llamaban a veces sus amigos más viejos, que lo habían conocido en la época en que Junior estudiaba en el colegio Newman y jugaba al rugby en el San Isidro Club.

–Oh Emilio, el vate, nuestro Virgilio, por fin asomas tu nariz italiana por estas latitudes –dijo Junior, y le fue presentando a los amigos de la vida, como los llamaba, a pesar de que Emilio ya los conocía de otros eventos cívicos y alcohólicos. Desde aquí –dijo Junior, y abrió los grandes ventanales y salió al balcón en el cuarto piso, amplio y soleado, que daba sobre el Palacio Legislativo, como lo llamaba Junior–, desde aquí –repitió, alzando las manos en un gesto ampuloso– vigilo el templo de la democracia peronista.

En efecto, abajo se veía la plaza y el Congreso, y también la carpa blanca que habían armado los maestros para protestar por los recortes al presupuesto educacional decididos arbitrariamente por el caudillo justicialista riojano, que gobernaba con gran apoyo popular el país.

Muchos de los amigos de Junior, habituales concurrentes de la librería Premier, habían decidido renunciar públicamente al peronismo, lo consideraban un movimiento sin futuro que había traicionado las viejas banderas de lucha. De modo que el Inglés y sus secuaces estaban en asamblea permanente porque pensaban dar a conocer a la nación una carta en la que iban a relatar por qué ellos veinte –porque eran veinte–, luego de largos años de lucha por la causa de Perón y de Eva Perón, habían tomado la triste –en algunas versiones de la carta se decía «la trágica», y en otro borrador se había dicho «la indeclinable»decisión de renunciar a su pertenencia al movimiento peronista.

–Indeclinable me parece mejor –había comentado Emilio–, porque así pueden retirar la carta de renuncia indeclinable, en cualquier momento.

No se tomaba en serio esos avatares parroquiales de la política pública, había venido porque le gustaba charlar con Junior, de bueyes perdidos («¿de quién eran, después de todo, esos bueyes perdidos?») y de literatura, porque su amigo era el único con el que podía pasar la noche discutiendo, por ejemplo, sobre la poesía narrativa de los popes del sencillismo argentino, pero la política y las mujeres eran el tema favorito de Junior en esa época y Renzi sentía que había perdido su interlocutor principal.

El departamento era amplio, y estaba decorado con una gran bandera argentina que ocupaba toda una pared y a la que los compañeros (de Junior) miraban con admiración y respeto, como si allí se hubiera constituido la patria misma, y esa tarde la sala estaba ocupada hasta el tope por hombres y mujeres jóvenes que hablaban fuerte, todos a la vez, y fumaban y tomaban cerveza y cada tanto aspiraban unas líneas de cocaína, colocadas sobre un vidrio en una mesa ratona custodiada por una flaca vestida de negro que manejaba los papelitos. Emilio se mantuvo aparte porque tenía que dar clase y le parecía impropio enseñar a los jóvenes drogado, aunque en esos tiempos la merca circulaba por todos lados como si fuera un efecto de la conversión del peronismo en un organismo destinado a rematar el país (con el apoyo de las grandes mayorías populares). Cuando los peronistas dejan de creer y de participar en el sentimiento nacional popular se vuelven faloperos, adictos a cualquier huevada, se dijo Renzi, en la que puedan mantener ocupada la cabeza. Renzi lo sabía en carne propia, por la experiencia de su padre que, desencantado del peronismo y de todo lo que antes amaba, se había pegado un tiro, sumiendo a Emilio en la perplejidad y en un dolor tan

hondo que le costó casi diez años cerrar esa herida, aunque él y su padre habían mantenido relaciones en general hostiles y muy difíciles, pero eso, por supuesto –como le había dicho Julia–, era una prueba de cuánto lo quería. Las motivaciones íntimas, había pensado Renzi esa tarde en el departamento de Junior, nos sirven para explicar cualquier estado del mundo y su contrario. Emilio había contado el suicidio de su padre en un relato (¡autobiográfico!) que terminaba la noche misma de la muerte, pero la pena había seguido varios años, no empezó enseguida la melancolía, apareció de pronto varios meses después, entonces Emilio veía a su padre venir hacia él, por una vereda arbolada, rengueando, y esa imagen lo hacía llorar. Entró en una crisis brutal, durante un tiempo se enganchó, para salir a flote, de la cocaína, pasó meses colgado hasta que un día lo despertó un dolor en la cara, se miraba en el espejo y no veía nada, estaba todo nublado, y en la guardia del Hospital de Clínicas le dijeron que dejara el alcohol y las drogas porque tenía la presión altísima y se había salvado por milagro de un ataque cerebral. ¿Se había salvado? El escepticismo y la falta de esperanza habían matado a su padre. Y ahora él veía circular la merca como un efecto del fin de la política. En todo caso, en esos años, en todos lados, reinaban la cocaína, la hiperactividad y el cinismo. Lo vio a Junior inclinarse sobre la mesa y aspirar el polvo de estrellas con el canuto azul de una birome a la que había vaciado de su carga.

–Antes usabas la lapicera para cosas mejores –le dijo Renzi, y el Inglés sonrió, resignado.

–¿Lo conoces al tuerto? –dijo, y le señaló a un hombre avejentado y tuerto, con un parche negro en el ojo izquierdo, que le daba un aire de bucanero. Había perdido un ojo en la tortura y era un legendario cuadro político de la resistencia

peronista. Hablaba en voz muy baja, un susurro incomprensible, pero algunos compañeros, le explicó Junior, lo quieren tanto que lo entienden y lo traducen.

–Hay que mantenerse firme en estos tiempos oscuros –dijo el hombre como si hablara solo o estuviera soñando. El compañero dice que hay que ir adelante, viento en popa, no claudicar y seguir la línea marcada por el Chacho y apoyar al grupo de los veinte legisladores disidentes, tradujo un rubio que usaba anteojos negros.

El tuerto sacudía la cabeza diciendo que no había dicho eso, pero nadie le hacía caso. El peronismo es así, pensó Renzi, alguien dice dos frases y todos entienden lo que les parece y lo repiten como palabra sagrada. Había pasado cuando Perón estaba lejos, cada uno escuchaba sus palabras sentenciosas y huecas y las traducía en consignas políticas que beneficiaban a su fracción.

La conversación siguió, muy intensa y confusa, escuchaban atentos lo que decía el invitado de esa tarde, el tuerto, y después seguían hablando de la cuestión que los desvelaba: la renuncia a la identidad peronista. Daban vueltas sobre el asunto, ¿había antecedentes de una decisión moral de ese calibre en el movimiento?, decían mientras el tuerto repetía en voz baja sus consignas de lucha. «El peronismo verdadero no es el peronismo del vendepatria que usurpa el poder.» A esa altura ya no lo traducían y el único que lo escuchaba con atención, inclinándose hacia él con una mano en la oreja, era Renzi, que movía la cabeza en señal de asentimiento porque le daba pena ver a ese viejo militante, héroe de tantas batallas, hablando solo.

Era más fácil convertirse en peronista que dejar de serlo, pensaba Renzi mientras escuchaba, compasivo, el monólogo inaudible del viejo tuerto. Emilio había visto con asombro el modo instantáneo y eufórico con el que se habían sumado al peronismo personas que lo habían combatido toda la vida pero que, de un día para otro, estaban dispuestos a dar la vida por Perón. Gente grande con experiencia política, muchos de ellos exmiembros del Partido Comunista, poetas, periodistas, actrices, profesoras, se hacían peronistas y luego, ahora, trataban de sacarse la camiseta, como se dice. Su padre y el tuerto que hablaba en voz baja eran peronistas del 45, quedaban pocos de ellos, y a los que quedaban nadie los oía.

Renzi consiguió aislarse con Junior en la cocina, aprovechando que su amigo se había separado del grupo para comer unas aceitunas verdes que guardaba en la heladera.

–¿Cómo va todo, hermanito, en que andás? Me dijeron en el diario que estás escribiendo para el cine y dando clases en la universidad. Las dos actividades más mortíferas para un escritor.

–Junior, escuchá lo que te voy a decir –dijo Renzi sin atender a las palabras de su amigo–. No me puedo sacar de la cabeza la cuestión de mi primo Horacio, vos sabés que vino a verme y yo no hice nada para ayudarlo. Lo dejé irse sin tirarle un gancho para sacarlo del agua. –Junior lo escuchaba con expresión seria mientras se metía una aceituna en la boca y después se daba vuelta y escupía el carozo en la pileta de la cocina. Estaba en el fondo del mar.

–¿Por qué no te tomás unos días y te vas al Tigre, tranquilamente? Te doy las llaves de mi casa y te instalas ahí como un rey.

–Vino solo, en el coche a verme en la quinta..., la mujer, vos la conocés, Sofía. Levantó todo y se fue.

–Con otra –lo interrumpió Junior–, ya sé, también pasó Horacio una tarde por el diario y me dijo que se quería ir de viaje y me preguntó si yo no tenía un amigo de confianza en Río de Janeiro, me pareció raro...

–¿Te fue a ver a vos? –hizo una pausa–, ¿al diario? ¿y por qué no me dijiste nada?

–Te lo dije, querido, pero ya era tarde. ¿Y por qué andas con eso en la cabeza ahora?

–Porque encontré unas notas en mis cuadernos de esa época, antes de que viniera a verme, y ahí encontré escrita una llamada muy rara de Horacio, una semana antes.

–¿Y ahora te preocupás por eso? ¿Cuántos años hace? Dejate de embromar con esos cuadernos, ¿a quién se le ocurre anotar las boludeces de su vida?

–Entonces te vino a ver a vos, ¿y qué te dijo?

–Nada, quería ir conmigo a pescar a Mar Chiquita, pero yo no fui y él se fue solo.

–¿Eso fue después o fue antes de que la mujer lo dejara?

–Antes creo, no me acuerdo la fecha, yo no ando anotando todo lo que vivo como un amnésico.

Renzi se quedó pensando y Junior le puso una mano en el hombro.

–Te dije que el Pelusa me explicó una noche que en el ERP un ruso les había enseñado un método para olvidar lo que quisieran, así no comprometían a nadie si caían y eran torturados.

–Por lo visto se olvidaron del método, porque desarmaron a la organización, los militares, en tres meses.

–Era un tipo de los servicios soviéticos y la técnica era infalible. La tecnología del olvido.

–Ya está bien, Emilio. Te veo mañana si querés, tengo que volver ahora a la asamblea. Olvidate de esas ideas.

–Justamente, no puedo, me acuerdo de todo.

–Y lo que no te acordás lo tenés escrito. Sos un caso perdido. Vamos, vení.

Y los dos salieron de la cocina y regresaron a la sala donde la discusión seguía, intensa, en el mismo punto donde la habían dejado. ¿Se puede dejar de ser peronista o es una identidad sin retirada?

Hay que olvidar, pensó Renzi, esa es la salida, se dijo mientras encaraba hacia la puerta tratando de no perturbar a los oradores.

El olvido. Es uno de los grandes temas de la literatura, dijo Renzi al empezar su clase. Ser olvidado, la tragedia del amante abandonado que sabe que se ha perdido en la memoria de la persona que ama. Y luego el no poder olvidar, otro gran tema, los recuerdos como una condena, el remordimiento.

Me gustaría abrir esta cuestión hacia tres hechos lingüísticos que quizá nos permitan avanzar un poco. Comencemos con la distinción entre enigma, misterio y secreto, tres formas en las que habitualmente se codifica la información en el interior de los relatos.

El enigma sería, como sabemos, incluso por etimología,[31] la existencia de algún elemento –puede ser un texto, una situación– que encierra un sentido que no se entiende pero se puede descifrar. Enigma etimológicamente quiere decir «dar a entender».

El misterio, en cambio, sería un elemento que no se comprende porque no tiene explicación, o que al menos no la

tiene en la lógica de la razón o del concepto de realidad que está dado, y dentro de la cual nos manejamos.

En cuanto al secreto, se trata también de un vacío de significación, un olvido, algo que se quiere saber y no se sabe, como el enigma y el misterio, pero en este caso es algo que alguien tiene y no dice. Es decir, el secreto es un sentido sustraído por alguien. Entonces, el texto gira en el vacío de eso que no está dicho; dentro de la serie a la que vengo refiriéndome, tiene la particularidad de remitirnos a algo que está guardado –y aquí otra vez es pertinente la etimología de la palabra secreto–,[32] por lo que genera inmediatamente una serie bien conocida, se asimila con el chisme, con las distintas versiones que circulan de una misma historia: quién sabe qué, quién no lo sabe...

En esa serie quisiera retomar la noción de olvido. Hay algo olvidado porque es indescifrable o porque es incomprensible o porque alguien lo ha borrado. Pero la cuestión, para nosotros, es si el olvido puede ser deliberado y qué clase de estrategia sería esa, qué provoca o produce un olvido, es decir, que algo sea olvidado.

En el aula del segundo piso se amontonaban cerca de trescientos alumnos que ocupaban los bancos pero también se sentaban en el piso, en el pasillo, muchos tomaban notas y fumaban y otros enfilaban sus grabadores hacia la tarima desde donde Emilio hablaba y cada tanto se daba vuelta para anotar palabras en el pizarrón y luego, con la tiza todavía en la mano, bajaba de la tarima y caminaba de un lado al otro del cuarto, siguiendo una línea horizontal aprovechando la zona libre que había entre la pared y la primera fila de pupitres.

La palabra olvido está formada con raíces latinas. Sus componentes léxicos son el prefijo ob (sobre) y levis (ligero). El verbo olvidar viene del latín oblitare, derivado de oblitus, este es el participio del verbo oblivisci (olvidar) formado de ob- (contra, enfrente, oposición) y livisci, de la raíz indoeuropea lei (viscoso, liso), que dio lima, instrumento para limar, y linimento. La idea original era el deslizarse de la memoria, el patinar hacia el olvido.

Nos referimos ahora a las palabras griegas, y escribió en la pizarra, con los vagos recuerdos que tenía de Griego III que había cursado cuando era estudiante, en la Facultad, αλήθεια /alicia/ (= verdad) y λήθη /lici/ (= olvido). El significado de la palabra αλήθεια, en griego, procede del estado en el que las cosas no pertenecen al olvido, es decir, son conocidas y patentes y, por eso, son esencialmente verdaderas. Además, la palabra griega λάθος /lazos/ (= error) se relaciona con las palabras αλήθεια y λήθη, dijo mientras las copiaba en la pizarra, ya que todas estas palabras tienen su raíz en el verbo λανθάνω /lanzano/ (= escaparse algo de la atención de alguien, estar latente, no ser manifestado).

Efectivamente, cuando algo se escapa de nuestra perspectiva, percepción o atención, solemos caer en errores. Siguiendo esta misma línea de pensamiento, la memoria (μνήμη /mnimi/ en griego) es una herramienta muy importante para defender la verdad, para defendernos a nosotros mismos, diría, dijo Renzi. En la tradición griega, entonces, el olvido es antagónico de la verdad y no ya de la memoria, es decir, puede ser asimilado a la construcción de un mundo ilusorio y frágil. No se trata de la doxa ni del error, sino más bien de una clase vacía de ente, o sea, perteneciente a una categoría de objetos que están al mismo tiempo ausentes y latentes. Ya saben que en

el seminario nosotros definimos la ficción como una forma particular de enunciación, definida, como les he dicho, del siguiente modo: «El que habla no existe.» Aquel que dice y narra en un relato no existe, esa es la verdad de la ficción; más allá de que todo lo que se dice en el relato sea real y pueda verificarse, la ficción no depende del contenido verdadero o falso de lo que se cuenta, sino de la posición del que enuncia, al que definimos como sujeto olvidado.

Cada tanto la puerta se abría y entraban otros estudiantes retrasados que buscaban un lugar donde meterse, sin que Renzi le hiciera el menor caso a la interrupción. Olvidar, dijo, es una acción, en principio, involuntaria, que consiste en dejar de guardar en la memoria la información adquirida. A menudo el olvido se produce por el «aprendizaje interferente», que es el aprendizaje que sustituye a un recuerdo no consolidado en la memoria y lo «desaparece», por decirlo así, de la conciencia. Debemos recordar que uno recuerda que ha olvidado algo, es decir que sabe que tenía un conocimiento que ya no está allí, es decir, se tiene conciencia de haber tenido eso. Así, los recuerdos olvidados no desaparecen, sino que son sepultados en algún lugar. Llamaremos a ese paso el archivo amnésico, es decir, el lugar o el sitio o el espacio donde se acumulan los rostros, las palabras, los hechos, las personas que hemos olvidado. Es una especie de limbo donde persisten invisibles los recuerdos perdidos. En el campo argentino, en el desierto, más allá de la frontera, en tierra ajena, como dice Fierro, los recuerdos olvidados se manifiestan y se hacen ver como un brillo, como luces malas, que así se las llama en la pampa nuestra.

Martín Fierro canta para no olvidar y Facundo, según Sarmiento, tiene una memoria prodigiosa, recuerda el nombre de todos sus soldados. Rosas reconoce en qué estancia de la provincia está por el sabor de los pastos. Hay algo bárbaro en la memoria excesiva. El Funes de Borges es un hombre primitivo y ya Platón había opuesto la letra a la memoria. Sin embargo, en uno de los grandes relatos de la literatura argentina, Martínez Estrada cuenta la historia de un hombre que recuerda un libro entero que se ha perdido, y sobre la base de su memoria fotográfica escribe el prólogo a la obra ausente. En Los adioses de Onetti el narrador «olvida» unas cartas que reaparecen al final de la historia y que son decisivas para descifrar el enigma del relato y que, al ser recordadas fuera de lugar, hacen posible otra verdad. Me gustaría que ustedes registraran los momentos de olvido que se narran en los textos de ficción de Onetti y de Felisberto Hernández y de Rulfo, donde aparece narrada la acción de olvidar o de perder la memoria de un hecho.

Para nosotros la forma nouvelle se estructura en base a la narración de un olvido que se convierte en el centro de la trama. ¿Por qué? Porque si se recordara habría que escribir entonces una novela. La concentración de la forma nouvelle está fundada en el olvido. Pero no de cualquier olvido, sino de un vacío que se da y que circula en el marco de la historia, es decir, entre quienes cuentan la historia. Son ellos los que no pueden recordar algo –una cara, una dirección, un nombre– y por eso narran. La narración se teje con la tela del olvido. Ejemplo: El corazón de las tinieblas de Conrad o el Bartleby de Melville y las grandes novelas cortas de Kafka.

En la mitología griega, Lete (Λήθη), literalmente «olvido», o también Leteo (del latín Lethæus) era uno de los ríos del Hades. Beber de sus aguas provocaba un olvido completo. Algunos griegos antiguos creían que se hacía beber de este río a las almas antes de reencarnarlas, de forma que no recordasen sus vidas pasadas. Y algo de eso hay en Pedro Páramo de Rulfo y en los fantasmas de los cuentos de Cortázar y en Sombras suele vestir de José Bianco.

Lete era también una náyade, hija de Eris («Discordia» en la Teogonía de Hesíodo), si bien probablemente sea una personificación separada del olvido más que una referencia al río que lleva su nombre. Algunas religiones mistéricas privadas enseñaban la existencia de otro río, el Mnemósine, cuyas aguas al ser bebidas hacían recordar todo y alcanzar la omnisciencia. A los iniciados se enseñaba que se les daría a elegir de qué río beber tras la muerte y que debían beber del Mnemósine en lugar del Lete. Estos dos ríos aparecen en varios versos inscriptos en placas de oro del siglo IV a. C. en adelante, halladas en Turios, al sur de Italia, y por todo el mundo griego. El mito de Er, al final de la República de Platón, cuenta que los muertos llegan a la «llanura de Lete», que es cruzada por el río Ameles («descuidado»). Había dos ríos, entonces, llamados Lete y Mnemósine en el altar de Trofonio en Beocia, de los que los adoradores bebían antes de hacer consultas oraculares con el dios. Entre los autores antiguos se decía que el pequeño río Limia, cerca de Ginzo de Limia (Orense), tenía las mismas propiedades de borrar la memoria que el legendario Lete. En 138 a. C., el general romano Décimo Junio Bruto Galaico intentó deshacer el mito, que dificultaba las campañas militares en la zona. Se dice que cruzó el Limia y entonces llamó a sus soldados desde el otro lado, uno a uno, por su nombre. Estos,

asombrados de que su general recordara sus nombres, cruzaron también el río sin temor, acabando así con su fama de peligroso.

En la Divina comedia, la corriente del Lete fluye al centro de la tierra desde su superficie, pero su nacimiento está situado en el Paraíso Terrenal, localizado en la cima de la montaña del Purgatorio. Y luego Renzi, de memoria y con tono elegíaco en su italiano perfecto y con su pedantería habitual, citó los versos en los que por primera vez aparece la referencia al río milagroso:

E io ancor: «Maestro, ove si trova
Flegetonta e Leté? chè de l'un taci,
e l'altro di' che si fa d'esta piova.»
«In tutte tue question certo mi piaci»,
rispuose; «ma 'l bollor de l'acqua rossa
dovea ben solver l'una che tu faci.
Letè vedrai, ma fuor di questa fossa,
là dove vanno l'anime a lavarsi
quando la colpa pentuta è rimossa.»
Poi disse: «Omai è tempo da scostarsi
dal bosco; fa che di retro a me vegne:
li margini fan via, che non son arsi,
e sopra loro ogne vapor si spegne.»

En una obra de teatro perdida y sin nombre de Eurídice, de la que han sobrevivido solo siete fragmentos citados por Herodoto, todas las sombras deben beber del Lete y convertirse en algo parecido a piedras, hablando en su inaudible lenguaje y olvidando todo lo del mundo. Asimismo, en Hamlet, de William Shakespeare, se hace mención al río Leteo y es el espectro del

padre quien recuerda el río del olvido. Entonces, otra vez de memoria (lo había memorizado la noche antes repitiendo los versos frente a un espejo), citó en su inglés isabelino aprendido con Miss Jackson:

Ghost, dijo, con voz de ultratumba y aclaró, cambiando la voz: Habla el espectro del padre.

I find thee apt;
And duller shouldst thou be than the fat weed
That roots itself in ease on Lethe wharf,
Wouldst thou not stir in this. Now, Hamlet, hear:
'Tis given out that, sleeping in my orchard,
A serpent stung me; so the whole ear of Denmark
Is by a forged process of my death
Rankly abused: but know, thou noble youth,
The serpent that did sting thy father's life
Now wears his crown.

Se hace referencia a las aguas del río Lete en el poema número LXXVII, «Spleen», de Las flores del mal de Charles Baudelaire. Y con su francés macarrónico, teniendo en la mano una fotocopia del párrafo, recitó los versos con aire misterioso:

Le savant qui lui fait de l'or n'a jamais pu
Extirper de son être l'élément corrompu,
Et dans ses bains de sang qui des Romains nous viennent,
Et dont sur leurs vieux jours les puissants se souviennent,
Il n'a su réchauffer son cadavre hébété
Où coule au lieu du sang, l'eau verte du Léthé.

Por otro lado, agregó leyendo sus notas, también en la «Oda a la melancolía» de John Keats se citan las aguas del olvido, y

repitió los inolvidables versos en su inglés aprendido en la infancia:

No, no, go not to Lethe, neither twist
Wolf's-bane, tight-rooted, for its poisonous wine.

El venenoso vino, tradujo con ironía; a Borges le gustaba esa figura, y, si no, recuerden su poema «Al vino», donde también se alude al olvidadizo río, y luego de una pausa un poco teatral recitó dos versos del poema con la cansada entonación borgeana:

Que otros en tu Leteo beban un triste olvido;
yo busco en ti las fiestas del fervor compartido.

Luego de iluminar esas referencias y otras, les pidió a los estudiantes que buscaran el contexto de los versos citados, es decir, que leyeran completos los poemas. Así, Renzi dio por terminada la clase y les pidió a los estudiantes que para la próxima le escribieran un resumen de veinte líneas del argumento de la nouvelle de Onetti Tan triste como ella. Por favor, dijo, mientras se retiraba, escriban a máquina, quiero decir, en la computadora, a dos espacios, sin tachaduras, tratando de ser claros y de no interpretar el relato, sino de volverlo a narrar. Yo analizaré lo que han olvidado de la trama al volver a contarlo. Nos vemos en la próxima, dijo, y bajó del estrado e inmediatamente fue rodeado por un grupo de estudiantes que le hablaban todos al mismo tiempo.

Venía Renzi bajando las escaleras de la Facultad, rodeado de un enjambre de estudiantes que le hablaban, le hacían preguntas, lo consultaban, le proponían temas para el trabajo final o intentaban darle a leer cuentos, libros de poemas, capítulos de novelas, eran inteligentes, rápidos, simpáticos, eran atrevidos y combativos los estudiantes de Letras de la UBA, que lo seguían a la salida de su clase, entre carteles, banderas, consignas escritas en las paredes con distintas posiciones políticas de izquierda, postuladas por las agrupaciones y movimientos combativos. Le llamaba la atención el nombre de algunos grupos, denominados La Walsh o La Mariátegui, parecían reivindicar identidades de travestis, imaginó una que se llamara La chica Che Guevara, pero cuando hizo el chiste ninguno de los activistas contestó nada y más bien lo miraron con cierto disgusto. La propaganda saturaba el lugar y Renzi con sus alumnos se internaba en una selva de palabras y de anuncios, un bosque decorado con pintadas y con fotos y con banderas, todas muy críticas y muy eufóricas, donde se anunciaban marchas, piquetes, actos, cortes de calle, paros y movilizaciones. También los escalones estaban intervenidos con frases escritas con aerosol negro, así que mientras bajaba podía leer una convocatoria fragmentada anunciando un repudio al decano de la casa. Como en una película, se le superpusieron a Emilio las imágenes de la Facultad en su época de estudiante, recordó las asambleas, las huelgas y las marchas y vio los carteles y las pintadas en su memoria, como fotos fijas de su juventud. Era lo mismo, salvo cierta furia discursiva que convertía ahora las leyendas en órdenes, contraórdenes, imperativos categóricos destinados a despertar del sueño ideológico a la masa estudiantil. Recordó sus años de estudiante, que fueron en la memoria –y lo habían sido en la realidad– incandescentes, inolvidables, imbatibles y serenos,

sobre todo, comparados con el activismo actual, marcado por el escepticismo y por el recuerdo del terror de la represión de la dictadura militar. El socialismo ahora era un fantasma, más muerto que nunca, y las reivindicaciones y luchas eran, sobre todo, críticas negativas y salvajes a la situación política.

Cuando llegó al hall de entrada, el panorama era el mismo pero se le habían sumado las mesas donde se vendían libros de Trotski, de John William Cooke, de Jauretche y de Carlos Marx, también había en el piso estudiantes que vendían baratijas y artesanías, pero también CD de música y puestos de comida casera. Atravesó el mercado de compra y venta de ilusiones políticas y salió a la calle acompañado por su equipo de trabajo, los estudiantes que formaban un grupo de investigación –del UBACYT–, dirigido por Renzi, llamado Colectivo 12 porque eran doce, porque le gustaba el concepto de colectivos de trabajo y también porque las chicas –que eran mayoría absoluta, diez mujeres y solo dos muchachos– tomaban el colectivo 12 para ir a su estudio en Marcelo T. de Alvear donde se reunían con él una vez por semana a discutir, debatir y exponer las posibilidades del tema «Forma y función del olvido en la tradición cultural». Trabajaban sobre los rastros, documentos y monumentos borrados, tachados, negados en la historia de la cultura, lo que habían decidido llamar «el recuerdo de lo que se ha olvidado». Tenían en cuenta, por ejemplo, los rollos carbonizados de Herculano, una biblioteca que se había quemado por la erupción del Vesubio en el 79 de nuestra era, la única biblioteca que se conservaba, intacta pero calcinada, y también el incendio deliberado del archivo histórico de la provincia de Santa Fe, que fue quemado por los soldados del ejército unitario, comandado por el general Juan Lavalle luego de derrotar al caudillo Estanislao López y ocupar

la ciudad, habían usado los papeles, documentos y registros de la memoria de la provincia para prender los braseros donde calentaban el agua para hacer mate. Sobre eso trabajaban y preparaban un diccionario del olvido, es decir, que en lugar de entregar papers iban a escribir, entre todos, las entradas alfabéticas de un catálogo razonado de lo que se había perdido, quemado y destruido en el pasado. Lo llamaban, también, un diccionario de la antimemoria.

Salieron a la calle y caminaron por Puán hasta Pedro Goyena y se instalaron en dos mesas puestas juntas del bar Sócrates, para que pudieran entrar los doce (los trece, contando a Renzi) confabulados que formaban parte del complot amnésico, como lo llamaba Emilio, en realidad, aclaró una de las muchachas, antiamnésico. La reunión era confusa, todos hablaban a la vez, conversaban entre ellos, sin seguir ni hacer caso al tema del día, que era la preparación de una exposición pública en Rosario, con una presentación del estado actual del trabajo en equipo. Había también, como siempre, varios colados, dos estudiantes de Filosofía se habían sentado a la mesa e iniciaron a dúo una charla sobre la escritura y el olvido en Platón. La escritura era una borradura del recuerdo, dijo uno de ellos, vestido con campera de cuero. El olvido está en el origen de la literatura escrita, aseguró el otro joven que tenía aros en las orejas y grandes ojeras en los ojos. Pero nadie les hizo caso, en cambio, suscitó el interés de la mesa un hombre mayor vestido muy elegante, con un traje con chaleco, a quien nadie conocía pero que supo llevar la conversación hacia la práctica estalinista de borrar a Trotski de las fotos en las que aparecía junto a Lenin en actos y reuniones, y que también lo había hecho desaparecer de la historia de la Revolución Rusa a pesar de haber sido el fundador del Ejército Rojo. Era un

trotskista y por lo tanto manejaba grandes hipótesis sin demasiado fundamento, aunque –como señaló Renzi– tenía razón. La investigación del material fotográfico tenía que ser un campo de trabajo en los próximos meses, por ejemplo, dijo, registrar las fotos de las cenas y los banquetes de escritores argentinos a lo largo del siglo XX para ver quiénes estaban y quiénes no aparecían o dejaban de estar. La charla se generalizó, habían pedido sándwiches de miga y cerveza y el clima era distendido. Renzi estaba muy cansado, como le pasaba siempre después de dar clase, tenía la cabeza vacía, en blanco, y se fue alejando mentalmente del lugar; disperso, un poco abatido, escuchaba el rumor de la conversación pero sin punto fijo.

Iba a tener que cruzar la ciudad para volver, se vio en el taxi –vivía en los taxis–, a veces calculaba cuánto tiempo había perdido, el tiempo perdido y nunca recuperado, en las bocacalles esperando a que cambiara el semáforo. Calculó un minuto de espera en el rojo, frente a la luz roja, digamos, cincuenta segundos, podía pasar en un día quinientos (¿tantos?) semáforos, a razón de un minuto por vez, ¿cuántas horas eran?, ¿cuántos minutos?, las cuentas no le salían, le iba a sacar el tema a un taxista, a ver si ellos lo habían calculado, un taxista, pensó, debe pasar, término medio, dos horas por día parado frente al semáforo, por eso estaban siempre envenenados los taxistas y eran todos medio nazis, eran simpáticos y divertidos, pero muy derechistas, y eso era, dedujo Renzi, por el tiempo que pasaban parados frente a una luz roja, yo mismo me volvería un indignado populista conservador si tuviera que estar esperando tanto tiempo en el semáforo, lo primero que se piensa es ¿quién los ordena?, y era fácil pasar desde ahí al escepticismo antipolítico.

Se distrajo un rato pensando en la dicotomía memoria/olvido y sus consecuencias en la historia argentina. Por ejemplo, pensaba, el olvido era condenado por la izquierda y era reivindicado por la derecha, pero la cuestión era el olvido involuntario. ¿Era siempre involuntario el olvido? En cuanto a la oposición memoria/olvido, quizá se pueda agregar un término como síntesis... Estaba pensando en eso cuando se dio cuenta de que le estaban hablando.

–¿Y a usted qué le parece, profesor? –le preguntaba un desconocido de barba, sentado frente a él en la mesa del Sócrates.

–Sinteticen mejor su hipótesis –dijo, con una frase que siempre lo sacaba de apuros cuando estaba distraído o no sabía de dónde venían las preguntas inesperadas.

–Nos molestan las oposiciones binarias –dijo el chico.

–¿Por qué? –dijo Renzi–, las oposiciones binarias están bien, no creo en la moda actual que pone tantas alternativas que las convicciones se diluyen en una jalea liberal donde todos los términos y las categorías valen igual, nosotros pensamos a partir de opuestos, los opuestos son juicios sintéticos a priori, tienen en su interior redes múltiples.

–El binarismo no me convence –insistió el chico–, es maniqueo.

–Somos maniqueos. En el diccionario de Corominas, busque la raíz etimológica de maniqueo y verá que Mani, el profeta persa, era muy simpático.

–Por otro lado –intervino Celia Gutiérrez, una de las integrantes del Colectivo–, el profesor Renzi ha incorporado...

–Sí –interrumpió Renzi–, la noción de nostalgia para abrir la dicotomía memoria/olvido, ¿qué tipo de recuerdo o de evocación supone la nostalgia? Hay que pensar en eso. La

nostalgia supone una versión positiva del pasado, no todo son ruinas o tragedias y derrotas, la memoria conserva y atesora momentos espléndidos, en medio de la lucha y los conflictos hay acontecimientos dichosos que uno quisiera revivir. La nostalgia está en el orden de la épica.

Siguió hablando un rato más pero ya había perdido el interés, así que le pidió a Mónica que por favor pagara la cuenta con los fondos de investigación. ¿Para qué se creen que sirve la plata que da la universidad?, no solo para hacer fotocopias o comprar libros, sino también para tener de vez en cuando un ágape, ¿o no se llama Sócrates este lugar? Entonces nosotros realizamos una vez por semana un pequeño banquete; módico, comparado con lo que comían los filósofos griegos y lo que bebían para agudizar la lucidez. Nosotros somos austeros, en comparación. Eso sí, Mónica, pedí la adición y guardá la boleta en los documentos de finanzas de la universidad. Se levantó y luego de un saludo rápido y general, salió a la calle y paró un taxi que venía vacío por Pedro Goyena hacia el centro.

En la avenida Santa Fe hizo detener el auto frente al cine Atlas, a la altura de Ayacucho, a la vuelta del estudio, pero prefirió no ir allí a dejar sus cosas, y entró en la sala y se sentó a ver Pulp fiction de Tarantino, que se había estrenado la semana anterior, y sus amigos más jóvenes estaban encantados por el descubrimiento de una peli, como dicen, hecha por un cinéfilo que renovaba el séptimo arte. A Renzi solo las películas le permitían dejar de pensar en las clases o en las conferencias que había dictado y lo dejaban siempre acelerado, sin poder parar de pensar, ideas sueltas, reflexiones insistentes, cosas que podría haber dicho y no dijo, ¿se las había olvidado?

Daba clases con algunas notas y referencias escritas en una hoja de papel blanco tamaño carta, un cuadro sinóptico de los temas que pensaba exponer pero nunca podía consultar, en general improvisaba tratando de mantener el interés del público, sin bajar la vista para ver las notas, porque rápidamente perdía la concentración, de modo que una clase lo dejaba paralizado al salir y no podía dejar de dar vueltas sobre los mismos temas, salvo que se metiera en el aura oscura del cinematógrafo, que lo llevaba a otra dimensión, el cine es el diván del pobre, ¿quién había dicho eso?, ¿era Sartre?, no era Sartre, el nombre del filósofo francés se le escapaba, se le iba...

Le gustaba el título, remitía a las revistas de bajo precio, hechas con pulpa de papel, sobre todo Black-Mask, donde habían publicado sus relatos Hammet, Chandler, Goodis; recordó, mientras pasaban en la pantalla la publicidad comercial y la cola de la próxima película, al «Capitán» Joseph T. Shaw, que estaba a cargo de esa pulp magazine y que no había escrito nunca una línea pero fue el verdadero creador del género policial duro. Las luces de la sala se habían prendido y luego se habían apagado creando la expectativa del oscuro ritual imaginario que iba a empezar, y Renzi se descubrió viendo la frase que estaba pensando, como si estuviera escrita ante sus ojos: «Y esto es, sin duda, lo que reconoce Hammett al dedicarle a Shaw Cosecha roja, su primera novela.»

La película no tenía mucho que ver con la historia del género, no era una remake al estilo de Chinatown, más bien estaba en una serie nueva, el neo-noir, o polar, no se trataba de encuadrarla en el género, pensaba con el área izquierda del cerebro, Renzi, mientras que con la zona derecha se enganchaba con la película y sentía la violencia de la acción

con emociones varias. Sorpresa, satisfacción, serenidad y también seriedad. Los diálogos, por ejemplo, eran muy buenos, pensaría luego, al salir del cine, conversando con Carola, su mujer, con la que se encontraría en el Babieca, en la esquina de Riobamba, ella no iba a ver películas de moda y menos historias fabricadas por Hollywood para producir efectos universales en un público que tenía una edad mental, emocional y sexual, diría ella más tarde, comentando la película en la cena, de doce años o catorce años, para quienes el cine norteamericano estaba hecho desde que la tele, y ahora internet y los teléfonos celulares, les quitaban audiencia a las películas, para no hablar de los conciertos de rock y sus efectos lumínicos, con bengalas, estallidos y muñequitos disfrazados de músicos contraculturales. Ella sonreiría, imbatible y hermosa, tomando bitter con Coca-Cola en el bar donde se habían citado cuando Emilio hubiera salido del cine. «No voy por principios a ver ninguna película que no esté prohibida para menores de dieciocho años. Pronto van a prohibir para menores de veintidós años las películas de Godard, de Cassavettes, de Tarkovski y de Antonioni.» Era cierto, coincidiría Emilio, que en el cine, en las retrospectivas de Ozu o de Bergman, se encontraban en el hall del San Martín con veteranos como ellos, viejos amigos, gente grande que pertenecía a una cultura olvidada.

Pero Emilio estaba enganchado con la película, lo mejor hasta ahora era el manejo de los diálogos que casi se le escapaban, aunque los seguía perfectamente en inglés y se saltaba los subtítulos, no le daba tiempo de leerlos porque las conversaciones fluían, en la película de Tarantino, a tal velocidad, con tanta gracia, y eran tan inventivos y brillantes, que por ahora, a los veinte minutos de película, era lo que más

lo había impresionado. No eran diálogos que explicaran la acción, más bien se partía de una situación narrativa muy intensa y extrema –por ejemplo, dos sicarios iban a matar a varios cómplices desleales a los que masacrarían– en una acción de violencia límite, mientras los diálogos fluían libremente y ellos, los dos matones, seguían conversando al ir en el auto al lugar y luego, al entrar en el edificio y subir en ascensor, llamar a la puerta y entrar al departamento y matarlos a todos, entretanto, los dos matones mantenían una conversación sobre las hamburguesas, indicaban su nombre y sus ingredientes en un diálogo rápido, muy divertido.

Si la situación dramática está bien planteada, el diálogo es secundario, funciona como una música de fondo, no tiene función directa y es tan libre como se le ocurra al guionista delirado que asocia sin ninguna restricción, porque la acción es tan poderosa que no necesita del lenguaje. Un film preverbal, pero muy hablado, con diálogos continuos y brillantes que no tienen función narrativa y por eso son bellos e inolvidables. La técnica del diálogo viene de Hemingway, dictaminaría más tarde Renzi, dando su versión –no su interpretación, como aclararía con énfasis– de la película Pulp fiction hablando con sus amigos en la cena, la tensión narrativa es tan fuerte que lo que se dice no importa, no interfiere en la acción, y por eso el lenguaje es muy poético y libre. Todo viene de The killers, donde dos gángsters que van a matar a un sueco en un bar hablan de la comida que se ofrece en el lugar en el que esperan a la víctima y todo el relato gira sobre los distintos platos posibles pero en una atmósfera tan extrema que los dichos sobre la panceta con huevos fritos tienen una carga de peligro que nada puede superar. La técnica de la amenaza, pensó Renzi en el cine, mientras veía cómo masacraban, siguiendo con sus

chistes y juegos de palabras, a los condenados que habían robado o retenido una valija con heroína.

La motivación era frontal y directa, nada psicológica ni social, violencia pura sin sentimientos y sin razón, eso también era el género policial, lo que llamaba a veces Renzi la ficción paranoica; en la película todos los personajes estaban en algún momento en peligro y eran condenados a muerte por el poderoso y gordo mafioso negro que funcionaba como una especie de divinidad mortífera y todopoderosa. O sea que la motivación era muy débil y muy clara, todas las pequeñas historias que constituían el film, como un collage de escenas aisladas, estaban manejadas por el espíritu maligno y arbitrario del casi invisible y poderoso dueño del micromundo del crimen. Por ejemplo, el boxeador que se negaba a dejarse vencer y arreglar la pelea, como le había pedido el mafioso para subir las apuestas, era perseguido por un asesino eficaz y malévolo y la historia se disparaba hacia una escena sadomasoquista extrema en la que el gángster negro, que perseguía para matar al boxeador, era sometido y violado por un policía, era humillado y sodomizado en una sencilla acción secundaria del film.

La mujer del jefe era llevada y acompañada por un joven asesino a sueldo que, por orden y disposición del capo, tenía que entretenerla y divertirla, lo que daba lugar a una secuencia formidable y muy retro en un bar americano donde se bailaba bajo la gravitación de Elvis Presley, representado o repetido por un doble que lo imitaba cantando desde un escenario circular, mientras las mesas eran servidas por cantineras que hacían de –y eran iguales a– Marylin Monroe. Ese juego de réplicas pop se cerraba en la escena final con un robo a un

restaurante al paso, que en verdad se ligaba a la primera escena de la película, donde una pareja en ese mismo restaurante planeaba el robo que se realizaría –con resultados paradojales– en la escena final de la película, cuando uno se daba cuenta de que el tiempo en la película estaba fragmentado y no seguía un orden lineal. La conversión religiosa de un matón despiadado que cita de memoria la Biblia antes de ejecutar a sus víctimas, pensaba Renzi mientras salía del cine, es típica del cine norteamericano, que siempre encuentra una salida místico-evangélico-psicótica para explicar –o dar a entender– las razones o las motivaciones de los asesinos seriales y de la violencia individual extrema que se repite en sus películas, en sus series de televisión y en su realidad política. Un impulso religioso, pensó en la calle, esa es la base de la tragedia americana. La noche estaba fresca y una vez más el cine lo había ayudado a volver a la realidad y salir de sus pensamientos y sus ideas fijas.

Estaba en el Thelonius con Carola, Francine, Roberto Jacoby y otros amigos, sentados en una mesa preferencial, tomando champagne, frente al piano, porque esa noche Gandini daba un concierto, había estado con ellos haciendo chistes y quejándose de la acústica de la sala y también de la lentitud de la vida. «La música es más rápida, puede ser más rápida cuando es buena», dijo sonriendo, le molestaba el movimiento lento y esa noche, en una acción relámpago, se había levantado a una rubia muy bien puesta, a la que de inmediato le propuso matrimonio, ella era una cantante bastante conocida, incluso Gerardo la había contratado en el Centro de Experimentación del Colón para cantar acompañada por un piano varias piezas

de Charles Ives, la función había salido bien y Gerardo se olvidó de la chica hasta esa noche en que ella se acercó a saludarlo mientras él tomaba un whisky en la barra. Andaba solo, Gandini, en esos días, otra mujer lo había dejado protestando por las ausencias repetidas de Gerardo, que se iba y pasaba la noche afuera de casa, siempre con pretextos musicales. «Las bailarinas, oh las bailarinas», decía, soñador. Siempre andaba dando vueltas e invitando a las chicas del elenco estable de la sección de ballet del teatro. La muchacha, Magda, había ido esa noche al concierto para darle a Gandini un disco con sus canciones y mostrarle su admiración, y Gerardo le tomó la mano, le dijo que le iba a leer el futuro y después de hacer dos o tres bromas sobre el porvenir le pidió que se casara con él (cosa que hizo tiempo después) porque su destino, le había pronosticado el malandra de Gerardo, se veía con claridad en la palma de su mano, era casarse con un músico.

Esa noche estaba con ellos Francine, una vieja amiga que enseñaba en Berkeley y a la que Emilio conocía desde la primera vez que había ido a los Estados Unidos, en 1977. Francine era una italiana de Nueva York y la llevaron a escuchar a Gerardo, y ella estaba muy contenta con esa inmersión en la tradición argentina que venía estudiando desde hacía años. Le gustaba, a Francine, la música, y vivía en los conciertos y los recitales que se presentaban todas las noches en San Francisco. Con ella había escuchado una noche en la librería City Lights a Miles Davis, que tocó con sus músicos, que tenían, como él, un aire a gángsters metafísicos, tocaba Miles de espaldas al público, vestido de negro, un poco encorvado con la trompeta apuntando al piso, y ahora Emilio y Carola la habían llevado a escuchar música de Buenos Aires.

Esa noche en Thelonius, Gandini iba a estrenar su tango «A Don Emilio Renzi», que ya había grabado en Alemania pero que iba a tocar por primera vez –o como corresponde, según Gerardo– en Buenos Aires.

La estaban pasando bien esa noche en Thelonius y Gerardo cada tanto venía a la mesa a tomar una copa con ellos, haciendo tiempo hasta que llegara la hora del concierto. Se sentaba al lado de Carola y le contaba sus cuitas sentimentales. Esa noche, entre bromas, le apostó que se iba a casar con la cantante antes de fin de año. Después se fue otra vez a la barra a seguir con su whisky y todos lo miraron alardear y reírse con Magda, ya con él en la barra tomando una copa mientras, como observó Emilio, se arreglaba el pelo y se pintaba la boca frente al espejo que corría atrás de las botellas, apoyada en el mostrador, de pie y sonriendo como si no se diera cuenta de que Gandini le besaba la mano. «Me alegro», dijo Carola, «no lo puedo ver solo a Gerardo.» Emilio se había concentrado en el piano, y solo escuchaba música para piano, tenía una colección muy importante de piezas para piano, versiones de las sonatas para piano de Beethoven y de Schubert y de Chopin, y también grabaciones de Art Tatum y de Oscar Peterson y de Bill Evans y de Errol Garner, e incluso de Nat King Cole en sus épocas de pianista, antes de que se dedicara a cantar, y también del Mono Villegas y además grandes pianistas de tango como Osvaldo Goñi y Horacio Salgán y Osvaldo Tarantino. Era una manía como cualquier otra, tenía en esto una mentalidad de coleccionista, no porque fuera a conseguir la totalidad de música para piano, era una obsesión pianística, no tenía todas las versiones ni a todos los pianistas y además se perdía el setenta por ciento de la música que hubiera podido escuchar –incluso que había escuchado antes de que, de un día para el

otro, le diera la pasión por el piano–, era un modo de tener una clasificación coherente de la música, un modo de restringir sus compras de CD o incluso de discos en vinilo en los que tenía viejas grabaciones de Friedrich Gulda, por ejemplo.

Esa noche en Thelonius, Renzi iba a compartir el concierto con Gandini, iba a ser el presentador, diría unas palabras antes de que Gerardo se sentara al piano, en una posición que Emilio había visto muchas veces, una pose en la que el pianista primero relajaba las muñecas y dejaba las manos sueltas, como fuera de control, y luego se inclinaba sobre el teclado, parecía un gnomo, un jorobado, se inclinaba sobre el piano y la música parecía salir de su cuerpo, a veces lo veía murmurar en silencio y acompañar la música con palabras no dichas, porque improvisaba Gerardo a partir de la melodía de los tangos, se dejaba llevar por su imaginación personal y por su cultura musical. Porque Gandini, había tenido la impresión Emilio, tenía toda la música en la cabeza. En la época en que compartían una quinta donde pasar el verano, lo había visto a Gerardo alejarse entre los árboles del parque, solo, sin hablar, escuchando, estaba seguro de ello Renzi, la música en su interior, incluso en esa época estaba preparando un concierto en el que iba a tocar todas las piezas para piano de Schönberg y nunca ensayó, nunca hacía ejercicios preliminares en el piano, cuando se sentó esa noche a tocar las piezas para piano, tan difíciles, de Schönberg, no había practicado nada, no había ensayado salvo en su cabeza y las tocó con gran calidad y emoción. No era un extraordinario concertista de piano, era, más sencillamente, un compositor extraordinario.

Algo de eso contó Renzi esa noche en Thelonius, al presentar a Gerardo entre bromas y actitud de complicidad, de

esa virtud espiritual, mental y física que tenía Gandini cuando se sentaba al piano. Y luego, para hablar de los postangos de Gerardo, que eran simplemente (para él) improvisaciones sobre el estándar de los tangos tradicionales, antes, Renzi recordó que alguna vez le había contado Gerardo; en los tiempos en que era el pianista de Astor Piazzola, con el que había tocado en todo el mundo, en una pausa entre un concierto y otro, en la pieza del hotel, estaban escuchando Piazzola y Gandini una grabación de Hermeto Pascoal, el músico brasileño, gran pianista que en una de las grabaciones, tocando «El día que me quieras», se había equivocado de nota y en lugar de un la había tocado un re menor, y el efecto le había hecho decir, a Piazzola o a Gandini, que en esa falla, en ese error al tocar la melodía, se había abierto una puerta para renovar la tradición del tango. Porque los dos habían visto en esa equivocación una música futura, la posibilidad de alterar deliberadamente la emoción del tango, y a partir de ahí improvisar una versión más libre que siguiera los caminos no explorados de la melodía. Eso es lo que ha hecho Gandini en sus postangos, tomar la música y avanzar improvisando y asociando hacia nuevas regiones de la tradición tanguera.

Para terminar, Renzi había contado una historia que lo había fascinado y que leyó en una vieja biografía de Carlos Gardel. Una noche Tucci, el arreglador y orquestador que trabajaba con Gardel en Nueva York, los llevó a Gardel y a Lepera a escuchar en el Metropolitan House el estreno del Pierrot Lunaire y La noche transfigurada de Schönberg. Un acontecimiento extraordinario, el cantor de tango asiste al estreno de una obra que va a revolucionar la música contemporánea y de vuelta del concierto, cruzando el Central Park, Gardel hablaba con admiración de la música que había

oído esa noche. «El cruce o el encuentro de Carlos Gardel, la máxima figura del tango argentino, con Schönberg, el gran renovador de la música clásica, esa mezcla de Schönberg con Carlitos Gardel son los postangos de Gerardo Gandini», así concluyó su presentación Renzi, entre risas y bromas de Gandini, que ya se había sentado en el piano y atacaba con brío una versión de «Los mareados» de Cobián, que era el tango favorito de Gerardo y de Emilio.

Habían ido a cenar a La Cátedra, un restaurante en la esquina de Cerviño y Sinclair, en las cercanías del hipódromo de Palermo, una zona que antes ocupaban algunos studs con caballos de carreras, por eso, más allá de los chistes académicos, el nombre del restaurante remitía a los expertos –los «profesores», como los llamaban los burreros– que opinaban sobre el pedigree de los purasangre y sobre las fijas y los pálpitos que se consultaban en las páginas de los diarios para apostar «sobre seguro», y por eso, en la pared del local, había tantos cuadros con fotos de caballos. Esa historia la había ido desgranando Renzi a dúo con el dueño del lugar, un amante de la ópera que admiraba a Gandini y se había acercado a saludar a los amigos del músico que se habían reunido para festejar un aniversario incierto, que se iba a ir aclarando a lo largo de la noche, ayudado por las botellas de vino que habían aparecido en la mesa mucho antes de que llegara la comida.

Gandini había llegado temprano al lugar, acompañado por Magda, su recientísima mujer, que ya estaba con un par de copas encima cuando aparecieron, al mismo tiempo, bajando de tres taxis cada uno por su lado, Emilio y Carola, Germán y Graciela, además de Roberto Jacoby y Kiwi con Cecilia, la hermana de Kiwi, que venía con José Fernández Vega, el

vibrante filósofo oficial del grupo (que había hecho su doctorado en Alemania con una tesis sobre peronismo y guerra). Gandini se divertía porque en el menú habían incorporado, en su honor y con su nombre, los fetuccinis a la Gandini y en cuanto vio llegar a Emilio y a los otros amigos, que ocuparon distintos lugares en la gran mesa redonda habilitada en un salón reservado de la cantina, le volvió a contar que le había pedido al dueño que le pusiera a alguno de los platos el nombre de Emilio Renzi, pero el chef y el mâitre se habían opuesto porque, como contaba Gandini, Emilio no daba la talla para ponerle su nombre a una especialidad de la casa. Esto remitió de inmediato a los canelones a la Rossini que varios se apuraron a pedir, mientras Gerardo hacía el elogio de Rossini, un compositor que ponía «muy pero muy por encima de Verdi». Cecilia se había alejado de la mesa y filmaba con una cámara digital muy liviana el restaurante y también a ellos, desde lejos, para un documental sobre Escenas argentinas que preparaba para el Discovery Channel. Dio algunas vueltas más por el local y luego se sentó con ellos, y cada tanto sacaba la cámara y filmaba los rostros y sobre todo las manos de los amigos que comían esa noche en La Cátedra.

La conversación había empezado con brío, en un andante musical que iba a durar toda la noche con discusiones y bromas y argumentos que giraban sobre las conveniencias y los peligros del matrimonio. Se festejaba un aniversario de casamiento de Emilio con Carola, que había sido un gran hapenning que duró varios días y culminó en una fiesta –desenfrenada, al decir de Gerardo– en el bello edificio art decó de forma geométrica que Germán había prestado para el evento. Lo que se homenajeaba, en realidad, era la decisión pasional de Renzi, que había sido durante más de cuarenta años un soltero privilegiado, que había

elaborado, como era su costumbre, varias teorías delirantes sobre la condición célibe de los grandes artistas y también, o sobre todo, de los míticos private eyes o detectives privados del género policial, que se habían mantenido aparte de la institución conyugal, que era la base, según el razonamiento de Renzi, de la sociedad capitalista. Había escrito varias páginas notables sobre la oposición entre literatura y matrimonio, poniendo como ejemplo a grandes célibes, en especial a Franz Kafka. «Nunca esposarse para poder amar siempre a las mujeres», era uno de los epigramas favoritos de Renzi en su juventud. En una entrevista en el diario La Nación años antes, Renzi había argumentado las razones por las cuales de ningún modo y por ningún motivo había que tener hijos, primero porque esa responsabilidad biológica, cultural, estatal y religiosa justificaba lo que él, irónicamente, había llamado en la entrevista «la locura de contraer enlaces», las personas se casaban para tener hijos, sin descendencia el matrimonio era una institución vacía, un paso en falso que un artista –y un revolucionario y un conspirador (y para él todas esas palabras eran sinónimos)– no debía dar jamás. Su rechazo de la paternidad había suscitado una ola de críticas por parte de los jóvenes escritores que antes de publicar un libro ya se habían casado, habían formado, como se dice, una familia y habían tenido hijos, descendientes, herederos.

Germán había visto en el rechazo unánime, general y periodístico a ese parecer de Renzi un síntoma de que algo había sido afectado por esa defensa del celibato y en ese ataque al pater familias, sobre todo el hecho de decirlo públicamente, una prueba de que la sociedad no soportaba que alguien enunciara un deseo desviado de la norma social. Por eso, cuando el soltero se casó hubo grandes festejos entre los

amigos y conocidos de Renzi (en su mayoría casados, con hijos) porque, como decía irónica Kiwi, «Emilio había vuelto al redil». Se había casado porque se había enamorado y también porque había decidido aceptar la cátedra que le habían ofrecido en la Universidad de Princeton, y estaba claro que para ser profesor en los Estados Unidos era mejor ser un hombre casado, y porque además eso iba a facilitar los trámites para que Carola se instalara con él en Norteamérica. Había sido durante los últimos años un profesor visitante que pasaba algunos meses enseñando en el extranjero y luego volvía a Buenos Aires como si nunca se hubiera ido, pero ahora la perspectiva de borrarse del ambiente tóxico de la cultura argentina para «tomarse el olivo», como decía metafóricamente Emilio, lo había llevado a conciliar con el statu quo del matrimonio.

Se había casado porque se había enamorado de Carola, a la que conocía y deseaba desde hacía años pero con la que había mantenido una amistad platónica porque ella era, en ese tiempo, la mujer, la compañera, como se decía entonces, de su amigo David y él estaba decidido a no volver a repetir sus andanzas del pasado y a no volver a caer en un triángulo adúltero, así que empezó a salir, como se dice, con Carola cuando ella ya se había separado de su evidente compañero, el intenso, hermético y combativo D. V., pero, para llegar a eso, se habían encadenado una serie de circunstancias azarosas que sus amigos llamaban «el milagro» y que estaban festejando esa noche del 16 de junio porque ese había sido el día del encuentro inesperado, contrario a toda lógica y a toda condición de posibilidad –porque se había realizado en París el encuentro–, y por eso también, con un guiño de complicidad y también con una secreta referencia literaria, esa fue la fecha –un 16 de junio– que eligieron para casarse y que ahora, justo

un año después, celebraban con bromas y veras en La Cátedra, todos sus amigos. ¿Qué había pasado, después de todo, ese día en París, origen mítico de una serie de acontecimientos que se sucedieron uno tras otro y fueron la razón de que Emilio dejara de ser un soltero?

Renzi había pasado unas semanas en Alemania junto con otros escritores sudamericanos recorriendo distintas ciudades, dando conferencias, entrevistas y participando en mesas redondas, y al final de la marcha cultural, bastante cansadora, había seguido viajando en tren a París a descansar un poco y ver a sus amigos, en especial a Saer, aprovechando la generosa oferta de su traductor al francés de ocupar su departamento, mientras Antoine se iba de vacaciones al sur de Francia, entusiasmado con los pronósticos climáticos que anunciaban un mes de junio soleado y agradable. Así que anticipó su veraneo y le ofreció a Emilio que ocupara su vivienda en el Barrio Latino. Una tarde en la casa de Saer, que en ese tiempo todavía vivía en su departamento del boulevard Voltaire, después de comer, en la sobremesa, una amiga argentina lo invitó a cenar en su casa el día siguiente. Emilio aceptó, anotó en un papelito la dirección y también la referencia a las combinaciones de metro que debía seguir para llegar a primeras horas de la noche del día siguiente a la casa de Estela, una antigua compañera en la Facultad de Emilio, que había viajado a París con una beca, poco después de recibirse, y había terminado residiendo en Francia con un trabajo en la École Normal como psicoanalista experta en Freud y en Lacan.

Ese día Emilio salió a las 7.00 o 7.10 de la tarde del departamento en la rue Cuyas, Rive Gauche; cuando llegó a la entrada del metro 4 desde Saint-Michel hacia Porte de Clignancourt, se dio cuenta de que no llevaba nada para su

amiga argentina y volvió sobre sus pasos y en una florería compró dos docenas de rosas rojas, volvió a la estación del metro a las 7.30 de la tarde, iba en dirección a Pigalle, caminó una cuadra por los pasillos subterráneos del metro y fue a la estación BarbèsRochechouart con conexión con el metro 2. Incluso se detuvo en el andén para dejarle unos francos de propina a una muchacha hindú que tocaba la cítara, sentada en el piso, haciendo música oriental. De pronto, Renzi volvió sobre sus pasos para detenerse un momento ante la bella joven y dejarle unos francos más en la caja de madera que ella tenía a su lado en el suelo. De ese modo vio pasar dos trenes frente a él que no quiso tomar para seguir escuchando la melodía cautivante de la cítara que le recordó vivamente la banda sonora de Ravi Shankar en la película El tercer hombre de Carol Reed, del mismo modo en que una sensación de urgencia lo había llevado a comprar las flores que sostenía aún en su mano izquierda, porque era zurdo. Así que a las 7.50 subió por fin al subte que lo llevaría hacia Porte Dauphine, donde podría tomar la combinación que lo llevaría a Pigalle y a la casa de su amiga.

Viajó de pie con el ramo de rosas rojas en la mano y se sentía un poco ridículo porque todos los pasajeros lo miraban con aire benévolo y comprendían que Renzi estaba yendo a una cita amorosa. ¡Pero era otra la cita amorosa que le preparaba el destino! Llegó a la estación que abría una red de conexiones y tuvo que pararse a buscar el trayecto en el mapa del metro. Apretó dos botones y se encendieron unas lamparitas diminutas que le marcaban el camino, así que salió de ahí y fue por el corredor que desembocaba en altas escaleras y siguió las indicaciones en las paredes que le mostraban la dirección correcta. Y en uno de esos recorridos, en un amplio pasillo

lleno de gente que iba y venía hacia sus destinos, vio venir a Carola, como una aparición o una réplica de su amiga tan querida. Era ella nomás, que le sonrió al verlo como si lo estuviera esperando. Se quedaron ahí charlando, Renzi le entregó a ella las rosas. «Compré estas flores para vos», le dijo, y ella sonrió con una sonrisa cálida e irónica porque entendió el chiste que les había armado la fortuna. Y se quedó con ella esa noche y ya no se separaron más y se casaron eligiendo como fecha el mismo día del encuentro providencial, 16 de junio, en el que se habían cruzado por azar en el laberinto intrincado y móvil del metro de París.

Ese relato del encuentro fue narrado esa noche con sus amigos que se pasaban la palabra uno a otro, de modo que Roberto y Kiwi, Germán o Graciela fueron contando las partes de la historia que recordaban mejor, añadiendo detalles, precisando los hechos, con entusiasmo a pesar de la crítica de Carola, que se atribuía a sí misma los méritos del encuentro, como si ese día en París se hubiera pasado la tarde yendo y viniendo en el subte porque estaba convencida, dijo, de que en algún lugar de ese hormiguero la esperaba Emilio, como si ella fuera la abeja reina de los individuos, de los trenes, que representaban, en su versión, el papel de las obreras del panal que preparan todo para la comida ritual en la que Renzi no era más que un ente capturado en la colmena de la reina. Así pasó la noche en la que también se festejaron otros acontecimientos, que si bien no fueron el tema de conversación esa noche estaban presentes de un modo elíptico y eran, en definitiva, un modo de honrar lo que Jacoby llamaba «las estrategias de la amistad». En la esquina se despidieron con aplausos y bromas y ahí en la noche clara, como si despertara, José señaló con aire concentrado que los grandes filósofos habían sido también

célibes y sin hijos. «Por ejemplo», dijo, «Kant, Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche y Wittgenstein.» Todos lo miraron sorprendidos y asintieron con un aire lejano. Y luego se despidieron y cada uno de ellos tomó un taxi diferente y se fueron hacia sus casas en distintas direcciones hasta perderse en la noche como los conjurados hermanados en una causa secreta.

Ya hace una semana que estamos acá y desde que llegué me pregunto si nos despedimos la noche de la última cena en el restaurante. Te fuiste de golpe, como es habitual en vos, con la elegancia de un provocador de vanguardia que espero no vayas a perder ahora que ocupás un despacho antiguamente tapizado de rojo (me gustó lo del botón escondido bajo la mesa, porque también se puede usar para comunicarse con los guardaespaldas), pero no sé si alcanzamos a abrazarnos como corresponde a dos argentinos formados en la vieja tradición tanguera de la amistad, cuyo mayor ejemplo fue el trolo Troilo.

Ayer, otra vez al azar de las lecturas, me encuentro con una alusión levemente enigmática que me parece que te está dirigida (o al menos está dirigida a una posible explicación «musical»). Wittgenstein confió a Norman Malcolm que el movimiento lento del tercer cuarteto de Brahms lo había llevado dos veces al borde del suicidio. ¿Qué pasa con ese cuarteto? ¿Podemos usarlo para matar a nuestros enemigos? (Puedo usarlo para provocar la muerte de un personaje como crimen perfecto en una novela policial..., el personaje oye desde la casa vecina todos los días al anochecer esa música y al final se suicida.) Wittgenstein era un poco exagerado (más bien un fanático), pero me parece una buena metáfora de los poderes de la musique... Acá en junio ha llegado el verano y todo florece y nos disponemos a conocer unas playas que están a

una hora de Princeton y que son, según dicen, una versión yanqui de la Costa Azul (la oriental).

Trabajando en mi seminario sobre tango, vuelvo a encontrar datos secretos que te están dedicados. Hay un tango (de 19441945) con letra del gran Homero Expósito y música de Enrique Villegas (yes, the monk), se llama «Si hoy fuera ayer» y la letra es bellísima. Supongo que podrás encontrar la partitura en SADAIC e incluirlo en tu disco junto a los tangos y postangos. Me gustó mucho tu intervención a la Cage, una ponencia bajo la forma de una pieza de música (espero que tengas un piano cerca), en realidad, se parece al poema de Lope que aprendimos en el colegio («Un soneto me manda a hacer Violante, que en mi vida me he visto en tal aprieto...»), veo que últimamente te dedicás a injuriar a la musique contemporaine, y a la avant-garde (son los exvanguardistas los peores enemigos de la vanguardia) y a defender le sens común (espero que no sea influencia de Horacio González, vía Fito...). Me parece que es un minicongreso donde todos (salvo los músicos) se van a hacer los «enterados» y los «artistas», todos cínicos y graciosos y ya de vuelta de todo, salvo de la pretensión de parecer à la page (émulos secretos de Teodolina Villar, la heroína de «El zahír», a quien sin duda recordarás como un antecedente del estado actual del «nouveau tilinguisme» en la Argentina).

Por acá todo bien, vivo como en una clínica suiza, a la Tender Is the Night. Miro cómo las ardillas juntan nueces para el invierno y leo todas las versiones existentes de la vida de Nietzsche para el macedoniano (por su inminencia) libreto de nuestra ópera futura Lucía Nietzsche (me gusta el título, me parece más operístico que El fluir... y me alegra tener cerca a otra Lucía a quien amar). Entre horas escribo pequeños esbozos de los diálogos de Lucía Nietzsche buscando el tono que diferencia a cada personaje, y entre las paredes del cráneo (en

la línea que une las placas craneanas) oigo resonar la música épica del incesto y las réplicas sarcásticas de la hermana de Nietzsche (y del enano maldito). Estoy contento con la historia y estoy seguro de que resolveré rápido las escenas y los parlamentos, solo necesito dos semanas limpias en las que nada me ocupe las mañanas, pero antes tengo que sacarme de encima el trabajo pendiente porque estoy armando los cursos que tengo que dar este semestre.

Me siento una mezcla de Dreyfus y de Ruggierito, soy el Bairoleto de la cultura argentina, perseguido por la partida, huyendo a pie y ensangrentando el llano, solo en medio del campus («al campus, vamos a vivir al campus»...), de noche doy vueltas en la cama y escribo respuestas mortíferas que a la mañana ya he olvidado, hoy di una clase sobre Horacio Quiroga y me parece que por primera vez lo entendí bien: el tipo se fue a vivir a la selva para escapar de Buenos Aires y del ambiente letrado, y terminó hablando con los monitos titi, ¿será ese mi destino?, ¿hablar con los monos? No creo. Estoy desanimado y furioso (extraña mezcla que algún efecto va a producir), trato de no hacerme la víctima, porque los tipos que me atacan y quieren mandarme preso cultivan la poética de la víctima, de los canallas que se hacen los mártires. Pero imaginar esa tapa en la que aparezco como emblema de la corrupción cultural me produce altas olas de indignación que rompen contra mi pasado y vuelvo a enceguecerme, suerte que los amigos (los mejores, no todos) han reaccionado con gran lealtad (vos, en primer lugar), de golpe tengo ganas de huir, no volver más a ese país siniestro, aceptar la propuesta de Princeton y envejecer aquí, entre los álamos y la lengua inglesa, me agarra el síndrome Puig, que se fue de Argentina y no volvió nunca, ni por un día, la clave es que logre olvidarme y mantener la calma (calma y

violencia, como un personaje de Burroughs). No sé muy bien qué rastros van a quedar de todo esto, pero por ahora, como ves, estoy indignado. Como también te imaginás, las últimas dos o tres semanas en Buenos Aires fueron muy vertiginosas, con la ópera y el reencuentro con los amigos y el circo beat y toda la ola. Desde que volví a Princeton me siento mucho mejor, me la paso leyendo libros de Nietzsche y libros sobre Coleridge (ya verás por qué), estoy tratando de volver a escribir pero me disperso enseguida, tenía casi lista una segunda parte del relato de Saint-Nazaire y también avanzo en Lucía Nietzsche, la chica mefistofélica.

Me quedé pensando lo que me parece que me dijiste la última vez: volver a incluir las escenas del breakdown de Nietzsche, que es como una obra cerrada en sí misma –el caballo, la pensión, las cartas a los reyes y emperadores, la llegada de su amigo, la entrada teatral en la estación de Turín de donde sale el tren a Berlín, los diez años que pasa aislado con su hermana en la casa, que luego será el Archivo Nietzsche y donde es exhibido a los fieles que quieren verlo, y en los que Nietzsche, mudo, no hace otra cosa que tocar una música indescifrable (¿o dodecafónica?) en el piano: todo esto transcurre entre 1888 y 1900–; ese «tema» (como el tema de la colonia aria en el Paraguay, con los aristócratas alemanes liderados por Förster, el marido de Elizabeth Nietzsche, y los nativos explotados por estos colonizadores racistas, cuya decadencia y abandono comienza hacia 1888 y coincide con la locura de Nietzsche) me atrae muchísimo pero me parece muy difícil de integrar a los tres temas centrales que hemos delineado.

a) La misteriosa casa de alto en Adrogué, donde vive la que dice ser descendiente de sangre del filósofo y de su hermana, la cantante lírica Lucía Nietzche, que contrata al joven pianista

como rehén de su locura wagneriana para componer una falsa ópera que quiere, de hecho, atribuir al autor de Ecce Homo, mientras es vigilada por su padre que se pasea (drogado o borracho) en su silla de ruedas.

b) El padre, un musicólogo alemán, Igor, que ha hecho experimentos musicales con voces grabadas. El archivo sonoro donde se oyen los cantos y el lamento de la derrota y la matanza, el relato de los vencidos que cuentan su versión secreta y silenciada de los hechos, una historia (¿coral de los campos de concentración del siglo XX?, ¿o la historia de un naufragio?, ¿o la historia de una peste?) múltiple y variada.

c) El primer acto de la supuesta ópera wagneriana de Nietzsche. La fiesta de boda, que encubre la derrota y la matanza sufridas por el reino de la novia y que hace de ella el rehén político de su marido, el despótico y depravado príncipe vencedor, culmina con la crisis producida por la irrupción del hermano incestuoso con su bufón enano en la cámara nupcial, con el suicidio de la muchacha (parece una telenovela de Andrea del Boca, pero lo vamos a tratar en tono Wagner-ShakespeareEstanislao del Campo).

Todo me parece fantástico, y bien operístico (en los días próximos voy a ver el film de Visconti, El crepúsculo de los dioses, y también pienso en Los secuestrados de Altona de Sartre y en el Marat/Sade de Peter Brook), pero muy complicado y difícil de estructurar. He estado pensando que quizá el nivel b pueda incluir la locura de Nietzsche y he pensado también que habría que trabajar, por un lado, el coro (las voces de la historia como representación de la locura de Nietzsche, es decir, como las voces que oye Nietzsche en el interior de su cabeza, ¡por eso no habla! y por eso solo toca el piano, porque busca una música que acompañe a ese coro). En

realidad Nietzsche oye el futuro, no lo ve, escucha el lamento del siglo XX y muere cuando ese siglo empieza. Por otro lado, ¿qué hacer con la hermana? (¡cogerla!, diría el bufón del príncipe)... Ando con esas ideas y con esos personajes en la cabeza, tratando de construir las situaciones dramáticas y llegar en diciembre con un esquema básico a Buenos Aires, para que podamos trabajar juntos en la quinta de Triste-Le-Roy, sobrios y ascéticos, como monjes, como artistas alemanes (porque parte de la ópera tiene que estar dicha en alemán). Espero tener lista una primera versión del libreto a mediados de septiembre para que podamos trabajarla juntos cuando estés en Princeton. Todos te esperan acá y ya te mandarán el calendario de tu estadía. El jueves 27 me gustaría que vinieras a mi seminario sobre «El tango en la cultura argentina» y, si podés (y tenés ganas), dijeras algo sobre las tendencias de la música y su «evolución» (De Caro/Pugliese/Troilo/Salgán/Piazzola o la serie que vos quieras. Incluso podés analizar un solo tango, por ejemplo «Los mareados» o el que elijas, y también si querés podés hablar solo de Piazzola). Lo importante es que aprendan algo sobre qué tipo de música es la música de tango (lo mejor será que traigas algunas grabaciones para escuchar y analizar). La charla es en castellano y tenés que hablar más o menos una hora. Supongo que Arcadio te va a invitar al seminario que está dando sobre «mi obra» y ahí, de modo muy informal, podés contar el proceso de La ciudad ausente y tal vez mostrar algunos fragmentos del video. El viernes 28 tenés el concierto de los postangos y existe también la posibilidad de que la gente de la Escuela de Música de la universidad te invite a hacer un pequeño workshop sobre tu música. La semana próxima te confirmarán el calendario; todo será, obviamente, muy liviano y tranquilo, y vos podrás modificar el asunto a tu gusto. Lo importante es que pasemos juntos una semana, charlando y

tomando vino y paseando por la zona. Ya tenemos auto y Carola con su bólido rojo es una de las figuras más famosas (y también más temibles) de Princeton.

Veremos qué melodrama hacer en estas soledades (donde lo que abundan, en realidad, son estudiosos del melodrama como Peter Brook), por el momento me voy adaptando, ya me he comprado un fax (como ves) y en estos días me llegará (por correo) una computadora portátil supersónica donde colocaré, entre otras cosas, un e-mail. Me levanto a las seis de la mañana y el día fluye (él sí) como la vida en el siglo XIX, paso las horas en la biblioteca, que es perfecta y es infinita, y de vez en cuando vamos a Nueva York solo para comprobar que todavía existen las ciudades (a veces pienso que sigo en Buenos Aires y que me he vuelto loco y que en mi delirio, encerrado en mi estudio de la calle Charcas, en medio de los rumores violentos de la metrópolis, creo que vivo en un pueblo tranquilo, en los suburbios interminables de Manhattan). Ya verás, en este pueblo nunca llueve, los patos se preparan para emigrar hacia las zonas cálidas, los scholars son alcohólicos o secretos asesinos seriales, y todo aquí parece planeado para que uno se pase la vida en paz (lo que por supuesto no quiere decir que uno quiera pasarse la vida en paz), leyendo y escribiendo en una suerte de isla olvidada. Estoy entonces escribiendo un primer esbozo del libreto de la ópera y también unos relatos para incluir en la reedición Prisión perpetua (en estos días escribo una historia que se llama «Diario de un loco», que es una transcripción minuciosa de mis días en Princeton), de lunes a jueves voy a la oficina en el campus, hago las compras en el supermarket, voy al laundry a lavar la ropa y he descubierto un vino chileno muy bueno que no carece del confuso nombre de «Los vascos» y también, por supuesto, extrañamos a los amigos (tampoco a todos).

Mientras, leo a Nietzsche (en inglés), que escribe como nadie y tiene un tono único, un fraseo que me hace pensar en Hölderlin, en Novalis. ¿Qué hacer con todo esto? (confiar en el músico): pensar en una estructura fija, muy nítida, que quizá sale toda de la imagen del archivo de voces, una especie de cárcel invisible donde persiste la voz de los condenados, un cuarto blanco, insonorizado, en el que deambula el padre en su silla de ruedas. Estoy dando vueltas por ahí y te mantendré informado. Voy cada vez que puedo a New York y en la city coexisten, como sabés, todas las lenguas, todos los capitales, los flujos mundiales que se cruzan, estoy visitando museos marginales (el de la historia de la TV, el de la inmigración, el museo judío) buscando (como dicen los tarados) «imágenes» para la ópera, pero me parece que las imágenes son lo que sobra y hay que empezar a cortar y sacarse de encima las «buenas» ideas, porque las obras no se hacen con buenas ideas, sino con una sola idea bien tratada, a fondo (ejemplo: una mujer-máquina). Hoy es viernes y esta carta ha sido escrita en distintos momentos a lo largo del día y, como ves, mi estado de ánimo (y las vacilaciones de mi prosa) persisten. Acá en la universidad hay unos tipos que quiero mucho, se pasan la vida entera dedicados a un solo tema (como corresponde a los locos). Hay uno, por ejemplo, que es el mayor experto mundial en el Quijote y hace treinta años que no hace otra cosa que enseñar esa novela, a cualquier hora de la noche que pases ves la luz prendida de su oficina y te podés imaginar al tipo leyendo otra vez el libro de Cervantes, con una especie de obstinación idiota, como si hubiera algo más que aprender. A veces pienso que me gustaría vivir así, lejos del mundo, con una idea fija (fijo en un punto): solo me falta decidir cuál es ese libro..., pero a veces pienso que un personaje así

(obsesionado con algo, fijo en un punto) podría ser el padre de Lucía Nietzsche, el viejo loco con la silla de ruedas quiere, por ejemplo, transcribir las voces que ha grabado (pero quizá nadie oye)... Ahora es de noche, me mandaste otro fax y se supone que lo estoy contestando. Espero verte pronto, te esperamos, y entretanto podemos mandarnos algunos fax más (fax más suena bien). Te mandamos un gran abrazo para vos y cálidos cariños con Carola (eso es una aliteración perfecta) para los dos.

Al entrar le pareció ver a Amanda y en un costado vio a Inés hablando con Julia, ella iba de rojo y las otras dos de negro. ¿Podía ser? Las tres juntas, pensó Emilio, es una conspiración, pero siguió adelante con Carola que lo conducía hacia el fondo de la galería. La circulación de los visitantes por la sala de exposición formaba parte de la obra, eran la obra misma, pasaban entre los maniquíes que León Ferrari había intervenido con leyendas y frases escritas a mano con marcadores rojos y negros. Distraído y nervioso, Emilio trató de no ser visto por sus ex. Estaban ahí, no tenía escapatoria. La exposición, que se inauguraba esa noche, se llamaba justamente «El rojo y el negro» y los participantes –más o menos involuntarios–, al bajar al subsuelo del bar y restaurante Filo-Espacio de Arte, recibían, alternados, una credencial roja o negra; los rojos debían entrar a la galería por la derecha y los negros por la izquierda. No era mucha la gente esa noche en la vernissage, pero alcanzaba para producir un efecto de confusión y de muchedumbre organizada. Los maniquíes eran las típicas figuras humanas sin cabeza, sin brazos y sin piernas, o sea un torso muy elegante de madera clara con un pico, o

mejor, un mango de paraguas vertical pintado de negro. Los maniquíes producían cierto efecto de familiaridad siniestra, parecían estatuas sin terminar o fijas figuras fantasmales. Por una serie increíble de coincidencias, esas mujeres a las que había amado confluían hacia él. Vio que Amanda se había acercado a Julia y que Julia le presentaba a Inés. Emilio trató de moverse de cara a la pared para no ser visto. Carola se detuvo y lo miró.

–¿Qué te pasa, gorrión? –le preguntó.

¿Le había dicho gorrión? Podía ser, había oído mal. En la sala las voces subían y bajaban de intensidad como un coro psicótico. Un coro de alunados en un hospicio de locos por el arte, pensó.

–Nada –dijo él–, estoy tratando de entender el sentido del azar en la muestra.

Para percibir la obra en su conjunto era necesario subir una escalera que daba a los altos del salón, una suerte de buhardilla que Ferrari había acondicionado como mirador privado de la exposición. En turnos de dos personas –un rojo y un negro–, los participantes accedían al mirador en un orden arbitrario. León elegía al azar quiénes eran seleccionados para entrar en el observatorio. Emilio esperaba que las tres subieran sin verlo, él era rojo y Carola tenía el negro. Tres parejas lo separaban de las tres ex que ahora se reían con alegría, como si verlo a él y hablar entre ellas fuera lo mejor de la noche. Emilio puso cara de sorpresa y las saludó haciendo gestos y moviendo las manos, pero ellas no le contestaron y siguieron riendo y haciendo chistes como si no lo vieran. Carola tampoco vio nada y se movió siguiendo la ruta marcada. Con su cara angelical y maliciosa, León Ferrari, vestido –o mejor, disfrazado– de pintor con un guardapolvo gris claro manchado con pintura de

varios colores y con un pincel en la mano, señalaba con un gesto a las parejas elegidas para acceder al altillo.

Emilio y Carola habían subido luego de saludar con un abrazo al artista y ahora contemplaban desde arriba, por los miradores con forma de binoculares, la obra. Solo dos personas por vez podían ver, o mejor, construir la obra; la idea de una instalación que funcionaba como una máquina humana era muy atractiva, desde lo alto los maniquíes y las personas formaban una serie en movimiento continuo y circular. No todos los que entraban en la sala podían ver la obra, el concepto de percepción dual y selectiva era la base de la experiencia; el segundo punto interesante era, por supuesto, convertir a los espectadores en la materia artística y parte de la obra. Lo que se veía desde lo alto era una masa de personas un poco aplastadas e irreales –por efecto de las lentes de aumento de las ventanitas del mirador–; por otro lado, los espectadores se convertían en voyeurs que espiaban un acontecimiento confuso y un poco irreal. Eran dos por vez, porque Ferrari quería incluir la duplicidad y los comentarios de los observadores. Pero Emilio, más que ver el conjunto, trató de seguir el movimiento de Amanda, que era la única que entraba en su perspectiva desde lo alto; tal vez se habían citado y se encontraron sin saber que él iría también, ¿se habían hecho amigas?, ¿se contarían a coro las trapisondas de Emilio? ¿De dónde salía esa palabra?, pensó.

Cuando bajaron no las vio. ¿Estarían arriba, habrían subido las tres juntas? Las erinias amadas. Se dispuso a escuchar a León. «En principio», estaba diciendo, «lo que yo hacía era una escritura deformada, o directamente signos de alfabetos inventados. Era una palabra incomprensible. Bajo esa forma

escribí una serie de dibujos que titulé Carta a un general, y fue la primera vez que introduje el elemento político y conceptual en mi arte. Pero ya en 1964 me puse a hacer escritura normal, en el sentido de comprensible. Uno puede leer el texto, pero además es un dibujo. Yo digo que escribo cosas que la palabra no puede expresar, y que expreso cosas con las palabras que en otra forma no podría transmitir.»

Emilio vio a las tres en un costado, ¿habían bajado sin que las viera y ahora se burlaban de él haciendo muecas? Parecían muy divertidas y Julia le guiñó un ojo. Emilio se concentró, ¿alucinaba?, ¿veía visiones?, no. Estaban ahí y le hacían gestos. ¿Lo iban a encontrar afuera? Ahora escuchaba la voz de León. «Dejé la línea abstracta y las escrituras para hacer un arte político en forma directa. Una de esas obras fue rechazada en el Di Tella: era un Cristo de santería crucificado sobre un bombardero norteamericano. La obra se titulaba La civilización occidental y cristiana. Estuvo dos días y luego la levantaron. Romero Brest dijo que ofendía los sentimientos religiosos de la gente que trabajaba en el Instituto. Yo reconozco que era muy fuerte. También creo que podía haber quedado, pero en fin. Lo cierto es que después de ese episodio prácticamente dejé de hacer arte hasta 1975, aunque participé en la organización de varias muestras.»

Emilio había visto con Julia el avión con el Cristo en la muestra del Di Tella. Ferrari hacía chistes. «A los efectos de no dilapidar óleos, acrílicos, yeso, telgopor y poxilina, que tanto necesitan los colegas artistas, las obras que integran esta exégesis ecológica en esta muestra ecológica son también ecológicas. Es decir, renuncian en lo posible a la materia: son

cuadros, esculturas, instalaciones, hechas solo con palabras: el recurso más fácil de renovar.»

La gente se dispersaba o se sentaba a comer en el local, hacían muy buena pizza en Filo, pensó Renzi, porque sus tres ex queridas ya no estaban. ¿Se habían ido o se habían desmaterializado? El fantasma de las mujeres amadas. Carola estaba al lado hablando con Roberto J. Emilio se acercó a León.

–La literatura está atrasada en relación con el arte, los pintores abandonaron el caballete y la tela, pero los escritores seguimos atados a las páginas y al libro, le dijo, quizá la pantalla de la computadora y el e-mail nos permitan sacudir la modorra. El uso de textos ya escritos como materia de nuevas obras es un camino.

–Hay que usar lo que ya está hecho –dijo León.

–Claro –contestó Emilio–, la literatura debe profundizar su impulso conceptual y avanzar hacia un arte sintético a priori.

–Y esto en dos sentidos. Primero, aligerar la práctica, buscar la concentración máxima, decirlo todo en poco espacio.

–Hay demasiadas palabras en el mundo y demasiadas páginas escritas para leer, y por lo tanto hay que buscar la velocidad.

–La brevedad y la circulación inmaterial.

–Nosotros desmaterializamos –dijo divertido Jacoby, que se había acercado.

–Claro –dijo León–, buscamos obras livianas, baratas y ultracríticas.

–El otro camino es inventar una enunciación potencial que permita crear textos futuros dichos o pensados o concebidos por escritores imaginarios.

–Bueno, eso ya lo hizo Valéry, con el Monsieur Teste –dijo Carola.

–Postulaba una literatura no empírica –sonrió Renzi.

–Y es anterior a Duchamp –dijo ella.

–Y vos, ¿en qué andás, Emilio?

–Siempre en lo mismo, pero tu aparato óptico a la Stendhal me hizo pensar.

Se separaron y Emilio empezó a escribir mentalmente. El diario que escribe es para él un laboratorio de literatura potencial. La última obra gravitacional y extensa. Es un conjunto inorgánico y en movimiento; todos los materiales son reales, las palabras han sido previamente vividas por él, en este sentido es un documento antropológico sobre la vida de un terrícola que podría ser usado por un lector de otro planeta para entender los modos de vida de una comunidad humana específica y localizada y fechada con exactitud. La vida o las vidas de un particular que en su lejana juventud apostó todo a la palabra escrita. En ese aspecto es una obra de no ficción, una novela verdadera, un testimonio real y un documento histórico. Esto que dice es una descripción y no es un juicio de valor. Le parecía ver las palabras escritas en el aire de la noche.

–¿Dónde andás? –le dijo Carola–, ¿adónde fuiste?, aterrizá pajarito –se reía–. Pajarón es más preciso.

–Sí –dijo él–, diste en el clavo, perfecto. Así me siento, un pajarraco al que le cuesta volar.

Los diarios de Renzi o Libro de Quequén –llamado así por haber sido encontrado en las cercanías del puerto de ese

nombre a orillas del mar Atlántico– fue descubierto por Armeno y su primo Roque, dos pescadores de los buques factoría chinos que, al echarse a dormir la siesta en los bajos de un emplazamiento arenero, vieron el libro entre las ruinas, en un pozo bajo una viga de hormigón. Se cuenta que Armeno lanzó el libro al mar «por carecer de conocimiento sobre la importancia del hallazgo» (Xul News). El mar lo devolvió a la playa, muy deteriorado pero íntegro, y el ejemplar permaneció en la arena bajo el sol hasta el atardecer. Por eso algunos historiadores lo han denominado El libro del naufragio. No es una botella al mar, pero es un mensaje enviado varios siglos atrás desde una isla de edición perdida en tiempos lejanos.

El volumen se encuentra desde hace meses en la sala restringida de la Biblioteca Nacional. Su estado de conservación –y la tradicional escasez de fondos de la Biblioteca– impide por el momento resolver con certeza el enigma de su fecha de edición. Esta incertidumbre temporal parece formar parte del concepto de ficción al que el libro quiere adscribir.

Algunos historiadores sostienen que el libro fue escrito en la primera década del siglo XXII, fingiendo haber sido compuesto cincuenta años antes. Otros, en cambio, aceptan la propuesta implícita en el libro y creen que efectivamente el diario fue escrito a lo largo de un extenso período que va aproximadamente de 1957 a 2007. Cualquiera sea la dilucidación de este dilema, se trata de uno de los testimonios más antiguos de la práctica literaria en los tiempos de expansión de la cultura web, previos a su brusco viraje y su crisis de fines del siglo XXI.

La crítica filológica –la corriente actualmente en boga en el Departamento de Lenguas Clásicas de la Universidad de Buenos

Aires– analiza esta trilogía como testimonio del momento en el que los escritos literarios todavía estaban firmados por sus autores, aunque asediados ya por la expansión de las escrituras conceptuales del cyber, el anonimato generalizado de los blogs, las identidades virtuales del facebook y el twitter, las intervenciones y modificaciones libres de los textos en las interferencias ram y los conectores net. Esas remotas tecnologías –que aspiraban a la divulgación, a la traducción automática y a la escritura generalizada– pusieron en cuestión la noción de autoría, de creación individual y de originalidad. La literatura debe ser hecha por todos y no por uno, la frase del uruguayo Lautréamont fue la consigna literaria de la época.

Por su parte, la corriente historicista de la escuela de Bahía Blanca considera que estos relatos son documentos etnográficos de una cultura extinguida y el nombre de sus autores, simple registro de la identidad de los informantes. Los textos de los diarios –según esta hipótesis– habrían tomado la forma del testimonio, la autobiografía, el reportaje periodístico, la crónica, para hacer ver la literatura en la vida y ya no –como en el realismo mimético del siglo XXI– la vida en la literatura. Los historiadores lo consideran el único archivo existente de una época de transición, un mapa del momento en que la realidad –compuesta por los medios, la tecnología y las ciencias– pasaba a ser un espejismo. Estos relatos del siglo XXI –según las hipótesis más radicales– eran ficciones poderosas capaces de entrar en «la realidad». Una realidad mutante, aterradora, que incluía sueños, mitos, delirios, mundos virtuales, catástrofes reales y hechos imaginarios.

Cualquiera sea la posición que se adopte en el debate, es preciso señalar la importancia de estos textos cuyo ciclo –al

menos en el área del Río de la Plata– hace referencia explícita al segundo centenario de la Revolución de 1810. En el siglo XXI la democracia era una utopía que los jóvenes estados americanos estaban realizando en la Tierra, pero ya en el siglo XXII esa realidad se había vuelto anacrónica y la dispersión y el desorden de los estados individuales la habían convertido en un recuerdo. Mi abuelo –si me disculpan esta interferencia personal– recordaba haber recibido de su abuelo, y este del suyo, el relato mítico de los fastos del segundo centenario (2010), cuando grandes carromatos reales pasearon por las calles asfaltadas del centro de la ciudad con estampas y figuras de la historia. Se comenzó con los pueblos originarios y se llegó hasta aquel lejano presente. Solo tenía la patria entonces doscientos años, pero ya se pensaba altiva y antigua, aunque vista desde nuestra distancia axial era apenas un minuto –o dos– en la interminable hora de la historia. Miramos hoy con ironía, pero también con admiración, el entusiasmo de aquellos tiempos. Cerca de un millón de personas salieron a la calle para ver la representación. «Es mejor que verlo por televisión», dijo un testigo presencial captado por las cámaras –una asombrada joven de ojos claros (Xul History)–, y su frase aún nos emociona a todos. Todavía eran posibles las experiencias directas, aunque la epifanía de la muchacha anónima muestra que comenzaban a ser sorprendentes y escasas.

A medida que avanzo en el estudio de este libro presiento –con nostalgia, como si ya los hubiera vivido y olvidado– de qué estaban hechos aquellos años remotos. Sufro el mal de los historiadores, de tanto imaginar cómo eran los hombres del pasado me convierto en uno de ellos y me siento desorientado y extraño en el presente interminable. Mi módica propuesta es restituir –en lo posible– el contexto histórico y las referencias

implícitas en las entradas de los diarios. Para entender el secreto mensaje que nos ha llegado desde esa época remota, conviene navegar hacia atrás en el río del tiempo y ver los escritos de cerca.

El texto que ha generado más controversia es «Diario de un cuento»; muchos investigadores sostienen que hay rastros de este relato en un libro –ya legendario– del mismo título, que se publicó unos años antes del segundo centenario. No existe ningún ejemplar, pero circula en Xul una vieja copia web considerada por los jóvenes cuentistas del siglo XXI un libro de culto. Está escrito en primera persona por un joven estudiante que visita a su abuelo, un coronel de una de las guerras antiguas, es decir que el relato narra hechos sucedidos en la segunda mitad del siglo XX. Algunos detalles deben ser aclarados. Los médanos, por ejemplo, eran dunas de arena, a veces móviles y nómades y otras veces fijadas con arbustos que bordeaban las playas del sur. Desaparecieron luego de las grandes crecidas oceánicas, pero se conservan imágenes de la zona de Mar del Plata (cf. Tlön.9) a la que se refiere también un relato de este libro que consideraré más adelante.

La misma incertidumbre temporal produce el relato de la juventud del narrador, en aquellos tiempos el fuego era una amenaza real y un grupo de voluntarios uniformados patrullaban en coche bomba las calles a la caza de un incendio. El pronóstico que se enuncia sosegadamente en la frase «Los muertos anuncian el futuro» podría ser el modo de anticipar en este relato el llameante –o ardiente– porvenir. No hay que olvidar que el autor (cf. Tlön.8) fue uno de los mayores expertos en espiritismo y psicoanálisis de su época.

La historia de la mujer que no salía de su casa repite los juegos con el tiempo y es parte de un texto con el mismo nombre difundido originariamente en la web. Gardel es conocido por todos y su voz sigue mejorando, y ahora mismo lo estoy escuchando cantar «Viejo smoking».

Consideraremos ahora una serie de notas del diario que eluden registrar los hechos políticos pero narran sus consecuencias. Algunos historiadores de la antigüedad han señalado que la descripción del conurbano bonaerense en varios momentos del libro es un dato histórico significativo. No hay referencias directas en el relato pero los teóricos de la thick description sostienen que el ambiente aterrador confirma la conjetura de que el movimiento peronista solo pudo haber sido derrotado por una intervención extraterrestre que sepultó en una ruina biopolítica a los cinturones electorales del Gran Buenos Aires.

La sensación de carencia de masas, de ausencia de multitudes y de desaparición de los vecinos de los barrios populares –típicos de ese período oscuro– aparece también en el segundo volumen, pero sobre todo define el clima de Los años de la peste ya que registra las altas temperaturas artificiales, las arterias laberínticas, los edificios abandonados y hace notar los rasgos de la ciudad «vacía y ordenada [...] que ya no se parece a Buenos Aires». Además de sus referencias a los movimientos extraparlamentarios de aquella época.

Por su parte, la crónica del libro II, con su precisa descripción del desierto urbano, también parece responder a dicha periodización. La referencia a la secta de «Los doce (o La Doce)» es testimonio de las luchas de los grupos dispersos de la

llamada tercera resistencia peronista. Algunos analistas sostienen que las adicciones químicas sugeridas en el texto son un efecto de la despersonalización social de esos tiempos sin esperanza. Todas estas puntualizaciones son conjeturales porque los relatos, lejos de tematizar sus claves políticas, narran los hechos desde la conciencia «baja» y «ciega» de los sujetos de la historia.

En resumen, estos escritos apocalípticos son testimonios indirectos de un tiempo catastrófico. Puede inferirse además que, paralelamente a la zona devastada, existían ciudades cerradas y que el país estaba dominado por mutantes que habían logrado por fin imponer sus pretensiones liberales neorrepublicanas.

La conmovedora historia de amor por Lidia parece retomar la leyenda inglesa de una imposible pasión adolescente y es una reconstrucción compleja y eficaz de esos años inciertos. Gestación biológica artificial, nuevas legislaciones represivas y nuevos métodos de control y de encierro son el marco científico y jurídico de la separación absoluta de los sexos masculino y femenino, que recuerda las utópicas divisiones político-sexuales postuladas por Williams Burroughs.

Consideraremos ahora la serie de relatos del tercer libro que son –a mi entender– posteriores a la gran crisis. Se repite aquí la discusión sobre la cronología: escritos en el siglo XXII, estaban cerca de los hechos; escritos cincuenta años antes, los prefiguran. No nos interesa ese debate eclesiástico ni tampoco las hipótesis del ridículo doctor Anselmi con sus resonancias malévolas y su inconsecuencia metodológica. Con los datos que actualmente tenemos sobre ese período y los nuevos hallazgos

arqueológicos, es posible una reconstrucción relativamente aceptable de los hechos.

Luego de un período de larga oscuridad se produjo el cambio de nombre de la República, como consecuencia del cual toda la geografía política se modificó. En las cercanías del segundo centenario el gobierno socialdemócrata –ante la crisis mundial y el incremento sideral de las exigencias financieras internacionales– decidió trasladar la República Argentina y sus instituciones a la isla Martín García. El estado nacional, con sus tres poderes instalados en la isla, debía honrar los compromisos jurídicos adquiridos en su historia, mientras que el vasto territorio continental iniciaba una nueva etapa con el nombre de República del Río de la Plata, libre ya de la deuda externa, de su pasado trágico y de los tratados preexistentes de los que debía responder ahora la Argentina peninsular.

Comenzó ahí una nueva época en las provincias del sur que los anales históricos han registrado como La secesión invertida. La nación argentina se desplazó a la isla con su pasado completo y dejó un territorio vacío, en el que la historia se inició otra vez, dando lugar a una nueva era libre de deudas (en todo sentido) y sin el peso de la herencia recibida de gobiernos anteriores. Fue el comienzo entonces de un proceso de construcción histórica a partir de cero que llegó hasta fines del siglo XXII. El resto de las entradas del diario debe ser localizado en esa situación y son crónicas de los nuevos tiempos. La tradición argentina empezó a ser contada de otra manera, fue reformada y adaptada a las nuevas ideas, cambiaron los héroes y también los hechos.

El estado del lenguaje utilizado en los relatos parece obedecer a las reglas del español escrito en el período de la

gramática unificada, anterior a las grandes transformaciones lexicales y sintácticas de la alta era web, y a ese lenguaje he sometido este informe. Lo he fijado y reglamentado con los procedimientos de traducción automática de los sensores Quain, a los que mis eventuales lectores también pueden recurrir en caso de duda sobre el sentido de alguna frase en los capítulos de esta trilogía. Hemos preferido conservar el lenguaje original de los textos con sus arcaísmos múltiples –y su remota sintaxis– para no alterar los dispersos dialectos rioplatenses que lo constituían.

El prólogo inicial firmado por Emilio Renzi fue el texto más afectado por la permanencia del libro en las aguas del mar. Solo han sobrevivido algunas frases aisladas.

Vivimos en un tiempo que es ciego al futuro, por eso es auspicioso leer estos... Y luego más abajo: Las utopías defensivas son para nosotros... Por fin, al final: Escribo este prólogo en Temperley el 11 de junio de... Eso es todo lo que ha quedado del texto pero hemos querido, sin embargo, reponer el nombre de su autor para que esta reedición Xul conserve el marco del libro original. Será un modo también de rememorar a este olvidado autor de quien solo ha perdurado el recuerdo de su amistad con la escritora uruguaya Amalia Ibáñez; en una nota al pie de una de las tantas tesis dedicadas a la autora, se afirma que el Emilio del legendario poema Tekhnai en Luján era él, era Renzi (o se hacía llamar así).

Confundido, se despertó, ¿dónde estaba?, o ¿dónde estaría?, o mejor, ¿dónde había estado?, ¿era él?, había soñado con El

libro del naufragio. Nunca se sabe cuánto duran los sueños; mientras se sueña, el tiempo se fragmenta y se acelera y se concentra, la imagen de un grano de arena en la palma de la mano puede contener toda una vida, pensó; recordaba mejor el sueño, con más claridad que su experiencia de las últimas horas.

Estaba con Junior en un pub irlandés en la calle Viamonte, abajo, cerca de Filo, venían de un lugar, Emilio y Carola, de la inauguración de algo, había cambiado el milenio y no había pasado nada, de eso hablaba con Junior, que estaba con Monique, su amiga francesa, su querida, estaba bien llamar querida a la amante clandestina, la mantenida, se decía también. ¿Era esa la condición de la muchacha francesa? Había venido enviada por Le Figaro para informar sobre el nuevo siglo en el lejano sur.

Tardó en comprender que se había despertado en el estudio al escuchar las sirenas hospitalarias. También las sirenas cuyo canto seduce al viajero, lo seducían las muchachas con cola de pescado y lo llevaban por el mal camino, ¿pero quién es el que habla en este caso? También se dice los cantos de sirena para hablar de los últimos días o las últimas estribaciones de lo que es imaginario y está ya fuera de uso. Los cantos de sirena del peronismo, por ejemplo, decía Junior en el bar irlandés.

Entonces recordó una escena del sueño, la única escena vivida, virtual, visual, vital que recordaba con la nitidez inconfundible de lo que se ve al soñar; la playa de Quequén, el balneario en el que pasó algunos veranos, se había transformado, en la imaginación, y era ahora una hondonada de ruinas, de edificios ruinosos, frente al océano Atlántico, el

recuerdo de un verano en el mar se había transformado, al dormir, en un paisaje lunar de un tiempo futuro, ¿cómo sabía, en el sueño, Emilio, que la imagen venía del futuro? Era la certidumbre indudable que se tiene al soñar, sin que hagan falta explicaciones. Un libro era sacado de las aguas, parecía un animal mitológico y maligno y marino, o mejor, marítimo. Un libro que las aguas del mar habían arrojado sobre las penúltimas arenas del planeta.

Sin salir de la cama, Renzi tomó una lapicera y en la última página del libro que tenía en la mesa de luz, The Craft of Fiction (New York, The Viking Press, 1959), en la página en blanco, anotó: una playa remota en un tiempo axial –la palabra axial le vino de la memoria de la noche– y el volumen deteriorado pero invicto era el que yo estoy escribiendo. Podía leerlo y, de hecho, gran parte del sueño había sido la lectura en voz alta del prólogo al libro de sus diarios, oía voces, ¿también cuando duermen escuchan voces los locos? El resto diurno, calculó, había sido la encarnizada y alcohólica discusión que había tenido con Junior sobre el porvenir de su ilusión.

En los números luminosos del reloj de la computadora portátil vio que eran las 5.00 de la mañana, las 5.00 a.m., como decía el reloj norteamericano de su iMac, alcanzó a pensar, confuso, y de inmediato se volvió a dormir. Un sueño liviano, sin imágenes, salvo las palabras que descifraba, sin verlas, de memoria: Un volumen deteriorado pero invicto, ¿sería así?, o no fue así, ni fue. Había despertado en su estudio, tardó en darse cuenta, en el cuarto que usaba cuando se quedaba a dormir en el centro, una cama turca, una mesa de luz donde había dejado su computadora portátil encendida, había cerrado un escrito a las 3.10 a.m., o sea que no había vuelto a su casa, había tomado un taxi y, borracho, había dado sin pensar la dirección exacta

de Charcas (ex-Charcas), de Marcelo T., y se había dormido de inmediato en el auto y el chofer lo había despertado tocando la bocina como un loco, una bocina enloquecida, un canto de sirena, como una señal de que su cabeza no andaba «del todo bien», como le había dicho el chofer que se llamaba Roco Armeno, alcanzó a leer en el certificado de la identidad del conductor, en un plástico con foto y todo, tipo prontuario policial, que colgaba del asiento delantero, de modo que el sueño había conservado ese nombre y se lo había dado a los pescadores (Armeno y su primo Roque), alcanzó a comprender, alegre por el descubrimiento, en el entresueño en el que había caído o recaído.

Había empezado una discusión insensata con Junior en el pub irlandés, sobre el porvenir del capitalismo financiero y de la Argentina, «la patria», como decía Junior para indignación de Renzi, y sobre el porvenir del peronismo y también de Emilio Renzi y de su proyecto, o sea que habían ido en orden descendiente de la totalidad a la particularidad, en pasos rápidos y confusos. Junior, que era todo un peronista y también un periodista, acorralaba a Emilio y lo criticaba por abandonar el campo de batalla ya que Renzi había aceptado, por fin, la propuesta de ocupar una cátedra de literatura en la Universidad de Princeton a partir de septiembre. Para mejor, mientras Emilio pasaba un semestre como visiting profesor en la primavera de 1995, Junior había tenido un romance con Clara, su exmujer, y se había instalado en el departamento donde Emilio había vivido con ella varios años y donde estaba parte de su biblioteca.

Carola y Monique se habían cansado de la repetición enfurecida de los temas que discutían Emilio y Junior y de la caminata nocturna por la ciudad, abrazados ellos dos y

deteniéndose a veces para expresarse mutuamente su amistad y su admiración, y luego, en un cambio brusco de canal, se desafiaban a pelear en una esquina, bajo el farol, se quitaban la chaqueta y los lentes, se ponían en guardia, se insultaban y tiraban golpes al aire, como dos muñecos ridículos que las muchachas observaban, hartas ya de la comedia masculina de la amistad argentina, «que siempre termina mal», como apuntó con su fuerte acento parisino la amiga de Junior. En un momento en que los dos habían vuelto a abrazarse y caminaban vacilantes hacia el próximo bar abierto, en la calle Córdoba, Carola y Monique los trataron de chiquilines ridículos y repetitivos y reaccionarios y se fueron las dos en un mismo taxi, lo que despabiló de inmediato a los contrincantes que, parados en la esquina, las criticaban por insensibles y feministas dogmáticas de la vieja guardia, con nociones pasadas de moda sobre la masculinidad, como se quejaron a dúo antes de separarse y mirarse a la cara uno al otro, los dos un poco vacilantes sobre sus pies, antes de insinuar, los dos a la vez, que las chicas iban a estar juntas, no solo en el taxi, sino también en la cama. «No sería la primera vez», dijo Renzi, «que se van a la catrera, las chicas.»

Quizás fue esa especulación alcohólica lo que hizo que Emilio no fuera a dormir a su casa esa noche («para no llevarse una sorpresa») y también porque, pasadas las tres de la mañana, le vino a la cabeza una idea para resolver una parte de su diario que estaba transcribiendo en su computadora y quizás por eso le indicó al taxista la dirección de su estudio.

Fueron entonces de bar en bar esa noche Emilio y Junior, discutiendo seriamente cuestiones insensatas, por ejemplo, ¿tiene porvenir la literatura?, ¿cuánto dinero hace falta para

retirarse a vivir en una isla del Tigre?, o ¿qué sentido tiene irse a enseñar en los Estados Unidos?, o ¿el peronismo es un sentimiento o es una mafia?

Por fin, a una hora incierta de la madrugada, se separaron sin que ninguno de los dos recordara al día siguiente si se habían despedido peleados a muerte o asegurando uno al otro, por turno, que cada uno era para el otro el mejor amigo, el más entrañable pero también el más difícil y rencoroso e inestable, momento en el que volvían a discutir acaloradamente, por ejemplo, sobre la tarde en que Junior fue a Ezeiza a recibir a Renzi, que volvía de los Estados Unidos furioso porque su amigo no había tenido mejor idea que irse a vivir con Clara y ocupar el departamento con su desorden y desconsideración habitual, lo que provocaba una nueva pelea de los dos amigos esa noche.

Había llegado al estudio a las tres de la mañana, sin entender cómo había terminado ahí, tenía recuerdos como relámpagos y veía imágenes y lugares y estaba mareado por el alcohol. Al entrar había levantado del piso el ejemplar del diario La Nación, es decir, que no había venido a trabajar ese día, se sentó en el sillón que usaba para leer y recapituló lo que había pasado. Se encontró con Junior al salir de una exposición y fueron a tomar unas copas a un pub irlandés del Bajo, el día había empezado, en su memoria, para él, en ese momento, no recordaba lo que había hecho antes de estar en el pub con Junior a medianoche. Buscaba un método para olvidar y el whisky le había borrado de la cabeza un día entero de su vida. Estaba en blanco. Se adormecía a ratos, tenía en la mano, sobre la falda, el diario del 16 de junio de 2000, abierto en la primera página. «Proyecto del Ministerio de Justicia. No iría preso

quien delinque por su adicción.» Mejor, me salvé, pensó. «La palabra hebrea que significa días puede confundirse fácilmente con la que significa años.» Había subrayado esa frase en el libro que estaba junto a él. ¿Ayer lo leía? ¿Y para qué? Su sentido del tiempo, perturbado. Ahora recuerda fragmentos, aislados, sin continuidad. Una esquina de la ciudad, la luz blanca de la lámpara de neón, él y Junior lloran abrazados, en medio de la calle, quieren parar un taxi e ir juntos al cementerio donde está enterrado Horacio. Pero ningún auto se detiene, a pesar de que ellos hacen gestos ampulosos tratando con señas de que paren, en el reloj redondo que está en la esquina de Córdoba y Florida son las 2.00 de la mañana. Junior agita un pañuelo blanco pero los taxis siguen, rápidos, y se pierden en la oscuridad.

No recuerda cómo terminó en el estudio en lugar de ir a Malabia, ya estaban solos y borrachos, Carola y Monique, la novia francesa de Junior, se habían ido, hartas de los borrachos y de su discursito idiota. Renzi vio a Carola, que con un gesto de fastidio se daba vuelta y decía algo que él no alcanzó a comprender aunque le quedó flotando en la cabeza, como un cartel luminoso, la expresión «discursito idiota». Igual, cuando se quedaron solos él y Junior, habían seguido la ronda de los bares hasta hacía un rato, contentos de no tener enfrente la mirada vigilante y cáustica de sus queridas.

Tenía que llamar a Carola pero no tan temprano, se sentía pésimo y sediento, se avergonzaba de lo que no podía recordar, el remordimiento es una forma destructiva de la memoria, se vuelve siempre al mismo lugar, se repiten en la imaginación los acontecimientos desolados de la vida y se los cambia o modifica, basta un simple cambio de tono para que el recuerdo, persistente y atroz, cambie de rumbo. No se puede olvidar pero

se puede cambiar el recuerdo, aunque eso es trabajo que lleva días y días. Seguía en el sillón, hundido en un sopor confuso, y luego de varios intentos frustrados logró abrir su computadora portátil, aunque no recordaba cómo había conseguido encontrarla en el desorden del departamento, ¿la había llevado con él?, ¿o la computadora estaba en el sillón donde a veces se sentaba a repensar sus aburridos e insistentes e inoportunos correos electrónicos? Uno confunde el pasado con el remordimiento, escribió, con el remordimiento, pensó, y se figuró una máquina que trituraba la carne de la memoria, se daba vuelta sobre un hecho y no se podía escapar a los dientes del recuerdo, ¿por qué no había retenido aquella tarde a Horacio y lo había ayudado a salir del mal paso? Siempre había usado a sus amigos como sus –describió ahora– dobles de cuerpo, ellos hacían por él las acciones de riesgo, no era solo saltar al vacío para escapar del fuego que arde en lo que se ha vivido mal, en los asesinatos imperfectos –le gustó la expresión y la escribió en su máquina–, asesinatos imperfectos, es decir, que no se habían llevado a cabo, igual alguien debía dar el salto desde la ventana del cuarto piso hacia la diminuta red circular que los bomberos sostenían en la calle. Me tiré por vos, cantó en el sillón, mal dormido y espectral, Emilio Renzi. Me tiré por vos. Cuántos de sus amigos se habían tirado por él al vacío. Ellos hacían en su imaginación lo que él no se atrevía a hacer –o no quería admitir que había hecho–. Por ejemplo, dejarse caer. Junior se lo había dicho, los dos detenidos en medio de la calle, en la esquina de Córdoba y Florida: «Vos, viejito, vivís vicariamente.» No me aliteres, no me jodas con interpretaciones de cinco guitas. Pero tenía razón, muchas veces lo había pensado, criticaba a sus amigos por cosas que él mismo había hecho. Salir de mí, escribió, la amistad como vidas posibles. O sea que lo que le pesaba y no podía olvidar era la

muerte de Horacio. No podía concebir que quien había vivido su vida en otra dimensión, en un mundo paralelo, especular, simétrico, hubiera desaparecido y lo hubiera dejado en carne viva, se hubiera retirado del escenario. No podía soportar que aquella tarde en la quinta no hubiera sido capaz de revelarle esa verdad a su hermano. Cada uno de ellos desplegaba un aspecto no vivido de su vida. Y empezó a escribir su lista personal, íntima, secreta, de dobles o de fantasmas que lo acompañaban y le permitían seguir adelante como si no hubiera sacrificado decenas y decenas de momentos y emociones que, en su imaginación, otros vivían por él. Anotó, Cacho o la vida aventurera, Ramon T. y la violencia política, Horacio, una vida serena y previsible. Ellos vivían por él las experiencias perdidas de su vida. ¿Perdidas por qué? Para poder escribirlas. Era un precio demasiado alto. ¿Era su precio? Su libra de carne personal. ¿Y las mujeres a las que había amado? Ellas formaban parte de su reserva, o reservorio, de sentimientos. En ellas había experimentado –o visto, entrevisto, percibido, como un voyeur– el arco, el registro de las emociones posibles. Cada una de sus chicas divinas sostenía un sentimiento: Inés, los celos; Julia, las tragedias del alma; Vicky, la fantasía sentimental. Amanda había sido la pasión sexual, la chica que para complacerlo –se había dado cuenta ahora– hacía striptease y trabajaba de copera en una boîte. ¿Y las pelirrojas?, todas eran para él una sola. En la lucidez absorta del insomnio y del alcohol –y de las rayas de cocaína que Monique había «pelado», como había dicho Junior– vio las figuras de su vida como una sucesión de estampas vivientes que se presentaban frente a él con la nitidez insoportable de los sueños malvados, se sintió abatido y a la vez alegre, como le pasaba a veces cuando transponía una barrera electrizada e invisible. Mareado, enfermo, casi vivo, escribo palabras previamente lloradas en la

ciudad donde he amado, recitó con un tono elegíaco y se sintió mejor. Iba a bajar, iba a salir, a esa hora incierta en que los que han muerto regresan guiados por sus perros guardianes, sus lazarillos, mensajeros fieles, de las sombras. Leyó lo que había escrito y cerró la página, no podía olvidar, no podía borrar de su mente los pensamientos todavía no pensados, tampoco podía matar a una vieja prestamista, mejor que se tomara la vida en broma. ¿Su propia vida miserable y cómica o –para decirlo así– la vida en general, el existir diáfano y abstracto, sin sentido, que tenía la forma de una broma demoníaca? No sabía bien de qué se trataba pero estaba mortalmente triste, aunque al mismo tiempo se veía a sí mismo como una piltrafa, tirado en un sillón, desesperado, pero escribiendo. Esa figura lo divertía, era cómica. Tenía que bajar, sentir el aire fresco de la madrugada o volver a la ciudad como un lobo solitario. Es la jodida angustia, decía Remo Erdosain, y era así, ya iba a pasar, ¿qué podía hacer? Su vida no le había aparecido frente a él como una película, según contaban los sobrevivientes que, antes de morir, asistían a una función privada donde se presentaban, condenados y condensados, los principales hechos de sus vidas. No vio nada de eso en su pantalla mental, pero tenía, en fin, sus anotaciones, sus cuadernitos, sus discursitos miserables y no podía hacer nada para aliviar ese dolor en el costado izquierdo (del pecho) porque, recordó, en el costado izquierdo, pero un poco más abajo, unos grados más al sur, Cristo había recibido un lanzazo. Estos detalles lo alucinaban, por ejemplo, el detalle sin función, la escena de los soldados romanos que, al pie de la cruz, se juegan a los dados el manto que cubre al crucificado. Yo, el crucificado, había escrito Nietzsche, y también había escrito: Soy todos los nombres de la Historia, que era, más o menos, lo que Emilio había dicho, Soy Horacio, soy Cacho

Carpatos, soy todos los nombres de mis amigos y de las mujeres a las que he amado.

Deliraba un poco a esa altura, Emilio, bajaba en el ascensor mirando en el espejo imaginario su figura: se había cubierto con un abrigo negro, su cuerpo vestido con un pijama celeste, ¿cuándo se lo había puesto?, ¿una mujer lo había ayudado a desnudarse cuando llegó a la madrugada a su estudio?, ¿se había levantado una chica de la vida y se la había llevado a la cama? Un par de veces en su vida se había despertado con una mujer en la cama sin saber quién era ella y sin recordar cómo habían llegado a esa situación. Junior había insistido para que fueran a un prostíbulo, ese no es el nombre, sencillamente había que ir al bar de Córdoba y Reconquista y salir de ahí con dos chicas y caminar abrazados los cuatro hasta el telo de la cortada Tres Sargentos. Muchas veces habían hecho algo así Junior y él, en el pasado.

Pero estaba solo en la mañana cuando se despertó, aunque no comprendía cómo se había podido desvestir y poner el pijama sin ayuda. ¿Había subido con una mujer? La sensación espantosa seguía ahí. Oh, quién pudiera olvidar, borrar de su alma los pecados del mundo. Se reía al verse en el espejo, hablando solo y vestido como un loco que se ha escapado del neuropsiquiátrico vestido con el pijama reglamentario pero cubierto con un gabán y descalzo.

Porque estaba descalzo, Renzi, esa madrugada cuando salió del edificio, medio desnudo, despeinado, sin anteojos, envuelto en un gabán oscuro. ¿Para qué había salido? No sabía, no recordaba, y eso le daba ganas de llorar. Pero no lloraba, no iba a llorar, no había llorado ante el cadáver de su hermano

Horacio. Tarde para lágrimas, dijo en voz alta, y luego, con la melodía de «Jugo de tomate frío», fue entonando tarde para lágrimas, cantando mientras doblaba por Ayacucho hacia Santa Fe buscando un quiosco abierto donde comprar una botella de agua mineralizada para saciar la sed. Tenemos sed y paciencias de animal, recitó con sed y paciencia de animal, cuídense de nosotros. Había cruzado la calle Ayacucho y había caminado hacia Santa Fe, buscando un mercadito abierto para comprar agua y saciar su sed. ¿Pero qué clase de sed era esa?, se preguntó al llegar a la reja de la iglesia de la Misericordia, que estaba en medio del camino de su vida, a mitad de camino entre Marcelo T. y Santa Fe, sobre Ayacucho. Entonces vio que la puerta del templo estaba abierta y se dejó llevar por un impulso ciego y atávico y entró en la casa de Dios, y de inmediato al entrar lo invadió una sensación de paz y de calma. Estaba solo en la gran nave, frente al altar coronado por un Cristo sufriente, en la cruz, con una corona de espinas. En el sosiego de la iglesia, sentado en el banco de madera, sin darse cuenta empezó a llorar. Entre lágrimas vio que una mujer con un sacón de piel se levantaba del confesionario y al pasar junto a él le hizo un gesto, una leve inclinación de su cabeza velada, para decirle que era su turno. «Es mi turno», se dijo Renzi, y fue hasta la elegante y discreta casilla de madera oscura, adentro de la cual se adivinaba un sacerdote, y se arrodilló en el reclinatorio y alzó su cara hacia la ventana circular y enrejada. «Estoy descalzo, padre», dijo con una voz falsamente grave. «Fui educado en un colegio de curas en Temperley pero perdí la fe y ahora estoy muy desorientado.» Del otro lado le llegó como un quejido o quizá era una pregunta o simplemente un suspiro. Emilio esperó un instante y luego dijo: «He pecado, padre, me parece, o quizá he sido ganado por el espíritu de Satanás, como si yo hubiera hecho un pacto con el diablo para

poder escribir.» Le llegó ahora una voz, cansada y calma, que le preguntó: «¿Cuánto hace que no te confiesas, hijo mío?» Al principio Renzi no entendió bien la pregunta y contestó sin pensar: «Justamente me he pasado la noche confesando mi desgracia a un amigo...» No le pareció pertinente dar el nombre de Junior, estuvo a punto de hacerlo; entonces, como para cubrir el vacío del nombre de su amigo, empezó a hablar de su responsabilidad en la muerte de su primo Horacio. «Me siento un criminal, tengo un muerto en mi conciencia, a veces hablo con él, no sé si eso es un pecado, pero a mí me alivia la conversación con el muerto, porque me contesta y me dice con palabras que solo yo escucho que me calme, que no tengo por qué preocuparme, aunque no sé si es eso exactamente lo que me dice porque habla en un lenguaje muy extraño, sin verbos, padre, ¿es eso un pecado?, hablar con un muerto puede ser visto de distintas maneras. ¿Por qué me pesa esa muerte?, mi pesadumbre es permanente y busco ahora un alivio en la calma del templo.» Siguió en ese estilo, desvariando un poco y lamentándose de no poder evitar el remordimiento. El cura, al que nunca vio, le siguió el tren hasta que en un momento dado, como si hubiera sospechado que el tipo le tomaba el pelo, como se le ocurrió a Renzi, mientras el sacerdote daba por terminada la confesión, le pidió que rezara tres avemarías y tres padrenuestros. «Ego te absolvo», agregó, y cerró la ventanilla con un golpe seco. Emilio se levantó y cuando pasó frente al altar se hizo la señal de la cruz, se persignó como tantas veces lo había hecho en su infancia. Luego salió de la iglesia, sin haber rezado la penitencia, y caminó por Ayacucho hasta su estudio. Iba tranquilo y aliviado y se sentía puro y a salvo, sorteando las baldosas rotas de la vereda, caminando con los pies descalzos hacia su guarida.

NOTA DEL AUTOR

Increíblemente me he pasado más de cincuenta años escribiendo cuentos, o mejor, ficciones breves. En varias de mis novelas he incorporado relatos y si los recojo en este libro es porque mi idea del cuento ha ido cambiando con los años. Empecé escribiendo cuentos de cinco mil palabras, en la senda de Hemingway y de Borges, pero pronto me encontré buscando formas en las que los procedimientos fueran más abiertos. Las divisiones en el libro no son cronológicas y siguen el orden de esta recopilación. Por ejemplo, feché Los casos del comisario Croce en 2007 porque en ese momento imaginé a un investigador que tuviera métodos propios y un poco delirantes para resolver sus enigmas y elaboré una lista de relatos que lo tenían como protagonista. Un par de años después, fue el personaje central de mi novela Blanco nocturno, pero lo concebí ese año y por eso está en este volumen antecediendo a Historias personales.

No creo que un escritor evolucione, son las formas las que cambian y uno solo debe estar abierto a la experimentación. En ese sentido, el «Homenaje a Roberto Arlt», de 1975, fue para mí un cambio fundamental, lo que no quiere decir que los lectores compartan ese criterio. A partir de ese relato pude intentar nuevas formas sin abandonar, sin embargo, la escritura de cuentos a la manera clásica.

Uno se relee y encuentra tonos y ritmos en los que no había pensado, pero son esos fraseos y esas modulaciones de la prosa lo que, en última instancia, persiste y persevera a lo largo del tiempo. Esas manías y esas maneras son lo único que uno busca narrar. Y esos ritmos son, en definitiva, lo que llamamos un estilo personal.

RICARDO PIGLIA

Buenos Aires, 10 de abril de 2016

SOBRE ESTE MANUSCRITO

Entre 2014 y 2017, consciente de las dificultades que vendrían, conociendo ya el diagnóstico de la enfermedad que un par de años antes había comenzado como «un malestar en la mano izquierda» (esclerosis lateral amiotrófica, ELA), Ricardo Piglia trabajó minuciosamente en un plan de futuras publicaciones. Entre las instrucciones para el futuro, como él las llamaba, tanto en reuniones personales como por correo electrónico, expresó su deseo de publicar un libro que reuniera todos sus cuentos escritos desde 1967. La edición, dijo, «vería la luz un año después de Los casos del comisario Croce» (Anagrama, 2018).

A pesar de las limitaciones progresivas que le imponía la enfermedad, Piglia llegó a establecer la versión final de estos Cuentos completos. Pudo hacerlo gracias a los esfuerzos de su mujer, Beba Eguía, que siempre le facilitó los medios para que pudiera seguir escribiendo. Piglia logró dominar un software de escritura con la mirada, y con el apoyo de Luisa Fernández trabajó arduamente en la revisión y cierre de su obra, que incluía la Nota a esta edición, dictada en 2016.

Siguiendo sus instrucciones y cuidando cada detalle de su plan, entregamos este manuscrito a la editorial, que esperó muchos años a recibirlo, desde la primera vez que Piglia comentó este proyecto a Jorge Herralde, su editor. Este es el libro que el lector tiene al fin en sus manos.

GUILLERMO SCHAVELZON
Barcelona, 1 de septiembre de 2019

1. El texto de Arlt dice así: «Tengo el mal gusto de estar encantadísimo con ser Roberto Arlt. Mi madre, que leía novelas romanticonas, me agregó al de Roberto el nombre de Godofredo, que no uso ni en broma, y todo por leer La Jerusalén liberada de Torcuato Tasso. Cierto es que preferiría llamarme Pierpont Morgan o Henry Ford o Edison o Charles Baudelaire, pero en la material imposibilidad de transformarme a mi gusto, opto por acostumbrarme a mi apellido. ¿No es acaso un apellido elegante, sustancioso, digno de un conde o de un barón? ¿No es un apellido digno de figurar en chapita de bronce en una de esas máquinas raras, que ostentan el agregado de Máquina polifacética de Roberto Arlt y que funcionan cuando uno les echa una moneda?

»Por otra parte tengo una fe inquebrantable en mi porvenir de escritor. Me he comparado con casi todos los del ambiente y he visto que toda esta buena gente tenía preocupación estética o humana, pero no en sí mismos, sino respecto a los otros. Esta especie de generosidad es tan fatal para el escritor, del modo que le sería fatal a un hombre que quisiera hacer fortuna ser tan honrado con los bienes de los otros como con los suyos propios. Creo que en esto les llevo ventaja a todos. Soy un perfecto egoísta. La felicidad del hombre y de la humanidad me interesan un pepino. Pero en cambio el problema de mi felicidad me interesa enormemente. Acá los escritores viven más o menos felices. Nadie tiene problemas a no ser las pavadas de si ha de rimar o no. En definitiva todos viven una existencia tan tibia, que un sujeto que tiene un poco de imaginación acaba por decirse: "La Argentina es una Jauja." El primero que haga un poco de psicología y de cosas extrañas, se meterá en el bolsillo a esta gente.

»En nuestro tiempo el escritor se cree el centro del mundo. Macanea a gusto. Engaña a la opinión pública, consciente o

inconscientemente. La gente que hasta experimenta dificultades para escribirle a la familia cree que la mentalidad del escritor es superior a la de sus semejantes. Todos nosotros, los que escribimos y firmamos, lo hacemos para ganarnos el puchero. Nada más. Y para ganarnos el puchero no vacilamos en afirmar que lo blanco es negro y viceversa. La gente busca la verdad y nosotros le damos moneda falsa. Es el oficio, el "métier". La gente cree que recibe la mercadería legítima y cree que es materia prima, cuando apenas se trata de una falsificación burda, de otras falsificaciones que también se inspiraron en falsificaciones.»

2. Las cartas, numeradas 12, 14, 15, 16, 21, 27, 43, 39, 40, 41, 45, fueron incluidas en Roberto Arlt, Correspondencia. Selección, prólogo y notas por Emilio Renzi, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1973.

3. Lettif parece estar vagamente inspirado en Luis Castruccio. Este criminal, famoso en el Buenos Aires de principios de siglo, planeó el crimen perfecto que lo llenaría de dinero: para cobrar el seguro asesinó a Alberto Bouchot, francés de origen y sin familia, a quien previamente había contratado como sirviente. Descubierto, condenado a muerte, fue indultado y murió loco, internado en el Hospicio de las Mercedes. Los últimos cinco años de su vida se dedicó a escribir cartas al presidente de la República, Carlos Pellegrini, para informarle de su inocencia. Al morir, en un hueco que había

4. Las últimas cinco líneas han sido añadidas con lápiz en el manuscrito.

5. Hay una palabra tachada (quizás «descubrir» o «describir»); otra, agregada encima, es ilegible.

6. El manuscrito es de lectura difícil. También podría leerse «cínicamente».

7. En el proceso de redacción, como puede notarse, Arlt ha cambiado el nombre de la mujer (Matilde por Lisette) y la edad de la niña (primero ocho años, luego doce).

8. Tachado, se puede leer: «El juez ordena que Lettif presencie la ceremonia. En medio de la autopsia toma la mano de su mujer y llora (fin del capítulo).»

9. Por lo que sabemos, Arlt no llegó nunca a escribir esta Aguafuerte. De todos modos estas ideas sobre el carácter de clase del arte y del gusto estético están emparentadas con algunos conceptos expuestos en su relato Escritor fracasado. «Los escritores llamados universales no han sido nunca universales, sino escritores de determinada clase, admirados y endiosados por las satisfacciones que eran capaces de agregarles a los refinamientos que de por sí atesoraba la clase como un bien excelentemente adquirido. Los de abajo, la masa opaca, elástica y terrible, que a través de todas las edades vivía forcejeando en la terrible lucha de clases, no existía para esos genios» (en Roberto Arlt, Novelas completas y cuentos, Buenos Aires. Fabril, 1963, t. III, p. 239).

10. Hemos transcripto este párrafo según aparece en su versión definitiva en el original del relato. En el cuaderno, en cambio, respetando las variantes que Arlt iba anotando sin tachar a medida que avanzaba la escritura, el texto se lee como sigue: Eran las once diez de la noche: demasiado temprano. Llegaba demasiado temprano: eran las diez de la noche. La sala con luces y cubierta de espejos reflejaba la gran sala blanca con sillones dorados y espejos a lo largo de las paredes donde ya estaba dispuesto ya dispuesta para recibir a los visitantes. Todas las luces encendidas estaban encendidas. Sentadas a un costado, cerca del salón, las tres mujeres. En un costado, cerca del salón casi oscuras estaban sentadas una junto a otra tres muchachas que hablaban.

11. Un ejemplo del tipo de notas puede ser esta: Fórmula de mezcla. Telas engomadas. Acerantes Vulcaciva P. + Vulcaciva 774 y añadir luego la mezcla ya preparada V 1 0,5% Vulcaciva Mercapato - Una buena colada de goma pura + 100% de crepé claro, azufre. 2; aceite de parafina 2; 0,6 ozoqueio; 0,8% óxido de cinc activo. Mercapato - Impregnar con esta mezcla sin apurar (¡ojo!) luego por una solución benzoidal de Vulcaciva 8 + 774. Pasar la solución por el autoclave.

12. La patente le fue concedida a Arlt el 10 de abril de 1942 y lleva el número 12.365 (véase Registro de la propiedad intelectual, inventos y derivados y afines. Tomo 11, año 1942, primer semestre).

13. Juan Carlos Onetti hace referencia a Kostia, en su retrato de Roberto Arlt que sirvió de prólogo a la traducción italiana de Los siete locos. Dice: «Entonces supe que Kostia era viejo amigo de Arlt, que había crecido con él en Flores, un barrio bonaerense, que probablemente haya participado en las aventuras primeras de El juguete rabioso.» Antes había señalado: «Kostia es una de las personas que he conocido personalmente, hasta el límite de intimidad que él imponía, más inteligentes y sensibles en cuestiones literarias.» (El texto de Onetti fue incluido por Jorge Lafforgue en Nueva narrativa latinoamericana 2, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 386.)

14. Roberto Arlt, Correspondencia, ed. cit., p. 132.

15. El poema apareció en la revista Claridad, año VI, n.o 24, agosto de 1941, acompañado por una breve presentación escrita por Roberto Arlt: «Este bello poema pertenece a un escritor total y voluntariamente inédito llamado Saúl Kostia. A juicio del que habla se trata del mejor poeta argentino actual. R. A.» El poema es este:

Ciegamente atado
a la tristeza y al vino

leo los libros escritos por mí, recuerdos
deslucidos, tambaleantes poemas
y rancias fotografías
rastros puestos en la noche cerrada.
Miro la zigzagueante línea errónea
todo yo ceñido a la tristeza
y a la luz, la luz
que serenamente ya no se puede contemplar
la inflamada luz de mi cabeza
y esos fulgores de lentitud
sobre el mismo cimiento de todas mis palabras
a la tristeza ligadas, y al vino
y a los golpes de viento negro
que empujan mi poesía al desencuentro.
Todo yo me veo como un morir
mas muriente a los treinta años de amaneceres
y de noches, sobre todo, sabiendo
que hay un automóvil estacionado a la puerta
de mi expuesta casa
y hay un paciente, un indiferente,
un estulto chofer que me conducirá a la muerte.
Así, entre impublicados libros
y libros nacientes
entre fotografías y botellas
y amigos desaparecidos bajo la tierra,
oyendo el fragor del mundo en llamas espero
el acabamiento de los plazos.

16. La historia de las relaciones entre Kafka y Max Brod es conocida: en el momento de morir, Kafka le ordena a su amigo que queme todos sus manuscritos, es decir, que destruya El castillo, El proceso, etc., como si nunca hubieran sido escritos. Gesto ambiguo, habría que decir que ese mandato es el último

gran relato kafkiano. Max Brod se ve sumergido en el mismo sentimiento de culpa y de postergación típico en los textos que debe destruir. Está obligado a elegir: ¿traiciona a su amigo o traicionar a la literatura? Fidelidad contradictoria, doble ley que lo sitúa –como vemos– en el espacio clásico de Kafka. Sin embargo no es aventurado pensar que la gran duda (y en esto también tiene algo de razón Kostia), la gran tentación de Max Brod no fue publicar los textos o quemarlos. En el juego de esta doble obediencia puedo pensar que la respuesta del enigma estaba en la orden misma: si Kafka hubiera deseado realmente destruir sus manuscritos, él mismo los habría quemado. Tampoco es aventurado pensar que otra duda asedió en algún momento a Max Brod. La duda fue (debió de ser) esta: «Nadie –salvo yo, salvo Kafka que ha muerto– conoce la existencia de estos escritos. Entonces: ¿publicarlos con el nombre de Kafka o firmarlos y hacerlos aparecer como míos? Estos textos ya no son de nadie: no son de su autor, que no los quiso. No son de nadie.» ¿La inmortalidad, la fama o el simple papel de albacea, del suave y humilde ayudante que dedica su vida a la mayor gloria de un escritor entrañable pero desconocido? Reverso de Eróstrato (que fascinó a Kafka), la elección de Max Brod lo ennoblece pero a la vez –por una extraña paradoja, otra vez, típica de Kafka– lo aniquila. ¿No hubiera complacido mejor (¿no podemos pensar que eso deseaba?) al genio distante y perverso de Franz Kafka un Max Brod que usurpa la fama del difunto y que en el momento de morir revela a alguien (a otro albacea servicial, a otro Max Brod) la propiedad secreta de esos textos?

(Se dirá que me aparto del objetivo de este informe: no es del todo así: el hecho de que al presentar un texto inédito de Roberto Arlt me haya visto forzado a usar la forma del relato, el hecho de que el cuento de Arlt se lea en el interior de un

libro de relatos que aparece con mi nombre, es decir: el hecho de que no me haya sido posible publicar este texto –como había sido mi intención– independientemente, precedido por un simple ensayo introductorio, demuestra –ya se verá– que de algún modo he sido sometido a la misma prueba que Max Brod.)

17. Un crítico literario es siempre, de algún modo, un detective: persigue sobre la superficie de los textos, las huellas, los rastros que permiten descifrar su enigma. A la vez, esta asimilación (en su caso un poco paranoica) de la crítica con la persecución policial está presente con toda nitidez en Arlt. Por un lado Arlt identifica siempre la escritura con el crimen, la estafa, la falsificación, el robo. En este esquema, el crítico aparece como el policía que puede descubrir la verdad. Escritura clandestina y culpable, escritura fuera de la ley, se entiende que Arlt haya buscado que sus libros circularan en un espacio propio, fuera de todo control legal («De cualquier manera», escribe en el prólogo de Los lanzallamas, «como primera providencia, he resuelto no enviar ninguna obra mía a la sección de crítica literaria de los periódicos. ¿Con qué objeto? Para que un señor enfático, entre el estorbo de dos llamadas telefónicas, se dedique a descubrir, para satisfacción de los señores honorables, que "El señor Roberto Arlt persiste aferrado a un realismo de pésimo gusto", etc., etc., ... No, no y no» (op. cit., III, p. 1.ª). Por otro lado, en este asunto, como en toda buena novela policial, lo que está en juego no es la ley, sino el dinero (o mejor: la ley del dinero). Para Arlt, los críticos actúan como administradores del arte y su función es la de regular la circulación y la venta

18. Había también otra hipótesis que quizás recién ahora (cuando todo ha terminado) me puedo plantear: Arlt pudo haberle pedido expresamente a Kostia que destruyera el texto.

En ese caso, ¿qué secreto encerraba ese cuento? Si Arlt había viajado a Adrogué durante Semana Santa para conversar –también– sobre Luba, ¿hay que pensar que Kostia o él mismo habían encontrado algo en ese texto que impedía su publicación? De todos modos el círculo se vuelve a abrir: en ese caso, ¿por qué no lo destruyó Arlt? ¿Por qué lo conservó Kostia? ¿Por qué lo publicó con su propio nombre?, etcétera, etcétera.

19. Se trata de una crítica bibliográfica escrita por Arlt y dice así: La primera enormidad que Menasché sostiene a través de su obra es que las «dictaduras son el producto de la locura de un individuo» y no la consecuencia de las necesidades de la clase capitalista que trata de buscar salida a la crisis económica a expensas de un violento sometimiento de la clase trabajadora. Esta monstruosidad política (importa poco que se exprese festivamente por el vehículo de una farsa) se cumple (segundo disparate) en un país cuyas condiciones objetivas son absolutamente contrarias a las que se requieren para el establecimiento de una dictadura. En Tintinabulia, país de nuestro autor, los negocios marchan viento en popa, el pueblo baila, los covachuelistas no recaudan impuestos, la masa no conoce la policía, ni el ejército, y el rey es bondadoso. En este país económico, que ignora la lucha de clases, Menasché hace cristalizar una dictadura cuando todo estudiante de problemas sociales sabe perfectamente que las dictaduras surgen en un país cuando la clase trabajadora, librándose de las ilusiones parlamentarias, quiere (o existe una posibilidad de que intente) conquistar el poder por la violencia. La burguesía se defiende aplastando todos los organismos de clase tolerados por el régimen

20. En el manuscrito hay un párrafo que no fue incluido en la copia mecanografiada. Se lee: Las dos primeras que estaban

muy escotadas lo miraron a los ojos con una fingida mirada provocativa, pero al mismo tiempo indiferente y cansada; la tercera, que llevaba un vestido negro muy ajustado al cuerpo, había vuelto la cabeza y su perfil era sencillo y sereno, como si fuera una joven virgen sumida en sus reflexiones.

21. Tachado, se lee en el manuscrito: Se diría que está segura de que es suyo, de que no se le escapará y de que, sin apresurarse, quiere gozar de su poder. «Y bien, ¿qué es lo que decís?», pregunta él otra vez.

22. Hay dos versiones de esta réplica en el manuscrito: «Sí, sos un revolucionario perseguido por la policía.» Escrito encima dice: «Sí, un anarquista.»

23. Tachado en el manuscrito, dice: a pesar de que en el cuarto hace calor.

24. La versión que transcribimos es la del manuscrito. En la copia dactilografiada en cambio dice: Con una sonrisa confusa tendió las manos hacia ella: era una caricia torpe, de hombre que jamás ha tenido nada que ver con mujeres. Ella se dejó caer sobre sus talones, siempre arrodillada, y lo miró con una tristeza y un desprecio sin límites.

25. Después de esta réplica, tachado en el manuscrito se lee: ¡Cómo había cambiado! Hacía algunos momentos estaba altiva, casi terrible, ahora está triste, abatida..., es más bien una jovencita tímida que una mujer de mundo.

26. Hemos respetado la versión original. En la copia mecanografiada, en cambio, dice: ... la verdadera, la terrible verdad de la vida, incomprensible para todos los demás? Aceptó aquella verdad sin vacilaciones, como si fuera algo inexorable.

27. La versión manuscrita se interrumpe acá. Lo que sigue corresponde a la copia mecanografiada por Kostia.

28. Este relato es una versión del texto leído en abril de 1987 en el ciclo «Writers talk about themselves», dirigido por Walker Percy en el Simposium Latin American Fiction Today en Nueva York.

29. «La muerte de Steve tiene para mí el triste consuelo de una premonición confirmada. De entrada supe que estaba condenado. Nada destruye tan rápido a un escritor en este país como una conciencia artística demasiado elevada.» Aiken al hermano de Ratliff, 4 de abril de 1960, en Aiken, Conrad, Letters (1931-1975), Nueva York, Random House, 1980.

30. Un compañero del Colegio Nacional de Mar del Plata que era sobrino de Ezequiel Martínez Estrada me dijo un día que su tío venía a veces a visitarlos a la ciudad. Le pedí que me avisara y una tarde de 1959 el escritor me recibió en una casa frente a la plaza Dorrego. Me impresionó su fragilidad y su aire cadavérico, entró en la sala sosteniéndose de las paredes, pero en cuanto se sentó y empezó a hablar su tono fue el mismo de las extraordinarias diatribas que escribía en esos años (¿Qué es esto? Catilinaria, Las 40) y que yo leía con persistente fervor. Cuando volví a casa traté de registrar lo que recordaba de la entrevista, y unos años después escribí –a partir de esas notas– este relato.

31. Enigma. Lat. aenigma. Tomado del gr. áinigma, -atos. Frase equívoca u oscura, derivado de ainíssomai, «dar a entender».

32. Secreto. Lat. secretum, «separado, aislado, remoto», participio de secernere, «separar, aislar», derivado de cernere, «distinguir, cerner».

Edición en formato digital: febrero de 2021

© imagen de cubierta, Florence Vandamm / Condé Nast / Getty Images. Montaje de Diane Parr

© Heredero de Ricardo Piglia. c/o SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4246-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

ganz1912